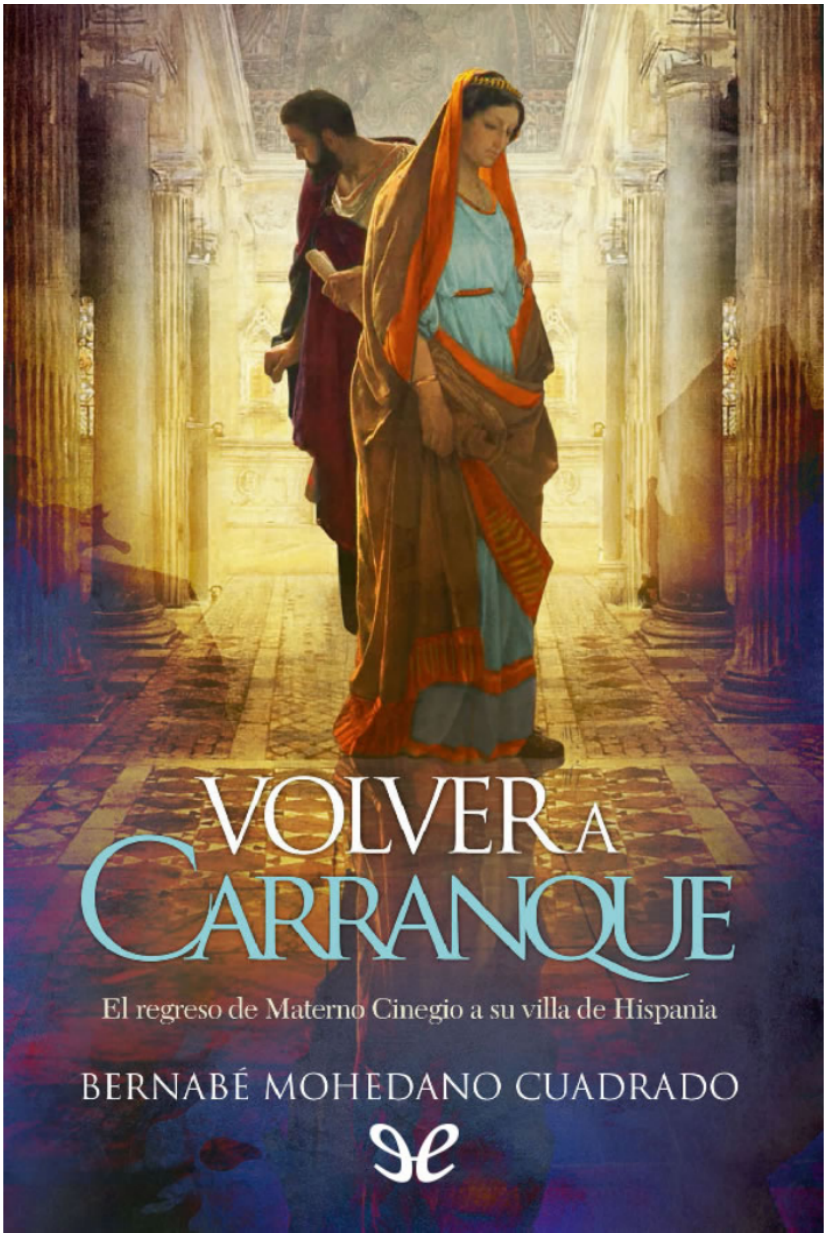

VOLVER A
CARRANQUE
El regreso de Materno Cinegio a su villa de Hispania
BERNABÉ MOHEDANO CUADRADO

Constantinopla, año 389. Una soleada mañana de marzo una larga comitiva sale de la iglesia de los Santos Apóstoles portando un féretro. Su destino, Carranque. A la cabeza, Achantia, la viuda, cumple la última voluntad de su marido: regresar a Hispania.

Así comienza esta novela en la que Bernabé Mohedano recrea la vida y el larguísimo viaje de uno de los hombres más influyentes del Imperio y mano derecha del emperador Teodosio, Materno Cinegio, quien murió cuando iba a ser elevado a cónsul de Oriente.

A su lado, durante su azarosa vida, junto a personajes de indeleble calado histórico como Agustín, Dámaso, Prisciliano, Valentiniano, Ambrosio, Hipatia, Libanio o el mismo Flavio Teodosio, recorremos el Bajo Imperio romano. Somos testigos del gusto y lujo de la época; las guerras en África, Persia, Britania, el Rin o el Danubio; las constantes intrigas de palacio; el asentamiento del cristianismo niceno como único credo oficial, la persecución de los herejes; el encaje de hunos y godos en el ejército romano o la consolidación de Teodosio como único amo del mundo hasta que dividió el Imperio entre sus dos hijos.

Cinegio fue un hombre poderoso cuyo legado todavía pervive, pero que no pudo acabar sus días en su fabulosa villa hispana y fue su esposa la que cumplió su deseo de volver a Carranque.

Bernabé Mohedano Cuadrado

Volver a Carranque

El regreso de Materno Cinegio a su villa de Hispania

ePub r1.0
Titivillus 18-09-2023

Título original: *Volver a Carranque*
Bernabé Mohedano Cuadrado, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Berenice por ponerme en la pista de Materno Cinegio y contarme la historia de Carranque.

A mis amigos y familia por cada pregunta.
A Alberto, mi fratello d'Italia, en su memoria.

A mi estrella de cinco puntas.

Nota del autor

Volver a Carranque aspira a explicar el porqué de una singular procesión: ¿qué lleva a la hispana Achantia a exhumar el cadáver de su marido Materno Cinegio de la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla para cruzar el imperio y enterrarlo en su villa de Carranque, en Toledo?

Mi gran ambición ha sido que la novela resulte históricamente verosímil, algo imposible sin la ayuda de libros y estudios sobre el bajo imperio romano, Achantia, Materno Cinegio y, por supuesto, Teodosio, el emperador hispano que conquistaría el mundo e impondría el catolicismo niceno como la rama cristiana definitiva. Variadas han sido las fuentes consultadas, como puede verse en la bibliografía adjunta, pero de justicia resulta destacar las tres más utilizadas: *Historia del imperio romano*, de Amiano Marcelino, la principal fuente primaria de la época; *Por el ojo de una aguja*, del profesor de Princeton Peter Brown, una brutal disección costumbrista y de personajes del bajo imperio; y *Teodosio. Último emperador de Roma, primer emperador católico*, del profesor Gonzalo Bravo, por su foco en los que serán principales protagonistas de esta obra.

El libro se divide en dos partes y cada capítulo interior viene marcado temporal y geográficamente para ayudar a situar la acción. Los años utilizados siguen nuestro actual calendario. He empleado tanto topónimos actuales como de la época según consideraba que podían ayudar al ritmo de lectura. Para facilitar la comprensión podrá encontrarse la denominación actual de los antiguos adjunta. También he recurrido a las unidades de medida de la época.

La inmensa mayoría de los personajes utilizados existieron y pueden consultarse en el *Dramatis personae* adjunto, y en diversas ocasiones se transcriben citas textuales aportadas por historiadores

relativamente contemporáneos en narraciones, diálogos o arengas.

También al final de la obra aclaro cuándo me he permitido cierta licencia narrativa, siempre sin alterar acontecimientos fundamentales, o el porqué de elegir algún camino determinado entre las diferentes tesis hoy día discutidas.

Los fallos que pudieran encontrarse son solo a mí atribuibles, discúlpeme sinceramente el lector.

Primera parte

«El pasado ya no es y el futuro no es todavía».

SAN AGUSTÍN

Salida de la procesión de Materno Cinegio
Iglesia de los Santos Apóstoles, Constantinopla, marzo de 389

El sol saludaba el arranque de la procesión aquella clara mañana después de una semana de intensas lluvias. Bajo su brillo, Constantinopla refulgía con su bullicioso pueblo arrojado a la calle, ansiando ser testigo del insólito acontecimiento que se celebraba. Meses llevaban discutiéndose en mercados, salones y tabernas los pormenores, provocando al más discreto y reacio a los rumores la curiosidad por contemplar y juzgar cuanto acontecía.

El gentío aguardaba la salida con ramas de olivo, lirios, claveles y cuantas flores acompañan al esplendor que derrama la primavera a su llegada. Los pétalos y una cama de juncias alfombraban la calle hasta el foro de Teodosio. Su perfume se mezclaba con el del incienso que los numerosos sacerdotes esparcían con sus dorados pebeteros entre el cortejo.

Bajaban por la empedrada calle que serpenteaba desde la cuarta colina bizantina, donde Constantino erigió la iglesia de los Santos Apóstoles soñando ser venerado como el decimotercero de ellos. Por presenciar en honrosa posición la exhumación de Materno Cinegio se había peleado toda la aristocracia oriental del imperio. También gran parte de la occidental ahora que Teodosio, tras ganar la guerra, ejercía como señor del mundo.

Sencillo resultaba señalar a los embajadores de las diversas provincias pese al indudable deje romano compartido. Pocos, de todas formas, salían del mausoleo del gran Constantino que ahora servía como modelo a cada nueva iglesia edificada. Tal privilegio solo lo había merecido la familia imperial y lo más granado de la corte.

Encabezaban la procesión la misma banda cívica compuesta por más de tres centenares de instrumentos entre bronces, tambores, pífanos, trompetas y timbales que le había recibido un año antes en el muelle de Juliano cuando llegaba para ser cónsul. A ellos les

seguían las plañideras entonando sus cantos fúnebres y los histriones que divertían al público y que cojeando y disfrazados de cónsul imitaban a Cinegio. Luego seguían los actores vestidos con las máscaras de cera de sus antepasados y tras ellos los símbolos conmemorativos de sus grandes obras: batallas de África y Moesia, templos, bibliotecas, su estatua de Alejandría, tratados sobre los más variados temas, decenas de leyes administrativas y religiosas y en último lugar la paz firmada en Acilisene con los persas y los barcos que sirvieran de señuelo en la guerra contra Máximo.

Tras ellos aparecía Cinegio, con la cara al descubierto, en perfecto estado pese a llevar ya un año muerto, llevado a hombros en un *feretrum* de fino vidrio sobre unas parihuelas formando una cruz griega. Junto él marchaba Achantia, su viuda, a pie junto a Clivio, su hijo.

De haberlo intentado, fácil le hubiera resultado distinguir su nombre entre los susurros del pueblo.

—Yo la vi una vez, en Tréveris, en el juicio a Prisciliano, cuando…

—Esa es, sí es cierto que podría ser Juno por su belleza…

—Dicen que fue ella la que convenció a Cinegio para…

—En su momento fue acusada de brujería en Hispania, pero gracias a…

A Achantia, los rumores le importaban tan poco como las hormigas al águila.

Era la tormenta que azotaba su alma lo que la turbaba. Sin prácticamente haber dado aún un paso, vislumbraba su misión prácticamente cumplida al haber podido por fin liberar a su esposo. Tal victoria en lugar de satisfacerla le cansaba. Aturdida, se sentía vacía, exhausta, tan consumida como con la muerte de Julia, Aelia Flaccilla y Prisciliano.

Estaba harta de pelear contra todos, de ignorar interesados consejos de prudencia que solo buscaban silenciarla.

Ansiaba desaparecer, desvanecerse sin dejar rastro alguno.

Era el último favor que le pediría a su primo, el único para ella, aunque en el fondo tampoco lo fuera. Obligado estaba, después de cómo le había ignorado con Prisciliano sabiendo para mayor escarnio la injusticia que se cometía. Por ese imbécil de Máximo, además, el que a ella le pretendiera y al que Teodosio acababa de

derrotar en Aquileia para hacerse con el control del imperio.

El emperador se lo debía después de tanto, ¿qué más le daba ahora que casi era un dios?

De sobra conocía el postrero deseo de su fiel amigo, su obsesión con regresar a Carranque, su merecido descanso, su obscena persecución de la discreción, sencillez y humildad.

Achantia no permitiría abandonar la memoria de su marido en aquella cueva de oro. No era aquel su lugar, pese a que acabase siendo su sino. Menos aún después del juramento en su lecho nupcial y de cómo se lo recordara en su último aliento. Poco significaba para él ser cónsul pudiendo ser libre. Nada le hubiera importado abandonar el lecho de santos y emperadores. Ninguno le valía, salvo con el que soñara en casa.

Recordando su singularidad, su encandiladora testarudez, su recalcitrante tranquilidad, su inteligencia y capacidad de persuasión, Achantia, mientras caminaba, amenazó con derramar una lágrima y exhibir la debilidad que detestaba.

Rápidamente se volvió buscando una cara amiga.

Allí vio a su padre Floro, su madre Julia y su hermana Faustina junto a Syagrio, su marido. A sus sobrinos Arcadio y Honorio, su tía Egeria y su amiga María. La última le sonrió. Su amiga de siempre junto a Flaccilla. Cuánto extrañaría sus confidencias, su sabio consejo, su complicidad. Mucho se habían unido tras la muerte de Aelia Flaccilla y especialmente en el último año, en el que ambas pelearon el permiso para recuperar a Cinegio. María había fantaseado con acompañarla, aunque intuyera la disconformidad de su cuñado. Teodosio deseaba mantener a la familia unida, por eso había ahijado a sus sobrinas, sus hijas con Honorio y se las había traído desde Hispania al morir este. Lo que la fantasía de María inició como viaje completo a Hispania, más tarde se quedó en Milán para acabar muriendo en la nada.

Partiría ella sola.

Agradeció la amistosa mirada de María. Reconfortada por el cariño que le transmitía, Achantia se volvió para mirar al frente. Ambas sabían que jamás volverían a verse.

Pasaron el interminable acueducto comenzado por Constantino y finalizado por Valente y que llegaba hasta la tercera colina. El féretro de Cinegio seguía meciéndose por el acompasado ritmo de

los porteadores. Habían tenido que establecer turnos ante la demanda de voluntarios, aunque Achantia sospechaba que más se debía a la propina que al afecto.

El lujo en el luto de la muchedumbre declinaba según se alejaban de la iglesia y se ensanchaba la calle. Llegaban al foro en el que trabajaba Teodosio, el que debía dejar su firma para la posteridad. Lo hacía sobre el antiguo del Toro, ampliándolo y engalanándolo con estatuas e iglesias. Achantia buscó el enorme pedestal que el emperador construía para cuando llegase el obelisco desde Alejandría. Aquel que Cinegio le recomendó como símbolo de triunfo sobre Máximo obviando su consejo. Para ella era más un objeto pagano que un monumento de victoria. Motivo de discordia y no de grandeza. Algo digno de esconderse o cuando menos olvidarse arrumbado en su lugar de procedencia y no materia de exhibición y orgullo.

Lo que para ella era incoherencia, para él era perspectiva. Cuántas veces habrían discutido por materias como aquella y con cuánto mimo había tratado sus momentos de radical locura como cuando, desatada en Siria, destruyó templos, estatuas y cuantos símbolos paganos se cruzaron en su camino. Nadie había sabido tratarle como él.

Desde el foro de Teodosio finalmente enfilaron la Mese, la calle principal de la ciudad que comunicaba el palacio con la vía Egnatia, por la Puerta Áurea. La calle se ensanchaba muriendo en pórticos que albergaban múltiples y variados comercios a duras penas visibles entre las cabezas del gentío. Un par de docenas de palomas cruzaron el cielo asustadas por el coro de las campanas de las múltiples iglesias que repicaron las dos.

A paso corto y solemne, emplearon unas tres horas y media en recorrer la ciudad. Achantia vislumbraba ya las torres cuadrangulares que flanqueaban la inmensa Puerta Áurea. Abierta en sus arcadas laterales para su cónsul, coronadas estas por las parejas de elefantes de oro que le enviara Sapor para celebrar la paz que su marido firmó en Acisilene. Sin duda tres de las mejores semanas de su vida, cuando había recuperado su relación con Cinegio y había concebido a su pequeña Cinegia, que marchaba en una carroza posterior.

Al llegar a las puertas, sobre la central, cerrada e inmensa, pudo

leer la inscripción que recientemente había mandado inscribir Teodosio tras su victoria sobre Máximo:

> *Haec loca Theudosius decorat post fata tyranni*
> *Aurea saecla gerit qui portam construit auro*
> Teodosio decoró este lugar tras la caída del tirano.
> Él trajo una edad dorada que construyó esta puerta con oro.

Su intención, que la historia cumpliría, era que de allí en adelante solo se abriría para recibir al emperador victorioso.

La vía Egnatia se abrió ante ella para llegar hasta Roma. Ella se desviaría antes. En Milán para seguir hasta Hispania.

A la orilla del camino todavía una muchedumbre les vitoreaba; según avanzaron se espació y desapareció en el horizonte. Este aparecía diáfano y, como siempre, se perdía en la distancia. Allí, tras las miles de leguas que le acechaban, Achantia creía observar el Dirrama cruzando frente a su casa, el infinito camino de entrada flanqueado por cipreses y álamos, el olor de su cuarto y su terma y el del azahar del jardín en aquella misma época del año. Su hogar. Por fin lo había conseguido. Regresaba a Carranque.

1

I

Anfiteatro de Thysdrus, África, septiembre de 363

Era el segundo día de juegos en Thysdrus, el primero al que asistía Materno Cinegio en su vida. El mejor regalo posible por su reciente duodécimo cumpleaños. No se lo hacía su padre, sino Lucio Vero. Este, en realidad, homenajeaba a Marco, su primogénito, que cumplía seis años más que nuestro protagonista.

Complicado era que se lo hubiera hecho Ausonio, el padre de Cinegio, postrado en su cama, probablemente borracho ya, pese a no haber almorzado aún, como casi siempre desde que había regresado de la guerra. Desde su fatal encuentro aquella primavera con el gran visir sasánida. Tras conquistar Pirisabora, mientras servía como tribuno en la III Augusta de Juliano, el que, soñando ser Trajano o Alejandro, invadió y atravesó Persia. Oteaba ya el ascenso para vestir la banda ancha de tribuno por sus años de servicio y, sobre todo, la *phalera* de oro concedida años antes por Constancio por su valor en el sitio de Amida.

En el fatídico encuentro contra el visir, de los pocos que perdió Juliano pese a su desastroso final, solo el escuadrón de caballería de Ausonio había combatido con honor cayendo él gravemente herido, desafortunadamente vivo, aunque inválido para siempre. Otros dos tribunos huyeron cobardemente con sus escuadrones para postreramente ser castigados con la muerte.

Cinegio anhelaba escuchar aquella historia o la de Amida de la voz de su padre como el sediento lo hace con el rumor del manantial. Sin lloros, insultos, golpes ni lamentos. De nada le servían el reconocimiento, las tierras y el oro que habían acompañado a la *phalera* si en la guerra había perdido el corazón y la cabeza.

Deprimido, sintiéndose culpable a veces por desear haber sido

uno más de los doce mil romanos que allí habían muerto con Constancio, Juliano y Joviano en lugar de la sombra en la que se había convertido, sufría y evitaba encontrárselo pasando el menor tiempo posible en casa o refugiándose en sus libros cuando lo hacía.

En aquel momento poco le importaba, en cualquier caso. Olimpio pelearía en la arena.

El pueblo se arracimaba en las inmediaciones del coliseo desde el alba. Saludándose, gritando, cantando, bailando, apostando, bebiendo, callando solo para escuchar el recurrente rugido y lamento de las fieras que, hambrientas tras tres jornadas en ayunas, intuían trabajo y festín.

Cinegio entró por una de las sesenta arcadas de piedra caliza, impresionado por la cantidad de gente y atónito por el tamaño del interior. Al fondo, entre las cabezas que le precedían y las columnas con incrustaciones de mármol y bronce, distinguió la arena. Mucho más oscura de lo que esperaba, quizás por el contraste con el mármol blanco que ocupaba todo. Instintivamente trató de acercarse.

—Materno Cinegio, no te despistes, que nos conocemos —le dijo Clodia, su madre, con tono de enfado, incómoda por encontrarse allí. Apretándole con fuerza la mano, variándole el rumbo y atrayéndole para que le siguiera. Delante marchaba Aurelio, el atriense de la familia, enseñando las entradas a los acomodadores que dirigían al público entre los distintos vomitorios.

Ascendieron hasta el tercer piso, el reservado para mujeres e infantes, para las familias de los senadores, militares, funcionarios y grandes terratenientes o comerciantes.

Tras hablar con un nuevo acomodador, Aurelio les indicó la fila y los asientos que les correspondían desde la distancia, pues no les estaba permitido el paso a los esclavos.

—Disfruta, *domine* —le dijo en tono confidente, acariciándole la cabeza mientras pasaba. Cinegio le respondió con una sonrisa sincera y compartida. No dudaba en hacerlo.

El ruido era ensordecedor, pues no había quien evitara ser visto u oído, compitiendo por reconocer y verse reconocido como un privilegiado más de los que están donde y cuando hay que estar. Pocas le parecían a Cinegio las treinta y cinco mil personas que aseguraban que abarrotaban el anfiteatro. En el piso superior, sin

sitio fijo asignado, el pueblo llano ocupaba escaleras y pasillos y había quien ni siquiera lo veía bastándole con escucharlo. Un gran *velarium* verde y blanco les protegía a todos del inclemente sol africano.

—Allí está vuestro tío Clivio —les dijo Clodia a Cinegio y a Gala, su hermana, señalándoles hacia abajo y la izquierda con un ligero movimiento de cabeza.

Cinegio, siguiendo la indicación, le buscó en el *podium* pintado de blanco por las túnicas bordadas que lo ocupaban y que destacaban entre el gentío como la ola levantada por el viento en el mar o el algodón entre la hojarasca. Allí lo encontró, aunque era difícil por su baja estatura, en la zona alta, junto a uno de los pebeteros de incienso, cerca de varios oficiales vestidos de gala, charlando con su amigo Amiano, tan alejado del ajetreo general como las dos palomas que, distraídas, paseaban por la arena hasta que el clamor general las asustó e hizo levantar el vuelo.

—¡Lucio, Lucio, Lucio! —El pueblo, jubiloso, festejó la entrada de su anfitrión coreando su nombre en pie.

Lucio Vero saludó pausada y elegantemente a su alrededor alzando su mano derecha y, con un gesto estudiado, cedió el paso a su hijo Marco para que junto a Clodio Octaviano, procónsul de África, que marchaba delante de ellos, presidiera la celebración.

Cinegio, advirtiendo el gesto de complacencia de su tío en la distancia, sabiendo que Lucio Vero era amigo suyo, aplaudió fervientemente contagiando a sus vecinos. Antes de sentarse en un palco especial distanciado del resto del *podium* y que se incrustaba en el muro que separaba los asientos de la arena, Clodio Octaviano hizo con el pañuelo la señal de inicio convenida. Un coro de trompetas de bronce respondió a la orden y al instante se abrió la *porta libitinensis*, la de los muertos, situada bajo el palco.

II

Abrían la función dos *damnationes ad bestias*. Un hechicero y un asesino.

El hechicero se llamaba Teodoro y se le condenaba por leer las estrellas, matar a un asno y curar a una niña. Tres pruebas

irrefutables de brujería. Teodoro, tan solo vestido con un calzón blanco y una larga capa roja a su espalda, salió escoltado por dos legionarios que le acompañaron hasta un poste que, indiferente, le esperaba en medio de la arena.

En su camino buscaba entre el gentío, que compulsivamente le insultaba, al padre de la niña curada para maldecirle. Al que había testificado en su contra por pronunciar extrañas palabras durante la curación de su hija. Indigno le parecía tamaño desagradecimiento por mucho que le hubieran pagado sus enemigos, seguramente los mismos bastardos que perseguían arrebatarle su olivar y su viñedo.

Los dos legionarios le amarraron las manos tras el poste y le encapucharon con una tela negra como al halcón en el paseo.

Teodoro se acordó de su mujer Hippia y de sus hijos Cornelio, Libanio y Alipia. Pobres. Nada les dejaba ahora más que su mancillado apellido. Su pequeña Alipia, que contaba con la misma edad que aquella niña enferma, Eugenia se llamaba. No podía arrepentirse de haberla curado, mucho menos por las palabras en griego que encomendaban la operación a Asclepio para que asegurara su recuperación. Para eso había estudiado en Epidauro.

Reflexionó sobre el padre de Eugenia y le recordó como un ignorante, pero un buen hombre; educado, agradecido, generoso hasta querer pagarle con un dinero que no tenía. ¿A qué se debía su traición? Quizás no hubiera sido el oro su precio sino otro de mayor peso que ignoraba. ¿Podía él juzgarle sin conocer sus auténticas motivaciones? ¿No estaría siendo injusto en su odio? ¿Acaso no se comportaba como el despiadado juez que a él le había condenado?

Los soldados, abandonando a Teodoro con sus pensamientos, se retiraron y de nuevo los trompetistas se ganaron el sueldo.

Dos toros hispanos salieron de sendas trampillas en los laterales de la arena. Uno colorado y otro negro zaíno. Probablemente hermanos de encaste por sus semejanzas, pues ambos mostraban un morro casi tan ancho como su poderoso cuello, un cuerpo largo y alto de cruz y una boca cerrada que les daba un aspecto tan serio como el entierro que auguraban sus largos, horizontales y astifinos pitones.

Despistados por el ensordecedor griterío que les saludó, no tardaron en romper a la carrera levantando polvo mientras perseguían a los enemigos que les llamaban golpeando el muro

desde las primeras filas.

Tras reconocer el terreno y mientras el colorado continuaba despistado, el negro frenó en seco percibiendo la razón de ser de la capa roja que, levantada por una brisa suave, ligera y traicionera, descubría a su objetivo: el inocente Teodoro.

Inmóvil y a oscuras, tan solo como el enamorado que enviuda joven, relativamente ajeno al drama que se avecinaba, Teodoro seguía ensimismado en sus pensamientos. Consciente de cómo la parca acechaba e intuyendo la cercana llamada de los dioses decidió, magnánimo, perdonar al padre de Eugenia. Ahorrarle la maldición de un futuro muerto y del peso de la condena que acarreaba. Se negaba a juzgarle ciegamente. Aunque así le castigaran sus enemigos él, rebelde, les vencería viendo mucho más allá de su negra capucha y destino.

Satisfecho consigo mismo por su generosidad, por su superioridad moral, imaginando la segura e inminente felicitación de Plutón al verle, el valiente Teodoro dibujó una sonrisa donde solo las lágrimas y el horror tenían sentido. Para qué buscar mayores misterios si imposible es comprender el alma humana.

—No puedo mirar. No entiendo cómo se puede disfrutar con esto —dijo Clodia, inconsciente de la entereza de Teodoro, pero no de la tragedia que protagonizaba.

Como sincera cristiana aborrecía aquel espectáculo para bestias al que se había visto arrastrada por la insistencia y obsesión de su hijo con Olimpio. No podía negárselo tras el drama en que se había convertido su casa desde la llegada de su marido Ausonio, cuando el niño había descubierto la crudeza de la vida al encontrar en su padre a un villano en lugar de un héroe.

Por primera vez le veía sonreír. Aunque fuera en medio de aquel infierno. Ojalá fuera tan sencillo para ella.

Cinegio estaba a otra cosa. Como la gran mayoría andaba ávido de acción y sangre con esa crueldad tan intrínseca al hombre como el hambre y la sed. En Teodoro no reconocía más que a un hechicero, seguro culpable de quién sabe cuántas tropelías. Con cierta superioridad observó a su madre y a su hermana tapándose la cara. Mujeres, pensó mientras sonreía.

El anfiteatro había mudado de marejada a mar en calma y anhelante, realizando la misma pausa que el toro zaíno, y,

aguantando la respiración, aguardaba el inmediato desenlace.

El toro negro cabeceó y, seguro de su próximo objetivo, escarbó con su mano izquierda la arena midiendo la distancia y el golpe antes de lanzarse en frenética carrera para embestir certero al hechicero. El poste se partió, volando como la brizna de hierba en la tormenta, y Teodoro quedó prendido entre los pitones del astado desatando el júbilo de la multitud y poniendo a juego el calzón blanco con la capa roja. Los alaridos de dolor y terror se oyeron en la ciudad. Tras varias cornadas, el toro negro lo dejó en el suelo para que rodara ensangrentado sobre él mismo, y salió con la cara alta, desafiante, retando a quien se atreviera a cruzar la mirada con aquellos ojos profundos, pequeños y violentos.

El hermano colorado, hasta ese momento espectador de excepción, azuzado por un *mastigophorus* con un hierro candente, creyó encontrar al culpable de su castigo vestido con la maldita capa roja. Teodoro, todavía a oscuras, trataba de levantarse patéticamente a saber con qué objetivo. Antes de que pudiera hacerlo, mientras trastabillaba, el astado, con una violencia similar a la de su hermano, le alcanzó de costado desplazándolo varios cuerpos y dejándolo inconsciente pero no sin castigo, pues con él siguió cebándose como el buitre con el cadáver.

Las trompetas indicaron el final de tan macabro espectáculo, la recogida de los toros y la salida de dos operarios que, disfrazados de Caronte, remataron a lo que quedaba de Teodoro. El pueblo, enardecido, le despidió con una estruendosa ovación mientras se lo llevaban por la *porta libitinensis*.

El hechicero había sabido morir decentemente.

La segunda *damnatio ad bestiam*, seguía el modelo de los *bestiarius*, el mito de Orfeo. Unos treinta libertos, a la carrera, en ensayada coreografía, instalaron una pasarela de madera pintada de verde en medio de la arena. Simulaba ser una montaña con forma de serpiente como la que mordió a Eurídice. A su lado colocaron retama en abundancia, varios árboles como los de los montes Ródope y Hemo e incluso una especie de estanque rodeado de rocas blancas. Entre los asistentes de las primeras filas se repartieron otras piedras de buen tamaño.

El público ovacionó a Lucio Vero por el despliegue.

El asesino se llamaba Adriano. Un viejo centurión, veterano en

mil batallas. Tres hombres había ajusticiado en una reyerta de taberna. Uno de ellos, Nicómedes, era un poderoso comerciante de Hipona que celebraba una lucrativa operación, famoso por ser un imbécil incluso tan lejos de su casa. Arrogante, soberbio, altivo, arrojó unas monedas al suelo buscando humillar al borracho de la mesa de al lado. La mala suerte colocó allí a Adriano. Tan virtuoso ante la muerte como fracasado con la vida. Un hombre que solo perseguía acallar las voces que le atormentaban, difuminar las caras que le perseguían y ahogar los recuerdos de la guerra en la penúltima jarra de cerveza. Muy mal maestro para aprender que no todo en la vida tiene precio. Caras son las lecciones de los viejos legionarios a personajes como Nicómedes.

De nuevo se abrió la *porta libitinensis* y de entre las sombras surgió Adriano con la cara alta y el pecho inflado. Tendría unos cuarenta y cinco años, pero conservaba la figura y el pelo. Portaba una corta túnica blanca hasta las rodillas abrochada por un cinturón dorado, una capa roja similar a la de Teodoro, una corona de laurel y una lira. Por si con esta no amansaba a las fieras como Orfeo a Cerbero, también llevaba seis jabalinas. Si no alcanzaba para salir inocente del juicio, de algo servía su condición de legionario veterano. Marchaba con paso firme y mirada larga, sin trabarla con nadie. Tan pronto se vio libre, despectivamente tiró la corona y la lira al suelo y se encaramó a la serpiente con un ágil salto. No estaba allí para hacer el imbécil.

El público aplaudió la resolución y rebeldía del soldado. A Cinegio le sobrecogía el sosiego de los ajusticiados, la categoría con que se enfrentaban a su fatal destino.

De nuevo las trompetas abrieron las trampillas, pero en esta ocasión para liberar a dos enormes felinos.

—¡Panteras! —gritó admirada la vecina de debajo de Cinegio.

Fascinado, Cinegio observó a aquellos colosales animales que paseándose reconocían el escenario. Unas enormes argollas al cuello sujetaban las cadenas con las que los *mastigophori* aseguraban que su recorrido no alcanzaría la grada. La boca, abierta, parecía no ser capaz de albergar el tamaño de los colmillos. Las amarillas garras bailaban sobre la arena con elegancia. La de la izquierda, con un salto, buscó la defensa de la retama como la codorniz el rastrojo de trigo. Allí se agazapó hasta recibir el tirón de un *mastigophorus* que

la sacó de su escondite. En la carrera aprovechó para dirigirse a la montaña con forma de serpiente donde se encontró con la certera primera jabalina de Adriano. Un grito de alborozo acompañó la voltereta de la fiera. Una menos. Había combate.

Inclinado siempre por una natural simpatía hacia los legionarios, Cinegio se levantó y gritó:

—¡Vamos, aguanta, valiente!

—Calla, enano —le dijo su hermana despectivamente, abochornada sin razón, pues a nadie le importaban, salvo a ella, los gritos del chiquillo.

—¡Tú puedes! —continuó Cinegio, ignorándola como siempre, entre el bullicio general.

La trampilla volvió a abrirse y, en esta ocasión, de las sombras, asomó un león que dejaba en gato a las panteras. El público estalló de júbilo vitoreando a Lucio por su generosidad. Él se levantó saludando. Adriano, no tan contento, torció el gesto con el cambio. Como si importara. Su ingenuidad era aún mayor que su confianza. Antes de que el león se acercase, hacia él voló la segunda pica que pudo esquivar recibiendo solo un rasguño en el lomo. Adriano lo quería a distancia.

Tras unos instantes de quietud, una vez que los animales ya entendían el peligro al que se exponían, la segunda pantera, alentada por los *mastigophori*, intentó tomar la serpiente recibiendo un nuevo castigo que, aunque no acabó con ella, sí le hizo huir hacia los árboles cojeando de su pata izquierda. El público estalló de nuevo ante el valor del soldado. Había más de un león en la arena.

—¡*Missio*!

—¡Vida, clemencia!

—¡Gloria!

Eso gritaban muchos con Cinegio a la cabeza. Suspirando por un merecido final feliz, soñando con que las jabalinas que tan diestramente lanzaba aquel valeroso brazo se destinaran a enemigos de Roma y no a entretener unos juegos provincianos.

De repente, de las primeras filas, una decena de hombres se alzó para apedrear al legionario como las bacantes tracias hicieran con Orfeo. Serían amigos de Nicómedes o apostantes que veían peligrar su ganancia. Aquello no lo esperaba el centurión que alcanzado por

varias perdió el pie, la defensa, la altura y la esperanza propia y de cuantos le animaban. El león, con un ronco rugido se lanzó a por su presa, hambriento de venganza y sustento, de un zarpazo lo descerrajó como se limpia al conejo ya abatido con daga afilada. La sangre, las tripas y el olor a muerte inundaron el anfiteatro. Allí acudió ansiosa la pantera coja hasta ser retirada junto al león, antes de saciarse, pero tras descuartizar a nuestro efímero héroe.

Los Carontes retornaron a escena, esta vez más para recoger los dispersos trozos del reo que para rematar nada. Mientras los operarios limpiaban la sangre de la arena esparciendo sobre ella hojas de azafrán, aprovechando el fin de los *ludi meridiani*, el público se dispuso a almorzar.

—¿Qué hemos traído, madre? —preguntó Cinegio, mirando a su alrededor cómo la mayoría contaba con viandas.

—No entiendo cómo puedes tener hambre, hijo —le respondió Clodia con una mueca de disgusto.

—Yo no vuelvo a comer carne en mi vida —añadió Gala, simulando el vómito—. Tampoco pienso volver aquí.

—Coge algo de lo que ofrecen los libertos, hijo —le dijo Clodia.

Cinegio, más por imitación del entorno que por necesidad, comenzó a beber algo de vino y a comer del queso, las uvas y las tiras de carne que repartían los libertos a la salud de Lucio.

Como a su madre y a su hermana, a él también le costaba tragar, pero no por exceso de escrúpulos sino por los nervios ante lo que se avecinaba. El momento ansiado desde que se enterara hacía un mes en el *edicta munerum*.

Olimpio combatía con Scaeva.

III

Cinegio había conocido a Olimpio, el Cónsul, tres años antes, contando nueve, con su padre ya guerreando en Persia, antes de que tocara el cielo en Amida y el infierno en Pirisabora.

Coincidiendo con unos juegos en Thysdrus, Cinegio, siempre curioso, convenció a Aurelio el atriense para que le acompañase hasta el *ludus* imperial con el objetivo de cruzarse con alguno de los célebres gladiadores que combatirían. Allí, en la puerta, entre la

gente, distinguió en la distancia a uno de los más aclamados, Olimpio, el ídolo, primero de Egipto, más tarde de África y ahora del imperio entero. Un Hércules moreno de piel y pelo, alto como una torre y ancho como el océano. Apodado el Cónsul por la suficiencia y estilo con el que se movía en la arena.

Jamás había visto Cinegio un hombre tan grande, tampoco Aurelio. Parecía caminar dos palmos sobre el suelo y se movía entre el gentío como un águila entre gorriones. Sobrado. Loado por los hombres, agasajado por las mujeres y asaltado por los niños, se detenía con cada uno para regalar saludos, abrazos, sonrisas o besos, según mereciera el demandante y anduviera su ánimo.

—¡Olimpio! —chilló Cinegio como tantos otros mientras se acercaba. Demasiado lejos para que advirtiera su presencia. Algo tenía que hacer para verle de cerca, para comprobar si aquel coloso era real o una ilusión. Zafándose de Aurelio, adentrándose entre el bosque de piernas que les separaba como el zorro perseguido entre las zarzas, alcanzó la primera fila de contacto—. ¡Cónsul, Cónsul! ¡Aquí! —volvió a gritar más fuerte, tan cerca como para tocarle su pierna de mármol y asirle de su verde túnica.

—¡Cuidado, hijo! —rio el gigante, divertido ante la osadía del muchacho—. Ahora, verás —dijo mientras le cogía con aquellos brazos como raíces de encina, alzándole al cielo con la facilidad con la que lo hace el perro de caza con el conejo cobrado—. ¡Cuidado con quién te metes, valiente! —se despidió, dejándole de nuevo, con una ancha y sincera sonrisa, revolviéndole su pelo rizado azabache.

Con aquel gesto se ganó a su mayor admirador. Siempre pendiente de sus noticias y rumores. Preguntando a quien se cruzara. Obseso por seguir sus derroteros, sus combates y victorias. Junto a él recorría el imperio y luchaba contra bestias y hombres, aunque jamás abandonara Thysdrus ni pisara la arena.

Olimpio era un *auctoratus*, un gladiador voluntario. Consciente de su superioridad física como lo es el león entre las hienas, había escogido el camino de la arena y el combate *virtus causa*, aunque no despreciara el oro que conllevaba. Soñaba ser tan legendario como Flamma o Antríoco, sabedor de que en Roma aquel cetro brillaba casi tanto como el del emperador. Contaba quince victorias y un empate por solo dos derrotas, ninguna de ellas desde que se especializara como *secutor* hacía ya trece enfrentamientos.

Hoy en Thysdrus no se enfrentaba a un rival sencillo. El *retiarius* sería Vinicio, un esclavo germano apodado Scaeva por su condición de zurdo. Veterano de un prestigioso *ludus* de Antioquía con siete enfrentamientos y solo dos derrotas.

Una vez saciado el apetito, tras un nuevo gesto del pañuelo del prefecto, las trompetas de bronce anunciaron el final de la espera y la llegada de un expectante silencio que se apoderó de la grada. Las voces callaron mientras los corazones galopaban desbocados. Los setenta mil ojos allí presentes perseguían al liberto que abría la *porta triumphalis*, la que simbolizaba el nacimiento y la vida. Tras el chirrido de las goznes, de entre las sombras surgieron los dos hombres que habían de jugársela.

—¡Cónsul! —rompió el silencio un desgarrado grito de una admiradora abriendo el paso a un huracán de aplausos, aullidos y gestos.

—¡Vamos, Olimpio, vamos! —comenzó a chillar Cinegio entre aquel coro de trastornados capaces de partirse las manos entre aplausos, lanzarse al vacío con sus brincos y asfixiarse visto el rojo color de sus caras.

La imponente presencia de los gladiadores justificaba la locura desatada desde la primera a la última fila. Ambos descalzos, con paso firme y seguro, daban la vuelta a la arena en sentido contrario.

Olimpio refulgía bañado en aceite, luciendo sus desproporcionados músculos al levantar, arengando al público, el *gladius* y el escudo que portaba como *secutor*, ambos a juego con su gigantesco tamaño. Arrogante, confiado, los chocaba entre ellos desde cada lado de su pecho, tan ancho como la rueda de una cuadriga. El Cónsul disfrutaba del paseo, calentando, tirando estocadas, estirándose y dando pequeños saltitos y fintas, generando según avanzaba una ola en la grada al levantarse la muchedumbre.

Vestía el *subligaculum* de color verde, su preferido, y las *fasciae* de cuero, de muñeca a codo y de tobillo a rodilla, salvo en la pierna izquierda, la de guardia, donde portaba una *ocrea* dorada. Cinegio le imaginaba sonriendo pese a no poder advertirlo por el descomunal casco que le cubría hasta el cuello. Un casco plateado, abierto mínimamente en los ojos, sacrificando la visión para evitar al tridente del *retiarius*, sin adorno alguno que facilitara que lo atrapara la red enemiga. Su atuendo, poderosas extremidades y

cetrino color le daban el aspecto de una enorme hormiga, de esas inmortales que sobreviven a la asfixia y el aplastamiento de los crueles juegos infantiles.

A Vinicio, en cambio, al no portar casco, sí se le distinguía el rostro y no era el propio del futuro rival del Hércules egipcio. No parecía temer a su contrincante. Valiente, tranquilo, sonriente, confiado, ansiaba ser el primero en vencer al Cónsul y que su historia llegara a su mujer y a sus hijos al otro lado del Rin. Incluso soñaba con volver a verles tras conseguir el *gladius* de madera. Bien lo merecía tamaña hazaña.

Pese a la animadversión previa que por él sentía por enfrentarse a su héroe, Cinegio no pudo evitar una cierta simpatía e incluso admiración por el germano ante tal derroche de valor y hombría. Aquellos hombres estaban hechos de otro barro.

El *retiarius*, de unos treinta años, era castaño de pelo, atlético, fino, ágil, alto, pese a parecer bajo comparado con Olimpio, con ese sonrosado color que padece la piel norteña bajo el sol africano. Su *subligaculum* era blanco y por su condición de zurdo llevaba la red en la izquierda y el tridente y la pequeña daga en la derecha lo que le hacía más temible. Aparte de las *fasciae* en antebrazos y tibias, portaba la *manica* y el *galerus* metálicos color plata en su brazo y hombro derechos.

El penetrante toque de un cuerno, silencioso hasta ese momento, dio por finalizada la vuelta de reconocimiento, acalló hasta el último murmullo y dio entrada a los dos árbitros, el *summa rudis* y el *secunda rudis*, que con su vara vigilarían el acatamiento de las reglas en la contienda. Ambos gladiadores se plantaron frente al *podium* y alzando la mano derecha, con un profundo grito, pronunciaron el protocolario saludo dirigido a Clodio Octaviano como máximo representante del imperio:

—*Ave, Caesar, morituri te salutant!*

El enfervorecido público desató de nuevo una atronadora ovación mientras ya ambos se colocaban en sus respectivos puestos.

—¡Van cien sestercios por el Cónsul!

—Que sean doscientos por el germano. Mira su cara, presiente la victoria.

—¡Cubro eso y subo quinientos más, si tan seguro estás!

El pueblo apostaba sin medida, borracho de codicia, confundiendo la gallardía con la estupidez, como si en el anfiteatro la moneda perdiera el valor que con tanto esfuerzo costaba ganarla fuera. Confundidos por sus pasiones, convencidos por sus corazonadas o los falsos guiños de Hermes, los mismos que tacañeaban en el mercado y habían olvidado el olor de la carne perdían cuanto poseían, hasta su honor, la libertad o la de su familia.

Insondable es el mundo del azar, hijo de la avaricia y padre de la ruina, capaz de perder al más cuerdo como a la mariposa en la telaraña.

Cinegio ni les escuchaba, él solo tenía ojos para su ídolo.

—Vamos, Olimpio, acaba con él a la primera, como en Constantinopla —susurró concentrado, nervioso, fingiendo no mirar, para sus adentros, dándose ánimos al recordar una de sus más aclamadas victorias en las que acabó con su rival en segundos.

Olimpio pareció escucharle y sin dilación se lanzó en vertiginoso ataque contra Scaeva. Este también conocía la treta y, esperándole, saltó hacia atrás ágilmente, zigzagueando ante cada estocada, con el tridente en alto, amenazante. Vinicio buscaba escapar de la visión del gigante, sin prisa, consciente de que el tiempo corría a su favor, pues, por muy fuerte que fuera el egipcio, el peso que acarreaba acabaría mermándole.

El coloso, tras comprobar que su primera embestida fracasaba, varió de táctica y como la aguja del reloj de sol permaneció inmóvil, enroscado a la arena, girando solo lo suficiente para mantener el contacto visual con el germano, ahorrando energía, aguardando su momento con la espada en alto como un gigantesco y mortal escorpión.

El *retiarius* tomó entonces la iniciativa buscando carne con el tridente, hiriendo piernas y brazos, entrando y saliendo de forma vertiginosa, por arriba y por abajo, brincando de izquierda a derecha, agitando la mortal red por encima de su cabeza como si manejara la muerte, lanzándola y recogiéndola sin presa, pero con inmenso peligro.

Cada estocada, cada herida, cada choque metálico, cada grito o cada finta se celebraban como el nacimiento de un varón, una cosecha espléndida o una herencia desconocida. El público, en pie,

perdida la noción de sí mismo, embriagado por el hipnótico baile del mastín y el gato, se abrazaba, chillaba, lloraba y apostaba sin sentido. La pericia de ambos, su magistral lucha, no dejaba a nadie indiferente, y hasta Clodia y Gala contenían el aliento y animaban al Cónsul contagiadas por el clima de locura.

El egipcio, inalterable, economizando movimientos, encajaba los golpes del tridente como un oso los picotazos de una abeja y solo se movía para rechazar con el escudo la red. Así lo hizo dos, tres, cuatro veces hasta que a la quinta llegó el momento que esperaban él y Cinegio.

Según caía la red sobre él, en un movimiento mil veces ensayado, dio un paso a la izquierda, soltó el escudo y alcanzando la red con la mano, enrollándosela, tiró de ella con enorme fuerza, embistiendo y atrayéndose hacia sí a Scaeva. Este, confundido, atónito al descubrir que a quien consideraba un agotado elefante era en realidad un gigantesco lobo al acecho, no alcanzó a cortar la cuerda que le unía a la red con su pequeña daga y encajó un descomunal cabezazo del gigante que irremisiblemente le llevó al suelo. Allí, sobre el cuello, le atrapó raudo con su pie el Cónsul como a la perdiz alicortada, apoyándole la espada en la cara y mirando al pódium a la espera del veredicto.

—¡*Missio*! —gritó Cinegio.

—¡*Missio*! ¡Clemencia! ¡Vida! —gritaba el público con el puño en alto y cerrado, ondeando los pañuelos y los bordes de las togas en una inmensa marea blanca, incluso los que habían perdido su fortuna, contagiados por el valor y la destreza de *secutor* y *retiarius*.

Ansiando premiar con la vida a quien con tanto arrojo había desafiado a la muerte.

Clodio Octaviano coincidió con la mayoría y alzando el puño le regaló la vida a Vinicio que esperaba con una rodilla sobre la arena, sujetando la pierna del vencedor con una mano mientras le mostraba su garganta por si debía ser degollado.

Tras el veredicto, Olimpio caminó victorioso al centro de la arena para bañarse en el éxtasis general. Allí se quitó el casco, desnudando por fin su sonrisa, saludando mientras sujetaba el *gladius* en alto, sobrado, señor en su reino, esperando su manto púrpura, la corona de laurel, la palma de la victoria y la bandeja de

plata.

Cinegio, deslumbrado, llorando de alegría, de repente recibió en su interior la descarga de un trueno. Algo nunca experimentado. Una especie de visión. Un relámpago sobre su instinto. Una certeza sobre el futuro.

Supo, sin entender cómo, que él sería el Cónsul, o casi. Que vencería a otros hombres, los gobernaría, que sería escuchado, que llegaría lejos, que podía pelear o medirse con cualquiera si perseveraba.

La impresión, el augurio o lo que fuera aquello que le sucedía, en cualquier caso, le dejó un sabor amargo. Sumamente extraño, confuso. Difícil de encajar y más siendo un niño al que algo similar le sucedía por primera vez.

Estremecido, sintió que siendo aquello cierto, irrefutable, sería fugaz, que aquella visión no se completaría totalmente. Que pese a merecerlo y casi llegar a cumplirlo jamás llegaría a ser el Cónsul. Que cuando estuviera a punto de realizarse, se desvanecería su sueño como la niebla en verano.

2

Thysdrus, África, marzo de 366

—¿Pelear en la arena? ¿Convertirte en gladiador? —le gritaba alterado Clivio a Cinegio en el atrio de su casa—. ¿No se te ocurre nada más bajo? Ladrón, violador, sicario, esclavo, sepulturero, galeote, tahúr, eunuco o incluso ramera. ¿A algo incluso más mezquino aspiras? —Estaba exacerbado, fuera de sí, reprimiéndose para no golpearle en la cabeza para luego arrepentirse.

—Lo siento —sollozó el chico, buscando las palabras entre sus pies. Humillado. Aguantando el granizo tan indefenso como la vid en enero.

—No basta con sentirlo —le cortó, seco, Clivio—. Acabas de cumplir quince años. Ya eres suficientemente adulto como para este tipo de necedades. ¿Qué pretendes? ¿Qué buscas? ¿Qué te persigan las mujeres como a un trofeo de caza? ¿Convivir de igual a igual con esclavos? ¿Servir de entretenimiento a la plebe como un oso o un mono?

—No, tío. Solo quería preguntar, nada más —respondió sincero Cinegio, pues solo aquello buscaba, pese a que tan difícil le resultara explicarlo.

Cierta era su visita al *ludus*, que había sonsacado durante media mañana a los guardias de la puerta las diferentes formas de ingresar e incluso apalabrado una próxima visita.

Su afán solo respondía a su estúpida curiosidad. Bien sabía que jamás sería gladiador. No sin romper con su familia y eso era algo que no contemplaba. Jamás se le ocurriría disgustar de aquella forma a su madre después de lo que la había visto sufrir.

Pero a la vez sentía que algo tenía que hacer. No podía obviar aquella sensación de que sería como el Cónsul. La certeza de su futura grandeza. Obsesionado por aquel presentimiento que le había asaltado aquel lejano día.

Se culpó por ser tan ingenuo. Por no prever que su tío se enteraría de cualquiera de sus movimientos por muy inocentes que

resultaran.

Siempre lo hacía.

—Preguntar… —dijo Clivio, alargando la última sílaba, pensativo, esforzándose por recuperar la calma.

Levantándose corrió los tapices que hacían la vez de pared de su *tablinum* y que a su espalda dejaban entrar la luz y el aire provenientes del *atrium*. Aquel despacho era con razón su habitación favorita, su espectacular capricho, de estilo griego, con techo plano y columnas, dotado solo de tres paredes y la falsa cuarta que cubría el tapiz. El piso era de mármol y la mesa de bronce del más refinado buen gusto. El lado abierto quedaba a la espalda de Clivio y una vez tapado escondió la vista que mostraba el altar donde se veneraba el sagrado fuego de sus antepasados.

—Preguntar —repitió en un tono más sosegado Clivio, tomando asiento de nuevo esta vez junto a su sobrino en lugar de enfrente, ganando privacidad y cercanía.

En el último año, sin hijos y tras la trágica muerte de su hermano, le había dedicado cada vez más tiempo distinguiendo con claridad y cierto orgullo su viveza y aptitudes para pensar y aclarar sus propios pensamientos a base de preguntas y más preguntas.

En Cinegio, insatisfecho por naturaleza, ansioso por quemar etapas que aún no le correspondían, descubría, con una mezcla de alegría y tristeza, cómo empezaba a arder en su interior la chispa de la pasión intelectual, la insaciable sed de sabiduría y el dolor de la insatisfacción, del reconocimiento del vacío y la insignificancia.

Calibrándole descubrió que, pese a no haber vestido aún la toga virilis ya alcanzaba su altura, aunque aquello no resultara difícil.

Se trataba de un chico despierto, así se lo confirmaban sus maestros. Comprendía con facilidad la lógica, el significado de las cosas y tenía una excelente memoria. También se desenvolvía bien en la gramática, las conjugaciones, la retórica, los números, los astros y la música, tanto que a veces despertaba el recelo de los compañeros.

Su problema era su ensimismamiento y capacidad de distracción, de aislarse centrado en su mundo.

Si en clase de álgebra escuchaba un carro, enseguida olvidaba lo que le estaban explicando para pensar en qué llevaría el carro, quién sería su conductor o en lo bien que lo pasó el día que se

escondió con su amigo Marcio en la parte trasera de uno hasta la villa.

Clivio sonrió, se estaba convirtiendo en un buen mozo, pese a su débil apariencia y aquella extraña palidez que durante su infancia les había hecho temer por su vida y que había continuado hasta aquel mismo día, a la que le condenaba su pasión por la lectura devorando letras y pasar más tiempo a la sombra que al sol. Cada vez era más frecuente advertir las intencionadas miradas de las muchachas con las que se cruzaba, aunque él, siempre con su aire ensimismado, no pareciera percatarse.

Más preocupado por los gladiadores, las estrellas, el mar, los animales, los árboles, la cosecha, Virgilio, Homero, Tácito o Salustio que por sus vecinas. Quizás ese fuera precisamente su atractivo, preocuparse por cosas mientras otros se preocupaban por nombres.

Tenía los ojos del color de su madre, marrones con afán de clarear, alcanzando tonos verdosos según su ánimo, trasladando reflexión y una fogosa imaginación cuando estaban en calma. En aquel momento su tío no podía vérselos, pero los intuyó oscuros, probablemente encendidos por el miedo.

Sí advertía el perfil de su nariz, también de su madre; proporcionada, con presencia, quizás algo ancha en la parte inferior.

En el resto era la viva imagen de su padre. La de su hermano Ausonio. Su mismo pelo negro azabache ligeramente rizado. La forma de sus ojos, propia del este, profunda, enmarcada por altos pómulos, como enterrada y de corte horizontal. La mandíbula cuadrada y de sonrisa franca que ahora escondía tanto como su mirada. Transparente. Determinada a perseguir sus sueños.

Clivio temía aquella mirada al reconocer la de su hermano. La que en el halago bautizamos como perseverancia y en la crítica testarudez u obstinación. La que podía obligarle a despeñarse por un precipicio solo por demostrar hombría o que la razón estaba de su parte. La que evitaba pedir ayuda o reconocer debilidad alguna. La que había terminado matando a Ausonio.

No permitiría que su sobrino se confundiese en esa edad en la que cualquier camino parece válido.

Impulsado por el amor y no cediendo ante la cómoda clemencia, decidió ser duro y que aprendiera la lección.

Ese era su deber, guiarle en el maravilloso camino que iniciaba y con el que construiría la más noble obra de arte a la que aspiraba el ser humano; una personalidad, un carácter, un alma, en definitiva. Aquello que, dentro de muchos años, cuando lo necesitara, buscando la respuesta en su interior, le gritara «¡No!» al enfrentarse a una decisión deshonesta, o «¡Lucha!» en momentos de desánimo o postración.

Aguantando la firmeza en su interior, pero con la satisfacción interna del que sabe que obra a conciencia, Clivio tragó saliva y continuó:

—Preguntar —repitió por tercera vez—. Para preguntar me tienes a mí, hijo. No tienes por qué recorrer la ciudad y hacerlo con desconocidos. Si hay algo que poseo es información. —Hizo una pausa intencionada, larga, de deliberación antes de proseguir—: Pero, sinceramente, Cinegio, dudo que solo quisieras preguntar. ¿Para qué si ya sabes la respuesta independientemente de lo que te diga el guardia de turno? Actúas con torpeza deliberada. Pierdes el tiempo. Juegas. ¿O no es así? Esa es la duda que me inquieta. Reflexionando, quizás espoleado por el cariño que te guardo, me inclino por culpar de tus actos a tu simpleza, a la ingenuidad del niño que todavía crees ser, de no ser aún capaz de medir las consecuencias de tus decisiones. Tan inmaduro como para recorrer un camino que sabes que termina en un acantilado, pero presumo que no tan imbécil como para saltar.

Cinegio seguía contemplando el suelo, tímido, jugueteando con sus manos hasta que Clivio le levantó la barbilla, de forma firme, para encararlo y mirarlo a esos ojos que se escondían. Debía decirle lo que pensaba en su propio beneficio.

—¿Quieres dedicarte a las armas? ¿Matar o morir con la espada? No he de ser yo el que te niegue tal vocación, pues muchos de los que más admiro eligieron tan noble oficio. El primero, tu padre. Pero el oficio de armas de verdad, el del servir al águila, a la legión, al ejército, a Roma; seguir los pasos de tu padre con honor. No ejercer en un circo como distracción, bañado en aceite como un pescado previo a ser frito. Así no merece ser arrastrado nuestro nombre, la *phalera*, la medalla de tu padre que ahora portas.

Cinegio, temblando, estremecido, tocado en su interior, se peinó con la mano hacia su derecha como cada vez que pensaba en la

condecoración de su padre. Como si así se sacudiera parte del peso que acarreaba para cumplir con la exigencia moral que representaba.

Viéndolo cercano al llanto, clemente, Clivio decidió rebajar el tono y le atrajo la cabeza hacia su regazo abrazándolo con cariño.

—Poco más puedo hacer que lamentarlo, tío. Sé que tienes razón —balbuceó Cinegio con los ojos brillantes después de un cómodo silencio.

Ambos se querían enormemente.

Cinegio dudó si contarle su secreto. La certeza que le empujaba a actuar de aquel modo. La de que sería grande, tanto como el Cónsul.

Separándose, secándose una furtiva lágrima, tras recuperarse, mirando fijamente al fuego que crepitaba en el cercano altar, sin encontrar la forma de traducir lo que sentía, continuó buscando apagar la conversación.

—Ansío enrolarme en el ejército, pero lo veo tan lejano como la vejez. No te preocupes, de todos modos. Sabré esperar. No volveré a hacer una tontería de este tipo.

—Aprende, hijo. Reflexiona siempre antes de actuar. Quizás yo también tenga parte de culpa. Los errores no suelen ser hijos de un solo padre —reconoció Clivio, algo afectado por su excesiva dureza, arrepintiéndose de la mención a la *phalera* de su hermano que le había afectado de aquella forma. Ya se le había pasado el enfado y embriagado le miraba con cariño. Era un buen chico. Quizás algo solitario y consentido por su madre por todo lo que había sufrido viendo a su padre. Eso era algo remediable. Convencido, continuó —: Cierto es lo que te comentaba antes, que me embarga la pena porque no acudieras a mí antes de ir hasta el *ludus*, pero peor es mi sensación de fracaso por no percibir tu inquietud. Por pasar demasiado tiempo fuera, en mis viajes, sin atenderte como es debido, especialmente desde la muerte de tu padre. Como error propio me tomó que seas capaz de plantearte estupideces de este tipo. Entiendo, en cualquier caso, que ambiciones correr antes de andar pues, como decía Homero, «La juventud tiene el genio vivo y el juicio débil». Al fin y al cabo, solo es privilegio del joven o del imbécil no detenerse a pensar en el futuro.

Dejaron un nuevo silencio cómodo entre ambos que permitió a

Clivio reflexionar sobre una idea que tiempo llevaba fraguándose en su cabeza y allí, reconociendo en los marrones ojos de su sobrino la mirada de su querido hermano Ausonio, de forma nítida, se acababa de materializar. Así se lo dijo:

—Demasiado he delegado tu educación en manos de mujeres y códices. Es hora de que crezcas de verdad. De que espabiles y dejes de mirar por la ventana para salir por la puerta. Nos vendrá bien, además, pasar un tiempo juntos. Me acompañarás en mi viaje a Milán. Tenemos audiencia con el nuevo emperador.

3

I

Itálica, Hispania, noche de San Juan Bautista de 366

Los *illustres* hispanos se reunían desde hacía generaciones en cada solsticio de verano e invierno. Las celebraciones se mantenían independientemente de los asistentes, sabedores de que en muchas ocasiones no era fácil hacerlo, pero que siempre habría familiares y amigos con los que bien valía la pena verse.

Achantia había aguardado con especial ilusión aquel viaje, pues a sus diez años era el segundo verano que acompañaba a sus padres y la primera vez que marchaba tan al sur desde Carranque. Ni siquiera era consciente de su fortuna por hacerlo a la villa de Flavio Honorio, un primo de su abuelo, cerca de Hispalis y vecina al Betis. Una espectacular finca a la que llamaban la Vieja por ser herencia familiar desde tiempos de sus ilustres antepasados, la dinastía Ulpio-Aelia que glorificaron Trajano y Adriano.

La finca, además de vieja era soberbia, pues contaba con más de mil *jugera*. En su mayoría labrantío con gran peso de olivar, pero también bosques repletos de caza, madera, brea, viñedos y prados. Los más moderados aseguraban que debían rendirle más de tres mil sólidos anuales. Pese a ser la señera y principal no era la única que poseía.

Flavio Honorio era uno de los hombres más respetados de Hispania y no solo por su riqueza y linaje pues a todos asombraba su absoluta indiferencia ante ellos, quizás por haberlos tenido siempre. Esta indiferencia no significaba que no hiciera negocios con sagacidad, pues fácil le resultaba con su inteligencia, patrimonio, contactos y posición. Compraba fincas, ganado, bosques, hombres, minas y barcos, más por entretenimiento y curiosidad en el negocio que por el propio resultado en sí. Regalaba y prestaba fortunas para luego pelearse por propinas. Despreciaba al

ostentoso que alardeaba de poder, dignidad o influencia y se arrimaba al sencillo de limpia conversación. Se admiraban sus rectos principios que rubricaba con hechos, su buen juicio y su honestidad, aunque su discurrir resultara cada vez más anticuado y su carácter más agrio, afilándosele la nostalgia por un pasado cada vez más remoto.

Lo qué le exasperaba sobremanera era la dichosa religión. Él, como viejo legionario, seguía siendo seguidor de Mitra. No comprendía la pérdida de los viejos usos y especialmente deploraba la nueva costumbre de los cristianos de apropiarse de sus fiestas y deidades locales para festejar sus días santos. Su mujer, Pulcheria, era la peor de todas. Por eso le tocaba tragar.

En qué mala hora se había casado con una galilea pensando que aquello solo era una moda pasajera, como las fíbulas bárbaras o los parches de seda sobre los mantos. Tenía que aguantar que, en su propia casa, en lugar de honrar en la primera noche de verano a Júpiter y Juno, celebraran la fiesta del Bautista, del tal Juan ese, otro judío, el primo de Jesús. Al menos mantenían la costumbre de vestirse de blanco y de saltar las hogueras tres y siete veces festejando que el sol aún vivía, pues ni se molestaban en idear sus propios ritos.

Flavio Honorio no recordaba que también los romanos copiaron a los griegos y estos a los fenicios y egipcios y que, probablemente, aquello hubiera pasado siempre.

En aquella ocasión, una de las fiestas más concurridas de los últimos años, con todos sus amigos y familiares en casa, cuando menos lugar había para el amargor, Flavio Honorio se encontraba singularmente triste, taciturno entre la alegría, irascible. Sus amigos y familiares celebraban el reciente ascenso de su hijo Flavio Teodosio. El *dux Hispaniarum* ahora sería *magister equitum*, general en jefe de las tropas de Occidente. Más de lo que nunca hubiera soñado para él, aunque bien lo mereciera por sus indudables cualidades.

Mirándole, reconociéndolo como el niño que para él nunca había dejado de ser, poco le importaba aquello a Flavio Honorio. Los años, la vejez, quién sabe si la sabiduría, habían invitado al miedo a la fiesta donde solo debía bailar el orgullo. Intuyendo su cercano final, quería tener a su hijo cerca, conservar su más

preciada posesión olvidando que los vástagos, como las ramas, se tornan más robustos cuanto más se desgajan del tronco.

Maldecía a Valentiniano, el hijo de su buen amigo Graciano, camarada suyo en África, e íntimo de su hijo Flavio Teodosio. El muy ingrato, faltando a su palabra, le había llamado pese a prometerle en Persia su retiro en Hispania.

Menospreciaba al panonio recordando cómo su padre, Graciano, aunque valiente y descomunalmente fuerte, no era más que un cordelero venido a más. Un vendedor de sogas afortunado con la espada, un campesino.

Ingenuo, confundía la llamada actual a filas de su hijo con un capricho del emperador en lugar de entenderlo como la lógica más rotunda. Valentiniano, acuciado por conflictos desde Britania hasta Egipto, no podía permitirse mantener arrumbado en la esquina más pacífica del imperio a su general más valioso y leal, a su amigo.

Flavio Teodosio no había dudado en aceptar la propuesta. Capaz era de dar la espalda al oro, pero no a la llamada de su compañero de armas o al honor de defender al imperio.

Con ese fin le había educado el padre que ahora se lamentaba.

Achantia, junto a sus amigas María, Aelia Flaccilla y Poemenia, espiaba desde el atrio la conversación de los mayores en el salón de los peces. Así lo llamaban por sus magníficos mosaicos, tan reales que miedo daba caer en uno de los pequeños estanques que decoraban adornando el salón. Pese al rumor de la fuente a su espalda, nítidamente escuchaban la conversación al estar las ventanas y puertas abiertas para recibir a la agradable brisa de aquella calurosa noche estival.

—Espero no volver a combatir en Oriente. No aguantaría otra campaña como la persa. —El que hablaba era Nebridio, tribuno y hombre de confianza del *magister* Flavio Teodosio. Un joven alto y delgado, perteneciente a una de las viejas familias hispanas con conexiones en medio imperio.

—Estoy contigo, Nebridio —recalcó Floro, el padre de Achantia, probablemente el mejor amigo de Flavio Teodosio además de primo, también tribuno—. Prefiero los impenetrables bosques germanos y a los diablos que los habitan que al maldito desierto. Aun por la noche en mi casa, en Carranque, huelo la tierra quemada y me levanto por agua sintiendo la garganta seca y la lengua como

esparto. Cualquier cosa menos el desierto —añadió.

—Pues fijaos que pese al infierno que vivimos, yo prefiero el desierto al mar —les replicó Máximo, hijo de Cayo Alepio, otro primo de Flavio Honorio, pero de la otra rama distinta a Floro, la más modesta, si tal cosa era posible. Natural de Gallaecia, se había estrenado en las armas como tribuno ecuestre en la guerra parta habiendo destacado por su arrojo e inteligencia. También destacaba por su porte, su simpatía, su galantería, cierta arrogancia y una arrolladora personalidad conjugada con un innegable atractivo físico.

Achantia no podía soportarlo. En cierto modo porque interesadamente bromeaba con su padre sobre ella. Con diez años ya percibía ciertas miradas e insinuaciones, aunque ignoraba que más se debía a su posición que a su atractivo, pues este todavía era inexistente en aquella enclenque y desgarbada chiquilla. Como con el gusano, pocos vislumbraban la futura belleza de aquella mariposa.

En ese momento, Máximo, por supuesto, la ignoraba mientras continuaba hablando:

—Juliano fue el culpable de enfrentarnos al desierto al quemar los barcos en Ctesifonte, persiguiendo a Alejandro, confundiendo su buena estrella con la inmortalidad. De haber sido más cauto no hubiéramos sufrido tanto; sin embargo, ¿qué hombre puede enfrentarse al mar cuando este busca pelea? Ahí no hay estrategia ni táctica posible sino solo encomendarse a Dios.

—Límpiate la boca cuando hables del augusto Juliano, muchacho —le replicó cortante Flavio Honorio, castigando su tono y su juventud, recordándole en casa de quién estaba, su sitio y obligándole a humillar la cabeza.

A Achantia enseguida le cayó bien el viejo dueño de la casa al que todos tanto respetaban.

Juliano.

Flavio Honorio adoraba al Apóstata, como ahora le denominaban los cristianos. De ahí le llegaban siempre las críticas como la de Máximo, otro galileo. Denostado por su lucha para recuperar la esencia de Roma, el culto a Júpiter y Mitra, al Dios Uno. Por retirar los beneficios de los que gozaban los sacerdotes galileos desde tiempos de Constantino, los mismos que ahora les

empezaba a devolver Valentiniano, aunque tampoco se mojara demasiado. Con Juliano había muerto su esperanza por el regreso a los viejos valores. ¿Cuál había sido su pecado en aquella maldita campaña persa?, se preguntaba Flavio Honorio. Quizás solo la ambición, querer reverdecer los viejos laureles de Roma. Devolverla a su pedestal. Bendita falta esa en esta época de mediocres.

Flavio Honorio continuó hablando en su habitual tono seco, pero tratando de suavizarse:

—Entiendo lo que dices Magno Máximo, pero dudo que vuelva a haber alguien con más capacidad militar que la suya. Un pacto debía tener con Minerva viendo su pericia en estrategia militar. De no haber muerto en aquella maldita emboscada ni haber sido antes traicionado por Procopio, quien ha hecho lo mismo ahora con Valentiniano, seguro que la campaña no habría acabado en el desastre que firmó el imbécil de Joviano. Juliano… —Tras un silencio, volviéndose hacia sus hijos Flavio Euquerio y Flavio Teodosio, les dijo—: Contádselo, hijos, que aprenda algo este chico.

—¿Otra vez, padre? —contestó Flavio Euquerio, su primogénito, que contaba con fama de buen narrador.

Leyendo la expectante cara de Flavio Honorio, obediente, se dispuso a relatar de nuevo la que se había convertido en su historia favorita ahora que ya casi no tenía fuerza ni memoria para contar las propias.

Tras apurar la copa del vino que hacían en casa, escanciando una nueva y cogiendo fuerza, comenzó su narración.

II

—El próximo 14 de agosto se cumplirán nueve años de la gesta de Juliano, de Roma, en Argentoratum. Por fin mirábamos de frente a los alamanes. Siete reyes los guiaban con Chonodomario a la cabeza. Otros pueblos bárbaros peleaban con ellos.

»Habíamos marchado desde Vienna hasta las orillas del Rin al paso que solo las legiones romanas de Juliano han sido capaces de alcanzar. Abandonados por Barbacio, retirado cobarde y pérfidamente a los cuarteles de invierno, éramos poco más de un tercio que los germanos. Trece por treinta y cinco mil, según aseguran.

»Desde luego en el campo de batalla su número resultaba incalculable. Una masa caótica de gigantes de rostros pintados de variados colores que, endemoniados, gritaban, aullaban y golpeaban espadas y hachas contra escudos. Con cientos de banderas y estandartes de las más extrañas figuras y colores flameando. Lo suficientemente borrachos como para ignorar el miedo de enfrentarse a nuestras poderosas legiones, pero no tanto como para desdeñar las órdenes de sus superiores.

»El calor era insufrible, incluso peor que el de nuestro estío, pues se te pegaba a la piel; húmedo, asfixiante, viscoso. El trigo ya dorado, maduro, alcanzaba las rodillas de nuestros legionarios y cientos de insectos las exploraban.

Hizo una pequeña pausa para beber un trago de vino.

—Tanto Teodosio —miró a su hermano, le sonrió y alzó la copa, tomándose otro trago del vino antes de continuar— como el actual emperador Valentiniano, como yo mismo formábamos parte de la guardia personal de Juliano. Doscientos jinetes. Próximos a la púrpura, escuchamos su discurso dirigido desde lo alto de una colina a sus huestes, especialmente a los numerosos galos que poblaban sus filas: —«Sé cuánto deseáis enfrentaros a esos bárbaros. Esos mismos que llevan humillándonos siglos en la Galia sin su merecido castigo desde el gran Julio —bramó Euquerio, imitando el discurso del emperador, casi gritando—. Ahí enfrente están los que nos sitiaron en Senona y Lugdunum arrasando cuanto encontraron a su paso, quemando nuestras tierras y cosechas, talando nuestros frutales y arrancando nuestras viñas. Son los mismos que degollaron a nuestros padres y se llevaron a nuestras mujeres e hijos. Desconocen a lo que se enfrentan, pues se creen que somos pastores con espadas, como ellos. Tratan de contarnos, equivocándose probablemente por su estupidez, y se ríen al sentirse superiores. No saben que llevamos toda la vida preparándonos para esto. Que matar es nuestro oficio. Nuestro destino. ¡Vosotros escribiréis su final! ¡No os preocupéis, pues pronto llegará su merecido!» —acabó Euquerio con un grito y, tras hacer un largo silencio intencionado recuperó su voz y prosiguió—: Juliano se paró entonces para observar a cuantos le rodeábamos, deteniéndose en cada cara sin detenerse en ninguna.

»Cómplice, amigo, líder. Con esa seguridad que hacía imposible

negarle cuanto pidiera. Convencido de que le seguiríamos al infierno. Allí es donde hizo uno de esos desconcertantes giros que le hacían tan singular. Con los que nos embaucaba. Con el ejército entregado, eufórico, se calmó y apaciguándolos con las manos continuó:

»—Pero no ha de ser ahora. Debemos ser cautos, inteligentes. Descansaremos para luego atacarlos frescos. Llevamos varios días de marcha, hemos tenido que preparar la salida, contamos con poca agua y el calor es inhumano.

»—El mismo calor tendrán ellos, césar, y menos agua quedará mañana —gritó una voz, quién sabe si espontáneamente.

»—Nadie está cansado. Contamos con la ventaja de la colina —contestó otra sin dar tiempo a otra réplica.

»—¡Somos romanos! ¡Ordénanos atacar a esos perros! Nuestro destino nos espera —seguían contestándole desde distintos puntos.

»—¡Mirad, los presagios nos favorecen! —gritó una nueva voz señalando un águila que cruzaba con dirección a los germanos.

»Juliano sonrió al ver su majestuoso vuelo, cerrando los ojos como si pudiera ver a través de los del animal. Algunas picas y flechas alamanas trataron de alcanzarla sin suerte cuando se les acercó lo suficiente.

»—¡Hasta el fin! ¡Por Roma, por césar, por Juliano! —gritamos el ejército romano al completo celebrando el presagio. Exaltados, oliendo la batalla y la venganza. Convencidos de nuestra suerte.

Euquerio, volvió a guardar silencio y, tras aprovechar para dar un nuevo trago de vino, continuó con el tono de narrador reposado, abandonando su apasionada actuación teatral.

—Severo, el *magister equitum*, se colocó a la izquierda, nosotros a la derecha, la infantería en el centro y los auxiliares al frente. Pese a nuestra inferioridad, un gran número con más de medio centenar de catafractos se quedaron como tropas de refresco. Los alamanes colocaron a su caballería ligera frente a la nuestra mezclando jinetes con infantes para embestir desde el suelo a las monturas. Juliano ordenó atacar y así lo hicimos, espoleados por un discurso extraño que llevaba su inconfundible sello al estar alejado de las grandes palabras, pero siendo capaz como ningún otro de motivar a sus tropas. Combatimos durante horas, hasta que ya las sombras se alargaban más que sus dueños. La caballería sufrimos lo indecible

pues los germanos, avisados de nuestra próxima llegada, habían preparado el terreno con zanjas, trampas y barricadas.

»Varias veces vi el combate cambiar de suerte pues aquel enemigo atacaba a oleadas, como lo hace el mar. Ese fue su gran problema. No se relevaban, salvo cuando caían, quemando sus fuerzas, desperdiciando su superioridad según transcurría el combate. Nuestras legiones, la Primani, la Regii y las cohortes de *cornuti, bracciati* y *batavi*, soberbias, mejor armadas, profesionales, aguantaron la línea. Nos mantuvieron vivos. En ellos ha de recaer el inmenso honor ganado esa tarde a orillas del Rin.

»De repente, de esa extraña forma que ocurre siempre cuando se contagia el miedo, comencé a distinguir frente a mí las espaldas y no los rostros de los alamanes. Así supe que habíamos vencido y que la batalla se convertía en carnicería. Matamos a cuantos pudimos, como hurones en una madriguera infestada de conejos. Teñimos el Rin y sus colinas del rojo y el negro con que todas las guerras pintan su paso.

Euquerio, mirando a su padre Flavio Honorio, sonriendo, alzó la copa para terminar su relato.

—Habíamos liberado la Galia.

Un brindis silencioso y grupal hasta acabar con la copa por Argentoratum, la Galia, Juliano y los que allí combatieron siguió a la declamación de Euquerio.

—La Galia, Juliano, los bárbaros, la juventud… la épica de tus palabras solo me trae buenos recuerdos, hermano… pero qué mal lo pasamos con esos bastardos. ¡Casi tanto como en Persia, aunque acabara en victoria! —exclamó Flavio Teodosio, rompiendo un silencio compartido que esperaba sus palabras. Con una mirada recorrió la sala, los ojos de sus amigos y, por supuesto, los de su padre y hermano, antes de proseguir—: Lo cierto compañeros es que no sé dónde iremos. No tengo ni idea. Poco más que una llamada a Tréveris es la carta de Valentiniano, del augusto, quiero decir. —Una risa silenciosa, comprensiva y amistosa coreó su gesto de disculpa con los hombros, pues no se había acostumbrado a la dignidad del que hasta hacía tan poco era su compañero—. No creo que regresemos a Persia, pocas ganas quedan y la tregua con Sapor debe ser duradera. Tampoco creo que sea a Oriente, pues Valente parece que ha logrado controlar la usurpación de Procopio, y

Valentiniano confía en que su hermano pueda hacerse valer en solitario si a mí me nombra *magister equitum* de Occidente. Lo más factible es que defendamos el Rin o el Danubio hasta Moesia, la auténtica línea de batalla. Controlar a los francos, los alamanes y los sármatas. Quizás las tribus moras de África, ¿quién sabe? Todo son especulaciones.

Volvió a pasear su mirada por la sala, parándose esta vez en la de su hijo Teodosio, el segundo tras Honorio, y que tan bien defendería su nombre y *cognomen* al convertirse en emperador y señor del mundo. Al que Achantia llamaba primo y que les perseguía a ella y sus amigas por su atracción, debidamente correspondida, hacia Aelia Flaccilla.

Allí le miraba este con atención.

A sus diecinueve años, virgen en la batalla, esperaba acompañarle en aquella expedición como el perro que debuta en una jornada de caza. Jugando con su expectación, reservándole la sorpresa para aquel momento, se lo dijo mientras sonreía.

—Lo importante es que estaremos juntos.

—¿De verdad, padre? —preguntó Teodosio hijo, escrutándole inquisitivamente los ojos, leyendo en su sonrisa la confirmación por la que suspiraba.

Una ovación celebró la noticia mientras padre e hijo se abrazaban.

Achantia, desde el atrio, en contraste con el hondo orgullo y la alegría de su amiga Aelia Flaccilla a su lado, observó extrañada que solo el viejo Flavio Honorio permanecía sentado entre la algarabía general. Con la mirada perdida entre las felicitaciones y abrazos a sus hijos y nietos. Aplastado sin peso alguno. Tan lejano de las risas como de la juventud de su nieto Teodosio.

Sorprendida, distinguió cómo una lágrima furtiva atravesaba con caminar incierto la mejilla del viejo. Algo tan imposible en Honorio, tan extraordinario, como en una de las estatuas de sus antepasados que adornaban *atrium*.

Inquieta ante el hallazgo, curiosa, trató de encontrar al culpable del lamento más allá de la edad del anciano. Inteligente, intuitiva por naturaleza, lo achacaba al miedo por la posible pérdida de sus herederos. Quizás al orgullo de observar su legado. ¿Por qué no ambas cosas a la vez? Lo lógico para un buen observador.

Lo que no intuía pese a su inteligencia era que, junto a eso, lo que realmente removía el alma de Flavio Honorio era otra cosa más, algo mucho más profundo y egoísta. Más humano. Una verdad cruda y desnuda. Eterna. La íntima consciencia sobre la fugacidad de la vida y su próximo ocaso. El peso a plomo de los años y su vejez. Su condición de huérfano de unos hijos que habían crecido con el permiso de la vida. La imposibilidad de acompañarles.

Su corazón ansiaba cabalgar con ellos, almorzar, acampar e incluso sufrir a su lado. Compartir un fuego en una noche estrellada o frenar su caballo para disfrutar de un horizonte desconocido. Conocer nuevas comidas y bebidas, nuevas lenguas y disfrutar de mujeres nunca antes imaginadas. Brindar con sus compañeros por Minerva, Marte y Saturno. Reír y llorar. Sangrar y batirse. Resfriarse con el frío y deshidratarse con el sol. Ayudarles al requerirlo y sentir la mano amiga al ser necesitada. Luchar por su mujer, sus hijos y los que allí se quedaban. Por los viejos como él, al fin y al cabo. Por Roma. Incluso morir con honor, el suficiente para ser loado en un futuro fuego de campamento. No en una cama postrado. Como un maldito viejo.

De golpe, tragando saliva, recobrando la consciencia sobre su posición, sabedor de que la página que en aquel momento se escribía jamás volvería, se sacudió el peso que le atenazaba y se levantó para abrazar y desear suerte a sus hijos y nietos. A voz en grito, alzando su copa, con los ojos humedecidos, brindó por Roma y los valientes.

Así era la vida. Se marchaban a la guerra.

4

Puerto de Hadrumetum, África, julio de 366

Cinegio observaba a Clodia y Gala menguar. Aún las distinguía en el muelle, ajenas al ajetreo que las rodeaba en el bullicioso puerto. Abrazadas por la cintura, clavadas al suelo, saludaban esporádicamente, lanzando incluso más besos de los que le dieran durante el trayecto o desde el anuncio de su partida tres meses antes. Jamás imaginaron un adiós tan cargado de tristeza.

Sintiendo el dolor de su madre, intuyendo su amargor, hizo lo único que pensó que podría alegrarle de poder observarle y rezó una sincera oración al Padre.

Le pidió regresar a casa para volver a abrazarla, que estuviera bien y siguiera tan fuerte. También oró por su hermana, por sus amigos y familiares. Dudaba de si servía para algo, pero a él le sentaba bien. Era su forma de devolver parte del agradecimiento que sentía porque su madre se hubiera arrojado a los brazos de Cristo y no a los de cualquier otro. También, sabedor de que esa esperanza había allanado la existencia de su madre aportando cordura en la demencia, vehementemente anhelaba encontrar su fe en un final distinto al que vivieran en los últimos días de su padre. Ese que se escribía en esa otra vida de la que constantemente hablaban los cristianos.

Suspirando, besando al viento por última vez, confiando en él como mensajero para que se lo entregara a Clodia y Gala, decidió cortar con la despedida y cruzar de popa a proa. No le llevó mucho tiempo.

Navegaban en el *Claudia*, que así bautizaron la nave en honor de la primogénita del patrón. Contaba tres palos para setenta codos de eslora y más de veinte de manga. En el del medio, el mayor, observó el habitual sólido de oro clavado en su base, el pago al barquero Caronte en caso de que perecieran. Nervioso se arrebujó en su capa, aunque la suave brisa no fuera la culpable de su escalofrío.

En proa se encontraba su tío Clivio apoyado en la regala, junto al bauprés, mirando el horizonte infinito en el que se peleaban el añil del cielo con el azul del mar. Junto a él se apostó Cinegio, en silencio, disfrutando del sol y la brisa que le azotaban la cara, oliendo a libertad, observando cómo esta empujaba la verga y tensaba los aparejos para ceñir la vela. Al ganar velocidad, los marineros abandonaron el remo para confiar en el mucho más cómodo viento.

Un numeroso grupo de enormes peces comenzaron a saltar junto a la estela que enmarcaba su recorrido. Los marineros y el capitán celebraron su presencia con gritos, abrazos y aplausos.

—Delfines —dijo su tío mientras sonreía—. El mejor augurio al iniciar un viaje.

—¿Por qué? —le preguntó Cinegio, curioso.

—Son los compañeros de Neptuno, sus mensajeros, los más inteligentes de entre las criaturas del mar —respondió Clivio para continuar en ese tono aterciopelado y docente con el que hacía tan agradable escucharle—: El Dionisos griego, nuestro Baco, es el culpable. Bebía tranquilamente en un acantilado cuando unos piratas, confundiéndole con un príncipe o un rey, le raptaron presumiendo un enorme rescate. Ya en el barco, divertido con la equivocación de aquellos desgraciados, el dios comenzó a hacer crecer vides y parras por el casco y la velas y se rodeó de animales salvajes que le defendieran, un león y un oso, creo recordar. Los piratas, aterrados, conscientes de su afrenta al dios, saltaron por la borda convirtiéndose en delfines al tocar el agua. Desde aquel día vagan por los océanos ayudando a los hombres como pueden en tormentas, guerras o naufragios. Soñando con expiar su culpa y ser perdonados. Por eso, verlos al inicio de cualquier travesía es el mejor de los presagios. —Tras un silencio, señaló con la cabeza a los jubilosos marineros que seguían jaleando entusiasmados los saltos y trucos de los delfines, y continuó—: Míralos. Celebran su presencia como si ya hubiéramos llegado a Ostia.

—Y nosotros ¿no nos alegramos? —preguntó de nuevo Cinegio, intuyendo que, como casi siempre, su tío sabría la respuesta.

Los años y su afición a la comida y la bebida le provocaban cierta papada que crecía con la edad marcándose bajo su barbilla. A ella ayudaba su constante sonrisa. Sincera la mayoría de las veces y

agria cuando había de serlo. Disfrutaba cada conversación y en gran parte de las ocasiones adoptaba la opinión contraria de la mayoría, lo que provocaba no dejar a nadie indiferente y a muchos resultarle molesto. Poco le importaba, pues prefería encontrar ideas antes que buscar amigos.

Se había quedado claramente más bajo que él, pero tenía una autoridad innata, la que le daba su inteligencia y criterio propio, la que era capaz de cuadrar a hombres que le doblaban en tamaño. Su mirada, profunda como la caída al vacío en un sueño, penetraba adivinando el pensamiento contrario.

—¡Claro que lo hacemos! Pero por otro motivo o así lo hago yo, al menos —respondió Clivio, consciente de que siempre su sobrino asumía la posición que él tomaba; luego le comentaría algo al respecto. Ahora seguía observando a la tripulación—. No puedo compartir la razón de su regocijo, pues dudo que los dioses, en el improbable caso de hablarnos, utilizaran mensajeros de este tipo. Delfines, gaviotas, el hígado de un toro blanco en un sacrificio, la aleta de un tiburón a popa, el infarto de un sacerdote anciano o un día concreto del calendario. Los augurios nada me importan, salvo por la impresión que causan en quien me rodea. Lo que para mí no entraña interés alguno, para otros resulta crucial. Verdaderos o falsos, los presagios varían el destino al afectar a las acciones de los hombres.

»Por eso, me alegro de que esos celebren la llegada de los delfines, pues convencido estoy de que con ellos confiados tendremos una mejor singladura. De ahí que sea tan importante advertir los augurios, Cinegio, conocer sus consecuencias, saber cómo actuar en su presencia y cómo interpretarlos para tu beneficio. Conoce lo que motiva al hombre de enfrente y poco más habrás de necesitar para conseguir de él lo que desees.

El silencio reinó de nuevo mientras Cinegio pensaba en las palabras de su tío. En lo impresionable y lo gregario del ser humano. En dioses, augurios y supersticiones. En la libertad y a la vez la responsabilidad y el vértigo que suponía ignorarlos o por lo menos ser capaz de plantearse su existencia.

—A muchos gobernarás, si la razón te gobierna a ti —reflexionó Cinegio, tras un cómodo silencio, citando a Séneca como sabía que a Clivio le gustaba y solía hacer, pues no viajaba a ningún lado sin

sus *Epístolas a Lucilio* y hacía que su sobrino las conociese de memoria.

—¡Bien dicho, hijo! —exclamó Clivio tras una carcajada—. Mucho tienes que aprender aún. —Le acarició cariñosamente la cabeza, reclinándose con su codo izquierdo, apoyado en la borda para encararle—. Entre otras cosas, a tener tu propia opinión. A creer o no según tu criterio, según la razón o el corazón te empujen. La razón a la que Séneca se refiere no es algo general o compartido, sino completamente propio, personal. Tanto como el alma, pues parte de la propia convicción. No siempre has de coincidir conmigo y mucho menos coincidir con todos. Debes razonar tus pensamientos, saber por qué piensas lo que piensas o crees en lo que crees. Luego ya serás libre de con quién compartirlo. A eso es a lo que yo quiero ayudarte. No discrepar es muy aburrido, espero que empieces pronto a llevarme la contraria. —Sonriendo, le dio un abrazo y una carantoña antes de continuar—: Este viaje debe implicar para ti mucho más que ir de un punto a otro. Hoy comienzas una nueva vida. Escucha y aprende rápido. Vuela.

—¿Y cómo podré hacer eso, tío?

—Sé parco en palabras, que los hechos hablen por ti. Ya no está tu madre para guiarte, y aunque yo lo haga, quiero verte alerta, representando una ayuda y no una carga. ¿Quién sabe cuándo habré de necesitar de ti? —Rebajó el tono, sonriéndole siempre, y mirándole fijamente, prosiguió—: Vayamos a la primera lección práctica, ¿sabes cifrar un mensaje? —Cinegio se encogió de hombros—. En la *schola* nos enseñaron un sistema, tan sencillo como efectivo, que inventó el mismísimo Julio César en la guerra civil contra Pompeyo: el doble alfabeto.

—¿Un doble alfabeto? —se sorprendió Cinegio.

—Colocas un alfabeto sobre otro, el primero comenzando de la forma tradicional y el segundo según indique la clave de dos letras acordada. —Cinegio le observaba como la vaca que pasta junto al camino. Su tío, advirtiéndolo, le tranquilizo—: No te preocupes, no es tan difícil. Verás, nuestra clave serán las iniciales de tu madre y hermana, Clodia y Gala, la C y la G. El mensaje se escribirá en el alfabeto tradicional: A, B, C… y para descifrarlo debes sustituir las letras que contenga por el segundo alfabeto donde la C se sustituye por la G, la D por la H, la E por la I y así sucesivamente. —Le dio

unos segundos y cuando su sobrino asintió con la mirada, entendiéndolo, prosiguió sin sonreír—: Recuérdalo bien, Cinegio, pues quién sabe si dependeremos de ello.

Cinegio asintió esta vez con la cabeza y de nuevo el silencio se impuso. No lo olvidaría. Reflexionando sobre la importancia del camino que iniciaba, se peinó hacia la derecha y acarició el medallón de la *phalera* de oro de su padre. Su madre, separando de las nueve *phalerae* de oro la que más le gustaba, un disco con un caballero cabalgando grabado, se lo había cosido a un bolsillo interior en la túnica para que pasara desapercibido, confiando en que le protegiera y guiara. Que le ayudara en caso de necesitarlo.

En ese momento le pedía estar a la altura de lo que su tío esperaba de él. Adoraba a Clivio. No pensaba defraudarle. No podía imaginar mejor compañero.

Teóricamente viajaban como la comitiva oficial de Thysdrus para renovar los convenios agrícolas con Roma y felicitar al emperador por su ya no tan reciente nombramiento. Casi un año les había llevado a Clivio y Urso, el otro embajador y principal mecenas de la urbe, recaudar los fondos para el viaje y, sobre todo, la tremenda estatua de oro de Valentiniano cabalgando que llevaban en la bodega del barco como generoso presente.

En realidad, el principal objetivo del viaje para Clivio no era ese. Clivio ejercía como uno de los dos *agentes in rebus* de la provincia, el más respetado, pues ostentaba el cargo en el cuerpo equivalente a tribuno, a un paso de convertirse en *princeps officii*.

Hacía algo más de dos años que había recibido el primer indicio de movimiento de revuelta en la Mauritania. Varios informantes denunciaban cómo algunos de los hijos de Nubel, rey de la tribu de los iubalenos, reconocido como *potentissimus* por el imperio, recurrentemente injuriaban en sus celebraciones a Romano, el *comes Africae*, Roma y su augusto, aludiendo a la debilidad del imperio desde la muerte de Juliano.

Un tal Firmo era el peor de todos. Peleado con su padre y bastantes de sus hermanos y aliado con otros, pues eran tantos legítimos o ilegítimos como los que pare una coneja, había terminado retirándose al interior de la provincia, concretamente a Altava. En el último año, varias tribus, como mazices, musones o tyndenses le mandaban embajadas interesándose por su situación.

Ninguna soportaba la avaricia de Romano, dedicado a su beneficio personal y no al del imperio.

El peligro de un levantamiento comenzaba a ser real y Clivio no había obtenido fruto alguno de sus denuncias sobre Firmo y Romano con Clodio Octaviano, procónsul de África. Dudando sobre los motivos de tamaña dejación por parte de este y temiendo que la revuelta estallara, Clivio, valiente, había decidido viajar él mismo a denunciarlo ante Valentiniano, o al menos ante el *princeps scholae* Romaniano, la principal autoridad de su cuerpo. Se arriesgaba, pues sabía que el *comes* Romano contaba con los mejores contactos en la corte, ya que era nada menos que cuñado de Remigio, el *magister officiorum*.

Poco antes de partir, se había enterado de que Valentiniano no estaba ni en Roma ni en Milán, sino mucho más la norte. Tréveris había de ser su destino.

5

I

Aula Palatina de Tréveris, Galia, Saturnalia de 366

La audiencia con Valentiniano se celebraría el mismo día 17, el día que comenzaban las Saturnales.

Cinegio nunca imaginó que el frío podía atacar con semejante intensidad. Que llegara a doler y se adhiriera a los huesos como una mortaja empapada.

Aún recordaba la imagen de su llegada a Tréveris. Dos semanas había tenido que aguardar a que escampase a cinco leguas de distancia. Sitiados por un desierto blanco, viendo nevar copos como puños, azotados por una incansable borrasca, sin intuir siquiera el sol o aquellas estrellas que tanto disfrutaba observando junto a su tío. La alegría por la visita de la nieve del primer día se había convertido en un tedio insoportable, casi peor que al cruzar los Alpes cuando también se refugiaron de una tormenta diez días.

A sus pies, en aquel día limpio y soleado, la nieve enmarcaba la senda del río Mosela que descollaba como lo único oscuro desde el puente de siete pilares que lo atravesaba para llegar a la ciudad. Cerca de su extremo, junto a la ancha y alta muralla que abrazaba a Tréveris, un gentío trabajaba una colosal puerta de oscuro color.

Mientras la cruzaban, observando las dos torres laterales que la custodiaban soñando tocar el cielo, su tío Clivio, estirándose sobre su caballo intentando ganar algo de visión, le dijo:

—Esta es la célebre Porta Nigra. La encarnación del limes. Una vez terminen por fin de restaurarla volverá a ser tan alta como nuestro anfiteatro de Thysdrus, Cinegio.

Tréveris, la segunda Roma. ¡Por fin!

Cabalgaban al paso que les permitía la concurrida avenida columnada que llevaba hacia el mercado, flanqueados por coquetas casas cubiertas por aquel manto blanco que les disfrazaba de

refinado postre. Clivio seguía hablando:

—Observa la riqueza, el orden, la limpieza. Con la nieve que ha caído y apenas hay barro ni basura. No se advierten mendigos ni fulanas sin ser moneda lo que falte. —A su lado caminaban hombres y mujeres arropados por vistosos abrigos de pieles de animales que Cinegio desconocía. Corpulentos, altos y tan blancos como aquella nieve. Muchos rubios o pelirrojos, con el pelo más largo del que acostumbraban a ver en casa, algunos trenzado incluso. Aseados y apagados como el clima con el que convivían—. Tréveris lleva siendo la capital del norte desde hace más de un siglo. La capital del imperio que no baña el Mare Nostrum. —Clivio aspiró con fuerza como si quisiera respirar la realidad local, intuirla, sentirla, descifrarla—. Hasta aquí llegan los generosos tributos de Hispania, Galia y Britania para quemarlos en la guerra con los germanos veinte leguas más al norte. En el limes. En el Rin. Muy mal tienen que estar allí las cosas para que Valentiniano la haya escogido como residencia en lugar de Milán o Sirmium. A esos salvajes vigila la Porta Nigra, que restaura como símbolo de la civilización y orden frente a la barbarie.

Cinegio instintivamente se dio la vuelta para examinarla de nuevo, tras ellas imaginó al Rin y a los godos. Con sus hachas, sus lanzas, sus mastines, sus caras pintadas y sus gritos de guerra.

—Es impresionante —logró murmurar sobrecogido.

Clivio sonrió mirando a su sobrino vuelto en el caballo, se estiró de nuevo, esta vez soltando los músculos.

—Qué ganas tengo, hijo, de soltar los trastos, asearnos y dar una vuelta. Mucho tenemos que descubrir aquí, pues más caminos conducen ahora a Tréveris que a Roma.

Una semana voló.

Una semana en la que tío y sobrino admiraron el generoso legado de la historia en Tréveris, la vetusta Augusta Treverorum.

El gran Augusto la había fundado setenta años después de que Julio César derrotara a los tréveros. Enseguida la nombró capital de la Galia Bélgica aguantando tal honor dos siglos y medio hasta que resultó devastada en una gran invasión bárbara. Treinta años más tarde, Constantino, cuya huella rivaliza con las de Trajano, Augusto y Julio César, la reconstruyó y fijó aquí su primera corte y capital tras ser nombrado emperador en Eboracum.

Clivio y Cinegio no dejaron rincón por conocer. Disfrutaron de las dos basílicas, de los baños, los templos, las iglesias, el mercado, las tabernas y, por supuesto, aquellas costumbres tan lejanas a las suyas como la tortuga del zorro.

Fue una semana gozada en perfecta sintonía al intercambiar frescura por experiencia y curiosidad por conocimiento. Una de esas semanas que, como sucede con los viajes que se saborean, suman en la vida lo mismo o más que un lustro de rutina.

Tas una visita previa, desde palacio les emplazaron a relatar su caso al emperador coincidiendo con la embajada de Thysdrus. Asegurándole el interés de Valentiniano por embajadas como la suya.

El día 17, el de inicio de celebración de las Saturnales, acudirían al aula para la entrevista y allí se quedarían para el banquete posterior.

Encontrabas el gran palacio en el centro de la ciudad, entre las termas de Constantino y la iglesia de San Pedro. A un paso de las basílicas, dos del anfiteatro y tres del río.

Siete hombres formaban la embajada de Thysdrus. Fácil era distinguirlos, salvo a Cinegio, por su tez cetrina comparado con la de los galos. También por su afán de cubrir con su atuendo cualquier resquicio al gélido aire que cobraba caro cada descuido. Sobreabrigados en un día como aquel en el que milagrosamente se veía el sol. Tan fuera de lugar como el triste en una boda.

La cita era a las once de la mañana y allí se presentaron a las siete y media. Tarde en comparación con otros, aunque holgados para el sentido común, pues improbable era adelantar turno. Avisados de su visita, apenas les hicieron esperar los centinelas de capas rojas, simples túnicas y largas lanzas que custodiaban la entrada, tan inmóviles como requería el oficio.

Entraron en el complejo palaciego para distinguir a su frente, aun a distancia, el Aula Palatina, la basílica de Constantino. Una inmensa galería rectangular cubierta, de piedra, de una sola nave y más de doscientos veinte pies de longitud por cien de altura.

Cruzaron un generoso patio empedrado donde entraban y salían por todos lados hombres ajetreados. Algunos construían una especie de canal que acababa en una gran fuente, otros cruzaban con carretillas cargados de tierra y arena y otros descargaban carros de

árboles de hoja perenne que, como la tradición obligaba desde los babilonios, plantaban por doquier.

—Buena nos espera, hijo —le susurró Clivio a Cinegio mientras aminoraba el paso para detenerse a observar el espectáculo—. Parecen distintos escenarios, quizás sea una batalla o una guerra con varias de ellas. —Mirando a su alrededor, sin encontrar la respuesta, acabó rindiéndose—. No tardaremos en descubrirlo. Por cierto, disfruta, pero no olvides dónde estás. Esta es la cabeza del imperio. Sé listo, Cinegio. Aquí no eres nadie, un niño provinciano sin pasado, nombre ni posición. Nadie te conoce y por ello muchos de los que están aquí te desprecian, por supuesto, algunos nobles y militares, pero también los lacayos al considerarte un igual a ellos encaramado injustamente en una posición que no te corresponde. Recuerda siempre el consejo que nos daba Horacio, *nil mirari*, y no muestres asombro ni sorpresa por nada, pues eso solo serviría para que te tomen como blanco de sus bromas. —Clivio había adoptado un tono duro, amargo, rebajando la intensa emoción que Cinegio sentía. Eso, al fin y al cabo, era educar.

—No te preocupes, tío —respondió Cinegio, adquiriendo el mismo aire de seriedad que Clivio—. No pienso dejarme pisotear, no contemplo relacionarme con aquellos que me desprecien.

—Bueno, no todo resulta tan sencillo, hijo. La hipocresía de una corte es infinita y fácil les resulta a cuantos nos rodean disfrazar el desprecio con cualquier otro atuendo. Por otro lado, con nuestra humilde condición, necesitamos a estos grandes hombres para crecer, para avanzar. De darse la situación, no admitas bromas a tu costa y antes de atender cualquier ofrecimiento, por muy cortés que se presente, recapacita si vale la pena. Prudencia máxima es lo que te aconsejo, eres lo suficientemente lúcido como para manejarte siempre que mantengas la distancia en el análisis y no te dejes embaucar o impresionar. Recuerda ser siempre parco en palabras y que los hechos hablen por ti. Si eres estúpido, puedes dejarte engañar y, si fueras un interesado, quizás deberías dejarte engañar. Espero que no seas ni una cosa ni la otra, pues más vale pasar por tonto que demostrarlo y vivir libre pobre que esclavo rico.

Llegaron hasta las impresionantes puertas de bronce con relieves de diferentes batallas que custodiaban el edificio y accedieron a una antesala donde se les registró e indicó el lugar en el que debían

aguardar la llamada del emperador.

Era un espacio diáfano, desde la entrada hasta donde casi no alcanzaba la vista, el ábside del trono. En un piso superior dos filas de arqueados ventanales bajo los que corrían sendas galerías permitían el temeroso paso de la luz. Esta se mezclaba con la de los cientos de antorchas que acariciaban el mármol y la piedra pintándolos de dorado tono. A la calidez ayudaba el agradable tacto del mármol calefactado en suelo y paredes. Allí almorzarían más de un millar de personas más tarde.

La embajada de Thysdrus era la quinta y el emperador no comenzaría con las audiencias hasta las diez de la mañana. Pasaron un par de horas en las que apenas se bebió vino o cerveza. A nadie le importaba que fuera gratis en aquella ocasión.

Cinegio, curioso como siempre, observaba el comportamiento a su alrededor. Discreto, advertía cómo, pese a sus distintas procedencias, no se apreciaban conductas singularmente diferentes entre los legados. Quizás algunos fueran algo más ruidosos y con sus risas buscaran aparentar la tranquilidad que no tenían, pero, en conjunto, todos esperaban serenos en su lugar asignado. Compartido era el código de comportamiento romano y afianzado en cualquier rincón sus usos.

Al arribar la noticia de la puntual llegada de Valentiniano, al que no pudieron ver pues lo hizo por una puerta lateral, reinó el silencio. Unas sencillas catenarias dividían la sala en dos, aunque el emperador no ocupaba su trono sino una sala contigua que le permitía confidencialidad en las entrevistas. Cinegio jamás había olido la esencia del poder de aquella forma. Los hombres aguardaban tensos, sin conversar.

Claro estaba el orden; comenzarían unos panonios, una deferencia al ser paisanos del emperador, les seguía una embajada hispana, una egipcia, una britana y la africana de Thysdrus. Después, seis más antes del almuerzo. No solían durar más de veinte minutos. Valentiniano reservaba las importantes o las de los amigos para última hora, incluso después o durante el banquete. Según corría el turno y se acercaba el momento de cada cual, las risas se apagaban y las miradas recibidas se duplicaban. Mayor rigidez, tensión, duda y desconfianza reinaban en las mesas.

Cinegio, nervioso, agobiado pese a su secundario papel,

observando el mal trago que suponía la entrevista para cuantos le rodeaban, reflexionó sobre cuánto costaba ganarse el mérito, en si valía la pena sufrir aquellos trances con lo tranquilo que está uno en su casa. La responsabilidad suena mejor de lo que sienta, aunque resulte adictiva.

Por fin concluyó la embajada britana, no parecían excesivamente alegres, aunque difícilmente podrían estarlo pues complicada era la situación en la isla.

Un mayordomo guio a la embajada africana atravesando las catenarias y la otra mitad del aula hasta casi alcanzar el trono. Este se hallaba en medio del ábside, elevado por siete escalones que dejaban ver un curioso dibujo de un camino iluminado como el que deja el sol en el mar al salir o ponerse. El astro, sin duda, era el trono, de oro en su totalidad, regio, majestuoso, estratégicamente situado sobre un mármol completamente blanco para concentrar todos los reflejos de la sala. En aquella zona más noble, los mármoles de paredes y columnas destacaban al estar labrados también con oro y ser de una sola pieza.

Dejándolo, giraron a la derecha siguiendo el camino marcado por una interminable alfombra roja hasta alcanzar la sala de audiencias donde el emperador les aguardaba.

II

En la puerta esperaba un mayordomo que les invitó a pasar y sentarse alrededor de una enorme mesa rectangular, de plomo, con ambas presidencias redondeadas, casi tan grande como la sala.

A los dos minutos entró Valentiniano. En uniforme militar, con la capa púrpura y la diadema que representaban la cúspide del poder. Cinegio, olvidando la etiqueta requerida, contemplaba al emperador como el que admira una estatua o una pintura, impresionado por su altura y corpulencia, como una especie de gigante bien proporcionado. Tenía fuste de gladiador o centurión con los brazos y piernas largos y musculosos y su cuello y su pecho como los de los toros que acabaron con el hechicero Teodoro. Era muy rubio de pelo, de tez pálida, pese a estar curtida, y ojos claros.

Recordando aquel día en el circo, Cinegio pensó que, aunque el augusto no alcanzara el tamaño de Olimpio, sin duda hubiera

resultado interesante una pelea entre ambos. Gracias a descubrirle un grano de cabeza amarillenta entre el labio y la nariz, de esos típicos en la juventud, se sintió Cinegio menos intimidado por la presencia y la indudable belleza de Valentiniano.

—Así que estos son mis invitados del lejano Thysdrus, famoso por su anfiteatro y su trigo. Sed bienvenidos a mi casa y sentíos en la vuestra —dijo con voz de oso mientras, decidido, se acercaba a la comitiva africana para saludarlos personalmente con un enérgico apretón de manos más propio del soldado que del emperador. Al llegar hasta Cinegio, tras ser presentado, observando el disco de oro al valor que lucía resplandeciente sobre su pecho, le dijo—: ¿De dónde es esta medalla, hijo? Dudo que con tu edad te pertenezca por derecho.

—Formaba parte de una *phalerae*. Fue mi padre el que la ganó, noble augusto. —Inspirando fuerte, Cinegio trató de contener los nervios, lográndolo, para continuar con una voz más clara—: Ausonio Cinegio. En el desdichado sitio de Amida, por dirigir una incursión finalmente fallida contra la tienda de Sapor.

—¡Vaya!… Ausonio Cinegio… —Concentrado, buscando en su memoria una cara que sabía que conocía, la reconoció delante en la de su hijo—. Claro. Bien sé de quién se trata. Cinegio. El tribuno de la III Augusta que dirigió la incursión contra Sapor, un héroe sin duda, ¿no participó también…? —Soldado viejo, reparando perfectamente en de quién se trataba, intuyendo su aciago final al comprender la razón de por qué su hijo portaba la *phalera*, dudó sin atreverse a finalizar la frase.

—Sí —asintió Cinegio, adivinando la razón de su silencio y ayudándole a escapar de él—. Cayó herido tras Pirisabora y hubo de regresar a casa donde murió hace dos veranos. —Seguía costándole nombrar la muerte de su padre, avergonzado de su triste final.

—Lo recuerdo bien, hijo. Tranquilo puedes estar, porque seguro que está en buen lugar. Con justicia se ganó la gloria. Maldita Persia —continuó Valentiniano, perdiendo la mirada en el infinito, reviviendo las penurias de aquella maldita guerra: el fuego, el humo, el hambre y la sed. En silencio volvió a maldecir a Juliano y su obstinación. Su huida hacia delante. Su obsesión por convertirse en dios o en un nuevo Alejandro—. Es un orgullo conocer al hijo y al hermano de un valiente. —Le apretó con fuerza el antebrazo,

atrayéndole con vigor, abrazándole, incluyendo también a Clivio con su mirada. Sustituyendo el protocolo de palacio por el del campo de batalla, le dijo—: Convencido estoy de que portarás con orgullo la condecoración de tu padre. Cuenta conmigo como con un amigo. No olvidaré tu nombre como no olvidé el de tu padre.

—Es un honor conocerte, Materno Cinegio —le dijo también uno de los acompañantes del emperador. El hispano Flavio Teodosio, al que ya conocemos y que acompañaba a su amigo recibiendo junto a él a las embajadas—. También yo conocí a tu padre en Persia. Difícil es que olvide el nombre de un buen soldado y el de tu padre era de los que recorría los fuegos por su valor en Amida y su noble comportamiento en cada batalla. Debes estar muy orgulloso, hijo. —Le estrechó la mano con firmeza, enorgulleciéndolo tanto como creía que era imposible. Cada vez más consciente de lo que aquella medalla de oro significaba.

Si Valentiniano era un oso, aquel hispano era un lobo. Fuerte, digno, seguro, de ojos claros y pelo entrecano.

Continuaron brevemente con los saludos para al terminar dirigirse al otro lado de la mesa. Valentiniano se sentó en una silla curul de madera con incrustaciones de marfil que parecía quedarle pequeña. A su izquierda lo hizo Remigio, el *magister officiorum*, y a su derecha Flavio Teodosio. Al otro lado de este último, lo hizo Ausonio, un noble aquitano de la máxima confianza del emperador que ejercía, además de como consejero personal, de tutor de su hijo Graciano.

Conocido era el gusto de Valentiniano por mantener escasos colaboradores y nulo séquito en sus audiencias. Tras escanciarse él mismo una copa de vino y beber un trago para olvidar la sequedad de garganta que había acompañado su recuerdo de la campaña parta, sonriendo, les dijo a sus invitados:

—Contadme que os trae hasta aquí.

Los de Thysdrus cumplieron con la embajada recibiendo menos de lo esperado, solo palabras, constatando la inmensa fama de tacaño de Valentiniano.

—Clivio, aguarda tú un momento —le pidió Valentiniano al terminar, mientras se levantaban.

Clivio sujetó del brazo a su sobrino y percibiendo el permiso del emperador para que este también se quedara, se sentaron de nuevo

mientras el resto de la embajada africana salía. Ya con ellos fuera, tras el cierre de la puerta, Valentiniano volvió a hablar.

—Cuéntame la auténtica razón de vuestra visita. Algo me ha adelantado Remigio.

—Por supuesto, augusto, gracias de nuevo por el recibimiento y la oportunidad —respondió Clivio en tono sereno, seguro de su discurso, pese a la referencia a Remigio, enlazando su mirada con la audiencia—. Trataré de ser breve. África es hoy territorio seguro, pero difícil es saber por cuánto tiempo. Quizás peco de precavido al no contar con pruebas concluyentes que acrediten mi testimonio, pero la información es mi trabajo y esta fluye hasta mi casa como el Nilo en primavera hasta Alejandría. Con alta recurrencia, las cartas e informaciones señalan el mismo nombre: Firmo, un hijo de Nubel, rey de una importante tribu mora, los iubalenos. Nubel, reconocido colaborador del imperio, insigne entre su gente y la nuestra, señor de una fortaleza estratégica en la Kabilia, en la Mauritania, nos sirve de contención con sus hijos, pero su futura falta podría desatar la tormenta. Temo que pueda ser derrocado o que fallezca, dada su avanzada edad y que su herencia se convierta en la guerra y el caos, ya que entre sus hijos existen dos bandos claramente diferenciados.

»El de Firmo, el peligroso, reclama libertad e independencia. Clama contra Roma, contra nuestras guerras e impuestos. Señala nuestra debilidad tras la campaña parta, nuestros numerosos frentes e incapacidad de acometerlos. También se queja amargamente, y con cierta razón, de nuestra avaricia o la de nuestros mandos.

Al decir esto pudo observarse cómo Remigio tragaba saliva y apretaba los puños. No pasó desapercibido el gesto para nadie, menos aún para Clivio, que sabiendo de la relación de este con Romano perdió algo de su natural aplomo. Tratando de recobrarse, pero consciente del peligro, continuó:

—Cada vez mayor es su descaro y también su audiencia. Lo que comenzó siendo la queja de un joven impetuoso en las grandes reuniones cobra cierto cariz preocupante, propagándose la osadía de su mensaje como la lumbre en maleza seca. De seguir así pronto podría prender en la Mauritania. Al partir de casa, hace ya cinco meses, Firmo había dejado Icosium donde vivía junto a su padre y se había marchado a la montaña, el territorio que controla, donde son fuertes e intoxica a otras tribus con su discurso. Parece estar

reforzando su posición, convirtiendo pueblos en baluartes e incluso hay entre nuestros soldados quien le compra su mercancía. —Clivio hizo un silencio antes de concluir—: Este es mi mensaje y honrado estoy de poder comunicarlo en persona a tan egregia audiencia.

—Gracias por tu brevedad, Clivio —dijo Flavio Teodosio, tras un silencio de valoración—. Tengo una pregunta que, pese a su obviedad, no puedo evitar; no me malinterpretes, pero ¿por qué no has informado de este asunto a las autoridades provinciales y competentes? No es habitual que dediquemos tiempo a cosas de este tipo. A amenazas y castillos en el aire.

—Lo sé —respondió Clivio, algo azorado, mirando a Remigio de reojo, temiendo la reacción que sabía que vendría—. No dudes de que así lo he hecho sin obtener resultado alguno.

—Quizás no obtener resultado alguno sea un resultado en sí mismo —le cortó Remigio en tono seco y enérgico, mirándole fijamente, sopesándole, hablando por primera vez desde que comenzara la entrevista—. Quizás no tengan tu misma sensación de alarma ante el problema, posean más información o haya asuntos más urgentes que requieran su atención —terminó, dejando a la sala en silencio y a Clivio aún más pequeño de lo que ya de por sí era.

—No te preocupes y disculpa a Remigio, es así por naturaleza. Como buen funcionario, la jerarquía es su primer mandamiento. Por eso no puede existir mejor *magister officiorum* —dijo sonriendo Valentiniano mientras golpeaba el brazo de Remigio. No resultaba obvia la sintonía entre ambos, como sí le sucedía con Flavio Teodosio—. Aunque coincidimos casi en todo, en esto no lo hacemos, ya que yo no considero perder el tiempo este tipo de entrevistas. Por eso os recibo. La información lo es todo, más vale en campaña que los hombres y el oro, o tanto al menos. Prefiero, además, conocerla directamente para juzgarla con propiedad, evitar cadenas innecesarias que confundan el mensaje. —Sujetando ahora el brazo de Flavio Teodosio, continuó preguntándole de forma retórica—: ¿A cuántos desertores o prisioneros enemigos habremos entrevistado en busca de un vado, un desfiladero o una debilidad, amigo? ¿Cuántas patrullas y soldados habremos enviado e incluso camuflado entre la población local como campesinos? La información, la inteligencia lo es todo.

»No dudo del criterio de mis funcionarios, pero mal no me viene conocer detalles de cada provincia; como en el ejército, me preocupo por cada legión y por cada batalla. Si hoy se incendia Mauritania, mañana puede ser Numidia o África o incluso cruzar el gran mar y llegar hasta Hispania.

—Por eso no te preocupes, Valentiniano —dijo Flavio Teodosio, sonriendo—. Ahí mando yo.

El emperador respondió con una carcajada y Clivio, aliviado por su ayuda, le sonrió e inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Y ahora, dime, ¿qué recomiendas hacer con ese tal Firmo, Clivio? —concluyó Valentiniano tras agotar la risa.

—Lo siento, augusto, pero mucho me temo que resultaría excesivamente temerario aventurarme a dar una solución, pues cortas son mis miras y, muy probablemente, incapaz sea de distinguir el bosque cegado por las ramas que me son cercanas. —Clivio, después del aviso anterior y de la beligerancia de Remigio, no quería sobrepasarse prefiriendo pecar más de prudente que de atrevido.

—¡Vamos! Me he informado sobre ti —dijo Valentiniano—. Tus reseñas son magníficas y en tu mirada leo la inteligencia y la astucia del zorro, así que no dudo de que guardarás una opinión sobre el tema que te trae ante el emperador. Tranquilo, no habrá de condicionarte. Habla.

—La mejor forma de curar un resfriado es atacarlo en su inicio, cuando empieza la fiebre, a doler la cabeza y notarse en la garganta —dijo, tras reflexionar un minuto la mejor posible respuesta para la pregunta sobre la que obviamente tenía opinión—. Firmo aún no es nada más que un noble local algo díscolo; de hecho, ni tan siquiera eso, pues su padre es quien ostenta el título. Este, con cierta ayuda, podría ocuparse de él. Creo que lo ideal sería enviar un pequeño destacamento para colaborar con Nubel y con eso probablemente pudiera solucionarse el problema.

—Un pequeño destacamento —repitió Valentiniano, tras apurar su copa en un tono algo menos amistoso—. ¿Qué es para ti pequeño? ¿Una legión? ¿Tres cohortes? —Viendo que Clivio iba a responderle, le paró con la mano—. Da igual, lo cierto es que da igual uno o mil. No podría movilizar ni a un recluta. Para eso está el *comes Africae*, del que no me llegan estos informes y en el que

confío, pese a tus advertencias. Los alamanes devastan la Galia y la Recia; los cuados y los sármatas incendian Panonia; pictos, sajones, escotos y atacotos arrasan Britania y los godos saquean la Tracia. En Oriente pende sobre nosotros la amenaza del rey persa, obsesionado con recuperar Armenia, pues el muy cabrón dice no reconocer los tratados al haberlos firmado con Joviano y no conmigo. Gracias a Dios que al menos mi hermano Valente acabó con Procopio. En el infierno se pudra esa sucia rata cobarde. —Arrastró cada sílaba, y dio un golpe en la mesa atacado por su legendaria ira, la que le mataría en el futuro, con la mirada con la que el lobo mira al cordero.

Escanciándose de nuevo la copa, bebiendo un buen trago como para calmarse y quitarse el mal sabor de boca, prosiguió:

—No puedo detenerme en mirar al sur. La campaña que se avecina es crucial, pues tantos son nuestros frentes como escasas nuestras fuerzas. Estoy fortificando con una trinchera todo el curso del Rin, desde la frontera de la Recia, hasta el océano Germánico. Reforzando fortificaciones, construyendo torres y puestos avanzados en la otra orilla, incluso alterando el curso del río donde sea menester. Mi buen Teodosio se encargará de Britania con lo mejor de nuestros hombres y mi hermano Valente de Oriente. Tiempo es lo que necesito. Tiempo y hasta el último soldado, hasta el último sólido bien aprovechado.

»Esa preciosa estatua que tan generosamente me habéis regalado, como tantos otros presentes del resto de las embajadas, será fundida para asegurar la defensa de nuestras fronteras. Me encantaría ocuparme de ese Firmo, pero sería dedicarse a arrancar las malas hierbas del jardín mientras secuestran a mi familia.

—Puede que en algo tenga razón Clivio —dijo Ausonio, tras un silencio eterno en el que todos reflexionaron sobre el discurso del emperador, los problemas del imperio, sus numerosos enemigos y su incierto destino—. Quizás, de existir el problema, la respuesta esté en ese Nubel y en el bando que forman los hijos favorables a Roma. —En tono confidente como quien descubre un secreto, añadió—: Juguemos con lo poco que nos sobra: nuestra grandeza y el orgullo provinciano. Bien sabemos nosotros los de provincias cuánto vale eso en cualquier confín del imperio. Enviémosle un mensaje, mejor que eso, prometámosle algo: contratos, privilegios,

posición, dignidad, títulos. Yo qué sé. Cualquier cosa capaz de encontrar su debilidad o saciar su ambición. —Ausonio miraba a Clivio fijamente mientras hablaba, con un tono más cercano a la orden que a la idea, exigiéndole de forma indirecta y sutil la responsabilidad de descubrir aquello. Luego se volvió al emperador —. Algo tan irrechazable como para que nos sirva la cabeza de su hijo en una bandeja de plata.

Se hizo el silencio mientras todos los ojos buscaban los de Clivio.

—¡Me gusta! —exclamó por fin Valentiniano, observando cómo Flavio Teodosio y Remigio asentían en la idea común, antes de permitir a Clivio decir nada en contra si es que acaso aquella opción era factible—. Así lo haremos. Además, tenemos a los perfectos mensajeros. Clivio, Cinegio, aprovecharemos vuestro viaje de vuelta a África, aunque no regreséis directamente a Thysdrus, sino que marcharéis a Icosium. Convenceréis a ese Nubel de que controle a sus vástagos. Cuenta con la generosidad del emperador para ello.

III

Las *Saturnalia* eran la madre de las fiestas. La más alocada y divertida al desafiar lo ordinario y autorizar lo ilícito. Con su llegada, atrás quedaban las leyes y el convencionalismo social que regía el orden romano.

Por una semana, Saturno, el dios de la agricultura y la cosecha, el de la riqueza y la abundancia, volvía a reinar sobre su hijo Júpiter como antes de que fuera arrojado a las tinieblas. Se recreaban los días de su pasada gloria, los de la Edad de Oro, cuando de la tierra manaban leche y miel y no existían la guerra, el trabajo, la enfermedad y la distinción entre señores y esclavos.

El origen de las *Saturnalia* se remontaba a la celebración, por el solsticio de invierno, del fin de la siembra y el inicio del merecido descanso. Desde hacía siglos se iniciaba el día 17 de diciembre conmemorando la consagración del templo de Saturno en el foro romano y se alargaba hasta el 23, aboliéndose las actividades públicas e imprimiéndose el sello de la alegría en las privadas.

Pese a su reconocido cristianismo, el augusto Valentiniano respetaba las *Saturnalia* aunque esos días trabajara como muestra

de compromiso con la auténtica fe.

Consciente de que la mayoría de sus hombres no compartían su credo, evitaba de este modo crear un conflicto donde no existía. Poco le importaban las creencias de cada cual, advertido por los errores de Juliano del despecho que con la religión puede causarse. También muchos de sus soldados de Oriente celebraban en esas fechas la fiesta de Atys, el cumpleaños de Mitra, el del nacimiento del Sol Invicto.

Que cada uno obrara a su antojo. Él tenía claro que sus fiestas serían en la noche del 24, la del nacimiento de Cristo, y en el día 6 de enero, el de la Epifanía y el bautismo del Señor como había decretado el papa Julio en Roma tres lustros antes.

Cinegio paseaba por el amplio patio empedrado que separaba el Aula Palatina de la entrada a palacio. El mismo que se encontraba antes vacío, salvo por el ejército de operarios, ya no lo estaba. Cientos de velas y hogueras lo iluminaban ahora, tímidamente, pues todavía vivía el día. Aquellos operarios habían cumplido notablemente con su cometido. La respuesta que Clivio no había encontrado antes, la de qué era lo que fraguaban con tanto trajín, era fácilmente contestable ahora: el patio representaba al imperio, en todo su tamaño, riqueza y esplendor.

En aquel momento, Cinegio se encontraba en casa, en África, al sur del patio, pisando arena del desierto, rodeado por una veintena de palmeras y dos camellos. Caminaba rumbo a Egipto donde distinguía las pirámides y el Nilo; un ancho canal colmado de agua que moría, con una graciosa cascada, en el centro del patio convertido en una enorme fuente, el Mare Nostrum. Falsos cocodrilos y otro extraño animal que desconocía lo rodeaban en jaulas. Fácil era distinguir también Grecia y sus templos, el anfiteatro y el Senado de Roma, un robledal de Galia y un olivar de Hispania. En cada espacio se servían las comidas y bebidas típicas de cada tierra. Vinos, cerveza, aguardientes, quesos, carnes, aceitunas, pan blanco cocido de variadas formas, frutos secos, pescados… Sin escatimar, pues hasta Valentiniano olvidaba su tacañería durante las *Saturnalia*.

Si el decorado era singular los actores no le andaban a la zaga. Cinegio embobado, como la gallina entre los pavos reales o el mulo entre los caballos de sangre pura, se perdía sin esfuerzo admirando

cada detalle. Fácil resultaba que lo provocaran las mujeres tanto por su belleza, porte y elegancia como por su atuendo y, sobre todo, sus joyas: pendientes, pulseras, collares y diademas. El oro relucía sobre su piel con el esplendor con el que lo hacía el trono de Valentiniano sobre el mármol. También ellas, curiosas, observaban al exótico y apuesto muchacho de forma recíproca, intimidándole y obligándole a esconder su vista y hacerse el despistado. Tan discreto como tímido, ni siquiera se planteaba aburrir a nadie con su conversación.

Con los hombres su sensación era opuesta, en cada uno creía encontrar un enemigo y descubrir muecas de desprecio o miradas desafiantes. Le asombraban especialmente sus enormes mantos sujetos a la altura del hombro derecho por fíbulas de oro de formas bárbaras cuyo significado desconocía, henchidos por el viento como las velas de un barco. Bordados de seda como mosaicos de *domus* nobles. Verdes, azules, amarillos e incluso blancos, de cualquier color excepto el rojo, con el que se vestían los militares, y el púrpura del emperador. A pesar del frío, bajo él solo lo acompañaban una túnica ceñida de franjas de colores, a juego con el manto, un cinturón y un pantalón también bordado.

Pasaron a la comida donde los invitados, siguiendo la tradición clásica, comenzaron escanciando una copa de vino a los esclavos que les servirían posteriormente. En aquella ocasión no se cambiarían completamente los papeles, aunque luego sí lo hicieran muchos de ellos en sus propias casas durante las fiestas.

—*Io Saturnalia!* —gritaban unos y otros entre risas y abrazos. Tratándose como iguales. Olvidando por unas horas el profundo abismo que les separaba.

Tras un interminable desfile de vino, cerveza, cordero, jabalíes, pichones, pescados y marmitas se disolvió completamente el orden en el banquete y el caos se apoderó de todo. Las mujeres comenzaron a formar grupos tomando el control de la mayoría de las mesas mientras muchos de los hombres salían al patio. La mayoría zigzagueaba en su camino. Ya Baco reinaba con Saturno.

Cansado, pronto reparó Cinegio en ser uno de los escasos jóvenes que permanecía en el salón. Rehuía el alcohol después de lo que había sufrido al ver a su padre siempre borracho. Aburrido, observaba una conversación demasiado repetitiva donde la mayoría

tardaba mucho más en llegar que él a determinados argumentos o conclusiones.

—Tío —dijo, tratando de lograr la atención de Clivio, enfrascado en una conversación capaz de arreglar el mundo pese a lo difícil que estaba—. Tío —repitió varias veces hasta que consiguió que le mirara—. ¿Puedo salir a dar una vuelta?

—Claro, hijo —le respondió, consciente de su curiosidad y algo empujado por la confianza del vino—. Pero recuerda, más vale parecer tonto que demostrarlo.

La noche, tan rápida en caer sobre aquella tierra como el halcón sobre la perdiz, se había echado, aunque no lo pareciera por la cantidad de velas, antorchas y hogueras que ahora sí resplandecían en el patio empedrado. Los hombres en distintos grupos, bebiendo demasiado, competían en toda clase de suertes entre apuestas, gritos y risas. Había partidas de dados, carreras de velocidad entre las hogueras, competiciones de saltos por encima de ellas e incluso del muro que rodeaba al patio, pruebas de fuerza, de natación en la gran fuente pese al frío reinante y, por supuesto, combates.

Allí, donde se encontraba la mayoría, guiado también por su gusto, se dirigió instintivamente Cinegio con ánimo de pasar desapercibido, consciente de que cuánto más se esforzase por agradar más torpe se mostraría.

Para suerte de los combatientes las espadas eran de madera, pues lo que había empezado como una gracia y poco más que un entrenamiento había ido subiendo de intensidad. Curiosamente, el principal culpable del peligroso cariz que tomaban los enfrentamientos era Graciano, el primogénito del emperador.

Enardecido, sobreexcitado, completamente borracho, increpaba a los contendientes en sus derrotas y les pedía un esfuerzo que la mayoría acataba como una orden al ser ellos legionarios y él el hijo del augusto y más que probable futuro césar.

—¡Vamos, inútil! —le gritaba Graciano a un tracio, centurión, que en aquel momento se medía con criterio contra un rival—. ¿Estos cobardes son los que derrotarán a los germanos? Si mi padre te viera, te echaría de una patada a tu infecto pueblo. Vamos, me aburro, ataca, no des tantas vueltas —seguía gritándole, con un infantil y desagradable tono de voz. El tracio, tragando saliva y orgullo, se lanzó al ataque hiriendo a su oponente en la mano

derecha, probablemente rompiéndosela por la violencia de la acometida—. Así, así. Ves cómo puedes cuando quieres, inútil. Solo tienes que hacerme caso a mí. Venga, que empiece otro —siguió gritando, saltando de alegría.

El círculo se abrió al acercarse el clan hispano del *magister equitum*, con Teodosio hijo a la cabeza, para disfrutar del espectáculo.

Distinguiéndoles, Graciano, tras dar un nuevo trago de vino, siguió con su función personal, incapaz de tomar el control sobre sus actos.

—Estupendo, aquí llegan soldados de verdad. Las legiones hispanas nada menos. Veamos si alguno es capaz de demostrar si es cierto que valen tanto como se declama, el hijo del *magister*, por ejemplo. —Señalando al joven Teodosio con el dedo, arrastrando patéticamente la lengua por el vino, le dijo—: Tú, Teodosio, lucharás contra mi tracio.

—¿Qué hace este niño que no está en la cama? —respondió Teodosio sin mirarle siquiera.

Inmediatamente levantó como respuesta una tremenda carcajada, probablemente más sonora de lo natural, ya que cargaba con el recelo de cuantos estaban presentes, Cinegio el primero, ansiosos por aleccionar a aquel joven malcriado.

Mal blanco había buscado para sus juegos el hijo del emperador, pues bien se conocía en el imperio que un hispano capaz es de aguantar cualquier cosa mientras mantenga su orgullo intacto y que ante nada se detiene de sentirlo amenazado.

Algo arrepentido, buscando templar los ánimos, Teodosio decidió rebajar el tono y, mirando a Graciano, le dijo en tono amistoso:

—Vamos, Graciano, vayamos con tu padre. Me consta que hace ya tiempo que pregunta por ti.

—Tú no puedes decirme qué hacer. ¿Quién te crees si además apenas eres mayor que yo? —El joven, rojo de furia, altivo, herido en su orgullo, tratando de defenderse levantó el dedo amenazadoramente—. Acabas de llegar y ya te atreves a darme órdenes. ¡Quiero que luches, que luches para mí! ¡Ahora!

—Graciano, no te equivoques, no seas imbécil y acompáñame —le repitió en tono sereno Teodosio. Derrochando paciencia,

seguridad y clase.

Cada vez era mayor el número de congregados y el círculo que rodeaba a los dos protagonistas de aquella absurda situación. El silencio y la expectación eran máximas. Teodosio miraba por encima del hombro, probablemente buscando a su padre o, por qué no, al mismo Valentiniano o Ausonio para que le sacaran de aquel desagradable atolladero.

Huyendo hacia delante como el animal en la trampa. Interpretando las dudas y el afán del joven Teodosio por solucionar la situación como debilidad, Graciano se encendió aún más acercándose al hispano de manera amenazante. Desde luego contaba con el valor y carácter del padre.

—Creo que no lo entiendes, maldito provinciano. No pienso acompañarte a ningún lado. Ten mucho cuidado de a quién llamas imbécil —le dijo el niño acercándose aún más, tambaleándose, tocándole el pecho con el índice repetidamente y de forma amenazadora, escupiéndole mientras hablaba—. Tú no eres más que un maldito soldado, ni eso siquiera, un siervo, el hijo de un soldado por muchas medallas que porte. Yo soy el césar, el hijo del emperador. Un dios. Obedece y lucha, perro hispano.

Aquello resultó demasiado para Teodosio que, ganando espacio y cargando peso, con distancia y fuerza, le dio un puñetazo en plena mandíbula enviándole al suelo y apagándole las luces.

Sin siquiera volver a mirarle, seguido por sus amigos, se dio la vuelta y se marchó.

Difícil era imaginar en aquel momento que aquella pelea entre dos jóvenes era la de dos futuros emperadores y que con aquel certero derechazo quizás el hijo estuviera condenando a muerte al padre.

6

I

Lambaesis, Numidia, mayo de 368

A Cinegio y a Clivio les había costado alcanzar Lambaesis, la sede de Romano, más tiempo que tristeza. Hasta allí les enviaba el despacho de Remigio para ponerse a las órdenes del *comes Africae*.

Durante su periplo, llegados la primavera anterior a Roma desde Tréveris y pese al caótico ambiente reinante en la capital, decidieron conocer, visitar y disfrutarla.

—No creo ser ni tan joven ni tan afortunado como para volver a ver la Ciudad Eterna, hijo y quién sabe si tú lo harás alguna vez. Pecado sería no detenerse. Atrapa cuanto te rodea, pues Roma resume cuanto somos. La cima y el abismo. Fácil suele resultar vislumbrar la cima.

La vía Sacra, ancha y espaciosa pese a su constante ajetreo, nacía en lo alto de la colina Capitolina para atravesar el foro y morir en el Coliseo. Clivio, como cualquier otro, disfrutaba recorriendo al atardecer su senda por el foro. El territorio donde las leyendas pugnaban desde hacía siglos por dejar su sello.

—Habrás de salir de aquí reconociendo todo lo que ves —le dijo a su sobrino el primer día de paseo, mientras cruzaban el arco de Tito, admirando los edificios, templos, arcos y columnas que se repartían en el horizonte como las estrellas en el firmamento de una oscura y despejada noche.

Observando a Cinegio, perdido ante semejante panorama, incapaz de marcar un objetivo, decidió ayudarle señalando uno de los más impresionantes edificios por su tamaño que se situaba a su derecha.

—¿Ves ese edificio, el que está sobre la colina Velia? —le preguntó—. Es la basílica de Majencio que concluyó Constantino. La actual sede de la administración de justicia y el principal templo

cristiano. De hecho, su planta y forma son ahora el ejemplo a imitar por todas las iglesias galileas. Fíjate que la recordaba aún más grande.

—Es monstruosa —le contradijo Cinegio, embobado, recorriendo sus tres naves con la vista desde el propio foro hasta el templo de Venus—. ¿Y este? —Señaló a su izquierda.

—Tienes buen ojo, uno de mis favoritos. El templo de Saturno, del que recordamos su inauguración cada *Saturnalia*, como hicimos en Tréveris. —Cinegio asintió compartiendo el agradable e indeleble recuerdo—. Y aquí está el arco de Septimio Severo conmemorando su victoria contra los partos —continuó Clivio ejerciendo de guía. Se encontraban justo enfrente del templo de Saturno, contemplando un enorme arco donde se distinguía la lejana y legendaria batalla esculpida en relieve.

Las sombras y reflejos de la piedra daban cierto movimiento a los elefantes, catafractos y carros de arqueros partos peleando contra la infantería romana que marchaba con sus escudos en formación y las lanzas y *gladii* en guardia.

Había llovido hasta media tarde y el aire cargaba la humedad típicamente romana, la que enamoraba a los mosquitos. La que les acompañó durante cerca del año que allí residieron endureciendo singularmente verano e invierno.

Aguantaron el tiempo suficiente para leer la larga inscripción de cada fachada. En ambas se loaba a Septimio Severo y a su hijo Marco Aurelio, el que luego sería recordado como Caracalla por la capa gala que introdujo en la corte. Siguieron admirando sus columnas hasta retomar el agradable paseo perdidos entre el gentío.

—¿Y los que hemos pasado? —preguntó Cinegio siempre curioso por aprender, volviéndose, rompiendo el sentido del paseo y señalando otros dos templos próximos al arco de Tito.

—El de la Concordia y el de Vespasiano —le respondió su tío, señalándolos respectivamente antes de continuar—. Este que nos habíamos pasado es el templo de Cástor y Pólux —explicó, tras otro silencio, volviendo sobre sus pasos hacia el arco de Tito y la casa de las vestales. Acercándose con parsimonia hasta las columnas señaló un detalle—: Observa las flores del capitel.

—Parecen recién esculpidas —apuntilló Cinegio, tras observar la magnífica obra durante un rato.

—Pues son casi tan viejas como la ciudad. Aunque la medalla de la antigüedad se la lleva otro. La *Lapis Niger*, la tumba de Rómulo —dijo, volviéndose y retomando el paso. Ya con el sol agonizante y el cielo vistiéndose de naranja y rosa. Al llegar a su puerta, deteniéndose y observándola continuó con un toque de resignación —. Cerrada. Casi siempre está así.

—Y esto debe ser la Curia —dijo Cinegio, señalándola justo enfrente de la tumba.

Allí sí consiguieron entrar, comprobar su acústica y sentarse en una de sus bancadas de mármol fingiendo ser alguno de los elegidos que dirigía el mundo conocido.

Durante su estancia, asiduos fueron de la biblioteca Ulpia, legada por Trajano, y de la Capitolina de Augusto. Se bañaron en las termas de Caracalla y compraron en varias de los cientos de tiendas que abarrotaban el mercado de Trajano.

Se bebieron Roma. Tanto como para descubrir su amargor.

Tampoco era difícil vislumbrar el abismo.

Olybrio, prefecto de la ciudad, estaba acusado de envenenamiento por Chilón, exvicario de África, y su esposa Máxima. Las víctimas eran Serico Absolio, maestro de luchadores, y el arúspice Campensis. Un ajuste de cuentas por una importante cantidad perdida en los últimos juegos circenses parecían ser el móvil.

Maximino, un mero prefecto de la *annona* o encargado del suministro de grano, un antiguo gobernador de provincias de escaso rango, tomó el mando de la acusación. Ni le tembló el pulso ni le faltó ambición. Apoyándose en un severo juez, sembró el miedo y detuvo a cuantos consideró oportuno arrancando numerosas revelaciones. La mayoría gente de clase ínfima: delincuentes, delatores y esclavos. El resultado de las torturas y el oro arrojó todo tipo de acusaciones y crímenes que se presentaron como prueba de la corrupción de Roma a un Valentiniano dispuesto a dar ejemplo.

Roma era un estercolero, un nido de burócratas vagos, inútiles y vividores. Un desagüe. El gran Valentiniano, el emperador soldado, la limpiaría. Nadie estaba a salvo. La envidia, la codicia y la venganza encontraron con facilidad el camino de ser escuchadas.

Cinegio y Clivio evitaban relación alguna con cortesanos, políticos o funcionarios, pues cualquier conocido o contacto podía

caer bajo sospecha e incriminarles en supuestos delitos con tal de rebajar su condena. Adulterio, espionaje, magia, traición, asesinato, robo, violación; cualquier excusa era buena para el castigo físico o fiscal. Todo un negocio para el estado y sus funcionarios.

Decidieron partir para continuar con su misión cuando vieron cómo los acusados, muchos de ellos ilustres, como el senador Cettugo, el abogado Marino o el procónsul Hymecio, caían como higos en agosto.

Tras su experiencia en Roma, con una sonrisa, admiraba Cinegio ahora las murallas de Lambaesis, su triple arco de entrada, doble piso y su avenida porticada previa. Molde de aprendiz. Poco más que un campamento militar venido a más. Roma daba otra perspectiva. Jamás volvería a ver Cinegio un girasol más alto, una amapola más roja o una dama más elegante en una fiesta. Roma era la luz entre las sombras de la cueva platónica.

II

Lambaesis era la capital militar que regía todo el norte africano. La vieja sede de la Legio III Augusta que trasladó primero Tito y más tarde fortaleció Adriano desde su acantonamiento allí para defender el *limes* de los bereberes. La que regía ahora Romano, experto en cobrar pronto y pagar tarde, con más habilidad para mantener contactos en la corte que el orden en su protectorado.

No existía esa misma unidad para el gobierno religioso ni civil desde el reformador Diocleciano que multiplicó las provincias para incrementar tributos, control y poder para Roma. El África Proconsular, el granero del imperio, la región más rica y extensa, era demasiado golosa como para confiarla en unas solas manos que no fueran las del emperador. Diocleciano la dejó en un tercio con dos legados en Cartago e Hipona. A occidente fundó la Numidia y más al oeste aún dividiría la Mauritania, también religiosamente cediendo la nueva Mauritania Tingitana a la Diócesis Hispana. Aquella era la tierra de Firmo. Su misión. El objeto de su visita.

Con gusto volvió a sentir Cinegio la sequedad africana. El reino del sol. Aquel calor limpio que tanto extrañaba y que por mucho que apretara jamás hacía sudar.

Llegaban en una de las caravanas que partían desde Milevum

dos veces por semana, protegidos por una escolta de cuatro hombres que les habían recibido en el mismo puerto. Al llegar a Lambaesis, demostrando su condición militar, la intendencia funcionó sin problema y los alojaron junto a la residencia de Romano, aunque informándoles de que estaba en Oea. El *comes Africae* no solo tenía problemas en la Mauritania.

Oea llevaba desde el emperador Joviano sufriendo ataques de los austurianos, una inmanejable tribu nómada. Dura y cruel como el desierto en que vivían. Tan pronto pasaba años ignorada, viviendo de la caza y sus rebaños, como quemaba media provincia devastando cuanto encontraba. Los tripolitanos, hartos de los recurrentes ataques, tiempo llevaban quejándose al emperador sobre la dejación de Romano.

Valentiniano, pese a escuchar los interesados consejos de Remigio en la corte, probablemente ya cansado de las quejas que recurrentemente llegaban desde África sobre Romano, había enviado al legado Paladio para comprobar de primera mano la información. A su encuentro había marchado Romano con el ánimo de comprar su voluntad. Siempre resulta más barato comprar un legado que librar una guerra.

Enterados de la reciente llegada de Clivio y Cinegio, dos legionarios allí destinados acudieron a recibirlos. Pancracio y Severo. Mauritanos. Equites de la IV cohorte de los Sagitarii. Veteranos de las guerras partas. Sabían que eran el hermano y el hijo de Ausonio Cinegio.

—Es un honor para nosotros conoceros —les dijo Severo, tras un fuerte apretón de manos. Era bajo y robusto, cetrino, sin pelo ni apenas dientes. Tan parecido a Pancracio, su acompañante, como para pasar por hermanos. Su voz resultaba extraña y cómicamente aguda para su aspecto. Como si un jilguero cantara dentro de un buitre. Ambos iban perfectamente aseados y en traje de gala—. Vuestro padre y hermano era un estandarte para nosotros. Una referencia. Aún se brinda por su incursión en Amida.

—¿Y qué se dice? —preguntó Cinegio instintivamente. Mil veces había escuchado hablar sobre ello, pero nunca por un testimonio directo sino de forma abstracta; como se escucha al burócrata hablar de la guerra, al hombre del parto o al clérigo célibe del matrimonio.

—Que de haberlo podido conseguir alguien hubiera sido él —respondió su compañero Pancracio mientras también apretaba con fuerza la mano de Cinegio—. Nadie más que él. Cerca estuvo de alcanzar la tienda. No existe *phalera* otorgada de forma más justa. —Advirtiendo el interés de Cinegio, viéndole como nervioso se peinaba su rizado pelo hacia la derecha y echaba mano a un bolsillo interior de su túnica, decidió extenderse—: Conoces la historia, ¿verdad?

—Más o menos —respondió algo azorado, pues lo cierto era que poco la conocía. Su referencia era los gritos de su padre ebrio recordándola desde la cama entre insultos, blasfemias y vejaciones. Postrado, sin posibilidad de andar, tal y como había llegado de aquella maldita guerra.

—Con sumo gusto te la relataré entonces —le dijo Pancracio—. Llevábamos días esperando; la noche estaba nublada, oscura, propicia para hacer una salida sin ser descubiertos. De tu propio padre era aquel plan que nadie más había sido capaz de vislumbrar. A tiro veía la tienda de Sapor. La cabeza de la serpiente. El final del sitio, la guerra y el problema. Caería sobre él como el halcón o la flecha. La idea resultaba tan sencilla como descabellada: saldría por una de las puertas laterales de la muralla de Amida y atacaría por el flanco izquierdo, algo descuidado y a favor de la pendiente.

»Poco más que la sorpresa, su velocidad y su destreza serían sus aliadas, pero bien valía la pena arriesgar su vida por aquel objetivo. Sus hombres tampoco dudaban, ansiosos por acabar con aquel sitio que ya se alargaba meses, orgullosos de su tribuno. Toda la cohorte se presentó voluntaria para ser uno de los sesenta hombres que le escoltarían.

»Tu padre, tu hermano, encabezaba los dos escuadrones como el pato del bando, en punta de lanza, sin mirar atrás ni reparar en nada. Cabalgando como si el mundo se borrara a su espalda, pegado el cuello al de su rocín, abrazado a su grupa. Directo, veloz, determinado, llegó a arrojar una lanza que alcanzó la tienda antes de que su caballo cayera herido y él fuera fatalmente arrollado. De milagro pudo escapar rescatado por uno de sus hombres, pues sobre él caía ya medio ejército parto.

—Gracias —dijo Cinegio tras un largo silencio. Con los ojos empañados. Imaginando a su padre cabalgando. Persiguiendo

aquella cara, aquella sonrisa y aquella voz en lo más profundo de su memoria. Luchando por conservar aquel recuerdo y no el de su aciago final. Acariciándolo de alguna forma al hacerlo con su *phalera*. Allí le sentía en plenitud.

—Desgraciadamente, nos llegó la noticia de su muerte hace un par de años, mucho lo sentimos. Pero, bueno, sin querer abusar de vuestra confianza, ¿qué os trae aquí? —les preguntó Severo, amistoso, con su tono chillón—. Muchas son las visitas ilustres al *comes Africae* últimamente —susurró con cierto sarcasmo ridiculizando el título.

—Eso nos avisaron a nuestra llegada. Venimos a transmitirle un mensaje nada más —le confesó discretamente Clivio—. Pero habremos de esperar pues se encuentra en Leptis Magna.

—Mejor para vosotros —susurró Pancracio, simulando una seca tos y enlazando una mirada cómplice para subrayar el mensaje. Cinegio y Clivio se pusieron en guardia. Reconociendo la complicidad y recobrando el tono normal el soldado continuó—: Tenéis tiempo entonces, perfecto. Seguidnos y brindaremos por el gran Ausonio. Por su valor y ejemplo. Pocas ocasiones lo merecen tanto.

Se dirigieron a una taberna donde Severo y Pancracio eran conocidos. Las preguntas ardían en la lengua de Cinegio, pero su intuición y una inquisitiva mirada de su tío antes de salir de la casa habían bastado para apagarlas.

Bien conocía ya Clivio el singular carácter de su sobrino. Normalmente sereno pero agitado en aquel momento por la intensa emoción que le producía cualquier referencia a su padre. Como decía su admirado Séneca: «El alma noble posee la gran cualidad de apasionarse por las cosas honestas», y su sobrino poseía esa fuerza de las grandes almas que disciernen el grano de la paja. Capaz de sentir en toda su profundidad cuando el momento y la situación lo requerían, de amar aquello que valía realmente la pena. A Cinegio, ininteligible para el que se detiene en los detalles en lugar de admirar la obra, la perspicacia y el amor de Clivio le permitían contemplarle en todo su esplendor. Orgulloso al reconocer en él al superior entre iguales y apenado al vislumbrar en su futuro más días de tormento que de calma. Difícil es alcanzar el sosiego para el extraordinario.

Al llegar a la taberna se sentaron en una mesa al fondo, separados del comedor principal.

—Gracias por acompañarnos y disculpad la intriga, pero al acercarnos a vosotros no solo buscábamos saludaros —dijo Pancracio, volviendo a callar al llegar el posadero que saludó solo con un gesto de cabeza, conocedor de que no debía interrumpir las conversaciones que se celebraban en aquella mesa. Dejó una frasca de vino y cuatro copas y regresó a atender al resto de los clientes. Pancracio retomó el discurso mientras servía el vino—. No os preocupéis. Aquí hablaremos tranquilos, algo poco habitual por estos lares. —Una vez finalizó, tras dar un trago y asentir, continuó —: Seré claro: no sois bienvenidos en Lambaesis. Lo que es peor, aquí no estáis seguros. Romano, tan peligroso como expeditivo, conoce de primera mano vuestras quejas ante Valentiniano con respecto a Firmo. Todo cuanto se discute en la corte se escucha en este campamento. El sello del emperador, vuestra escolta o un salvoconducto no tienen valor alguno. Este es su territorio. — Mirando fijamente a tío y sobrino, muy seriamente, concluyó—: Mañana mismo partiréis bastante antes del alba, id sopesando el destino. Nosotros os ayudaremos. Se lo debemos a la memoria de Ausonio.

La ciudad todavía conservaba el tono de los sueños y, remolona, escondía sus matices hasta la visita del sol.

El aviso, dos ligeros toques en la puerta, encontró dispuestos a Cinegio y Clivio. En realidad, lo hubiera hecho en cualquier momento de la noche, pues el sueño se había mostrado esquivo durante todo el transcurso de esta, escapándose al correr de las horas como el agua que trata de guardarse entre las manos y acaba siempre encontrando una fuga. Pésima consejera es la oscuridad para el ánimo y la lucidez. Cualquier nimiedad se magnifica y los problemas se entretejen como si el universo conspirara en contra nuestra. Cinegio, inquieto en su lecho, mezclaba su incierto destino, el heroico recuerdo de su padre y el miedo a Romano de forma confusa, sin encontrar solución alguna.

—Soy Claudio, seré vuestro guía, seguidme —les dijo el legionario que fue a buscarlos, un decurión—, sin apenas detenerse.

El trío se movía silencioso por las calles, aunque a Cinegio, con los sentidos más alerta de lo que jamás se habían encontrado, cada

paso le retumbaba en los oídos como el repique de las campanas de una iglesia. Cualquier ruido amenazaba con ser el de una partida a punto de detenerlos y de entre las sombras surgían aviesas figuras con ánimo de atraparle. Jamás había sentido un temor similar, como el del conejo que divisa al enemigo demasiado lejos de su madriguera y sin escapatoria posible aguanta pisado, inmóvil ante la amenaza, rezando por no ser visto. Frenético, trataba de controlar el desbocado galope de su corazón acariciando la medalla de su padre, solicitándole el valor que sabía que atesoraba; a punto estuvo de reventarle el pecho con el maullido y posterior carrera de un gato cercano.

Por fortuna, no se intuía ni un alma pues se encontraban en esas horas en las que tanto panadero como tabernero coinciden durmiendo, las que solo conocen las almas zarandeadas por la inspiración, el miedo, el amor o cualquier combinación entre ellas.

Salieron por una puerta lateral de la fortaleza donde otros tres hombres les esperaban con sus caballos ensillados. La tierra aún era azabache e imposible resultaba distinguir el matorral del árbol a escasos pies de distancia. En el cielo, sin luna, aún reinaban las constelaciones, esparcidas en su infinita profundidad.

Cinegio, regalándose el primer momento de relajación desde los dos toques en la puerta de Claudio, pudo fácilmente distinguir la estrella polar, Géminis, Tauro y Orión del que era visible, además del cinturón y la espada, el casco y el arco. Ahí estaban y ahí seguirían, independientemente de lo que a él le sucediera. Impasibles ante el ajetreo de su alma mortal.

La repentina y nítida revelación sobre su pequeñez, sobre su completa intrascendencia, le aportó cierto sosiego y consiguió arrancarle una sarcástica sonrisa en el rostro. ¿Qué más daba lo que le sucediera, al fin y al cabo?

—A Icosium —dijo Clivio y, con un silencioso asentimiento de cabeza por parte de su escolta, emprendieron la marcha.

Dirigirse a Icosium era una opción que venía barruntando Clivio desde su salida de Tréveris, a pesar de que el despacho de Remigio les ordenaba marchar a Lambaesis para ponerse a las órdenes de Romano. El aviso de Pancracio y Severo sobre el *comes Africae* había confirmado sus peores temores. Obligados a cambiar el plan, no se le ocurrió ninguno mejor que el que les ordenara

directamente el emperador: ir a Icosium y convencer a Nubel para que vigilara a sus vástagos.

Tardarían una semana a buen ritmo en alcanzar el famoso puerto de la Mauritania Cesariense. Precavidos contra Romano, lo hicieron evitando las ciudades cercanas a la costa, bordeando el Atlas, caminando por tierra dura en lugar de blanda para evitar el posible rastro.

Cinegio gozaba de los zigzagueantes senderos que ascendían y descendían entre los bosques de cedros y robles, alerta por si la buena fortuna les cruzaba algún jabalí o un ciervo y la mala una pantera, un leopardo o un león. No imaginaba montañas de aquel calibre tan cerca de casa, tan distintas y a su vez similares a los Alpes que conociera en su viaje a Tréveris.

En contadas ocasiones, Clivio, espectador empedernido cuando la naturaleza mostraba sus encantos, se rezagaba para contemplar los fértiles valles a sus pies, soñando ser una de las águilas que con frecuencia les sobrevolaban.

—¿Recuerdas a qué debían su nombre? —le preguntó el tío al sobrino, contemplando los montes que les rodeaban, sin mirarle, advirtiendo cómo se le acercaba.

—¿Te refieres al Atlas? —preguntó, obteniendo un escueto asentimiento por respuesta—. Esta sí la sé —añadió, sonriendo al recordar la lección. Colocándose a su derecha, perdida también la vista en el paisaje, seguro tras un silencio, continuó en el didáctico tono que su tío solía utilizar con él—: Por los escritos de Homero y Hesíodo, de hecho. —Una sonrisa se dibujó en la cara de Clivio ante la referencia mientras siguió escuchando—. Perseo fue el causante. El titán Atlas, el condenado por Zeus a sostener el cielo para toda la eternidad tras la guerra entre titanes y olímpicos, reinaba sobre Arcadia y África. Aquí custodiaba el árbol divino. Un árbol de hojas y manzanas de oro, las mismas que Gea regaló a Zeus en su boda con Hera.

»Pese a su terrible castigo, que le arrancaba recurrentes gemidos pese a su fortaleza, todo le marchaba razonablemente bien a Atlas; se había casado con la bella Hesperis, la guardiana del atardecer, con quien tuvo seis hijas, las Hespérides, que solícitas cuidaban su jardín y el codiciado árbol. Todo hasta que Perseo, después de matar a Medusa, le pidió cobijo y el titán se lo negó, temeroso de

que un hijo de Zeus le robara sus riquezas como aseguraba una vieja profecía. Como castigo a su negativa, Perseo le enseñó la cabeza convirtiéndolo en piedra. Un titán del calibre de Atlas había de ser esto y no una estatua cualquiera.

III

A Cinegio, en el primer vistazo, Icosium le pareció poco más que un montón de casuchas amontonadas persiguiendo el mar. Humilde para tratarse de una de las ciudades más importantes de la Mauritania Cesariense y de los pocos abrigos que la tierra le ganaba a aquel mar sin puertos como lo había bautizado Salustio.

De origen púnico y refundada como colonia romana por Augusto, Icosium también se había visto inmerso en las reformas políticas de Diocleciano que colocó a su vecina Caesarea como la capital de la nueva provincia.

Atardecía con parsimonia, pues ya al sol le costaba esconderse, ansioso en aquellos primeros días de junio por alargar al máximo su reinado. Era el momento del día en el que las ciudades africanas reviven convirtiéndose en bullicioso mercado.

Clivio, Cinegio y su escolta se cruzaban con mulos cargados de abultadas alforjas, camellos apáticos, lentos carros tirados por bueyes y hombres y mujeres ajetreados en sus diferentes tareas. La mayoría los ignoraba, aunque no pocos les dirigían inquisitivas miradas o se acercaban ofreciendo sus servicios. Conforme fueron avanzando por su avenida principal, escoltados por un regio acueducto que partía la ciudad desde una colina cercana, comenzaron a percatarse de que aquel poblacho escondía más riqueza de lo que parecía. Las casas, modestas en su fachada, ocupaban manzanas enteras y en su interior se intuían hermosos patios por las copas de los árboles y el rumor del agua. Al pasar junto a una casa, por una ventana abierta probablemente en busca de la corriente, Cinegio pudo distinguir una gran familia sentada a una mesa excelentemente provista de un caldo, pescado, carne asada, dulces de almendras y varias jarras de vino. Si aquello sabía como pintaba y olía, se trataba de un brutal banquete.

Tras acomodarse nuestros protagonistas poco tardaron en conocer el paradero de la casa de Nubel. Una magnífica *domus*

señoreando una suave colina a la entrada de la ciudad. Allí, tras solicitar audiencia, se encontraron con él la tarde del cuarto día desde su llegada.

—Clivio, Cinegio, es un honor recibir a legados del augusto Valentiniano en mi humilde morada —les dijo un afable Nubel, saludándoles y recibiéndoles en una espléndida terraza desde donde se divisaba la blanca ciudad salpicada del verde de los patios y con el azul verdoso del mar como fondo. Por el medio, el oscuro color de la piedra del acueducto firmaba la presencia romana—. Espero que hayáis tenido un agradable viaje.

Su aspecto, pese a su avanzada edad, era intachable, limpio, su voz grave, el latín culto y sus modales refinados, muy alejados de la rudeza bereber que intuían previo a su visita. Vestía blanca túnica de fina seda que, salvo por el cordón áureo con incrustaciones de rojo rubí que abrochaba su cintura, flotaba sobre su ya envejecido y algo encorvado cuerpo. El peso del sol no le afectaba, salvo para moverse por la sombra de una espectacular parra, derrochando elegancia y soltura en cada ademán. De altura significativa, tanto como para hacer parecer un niño a Clivio, mostraba una rasurada cara afilada con los rasgos singularmente grandes. Estos contrastaban con su pequeña y arrugada frente pues el pelo, llamativamente poblado, corto y canoso, le nacía casi sobre las cejas. Sus ojos poderosamente negros le daban una fresca mirada que engañaba sobre una edad que avanzaba según te alejabas de ellos. Envejeciendo con cada rasgo y arruga.

—Muchas gracias, ilustre Nubel. El honor es nuestro —respondió ceremonioso Clivio—. Son impresionantes las vistas desde tu terraza —afirmó mientras observaba en la lontananza los botes de los pescadores que, a aquella hora, ya acercándose el final de la tarde, salían a faenar en busca de alguna captura vespertina.

—No puedo negarlo —admitió Nubel, callando ante el estruendo de unas gaviotas que se perseguían cercanas, saboreando cuanto le rodeaba, aspirando con fuerza el potente olor a jazmín que reinaba en la terraza—. Poco más puede anhelarse si además se está acompañado por quien uno ama. —Haciéndose a un lado, dio paso a tres hombres y una mujer cuya edad y parecido dejaban clara su ascendencia—. Os presento a mis hijos Zamac, Mazuca, Gildo y Kiria.

Kiria atrapó a Cinegio desde el primer instante. El joven, habitualmente tímido, aunque cada vez más consciente de su extravagante atractivo, solía esquivar la mirada de las mujeres con las que se cruzaba. Con Kiria no sucedió y ambos aguantaron la vista del otro, la eternidad en un segundo. Perdido en una sima, el joven descubrió algo que no esperaba. Un golpe similar al que le acometiera en el coliseo sintiéndose Cónsul, pero mezclado con algo totalmente distinto.

Aquellos ojos negros, en los que sin entender por qué razón sabía que podía confiar, se le clavaban desnudándole. Se sentía atrapado, ahogado, desnudo, sin salida, incapaz de negarles nada. Iguales en forma que los de su padre no transmitían su viveza sino una infinita carga de profundidad, ternura y confianza. De dulzura y peligro a la vez. De misterio. La saeta había acertado el blanco.

Cinegio, aturdido, se preguntó si no estaría confundiendo aquella extraña sensación con el amor, pues aquella bereber, pese a su evidente juventud, era de una belleza escandalosa, agresiva, apabullante. Junto a sus redondos ojos negros aparecían unos pómulos altos y angulosos y más abajo una graciosa nariz, de buen tamaño, algo ancha en su base y respingona en la punta. Su pelo era también negro y además lo llevaba largo y rizado. Tan frondoso y recio como en la cola de un caballo. Un rizo largo, como el de la ola poderosa y no el del cabo enrollado. La boca, redonda, grande, apetitosa, la enmarcaban unos gruesos labios del color del higo maduro abierto. Vestía una simple túnica verde esmeralda con dibujos floreados, que permitía vislumbrar un pecho generoso y rotundo pese a su estrecho talle y dejaba al aire sus finos tobillos adornados con brazaletes de oro y plata.

El galope del corazón de Cinegio hubiera aniquilado en la carrera al que sintió al cruzarse aquel maldito gato en su huida de Lambaesis.

Tras las presentaciones, Nubel los invitó a tomar asiento en unos divanes situados bajo la parra y en cuyo centro se hallaba una gran mesa baja de granito con anchas patas de hierro verde, repleta de dátiles, cuencos con leche fresca, variadas frutas y dulces.

—Sorprendido estoy con Icosium —dijo Clivio mientras se sentaba, mostrando a la primera su habilidad diplomática e innata capacidad para generar conversación. Nubel, con una sonrisa,

mientras pedía a un esclavo con un ligero gesto que les atendiera, le invitó a explicarse—: No le hace justicia entrada tan deslucida y sus confusas calles, pero para el buen observador es sencillo advertir sus encantos. Más aún gana desde aquí donde fácil se señalan sus templos antiguos, nuevas iglesias, palacios y la categoría de muchas de las casas que entre sus enmarañadas calles parecen poco más que chamizos.

—No te falta razón —respondió Nubel—. Efectivamente, difícil es advertir la riqueza en Icosium a la primera, aunque exista en cantidad. Tal cosa se debe tanto a la modestia de sus dueños como a que está bien repartida. —Recogió la copa de vino que le ofrecía el esclavo, y tras dar un trago y aprobarlo con la cabeza para que lo compartiera entre los invitados, continuó—: Por ejemplo, en el campo, y bien conozco la materia, atrás quedaron los tiempos de los grandes propietarios. Tan atrás como la lex Manciana que dispuso que los arrendatarios, los colonos que llegaban, solo nos pagarían a los señores un tercio de sus cosechas y que además las mantendrían hereditariamente salvo si dejaban de trabajarla dos años. Decenas tengo yo de ese tipo. No negaré que el sistema tiene sus ventajas, pues jamás rindieron las cosechas como ahora en que se obtiene hasta diez veces lo sembrado, pero exaspera no regir tu propia riqueza y la de tu pueblo.

—Muchos también se han enriquecido con las caravanas de oro, marfil y esclavos del sur —señaló Gildo, el hijo más joven presente, la viva imagen de su padre, relevándole en el discurso de forma que le permitió alcanzar un trozo de melón y otro de pan blanco—. También nuestro pueblo les saca partido, sobre todo desde que comenzamos a utilizar los camellos hace cuatro generaciones.

—Riqueza hay, cierto es —volvió a tomar la palabra Nubel tras haber comido—, pero somos modestos, amigo, debemos serlo. «Con gran peligro se guarda lo que a muchos agrada».

—Séneca —le interrumpió Cinegio, arrancando el asentimiento de su tío y percatándose demasiado tarde de que lo había dicho de viva voz.

—¡Vaya! —exclamó Nubel—. Resulta que, además de apuesto, nuestro joven amigo Materno Cinegio es un erudito —subrayó, turbando al joven, arrancando una carcajada en sus hijos y Clivio y una sincera sonrisa, acompañada de una interesada mirada, en Kiria

—. Celebro todavía más hallarme entre vosotros, entonces.

La noche transcurrió plácida, tan rápida como corre el tiempo cuando se le distrae en amena conversación. Nubel, cosa no sencilla, competía con Clivio en ingenio y conocimiento. Cinegio se bebía la conversación, pues los temas brotaban sin cesar del manantial más inagotable: la cultura.

Con las antorchas a medio consumir, Nubel por fin realizó la pregunta que horas llevaban esperando.

—¿A qué se debe el interés del emperador por nosotros?

—De acuerdo, Nubel. Creo que ya podemos hablar sin ambages, entre iguales —respondió Clivio, mostrándose de pronto grave y formal, seguro, agrandando su figura hasta al menos igualar a su anfitrión en altura. Una vez cogido el ritmo, continuó—: El emperador está preocupado con África.

No fue su tono, en cualquier caso, lo que sorprendió a Cinegio, sino advertir su total ignorancia sobre el futuro derrotero de la conversación. Atónito reparó en que desconocía qué argumentos utilizaría Clivio e incluso que objetivos perseguía. Incómodo, se culpó por su ingenuidad y no haberlo preparado previamente.

Clivio, inconsciente de la agitación del alma de su sobrino, proseguía hablando:

—Relativamente, claro, pues, como sabrás, muchos son los frentes abiertos. También sus fuerzas, gracias a los dioses.

—A Dios —puntualizó de forma abrupta Nubel, mirando al cielo y santiguándose, ya que tenía fama de devoto cristiano. También él había cambiado su actitud y expresión corporal. La prudencia había conquistado el reino de la sonrisa.

—A quien desees, por mí no hay problema con tal de que esté en mi bando —continuó Clivio, que se había empequeñecido algo percibiendo poca docilidad en su oponente—. La cuestión es que el augusto no desea que surjan problemas donde no existen.

—Coincido con él plenamente —volvió a interrumpirle el bereber viniéndose arriba—. ¿Y acaso considera que aquí existe alguno?

—Por favor, Nubel, no me infravalores ni me hagas perder el tiempo. Bien lo sabemos ambos. —Cinegio observó orgulloso cómo su tío aguantaba el envite y apostaba fuerte. Él era el legado del emperador, aunque, como le pasara anteriormente con Romano, se

encontrara a disposición de Nubel—. Estamos aquí por tu hijo, por Firmo. —Los dos aguantaban la mirada sin apenas moverse, calibrándose. Hasta que Nubel no asintió, no continuó Clivio—: Consciente es el emperador de que nada realmente grave ha hecho y por eso venimos dos humildes mensajeros, dos amigos, y no la Legio III Augusta. Mi cometido es transmitirte o solicitarte que lo controles. Con urgencia. —Clivio inspiró con fuerza antes de concluir—: El emperador promete ser generoso, pero debes actuar inmediatamente. Muy generoso. Bien conoce tu posición como *potentissimus* y tu merecimiento para aspirar a cualquier puesto o distinción. El imperio no solicita ayuda sin devolverla.

Las gaviotas volvieron a escucharse en el prolongado silencio que surgió tras las palabras de Clivio, el más duradero de la noche. Nubel, calmado, preparaba su respuesta. Cuando contestó, el viejo lo hizo sonriendo.

—Tienes razón, y a qué jugar con rodeos. —Recuperó su amistosa actitud inicial—. Con sumo gusto me dispondría a hacer lo que dices, pues bien presente tengo aquello de: «Corrige a tu hijo mientras aún hay esperanza; no te hagas cómplice de su muerte». Pero, por muchos hijos que tenga, no debo castigar a ninguno si no lo merece, menos aún por conseguir un beneficio personal. ¿Cómo me presentaría con tal pecado ante Dios el día del juicio? Difícil es controlar a mi hijo, pero peor es, en cualquier caso, su fama que sus actos. No es mal chico, pero le puede su orgullo y obstinación. El vino tampoco es su mejor aliado y cierta es su enemistad con Romano, aunque eso resulta común en estas tierras. —Nubel guardó un silencio intencionado que hizo intuir a Cinegio y Clivio que conocía perfectamente su situación—. En cualquier caso, no deja de ser un chiquillo algo descarriado. ¿Qué prueba necesita el emperador de nuestra lealtad? ¿De la de los iubalenos? No somos más que vasallos suyos, y Firmo, te aseguro, Clivio, que el segundo tras su padre.

—Así será comunicado, Nubel, te honra tu honestidad, pero no sé si lamentablemente será suficiente con la palabra. Citas bien a Salomón, aunque creo que en este caso encaja mejor otro de sus proverbios sobre la educación y la templanza: «No escatimes la disciplina del niño; aunque lo castigues con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma» —le interrumpió Clivio.

Pese al diplomático acercamiento de Nubel, él mantenía el tono formal. Cinegio admiró sus reflejos, su cultura y su empaque, pues capaz era de seguir exigiendo mientras él solo deseaba salir de allí y con aquella declaración se hubiera dado más que por satisfecho.

Ojalá su tío hubiera pensado igual.

—¿Qué sugieres? ¿Qué me pide el emperador entonces, Clivio? ¿Con qué vara quieres que castigue a mi hijo?

—Necesito una certeza, Nubel.

—Una certeza… —repitió el rey—. La tendrás. No lo dudes, Clivio —añadió tras un silencio, antes de concluir—: Ahora ya es tarde y mucho he trasnochado para lo que para mí es habitual. Descansemos, reflexionemos y mañana continuaremos para encontrarla.

Dado que era noche cerrada, Cinegio y Clivio aceptaron la hospitalidad de Nubel. Dormirían en estancias separadas; Clivio en la planta principal y Cinegio en uno de los cuartos que asomaba al *atrium*.

Ninguno de los dos intuía que la rápida despedida que se dieron en la escalera al desearse buenas noches sería la última.

IV

Tres horas más tarde, Kiria entró sigilosamente en el cuarto de Cinegio. Silenciosa, se sentó en su cama para despertarle empujándole suave pero firmemente. Cinegio, aplastado por el peso del letargo, apenas percibía nada hasta que una nueva sacudida derribó su última resistencia. Al abrir los ojos y verla, despertar conllevó regresar al agradable sueño en el que andaba sumido.

—¿Realmente estás aquí? —le preguntó somnoliento Cinegio. Alegre al confirmar esa premonición que había sentido al verla y que de alguna forma le decía que ella sería especial para él.

Desinhibido, excitado, como si continuase en un onírico mundo paralelo, con el ánimo y atrevimiento que no tenía despierto, se incorporó con ánimo de besarla y abrazarla. Sabía que podía confiar en ella, que debía obedecerla, que estaba allí para algo.

—¿Qué haces, loco? Silencio, no hay tiempo para tonterías, espabila —le susurró la pequeña bereber bruscamente, apartándole las manos, aunque, halagada, utilizara cierto tono meloso, intrigada

por aquel extraño joven. No había tiempo para jugar, en cualquier caso—. Lee esto mientras te vistes. Debes partir inmediatamente, yo te indicaré el camino —concluyó.

Asustado, extrañado por no verse correspondido tal y como esperaba, aún medio dormido, Cinegio decidió obedecer la orden de la diosa.

Mientras se vestía leyó en el trozo de papiro que le había dado Kiria:

Un barreño de agua helada le cayó por la cabeza con cada letra.

El doble alfabeto del gran Julio. Clodia y Gala. La C por la G.

Raudo, ya completamente alerta, no tardó en descifrar el mensaje de su tío, pues, esperando una ocasión como aquella, había memorizado perfectamente la combinación de cada letra entre ambos alfabetos con la clave acordada.

El mensaje era en realidad otra orden:

HUYE. TE ESPERO FUERA

7

Fuente Álamo, Hispania, noche de San Juan Bautista de 371

Celebraban la noche de San Juan Bautista en Fuente Álamo, la villa de Arcadio Nebridio, también en la Bética, como muchas de las de la alta sociedad hispana, como la que visitáramos unos años antes de Flavio Honorio. Este ya no acudiría más a ningún otro encuentro pues había muerto hacía tres años no se sabía muy bien de qué, o sí, de viejo, aunque se preocuparan por señalar a otros culpables sin demasiada certeza.

Arcadio, padre del Nebridio compañero de Flavio Teodosio y Floro, al que conociéramos en casa de Honorio, como este tenía también una villa como para sentirse orgulloso. Más de quinientas *jugera* dedicadas al olivar le daban un aceite casi tan famoso como los mosaicos de Baco y Mitra que engalanaban sus habitaciones privadas, de diminutas teselas y factura sin igual en toda Hispania. Un generoso arroyo separaba la *pars rustica* de la *urbana* y alimentaba dos termas que más parecían presas por su tamaño. Lo sostenía el Singilis que se encontraba a tan poca distancia de la villa como la vía Augusta que llegaba a Antikaria y le dejaba espléndidamente situado para el comercio, a una distancia similar de Ipagrum que de Ostippo.

Achantia había crecido desde la última vez que la viéramos. Aquella chiquilla flaca, desgarbada y de aspecto anodino, había madurado, como les pasa a las mujeres afortunadas cuando cumplen quince años. Conservaba la frescura y el candor de haber sido recientemente capullo, pero ya era rosa, y de las que llaman la atención además por su intenso color, tamaño y olor.

No me detendré ahora en detallar su agraciado físico, pues tiempo necesitaría para ser justo y tampoco ella era aún demasiado consciente de su suerte, aunque siempre la intuyera. Baste decir que si el cerezo viste sus mejores galas a final de marzo ella estaba a punto de conocer abril.

Sí apuesto ahora por descubrir su talento, pues este de tan notorio resultaba evidente. Pecado sería ocultarlo durante más tiempo para los que no tuvierais la suerte de conocerla. Tanto se desbordaba que hasta peligroso resultaba para una mujer al convertirla en singular. A un suspiro de rara. Su pericia era tan vasta que la misma facilidad tenía para escuchar que para conversar, incluso lo mismo disertaba que discutía. Parecía intuir las conversaciones y argumentos, pues rápidamente se adelantaba a las objeciones de cada cual, encontrando con facilidad el consejo más prudente, la respuesta más adecuada o la pregunta pertinente. Demasiado aguda. Demasiado hábil. Demasiado lista. Demasiado ingenua aún para percatarse de que aquel don bien podía tornarse castigo.

De haber nacido varón, independientemente de la cuna, fácil habría labrado su destino en el ejército o el clero, pero siendo mujer solo su posición permitía que aquella mezcla de intuición, personalidad e ingenio sedujera a algún hombre, aunque atemorizara a la mayoría. Afortunada era de contar con su riqueza y estirpe, pues ese tipo de almas femeninas son consumidas por la envidia si se ven abocadas a la mediocridad.

Prisciliano era de los escasos hombres que disfrutaban de su compañía y soportaba la profundidad de su verde mirada. Quizás por ser sacerdote cristiano y de los pocos que cumplía con el celibato al que se obligaba a los prelados desde el Sínodo de Elvira. No era el único ejemplo que daba, pues difícil era verle entregado a debilidad alguna. Desde su conversión y bautismo, poco después de la muerte de Juliano, no comía carne ni bebía vino, jamás descansaba más de cinco horas seguidas y tenía una clara inclinación por la austeridad siendo insultantemente rico. Prefería el cáñamo al lino, el nabo a la ternera y el Nuevo al Antiguo Testamento. Qué decir de amar o flirtear con mujeres, pues a sus casi treinta años no se le conocía relación alguna desde que había abrazado el cristianismo.

Desde su rigurosa perspectiva cualquier cosa superflua le alejaba de lo realmente importante: la sabiduría, la verdad, la que encontraba en la palabra del Galileo. En su ejemplo de vida. En su mensaje universal y eterno.

Pese a vivir en su Gallaecia natal, Prisciliano, por muy distante

que se celebrara la reunión, jamás fallaba, pues pertenecía a la aristocracia hispana por derecho de sangre. La audiencia: sus primos, tíos, clientes, amigos y conocidos, eran los que movían los hilos de aquel gran teatro llamado Hispania, incluso algunos del todavía mayor llamado imperio romano. Difícil le hubiera resultado encontrar mejor corte para su prédica. Desde la muerte de Flavio Honorio, además, gozaba de un protagonismo que antes ni soñara. Aquel viejo gruñón, al que, por otro lado, veneraba, le cohibía con sus inquisidoras miradas cuando no directos desplantes en caso de que osara acercarse a su mujer Pulcheria o a alguno de los jóvenes de su familia, sus nietos Honorio y Teodosio especialmente. Parecía no soportar su conversión, sus enseñanzas, sus hábitos, haciéndole sentir como si constantemente traicionara a Roma, sus ancestros, su legado y a sí mismo. Como si sobrara entre ellos. Sin éxito había tratado de explicarle su respeto por la tradición y cómo él lo que trataba era de alcanzar la luz que señalara el Cristo sin despreciar camino previo alguno. Desde su interior. Valiéndose tanto de las enseñanzas hebreas como de la sabiduría griega y romana.

Liberado de Flavio Honorio, por fin podía moverse a su antojo. Más aún con la marcha de gran parte de los hombres a Tréveris junto a Flavio Teodosio, pues mucho más fácil le resultaba conectar con las mujeres que con ellos, siempre obsesionados por conseguir y no por sentir. Por deducir y no por creer. Por crecer y no por brillar. Las mujeres, pese a su innata complejidad, y a ser como las sombras que huyen al ser perseguidas y te persiguen al huir, eran compañeras mucho más fieles y de una profundidad e inteligencia superiores. Sus principales aliadas.

Cada mañana, en silencio, esperaba a la intemperie la salida del sol para agradecer a Dios su llegada recordando su sacrificio en la cruz, para pedirle por los enfermos y desgraciados y consagrarle el nuevo día. Por la noche, tras la cena, a la caída del sol y mientras la mayor parte de los hombres se quedaba discutiendo sobre el futuro del imperio, un nutrido grupo le acompañaba al campo a orar, bailar, cantar, leer y debatir sobre la palabra y enseñanzas de Cristo. Circulaban las jarras y las escudillas y sin esclavos ni señores se servían unos a otros y bebían de los mismos recipientes. Achantia era una de las fijas.

Aquella noche casi hubo de salir solo, pues en la casa reinaba

una enorme expectación. Por la tarde había llegado Flavio Euquerio y con él las noticias sobre Flavio Teodosio en Britania.

Achantia, como tenía por costumbre, espiaba la conversación de los mayores junto a María, Aelia Flaccilla y Poemenia, las que ya eran sus amigas inseparables. Temerosas, arrebujándose en sus livianas capas de verano, veían cómo el cielo se cubría pese a haber lucido el sol durante todo el día. Esta vez no espiaban a techo cerrado o con cobertura próxima desde un atrio, sino directamente desde las termas de Arcadio, junto al *hypocaustum*, al aire libre, asomadas hacia un aula cuadrada completada en sus cuatro lados por bancadas de mármol en ábsides semicirculares que le daban forma de cruz. En el suelo, inspirado por el entorno fluvial que rodeaba a la sala, el mosaico dibujaba el río Nilo y, en sus riberas, a una familia de negros que pretendía dar caza a unas grullas a pedradas.

Euquerio había regresado al inicio de la primavera tras ser gravemente herido en la campaña britana. Cerca de desangrarse en la batalla de Arbeia al perder el ojo y el brazo derechos, por encima del codo, que siguiera vivo era un milagro más de los que suceden en cada guerra u otra prueba más del azar por el que algunos mueren de la forma más estúpida y otros sobreviven a mil avatares.

Al volver a Tréveris, una intensa fiebre que le postró varias semanas en cama acabó, si no por doblegarle, sí al menos por convencerle para, como le rogaba su hermano menor, regresar a Hispania y hacerse cargo de la familia, ya muerto su padre Flavio Honorio.

—Valentiniano, enérgico por naturaleza, se mostraba en Tréveris dubitativo y asustado. Obsesionado con un poder al que nunca había aspirado. Más pendiente de nombrar sucesores que de asegurar su herencia —comenzó Euquerio—. Tal y como vaticinábamos en la reunión de casa de mi padre, numerosos eran los frentes a los que nos enfrentábamos. El augusto temía que Oriente se levantase y a la vez era consciente de que había que defender todo el limes bárbaro. El Rin y el Danubio.

»Atenazado, era incapaz de tomar decisiones. Él, que en batalla siempre arremetía a pecho descubierto, ahora en su despacho se escondía de forma cobarde, sin movilizar a sus tropas, aguantando la posición, temeroso de cubrirse con la manta la cabeza por si se

destapaba los pies. En el norte, Britania era un avispero y su pérdida de control excedía la amenaza local ya que abría el frente de la costa vecina: Galia, Hispania y Germania. Pese a la poca importancia de la isla dentro del imperio no podíamos permitirnos abrir esa puerta. Allí le dijo mi hermano que había que marchar a defender la retaguardia.

Al decirlo, brindó imaginariamente con Flavio Teodosio apurando su copa de vino.

Achantia escuchaba ensimismada el discurso de Euquerio. La noche ya se había cerrado por completo, pesadas nubes velaban las luces de las estrellas y una incómoda brisa, ya cercana al viento, impropia de las habituales noches de junio en la Bética, tomaba cualquier resquicio. A Achantia le importaba poco. En máxima alerta, captaba con devoción cada gesto grave de Euquerio y su hablar certero. Percibía el aplomo del acostumbrado a tal menester e inconscientemente memorizaba sus guiños, sonrisas, postura y recursos. Observaba cómo arrancaba con un tono bajo y enérgico e iba subiendo con una lenta cadencia remarcando cada sílaba, cada palabra. Con ritmo y latín elegantes.

Su parche, en lugar de producirle rechazo o miedo, le aportaba certeza al relato, muestra inconfundible de autenticidad, como el rastro de sangre que deja como pista el animal herido.

Terminando su copa, sirviéndose otra, dando un primer trago y abriendo los brazos al terminar, Euquerio continuó con su relato.

—La situación era grave. Tres años llevaba la isla en rebeldía. Tanto el conde Nectarido, guardián de las costas, como el *dux Britanniarum* Fullofaudes habían perecido o desaparecido en distintas emboscadas. De poco más que para confirmar la extrema situación de la provincia le había servido a Valentiniano enviar al conde Severo y al general Jovino. La IX legión, desnortada, aparecía desmantelada en muchas zonas, con los hombres en rebeldía y actuando por su cuenta.

»Milagrosamente parecía que el muro de Adriano aguantaba, aunque los pictos, escotos y atacotos lo burlaran a placer y los francos y los sajones dominaran el estrecho y piratearan la costa gala. La población britana, sitiada por el hambre, la guerra y el caos que imponían los bárbaros, sobrevivía asustada sin mando alguno. Un desgraciado incidente ayudó a Flavio Teodosio a convencer a

Valentiniano de marchar a Britania. En uno de los salvajes ataques de los piratas sajones, en la Germania Inferior, resultó muerto su cuñado Constantino. Pasional, al augusto, en cuanto le toca algo cercano, le supera la rabia estallando como un volcán cegado por la ira. Pronto acabó de convencerse de la necesidad de controlar el estrecho, de la obligación de castigar a aquellos bárbaros y de la idoneidad del destino de su amigo.

Euquerio hizo una pequeña pausa para beber de su copa y tomar un poco de aliento.

—Mi hermano Flavio Teodosio no cometería el mismo error que el conde Severo. Marcharíamos una legión completa, una de verdad, de las que ganan guerras. La mitad, unas cinco cohortes y dos unidades de caballería, dos mil quinientos, éramos las tropas de Hispania. Entrenados por él mismo, muchos veteranos de Persia y, los que menos, de aquella última campaña con los alamanes. En Bononia se nos unieron bátavos, hérulos, jovianos y victorinos. La élite.

»No perdimos el tiempo con maniobras ni adiestramiento pues de sobra conocíamos todos la instrucción. No había unidades de formación ni jóvenes reclutas. Nadie a quien le impresionaran las viejas historias mágicas de las islas ni las leyendas sobre las costumbres bárbaras. Todos éramos veteranos, acostumbrados a las privaciones, a las órdenes, el acero, la sangre, el fuego y la victoria.

»Desembarcamos en Rutupiae y allí Teodosio nos dividió. Seis cohortes marcharíamos con él a Londinium, la sede episcopal, y cuatro asegurarían los puertos importantes de la costa; Rutupiae, Dubris y Portus Lemanis. Llegados a Londinium, imponiendo el orden a nuestro paso, su población, acostumbrada a la desgracia, nos recibió como lo hace el labriego a la lluvia en medio de una cruel sequía. Allí Flavio Teodosio se tomó su tiempo hasta que diseñamos cuál sería nuestra estrategia. La amenaza era notable.

»Empezamos por restituir los cargos locales mandando llamar a Civilis como prefecto y a Dulcitio como *dux Britanniarum*. Más tarde promulgamos un edicto por el que indultábamos del delito de traición y pena de muerte a cualquier legionario que retornara a filas. Ordenamos nuevos alistamientos y solicitamos la reincorporación voluntaria de aquellos ausentes prometiendo cargos y oro.

»Las medidas, si bien debatibles por no tener Teodosio capacidad para legislar, consiguieron, además de alistar a muchos de los que hubiéramos debido perseguir y castigar, doblar nuestras fuerzas y asegurar un inmenso flujo de información del auténtico estado de la isla: posición de los enemigos, objetivos estratégicos y tácticos, flancos a atacar, posibles futuros aliados, etcétera.

»La situación era especialmente mala en el oeste donde pictos y escotos campaban a sus anchas por lo que, aun no suficientemente seguros, decidimos limpiar la costa este de norte a sur. Desde la muralla de Adriano hasta divisar la costa gala. Allí sucedió mi desgracia.

Euquerio bajó el tono. Desde luego, no necesitaba gritar, pues la atención era absoluta mientras hablaba. Había empezado a llover, primero tímidamente, con gotas lo suficientemente espaciadas como para que Achantia y sus amigas se hicieran las distraídas fingiendo no mojarse. Poco a poco se convirtió en aguacero, de los típicos veraniegos que limpian el aire y dejan su inconfundible fragancia. Naturalmente, a las chicas les daba igual y, empapadas, seguían absortas el discurso de Euquerio.

—La sorpresa debía acompañarnos en nuestro primer ataque relevante. El objetivo fue fijado al norte, en Arbeia, en el estuario del Támesis, el gran río de la isla. El extremo este de la muralla de Adriano era una de las principales bases de los pictos, desde donde fijaban sus objetivos de asalto adentrándose por el río o descendiendo por la costa. Marchamos sin descanso hasta alcanzar la bahía, al estilo que habíamos aprendido con Juliano evitando delatarnos, por caminos secundarios, sin siquiera detenernos en Eboracum que se encontraba de camino. Justo la noche que llegamos era como esta.

Se paró y señaló hacia afuera a través de las ventanas. Allí distinguió a las jóvenes, caladas completamente, tratando de esconderle la mirada. Con un gesto amable las invitó a que pasaran a acompañarlos. Ruborizadas, se sentaron en la última fila, encantadas de ser aceptadas, sabiendo que esa noche quedaría en su recuerdo, sonriendo a Euquerio y cada una a sus respectivos padres. Cuando terminaron de acomodarse, Euquerio prosiguió con su relato:

—Bueno, igual no hacía tan mala noche como hoy viendo a las

niñas, pero sí era bastante más fría y tenebrosa. Muchas son así en aquella lóbrega tierra donde tan arduo es ver las estrellas y el sol. La oscuridad debía colaborar con nosotros, en cualquier caso. El plan no podía ser más sencillo al ser bosquejado sobre la arena, quemaríamos los barcos pictos fondeados en la bahía, pequeños, pero con gran capacidad. Nueve en total, seis el objetivo, al encontrarse tres de ellos demasiado alejados. El fuego atraería a los pictos y en la playa, fuera de su campamento que señoreaba una de las colinas cercanas, cargaríamos con todo. Los bátavos, quién si no, siempre ávidos de gloria y soñando ser leyenda, se presentaron voluntarios para, con barcas repletas de brea y antorchas, incendiar los navíos enemigos. Como casi siempre cumplieron con su cometido. Los pictos reaccionaron como esperábamos y, poseídos, chillando, prácticamente sin armarse salieron corriendo hacia la playa. Sin orden alguno, volando hacia su aciago destino. Allí les esperábamos la caballería. Conmigo y tu hijo Nebridio al frente —dijo dirigiéndose a Arcadio, que sonrió y alzó su copa en respuesta, gesto que todos imitaron, también Euquerio—. Aguardábamos tras una enorme duna creada por el viento. En una posición tan obvia como inesperada. Aguantando el relincho de los caballos y evitando cualquier choque entre aceros que pudiera descubrirnos.

»Les dejamos llegar hasta el agua. Hasta que se encontraron a nuestra merced. El grito de Teodosio desde el otro lado de la playa inició la carga que no esperaban, al galope. Desgraciadamente, yo, en la primera carrera, con la lanza cargada en mi brazo izquierdo, fui alcanzado en el derecho. Sorprendido, perdí el equilibrio y quedé colgado de la brida. Galante, mi blanco caballo, me arrastró media legua, pisándome repetidas veces en la cabeza, el cuello y el pecho. Apenas lo noté, pues debí caer muy pronto inconsciente, además de perder el ojo. El brazo lo perdería más tarde al tener que ser amputado. Aunque esa es otra historia.

Volvió a detenerse para dar un nuevo trago, esta vez con deje amargo sin sonrisa alguna, mirando de reojo su muñón derecho. El peso del vino no parecía afectarle en absoluto. Sacudió ligeramente la cabeza, alejando malos recuerdos.

—En aquella noche, mi sobrino Teodosio fue el que valientemente detuvo mi caballo y me sacó de allí montándome en el suyo —dijo mirando a su cuñada, alzándole su copa y bebiendo

su contenido—. Esta vez el trago iba por tu hijo. Satisfecha debes estar, Thermantia, pues, desde luego, ha salido con el valor y la destreza de su padre y la belleza y la templanza de su madre. Quién sabe si no lo superará con un inicio de carrera como el suyo. Orgulloso estoy de contarle en la familia. Como un león se portó durante toda la campaña britana, también previamente con los alamanes y es probable que ahora Valentiniano le confíe el mando de alguna legión o incluso provincia, aunque eso signifique separarle de mi hermano.

»No pude disfrutar la abrumadora victoria. Tampoco mi hermano, preocupado por mí, sin separarse de mi camastro, pese a que apenas tuvimos bajas y destrozamos completamente al enemigo. Esa fue la única batalla de relevancia que libramos aquella campaña pues, advertidos de nuestra contundencia, las tribus huían como ratas según nos acercábamos. Reforzamos cada posición reestableciendo el orden, nos atrajimos a los atacotos cediendo tierras y prometiendo un trato de favor, casi como *foederati*. Bien conocíamos aquel tipo de negociaciones por nuestra experiencia en el Danubio.

»El siguiente año, partiendo también desde la muralla de Adriano, apaciguamos el oeste. La ayuda de los atacotos resultó vital para ahuyentar a pictos y escotos que se retiraron a su territorio natural. Sin apenas combatir, reforzamos cada capital relevante, cada fuerte, cada torre. El orden regresaba y con él la alegría, las cosechas, la comida y el oro.

»Yo, desgraciadamente, me perdí todo aquello. Pude vivir nuestra salida, la de Flavio Teodosio como un césar victorioso. Alfombrado de flores y entre vítores y aplausos. Jamás morirá la memoria de Flavio Teodosio en aquella isla como no se ha olvidado la de César o Adriano. Incluso mi hermano se ha permitido renombrarla como Valentia en honor del emperador. Lástima la cobardía de los bárbaros, tan valientes con los aldeanos, pues la falta de grandes combates nos privó del triunfo en Roma y el título de *comes Britanniarum* para mi hermano que merecíamos.

Aprovechó una nueva pausa para brindar de nuevo en honor de su hermano. El tiempo parecía detenido, sostenido entre sus palabras. Bebió tranquilamente y prosiguió aquel relato que tenía a todos subyugados:

—Regresamos a Tréveris y de allí a Sirmium y ya durante el viaje todo se me hacía penoso, interminable. Tareas en las que antes ni reparaba me suponían un suplicio. Casi dos meses tardamos, debilitándome en exceso. Me atacó la fiebre y hube de guardar reposo el invierno completo, ni siquiera recuerdo las *Saturnalia*. Con la primavera decidí regresar.

—¿Y qué es de Flavio Teodosio ahora? ¿Qué es lo que hará? —Fue Achantia la que preguntó lo que todos barruntaban tras un silencio algo largo, no lo suficiente para que fuera una niña la que lo rompiera salvo que fuera muy audaz. Ella realmente lo que quería saber es que pasaría con su padre, Floro, que seguía al lado del general.

Las cosas en casa no estaban en su mejor momento. Su madre, Julia, cada vez extrañaba más la soledad y combinaba temporadas sin salir de su cuarto con recibir o realizar constantes visitas. Lo que no perdonaba diariamente eran ni la eucaristía ni la carta a su marido.

—Vaya, Achantia, si lo sé no te dejo entrar, aunque la culpa es mía, pues advertido estaba de tu peligro. Tu padre no deja de ensalzarte y hace que medio ejército suspire por conocer a su diamante, aunque Máximo se postule como tu pretendiente y amenace en broma al que ose acercarse —dijo Euquerio tras una carcajada. Leyendo la auténtica pregunta en los ojos de la joven, continuó—: No te preocupes, porque tu padre está perfectamente, Floro es un gran hombre. Valiente, además de listo, y tiempo lleva anunciando su marcha, pues bien sabe la falta que hace en casa. Probablemente lo haga antes de que comience la próxima campaña. —Tras mesarse la barba, pensativo y dando un nuevo trago, procedió a alargar la explicación—: Gran pregunta, en cualquier caso, aunque temo no poder responderte, pues al marchar yo de la corte, quienes allí reinaban eran la confusión y la rumorología más que la planificación y el orden. Los susurros por la espalda sobre la palabra de cara. Poco me suelen importar a mí tales conversaciones, más propias de siervos que de señores, pero he de reconocer que el asunto tenía enjundia y parecía ser lo más importante en la corte.

»El año pasado Valentiniano se divorció de su esposa Marina Severa para casarse con Justina, la viuda del usurpador Magnencio. Al pecado del divorcio, el augusto unió el de hacerlo con una

arriana para escarnio de los nicenos. Bien valía la pena el desplante. ¡Qué arriana! De las que emboba a cuantos se cruza. Juno merecería llamarse en lugar de Justina. Nunca tuvo mal gusto nuestro amigo panonio y, en este caso, parece que fue su propia esposa, Marina Severa quien destapó la belleza de su amiga describiéndole unos encantos que acabarían perdiéndola. La ruptura ha hecho que Valentiniano regrese a su Panonia natal y permanezca más tiempo en Sirmium con su nueva esposa que en Tréveris o Milán. También ha envenenado el lazo con su primogénito Graciano, al que nombró césar antes de nuestra partida a Britania.

»Flavio Teodosio está ahora con Valentiniano en Sirmium, y aunque él ande algo disoluto, me inclino a pensar que el primer destino será humillar el orgullo de los alamanes y de su rey Macriano. Es fácil que de allí mi hermano parta a la Iliria, por la proximidad y la gravedad de su situación que la amenaza. Tampoco creo que este sea el último destino, pues confío en que, de la misma forma que le pasó con Britania, Flavio Teodosio pueda elegir. Si es así, él un objetivo tiene claro: Firmo y África.

8

I

Volubilis, Mauritania Tingitana, África, marzo de 372

Cinegio avanzaba al sosegado paso de su caballo por la vía columnada que conducía a Volubilis. Deteniéndose en ocasiones, curioso observaba las torres y estatuas que se intercalaban con las columnas de estrecho y alto fuste y capitel corintio. Algunas de las estatuas eran incluso anteriores a la llegada romana, de época púnica cuando se fundó la ciudad, y conservaban inscripciones en aquella lengua heredada de los fenicios que tanto agradaba a Cinegio encontrar.

Volubilis era el último bastión en el limes suroccidental e interior del imperio, si es que tal cosa era posible, pues pese a su influencia Roma no controlaba el interior de la Mauritania Tingitana desde las invasiones francas y alamanas un siglo antes.

La ciudad aparecía recogida por una caprichosa curva del río Erroumane que atravesaba aquel colorido valle a los pies del Atlas envalentonado por las crecidas primaverales. Generoso, además de servir como defensa, regaba la ciudad a través de un añejo acueducto. Dos parejas de patos reales, de cabeza verde, cola negra y cuerpo pardo, nadaban tranquilos junto a una de las riberas protegidas por altas cañas y tarajes. En el cielo azul los vencejos y golondrinas jugaban traviesos a perseguirse por encima de sus cabezas.

Cuando el camino conquistaba alguna pequeña colina y permitía a la vista superar las recias, anchas y oscuras murallas que fortificara Marco Aurelio, resultaba sencillo distinguir entre las calles de la ciudad la indeleble firma del imperio.

Un gran templo, dedicado a Apolo, según descubrió más tarde Cinegio, reflejaba en su mármol blanquecino el sol de la apacible tarde mientras señoreaba una colina trasera. También en alto,

aunque algo más bajos se adivinaban el Capitolio y el foro, y más abajo aún unas termas entre las desordenadas casas y callejas.

—¡Volubilis! —escuchó Cinegio como exclamaba Firmo con un deje de admiración y esperanza mientras cabalgaba en la fila que le precedía.

Tres semanas les había llevado alcanzar la vieja capital de los mauros desde Altava, donde residían tras abandonar Icosium. Cuatro años llevaba nuestro ya no tan joven amigo Cinegio con los iubalenos. En su compañía había cumplido ya los veintiún años.

Poco quedaba de aquel niño que acompañaba a su madre en el anfiteatro de Thysdrus soñando convertirse en Olimpio. Si acaso la vieja manía de peinarse hacia la derecha y acariciar la medalla de su padre cada vez que estaba nervioso, dudaba o le atacaba la melancolía. Demasiado a menudo últimamente. Al hacerlo, gracias a Dios, solía pensar en Clodia más que en su padre. Rezando siempre al Padre como íntima costumbre las oraciones que le enseñara para pedir por su salud, por su futuro, por encontrarla como la dejara en cuanto tuviera oportunidad de volver, aunque tras tanto tiempo no sintiera realmente pertenecer a ningún lado. Soñaba con volver a disfrutar de su sonrisa, sus abrazos, sus besos, sus comidas e incluso sus enfados y pescozones. También pensaba con frecuencia en su hermana Gala, preguntándose si se habría casado ya con alguno de esos jóvenes que solían cortejarla e incluso si le habría hecho tío.

Tío.

La sangre. Siempre la sangre. De ahí llegaba su condena. Su remordimiento. Su cruel castigo. El que le enloquecía cada vez que recordaba a su tío, su idolatrado Clivio. En las numerosas ocasiones en que oía su voz, vislumbraba su cara, escuchaba sus enseñanzas o recordaba sus ojos, su mirada, su consejo, su inteligencia, su cultura.

A todas horas le acechaba su alargada sombra para quemarle, acuchillarle y asfixiarle.

Ingenuo, joven, sin perspectiva, cada despertar consumía a Cinegio al no ser capaz de distinguir en el tiempo al mejor aliado para sanar su herida. Todavía, más desconcertado que conmovido, su desgarrado corazón no era capaz de percibir el alcance de su desdicha.

En muchas ocasiones, sobre todo en los primeros meses, Cinegio se sentía indigno de acariciar la medalla de su padre al reconocerse en la peor versión de este, la del pusilánime incapaz de afrontar el presente que se refugiaba en la bebida. Incluso la había escondido entre sus pertenencias, temeroso de acariciarla y enfrentarse a su severo juicio.

Se culpaba a sí mismo por su huida de casa de Nubel, por su candidez, por seguir su presentimiento y confiar en la palabra y urgencia de Kiria y en la nota de Clivio.

Aquellas palabras se le aparecían grabadas a fuego, incluso entre apacibles sueños, para castigar su cobardía.

Ahora se daba cuenta con pesar cómo debía haber vuelto su caballo antes de dejar Icosium para intentar liberar a su tío al percatarse de su ausencia, o ni siquiera haber abandonado la casa por el pasadizo que Kiria le descubrió.

¿Cómo pudo creer que le esperaba fuera de la ciudad? ¿Por qué había confiado en ellos y en ese maldito presentimiento hacia ella? ¿Por qué Clivio no había intentado escapar y solo se había preocupado por liberarle?

Cinegio no era nada sin él. Una actuación sin aplausos, una broma sin gracia, un joven sin anhelos.

La duda entre si realmente había sido engañado o simplemente se había inclinado por la opción más sencilla le atormentaba al reconocerse en el fondo culpable. Culpable por omisión, por irresolución, por confiar en solventar aquella situación sin remangarse. Por su absoluta ingenuidad, la del niño que camina de la mano de su padre sin conocer su destino, confiando en extraños instintos en lugar de hacerse cargo de la situación y actuar con hombría.

En su salvaje penitencia autoimpuesta se prometió no volver a ser mero espectador de los vaivenes de su existencia. En aquella casa de Icosium, la del rey de los iubalenos, abandonó la infancia

Cinegio.

En su defensa podríamos argumentar que mientras huía jamás hubiera podido imaginar que Clivio sería ejecutado esa misma semana. Decapitado. Sin juicio, sin defensa, sin clemencia.

Vincencio, uno de los más estrechos colaboradores de Romano, llegó desde la vecina Caesarea ante la llamada de Nubel para recoger su cabeza y llevarla hasta Lambaesis para el *comes* en una bandeja de plata.

Nubel estaba avisado por el *comes* Romano sobre Clivio mucho antes de que ellos llegaran a Icosium. Durante su larga estancia en Roma, alertado por Remigio, se había encargado de advertir a toda la provincia sobre el peligro de aquel *agens in rebus* que actuaba por su cuenta. Marcado como un espía peligroso, como un enemigo a vigilar por sus oscuros tratos con el emperador. Ingenuo, osado, su tío se había metido en la boca del lobo para además pedirle que sacrificara a uno de sus lobeznos.

Cinegio recordaba con pesar la insistencia de Clivio por recibir una prueba de la futura obediencia de Nubel y Firmo, una certeza. Su cabeza, aunque para otro destinatario, había acabado siendo la confirmación que él mismo pedía.

Por fortuna para él y nuestra historia, el último pensamiento, la última acción del viejo Clivio había consistido en salvar a su sobrino. Mucho más valor le daba a aquella vida que a la suya propia. En aquella aciaga noche, advertido en su vigilado dormitorio sobre el castigo que se cernía sobre él por Kiria, la bella hija de Nubel, secretamente aliada de Firmo y enemiga de Romano, le había pedido que protegiera y ayudara a huir a su sobrino exagerando lo que este podía aportarle en una futura negociación con el emperador Valentiniano. Generoso, consciente de que él estaría mejor vigilado, había preferido evitar el riesgo de la fuga conjunta para asegurar que funcionaría la de su sobrino.

La huida de Cinegio, al llegar a Altava se había convertido en cautiverio. Relativo, pues compartía a Romano como enemigo con Firmo y gozaba de una cómoda posición y trato como rehén en su corte y preceptor de su primogénito Nubel, pero real al no poder abandonar la ciudad ni moverse a su antojo.

En cierto modo, el tiempo transcurrido, la recuperación del control y la razón, le habían acostumbrado a su posición y

permitido medir el tamaño de su infortunio: ni más ni menos que la soledad de su alma. La desgarradora pérdida de un segundo padre, el primero si lo que juzgáramos fuera la relación entre ambos y no solo la sangre.

Salvo las horas que dedicaba al estudio con el pequeño Nubel, cualquier placer se le presentaba como una afrenta por el abandono de Clivio a su suerte y solo mediante la obsesiva ocupación, la soledad y la tristeza encontraba el sosiego del que actúa consecuentemente. En constante penitencia y reproche, solo el deseo de venganza sobre Vincencio y Romano le motivaba a levantarse cada mañana para realizar las muchas tareas con las que se había ido cargando desde su llegada. Este sentimiento y su creciente relación con el pequeño Nubel realzaba su valía y le enlazaba a sus captores, a su líder, a Firmo y su revuelta contra Romano.

Al morir el padre de Firmo, dos años antes del actual viaje a Volubilis, la guerra que había previsto Clivio en su entrevista con el emperador se había desatado en la Mauritania. Firmo, durante el duelo por su padre, en su misma villa de Icosium, había asesinado a su hermano Zamac tras una fuerte discusión. Zamac era el principal aliado de Romano entre los iubalenos, el heredero natural de Nubel como primogénito, uno de los presentes en la reunión con Clivio y de los que Cinegio culpaba por su muerte.

Aunque las batallas tardaran aún tiempo en llegar, aquel día comenzó la guerra rompiendo definitivamente la familia y la provincia entre firmianos e imperiales. En el último año no se habían producido más que escaramuzas en distintas partes de la Kabilia que históricamente señoreaba la familia, pues Firmo, consciente de su debilidad y su escasa llegada a la corte, antes de plantear su abierta rebeldía, debía encontrar aliados si de verdad aspiraba a derrocar al legado. Para ello visitaba el último confín del imperio. Para ello, olvidando sus raíces y enseñanzas, marchaba con él un convencido Cinegio.

Su cautiverio, su penitencia, su deseo de venganza y el hábito de obedecer habían envenenado su admiración por Roma y sus sueños de juventud.

II

En Volubilis se celebraba una reunión de clanes. La más importante que recordaban los ancianos pues hasta allí, aparte de los bacuatas y macenitas que gobernaban la vieja capital, habían llegado la casi totalidad de las tribus de este a oeste y de costa a desierto o cumbres. Una mezcla extraña de gente que, como el corazón del ser humano, capaz era de contenerlo todo: heroísmo, generosidad, brutalidad, ignorancia, codicia e incluso autoridad. Hombres carne de paraíso y de presidio, en su mayoría furiosos, orgullosos y honestos.

En Volubilis, latía el corazón de África.

El principal culpable de tan insigne convocatoria no era Firmo sino Parmeniano, el noble obispo de Cartago, el famoso y brillante orador y escritor, del que se decía que tenía el suficiente talento como para convencer a una oveja de confiar en un lobo. La cabeza de la Iglesia donatista y africana, el principal socio de Firmo para conseguir el ejército que necesitaba.

Vale la pena invertir cinco minutos en entender el porqué de esta alianza entre Firmo y Parmeniano.

Los donatistas llevaban en rebeldía desde su origen a mediados del siglo II. La grieta con la Iglesia romana y arriana la había abierto el obispo de Cartago Cipriano tras las brutales persecuciones del emperador Decio a los cristianos. Cipriano, con el habitual exceso de celo tan propio de los africanos, defendía que aquellos cristianos que para salvarse renegaran de su fe, hermanos o libros sagrados, para reincorporarse a la Iglesia debían confesarse y bautizarse de nuevo. En caso de ser prelados la penitencia debía ser ejemplarizante y, de no cumplirse, los sacramentos que oficiaran carecerían de valor alguno. Lo que Cipriano esperaba de sus sacerdotes era que honraran su posición y su fe inspirando a su pueblo, sonrieran a su aciago porvenir terrenal y aceptaran su bendición y suerte como mártires. Muchos incluso lo buscaron entendiendo su fatídico destino como un salvoconducto al cielo de los justos.

El cisma dentro de la Iglesia continuó durante décadas en África y tacharlos como herejía en el Concilio de Arlés, el precursor de Nicea, lo que hizo fue incrementarlo. Los donatistas se consideraban perseguidos por su pureza comparados con los débiles ortodoxos romanos que aceptaban el pecado y el arrepentimiento como parte

consustancial al hombre. Los romanos, por su parte, más flexibles, creían en el arrepentimiento sincero y no en el castigo y la penitencia excesiva. Además, denunciaban a los seguidores de Cipriano como fanáticos amargados que sienten al mundo en deuda por su virtud y para los que nada es suficiente. De los constantemente resentidos que en su amargor y extremo celo culpan al invierno por suave, al desierto por perder arena y al jilguero por desafinar.

Constantino, recurrente protagonista cuando a la historia se hace referencia, el Grande por algo, al ver que en Arlés no había solucionado nada, con su habitual practicidad acabó aceptando la corriente mientras Donato ejercía como obispo de Cartago. Desde ese día la facción rigorista recogió el nombre del obispo y los donatistas comenzaron a ganar el terreno que perdían los ortodoxos romanos, pues, aun sin contar con el favor de Roma, sí lo hacían con el de un pueblo africano identificado con su autenticidad y entrega. Incluso desde Oriente, al ver la fuerza que cobraban los donatistas, les contactaron los arrianos para defender cierta diversidad eclesiástica dentro del cristianismo después de Nicea.

Aparte de los feligreses, las cohortes armadas eran los principales apoyos donatistas: los agonísticos circunceliones, soldados de fe dispuestos a morir por defenderla entre los que se encontraban no pocos monjes con ánimo de mártires y bandas nómadas de hombres libres, trabajadores a sueldo en las fincas de los grandes terratenientes, que no dudaban en aplicar su propia ley cuando creían encontrar la injusticia.

Parmeniano, además de consciente del odio que despertaba Romano entre sus fieles, advertía en la rebelión de Firmo, convencido creyente, la oportunidad de ratificar su singularidad frente a la disciplina que con cada vez mayor fuerza ejercían Roma y su obispo Dámaso sobre el resto de las comunidades cristianas. También de acabar con disensiones internas como la de Rogato, que reprochaba vehementemente el uso de la violencia de agonísticos cincunceliones. ¿Quién sabe si incluso de triunfar aquella revuelta podría recuperar el control sobre la Mauritania Tingitana que Diocleciano le diera a la diócesis de Hispania arrebatándosela a Cartago?

Para acompañar a Firmo, Parmeniano, evitando exponerse en

demasía, había enviado desde Cartago a Primanio, su segundo. Hombre de su plena confianza y que, pese a su débil apariencia, había sido agonístico en su juventud. Un soldado perfecto, de esos que deben su extremo rigor a saberlo e ignorarlo todo a la vez, pues conocen a fondo la doctrina y a Dios y poco sobre la vida. De los que llevan en los ojos el mismo antifaz con el que se representa a la justicia y que, como la flecha, solo piensan en alcanzar el blanco ignorando cuanto acontece a su lado. Sordos y ciegos salvo para lo que quieren escuchar y ver. Él presentaría a Firmo a la asamblea que acababa de comenzar.

—¡Consejo! —clamó desde la tribuna Siles, un oso disfrazado de hombre famoso por su descomunal fuerza, su resistencia a la bebida y su virilidad. El jefe de los bacuatas que presidía la reunión como anfitrión.

La voz de Siles convirtió inmediatamente el gallinero en sepelio y el silencio y la expectación se apoderaron de los corazones de los concurrentes. Solo se escuchaba algún fortuito estornudo, el crepitar del fuego que ardía en la hoguera de la entrada y los graznidos de las numerosas águilas que dominaban las cercanas montañas.

El foro aparecía abarrotado tanto en su zona cubierta como en la descubierta, donde cualquier hombre libre podía seguir el devenir de la asamblea como mandaba la tradición entre las tribus bereberes.

En la zona techada, los asistentes se ordenaban por clanes y de abajo arriba en función de su categoría, con la primera fila reservada para los jefes que competían, de forma velada, por destacar entre sus pares a base de oro, atuendo, armas, joyas e hijos.

Cinegio se sentaba en la cuarta fila, entre la veintena de los iubalenos que acompañaban a Firmo. Dos por detrás de Kiria que ocupaba un lugar junto a sus hermanos Mascezel y Dío. No las suficientes para ahorrarle su embriagador perfume a azahar.

Su corazón, ya por naturaleza inquieto, le atormentaba sin clemencia al convertirse en incontrolable tempestad cada vez que se acercaba o pensaba en la princesa bereber.

Ansiando pagar alguna penitencia por el pecado de abandonar a su tío, no encontró otra más dura que la de castigarse con saña cada

vez que pensara en Kiria. A pesar de ello o quizás precisamente por culpa de aquella determinación, incómodo, desarmado, no podía evitar la constante y brutal atracción que la princesa ejercía sobre él. Sin éxito, salvo en lo físico, trataba de ignorarla siendo difícil que coincidieran, pues él la rehuía y evitaba como las estrellas al sol. Engañándose ingenuamente, Cinegio se esforzaba por sentir y aparentar un desprecio por la descomunal mujer que, en realidad, no sentía más que por él mismo y su debilidad. Herido en su amor propio se preguntaba cómo podía enloquecerle de aquella forma la que le había engañado provocando que le robaran lo que más quería.

Desde su posición, moviéndose imperceptiblemente y ladeando su cabeza ligeramente a la izquierda, observaba el gracioso rizo que caía sobre la oreja izquierda de Kiria, soñando secretamente con besar, acariciar y morder el pequeño lóbulo del que colgaban unos pendientes de oro con esmeraldas y rubíes. Siguiendo su agraciado perfil se dibujaba su respingona nariz, sus rojos y gruesos labios, y la barbilla que invitaba a seguir bajando hasta detenerse en el discreto escote de su blanca túnica que permitía intuir aquellos generosos y bien colocados pechos.

Por ese curioso e inexplicable instinto de alarma del que se siente observado, Kiria se volvió justo en aquel momento para descubrir fugazmente la mirada de Cinegio. Allí se encontraron sus ojos en un instante eterno que los dos quisieron atrapar hasta que, como siempre nuestro protagonista, azorado, se rindió retirándola sin poder evitar delatarse enrojeciendo para su mayor escarnio. Acariciando instintivamente el medallón de su padre con la mano izquierda se peinó con la derecha y fingió observar cualquier otro rincón del foro sin ver nada.

Gracias a Dios, la voz de Siles le sacó de su bochorno para reclamar su atención y devolver tanto a él como a Kiria a la realidad.

—Sed todos bienvenidos a Volubilis. Vuestra visita honra nuestra casa y de corazón os deseo que la paz que os ha acompañado en vuestra llegada permanezca cuando partáis. Ese es el deseo de los bacuatas y los macenitas, a los que hoy represento y al que nos consagramos para asegurar la concordia durante este encuentro. Poco sentido tiene que yo me alargue más. Noble

Primanio —añadió tras un silencio—, es tu turno.

Siles abandonó la tribuna y Primanio accedió a ella ágilmente. El contraste entre ambos resultaba cómico, pues frente al enorme bacuata, el prelado aparecía con un aspecto enfermizo, muy delgado y singularmente bajo, más incluso de que lo era Clivio, pensó Cinegio recordando a su tío con amargor.

Su rostro, pálido, enjuto y afilado, lucía perfectamente rasurado mostrando múltiples marcas de alguna vieja enfermedad o castigo, sin concesión alguna al interlocutor ni a la alegría. Sus ojos, marrones y saltones, eran tan redondos como los de un gato y sus inmóviles y entrecerrados párpados negaban cualquier atisbo de simpatía, transmitiendo la sensibilidad de una roca. Los labios eran finos, sobre todo el superior, casi inexistentes, y difícil era intuir la dentadura si es que existía. Vestía una túnica completamente negra, ya amortizada, excesivamente grande para su tamaño, sin abalorio de ningún tipo más allá de una gran y sencilla cruz de madera al pecho. Las canas sobre su oscuro pelo eran lo único que resaltaba en su lúgubre figura, de alguna forma misteriosa pues destacaba poderosamente por su humildad entre el oro y las joyas de los jefes. Paradójico que aquellas débiles manos albergaran más poder que todas las espadas de la fila primera.

Primanio, una vez arriba, tras santiguarse y besar su cruz, sin prisa, comenzó a recorrer el estrado mirando al suelo, meditando, recogiendo la atención de los presentes, con los brazos a su espalda escondidos entre sus anchas mangas. Por fin se detuvo en el centro, justo frente a Siles, para recorrer con una retadora mirada, fría y distante, más propia del que se dispone a orar que a disertar, toda la primera fila en la que se sentaban los jefes.

—Hermanos. Gracias primero a todos los que, como yo, sois forasteros en la vetusta Volubilis por acudir hasta aquí y, especialmente, a bacuatas y macenitas por acogernos con la hospitalidad con la que solo con la familia se procede. Hondamente honrado me hallo por comprobar en tan insigne convocatoria el eco de la voz de Parmeniano y el de nuestra Iglesia de Cartago más allá de divisiones que nuestros enemigos tratan de imponernos para debilitarnos y que a nadie realmente importan. No es esto lo que más me honra, en cualquier caso, pues mucho más que vuestra simple presencia es lo que soy capaz de intuir aquí. —Pese a su bajo

tono, su voz firme y potente contrastaba con su pequeño tamaño y, rotunda, alcanzaba hasta el último rincón del foro cautivando a cuantos le escuchaban. Su pose, sus gestos, su tranquilidad, su intensa mirada y sus primeras palabras dejaban bien claro que Primanio era un gran orador—. Mucho más —repitió tras un largo silencio utilizado para recorrer de nuevo la fila de los jefes deteniéndose en la mirada de cada uno de ellos.

»Confío en que de este consejo y de las decisiones por él dispuestas hablarán vuestros nietos y los nietos de los nietos de estos. A este día habrán de referirse en los futuros relatos contados junto al fuego de cualquier aldea africana como el del inicio de todo. Hoy, ahora, aquí, nosotros, sin apenas percatarnos, estamos escribiendo la historia de nuestro pueblo, de lo que aspiramos que sean nuestros hijos más allá de súbditos, más allá de esclavos, aunque libres nos llamen.

»Todos sabéis que, para intentarlo, para proponéroslo, entre nosotros se halla Firmo, el hijo de Nubel, el legítimo rey de los iubalenos. Escuchadle con atención pues él, valiente, ya ha iniciado el camino que otros debemos recorrer. Vuestra acogida y compromiso disipará si el orgullo que me invade al observar esta asamblea es solo infundado. Habla, Firmo.

III

Firmo avanzó hacia la tribuna como el relámpago que anuncia la descarga. Ágil, seguro, enérgico, confiado. A mediados de la treintena todavía mantenía el vigor de una juventud no olvidada y sostenida gracias a una vida de constante ajetreo y ejercicio diario. Agraciado, poseía la belleza y el intenso magnetismo de su hermana Kiria y la elegancia de su padre Nubel. Sencillo, se movía con la humildad del acostumbrado a concentrar sobre él las miradas y comentarios de hombres y mujeres, unas imaginándole como el idóneo padre de sus hijos y los otros como el amigo íntimo con el que perderse en una taberna.

El murmullo que acompañó al cambió de orador se fue silenciando según este tomó el centro de la tribuna. Primanio, cumpliendo con su parte, le había dejado una audiencia expectante. De nuevo se escucharon el graznido de las águilas y el crepitar del

fuego mientras él parecía meditar en el discurso a realizar observándose las botas.

Una vez que estuvo seguro de concentrar sobre él la atención, levantó la cabeza y retumbó el trueno de su voz.

—Reyes de África. Hombres de Mauritania y Numidia; clanes de los bacuatas, macenitas, massissenses, tyndenses, mazices, musones, baniurae o baniuras, cantaurani, austomates, cafaues, baouares, caprarienses, abbani, isaflenses, jesalenses e iubalenos. Hombres libres de la Tingitana y de Volubilis. —Firmo, con ritmo pausado y tono potente, casi a voz en grito, mientras nombraba cada una de las tribus se detenía para asentir a modo de saludo con cada jefe y su clan que le miraban con extrema atención, algunos sonriendo y otros de forma hosca, desconfiada y escéptica ante su futuro mensaje. Tras el repaso a los presentes, con esa innata cualidad de los buenos oradores que son capaces de mirar a todos y cada uno de sus oyentes a la vez, continuó con voz firme—: Algunos me conocéis personalmente y supongo que todos sabéis quien soy: Firmo. El que llaman hijo rebelde de Nubel. El que mató a su hermano Zamac y disputa ahora con Gildo el trono de los iubalenos. Pese a nuestras numerosas diferencias no seré yo el que ensucie con mis palabras la memoria de mi hermano y mucho menos la de mi padre.

»Nubel fue un gran hombre, un gran cristiano y donatista, un gran líder, un gran rey. Vivió y murió por asegurar lo mejor para su pueblo y para sus hijos, como cualquiera de nosotros pretende. De poco o nada me valdría ocultar que como socio y *potentissimus* de Roma tuvo sus discrepancias, incluso enfrentamientos, con muchos de vosotros. Bien sé que la mayoría señala a mi pueblo por habernos beneficiado de tal relación, por nuestra debilidad, que incluso nos desprecia por la corrupción a la que nos ha llevado nuestra estrecha alianza con Roma.

»No os quitaré la razón pues muchos de vosotros, sin caer en esto, habéis sabido mantener vuestra independencia, aunque no puedo compartirlo ya que no considero que nuestra histórica alianza con Roma haya sido siempre negativa. No al menos con la Roma en la que yo creí, en la que aún creo admitiendo que ya es solo un recuerdo. La Roma auténtica, la vieja, la de Trajano y Marco Aurelio. La que nos regaló su cultura, progreso, riqueza,

orden, civilización, paz y libertad. Con satisfacción lucharía y moriría yo por esa vieja Roma, como hizo mi padre como comandante de los *equites armigeri*, pero ¿aún existe? ¿Qué queda de ella? ¿Dónde yace?

»Eso es lo que no quiso ver mi padre, lo que ahora tampoco ve Gildo. La diferencia que me separa actualmente de otros de mis hermanos y la que nos une a muchos de los que hoy aquí nos reunimos. La de entender que aquella joven de anchas caderas y busto firme de la que un lejano día nos enamoramos hace tiempo que perdió sus encantos para convertirse en una vieja decrépita cuando no en una furcia infiel. Que el imperio que fue un día gobernado por águilas y halcones hoy es manoseado por buitres y urracas. Decidme, pensadlo: ¿qué obtenemos hoy de Roma? ¿Qué hacen esos curiales, sus miles de funcionarios, sino apoderarse de todo para no devolver nada a cambio?

»Nuestros mejores caballos y hombres para sus guerras, nuestro trigo para sus ciudadanos, nuestro oro para sus impuestos, nuestros animales para sus espectáculos, las riquezas de las caravanas que nosotros mismos escoltamos y los puertos que defendemos para asegurar su comercio. Ni siquiera espacio dejan ya para que pasten nuestros rebaños, pues hasta los bosques invaden esos colonos una vez que se han asegurado nuestras mejores tierras. Ni la limosna nos quedará en breve.

Firmo gritaba indignado. Las palabras fluían desde su corazón a la boca, sin atisbo de mentira ni adorno innecesario, conectando directamente con cuántos ensimismados le escuchaban. Confiado, sentía el poder que otorga el brillo en la mirada de una audiencia entregada, sabiendo sin ser consciente de ello que ya se había convertido en jefe de cuantos le rodeaban. Respirando hondamente, disfrutando su momento, obligándose a tranquilizarse, se dio la vuelta y levantando los brazos señaló a las montañas que les vigilaban.

—Ni siquiera pueden defender este limes dejándolo en nuestras manos, ni aquí ni al este, donde mueren las montañas en la arena. Decidme, amigos: ¿qué somos? ¿En qué nos hemos convertido? ¿Qué ha sido de los hijos de Sifax, Masinisa o Juba? —El silencio era atronador y la expectación absoluta, aunque la mayoría de las miradas buscaran en el suelo un orgullo que no sabían cuándo

habían perdido. Hasta las lejanas águilas callaban ya escuchando el discurso de Firmo, que con un prolongado silencio dejó que sus preguntas calaran hasta retomar su discurso con un tono de cierto desdén—: Demasiado tiempo llevamos amamantando a esa loba hambrienta, soportando la humillación de tener como *comes Africae* a un imbécil como Romano, un patán que nos esquilma y ultraja cuando debería ser quien nos sirviera. Nada le debemos al emperador de Roma, a ese augusto que cambia de nombre y cara casi tan rápido como lo hace la luna.

»Nada podría hacer si decidiéramos levantarnos, si asoláramos la provincia como el fuego a la maleza seca, si recuperáramos lo que legítimamente nos pertenece. Demasiados son sus frentes como para permitirse otro nuevo, el del granero del imperio, donde se cree que con un sarnoso perro es suficiente para vigilar a una manada de lobos. Veremos si negocia o no al comprobar que aquí son hombres y no esclavos a los que gobierna.

—¡Marchemos ya, Firmo, a la misma Lambaesis! —gritó exaltado Fericius, el jefe de los mazices, viejos aliados de los iubalenos, levantándose de un salto—. Aunque tengamos que ser solos tú y yo, demostraremos a ese perro de Romano con quién ha de vérselas. Aniquilemos a sus legiones —concluyó, sentándose, altanero, levantando un coro de aprobación del resto de los jefes y recibiendo las palmadas en la espalda de sus orgullosos hombres y el abrazo de su hermano Belles, también *princeps* de su pueblo y que se sentaba junto a él. El secreto enemigo de Cinegio por pretender a Kiria pese al recurrente rechazo de esta.

—No sueñes con arrogarte solo ese honor para los mazices —clamó Igmacen, otro de los reyes más importantes—. África está contigo, Firmo. ¡Marchemos!

—Gracias, Igmacen y Fericius, aunque de sobra es conocido, confirmáis a qué se debe vuestra fama de valerosos, pero no será de esa forma. No resultará tan sencillo. No jugaremos al juego de Roma, sino al nuestro. Podrida está su cabeza y su corazón, pero todavía no sus brazos, ni sus puños, o sus pies. Esos son sus legionarios. De lo poco sano que aún les queda. El oasis en el desierto. Máquinas de matar en campo abierto. Cumplidores como el reloj de sol sin nubes. Experimentados, inteligentes, sufridores, disciplinados, entrenados para no cometer equivocaciones. Para

obedecer, no para pensar ni sentir. Sería un suicidio marchar en su contra aun doblándolos en número.

»No les será tan fácil acabar con nosotros. Ya quisieran tener la fortuna de encontrarnos en una batalla en campo abierto, pues ni imaginan lo que se les avecina. Perseguirán fantasmas, sombras sin ni siquiera divisarlas. Conocemos cada sendero, cada pueblo, cada casa, gruta, monte, atajo, arroyo, desfiladero o río. Roma es un oso desnortado y nosotros somos lobos en nuestro territorio. Esperemos a reunir la manada completa y ahí sí comenzaremos a buscarle. Atacaremos sus comederos y bebederos, las cuevas en que hibernan o conciben. Les debilitaremos, saquearemos sus fincas y ciudades, les robaremos sus rebaños, incendiaremos sus cosechas y talaremos sus frutales. Conquistaremos un terreno que creen suyo pero que en realidad desconocen tanto como el que tropieza constantemente al tratar de recorrer una estancia a oscuras habiéndola visitado solo un par de veces. Id y corred la voz a cada hoguera, a cada pueblo, de que nuestra hora, la de los clanes, la de los donatistas, la de África, la de los lobos, por fin ha llegado.

9

I

Tipasa, Mauritania Cesariense, África, marzo de 373

Al tercer día ya sabían que Tipasa sería otra Caesarea y no caería tan fácilmente como el resto de la Mauritania y parte de Numidia. Mucho más Firmo tras el mensaje recibido la noche anterior.

El oeste africano bullía como el zumbido de un avispero zarandeado. Por fin las tribus se habían unido bajo un mando único en lugar de pelear entre ellas. El atemorizado *comes* Romano no osaba abandonar Lambaesis olvidándose de las guarniciones de las principales ciudades y perdiendo las poblaciones disputadas.

Un año desde Volubilis había pasado Firmo tejiendo, como la araña que sueña con futuras presas, hilos invisibles a simple vista, pero que habían de resultar esenciales en la guerra que había concebido contra Roma. Un año recorriendo leguas de terreno escabroso, semidesértico, incontrolable de no contar con complicidad local alguna. Un año intenso donde reafirmó aliados, reclutó, adiestró y ejercitó hombres, forjó espadas, lanzas, flechas y hachas, bosquejó rutas de ayuda o huida, preparó aljibes, silos y almacenes, estableció comunicaciones, desvió ríos, almacenó grano, abasteció agua y visitó ciudades para reforzar las aliadas con fosos, fuertes, torres o murallas y trazar el ataque a las enemigas mediante la sorpresa, el engaño, el asedio o la conquista. Un año para crear un ejército de clanes, tan dispersos como numerosos. Temibles de mantener cierta disciplina y comportarse con un objetivo común, de estar organizados, obedecer un mando y mostrarse generosos.

Tras seis primeros meses de preparación, seguro ya de sus fuerzas y de las de su oponente, Firmo, el lobo, decidió por fin tantear a Roma, el oso. Cuatro mil hombres formaban la manada. Tres mil a caballo, su principal arma, pues legendaria y justa es la destreza bereber en tal materia. Entre ellos, además de las huestes

de los clanes, y agonísticos circunceliones, se contaban también muchos legionarios de la Legio III Augusta. Nuestros viejos conocidos Pancracio y Severo se habían traído a gran parte de la IV cohorte de los Sagitarii y junto a ellos un buen número de *pedites Constantiniani* y auxiliares. La mayoría tenía profundos lazos con los clanes y ante la llamada de la raza, puestos a elegir entre el corazón y el deber, se inclinaron por lo primero.

Icosium, la vieja guarida de Firmo, territorio amigo, fue la primera presa siendo recibido con los brazos abiertos, repique de campanas, mujeres en los balcones y las calles de arena alfombradas por flores.

Caesarea, la capital, fue otra cosa. Tan cerrada como la almeja o la ostra imposibles, a los firmianos les costó abrirla cuatro meses y más de dos mil hombres. Pese a contar con apoyo entre la población local no lo hacían con el obispo ni una élite fuertemente romanizada, forastera, sin traza de sangre indígena. Mascezel fue quien acabó conquistándola y arrasándola sin piedad, reduciendo a polvo y ceniza la principal ciudad de la Mauritania.

A las doce de la noche del día 25 de diciembre, en un día especialmente desapacible, con un viento y una incómoda lluvia racheada, los monjes agonísticos asaltaron por sorpresa las murallas de forma suicida, entregándose al Señor si así lo disponía, con más intención que miedo de encontrar a la muerte. Ávidos ante la oportunidad de convertirse en mártires en fecha, causa y lugar tan señalados. Coordinados con los donatistas del interior se hicieron con la puerta del Mar, una de las más desprotegidas. Por allí entró junto a ellos la guerra y la muerte sin perdonar a nadie.

Mascezel, tras dos días y dos noches en los que las tropas saciaron su hambre de venganza y botín de forma simbólica, esparció sal sobre las ruinas del foro de Caesarea como hicieron los romanos con Cartago.

Por suerte para ellos, no resultó tan complicado en la mayoría de los pueblos o ciudades señalados con equis en su planificación previa. Cinegio comprobaba el descomunal poder de la Iglesia, pues las conquistas fáciles en su mayoría coincidían con sedes de sacerdotes donatistas aliados y el no contar con uno de ellos y no sus colosales murallas era lo que probablemente había provocado que en su momento no cayera Caesarea ni ahora lo hiciera Tipasa.

Sin previo aviso, Firmo había despertado a sus hombres de confianza antes del alba para ascender el vecino monte de Chenoua, un antiguo volcán que antes de despeñarse verticalmente hasta el mar, permitía divisar Tipasa en su totalidad. En su cumbre, a pesar de la soleada mañana, un viento cargado de un frío impropio de aquella tierra, recordó a Cinegio su feliz y casi olvidado viaje a Tréveris, ahogándole en la nostalgia por su tío y su pasado. Acariciando el medallón de su padre, conteniendo una díscola lágrima, arrebujándose en la capa, trató de engañar a Eolo y su memoria sin lograrlo por completo con ninguno de los dos. Mantener la cabeza despejada, aferrarse al presente, a su cometido, a su venganza, era un remedio mucho más eficaz para liberarse de funestos pensamientos. Su innato talento y discreción y esa obsesiva búsqueda de ocupación para su inquieto ingenio le habían ganado un hueco entre los principales lugartenientes de Firmo, pese a seguir, en cierto modo, siendo un rehén.

La vista desde su atalaya era inigualable. Sobre ellos miles de estorninos disfrutaban las fuertes rachas de viento persiguiéndose en bandadas con su vuelo confuso y a sus pies se libraba una singular batalla entre el intenso verde del pinar, el dorado de la arena de la ancha playa y el azul turquesa del mar. Todos ganaban en aquella singular contienda, especialmente los espectadores: Cinegio, Firmo y sus compañeros.

La vieja colonia fenicia se dibujaba tan bella como inexpugnable. Aquella perla situada entre Icosium y Caesarea, dueña de tan estratégico cruce de caminos y caravanas que como *escala* o *travesía* la bautizaron los fenicios en su lengua con su coqueto, práctico y amplio puerto se había convertido en aquellos primeros tiempos de revuelta en el bastión imperial de la provincia. El refugio de muchos de los leales al *comes Africae* y al imperio o enemigos de Firmo.

—Si habitualmente viven más de veinte mil personas, fácil es que ahora alcancen las treinta mil. Mirad ahí abajo, están por todas partes, parece un hormiguero —decía Mascezel, señalando hacia las tres grandes colinas sobre las que se asentaba la ciudad mirando al mar.

Aguzando la vista, percibiendo el detalle y no las sombras, efectivamente resultaba sencillo descubrir la frenética actividad

entre su cuantiosa población. El trasiego se concentraba especialmente junto a la muralla, donde se reforzaban muchos de los tramos y hacia donde se acarreaban quién sabe que ingenios de defensa a las numerosas torres o puestos de vigilancia en numerosos carros.

—Realmente es colosal —contestó su hermano Dío—. Supongo que así debe vernos Dios. Como poco más que hormigas por mucho que nos ame. Pequeños, numerosos, fugaces e intrascendentes, por muy relevantes que nosotros mismos nos creamos —añadió, siempre aficionado a aderezar sus comentarios con cierto toque filosófico, lo que provocaba que sus amigos y familiares le apodasen el Profeta en tono jocoso.

—Colosales sobre todo sus defensas y murallas. Entrar ahí va a costarnos sudar sangre —apuntó Fericius, respondiendo al Profeta con lo que todos pensaban.

La muralla de Tipasa, erigida por el emperador Antonino Pío, tan alta como seis hombres y tan ancha como dos de ellos, se erigía flanqueada por torres cuadradas y circulares. Existían tres puertas de acceso a la ciudad, además del puerto, dos de estas defendidas con torreones semicirculares. Las tres aparecían, naturalmente, cerradas a cal y canto y pobladas por multitud de centinelas atentos al campamento que los firmianos situaran en una de las colinas del exterior.

Desde la cima del Chenoua se distinguían tras las murallas, rodeadas por una ajustada red de impresionantes casas señoriales, las calles principales de la vieja colonia; el cardo y el decumano, que definían la ciudad además del foro, la curia, el capitolio, varios templos, un anfiteatro, un ninfeo, un teatro y las termas.

—Las doce —dijo Firmo tras un prolongado silencio al escuchar como tañían las numerosas campanas de la ciudad llamando a la eucaristía mayor.

Muchas de las hormigas, sin saber desde dónde, pero sí a qué, pues al menos un ejército de cuatro mil razones tenían para mostrarse devotos, accedían a los templos siguiendo caóticas filas.

Tipasa era uno de los principales centros cristianos de la región desde el martirio de la joven Salsa hacía menos de un siglo, a ella se consagraba su iglesia más concurrida, aunque la principal fuera la de San Pedro y San Pablo que edificara el obispo Alejandro, la

mayor de Mauritania al contar con siete naves. Desgraciadamente para Firmo, el prelado aun siendo donatista era de la facción de Rogato, enemigo en lugar de aliado.

El eco metálico de las campanas alcanzaba el horizonte y nítido escalaba las laderas del macizo de Chenoua hasta sus oídos. Al morir la duodécima, tras otro largo silencio, Firmo continuó:

—Señores, salvo que veáis algo que yo me esté perdiendo, poco más tenemos que hacer aquí.

—¿Cómo poco? —preguntó extrañado Fericius en lo que trataba de ser un susurro que su grave voz no permitía—. Más bien mucho diría yo.

—Poco, poco. Piénsalo, Fericius —le respondió Firmo, sonriendo —. No alcanzamos para asediar la ciudad al completo y mucho menos para cerrarles el puerto. Atacarles ahora, prevenidos y seguro que bien pertrechados, sería, en el más optimista de los casos, una temeridad y en el más realista un suicidio. Sé que los agonísticos lo están deseando y miran el calendario esperando al día de la Pasión, soñando emular lo de Caesarea, pero observad bien esas murallas —dijo recorriéndolas con el índice. Tras otro silencio, dando tiempo a valorar la dificultad del asalto, continuó él mismo—: Hasta un grupo de niños podría defenderlas. No, no pienso perder un tiempo que ya no tenemos ni un solo hombre de los que me siguen en tomar Tipasa cuando el resto de la provincia es nuestra.

De nuevo repasaron todos el perfil de la muralla buscando una brecha, una puerta o un resquicio de esperanza que se les hubiera pasado por alto. No hubo éxito.

—Coincido en la dificultad de conquista contigo, Firmo —dijo Cinegio tras un largo silencio.

Seguía obedeciendo los consejos de su tío Clivio y se mostraba habitualmente parco en palabras dejando que los hechos hablaran por él; por esa razón, siempre que decidía hablar provocaba inmediata atención y que el resto del grupo, relativamente sorprendido por su intervención, se volviera hacia él intuyendo la importancia de sus palabras.

Kiria, siempre junto a su hermano, había sido la primera interesada, aguantando su curiosa y coqueta mirada, Cinegio prosiguió:

—Lo que no me acaba de cuadrar es el porqué de estas nuevas prisas. Ya sabíamos al llegar hace tres días sobre la dificultad de conquista de Tipasa si no lo hacíamos por sorpresa, pero es el único puerto de importancia que se nos escapa en toda la costa. El asedio no resultará sencillo, ya que muchas son esas hormigas de ahí abajo, pero quizás su número juegue más en contra que a favor. Colosales pueden ser sus murallas e infranqueables sus defensas, pero tan cierto es eso para entrar como para salir. Por muy prevenidos que estuviesen y aljibes y almacenes con los que cuenten, difícil es que hayan hecho acopio para tantos. —Respirando, peinándose con su mano derecha y acariciándose el medallón con la izquierda, observando el bello puerto, Cinegio continuó ya tranquilo, encarrilado, recalcando cada frase, con esa seguridad que tanto adoraba la bereber y que le era tan difícil disfrutar, excepto cuando le espiaba en alguna de las lecciones que de forma recurrente les daba a sus sobrinos—. ¿Cuánto comen y beben diariamente treinta mil personas? ¿Cuánto tiempo podrán subsistir con sus reservas?

»Dos, tres meses, cuatro, cinco a lo sumo. No tanto tiempo si pensamos a medio plazo y en la importancia de la plaza. Incluso menos si conseguimos aprovechar alguna de las oportunidades que seguro que se nos presentan o los agonísticos vuelven a tener éxito. En breve nos visitará el calor y el verano. La sequía, los mosquitos y las enfermedades e infecciones.

—Coincido contigo, Cinegio —le interrumpió Dío tras un breve silencio—. Además, muchos son los forasteros refugiados en Tipasa de otros pueblos y bien sabemos que hay amigos entre la población local. Sencillo ha de resultarnos azuzar la disensión cuando aceche el hambre y haya más bocas que pan. Firmo, ¿cuántas veces hemos acabado concluyendo que son los héroes, los combates o el acero los que inspiran los poemas, pero casi siempre es la comida, el avituallamiento y las reservas, los factores determinantes en una batalla y los que provocan el siguiente movimiento de cualquier ejército? Sinceramente, salvo que algo nos perdamos —recorrió con la vista a toda la comitiva—, creo que no es el momento de precipitarse, sino de tener paciencia, asegurar el cerco y esperar. Muchos son los hombres que nos esperan en las montañas y bien podemos dejar fuerzas para amedrentarles. Recogeremos la fruta

cuando esté madura.

—Queridos Cinegio y Dío, como siempre que lo hacéis, el criterio guía vuestras palabras —contestó Firmo, sonriendo y pausadamente—. También acertáis en que hay algo que desconocéis y que provoca que hayamos de abandonar Tipasa y acelerar conquistas de menor fuste. Un mensajero llegó anoche desde Lambaesis con una noticia que, de ser cierta, todo lo cambia. Por fin parece que el oso se mueve y no es el de Lambaesis, sino un ejemplar de los peligrosos, de los que temíamos.

»Ni más ni menos que Flavio Teodosio, la mano derecha del emperador, el *magister equitum*, el héroe de Iliria, Britania y Galia, el más laureado general de Valentiniano, reúne un ejército en Sirmium para combatirnos. En menos de seis meses lo tendremos en África. Espero, Cinegio, que te recuerde de aquella de noche en Tréveris.

II

Cinegio alcanzó la entrada del *praetorium* escoltado por Magno Máximo. El hispano se había convertido en el principal lugarteniente de Flavio Teodosio tras el retorno de su amigo Floro y su hermano Euquerio a casa y su extraordinario desempeño en las campañas de Galia, Britania e Iliria.

La relación entre Flavio Teodosio y Máximo respondía más al interés que al cariño, como la del león y la hiena que cazan la gacela juntos para separarse una vez queda la misión cumplida. El soterrado conflicto radicaba en que la hiena vislumbraba cercano convertirse en león cuando solo a uno correspondía tal derecho. Era una relación cargada de pasiones, positivas en su mayoría, las que provocan una década guerreando juntos, aun sin existir sintonía alguna. El respeto quizás fuera la que más pesara.

Máximo bien sabía lo que le molestaba a Flavio Teodosio ser interrumpido mientras dictaba, así que, encontrándole en aquella tesitura al llegar, indicó a Cinegio que esperara en la puerta haciéndole un gesto de pausa con la mano.

Cuatro días hacía que Flavio Teodosio había desembarcado en África, concretamente en Igilgili le esperaba un nervioso Cinegio al ser uno de los pocos puertos que se escapaban a los firmianos en

Numidia. Desde que se habían enterado en Tipasa de la visita del *magister equitum*, llevaban Cinegio y Firmo preparando aquella entrevista. Obsesionados con evitar el conflicto, pedir la paz y acabar con la guerra exponiendo su posición antes de que todo lo embarrara Romano con su natural habilidad. Para ello habían de llegar antes que el *comes Africae*, confiados en que, como finalmente había ocurrido, Teodosio recibiera a Cinegio al recordarle de Tréveris o por su padre Ausonio y su *phalera* al valor en Amida.

Pese a tratarse de los idus de junio, y a que ya los flautistas recorrían las calles ataviados con sus máscaras y vestidos de mujeres, como era tradición en honor de Minerva, poco le había costado a nuestro protagonista llegar hasta el campamento de la I Teodosiana, donde ya acampaba una de las dos legiones de veteranos hispanos que recorría el imperio acompañando a Flavio Teodosio, de la que lucía el águila a la entrada de su tienda. En sus cuatro horas de espera para ser recibido se enteró de que allí esperaban a la Legio II que se había retrasado en su llegada desde Arlés. También de que de aquella forma se hospedaba siempre en campaña el *magister* salvo una vez tomada la base en destino.

El campamento se situaba a las afueras de la ciudad, tan cerca como para escuchar la algarabía que desde allí llegaba, asombrosamente bien fortificado para los cuatro días que allí llevaban. Flavio Teodosio evitaba en la medida de lo posible que los legionarios se mezclaran con los locales, pues bien sabía que aquella era la única forma de asegurar que siguieran siendo aliados.

La tienda de Flavio Teodosio era tan amplia como sencilla. Extravagante por su humildad al contar con menos comodidades que las de muchos de sus tribunos, más parecida a la de un nómada bereber que a la del general más importante del imperio romano. Limpia y ordenada, se dividía en dos claras zonas; la de trabajo, donde dictaba sin piedad a un secretario, y la de su dormitorio, donde se adivinaba una pequeña biblioteca y un camastro cubierto por una impresionante piel de león. Ejercía la separación entre ambas una gruesa y prácticamente recogida cortina de esparto arrebujada en su parte inferior sobre cuatro grandes arcones, tres de ellos cerrados con candado y otro abierto sin advertirse su interior.

En la estancia principal, frente a él y al secretario que sufría

para seguir el compás de su dictado, había una gran mesa plegable rodeada de cinco sillas de cuero marrón en tijera además de la del secretario y la suya, una de cuatro patas dorada, con un cojín rojo adamascado de cómoda apariencia, de los pocos lujos que se podían apreciar. A su izquierda, en una pequeña mesa de madera noble, junto a un grueso cirio encendido, refulgía otra de las ostentaciones; un pequeño templo de marfil y plata cuyo interior albergaba las típicas figurillas de los lares familiares que muchos soldados tallaban en madera. A su derecha, a más de cinco pasos, formando otro ambiente, había cuatro divanes alrededor de una mesa baja de metal, probablemente cobre; en uno de ellos, esperando su turno, descansaban el casco, la loriga, la espada y el cinturón del general y, en otro, su capa roja cuidadosamente doblada.

Sobre la mesa plegable, una lámpara de cuatro luces, de la que solo dos brillaban, iluminaba tímidamente la estancia dejándola en ligera penumbra. El centelleo de las llamas se reflejaba en un gracioso pebetero verde donde ardía incienso con el objetivo de camuflar el olor a cuero, sudor y guerra que allí se condensaba.

Por fin el secretario recogió los legajos, se levantó y salió de la tienda sacudiendo con gesto dolorido la mano. Al cruzarse con Cinegio y Máximo, saludó al segundo con un leve gesto de cabeza, resoplando mínimamente, alzando las cejas.

—Está de un humor excelente —le susurró, sonriendo con cierta complicidad.

—Adora el inicio de los idus de junio —contestó Máximo, más para que lo oyese Cinegio que el secretario.

Nuestro protagonista Cinegio se acarició su medallón y se peinó nervioso la cabellera con la mano derecha. Era su turno.

—¡Materno Cinegio de Thysdrus! El hijo de Ausonio y sobrino de Clivio —exclamó un jovial Flavio Teodosio mientras se levantaba y se acercaba para saludarle. Observándole sorprendido, como si un extraño pensamiento hubiera cruzado su cabeza, le apretó amistosamente ambos antebrazos y le dijo—: Al anunciarte, leer tu carta de presentación y permitir tu entrada, esperaba encontrarme a un niño, pues así te recordaba; ahora veo que me he equivocado.

Cinegio sonrió ante el cumplido, orgulloso por ser recordado y olvidando el sonrojo propio del joven al que el adulto le menciona su edad.

Algo extraño había notado en el general, pero en ese momento no supo explicar qué era. Los dioses, el destino, el azar o las circunstancias, según estime cada cual, acababan de sonreírle, aunque aún no lo supiera.

También por Flavio Teodosio habían desfilado los años, a pesar de permanecer en forma y conservar la altura y la robustez. Difícil era calcular su edad al tener un aspecto viejo y joven a la vez, tan cargado de años como de vida. De tener que apostar, alguno hubiera jugado a los treinta cegado por su fuerza y otros a los sesenta guiándose por su autoridad, su *imperium*. Así de completo era el tipo.

Prácticamente no tenía pelo y el escaso que se asomaba sobre las sienes y la nuca lo hacía pintado de blanco. El rostro, bien proporcionado y rasurado, severo, era enjuto, curtido por el aire libre y la cantidad de horizontes recorridos. Su nariz, de buen tamaño, parecía haber engordado en la punta dándole forma de pera mientras los labios habían adelgazado, especialmente el de arriba, bajo el que faltaba más de un diente, aunque difícil resultara descubrirlo, pues apenas abría la boca al hablar, haciendo complicado entenderle. Tampoco oía mucho desde que recibiera una pedrada en Senona, en las guerras de Galia junto a Juliano, perdiendo progresivamente la audición del oído izquierdo. Escuchar le costaba e incluso le molestaba especialmente en las reuniones numerosas, lo que le provocaba evitarlas casi por completo.

Su tono de voz era alto y enérgico, el del ladrido de un mastín, con el latín culto de las élites romanas y un marcado acento hispano. Transmitía determinación con su mirada, un relámpago azul añil, y desprendía la clase en cada gesto de los que se crían jugando con sonajeros de plata.

Flavio Teodosio, intuyendo el orgullo del chico al ser reconocido, le devolvió la sonrisa para más tarde sincerarse:

—¡No creas que tengo tan buena memoria! No para todo, al menos. Muchos años han pasado desde nuestro encuentro, años intensos además donde los recuerdos se agolpan como las ovejas para escapar del redil cuando intuyen que van a ser esquiladas. Fíjate, tú eres ya un hombre y a mí, aunque crean que no me entero, comienzan a llamarme Teodosio el Viejo para diferenciarme de mi hijo. Poco me importa regalarle el nombre, pues seguro estoy

de que habrá de superarme con sus cualidades. —Le hizo un gesto amistoso a Cinegio con la mano, y sonriendo, se sentaron los dos.

A espaldas de Cinegio permanecieron Máximo y dos guardias en pie, aunque la conversación fuera amistosa y no parecía que el recio general, una cabeza más alto que Cinegio, necesitara escolta alguna.

—¿Quieres algo de beber o comer? —preguntó Flavio Teodosio. Cinegio negó con la cabeza—. Yo tampoco, perfecto. —Acercándose a la mesa y reclinándose en ella hacia delante apoyado en los antebrazos continuó hablando—: Verás, te diré por qué al ver que me solicitabas audiencia te recuerdo, pues no deja de ser curioso. Una vez decidida con Valentiniano la necesidad de mi visita a África, estudiando las embajadas e información sobre Mauritania y Numidia, sobre Firmo, los iubalenos y el resto de los clanes, uno de los pocos informes que me resultó familiar fue el que mencionaba vuestra embajada desde Thysdrus hace tantos años a Tréveris. La del hermano y el hijo de Ausonio Cinegio, el héroe africano de Amida. Así lo comenté en una ocasión con el augusto y él también os recordaba perfectamente sin saber muy bien qué había sido de vosotros. —Se calló durante unos segundos y luego, tras esbozar una sonrisa, continuó—: Qué grandes *Saturnalia* aquellas. Creo que es la fiesta más espléndida que he conocido de Valentiniano antes de casarse con Justina. —Un silencio cómplice les permitió compartir el recuerdo. Observándole, Flavio Teodosio le lanzó una pregunta—: Dime, hijo, ¿sigues conservando la medalla de tu padre?

—Por supuesto —respondió Cinegio, sacándosela por la apertura del pecho y mostrándosela con orgullo, resolución y cautela al unísono.

—Bien, muy bien —le dijo, contemplándola—. Siempre es un placer saber que estas joyas sobreviven en manos legítimas y no en las de un prestamista, o como adorno del salón de un comerciante rico. Creo que sí me tomaré un vino contigo, Cinegio. —Se levantó, cogió la jarra él mismo y sirvió al joven antes de hacerlo con él.

Levantó la copa, brindó al aire y dio un sorbo.

Cinegio, al acompañarle, pese a su escaso conocimiento del tema, se sorprendió por la calidad del vino y su suavidad, aunque no estaba rebajado con agua. Jamás había catado un vino igual. Olfateándolo, paladeándolo, todavía notando su peso en la boca con

la garganta limpia, pidiéndole el cuerpo un nuevo sorbo, siguió escuchando al *magister*.

—En el informe, de forma atinada, avisabais sobre la posible revuelta de los clanes a la muerte de Nubel, que ha acabado sucediendo. ¿Y qué es de tu tío Clivio? ¿Ya no le acompañas? —preguntó Flavio Teodosio.

—Me temo que esa pregunta tardaré más en contestarla —replicó Cinegio.

—Adelante, hijo, pues supongo que es a lo que habrás venido.

Cinegio respiró profundamente y ordenando sus ideas y priorizando lo relevante, comenzó a relatar desde su salida de Tréveris lo que el lector atento de esta historia ya debe conocer: su parada en Roma, el aviso de Pancracio y Severo sobre Romano, su llegada a Icosium, la entrevista con Nubel, la traición de este, la ejecución de Clivio por parte de Vincencio y su huida a Altava, a la guarida de Firmo. Allí, sin extenderse más, sin confesar su involucración con los iubalenos reconoció vivir desde aquel día como una mezcla de prisionero y aliado de Firmo y también escondido por miedo al *comes* Romano.

—Vaya, Materno Cinegio, ajetreada e interesante es tu historia, sin duda. Compruebo que no soy el único en haber vivido los últimos años con intensidad —admitió Flavio Teodosio, tras paladear sin interrupciones la historia y un nuevo sorbo de vino—. Lamento sinceramente la muerte de tu tío, aunque confirma mi impresión sobre Romano y Vincencio. Mucho es el ruido que rodea a esos dos pájaros y ya es imposible para Remigio seguir protegiendo a su cuñado en Roma. La última embajada y la declaración de Paladio, un legado que enviamos a Oea, fue muy extraña y yo mismo comenté con Valentiniano que quizás se había equivocado castigando a otros en lugar de investigar más a fondo a Romano. —Mirando fijamente a Cinegio con su intensa mirada añil, tratando de leer en su interior, continuó—: En cualquier caso, lo que más me sorprende es tu papel actual; entonces, ¿acudes a mí en calidad de embajador de Firmo?

—Supongo que sí, o sí rotundamente *magister*. En cierto modo, estoy en deuda con los iubalenos y con Firmo por su excelente trato durante los últimos años y de ser su amigo me precio, pero mi principal motivación al visitarte no es otra que la búsqueda de

justicia, comenzando porque se lo debo a mi tío Clivio. La infamia que con él se cometió me roba el sueño desde hace cinco años. Decapitado sin juicio ni defensa, por, al fin y al cabo, cumplir con las órdenes que el emperador le dio en Tréveris. —Cinegio temblaba, percatándose de su nerviosismo. Respiró de nuevo para tomar el control—. A partir de ahí, no puedo ocultar mi posición entre Firmo y Romano, aunque en esta tienda eso pueda no ser lo más inteligente.

—Te honra, hijo, y no temas, continúa, me interesa mucho conocer tu punto de vista —le interrumpió Flavio Teodosio amistosamente.

—Convencido estoy de que no es Firmo el causante del caos reinante en África, probablemente, si no fuera él, sería otro. Culparle es como hacerlo con la última gota por derramar el vaso y no al que allí lo olvida llenándose. Demasiado tiempo lleva la provincia abandonada a su suerte. No es Firmo quien produce la debilidad romana en África, sino al contrario. Imposible resulta maltratar a un pueblo eternamente sin animar a provocar la revuelta, más si a estos les guía el orgullo.

—¿Y qué es lo que busca Firmo, entonces? —volvió a interrumpir Flavio Teodosio, esta vez con un ladrido más seco—. ¿Justicia como tú, o algo más?

—La paz —contestó Cinegio.

—Eso ya lo tiene —dijo Flavio Teodosio abriendo los brazos—. No es mi ánimo el de guerrear inútilmente. Imagino que no sería fácil, además, teniendo en cuenta el ingente territorio que controla y conociendo el carácter africano. Más de diez mil caballos me aseguran que tiene y bien conozco la valía del jinete bereber. —Cinegio, sorprendido por el conocimiento de Teodosio, se revolvió algo incómodo en su silla de tijera, lo que provocó que el *magister*, tras dejar el detalle, buscara otro ángulo a la conversación—. Te aseguro que pagaría por esa paz, por volver a Hispania y ver a mi mujer. Mucho es el tiempo que llevo fuera de casa y la memoria, cansada de ser examinada, ya actúa por su cuenta, caprichosamente libre, y, en muchas ocasiones, me niega recordar lo que deseo, para, en cambio otras, sorprenderme con simples anécdotas.

»Apuesto a que mis hombres cuentan con mayor ansia aún por regresar que yo mismo, pero ¿cómo asegurar que la paz sea

duradera? ¿Qué garantías podrían existir para ello? Esa es la clave amigo. Hablas de paz. Bien. Buscamos lo mismo a largo plazo. Mi objetivo inmediato, una vez lleguen todos mis hombres, es revisar el estado de la provincia y controlar la parte sublevada, está claro que esa es la que vosotros controláis. No tiene que ser por el acero, pero necesito compromisos. Altos. Sinceros. Que demuestren la profundidad del vínculo que los clanes desean establecer con Roma. Seré claro, Cinegio, para que así lo transmitas: quiero primogénitos, el de Firmo el primero de ellos, también hermanos y jefes de los clanes para que viajen conmigo a Roma, Milán o Sirmium. Llámales invitados, aunque sean rehenes, poco me importa.

»Por qué no estudiar también alguna boda entre familias destacadas romanas y bereberes. Debemos reforzar nuestros lazos, certificar la lealtad de las tribus y no que esta se termine según nuestras velas se disipen en el horizonte. Te aseguro que los que me acompañen serán tan bien tratados como deberán serlo los funcionarios romanos que se designen en África. Puedes ir a Firmo y decírselo, Cinegio. Ese es el precio de la paz. La tendrá si realmente la quiere.

Teodosio se levantó al finalizar de hablar, dando a entender a Cinegio que daba la reunión por concluida. Acompañándole a la puerta de la tienda, le despidió con un fuerte apretón de manos, una palmada en la espalda, la sonrisa en la boca y la mejor de las noticias.

—Cinegio, ha sido un placer verte de nuevo y recordar viejos tiempos. Espero volver a hacerlo pronto y que portes buenas noticias. Por cierto, dile a Firmo que, igual que pido gestos, yo también pienso tenerlos, tanto buscando la paz como la justicia. Sé que Romano ha partido de Lambaesis para verme. Por aquí va a quedarse en alguna operación de poca monta mientras es profundamente investigado. Pienso concentrar todas las tropas disponibles bajo mi único mando y más vale entretenerle que dejarle ocioso. Por otra parte, puedo asegurarte que Vincencio será arrestado por el asesinato del *agens in rebus* Clivio Cinegio. Yo mismo juzgaré el caso y no dudes de que la justicia prevalecerá. Espero que vuelvas a dormir tranquilo, hijo; el orden, Roma, ha vuelto a África.

III

Desde Altava, alerta, consciente de la sorprendente movilidad de Flavio Teodosio, Firmo observaba sus audaces movimientos para asentarse en la provincia.

Ni siquiera había valorado la oferta de entregar los rehenes que el general había reclamado a Cinegio en Igilgili, pues ingenuo soñaba con una paz entre iguales. Con forzar la situación, hacer justicia con Romano y, por qué no, convertirse él en el próximo *comes Africae*. No le importaba en demasía entregar a Nubel, a pesar de que era su primogénito, pues contaba con ocho varones más y sabía cuánto podría el chico obtener de Roma, pero ni siquiera lo consideraba al encontrarse cómodo y confiado por sus victorias iniciales, dueño de un reino inexpugnable. Equivocado al creerse lobo cuando solo era su sombra.

Altava había cobrado una singular importancia desde que los firmianos la habían tomado como capital de la revuelta. En la frontera entre las Mauritanias Tingitana y Cesariense, estratégicamente próxima a cualquier región sublevada, dominaba un enorme área del interior de prósperas plantaciones y granjas. Como Volubilis, estaba además geográficamente bien defendida por el agua y la montaña representados en esta ocasión por el caudaloso río Isser y el Atlas oriental.

Su población superaba las dos decenas de millar y, conscientes de las vicisitudes de la guerra, habían acopiado suficientes provisiones como para sobrevivir un año entero, almacenándolas de forma segura en decenas de enormes silos. El agua, salvo catástrofe, no había de suponer tampoco un problema por los numerosos aljibes y los ocultos accesos al Isser. Para evitar su corrupción poblaron los aljibes de anguilas que aseguraban la potabilidad.

Mientras tanto, tal y como había asegurado a Cinegio antes de despedirse, el *magister equitum* detuvo a Vincencio para juzgarle por la muerte de Clivio e investigaba a Romano, al que humilló y se quitó de en medio encomendándole revisar el servicio de postas y guardias en la Cesariense. Él marchó a Sitifis donde reunió a la I y II Teodosianas con las legiones africanas. Su ejército.

Siguiendo la misma estrategia que en Britania, siempre atento a la población local y determinado a solo castigar a los rebeldes, no le

importaba recorrer las leguas necesarias para asegurar que el sustento que cubriera la campaña de su ejército proviniera de sus enemigos. Por esa razón, al ponerse en movimiento, la población le recibía como un héroe allá por donde pasaba, sabedora de que, al abrirle las puertas, más probable era ganar que perder, algo inédito ante cualquier ejército.

Tras un titubeante inicio, el que les costó a sus legiones acostumbrarse al abrasador terreno africano y a los locales recuperar la conciencia, la disciplina y el orgullo de formar parte del mejor ejército del orbe, comenzó a buscar aliados locales que le facilitaran su ingente tarea.

La falta de noticias de Firmo provocó el movimiento definitivo de Flavio Teodosio. Gildo, otro de los hijos de Nubel, y que Cinegio había conocido en la maldita entrevista de Icosium que sentenciara a Clivio, se le unió como uno de sus principales aliados. Con razón dicen que no existen mayores amigos o enemigos que los hermanos que desempeñan tal papel. Gildo, con criterio, le señaló a Teodosio las tierras a atacar, las que debilitaban a los firmianos y le aseguraban el beneplácito de los propietarios locales y neutrales.

Primero marchó a Tubusupto, al pie del monte Ferrato, y desde allí atacó a tyndenses y massissenses, dos de las tribus más débiles y que dominaban un terreno accesible, sin duda un rival bien escogido por Gildo. Conocedores de esta debilidad, Firmo envió para reforzar a ambos clanes a sus hermanos Mascezel y Dío con tres mil hombres y lo mejor de su cuadra. Solo esa decisión, su destreza en la monta y lo extraordinario de sus caballos les permitió seguir con vida al escapar de una devastadora derrota.

Cada legión de Flavio Teodosio equivalía a diez de los bereberes. Cada manípulo pesaba oro en el enfrentamiento directo. Las victorias del *magister equitum*, se sucedían una tras otra y eran tan inapelables como la dureza en su castigo. Tomó Lamfoctense como base y esquilmó cuanto le rodeaba, almacenando suficiente botín y reservas como para encarar la larga campaña que se avecinaba.

Firmo, cada vez más abrumado, por suerte poseedor de la suficiente inteligencia como para rectificar y escuchar a cuantos le aconsejaban con criterio, tuvo la capacidad de comprender su debilidad y la altura del rival al que se enfrentaba y decidió marchar directamente a entrevistarse con Flavio Teodosio. Sus

otrora firmes alianzas temblaban ante el ímpetu del hispano. Necesitaba tiempo para pensar y diseñar una nueva estrategia.

En su embajada cabalgaban cincuenta hombres, diez de ellos sacerdotes con Primanio al mando, otros diez familiares con el título de rehenes tatuado en el rostro. Uno de ellos era su hijo Nubel. Tal era la amenaza que representaba Teodosio que entregarlo ya no suponía una afrenta sino una oportunidad.

Difícil hubiera sido para Cinegio tratar de explicar la mezcla de sentimientos que sufría mientras cabalgaba de Altava a Lamfoctense. En especial, mientras observaba a Kiria sobre un gracioso potro tordo de cuatro años a diez pasos.

En gran medida y en el sentido más abstracto posible, se sentía deslumbrado por el impacto de Teodosio el Viejo. Descubrirle había reavivado en su corazón las enseñanzas de Clivio y su amor por Roma. También el legado de Ausonio su padre y la vigencia del ideal romano, del imperio, del sentido de su infancia y juventud antes de que Nubel, Romano y Vincencio lo agriasen. Con sorpresa reparaba ahora en detalles desapercibidos durante años que le separaban de los bereberes y le hacían añorar la tienda de Teodosio y su campamento como si de su propia casa se tratara.

Sin embargo, aquella claridad que aportaba encontrar cierto sentido a su existencia languidecía en la tormenta interior de su alma. Allí, el papel protagonista, el nubarrón que tapaba la agradable luz del sol, lo desempeñaba Kiria y su amor frustrado.

Desde que dos meses antes la bereber se había prometido a Belles, el hermano de Fericius, incapaz era Cinegio de pensar en otra cosa. Torturado cada vez que se cruzaban. Indignado por verla casarse con quien consideraba un palurdo arrogante. Cegado por los celos y asfixiado por tener que fingir indiferencia cuando no alegría ante la noticia. En su completa infelicidad ni siquiera tenía el placer de despreciar a la princesa, pues años había retrasado una boda prevista desde su infancia sin motivo aparente. Con ya diecinueve cumplidos, el ultimátum para fijar fecha definitiva del enlace había venido de sus hermanos que culpaban con razón a su padre Nubel por haberla malcriado. Independiente, orgullosa, altiva, solo la admirable perseverancia en el cortejo del *princeps* de los mazices había vencido su numantina resistencia.

Aunque nadie más que el intuitivo lector de esta historia lo

sospechara, su razón tenía Kiria para aquel peregrino comportamiento. Se llamaba Cinegio.

Ni siquiera había vuelto a pensar en él tras su huida de Icosium, pero al hallarle de nuevo en Altava le enajenó encontrar rechazo e incluso desprecio donde ella esperaba adulación y gratitud. De alguien insignificante, poco más que un esclavo, un prisionero. A ella, su dueña, la hija de Nubel, la hermosa princesa de los iubalenos, el sueño de cualquier *princeps* africano, la que, además, le había salvado la vida aquella noche arriesgando el favor de su padre y algunos de sus hermanos. Cierto era que aquel muchacho con su aire ensimismado le había atraído desde la primera mirada, pero como lo hacían otros tres distintos cada día y muchos de los que la cortejaban desde que cumplió los doce años.

La aparición de Cinegio en Altava reventó cuanto conocía y acabó con la monotonía a la que parecía entregada su existencia. De improviso, alguien claramente inferior que además le debía su propia vida le rechazaba. Acostumbrada a tener cuanto deseaba, comenzó a obsesionarse con lo que no podía conseguir.

Así, espiando su conducta, descubrió a Cinegio en toda su profundidad y donde creía distinguir un gusano reconoció a una mariposa. Siempre dispuesto, discreto, inteligente, suficiente y capaz. Rodeado de la soledad que siempre acompaña al digno, al que no necesita buscar apoyos o darlos gratuitamente. De reír chistes sin gracia o recibir falsas palmadas en la espalda. En la comparación con el resto de los jóvenes de su edad era el trébol de cuatro hojas. Audaces se creían sus hermanos, primos o pretendientes por esquivar lanzas, subir riscos imposibles o cazar un león o un oso, sin soñar ninguno de ellos con acercarse a la arrolladora valentía de Cinegio. Simples, gregarios, débiles, necesitados de la aprobación del grupo, temerosos de la soledad o el ridículo mientras Cinegio los desconocía.

Kiria, descubriendo en Cinegio aquel tesoro que nadie era capaz de percibir, comenzó a soñar con sortear al destino que otros habían escrito por ella. Al repentino amor por él se sumaba la intuición de haber descubierto un desconocido camino hacia la libertad. La necesidad de sentirse dueña de sí misma. De replantearse su existencia. De elegir. Consternada, descubría, en su recién estrenada madurez, cómo desde siempre había confundido el poder con la

felicidad y que esta realmente no consistía en hacer siempre lo que uno quiere sino en apasionarse con lo que uno hace.

¿Acaso no admiraba de Cinegio su suficiencia y capacidad de trabajo? ¿No era capaz ella de emular a aquel humilde prisionero eligiendo cómo encarar su destino? ¿No actuaba con mayor libertad el prisionero que la princesa?

La fortuna volvía a sonreírle en lo indispensable, pues, aparte de haberse enamorado de aquel hombre genuino, había descubierto la falsedad de aquel desprecio y que era correspondida. Lo sabía. Por mucho que Cinegio tratara de ocultarlo, ella bien podía leer la verdad en sus ojos marrones, en su nerviosismo al detectar su presencia o su fragancia a jazmín, en aquellas furtivas miradas que le dedicaba cuando no se sentía observado, en esa seductora manía de peinarse con la mano derecha y acariciar el medallón de su padre cuando intuía su presencia.

Tal convicción, aquella inmensa suerte, se había ido convirtiendo en el peor de los castigos al averiguar el sufrimiento de Cinegio desde el anuncio de su boda. Viéndole cómo sufría, tan apenada como él mismo, a gritos le suplicaba con sus intensas miradas que se atreviera a dar el paso y reconocer su amor. Que venciera a aquel extraño orgullo que les impedía ser felices. Ella no dudaría. Se enfrentaría a Firmo, al resto de sus hermanos y al mismo Dios por rozar su mano y entrelazar sus dedos. Huirían juntos a cualquier parte, con el horizonte y la felicidad como destino. Soñaba con el beso que le había negado en Icosium aquella lejana primera noche al apremiarle a huir, con quedarse en aquella cama para siempre y dar rienda suelta a la pasión que sabía que sentían el uno por el otro.

Kiria, por mucho que lo deseara, jamás daría aquel primer paso, aunque creyera que la boda era la forma definitiva de propiciarlo. Declararse sería humillar a su padre y a su madre. Mancillar su orgullo. Escupir sobre sus tumbas.

Cinegio, completamente ajeno a lo cerca que se encontraba de la felicidad, tras dejar a Firmo, Nubel, Kiria y el resto del grupo esperando en una aldea cercana a Lamfoctense, siguió cabalgando junto a Primanio y el resto de los sacerdotes para solicitar la audiencia a Teodosio el Viejo.

IV

Cinegio se sentía ridículo cabalgando junto a Primanio a escasos diez pasos del general Flavio Teodosio. El principal culpable de tal sentimiento de inferioridad era su caballo negro bereber, Ambicioso, que le robaba casi dos palmos de altura con respecto al resto de la comitiva hispana. De escaso consuelo le valían las cualidades de Ambicioso en campo abierto al provocarle en aquel momento sentirse como un niño entre hombres.

Flavio Teodosio, más parecido por su imponente porte a una estatua ecuestre de victoria que a un simple mortal, bailaba a Fuego mientras abandonaba Lamfoctense solo precedido por los estandartes de sus legiones. El día se prometía largo y él, al paso experto de quien ha domado más de una cuadra, no tenía prisa. Fuego, como la mayoría de los caballos hispanos del destacamento, era espectacular. Del color rojizo que le daba el nombre, bufando ante cualquier insecto que le molestase, trotaba con su ancho cuello y la cabeza erguidas, la mirada fija al frente y las orejas tiesas y atentas. Elegante e impoluto, alzaba patas y manos con rítmica cadencia, flotando sobre el suelo, rebotando sobre él nada más tocarlo. Recio, seguro y poderoso, era bastante mayor que sus primos africanos que se le asemejaban tanto como estos a un asno.

Olvidando la naturaleza diplomática de la entrevista con Firmo y la generosa cantidad de oro, joyas y caballos entregada mediante la embajada encabezada por Primanio y Cinegio, el *magister equitum* vestía su loriga de campaña y la espada de combate al cinto. Siempre apuesto, los músculos del peludo antebrazo derecho se le marcaban mientras sujetaba el casco sobre la cerviz de Fuego en una posición ya natural y que le permitía sonreír y saludar con un ligero movimiento de cabeza a aquellos de sus hombres que le despedían al verle marchar. Solícito, atento, con alguno se paraba interpelándole directamente por su nombre e interesándose por la última batalla, alguna vieja herida, un hijo en camino o la muerte de algún familiar o amigo. Su larga capa roja ondeaba con la brisa que producía su sosegado paso. El hispano saboreaba aquel momento con parsimonia, su triunfo parcial. No todos los días acudía un rey a pedirte clemencia, por muy pequeño que fuera el reino y muy grande el imperio.

El encuentro con Firmo, a apenas cinco leguas de distancia de la ciudad, se produjo en la que llamaban la explanada de los patos por encontrarse junto a un bosquecillo que defendía una laguna que formaba el Isser donde solía ser fácil sorprenderlos. Al llegar allí y divisarse, cuando apenas separaban unos cien pasos a ambas huestes, Máximo, que cabalgaba junto a Flavio Teodosio, levantó la mano dando el alto. Los romanos, sin fiarse del todo de la buena voluntad de los africanos, habían acudido con un escuadrón completo de caballería y vestidos para la guerra.

Desde las filas firmianas avanzaron tres hombres entre los que Cinegio, pese a la distancia, fácilmente distinguió a Dío y Mascezel siguiendo a Firmo. Teodosio aguardó en su posición hasta poder cruzar la mirada con ellos, tranquilo. Volviéndose, movió la cabeza a Cinegio, Primanio y al resto de los obispos para que se situaran en el bando que les correspondía.

Así lo hizo Cinegio, reprimiendo su desazón, pues solo cierto punto de agradecimiento por el trato recibido le impelían a colocarse junto a Firmo en lugar de con Flavio Teodosio, consciente y extrañado de que su condición y su ánimo hubiera sido el de permanecer en el lado romano.

—Ave, *magister* Flavio Teodosio. Me honra encontrarte y poder mostrarte mi admiración y respeto —dijo Firmo poco después de que Cinegio, el último, se colocara tras él.

La diferencia de altura permitía a Cinegio distinguir perfectamente la noble cara del general. Impresionado, incluso algo sobrecogido, con admiración distinguía su rutilante aspecto marcial con el casco puesto y las águilas y estandartes a su espalda.

Desde su posición percibía a Firmo aún más ridículo que a él mismo al recordar sus conversaciones previas a la llegada del hispano y en las que se consideraba un igual a Teodosio el Viejo. Pobre ingenuo. Sencillo hasta para el más torpe resultaba acertar quién era halcón y quién paloma en aquella entrevista.

—Ave, Firmo. Un placer también por mi parte —le contestó el *magister* calmado, con su tono de mastín, su latín elegante y su seco acento hispano tras dejar pasar un silencio algo incómodo por su larga duración. Clavando sus ojos azules en los oscuros de Firmo, sopesando a su oponente, continuó—: Por fin tengo el gusto de poner cara al nombre que tanto tiempo llevo escuchando y

persiguiendo, el que sacude el imperio como lo hacen los de los más peligrosos rebeldes; los príncipes alamanes del Rin, los sármatas en el Danubio o los persas del este.

—Cuánto lamento que no haya podido ser antes —le contestó rápidamente Firmo. Su tono, nervioso, tratando de ser afable, adolecía de la seguridad habitual y se parecía al del alumno que se prepara para responder la lección que no ha estudiado lo suficiente. Consciente de ello y tratando de recomponerse, prosiguió—: Quizás por eso me comparas con enemigos y no con aliados, que es de lo que realmente me trato.

—Abandona tu espada entonces, Firmo, como un amigo, antes de empezar a hablar —le interrumpió un cortante Teodosio. Su posición en altura y haber esperado su llegada no eran meras circunstancias, no pensaba dar tregua alguna al africano.

Firmo, mirándole, leyendo con claridad la firmeza de su adversario, decidió enterrar su orgullo, se bajó del caballo, depositó su espada a los pies del hispano y las manos de Fuego y, agachándose en señal de sumisión, confesó sus delitos.

—Noble Flavio Teodosio, *magister equitum*, profundamente lamento si mis actos han podido pareceros hostiles contra el imperio, pues solo contra el *comes Africae*, el maldito Romano, y su injusticia pretendía rebelarme. Multitud de veces escribí al emperador denunciándole sin respuesta alguna —clamó Firmo, arrodillado, mirando fijamente a Teodosio hacia arriba, como el que reza al Cristo crucificado en las iglesias cristianas, con los ojos anegados por lágrimas, envejecido, pequeño, débil, cambiando su habitual aullido de lobo por el maullido de un gato.

La acción de Firmo al descabalgar, su salto al suelo para arrodillarse, la sinceridad que transmitía mediante sus gestos y palabras y su completa humildad tomó a todos por sorpresa y muy especialmente a Cinegio. Vislumbraba a Firmo decaído desde que Teodosio el Viejo había entrado en acción, pero no esperaba semejante muestra de sumisión en un corazón tan orgulloso. Tal impresión fue fugaz, pues Firmo, entregado por completo, seguía con su confesión puesto de rodillas:

—Con ese objetivo inicié la revuelta, aunque imposible me resulte negar desmanes posteriores. Dios sabe que traté de evitarlos, tanto como toda crueldad innecesaria, pero qué necesidad tengo de

explicarte la barbarie de la guerra y su efecto en los hombres. Si aquí ahora, postrado a tus pies, me hallo, es para aseguraros a ti y a Roma mi más completa obediencia y la de mi pueblo, los iubalenos, de aquí en adelante. Para jurarte por ella, si así lo estimas necesario.

Teodosio, tan sorprendido como el resto con la acción del africano, por fin reaccionó e imitando a Firmo, descabalgando, se acercó a él para alzarle amistosamente.

—Tranquilo, hijo, levántate. Seguro que podremos entendernos ahora que somos aliados, pues nada está perdido entre nosotros. Arriba, vamos, no soy yo ningún dios ante el que debas arrodillarte.

—Gracias, *magister*, tu talante y generosidad te honra —dijo Firmo mientras se incorporaba, sacudiéndose el polvo de las rodillas y secándose disimuladamente las lágrimas con el borde de la túnica. Tomando un paso de distancia hacia atrás, recuperando una posición y una voz dignas, continuó—: Noble Teodosio, como te indicó en mi nombre Materno Cinegio en Igilgili, solo la paz persigo desde tu desembarco y eso junto a tu perdón es por lo que te visito e imploro ahora. Nada podría satisfacerme más que sellar nuestra alianza y con ese fin solicité este encuentro. Ya he dado la orden de soltar a cualquier posible prisionero y, como deseaba, contigo marcharán a Roma una decena de mis mejores hombres y de mi familia más querida, entre ellos mi hijo Nubel, mi primogénito, mi heredero, mi esperanza. Todo. A ti personalmente te lo confío. —Balbuceó Firmo ligeramente.

Teodosio asintió y avanzando le puso una de sus manos sobre el hombro fingiendo que, efectivamente, él se encargaría de vigilarlo. Después de permanecer callado durante un rato y aguantándole la mirada le preguntó:

—¿Qué más?

—¿Cómo? —se extrañó Firmo, separándose, dando un nuevo paso hacia atrás, estudiando a Teodosio como si estuviera loco.

—¿Que qué más? —repitió en sosegado tono el general, como si la razón por la que Firmo no entendiera su pregunta se debiera a un problema lingüístico y no conceptual.

—No entiendo qué más deseas, Flavio Teodosio —replicó Firmo nervioso, aún sin recuperarse de la sorpresa. Tras un silencio que el hispano no se dignó a romper fue él quien lo hizo—: Acabo de

decirte que te entrego a mi primogénito y a una decena de mis mejores hombres. Esta misma mañana te obsequié con el botín de un año de campaña y lo más selecto de mi cuadra, además recorreré la provincia en busca de tus prisioneros. ¡Hasta me he arrodillado, maldita sea! ¿Y quieres más? —Viendo que Teodosio continuaba imperturbable y obviaba sus argumentos con una mirada inquisitiva, calmándose, respiró y rebajó el tono—: No lo entiendo, discúlpame. Quizás mi error haya sido entregar todo tan rápido, sin previa negociación, pero creía que nos tratábamos lealmente. Soy aliado de Roma. Quizás ni siquiera acabe bien de entender qué quieres. Dime, ¿qué es lo que esperas de mí, *magister* Teodosio?

—Icosium, para empezar —le respondió el hispano sin dejar esta vez ni un instante de silencio.

El león era ahora viejo zorro y no acababa de confiar en el grado de amor por sus hijos del rey africano. Quería certezas, autoridad, dominio.

Sabía perfectamente adónde apuntar, pues aquel era el puerto clave en la campaña tras la aniquilación de Caesarea y teniendo ya Tipasa bajo su mando. De sobra conocía el control absoluto de los firmianos sobre la ciudad y su relativamente fácil entrega al tratarse de su segunda capital.

Junto a él, Cinegio, con desagrado, pudo distinguir cómo Gildo sonreía ante aquella petición, que probablemente fuera idea suya, disfrutando al observar a su hermano Firmo derrotado y sin otra opción que entregar la joya de su padre. La sonrisa y la presencia de aquel bastardo era el único punto negro del bando romano al recordarle la traición a su tío.

Teodosio, mientras, continuaba con su petición en ese firme tono que no daba lugar a réplica, el propio de la orden y no del diálogo.

—En dos días pretendo estar allí y, cuando llegue, no quiero encontrar un solo soldado. Ni siquiera a la guardia de la puerta. Además, relevarás a cualquier puesto de mando antes de mi llegada. Quiero encontrarme allí como gobernador y obispo a estos que me facilitan ese mismo día. —Alargando la mano pasó una carta a Firmo, deteniendo a la vez una réplica, y finalizó—: También suficiente oro como para pagar un año de una legión completa y el mayor número de prisioneros que sea posible, de esos que antes

comentabas que ibas a reunir. —Bajando la mano, dio permiso a Firmo para que respondiese.

—Haré todo lo que esté en mi mano, *magister* —contestó Firmo, tragando saliva y guardando el sobre en un pliegue de su túnica.

—Gracias. Más tarde continuaré por la costa hacia la Mauritania Tingitana y del mismo modo que Icosium quiero encontrar cualquier población relevante. En ese mismo sobre tienes las instrucciones de mandos a nombrar —continuó Teodosio. Acercándose de nuevo a Firmo, volviendo a colocarle la mano sobre el hombro y suavizando considerablemente el tono, prosiguió—: En cuanto a los rehenes, celebro que me confíes a Nubel, nada has de temer, pues para él marchar a Roma o al menos permanecer con nosotros es más oportunidad que castigo, lo mismo que para el resto. Firmo, me gustaría pensar que no es solo el miedo lo que te ha empujado a tomar la decisión, ya que mucho es lo que Roma les ofrece. De ser señor de un monte o un desierto, quizás de varios, con fortuna, a vislumbrar la gloria que Roma te concede. Vivir en el mayor imperio conocido, con acceso a mundos ni siquiera soñados. Volar tan alto como el águila y no como el gorrión. Abandonar la vida de un pastor para poder escribir la de una leyenda. Cabeza de ratón o quién sabe qué parte del león.

»Su papel, el de cuantos me acompañen, además de asegurar tu compromiso y lealtad, le hará más grande y tal vez en un futuro también a Roma. También yo soy de una provincia, y el mismo augusto Valentiniano. Por eso me parece corta la lista que me presentas y mi intención es ampliarla para los que habrán de acompañarme. Estoy seguro de que nos entenderemos. Con eso, mi querido Firmo, nos despediremos como aliados.

10

El Vergel, Abula. Hispania, Navidad de 373

Aquella magnífica villa tenía casi tantos nombres como dependencias. Los más conocidos eran los de El Vergel, por su espectacular jardín interior, y el de la villa de Meleagro, por el fabuloso mosaico que con este como protagonista adornaba su salón principal.

Las cuarenta habitaciones con que contaba se distribuían alrededor de un enorme *peristylum* rectangular de casi cien por cincuenta pasos. En su trazado geométrico tropezabas con cenadores, pérgolas, esculturas de mármol y bronce, inesperadas y juguetonas fuentes y por supuesto un vergel de vegetación local y exótica, ese al que debía el nombre con el que la mayor parte del pueblo lo reconocía. Cipreses, encinas, palmeras, plátanos, chopos, robles, abetos, especies de imaginativas podas como el boj, el lentisco o el madroño, frutales como el granado, el naranjo o el limonero, arbustos como el romero o la lavanda, y por doquier y por supuesto, vistosas flores con una especial relevancia de su colección de rosales. El centro del *peristylum* lo regía un gran *impluvium* habitado por patos, cisnes, flamencos y coloridos peces y lo rodeaban bajos muros adornados con viejos mosaicos engalanados por una parra, el tiempo y el cuidado. Mediante un puente y tras un par de escalones sobre su nivel, al estanque se abrían dos habitaciones principales a los lados y una meridional aún algo más alta. Allí residía Instancio, el dueño de la casa, un primo segundo de Teodosio y Euquerio, de la rama de su madre, Aelia Pulcheria, por parte de su abuelo Paulino.

Aunque Instancio fuera el anfitrión y el señor de la casa, en aquella ocasión no era él quien llevaba la voz cantante. Eso lo hacía Prisciliano sin necesidad de alzarla. Su ascendencia cada reunión que pasaba era más evidente en el grupo, dividiéndolo de forma soterrada entre sus fervientes seguidores y quienes suspiraban por

ignorarle, aunque esto resultara imposible. Aquellos que fingían no sentir su abrumadora presencia. Los que, ingenuos, aspiraban a tapar el sol con la mano.

La palabra era su estímulo, el ejemplo su arma y el sacrificio su doctrina. Un rey sin trono ni corona. Si de forma natural asistir a aquellas distinguidas reuniones entre los notables hispanos se trataba de un demandado privilegio, cada vez eran más familias las que se postulaban con el ánimo de conocer al famoso sacerdote galaico. Los jóvenes escuchaban subyugados sus palabras y las mujeres le seguían embelesadas, mostrándose luego todos en privado alegres y dispuestos, más pendientes de la sonrisa de sus maridos y padres que del reproche.

Aquellos días de diciembre acompañó un tiempo en Abula raramente plácido y soleado. Como ya viésemos que hacía en Fuente Álamo y pese al frío de la estación, Prisciliano continuaba levantándose antes del alba, esta vez para rezar junto al vecino río Ovieco, en un recodo que albergaba un prado, con encinas, alcornoques y jarales a la vista. Grupos de cerdos ibéricos, de capa negra y colorada, se embadurnaban en los charcos de barro u olisqueaban el suelo en busca de bellotas. Fácil resultaba que se levantara algún conejo, liebre o bando de perdiz en el camino flanqueado de cipreses desde la villa de Instancio. Con el paso de los años, extraña era la mujer del grupo que no seguía en su oración matutina al prelado, mezclándose sin pudor con gran parte del servicio y los esclavos que también le acompañaban. Incluso algunos se acercaban hasta las inmediaciones del Ovieco desde las aldeas y pueblos cercanos que dependían del patronazgo de Instancio.

Allí, junto a la multitud que le acompañaba, Prisciliano agradecía a Dios el nuevo día y pedía por todo cuanto se le ocurría. Tras una larga meditación, bautizaba a nuevos cristianos de haberlos y realizaba una celebración eucarística allí mismo para concluir la mañana conversando sobre los más variados temas con cuantos le rodeaban.

La gente buscaba su opinión y le preguntaba como el alumno al maestro o el hijo al padre. Raro era no encontrar a Achantia, su discípula predilecta a su derecha, cerca de su tía Egeria, que había abandonado la abadía para aquella ocasión. Sentada en aquel

prado, absorta en su discurso, espiritualmente enamorada de su maestro, le escuchaba mientras él, subido a una roca de granito para que todos pudieran verle, declamaba con su alto y aterciopelado tono de voz:

—¡Afortunados somos, hermanos, a los que se nos ha regalado la fe!, los que formamos parte de la Iglesia de Dios al creer que no existe otro dios que no sea Cristo Dios, hijo de Dios, quien, crucificado por nosotros, mostró el bautismo de remisión en su nombre: derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán sus hijos y sus hijas, y sus jóvenes tendrán visiones y los viejos tendrán sueños, e infundiré mi espíritu entre mis siervos y mis siervas, y haré prodigios arriba en el cielo y signos abajo y todo el que invoque el nombre del Señor será salvo.

»Seamos lo suficientemente generosos para hablar de él, para compartirle como la mejor de las noticias, sin rechazar a nadie, sin fijarnos en su condición o sexo pues así consintió que todos los que creen en él hablen libremente de él.

»Por ello son bienaventurados los sacerdotes que satisfacen a Dios liberando al resto, informando a sus hermanos y dando un testimonio de la verdad, pues el fruto de la vida consiste en ser aprobado por aquellos que andan en pos de la verdad y no por los que, con el título de piadosos, persiguen domésticas enemistades».

Al llegar la hora del almuerzo, Prisciliano regresaba a El Vergel para compartirlo con el resto del grupo. Aunque prácticamente no comiese y tan solo bebiera agua o leche, habitual era que encontrara compañía, pues quien junto a él se sentaba aseguraba una conversación culta y amena, adaptada a sus gustos o curiosidades, porque, locuaz, hablaba con la misma facilidad sobre el futuro, la actualidad política, la guerra, la poesía, la astrología, la historia, la religión o cualquier detalle mundano.

Por la tarde acudía a la biblioteca de Instancio, rica y bien provista, y tras dedicar un buen tiempo a la lectura, cuando amenazaba el atardecer, salía a dar un largo paseo por los alrededores. Allí, acompañado por alguno de sus acólitos, seguía conversando, en griego a ser posible, puesto que conservaba el gusto por el auténtico idioma de la cultura, aunque cada vez más gente lo olvidara y sustituyera por el vulgar latín. Aquel era el momento favorito de Achantia que, lectora compulsiva como

Prisciliano, podía discutir con él sobre sus inquietudes acumuladas durante el año, las mismas que plasmaba en las misivas que le escribía a él y a Egeria. Fácil era encontrar a los clásicos entre sus palabras, especialmente a Platón y Séneca, pero también a sus coetáneos como Libanio, Oribasio o Ambrosio, distinguiendo solo entre aquellos capaces de aportar algo y los que no, sin importarle si se trataba de paganos o cristianos.

Para cenar, Prisciliano no siempre regresaba con el grupo, pues solía ayunar, si acaso y por no soliviantar a Instancio, su anfitrión y uno de sus protectores al unirles una excelente relación, tomaba junto al grupo una sopa caliente sin demasiado fundamento o un par de cítricos. Tras ello, cuando los hombres comenzaban a animarse con el vino, pese al frío, salía de nuevo a la intemperie para, junto a una hoguera, volver a rezar, cantar, bailar y conversar sobre los temas que le propusieran quienes le acompañaban hasta altas horas de la madrugada.

No todos le reían las gracias.

Un grupo se mostraba tan esquivo al prelado como lo hicieron los cántabros durante siglos con los romanos al llegar a Hispania. Ese mismo círculo que mencionábamos antes y que prefería ignorarle tratando de tapar el sol. Su Corocotta era un ya recuperado Euquerio, quien había recogido el testigo de su padre Flavio Honorio como líder de la aristocracia hispana. Inteligente, sabedor de la ascendencia de Prisciliano sobre algunos de sus iguales y la mayoría de las mujeres, evitaba un enfrentamiento del que hubiera resultado vencedor por la fuerza, pero no tan obviamente por el ánimo y la palabra. Resultaba más cómodo ignorarle. Reír sus extravagancias, la mayoría de las veces a sus espaldas, como las de un primo trastornado. Seguir a lo suyo tratándole con cierta condescendencia, como el efímero entretenimiento de las mujeres y los niños.

Los hombres como Euquerio tenían cosas mejores que hacer que levantarse al alba para saludar al sol y cantar y bailar bajo la luna. ¿Desde cuándo podía uno fiarse de un hombre que no comía carne ni probaba el vino? ¿De uno que rechazaba la íntima compañía de hembra o varón por igual? Aquello era ir contra su propia naturaleza, negar su identidad. Lo mismo que hablar constantemente de la muerte y de esa segunda vida en la que todos

los galileos parecían creer como el bando en el pato que los guía.

Euquerio, como todo buen veterano curtido en la crudeza de la guerra, con ya solo las cicatrices como recuerdo de la pérdida de su brazo y ojo derechos, apreciaba y amaba la vida sobre todas las cosas, ¿y qué era la vida sino los momentos de gozo que ese loco rechazaba? ¿Qué quería buscar más allá de sumar instantes de felicidad?

Una buena cama, cabalgar sin prisa ni destino, apostar en una justa pelea entre dos adversarios parejos, una borrachera de vino toscano junto a tus amigos, un venado rompiéndote de frente, un costillar de cerdo o buey, la compañía de una bella mujer, de dos a la vez si la edad y la fuerza lo permitían. Negar estos placeres era peor que hallar la muerte, era atentar contra la propia humanidad. ¿Qué podían contarle a él esos imbéciles sobre buscar la verdad? ¿Qué verdad?

Con sumo gusto hubiera pagado por ver al apuesto Prisciliano aquel verano en Persia junto a Juliano, cuando todo era humo y fuego y bebían el agua estancada y putrefacta y la sangre de los animales para sobrevivir, o en cualquier invierno junto al Rin donde los hombres, sus amigos, al hallarse en el frente de batalla no podían dormirse por el miedo a caer congelados, o que hubiera vivido su propio sufrimiento tras caer herido en Arbeia, siempre empapado en esa maldita isla britana.

Aunque luchara por impedirlo, pues el galaico no le causaba mal personal alguno y nada podía reprocharle, le veía como otro de esos sacerdotes cristianos por los que sentía un profundo desprecio. Por esos petulantes que con sus necesidades cubiertas se dedicaban a inventarse tonterías, a crear problemas donde no existían.

Ante su estupor, cuantos le rodeaban, su propia familia incluso, parecían no percibir cómo atentaban contra ellos mismos y su forma de vida, contra el propio imperio. Más peligrosos incluso que los bárbaros del limes, pues estos socavaban su modo de vida desde el interior. Cada vez entendía más a su padre Flavio Honorio y su odio exacerbado por los cristianos, alejándose de las enseñanzas que su madre había tratado de inculcarle desde la infancia. Apartaba la lógica de la razón de un mensaje noble para seguir al impulso del corazón y del orgullo, el que le impelía a conservar cuanto tenía y no arrojarse en los brazos de un destino incierto. A veces incluso

deseaba que llegase una horda de cuados, alamanes o sármatas para acabar de una vez con aquella evidente decadencia en la que llevaban sumidos desde que se bautizara Constantino. Cierto era que Prisciliano difería de la mayoría de los prelados de las ciudades, que respetaba y utilizaba a los clásicos griegos y romanos y que incluso gran parte de la jerarquía eclesial le aborrecía por su heterodoxia, pero aun así no soportaba su suficiencia, su condescendencia, su fe en algo etéreo que él no llegaba a vislumbrar.

En cualquier caso, durante aquellos suaves días en Abula, poco pensaba Euquerio en estas cosas. Muy poco le importaban la religión, los cristianos o Prisciliano, aunque le enervase su presencia. Otro tema le rondaba la cabeza despistándole sin remedio ni solución aparente.

Pocos días antes de viajar a Abula había recibido una escueta nota de Símaco. Su amigo, Quinto Aurelio Símaco, era uno de los hombres más poderosos del imperio. Aquel mismo año, a la edad de treinta y tres, coincidiendo con la misión de Flavio Teodosio, acababa de ser nombrado procónsul de África. Antes había ejercido como gobernador de Lucania y Bruttium. En cualquier caso, su autoridad no residía en el cargo que ostentaba. En el foro se le conocía como «el orador» y su principal don era la diplomacia. El mismo que el de su padre y antes el padre de su padre. Procedía de una de las familias más nobles de Roma, *vir illustris* por supuesto, de las que silencian la multitud a su paso. También era inmensamente rico.

Su influencia, su poder, se asentaba sobre una infinidad de relaciones que cuidaba como el pobre hace con su huerto. Redactaba cartas sin cesar para jóvenes prometedores, obispos cristianos, provincianos en apuros, maestros paganos, burócratas encumbrados, eunucos cortesanos o generales bárbaros. ¿Qué más daba? Para cualquiera que pudiera servirle a corto o largo plazo. Todos eran sus amigos. A los que se dirigía según el modo antiguo, de forma directa, por su nombre, sin rodeos ni halagos, evitando fórmulas barrocas indignas de personajes de su altura. Símaco tejía su telaraña partiendo de Roma como epicentro; preparando el terreno, buscando aliados o información, intercambiando favores, creando una red clientelar que asegurase siempre su posición.

Con Euquerio, como antes hiciera su propio padre con Honorio, le unía una relación especial o eso creía Euquerio al menos. Raro era el año que no intercambiaban dos o tres misivas sobre los más variados temas. En aquella ocasión, dada la confidencialidad del mensaje, la carta no era escrita sino oral, recitada por un mensajero, a solas en su escritorio. Así habló al visitarle en su casa de Itálica:

Querido Flavio Euquerio:

Ojalá mis palabras te hallen con salud.

Sé que tu hermano progresa debidamente en África. No podía ser de otra manera conociéndole. Espero encontrármelo pronto, pues planeo visitar mis propiedades en Mauritania aprovechando mi nuevo cargo. Feliz me hallo por que sea el propio magister equitum *quien se encargue de Firmo, aunque no sea ni él ni la nueva provincia a mi mando lo que me inquieten.*

El emperador es quien lo hace.

Este mensaje responde a compartir contigo mis temores. Se escuchan ya los augurios que le vaticinan un próximo final. Permanece alerta y escucha, muchos son los ecos que llegan hasta Hispania, especialmente si provienen del norte. No me refiero a los del campo de batalla pues allí el augusto se encuentra en su territorio. Son los palacios de negras puertas donde las ratas confunden sus objetivos y los intereses se tejen con finos hilos que un soldado desconoce.

Diversas voces, siempre interesadas, percibo en su contra, algunas tan cercanas a la púrpura como lo son el violeta o el malva. Todavía son susurros, pero quién sabe cuándo acabarán gritando.

Espero recibir tus impresiones y la confirmación de tu perfecto estado.

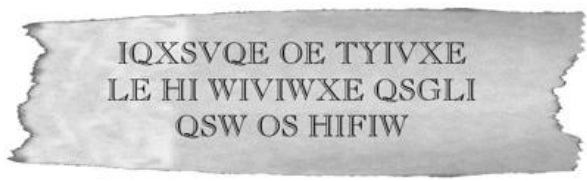
Recibe un fuerte abrazo,

Quinto Aurelio Símaco

11

I

Tipasa, África, mayo de 374



Así rezaba el mensaje que Kiria le deslizó a Cinegio fingiendo tropezarse en el *atrium* de la casa de su padre antes de continuar el camino hasta su cuarto; seria, altiva, desafiante, sin temblarle el pulso, pero sí la mirada donde una lágrima amenazaba con apagar el fuego de sus redondos ojos negros.

Muchas cosas en poco tiempo habían sucedido desde la tregua sellada entre Firmo y Teodosio.

Icosium lo encontraron tal y como se había acordado: las puertas abiertas, los nuevos cargos nombrados, más de un millar de prisioneros liberados, los estandartes de cohortes y batallones recuperados y un tesoro suficiente como para mantener al ejército completo una campaña. Allí mismo lo repartió Teodosio entre sus hombres dejando para sí una espectacular corona sacerdotal.

Con la moral del soldado retribuido, tan alta y tan soñada como la del náufrago que pone pie en tierra, partieron primero para asegurar Tipasa y más tarde regresar a Caesarea, ahora poco más que escombros tras la salvaje conquista de Mascezel. Allí estableció Flavio Teodosio, antes de regresar a Icosium, sus legiones para protegerla de los bárbaros.

Kiria había sido la hermana elegida por Firmo y aceptada por Gildo para formar parte del séquito de rehenes negociado, también se había sumado Cinegio aunque a este lo escogiera Flavio Teodosio

y no fuera tratado como tal.

El vigor de Flavio Teodosio y, como ya conocemos, el nombramiento en Roma de Quinto Aurelio Símaco como procónsul africano, atraía embajadas de países vecinos y cada rincón de la provincia: príncipes de clanes, funcionarios, tribunos, dignatarios de ciudades y potentados esperaban pacientemente su turno a las puertas del despacho de la vieja casa de Nubel. Cinegio presenciaba muchas de ellas, convertido en hombre de confianza del general, pues, por esa extraña y caprichosa sintonía que surge a veces entre dos hombres, nuestro protagonista y el *magister equitum* se habían conquistado.

Sencillo intuitivamente puede resultar para cualquiera entender que Cinegio se rindiera ante el innegable atractivo del poder que al *magister* se le derramaba. Por su porte, su presencia, seriedad y mando. Por su derroche de elegancia, autoridad y seguridad en cada gesto. Poco le importaba a Cinegio su temperamento bilioso en algunas ocasiones, colérico incluso, producido en parte por cierto exceso de soberbia al no encontrar en los demás ni la exigencia ni las cualidades que a él mismo se atribuía con justicia. En cierto modo, hasta esto le atraía, pues encarnaba el modelo forjado de legionario romano con el que vislumbraba a su padre cuando le imaginaba cabalgando en Amida hacia la tienda de Sapor.

Más complejo resultaba desentrañar las razones del afecto de Teodosio hacia Cinegio, tanto como entender la atracción que siente el lobo por la luna llena. El del general había comenzado tras su desembarco en Igilgili, en el mismo campamento donde se tropezaron de nuevo, el primer día de los idus de junio, los consagrados a la diosa Minerva que tanto veneraba por tradición familiar al regir esta la sabiduría y la estrategia militar. Al verle había tenido un presagio. Una extraña sensación de relevancia. De vértigo ante algo desconocido. Acostumbrado a calibrar hombres de un vistazo había sentido algo inexplicable e inquietante que al menos le impelía a observar y tener cerca al joven. Así descubrió el brillo de una inteligencia superior y de un corazón noble.

Con el paso de los meses comenzaron a llegar a Icosium menos embajadas de tribus y más de funcionarios asustados. Firmo se rearmaba. Poco parecían importarle ya la presencia de Nubel, Kiria y el resto de los rehenes iubalenos entre las filas romanas.

Cinegio, aunque seguía gozando de la confianza y compañía del *magister*, poco a poco dejó de ser invitado a muchas de esas reuniones con las embajadas. Una cosa era esa extraña sintonía y otra que el lobo fuera a arriesgar la más mínima amenaza de espionaje o traición por atisbar la luna.

Consciente de los movimientos de Firmo, Flavio Teodosio regresó a Caesarea sabiendo que tropas enemigas formadas por el clan de los mazices buscaban emboscarle en la costa. Tras organizarse, fingió abandonar la vieja capital con su ejército al completo para dirigirse a Zucchabar, en el interior, en la cresta del monte Transcelense. Allí ganó fácilmente la posición al abrirle las puertas un importante grupo de desertores adscritos al bando firmiano desde los primeros tiempos: tres centurias de infantería, veteranos en Persia de Constancio, y el grupo de arqueros de la cuarta cohorte.

La conquista de Zucchabar no era el único objetivo del movimiento del general hispano. En Caesarea, escondidos tras su partida, habían quedado Máximo y Gildo con una de las legiones. Buscarían sorprender a las tropas enemigas que presumiblemente acecharían los pasos del ejército romano. El disfraz era perfecto, pues, para completar el ejército y que no se notaran los hombres emboscados en la vieja capital, Flavio Teodosio había utilizado los caballos entregados por Firmo y a los antiguos prisioneros y grupos de colonos vestidos como legionarios.

La treta funcionó y la victoria romana fue rotunda. Máximo y Gildo sorprendieron por la retaguardia y masacraron a las tropas enemigas acabando con más de dos millares de hombres y capturando a otros tantos, entre ellos los príncipes de los mazices Belles y Fericius y un importante contingente de renegados con el que se mostraron implacables.

Teodosio preguntó a sus legiones qué debía hacer con los traidores y un alarido clamando la muerte fue la respuesta.

Siguiendo la antigua tradición iniciada por Curión en Dardania, sin juicio de por medio, entregó los traidores a sus huestes para que los castigaran. A los jefes de los arqueros les cortaron las manos por las muñecas, a los legionarios y oficiales les ejecutaron. Al general no le temblaba el pulso y como Cicerón: «Prefería el saludable rigor que la vana ostentación de clemencia».

La noticia sobre el final de su prometido fue la puntilla que provocó la reacción de la princesa en Icosium y que entregara el mensaje a Cinegio para que colaborase en su fuga.

II

No pasaba por su mejor momento nuestro protagonista Cinegio tras la marcha de Flavio Teodosio. Tratado como un leproso solo encontraba la marginación y el desprecio de con cuantos se cruzaba. Los romanos lo consideraban un advenedizo: en el mejor de los casos, un intruso y, en el peor, el capricho del general aderezado con indignas habladurías que ni siquiera merece la pena mencionar, pero que fácil podrá imaginar el lector mal pensado. Para los rehenes iubalenos era un traidor, con diferentes baremos en cuanto hasta qué grado llegaba. Ninguno bueno: los moderados lo consideraban un hipócrita vendido al enemigo, los radicales el culpable de los tormentos de su pueblo, un agente romano infiltrado, un espía nadie sabía desde qué momento. Estos últimos soñaban con asesinarle en cualquier descuido y obligaba a Cinegio a no despistarse.

Poco le importaba a nuestro amigo el maltrato general salvo por los firmantes de la nota de Kiria:

ENTORNA LA PUERTA
HA DE SER ESTA NOCHE
NOS LO DEBES

En una de sus escasas salidas se había sorprendido al tropezarse con la princesa y mucho más al notar cómo le deslizaba algo en su mano, pues hasta aquel momento solo desprecio le había manifestado. Mientras traducía rápidamente el mensaje en su habitación, recordando los alfabetos superpuestos, recorría mentalmente el camino por el que escapara tantos años antes. El pasadizo se escondía tras una de las paredes de piedra del patio, girando una de las piedras centrales que funcionaba como cerradura permitía entrar con un simple empujón. Fácil resultaría dejar entreabierta la puerta una vez descubierta y girada la piedra.

Acostumbrado a lidiar en Altava con su tormentoso amor por la bereber, bien podía soportar las nuevas turbulencias de Icosium en

su relación. Pese al deseo que sentían mutuamente, desde su cautividad, inmediatamente alejados por los privilegios otorgados a Cinegio, ambos habían acabado por convencerse de la imposibilidad de su relación. Arrastrados por las circunstancias, por su naturaleza dispar, se resignaron obedientemente a su destino y lograron acallar la atracción y el anhelo latentes con el estoicismo con que lo harían dos hermanos enamorados.

Del otro que firmaba la carta le dolía más el ultraje al que se veía sometido en Icosium. Nubel. Recibir un mensaje suyo le arrolló, pues si el desdén de la princesa le afligía, el del chico le desgarraba. Se hundía en cada cruce con su discípulo al descubrir el intenso reproche en sus ojos, la mirada de quien aturdido no comprende la traición, la del que se enfrenta a su primer gran desengaño. Cien veces había intentado explicárselo encontrando su espalda por respuesta.

Solo Nubel conocía el abecedario cifrado inventado por Julio César y que le había enseñado su tío Clivio. La C por la G.

Ahora, en la adversidad, se daba cuenta de cómo quería a aquel chico, más que eso, de cuanto le amaba. ¡Es tan fácil amar a un niño y tan arduo advertir cuando deja de serlo!

Su inocencia, su cariño, su trato, habían propiciado que olvidara su condición de prisionero o esclavo al llegar a Altava. Nubel le había devuelto su condición de hombre y acercado a sí mismo, a la vida, a la realidad y a los iubalenos. Sencillo le había resultado aprender a perdonar cualquier posible rencor, acabando con el propio, al comenzar por aquel tierno chiquillo.

En aquel bereber, Cinegio había encontrado cuanto añoraba: un hermano, un amigo, un hijo, su propia obra o cometido incluso. Falto de todo, salvo del deseo de venganza contra Vincencio y Romano por la muerte de Clivio, en su discípulo y en sus clases de retórica, literatura, geografía y matemáticas, había hallado su refugio, la presa perfecta para que aquel corazón condenado a la soledad y al sufrimiento amara sin reservas.

De aquel niño había hecho un hombre, o un gran proyecto al menos, si sus sueños se cumplían. En el pequeño príncipe había vertido todo su conocimiento, su virtud y las enseñanzas de Clivio y Roma. Dedicado a él en cuerpo y alma, con mucho mayor contacto del que pudiera tener el pequeño con un padre siempre ocupado en

sus quehaceres, Cinegio se sentía tan padre como el propio Firmo o más incluso si la paternidad espiritual rivalizara con la carnal.

Cómo explicarle a aquel corazón puro, a aquella decepcionada mirada a la que le había regalado su educación, su instrucción y su ciencia, que él seguía siendo el mismo. Que le amaba. Que ahondando en su conciencia sentía que debía regresar a su lugar, al imperio al que su alma pertenecía, pero que eso no significaba quebrar ninguno de los principios de los que tantas veces habían discutido y a los que habían jurado lealtad. Que haría cuanto pudiera por ayudar a su padre si Flavio Teodosio decidía escucharle, pues estaba convencido de que podría llegarse a un nuevo acuerdo. Que, aunque sus caminos y su destino se separaran, él siempre le adoraría y nadie podría acabar con su recuerdo. Que es injusto recriminar nada al pájaro herido y sanado que vuelve a volar.

Cuando más hundido estaba Cinegio, resignado a la adversidad y al ostracismo, sin capacidad de comunicarse con Nubel en forma alguna, mientras consultaba su dilema con el medallón de su padre, decidió aprovechar la oportunidad que le brindaba Kiria de mostrarle su cariño, su lealtad y su compromiso a Nubel.

Convencido, alegre, comprendió que no existe mayor enemigo para el hombre que su conciencia ni forma más poderosa de demostrar el amor por otro que hacerlo en silencio, sin palabras, regalos ni promesas vacías, empleando los hechos como único argumento.

Esa misma noche, silenciosamente, justo antes de acostarse, salió de su habitación en busca de la piedra oculta.

III

El plan de fuga de Kiria y Nubel tuvo éxito; con la vía despejada, desde el exterior accedió un grupo armado que sigilosamente eliminó a los centinelas para liberar a todos los prisioneros iubalenos. Cinegio no, claro. Sin haber cambiado conscientemente de bando, hacía mucho tiempo que había dejado de ser uno más. Encerrado en su cuarto ni siquiera tuvo la fortuna de percatarse de la lucha desatada por su destino y de cómo Kiria y Nubel se enfrentaron al resto del clan defendiéndole para impedir que fuera

ajusticiado.

El rescate supuso la primera pequeña victoria firmiana en la guerra, poco más que una escaramuza, pero de importante calado al convertirse en una enorme trasfusión de valor y esperanza.

Mientras Flavio Teodosio continuaba rindiendo fortalezas, Kiria, ansiosa por vengar su encierro, empeñó todo lo que había heredado para convencer a los aliados que dudaban y contratar una ingente masa de mercenarios. Ella pararía a ese hispano. Alguien había de dar caza a esos malditos romanos y expulsarlos de su tierra.

En Auzia tuvo el general hispano su primer gran aprieto.

Los firmianos, con el empuje y la riqueza de Kiria, habían logrado reunir un ejército de más de quince mil hombres. No todos eran pagados. Muchas tribus deseaban vengar las afrentas del *magister equitum* y, al acercarse la Navidad cristiana, los sacerdotes donatistas volvían a alentar desde sus púlpitos a agonísticos cincunceliones con nuevos ánimos.

Teodosio, tras Zucchabar, había tomado, aunque no tan fácilmente, Galonata y Castellum Tingitanum. Su rápido avance, la factura de la batalla y la necesidad de cubrir lo conquistado provocó que continuara en campaña solo con tres mil quinientos hombres, ni siquiera una de sus legiones completa.

Llegaba a Auzia tan cansado como el jabalí poderoso tras una carrera larga sorteando los ataques de la reala. Por lo que muchas veces se juzga como suerte siendo en realidad organización y pericia en el mando, Flavio Teodosio fue debidamente advertido por una de sus avanzadillas de la proximidad de las tropas enemigas. Sin dilación, comenzó a retirarse hacia Mazucana cuando estaba a punto de caer en la emboscada dispuesta.

Lo que se inició como ordenada retirada empezó peligrosamente a mudar hacia huida dadas la proximidad y violencia del enemigo. Fue en aquel momento donde se notó la calidad de la tropa que mandaba Flavio Teodosio y su valía como general. Cuando los demás huyen, el legionario experimentado busca a su superior y obedece. A ciegas. Solo el entrenamiento, la disciplina y la calma del soldado romano evitaron aquel día una debacle y que el águila de la I cambiara de manos.

Ante la imposibilidad de alcanzar la defensa del poblado, Flavio Teodosio se replegó sobre una colina formando en tortuga. Aquel

muro de escudos era para los bereberes lo que Roma para Aníbal. Inexpugnable. Allí aguantaron; esquivando piedras, saetas y lanzas que les arrojaban desde la distancia. Tragando saliva, sudando sangre, reemplazando en el muro formado a cuantos caían antes de que tocaran el suelo, golpeando escudos contra rodillas para desafiar a aquel enemigo que no se atrevía a acercarse pese a su evidente superioridad numérica.

Aguantaron hasta que llegó su oportunidad. Cuando los asaltantes empezaron a dudar al ver cómo los cadáveres de sus amigos les dificultaban el paso, cuando Máximo, guiando a la caballería, se lanzó al ataque y consiguió abrirse camino y defender el paso de los supervivientes hasta Mazucana.

Si habían defendido la solitaria colina, qué no serían capaces de hacer abrigados por las defensas del poblado. Estaban a salvo.

Teodosio pudo regresar a Icosium una vez dispersados los asaltantes. Lo hacía con la lección aprendida.

La guerra se alargaba otro año.

Transcurrió enero y vino febrero. Los firmianos, como en Mazucana, seguían atacando desde la distancia, encomendándose a la escaramuza y la emboscada, evitando el enfrentamiento frontal. Teodosio enviaba embajadas buscando aliados o eliminando los del enemigo; perdonaba afrentas, prometía premios o amenazaba según conviniera. Se reforzaba y esperaba a que se acabara el dinero de Kiria y asomara la primavera para regresar a los caminos a tragar polvo. Sus hombres se habían comportado y merecían el descanso. Partiría una vez ya todo dispuesto hacia los montes Caprarienses, pues, de cumplirse sus previsiones, era donde debía acabar refugiándose Firmo. Dejaría pasar lo más crudo del invierno; la montaña, aun siendo africana, siempre es montaña.

Durante aquella pausa volvió a reencontrarse con Cinegio y la sintonía se convirtió en música, porque, de forma parecida a como le pasaba al joven con Clivio, ambos disfrutaban con el papel de maestro y aprendiz, aunque con asiduidad intercambiaran los papeles.

Teodosio, en su grandeza, padecía, si no en lo sustancial, sí en las circunstancias. Seguía disfrutando de la veneración de su ejército y de la absoluta confianza de Valentiniano, su amigo, pero adolecía de compañeros de viaje. El que debía serlo de forma

natural, Máximo, cada vez era más león y menos hiena y con su natural simpatía arrastraba a buena parte de los tribunos distanciándoles del general. No llegaba a influir en la cadena de mando, pues todos respetaban y obedecían las decisiones del *magister*, pero evitaba que fuera en la mesa de su *praetorium* donde se discutían las sutilezas de las batallas alejándole de sus hombres, necesidades y deseos. Poco a poco. Horadando su autoridad como el océano la costa.

Tan humana es la crítica al superior como la ambición por su puesto, y en Máximo se cumplían ambos defectos. Quizás fueran ellos, disfrazados de la ambición como virtud, los que le llevaran a ser emperador y jugarse el mundo con Teodosio hijo tantos años después.

El padre, en aquellos días en África, extrañaba enormemente a Euquerio, su hermano mayor, su cómplice, su socio, más incluso que a su mujer y sus hijos. Hondamente preocupado, le escribía con frecuencia interesándose por su situación y salud después de lo mal que le había visto en Tréveris. Cierto era que le notaba recuperado, preocupado por la intrigas del imperio más que por restablecerse, contándole las innumerables cartas que recibía y que él ni siquiera ojeaba. Recordaba perfectamente su partida para regresar a Hispania tras perder en Britania, en la batalla de Arbeia, el ojo y el brazo derechos.

Algo del general había partido hacia casa con él, se había desvanecido. Probablemente lo más importante. Su flanco más social, abierto y humano. Su ventana. Su puente sobre el río. Su amigo, confidente y mayor crítico. Lo más parecido a su conciencia. Su marcha había acuciado la sordera separándole del mundo para encerrarle en nada más y nada menos que el deber. Olvidada tenía la risa y demasiado presente la nostalgia.

A la pérdida de Euquerio se sumaba que Teodosio había dejado junto a su hijo homónimo a buena parte de sus más allegados, a su otro hijo, Honorio, y a su primera plana: Nebridio y Crescencio, sus camaradas desde tiempos de Constancio. Floro, el padre de Achantia se había marchado antes, justo cuando él partía a África. Ahora le echaba de menos, pero él era quien le había insistido para hacerlo. Años llevaba guerreando solo por acompañarle. Por lealtad. Con razón, siempre le había preocupado más Julia que donde

quedara fijado el limes.

El pequeño Teodosio aún estaba tierno para el mando, no en capacidad según había comprobado en Germania, Britania, Iliria y Tracia, pero sí en liderazgo. Ahora ascendía a cabeza de león y aquello requería máxima lealtad a su vera. No resultaba sencillo dirigir legiones. Junto a su hermano Honorio y sus amigos, sus hombres más fieles, no debía encontrar problema. Tampoco existía otra alternativa si quería que creciera.

Acostumbrado y hasta cierto punto resignado a la soledad, descubrió en la compañía del joven Cinegio una distracción, un entretenimiento alejado de los recuerdos de los suyos, de los banales intereses de sus hombres y de la monotonía del soldado. Conquistado al conocerle por su reservada e inteligente mirada, con gusto descubría cada día su rápida adaptabilidad, su memoria para los detalles, su arte innato para los matices y entender cuándo procedía hablar y cuándo escuchar. Pese a su burdo latín, conocía bien a los clásicos y solía poseer opinión sobre cualquier tema, aunque, perspicaz, la escondiera. Aquel chico, nuestro Cinegio, poseía una inteligencia sorprendente, incluso brillantez detrás de su aspecto reservado. Todas estas cosas a nuestro general le divertían y para las personas de la categoría y la clase de Flavio Teodosio el Viejo, el *magister equitum*, la habilidad para resultar divertido constituía el modo más sencillo de ganarse el afecto.

En ocasiones, llegaba a sincerarse aconsejándole como si de su hijo se tratara. Extraño en él, quizás acuciado por cierta soledad, notaba una extraña sensación en su trato que achacaba al momento en que le había conocido. Un augurio que le empujaba a confiar en él. Coincidiendo con la llegada de la luna a Sagitario y siguiendo la vieja tradición del *patrocinium* romano decidió hacerlo.

—Cinegio, seremos sinceros, sabes cómo te aprecio, pero complicado para un hombre como tú, a pesar de tu buen juicio, es hacer fortuna. —Se encontraban en el *praetorium* de Teodosio, en su mesa plegable de trabajo, Cinegio sentado en una de las sillas marrones de tijera y Teodosio en la suya dorada de cuatro patas, al día siguiente partían hacia Tipasa dejando Icosium.

Firmo, agotado el tesoro de Kiria, había perdido el apoyo de sus mercenarios y carecía de capacidad logística para mantener a los agonísticos circunceliones. La mayoría de sus hombres, campesinos,

se habían dispersado pensando más en la vecina cosecha que en la guerra. Se acercaba marzo y Teodosio había decidido comenzar la caza.

Cinegio, avisado por el general, en aquel momento, acariciando su medalla como hacía cuando percibía que se dirimía algo importante, le escuchaba atento mientras continuaba hablando.

—Por supuesto, bien podrías ganarte la vida modestamente como maestro o preceptor de alguna noble cuna; tu griego y conocimientos son notables, pero guardas más que eso. Mucho más. No sé muy bien qué es exactamente, pero algo más hay. El día de nuestro encuentro, el primero de los idus de junio, en Igilgili, tuve una premonición. No soy yo muy proclive a ellas, aunque mi padre sí lo fuera. Él vislumbraba presagios con facilidad, a todas horas. En cualquier caso, no puedo negarme a mí mismo lo que sentí. Tú venías a ayudarnos. Estabas allí para algo. Quiero creer lo que siento. Pecado sería tanto para Roma como para ti que lo ignorara y permitiera que te perdieras como la flor solitaria que brota en el desierto. —Tras el silencio que se respeta antes de las confesiones, prosiguió—: Sabes que no me opondría a tu marcha, si así lo desearas. —Cinegio lo sabía. Jamás se lo había confirmado de forma tan literal, pero en múltiples conversaciones bien se lo había dejado entrever el general.

Hizo una pausa y, con un guiño de mutua comprensión, continuó su disertación:

—Largo tiempo he discurrido sobre cómo, además de asegurar tu compañía, exprimir de la mejor forma tu talento. Lástima no haberte podido moldear antes y que llegues algo tarde al ejército donde sobresalir es asunto propio, de la carga que soporte cada uno sobre los hombros y el mérito que demuestre. El mismo augusto, mi amigo Valentiniano, es hijo de un humilde cordelero provinciano que se ganó con su destreza y arrojo su posición de tribuno, conde y prefecto. —Señaló una réplica de las águilas de sus legiones que tenía junto a sus arcones—. Aquí, bajo su mando, para triunfar, además de la fortuna, hay que arriesgar. Quizás no debiéramos desdeñarlo y bien podríamos estudiarlo, aunque me temo que tu encaje llegue demasiado tarde. Conozco el trato que en mi casa se te dispensa, pese a mi relativa protección y estoy seguro que aún peor sería entre las filas. Tampoco ignoro que poco, de todas

maneras, has hecho tú por tu parte para acercarte a alguien que no te busque previamente, ensimismado en tu soledad y los libros que con gusto te presto.

Se reclinó en el asiento, reflexionando, mirando al techo de color crema recién bruñido antes de la campaña, del *praetorium*. Luego volvió de nuevo la mirada hacia Cinegio.

—Definitivamente, dudo que tu carácter encaje entre la milicia. Hay algo que no soy capaz de definir en él, para el que me cuesta vislumbrar tu acomodo y que provoca mi temor a que, independientemente de buscarte el mejor destino, seas extraño allá donde te encuentres, forastero en tu casa, perseguido de no hallar fortuna, víctima de tu talento y mi premonición. Convencido estoy de que para ser aceptado, querido o tratado has de provocar que te necesiten o que te respeten cuando menos. Para ello, tú mismo has de convencerte de tu valía, de la importancia de tus actos, ambicionar un objetivo, entregarte a alguna causa o persona. Sin esto, temo que estés abocado a la desgracia.

»Los talentos como el tuyo necesitan de un gran hombre o un gran cometido que los promocione. Hoy, con la luna vigilándonos y aunque según la tradición debieras ser tú el solicitante, es eso lo que te ofrezco. Que mi *patrocinium* acompañe a mi presagio. Que sirvas a mi casa. Para empezar en esta campaña relatando cuanto sucede, en el futuro, quién sabe de qué otra manera.

Flavio Teodosio hacía tiempo que no separaba su mirada de la de Cinegio, orgulloso de haberle confesado su secreto y al descubrir cómo se humedecía la suya. Cinegio, con gran vergüenza, luchaba por contener las lágrimas, así como el intenso deseo de arrojarse en los brazos del hispano para agradecerle su generosidad. Sin acabar de entender demasiado bien las razones del general, tratando de recomponerse y con la ayuda del medallón de su padre le contestó agravando cuanto pudo su voz.

—Teodosio, no solo me has devuelto a Roma, a mi padre y a mi tío. Me has devuelto a mí mismo. Insignificantes son mis desdichas comparadas con mi fortuna al cruzarnos. Solo temo no poder cumplir tus expectativas, pero nada quedará por mi parte para que no sea así. Además, no variemos la tradición y recibe hoy mi humilde petición de *patrocinium* y ayuda. Orgulloso estaré de servirte en cuanto consideres.

Al día siguiente, con la tropa debidamente pertrechada, marcharon a las montañas pasando previamente por Tipasa. Lucharon sin piedad ni cuartel con caprarienses y abbani hasta tomar la civitas Contensis, una de las bases más importantes de Firmo donde liberaron a cientos de prisioneros romanos. En su tortuoso camino, junto al hostigamiento de los firmianos habitual era que recibieran ataques bárbaros de los pueblos etiópicos, advertencias de cercanía del limes romano. Teodosio soñaba con devolver las afrentas, pese a saber tan bien como sus enemigos la imposibilidad de hacerlo. No debía variar su objetivo fijado: Firmo.

La persecución se alargó durante la primavera, despidió al verano y saludó al otoño, no siempre con el mismo signo, pero sí con tónica similar. Flavio Teodosio, como los buenos jugadores, cuando perdía, perdía poco y, cuando ganaba, lo hacía fuerte. Combatió y combatió sin cejar en su empeño. En mil terrenos y empleando una enorme variedad de tácticas. Buscando el hombre a hombre. Aprovechando siempre la disciplina y superioridad física de su tropa y la anarquía de su enemigo. Castigando de forma severa y cruel, sin clemencia alguna, a cualquier pueblo que ayudara al fugitivo y premiando a los que a él le abrían las puertas. Sembrando de cadáveres la provincia entera, desde los escarpados barrancos nevados del Atlas hasta el abrasador desierto del interior.

Al fin, la oportunidad apareció cuando ya el otoño reinaba e incluso el invierno, casi tras un año completo de campaña, había avisado un par de veces. No pudo ser en batalla, pues Firmo, escurridizo, se mostraba tan inalcanzable como el horizonte, capaz de escapar de emboscadas imposibles y derrotas absolutas.

La solución se llamó traición y se apellidó Igmacen, uno de los grandes aliados firmianos desde los tiempos de la reunión en Volubilis, casi el único fiel que le quedaba, el gran rey de la comarca. Harto de perder hombres, más de veinte mil, tierras y cosechas. Asfixiado y cansado de aquel terco hispano con el que tan difícil era negociar como pelear, acabó rindiéndose a la única petición del *magister equitum*: quería a Firmo, y lo quería vivo.

Igmacen no pudo cumplir todo lo pactado, ya que tras prender a Firmo en su propio palacio, previamente a poder entregarlo, en un descuido de su guardia según alegó más tarde, el orgulloso príncipe iubaleno se ahorcó. En el fondo, debemos alegrarnos de tal fin para

un valiente, mal le hubieran sentado las cadenas y grilletes.

Flavio Teodosio regresó victorioso a Zucchabar y fue recibido a sus puertas con el suelo alfombrado de flores y el reconocimiento con el que se tributa a los héroes y leyendas.

Como en Britania, ingenuo, mientras disfrutaba en el desfile y saludaba al pueblo que vehementemente lo aclamaba, montando a Fuego, con su porte digno de estatua, soñaba con que quizás, en aquella ocasión, por fin, después de pacificar una nueva provincia, pudiera realizar aquel mismo paseo celebrando el triunfo en Roma, retirarse junto a su familia en su añorada Hispania y pasar a la historia con el sobrenombre de Africanus.

Al llegar a palacio, Flavio Syagrio, un mensajero llegado desde Tréveris dos días antes, hombre de plena confianza de su hermano Euquerio, aparcó sus ensoñaciones devolviéndole al crudo presente. La noticia era grave. Fue en su hijo en quien pensó primero y no en él mismo, quién sabe si equivocándose o, al menos, acertando a medias. Debía tomar decisiones inmediatas, ganar un tiempo vital y evitar oídos indiscretos y rumorologías que pudieran condenarle en el futuro.

Sin vacilar, inspirado, ordenó llamar a Cinegio. Tenía claro que el momento del joven había llegado. Nadie preguntaría por él y, dada su experiencia e inteligencia, bien podría servirle en la idea que ya pergeñaba.

—Escúchame atentamente, Cinegio —le dijo según entró nuestro protagonista en su despacho y se quedaron solos junto a Syagrio, sin ni siquiera permitirle sentarse, encarándole de pie—. Si cierto es el mensaje que hasta aquí ha traído mi buen Syagrio un grave peligro se cierne sobre el emperador y sobre Roma. Poderosos enemigos le acechan y no precisamente más allá del limes. —Cinegio le escuchaba ensimismado, atónito por el grave tono del general que le observaba fijamente con su relampagueante mirada azul añil. Consciente de la importancia de sus palabras, capaz sería más tarde de recordarlas una a una—. No es solo la suerte de mi amigo lo que me preocupa, sino las consecuencias que para mí y especialmente para mi familia pudiera conllevar su relevo en el trono. Partirás inmediatamente hacia la Moesia, probablemente al norte, junto al Danubio, donde mis hijos combaten a sármatas y alamanes. Allí, aunque bien conocen a Flavio Syagrio, por si algo le sucediera y

para que no duden sobre la procedencia del mensaje, tú les entregarás esto. —Mientras hablaba se había quitado el anillo que portaba su sello familiar. Grande, pesado, hermoso, brillante. Se lo entregó a Cinegio y, muy serio, pero con fondo y mirada amable, afirmó—: La misma sensación, el presagio de reconocer algo distinto al verte me lleva a enviarte ahora para proteger lo que más quiero. No sé muy bien por qué ni cómo, pero convencido estoy de que habrás de serle de ayuda o que al menos asegurarás la entrega del mensaje. Junto a él llevará este anillo, estoy seguro de que mi hijo lo portará con orgullo.

—Haré lo imposible por que aciertes —le contestó Cinegio, sincero, aunque de alguna forma asustado, pues un sentimiento de pérdida le atenazó inmediatamente al coger el anillo. Como si, al desprenderse de él, Teodosio quedara indefenso ante un incierto destino.

Girándose, Teodosio se volvió hacia Flavio Syagrio.

—Ha de ser Cinegio quien se lo entregue y tú confirmarás que soy yo quien le envía como mensajero. —Volviendo a Cinegio, marcando con claridad el cometido de cada uno, ordenó—: Dirígete directamente a mi hijo Teodosio para decirle: «Graciano acecha el trono y muchos son los que ven con buenos ojos el relevo. Recuerda lo acontecido en Tréveris entre vosotros. Prepárate; abre los ojos, escucha los susurros y olfatea el viento, bien sabes que la caza no siempre rompe de frente. A la mínima señal de alarma desaparece. Parte a Cauca y no a Itálica sin dilación, por mar, pese al riesgo que entraña en esta época, pues seguro estoy de que la fortuna habrá de sonreírte. Confía en Cinegio, mi mensajero, para ello. Allí nos encontraremos». ¿Podréis recordarlo? —Cinegio y Flavio Syagrio repitieron con tino cada palabra—. Perfecto —celebró Teodosio tras escucharles—. Partid inmediatamente. Demasiado tiempo hemos perdido ya.

12

I

Drobeta, Moesia, calendas de noviembre de 375

El puente de Trajano se divisaba a más de tres leguas de distancia.

Muchos emperadores se vienen repitiendo a lo largo de esta historia y seguramente el hispano sea de los que merecería encabezar tan honrosa lista si es que alguien encontrara algún motivo para clasificarlos. Así al menos lo consideraron sus coetáneos al bautizarle como *optimus princeps*, y así deberíamos hacerlo nosotros si juzgáramos en base a quien confirió a Roma su máxima extensión o quien acometió las más osadas reformas sociales.

Aquel puente era su gran obra. Su hazaña más extraordinaria. Su desafío a la eternidad. Su pirámide. El mayor trabajo de ingeniería acometido en la historia del imperio, quizás de la humanidad por cómo, cuándo y dónde se forjó. Una recta infinita que, indómita, se atrevía a seccionar el Danubio desde Drobeta hasta su orilla bárbara, al otro lado del cañón apodado como las Puertas de Hierro. Casi una milla completa de extremo a extremo.

La mano culpable de aquella obra, además de las de los más de cincuenta mil hombres que empleó Trajano entre esclavos, ingenieros, subsidiarios, legionarios y arrieros, había sido la de su arquitecto favorito, el maestro Apolodoro de Damasco. El mismo que lavó la cara de Roma, modernizándola con hospicios, viviendas sociales y termas, y la embelleció con el renombrado foro de Trajano, sus columnas y sus templos. También el que alargó sus calzadas, fortaleció sus defensas y acometió infinitas obras en medio mundo.

El desafío del puente era mayúsculo, pues, junto a tener que sortear el brutal y constante acoso de los dacios, cada pilar debía anclarse con enorme profundidad en el río ya que sus dóciles aguas

eran engañosas, con multitud de remansos y un lecho cenagoso. El gran Trajano, además, metía prisa, ansioso por comenzar su segunda guerra Dacia contra Decébalo, para la que había reunido el mayor ejército desde los tiempos de Augusto, unos ciento cincuenta mil hombres que acabarían alcanzando el reino nabateo. El inmortal Apolodoro lo consiguió en tres años. Bien merecido es que también hubiera quien bautizó al puente con su nombre.

Cinegio se perdía en la cuenta de cada uno de los veinte pilares cuadrados de piedra y ladrillo de sesenta pies de anchura y ciento cincuenta de altura desde los cimientos, sesentos por encima del sinuoso curso del río. Se situaban a intervalos de ciento setenta pies y estaban unidos por colosales arcos de madera.

El puente de Trajano, o de Apolodoro, firmaba un cuadro imponente, con el Danubio a sus pies y la solemne cordillera de los Cárpatos de fondo, la muralla europea frente a los salvajes jinetes del este aparecía tan cercana como para percibir su aliento invernal. Afortunadamente para el africano, este todavía no se había presentado con rigor. En su ignorancia, con noviembre ya reinando en el calendario, había creído que una vez cruzado el mar y enfilado el norte lo mismo daba el Rin que el Danubio y le había sorprendido gratamente encontrar en la Moesia un clima benigno donde esperaba hallar el frío de Tréveris.

Aquel parecía un lugar bendecido por los dioses hasta que reparabas en el detalle y advertías el aroma.

Drobeta hedía a muerte, a limes. A acero, fuego, sangre y dolor. A guerra. Con asiduidad la ciudad había sido asediada y atacada los últimos años y el puente llevaba décadas sin uso alguno, siendo paisaje, acostumbrado a cambiar de mano. Incluso había sido quemado siglos antes por Adriano, en una época en que se había convertido en amenaza en lugar de oportunidad.

Teodosio el Joven, el *dux Moesiae*, flamante vencedor en las últimas campañas contra sármatas y alamanes, tras dos años a la defensiva, aspiraba a cambiar la dirección de tránsito en el puente y atacar a los bárbaros en su propio territorio. Valentiniano ya lo había hecho aquel verano contra los cuados en el noroeste de la Iliria, en su Panonia natal. Para tal menester Teodosio necesitaba recuperar y fortalecer aquella estratégica posición, las Puertas de Hierro, como una de las bases principales en la Moesia.

Deseaba llevar la guerra a las casas de sus enemigos. Incendiar sus poblados, violar a sus mujeres y capturar a sus hijos como esclavos. El *dux Moesiae* concentraba allí a una de sus dos legiones, la IV Flavia, y la reforzaba con dos centurias de *milites exploratorum*, tres cohortes auxiliares de infantería, cuatro *cunei* de caballería y sus dos flotillas fluviales. Más de siete mil hombres y dos decenas de embarcaciones en total, la mitad de sus efectivos. Allí pasaría el invierno preparando la campaña de la siguiente primavera. La de castigo para los que aún permanecían sediciosos después de asegurar la frontera con el Danubio y comprar con oro la alianza de algunos príncipes rebeldes.

Cinegio alcanzó Drobeta acompañado por Flavio Syagrio y una unidad de *exploratores* que con su mismo destino habían encontrado, ya cruzada la ciudad de Horreum Margi.

Desde su salida de África, primando urgencia sobre seguridad y desahogo, confiando en su buena estrella y en el presagio de Teodosio el Viejo, Cinegio había quemado etapas al ritmo de Filípides desde Maratón a Atenas. A rebufo de Syagrio, sin osar escupir queja alguna, cubrieron a caballo el camino de Zucchabar a Utica sin apenas dormir y cambiando de montura de refresco cuando Cinegio todavía no advertía cansancio alguno en el caballo, a ritmo de tres diarios. En la cuarta jornada y tras empeñarse Syagrio en realizar un sacrificio en honor a Neptuno en los lares *permarini* alquilaron una rápida embarcación que, gracias a un suave y constante siroco que les empujó desde el amanecer del quinto día, les dejó al mediodía del octavo en Italia. Allí sufrieron de nuevo la incomodidad del caballo y la falta de descanso para cruzar desde Puteoli a Barium en dos nuevas jornadas y volvieron a embarcarse hacia la Iliria tras el pertinente sacrificio a los lares. Los dioses volvieron a agradecer su fervor y esta vez fue el poniente el que sopló de oeste. Alcanzaron Dalmacia día y medio más tarde y una vez allí volvieron de nuevo al caballo para cruzarla y hacer lo mismo con Moesia hasta Drobeta en tan solo seis días. Diecisiete días y medio en el trayecto completo. Algo impensable de no contar con mucha habilidad, gran obstinación y, por supuesto, el favor de los dioses o de la fortuna, según el parecer de cada cual.

Flavio Syagrio era tan silencioso como práctico, mucho más ducho que Cinegio en la negociación, la elección de caminos y la

lectura de hombres o situaciones peligrosas. Tan cicatero en palabras y cumplidos como generoso para asegurar veloces embarcaciones y monturas. Con la suficiente inteligencia para no resultar tacaño ni caer en la ostentación que despierta sospechas y la codicia ajena. Con esa capacidad de algunos elegidos de alta cuna para manejarse en el mismo registro del que se les siente enfrente, ya sea capitán de navío, tabernero de pueblo o funcionario del imperio. Educación, lo llaman algunos.

Cinegio, con el suficiente tiempo transcurrido desde la pérdida de su tío Clivio como para acompañar su recuerdo con una sonrisa en lugar de una lágrima, evocaba las lecciones que le enseñara en sus viajes: mantenerse siempre alerta, aprender a cada paso, interpretar las peores penurias como las mejores maestras y, sobre todo, disfrutar del trayecto y la aventura, del ahora y no del luego. Con solamente su sombra persiguiéndole, sin preocupación alguna más allá de la de alcanzar más rápido el horizonte, escapando de su pasado como la estela que despedía a su nave al cruzar el mar, nuestro joven se sentía libre para buscar su propia suerte y ser dueño de su destino.

Quizás, sin siquiera detenerse a considerarlo, fuera feliz.

II

Heredando la sana costumbre de su padre, el joven Teodosio pasaba más tiempo en el campamento militar de sus legiones que en las residencias oficiales de las ciudades que ocupaba. Hasta la *porta praetoria* llegó la comitiva de Cinegio.

—¡Alto ahí! —exclamó una cabeza asomada a la ventana de la almena del fuerte una vez abierto el postigo principal. Cuando todavía se encontraban a unos cien pies de distancia—. ¡Identifíquese! —gritó la voz.

—Somos una caravana de refuerzo de *exploratores* —respondió el centurión de la unidad también a voz en grito—. Además, nos acompañan dos mensajeros con despacho para el *dux Moesiae*. Yo, Lucio Cato Craso, estoy al mando.

—¿Contraseña? —exigió el centinela.

—¡Marco Aurelio! ¿Permiso para aproximarnos?

—Claro, amigo, llegáis antes de lo que esperábamos, habéis debido correr. ¡Abrid las puertas!

En el interior descorrieron el cerrojo y subieron la barra del portón. La madera crujió al abrirse y los mulos que tiraban de los carros que portaban los pertrechos de la unidad de refuerzo tomaron impulso para subir el pequeño repecho de entrada al campamento. Mientras los exhaustos legionarios formaban, tras descender por la escalera de madera de la almena, la misma voz que les recibiera, se dirigió a Syagrio y Cinegio en tono autoritario.

—Bien, entregadme el mensaje, veamos de que se trata —dijo el centurión de guardia, según atestiguaba su corta túnica blanca, la *crista transversa* que adornaba su casco y la *vitis* que portaba en su mano.

—Somos Flavio Syagrio y Materno Cinegio, legados de Flavio Teodosio, el *magister equitum*. Lamento no poder entregarte nada centurión, pues se trata de un mensaje personal para su hijo Flavio Teodosio —respondió Syagrio, educado pero firme.

—Vamos, amigos, no me compliquéis la existencia —resopló el centurión con cierta desgana y aire de superioridad, blandiendo la *vitis* de forma algo amenazante—. ¿No pensaréis de verdad que podéis entrar de esta forma y hablar directamente con él? —preguntó extendiendo las manos.

—Disculpa, centurión, ¿con quién tengo el gusto de hablar? Siento no haber captado tu nombre —le preguntó Syagrio ignorando la vara de vid y el desdén del centurión, con suficiencia y cierto tono sarcástico que anunciaba o cierta superioridad o una clara temeridad.

—No te lo he dicho —respondió algo desconcertado. Incómodo ante aquella descontrolada situación. Haciendo una pausa, sopesando posibilidades, observando detenidamente a Flavio Syagrio para encontrar solo determinación y ni un resquicio de duda, decidió hacerlo—: Soy Licio Cornelio, centurión de la IX cohorte, por si necesitas más datos, Flavio Syagrio —dijo, recuperando la compostura y el aplomo al confirmar su posición.

Pronto se daría cuenta Cinegio de que aquel orgullo que brillaba en los ojos de Licio Cornelio al descubrir su cargo era norma habitual entre todos los de su rango, pues los centuriones eran plenamente conscientes de su ascendiente dentro del ejército.

Hombres que accedían a tal puesto por sus años de experiencia, su valor y desempeño en la batalla y no por herencia o amiguismo. Aquel penacho rojo sobre su casco, la *crista transversa*, era el que se distinguía siempre en medio de los combates más encarnizados o las misiones más comprometidas. Del que en las batallas huían los enemigos cobardes y perseguían los valientes. Eran el corazón de la legión, el corazón de Roma.

—No te preocupes, entiendo tus reservas, Cornelio, y haré constar ante Flavio Teodosio tu resolución y celo en los procedimientos. No osaré complicarte la existencia, pues, como verás, lo que te solicito es bastante sencillo: solo tienes que anunciarle a él, a su hermano Flavio Honorio, o a alguno de sus legados hispanos, que Flavio Syagrio, de la Galia, viene a entregarle un mensaje de su padre y de su tío Euquerio. Con eso ha de resultar suficiente para permitirnos la entrada. —Syagrio seguía sin dudar, hablaba al centurión con la seguridad de quien ejerce el mando. Dirigiéndose a él de forma familiar, por su segundo nombre, con la serenidad de quien realiza un cometido ya conocido. Cinegio a su derecha, firme, acariciando en el bolsillo interior de su túnica el medallón de su padre, admirando el comportamiento de Syagrio, trataba de no restarle un ápice de empaque y transmitir su misma tranquilidad mirando a los ojos del confundido centurión. Así le escuchó concluir—: Te aseguro que mi compañero y yo no llevamos cruzando el imperio cerca de un mes sin apenas descanso para perder el tiempo ahora contigo.

Observando de nuevo a Syagrio, herido en su vanidad por su altivez, y más aún por que sucediera en público, decidió ser inteligente, tragar saliva y orgullo y no arriesgarse.

—¡Marco, baja inmediatamente! —gritó. Un *optio*, que bien podía haber sido un rayo por la velocidad en sus movimientos, se cuadró a su derecha—. Quiero que acompañes a estos hombres hasta el *praetorium* y que los presentes tal y como te indiquen. —El centurión, como buen veterano, era consciente de que cuanto mayor era el rango al que se dirigía el mensaje, más extraña podía resultar la forma de entregarlo. Tampoco, pese a perseguirlo, había hallado nada sospechoso en los mensajeros más allá de su evidente aplomo. Si mentían eran consumados maestros en ello. De cualquier modo, pese a creerles, no arriesgaría él mismo su reputación al

escoltar a una posible falsa embajada. Para eso estaba Marco—. Espero que portéis buenas y, sobre todo, veraces noticias, señores —dijo, dirigiéndose de nuevo a nuestros conocidos. Sin quitarles la vista, esbozando una siniestra sonrisa y un nuevo movimiento de su *vitis*, concluyó ordenando a su inferior—: Ah, Marco, si hubiera algún problema, cualquier cosa, asegúrate de avisarme para resolverlo personalmente.

—¡Sí, señor! —bramó el *optio*, obediente.

Enfilando la vía Praetoria el *optio* Marco dirigió a Flavio Syagrio y Cinegio hacia el *praetorium* del *dux Moesiae*.

III

Al entrar en el *praetorium*, Cinegio descubrió con agrado que la preferencia de dormir en el campamento antes que en residencias oficiales no era lo único que había heredado el joven Teodosio de su padre.

Por empezar con los detalles menores, la tienda del hijo era prácticamente una copia de la del *magister* en África: humilde, limpia y ordenada. Entre las escasas diferencias reseñables destacaban una espléndida y mullida piel de oso pardo sobre su camastro en lugar de la de león del Viejo, una biblioteca peor provista en su dormitorio y, especialmente por su significado y trascendencia, una sencilla cruz de madera y un pequeño retablo con el pez cristiano junto al templo de plata que albergaba las figurillas de su personal lar familiar.

Estos detalles, sin embargo, no fueron los que llamaron la atención de Cinegio, pues, mientras Teodosio se acercaba a recibirlos, lo que le atrapó fue el relámpago añil de su mirada, la misma, cargada de determinación y energía, que tenía su padre. También ese característico porte sencillo y aristocrático a la vez, relajado, su gesto elegante y seguro, su culto y grave latín de marcado acento hispano ladrado por un mastín.

—¡Flavio Syagrio, viejo amigo! ¡Qué gran sorpresa! —exclamó mientras le abrazaba. Apartándose, observándole, sacudiéndole el polvo del camino de los hombros y el costado, cogiéndole por los antebrazos en señal de franca amistad, con una gran sonrisa,

prosiguió diciéndole—: Yo te hacía en Tréveris, junto a mi tío. Entiendo que tu agradable visita no será de cortesía juzgando tu aspecto y hedor. Amigo, apestas como si regresaras de una batalla o una cacería.

Teodosio era la versión mejorada de su padre, entre otras cosas, porque se encontraba en esa edad de plenitud a la que llega el hombre cuando vislumbra la treintena. Cuando en su mirada combina el arrojo del joven que gustoso acepta cualquier reto con la experiencia del veterano capaz de deshacerse de una jugada ganadora si percibe algún peligro cercano.

El joven era un palmo más alto que su padre y algo más corpulento, de espalda generosa, cuello recio, largos brazos y poderosas piernas. Su tez era morena, más dorada que cetrina. Iba sobrado de un pelo que aún no amenazaba con clarear o vestirse de blanco, castaño tirando a rubio, corto y algo rizado, peinado a la antigua moda que dejaba al flequillo invadir la frente. La boca, a diferencia de la de su padre, era grande, con los labios anchos, incluso algo femeninos por su volumen. La dentadura sana, completa, vigorosa y limpia. Con el Viejo compartía una nariz algo desproporcionada, quizás la suya aún más fea por pronunciarse la forma de pera. En cualquier caso, el parecido con su progenitor era enorme, como su voz, como el que compartía con el que debía ser su hermano Honorio que, a su lado, ahora abrazaba también a Syagrio.

—Encantado de conocerte a ti también. Un compañero de Syagrio es un amigo. Sé bienvenido a nuestra casa —dijo Teodosio, estrechándole con fuerza la mano a nuestro protagonista.

—El placer es mío. Mi nombre es Materno Cinegio —respondió algo tímido, como siempre, el africano.

—Bien, supongo que estaréis hambrientos, pues obvio es concluir que tiempo lleváis de camino. Cenaremos algo mientras relatáis el motivo de vuestra visita.

En lo que se alargaron las presentaciones y saludos entre Cinegio y Syagrio con Honorio, Nebridio y Crescencio, que eran quienes acompañaban a Teodosio, trajeron jabalí, conejo y venado a la brasa, nada demasiado elaborado, pero muy sabroso, acompañado de diferentes verduras, queso y pan blanco. De beber les sirvieron un vino tremendamente aguado, así le gustaba tomarlo a Teodosio,

que claramente no había heredado el paladar de su padre y que además era enemigo de excesos y borracheras.

—Bueno, Syagrio y Cinegio. Intrigados estamos ante vuestra visita. ¿Qué es lo que hasta nosotros os trae? —quiso saber al poco de que trajeran la comida, sin haberla probado y dejando que sus invitados sí lo hicieran ávidamente.

—Cierto, disculpad mi ansia con la comida y la bebida, que, por cierto, es excelente, pero llevo desde que partí de África casi alimentándome a base de pan y carne cocida —contestó Syagrio. Sin poder evitarlo, colocando la mano en la boca, soltó un abrupto regüeldo digno de un iubaleno—. Perdón de nuevo. Prácticamente Cinegio y yo no hemos probado nada caliente desde hace tres semanas, pues evitábamos las tabernas y detenernos excesivamente. —Mirando a Teodosio y Honorio fue al grano—: Vuestro padre nos pidió que fuéramos expeditivos, así que evitaremos rodeos innecesarios. También deseaba que fuera Cinegio el que os diera el mensaje y que yo te lo anunciara a ti como su mensajero personal.

Cinegio repitió cada palabra del mensaje que le encomendara el viejo Teodosio. Aquel que le avisaba sobre el peligro que se cernía sobre Valentiniano por parte de su hijo Graciano e indirectamente sobre Teodosio hijo por su encontronazo en Tréveris. Al acabar, del mismo bolsillo interior de su túnica en el que guardaba la *phalera* de oro, sacó el anillo que le había cedido Teodosio el Viejo para entregárselo a su legítimo destinatario.

—El anillo de mi padre. —Teodosio lo contempló, atónito, ensimismado, sujetándolo con el respeto con el que las vestales cuidaban el fuego sagrado. También su hermano Honorio, a su lado, lo observaba consternado. Hablándole al anillo, buscando allí a su padre, perdida la mirada entre su oro y el dibujo de sus esmeraldas, continuó—: Jamás se lo había quitado desde que se lo regaló mi abuelo Honorio, cuando marchó a combatir a la Galia junto a Juliano. Porta nuestro sello familiar, el de la dinastía Ulpio-Aelia que nos entronca con Marco Aurelio, Lucio Vero, Adriano y, por supuesto, Trajano, el *optimus princeps*. No tiene sentido. No entiendo por qué ha decidido quitárselo. —Tras un silencio de reflexión, volvió la mirada primero a Syagrio y más tarde a Cinegio —. Tenía entendido tanto por su propio puño como por otras fuentes que la campaña contra Firmo, aunque larga, marchaba bien

para nuestros intereses y próxima a concluir. ¿Acaso está en peligro? Decidme, ¿está bien mi padre?

—Nada has de temer, Teodosio, por ese lado. Firmo ya es pasado —contestó Cinegio, ya metido en su papel de interlocutor. Sincero en su respuesta, aunque no del todo, ya que dudó si añadir el extraño sentimiento que le atenazaba desde que el Viejo le entregara el anillo. Descartándolo, continuó para tranquilizar al hijo, evitando hablar de aquella inexplicable intuición—. Su muerte acabó con la rebeldía bereber y certificó el final de la guerra. Ahora tu padre debe encontrarse organizando la provincia, en perfecta salud y alto de ánimo.

—¡Bien! —exclamó Teodosio—. Había oído que estaba todo concluido, pero bueno es confirmarlo, aunque en cierto modo lo sienta por él. —Ante la cara de extrañeza de Cinegio y la sonrisa de su hermano se explicó—: Mi padre prefiere sufrir la peor de las campañas antes de enfrentarse al baile de juego e intrigas del gobierno provincial. No soporta la burocracia y el papeleo. Ahora que lo descubro, entiendo bien cuando decía que es lo más arduo, ingrato e importante de un buen general. En nuestra ingenuidad, desde fuera del *praetorium*, imaginamos a los generales como los amos del campo de batalla, héroes que atacan al enemigo encabezando a sus legiones, que encuentran sobre el mapa que adorna su mesa o su pared la táctica perfecta y el atajo inverosímil o que arengan a sus hombres tan magníficamente como para que no duden en enfrentarse a un enemigo más numeroso, a gigantes o incluso a los dioses. —Sonrió, y tras un silencio compartido dio un trago a su vino aguado—. La realidad, desafortunadamente, es muy distinta. Muchos menos son los momentos de acción que las infinitas tareas invisibles, los miles de escritos enviados y recibidos para mantener el orden y la disciplina que aseguran que un ejército o una provincia funcionen. Esa logística, esa eficiencia metódica, ese conocimiento de hombres, posiciones y quehaceres, es el secreto de un buen general, de un buen líder, mucho más allá que una carga afortunada. Pero, bueno, volvamos al tema que nos ocupa. Si todo en África está ya tranquilo, ¿a qué se debe que te envíe con el anillo?

—No lo sé —contestó, sincero, Cinegio—. Difícil para mí es explicar sus razones, mucho más ahora que vislumbro la

trascendencia del anillo. Más aún entender por qué debía ser yo quien lo hiciera. Cuando tuve la oportunidad de preguntárselo, me aseguró que se trataba de una corazonada, que seguía su intuición por un presagio que le indicaba que aquello era lo correcto. Que tú debías ser su nuevo portador. Convencido estaba de que te ayudaría de alguna forma ante los peligros que se avecinaban.

—También pensaba que Materno Cinegio había de colaborar con esa fortuna y que debías mantenerlo cerca —terció Syagrio.

—Vaya… —dijo el joven Teodosio tras otro prolongado silencio. Todavía sin atreverse a lucir el anillo, observándolo con devoción. También comenzó a hacerlo con el africano. Penetrándole, ahondando en su interior. Buscando leer en su alma aquello que su padre había encontrado y le regalaba—. Muy extraño es en mi padre este comportamiento.

—Cierto —corroboró Honorio—. No solía ser amigo de presagios ni supersticiones, aunque los respetara como buen seguidor de Mitra. Anda que no se metía con el abuelo por eso.

—Nunca se sabe cuándo han de llegar —intervino Crescencio—. Lo importante es estar lo bastante despierto para reconocerlos y ser lo suficientemente inteligente como para seguirlos. Convencido estoy en que si vuestro padre ha hecho esto es por algo y bien harías tú —dijo, mirando y dando casi una orden al hijo— en obedecer sus deseos y ponerte su anillo.

—Le haremos caso, por supuesto —admitió Teodosio, colocándoselo en el anular y mirando su mano—. Me siento raro, de todos modos, como si no me perteneciese o no todavía, al menos. Como si se lo robara. Temo que su deseo sea el de salvar el anillo y no el salvarme a mí y que algún peligro le ronde.

—No digas tonterías, hermano —dijo Honorio—. Ya hemos oído que la guerra en África ha terminado y cierto es que, de morir Valentiniano, tal y como elucubra el tío Euquerio, Graciano iría a por ti y no a por padre, después de cómo le zurraste en Tréveris. Crescencio tiene razón. Luce ese anillo, si ese es el deseo de padre, poco más ha de discutirse. Podrás devolvérselo si lo deseas y lo permite cuando le veamos en casa. Porque entiendo que regresar es lo que debemos hacer, intuyendo el peligro, ¿no es cierto?

—Yo no me precipitaría —intervino Nebridio. De la misma quinta de Teodosio padre, había envejecido y parecía haberse

echado diez años más encima que el *magister*.

El hijo de Arcadio no había perdido su considerable altura, pero ya hacía tiempo que sí su delgadez, pues era de buen comer, algo que solían reprocharle en tono de chanza sus amigos y especialmente Teodosio padre e hijo, que no compartían aquella debilidad, como sí hacía Honorio. Pese a su evidente cojera, producida años antes por la herida de una lanza sajona en el muslo, continuaba montando con soltura y ejerciendo como tribuno cuando la batalla lo requería. También, como regalo de un sármata año y medio antes, lucía una cicatriz desde el cuello hasta la oreja afeándole media cara. La parte derecha. La boca caía dormida entristeciéndole el gesto y el ojo aparecía más abierto de lo que la naturaleza requería, provocándole sensación de eterna sorpresa. Tal combinación resultaba extraña y provocaba que la gente rehuyese su mirada, aunque este no fuera el caso de Cinegio, que obviaba la estética, salvo cuando le agradaba. Pese a su problema, Nebridio vocalizaba alto y claro y no era energía ni confianza lo que le faltaba. Su opinión siempre era escuchada y aún con más atención cuando a entresijos de la corte se refería, porque su familia, la de su padre Arcadio, gozaba de una excelente posición y numerosas relaciones en Roma. Él, además, contaba con una espléndida memoria y conocía el recorrido, el pasado y la familia de medio imperio, o como mínimo, del medio relevante.

Una vez conocida su impronta, sigamos con su diserción:

—Aunque la amenaza sea peligrosa, Valentiniano es fuerte y en campaña dudo que esté al alcance de una traición. Es verdad que no deja de granjearse enemigos. Lleva tiempo jugando con fuego y cruzando límites peligrosos. Cada vez más y especialmente desde que nombró a Probo prefecto del pretorio.

—Aun no entiendo cómo pudo hacerlo —le interrumpió Crescencio.

—Yo tampoco —negó con la cabeza Nebridio—. Con lo que odiaba a ese imbécil. Pero, bueno, la necesidad hace extraños compañeros de viaje y ya sabemos lo que siempre le ha gustado la guerra al emperador y cómo es esta de cara. Después de todo lo que ha quemado en la Galia y lo que le ha costado atraerse al rey Macriano, no queda sestercio alguno en las arcas de Roma. Poco le importaba a quién nombrar con tal de que pague la madera de los

fuertes del Rin y el hierro de las espadas con el que combatiría en la Iliria junto a nosotros. También las de tu padre en África. Probo aseguraba eso y cumplió. Valentiniano, por mucho que ahora lo niegue y entonces disimulara, no podía desconocer su régimen opresor. Muchos han acabado el último año en el exilio, la cárcel o muertos.

»Menos mal que Ificles, en una visita a Sirmium, fue el que le abrió los ojos a Valentiniano y le gritó la verdad que él trataba de ignorar. El admirado filósofo, reclamado por la ciudad de Epiro como embajador por su fama de recto, denunció el estado de terror con el que Probo sometía al imperio y especialmente el de la propia Panonia y todo el norte de la Iliria, devastada de nuevo tras la afrenta de los cuados. Peor era el prefecto que los bárbaros e incluso cometía sus excesos y tropelías con conocidos y viejos amigos del emperador. Imaginaos la cólera de Valentiniano al escuchar a Ificles denunciar a Probo, fingiendo además su total desconocimiento de tales prácticas.

—Lo más triste es que al final los peor parados han sido Faustino y Nigrino —intervino Honorio, negando con la cabeza, algo asqueado al recordar aquella vileza de Valentiniano y Probo. Faustino era notario del ejército, un hombre justo bien conocido por todos. Su pecado, aunque la acusación fuera por magia, era haberle hecho una broma a Nigrino sobre el emperador con testigos indiscretos.

—Ese despotismo es precisamente lo que le mata y le granjea los enemigos. Cada vez lo tiene más acuciado, además. No es fácil ser un dios, y Valentiniano lleva ya más de una docena de años siéndolo. Menos aún cuando se vive por y para la guerra, pues de lo que no hay duda es de su entrega y su genio militar. Cierto es, por tanto, el clima negativo ante su gobierno que denuncian Flavio Syagrio y Materno Cinegio entre gran parte de la alta sociedad romana, pues muchos andan hartos de sus caprichos, su codicia y su permanente ansia de guerra, pero, aunque lleve tiempo yo también percibiéndolo, no imaginaba que la intriga llegara hasta su hijo Graciano.

»Puede ser, por supuesto, y de hecho tiene mucho sentido pues es *vox populi*, que su relación murió cuando abandonó a su madre Marina Severa para encapricharse de Justina. Aún se habrá

acuciado más tras la muerte de esta en el exilio. No sería el primer hijo que provocara la muerte de un padre y menos todavía con afán de vengar el honor de su madre y apropiarse del gobierno de un imperio como recompensa. De todos modos, no creo, como decía al principio, que la situación sea tan acuciante para Valentiniano, pues no es hombre fácil de sorprender.

»Está en Panonia, su territorio además, ahora en Savaria, la capital del ámbar, o en Brigetio, después de haber invadido y castigado el territorio de los cuados desde Carnuta. Supongo que preparará ahí los cuarteles de invierno y dejará a sus legiones para regresar él a pasar la estación más tarde a Sirmium junto a Justina.

—Seguramente —dijo Teodosio, levantándose, paseando, pensando en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto—. En cualquier caso, seguiremos el consejo de mi padre. Literalmente. Como si de un presagio se tratara, pues así él parecía creerlo. Abriremos los ojos, escucharemos los susurros y olfatearemos el viento. Nebridio —dijo mientras le miraba, dando una orden sin necesidad de hacerlo explícito—, me gustaría que sondearas entre tus conocidos esta información. Sin levantar sospechas, obviamente. Escribe cartas de cortesía que no muestren recelo alguno, pero sí indaguen sobre lo que nos interesa. Todos lo haremos.

Hizo una pequeña pausa y paseó la mirada uno por uno, incluso por la de Cinegio, antes de seguir.

—También, tal y como nos aconseja, nos prepararemos para desaparecer a la más mínima señal de peligro. No descuidaremos la campaña; la IV Flavia seguirá defendiendo Drobeta, pues no me fío de esos bárbaros. Parece que esos extraños hunos siguen empujándoles hacia el limes, no podemos despistarnos. Nosotros, junto a una cohorte, formada por nuestros hombres más cercanos, vamos a movernos. Marcharemos al sur, hacia Naissus para cruzar más tarde a Macedonia, buscando el mar en el que mi padre confiaba por si hubiéramos de necesitar partir rumbo a Hispania de forma inmediata. Una avanzadilla negociará en Dyrrhachium nuestra posible salida pues no será fácil encontrar quien quiera hacerlo con el *mare clausum*. Por último y continuando con el presagio, confiaré en ti, Materno Cinegio. —Se había parado justo frente a él. Observándole de nuevo con esa mirada inquisitiva que buscaba conocerle, traspasarle, adivinar sus pensamientos. Ahora,

de alguna forma, también sus intensos ojos añiles transmitían cierta confianza, incluso cariño al reconocerle enviado por su padre. Sonriéndole, continuó—: Junto a Flavio Syagrio y la escolta de mis hombres partiréis hacia Savaria para entrevistaros con Valentiniano como enviados míos y de mi padre.

Haciendo un gesto a todos para que se acercaran a un mapa de la región que colgaba en una de las paredes de la tienda señaló con su índice el recorrido que atravesaba la Iliria de este a oeste, desde Drobeta hasta Savaria, mientras hablaba:

—Serán algo menos de doscientas leguas. Si habéis sido capaces de llegar aquí en veinte días desde África no creo que os lleve más de diez subir hasta la Panonia Superior siempre que no encontréis imprevistos y el tiempo siga mostrándose benévolo. Partiréis con tres caballos cada uno. Por supuesto, no escatimaréis en cambio de monta ni recursos. Marchad tal y como habéis venido, sin paradas innecesarias, evitando las grandes ciudades. —Iba marcando el camino por debajo de Viminacium, Sirmium y Mursa—. Convencido estoy de que al emperador le agradará tener noticias de África y Moesia de primera mano y aprovechar también para darme instrucciones sobre la campaña que se avecina. Debéis conocer su estado y observar cuanto le rodea, sin descartar detalle o señal alguna. Desde cada posible ángulo. Tras la entrevista habremos de reunirnos en Naissus para discutir nuestro siguiente movimiento.

IV

Nueve años, resumidos en aproximadamente las últimas cuarenta mil palabras previas a esta, habían volado desde la entrevista en Tréveris entre Cinegio y Valentiniano.

A la vista de ambos protagonistas, de ser capaces de desentrañar sus anhelos y creencias y rascar en el interior de su alma, solo los nombres parecían coincidir esta vez en Brigetio.

De nuestro amigo africano bien conocerá los cambios que el tiempo había obrado en su talante el atento lector; el joven ya era hombre, el discípulo aspiraba a maestro. Veamos ahora, aunque sea de forma somera, qué había sucedido con el emperador de Roma, aunque algo haya adelantado ya Nebridio en el recién terminado apartado.

A Valentiniano, como a la mayor parte de sus predecesores y herederos, el trono le había cambiado. Quizás no en los principales rasgos de su carácter, pero sí potenciando algunos y revelando otros que antes había de ocultar obligado. Quién sabe si la influencia del poder reside en la capacidad de este para controlar a los demás o si, por el contrario, lo hace al aislarlo de los actos del resto. Lo indudable es que su efecto suele resultar devastador. Aún mayor cuando quien disfruta el palacio lo hace de forma inesperada, injusta o no goza de la preparación o el talento necesarios para ello.

En Valentiniano, el hijo de un cordelero panonio que desde lo más bajo había llegado a tribuno, prefecto y conde, el poder absoluto, el cetro del imperio, había convertido a un excelente soldado en un avaricioso y sanguinario déspota. Poco o nada podemos reprocharle de su brillante mando militar, pues confiando en eméritos capitanes, como bien sabemos por ambos Teodosios, había apaciguado la Iliria, Britania y África y con su propia mano, la de un coloso cuando empuñaba el acero, había acabado con los cuados, sármatas, alamanes, sajones y cantidad de bárbaros ya que en la Galia se hizo temer por las fortalezas con las que guarneció toda la orilla del Rin.

Su problema aparecía cuando se sentaba en el trono en lugar de en el caballo, cuando asía la pluma en lugar de la espada, cuando comía lubina en plato de oro en lugar de las gachas de cebada, mijo y ajo en cuenco de madera. Aislado en cierto modo de la realidad, menos influenciado por el ejemplo de otros y excesivamente envanecido por su propia valía, cada vez sus opiniones diferían más de las de la mayoría y más complicado resultaba tratar de hacerle cambiar de opinión. Encantado de conocerse, con los oídos constantemente regalados por aduladores e interesados, alejado de la crítica sincera, fácilmente creía cuanto decía, incluso cuando a él mismo se llevaba la contraria. Su voz era su música favorita y sus palabras la más alta poesía. De equivocarse, algo remoto pues difícil es que conociera las consecuencias negativas de sus decisiones, sencillo le resultaba señalar a cualquier otro y que este pagase por su culpa. Lo hacía además caro, pues su sideral distancia con el resto de mortales le revestía de una cruel insensibilidad y una total falta de afinidad.

La primera muestra de aquel cambio en la personalidad del

emperador, mucho más sutil y menos crudo para quienes lo sufrían gradualmente que para el lector que lo descubre en tres párrafos, la encontró Cinegio en el protocolo previo al encuentro con el augusto.

Habían alcanzado Brigetio el 15 de noviembre, cuando continuaba la resaca y aún resonaba el eco de la fiesta y el banquete con el que se había honrado a Júpiter, Juno y Minerva dos días antes con motivo de los idus de aquel mes. Dos semanas les había llevado a Syagrio y Cinegio llegar a su destino desde Drobeta, pues, pese a su esfuerzo y destreza, el tiempo y la suerte habían resultado más esquivos que en su periplo desde África. Desde Viminacium hasta Mursa, la lluvia y el viento se habían convertido en sus compañeros inseparables, provocando que nuestros embajadores aborrecieran el barro y llegaran a añorar el incómodo polvo africano. Imposible resultaba trotar sin evitar resbalones y tropiezos, descansar si no era bajo techo o distinguir el camino a diez pasos de distancia. Cinegio, poco acostumbrado a aquel clima, con los pies y las manos congeladas por la humedad y la rigidez, tratando estoicamente de aguantar el alto ritmo de sus compañeros sin queja alguna, había acabado cayendo enfermo de unas fiebres que obligaron a la comitiva a descansar hasta que se recompusiera y escampara. Cuatro días habían volado y allí se habían enterado de que el emperador estaba en Brigetio y no en Savaria.

La cita con Valentiniano, conseguida con cierta facilidad debido a sus credenciales, quedó fijada dos días más tarde, el 17, cuando el emperador recibiría también en el salón del trono de palacio a una delegación de cuados que suplicaría clemencia prometiendo innumerables beneficios para el imperio ante el panorama que se les avecinaba. La de Cinegio y Syagrio ocuparía el primer lugar.

Un eunuco, Equicio, a su llegada, instruyó a nuestros conocidos sobre la etiqueta que debían guardar en presencia de Valentiniano: forma de entrada, inclinaciones, genuflexiones, pasos acá y allá, gestos y miradas permitidas, preguntas prohibidas, respuestas preconcebidas… una complicada danza teatral que en nada tenía que ver con la sencillez que Cinegio hallara en Tréveris cuando el mismo emperador se había presentado y juntos se habían sentado en aquella rectangular mesa de plomo.

—Hemos abandonado la simpleza y pobreza de Juliano para

retomar la majestad de Constancio y Diocleciano —proclamaba orgulloso Equicio mientras les explicaba los pormenores de la ceremonia—. Gracias al augusto Valentiniano, Roma recupera su majestad, su exquisitez, su hermosura, su elegancia y abandona la indigencia simbólica en la que se veía sumida.

Por fin Cinegio y Flavio Syagrio entraron en la sala, poco antes del mediodía, después de haber sufrido casi tres horas de guía protocolaria. El eunuco abría la comitiva y un séquito de funcionarios subalternos escoltaban sus pasos, cuchicheando a sus espaldas probablemente por todo lo que aquellos dos aldeanos iban errando en su proceder. Poco, a decir verdad, les importaba a nuestros amigos su opinión.

La sala era rectangular, muy alargada, casi como la planta de una basílica de una sola nave. El piso, espectacular, era de un mármol rosáceo de amplias vetas que parecía de una sola pieza y que reflejaba juguetón la luz natural que entraba por las apuntadas ventanas de los laterales y la artificial de las antorchas que prendían de cada columna corintia. Al final del pasillo, en un trono de oro rodeado de lámparas y candelabros, centelleante, esperaba Valentiniano ya sentado en rígida posición, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos descansando sobre la silla. Vestía una túnica blanca, la capa púrpura y una espectacular diadema de oro engastada con grandes rubíes. A un lado se posicionó Equicio y detrás de ellos, dos siniestros funcionarios y seis lictores medio ocultos en la sombra.

Cinegio y Syagrio, algo sobrecogidos por la teatralidad de la escena, esperaron a ser presentados de forma oficial por el eunuco que oficiaba como maestro de ceremonias. Tras una genuflexión y el saludo convenido, Flavio Syagrio comenzó a narrar la historia que les traía desde África haciendo escala en Moesia.

Mientras Syagrio relataba, Cinegio, profundamente consternado, atónito, observaba cómo Valentiniano miraba al frente con la mirada completamente perdida, la de una vaca comiendo pasto. Con sus ojos azules vacíos de expresión, como si de un busto se tratara. Parecía no escucharles, atrapado donde se extravían los dementes o los viejos irrecuperables. Sus vidriosos ojos coloreados de rojo parecían clavados sobre unas profundas ojeras, la rubia cabeza ligeramente ladeada parecía pesarle excesivamente, con la

barbilla amenazándole el pecho, la boca ligeramente abierta y la respiración entrecortada, sonora incluso pese a la distancia que guardaban. Luchando por dejar de mirarle, incómodo ante el desagradable espectáculo, Cinegio se preguntaba adónde había ido a parar aquel impresionante general lleno de vida y belleza que le había recordado al mismo Olimpio, el gladiador, el día que se conocieron.

Syagrio, con criterio, abrevió enormemente, y en un suspiro, evitando pregunta alguna sobre la Moesia, abandonaron la sala caminando hacia atrás, dando inmediato relevo a los cuados, sin siquiera recibir una palabra de Valentiniano, pero con una idea clara de su estado.

Se moría.

Mientras se disponían a salir de palacio, aún perplejos por la experiencia vivida, sin respuesta ante aquella absurda situación, comenzaron a oír ruidos, voces, gritos y carreras desde el salón del trono. Varios lictores que guardaban las salas anteriores acudieron prestos. Sin dudarlo ellos también lo hicieron, dándoles alcance al cruzar la puerta.

Valentiniano, congestionado, con el rostro casi tan purpura como su manto, derrumbado en el suelo en toda su largura, convulsionaba y vomitaba. El eunuco y sus subalternos, llorando y chillando como plañideras, revoloteaban a su lado como las crías sobre el cadáver de su madre. Los lictores que antes guardaban su espalda trataban de sujetarle sin demasiado éxito, pues su cabeza, desmadrada, se golpeaba contra el suelo cambiando de perfil, descubriendo un charco de sangre oscura y viscosa tras su nuca. Tras un último y vehemente estertor, estirando violentamente las extremidades, con los ojos completamente en blanco, por fin se calmó.

Cinegio y Syagrio se miraron y, volviéndose, enfilaron a toda velocidad la puerta de salida evitando la carrera y cruzar la mirada con las decenas de personas con las que se cruzaban en dirección contraria. A su espalda, un coro de llantos y gritos, de mil maneras decían lo mismo.

—¡El emperador ha muerto!

13

I

Mare Nostrum, diciembre de 375

—Malditas prisas, sabía que no debía hacerlo. No me gusta —masculló en griego mientras negaba con la cabeza Filipo, el capitán del *Amanecer*. Atento, mientras retenía el pequeño mango de madera que sujetaba el timón, ligeramente de puntillas para esquivar con la vista el águila dorada que adornaba la proa bellamente curvada, oteaba cómo el cielo aceleraba su atardecer natural para teñirse de un gris amenazador—. Aire seco, mar en calma, corriente en contra. Hiede a tramontana —continuó musitando para sí mismo, mientras olfateaba el creciente viento en contra como el podenco la mancha.

Un fantasmagórico rayo dibujando un pino invertido, rajando el cielo de arriba abajo, iluminó a estribor lo que cada minuto se iba convirtiendo en una noche más cerrada. Instantes después retumbó un trueno que estremeció a Cinegio.

—Asíos con fuerza, debemos asegurar el rumbo por mucho que empiece a arrastrar —vociferó Filipo, volviéndose esta vez hacia los dos hombres que a su espalda le ayudaban con los remos traseros que escoltaban la cabeza labrada en madera plateada de Helios y que él gobernaba desde el timón—. ¡A estribor! ¡Recoged las velas, atad cabos, asegurad los aparejos y guardad los remos! ¡A babor! ¡Preparad la bomba de la sentina y la bodega, asegurad la carga vigilando la comida y el agua y poned a buen resguardo los pájaros! ¡Ya! ¡Volad! —bramó al resto de la tripulación que enseguida se puso en movimiento en un baile mil veces repetido—. Señores, creo que esto se va a poner feo, acudid a vuestro camarote de popa, amarraos a algo fijo para evitar golpearos y rezad en quién confiéis que pueda ayudarnos. Me temo que esta noche tendremos fiesta —dijo por último, también en su propio idioma, aunque en un tono

más sosegado, a sus insignes pasajeros.

—Maldito griego —musitó Teodosio mientras obedecía a Filipo, tomando el camino de su camarote y seguido de su hermano Honorio y sus amigos: Nebridio, Probo, Flavio Syagrio y Materno Cinegio.

Desde que dejáramos a los dos últimos en el salón del trono en Brigetio junto al cadáver del emperador habían transcurrido cinco semanas.

Una vez alcanzado Naissus, el punto de encuentro convenido previamente a su embajada, cargados con la noticia de la muerte de Valentiniano, Teodosio no había dudado en obedecer el consejo de su padre y partir cuanto antes hacia Hispania pese al *mare clausum* por la época del año en la que se encontraban. Así lo hicieron en cuanto coincidieron moderadas perspectivas de vientos favorables, buena mar y presagios de los dioses.

El intrépido capitán, acallados sus temores por una bolsa bien cargada de sestercios, era el tebano Filipo y el *Amanecer*, que debía su nombre a la figura de Helios que reinaba sobre la popa, su singular barco. Un mercante de setenta pies de eslora, veinticinco de manga y quince de puntal, de tres palos, ninguno especialmente alto, habituado al transporte de trigo, salazón, aceite y especias. Feliz y costosamente contaba con propulsión mixta, pues a sus velas cuadradas y móviles unía tres bancadas de seis remeros cada una.

Trece días llevaban de travesía desde Dyrrhachium. Navegando en cabotaje, siempre a vista de la costa, descansando la mayoría de las noches salvo excepciones en las que la singladura era corta y la noche lo suficientemente clara como para que los guiase la estrella del norte. Hasta aquel momento, afortunados, así había resultado, salvo un par de jornadas con algo de viento y abundante agua. Siguiendo las rutas más habituales y sin cruzarse con ningún otro navío, habían rodeado la península de Italia, cruzado el estrecho de Mesina, alcanzado Ostia y atravesado el Fretum Gallicum entre Corsica y Sardinia. Ahora, con el ánimo de celebrar las *Saturnalia* o Navidad en Hispania según cada cual, habían optado por la ruta más corta y arriesgada dejando al sur las Insulae Balearum para desembarcar en Tarraco. Esas eran las prisas que se recriminaba a sí mismo Filipo al inicio de este capítulo pues de sobra conocía el riesgo de dejar aquellas islas al sur en lugar de al norte.

En esos trece días y en un espacio tan estrecho como solo conocen el reo o el marinero, a Cinegio se le había ensanchado el mundo y la perspectiva casi tanto como en sus veinticuatro años anteriores.

Sus compañeros, entre otras muchas materias, discutían sobre el presente y futuro del imperio.

Flavio Syagrio, enviado por Euquerio, había abandonado Tréveris con destino a África para alertar sobre el inminente peligro de la conspiración contra el emperador al *magister equitum* justo antes de verano. Cuando intuían que la trama se recrudecía. Él, perteneciente a la nobleza aquitana, de la influyente familia de los Syagrii de Lugdunum, era hombre de plena confianza de la familia de Flavio Teodosio e incluso había servido junto al hijo en sus incursiones por el Rin años antes.

Euquerio, preocupado por el devenir de los acontecimientos, tras la advertencia de Quinto Aurelio Símaco y sondear a varios conocidos, había acabado viajando hasta la corte de Tréveris el verano anterior. Allí, Valentiniano le había recibido con los brazos abiertos e incluso, al finalizar el otoño, pese a sus heridas, había cabalgado junto al emperador para firmar la paz de Mogontiacum con el rey bárbaro Macriano. Sus sobrinos, Teodosio y Honorio, sonrieron al oírselo contar a Syagrio imaginando al bueno de su tío de nuevo en faena.

La primavera en Tréveris, tras la marcha del emperador y sus legiones a pacificar la Iliria, se había transformado en invierno. Ausonio, el viejo tutor de Graciano, con cada vez más voz y poder, aislaba al césar protegiéndole sin razón aparente salvo de pensar mal y muy acertadamente según acababa de confirmarse en Brigetio.

—Ya estará enterrado en los Santos Apóstoles, me imagino —comentó Honorio.

Estaba, junto a Flavio Syagrio, Nebridio, Crescencio, Teodosio y Cinegio a proa, apoyados en la regala, poco antes del mediodía, antes de que la tormenta que temía Filipo amenazara. El sol, reflejándose sobre el mar en calma, brillaba sin conseguir doblegar a cierto frío que ayudado por la brisa del mar se colaba por cualquier resquicio obligándoles a arrebujarse en sus capas.

—Debería, pues ya hace más de un mes que partió el cadáver —

respondió Teodosio. Impactado de nuevo por la noticia, tragando saliva y cólera, continuó decidiendo expulsarla en parte—. *Tempus fugit*. Así de fácil. Ya es historia. Valentiniano. Nuestro amigo y aliado. El emperador de Roma. Me sigue costando creer que su hijo Graciano esté detrás de esto. ¡Qué alguien pueda estarlo!

—¡Vamos, Teodosio! —exclamó Nebridio, cortándole el discurso y el tono. Tras darle una palmada en la espalda, sonriendo, continuó—: No seas iluso, hijo. A ver si nos vamos a creer ahora lo que cuentan de que murió de un ataque de cólera al recibir a la embajada de los cuados.

—Sí, eso es ridículo, más con la información que tenemos, pero ¿no te resulta extraño que hayan nombrado y proclamado ante las tropas como segundo augusto a Valentiniano, hermanastro de Graciano, para hacerse cargo de Italia y la zona meridional del imperio en tan solo seis días? —preguntó Teodosio.

—¿Quién iba a serlo si no? —contestó sarcástico Nebridio.

—¡Pero si tiene cuatro años y estaba en Murocinta a más de cien millas! —respondió exaltado Teodosio—. ¡Mucho ha corrido el niño! ¿Crees que Justina, su madre, iba a colaborar en la muerte de su marido?

—Ya te digo yo que esto está todo pergeñado. Y muy finamente, además —señaló Nebridio—. Imposible es coordinar una maniobra de este tipo sin contar con la más alta colaboración en palacio. Seguramente la mano asesina haya sido la de Equicio, pero apostaría a que otro ha movido los hilos de las marionetas, con el beneplácito de Graciano claro.

—Bueno, no le ha salido todo tan redondo como pensaba. Ahí han estado Sebastián y Merabaudo, para calmar a las tropas y organizar la proclamación del pequeño Valentiniano. Yo tampoco creo que Justina pueda estar en esto y es su hijo el principal beneficiado —terció Honorio, interrumpiéndole.

—Cierto, bien apostillado como siempre Honorio, gracias —dijo algo seco Nebridio, cansado de la manía que solía tener Honorio por interrumpirle.

—De nada. —No se rindió él otro, sonriéndole guasón.

—En fin —dijo mientras cabeceaba, tratando de ignorarle—. A lo que iba. —Nebridio, dirigiéndose a Teodosio, continuó—: Cierto es lo que dice Honorio, pero verás cómo Graciano acepta la

proclamación de buen grado, si es que incluso no la ha impulsado él. Meses debe de llevar preparándolo. ¿No has oído acaso como nos relataba Syagrio el control que Ausonio ejerce sobre él en Tréveris desde que se marchara su padre? Y colocando inmediatamente a su hermano en Italia, se asegura la lealtad de Justina y esa facción del ejército. Quizás le haya ayudado su tío Cerealis, el hermano de su madre Marina Severa, todo un estratega y con no pocos amigos en el ejército.

—A ver, Nebridio, que pese a la proclamación del pequeño Valentiniano a Graciano le favorece el cambio actual tal y como se vislumbra es evidente —le contestó muy serio Teodosio—. Y no niego que probable es que tuviera prevista la proclamación pensando que puede manejar o tutelar al pequeño Valentiniano o que, en todo caso, es mejor que otro cualquiera o que su propio padre. Mis dudas no se deben a ignorar los beneficios que le reportan o, aún peor, las pasiones que históricamente responden a este tipo de crímenes por rastrero que me resulte la ambición del parricida. Bien conocimos además al príncipe Graciano en Tréveris, cuando, siendo todavía joven, incitaba a que buenos legionarios se acuchillaran solo para distraerle. Menudo imbécil. Difícil es guardar peor recuerdo de alguien. —Tras un silencio en el que todos evocaron la historia y en el que un gran pez saltó en la distancia, retomando un tono algo más sosegado, Teodosio prosiguió—: Mi duda, o más que eso, mi prevención, se debe al enorme riesgo que han asumido los culpables, pues al fin y al cabo gozan de privilegiada posición de partida. Primero para asesinar al emperador, segundo para no ser descubiertos y tercero para asegurar su sucesión.

»Antes de la muerte de Valentiniano, contando con el mando del inútil de Valente en Oriente, la familia dominaba el imperio completo y, bien fuera o no premeditada, aunque con la proclamación del pequeño Valentiniano pretendan cortar de raíz las aspiraciones de cualquier otro candidato, fácil pudiera resultar que esa moneda al aire saliera cruz. Siempre resulta difícil adivinar quién puede recibir el apoyo de las legiones galas o hispanas y sencillo es que quien cite a un toro salga corneado.

—Por eso supongo que el tío Euquerio viajaría a Tréveris y padre, al enterarse de la trama, conociendo bien a Ausonio y a

Graciano, decidió avisarnos y quitarte de en medio para no caer señalado como previsible amenaza —le dijo su hermano Honorio—. No imagino muchos mejores pretendientes al trono que nosotros, tanto por cuna como por posición.

—Espero que él también se asegure de ponerse a salvo —respondió suspirando Teodosio, con la mirada perdida en el azul del mar, cargada de melancolía, tras un largo silencio y mientras se acariciaba el anillo de su padre que llevaba colgado al cuello.

II

Cinegio, precavido, decidió guardar silencio pese a la cuchillada que atravesó su corazón al escuchar la frase de Teodosio y pensar en el *magister equitum*, su benefactor, su amigo. En su fuero interno, sin acertar a explicarse racionalmente el cómo o el porqué, intuía que un gran peligro acechaba a Teodosio el Viejo. Quizás se debiera a su resignada mirada al entregarle el anillo, al desprenderse de su amuleto y despedirse de él, renunciando de alguna forma a la protección de sus talismanes. Quizás a cualquier otra cosa que no llegaba a comprender; a que los dioses le hablarán o él tuviera ocultos poderes de adivinación. El caso era que ahora entendía que el general, obedeciendo a su corazón y su intuición, de manera desmedida, se sacrificaba por el futuro bienestar de sus hijos.

Del mismo modo, inclinado a que los dioses y su peculiar forma de hacer justicia debían premiar el generoso sacrificio del padre, sin duda mediatizado por sus presagios y creencias, vislumbraba que ellos sí acabarían sobreviviendo, pese al incierto destino que les aguardaba, a pesar de lanzarse a atravesar un mar cerrado al tránsito.

El momento de comprobar aquella irracional fe había llegado.

Un nuevo rayo iluminó la angustiosa oscuridad del camarote descubriendo los desencajados rostros del grupo. Esta vez su inseparable amigo el trueno casi le cazó estallando contra la cubierta y el corazón de Cinegio. La tempestad les había atrapado. Sin demora, junto a algunos otros de los hombres que se les habían sumado, se amarraron a una de las paredes laterales, en silencio, temerosos de mostrar a sus amigos y sus hombres el miedo que

compartían.

El *Amanecer*, revolcado por Neptuno o quién sabe qué descomunales fuerzas, comenzó a escorarse a estribor haciéndoles perder el equilibrio. Varios hombres cayeron resonando en su debido orden los golpes, las blasfemias y los quejidos. Alguno se golpeó con el ventanuco del camarote rompiendo el vidrio y dejando paso libre a un furioso viento que acalló el resto de los sonidos e hizo imposible escuchar al compañero de al lado si no gritaba. Flavio Syagrio, al que hasta aquel momento Cinegio no había descubierto aún síntoma alguno de debilidad, comenzó a vomitar a su derecha salpicándole por completo. Una extraña y salvaje lluvia, intermitente, como a cubazos, comenzó a calarles e inundar el camarote. Asustado, Cinegio percibió en ella un intenso sabor a sal concluyendo que no era del cielo de donde provenía.

Las olas, a pesar de estar a cubierto, rompían despiadadas sobre ellos, desde el cielo y desde el suelo, alterando el orden natural de las cosas, azotándoles sin piedad ni tregua, ahogándoles, cubriéndoles de espuma y miedo.

Cada relámpago, constantes, empeoraba el panorama, iluminando las desgarradoras figuras de sus amigos, descubriendo cómo el camarote se inundaba y la escora de la nave ya era indomable. Un salvaje golpe de mar arrojó al grupo hacia la pared contraria, rompiendo sus torpes amarres y sumergiendo a muchos de ellos bajo el agua. Otro vino luego y varios otros más tarde. Fácil resultaba perder la cuenta junto a la razón.

—La pierna, mi pierna —balbuceó un dolorido Honorio en uno de los zarandeos.

—Hermano, ¿dónde estás? —preguntó un angustiado Teodosio, milagrosamente aún cercano—. ¿Estás bien? Dime que estás bien.

—Yo le tengo —dijo Cinegio, que había logrado alcanzarles entre las tinieblas.

Al sentir cómo Teodosio se acercaba también a ellos, agarrándole, decidió confesar a ambos hermanos parte de lo que él ya sabía. La razón de su relativa tranquilidad en medio de la pesadilla. Liberando su secreto, en un gesto impropio de él, les gritó desgarradamente al oído:

—¡Tranquilos, estaremos bien!

—¿Qué? —le preguntó Teodosio, incrédulo, observándole como

se hace con los locos.

—¡Que estaremos bien! ¡Está todo apalabrado! ¡Creedme, saldremos de esta! ¡Aférrate al anillo de tu padre! ¡No es aquí donde hemos de morir! —repitió mientras les abrazaba, sonriéndoles, con su ancha mandíbula desencajada, acunándoles pese a su menor tamaño.

El tiempo, detenido, eterno, con la naturaleza disfrutando al desvelar su esplendor ante la insignificancia del ser humano, pareció no correr. Solo el agotamiento de los hombres daba cuenta de lo ya transcurrido.

Por fin, los golpes se espaciaron y el barco, poco más que pinocha en el curso de un caudaloso río durante la tormenta, recobró su posición natural. A nuestros amigos, a oscuras, derrotados pero vivos, completamente empapados, congelados y exhaustos, solo los bofetones en la cara de las olas que se formaban en el camarote les sacaba de su extraño letargo.

Poco quedaba de noche cuando Cinegio se despertó totalmente. Su primer instinto fue palparse buscando su medallón. Allí estaba, junto a su esperanza, y su padre, y Clivio, y su madre, incluso su hermana y sus recuerdos de Thysdrus. Aliviado, sigiloso, trató de evitar despertar a sus compañeros al moverse. Apoyado contra la pared, consiguió levantarse a duras penas. Perdido, sobrepasado, tras peinarse a la derecha como solía, se acarició y pellizcó la cara comprobando si seguía sumido en aquella extraña pesadilla. No surtió efecto obviamente. Aquello era real.

Comenzó a estirarse. Los músculos le aguijoneaban y los huesos le crujían después de la paliza. Tras un breve examen inicial, concluyó con alivio que los numerosos dolores que se repartían por su cuerpo no parecían graves. Estaba razonablemente bien. Nada roto. Lo peor, quizás, o lo que más le dolía al menos, era un tobillo amoratado e hinchado que era incapaz de apoyar. También se había herido en la cabeza, aunque no recordaba en qué momento, y mostraba las marcas de la sangre seca por la cara y el pelo. Palpándose encontró la herida, un corte poco profundo, en medio del cráneo, a la izquierda, por encima de la oreja.

Examinó a su alrededor. Quedaban cinco hombres junto a él. Honorio, Crescencio y Nebridio respiraban aletargados. También los otros dos. La desencajada puerta del camarote mostraba cómo el

brillo de la aurora amenazaba un firmamento que aspiraba a pálido pero que todavía era negro. Claro, sin nubes, con algunas constelaciones diseminadas en el horizonte. Fácilmente distinguió Cinegio el cinturón de Orión y su espada colgada al cinto debajo de Tauro. Allí no se adivinaba rastro alguno de la brutal tempestad acaecida, ni siquiera en una suave brisa.

Al abrir la puerta el panorama variaba. Poco más que el recuerdo y el sólido que aún no había cobrado Caronte quedaba de los tres mástiles. El mayor arrancado de cuajo y perdido en el mar. El águila y Helios habían volado y con ellos barandillas, bancos, aparejos, ventanas y puertas. Sobre cubierta, por doquier, se advertían maderas y aprestos rotos. Aquello era peor que un abordaje.

En proa, sentados sobre la cubierta, sin acercarse mucho a la borda, descansaban Teodosio y Syagrio observando el horizonte.

—¿Cómo estás? —le preguntó Syagrio a Cinegio al verle acercarse.

—Vivo —respondió sonriendo Cinegio, cojeando ostensiblemente.

—De milagro, por lo que parece —intervino Teodosio también sonriendo—. Todo está bien, aunque parece que tú ya lo sabías. Ya me contarás. —Le guiñó el ojo derecho—. Bebe algo y lávate con esa agua, es dulce y se agradece.

—Buenísimo —reconoció Cinegio tras hacerlo y sentarse junto a ellos.

—Es increíble cómo se ven las estrellas con la noche que hemos pasado —comentó Syagrio.

—Bueno, la mayor parte de sus nombres salieron de un barco, aquí, sin luz cercana es dónde mejor se divisan, aunque ya amenace el alba —contestó Cinegio.

—¿Cómo es eso del barco? —preguntó Teodosio, tras un silencio, buscando encontrar en la cultura de Cinegio el escape a la dramática situación en que se encontraban.

—Fue del *Argo*, el barco con el que Jasón marchó a recuperar el Vellocino de Oro, de donde salieron muchos de los nombres de las constelaciones que hoy todos conocemos —comenzó a relatarles Cinegio, mirando al infinito, recordando las palabras y hasta el tono con el que su tío Clivio se lo enseñara a él—. Según la leyenda,

durante una noche estrellada de su singladura, Nauplio, uno de los argonautas, les enseñó al resto de la tripulación las constelaciones que conocía; la Mujer Osa Calisto, su hijo Árcade que ejercía como guardián, las Pléyades y Casiopea. Tras ellas, buscando entretenerse, entre todos se divirtieron nombrando otras constelaciones que hasta aquel día no tenían nombre. —Señalando el firmamento continuó—. Allí, por ejemplo, tenéis a los famosos gemelos Cástor y Pólux, que también iban en el barco, la Lira de Orfeo quien les amenizaba las veladas con su prodigiosa voz, el Delfín en honor a Anceo al ser el único que no lo probaba o Quirón el centauro, que nombró el mismo Jasón. Incluso el barco, el *Argo*, da nombre a una muy cercana al horizonte que forman veintitrés estrellas pero que ahora mismo, con esta claridad, ya es imposible ver.

La aurora comenzaba a ganarle la partida al crepúsculo tiñendo el cielo de rosa y las estrellas cada vez se iban espaciando más rompiendo los grupos que Cinegio había ido señalando con maestría.

Pese a todo lo que tenían que preguntarse, los tres aguantaron el silencio disfrutando de aquella momentánea y deliciosa paz que rompió la tripulación al subir de la bodega.

—Bueno, decidme, ¿dónde estamos? —preguntó Cinegio, retornando a su cruda realidad.

—No lo sabemos —respondió Teodosio, tranquilo—. Esa es la parte mala. Aún peor es que hemos perdido al capitán y once hombres más. Entre ellos, dos de los míos, Herminio y Juan, ahogados en el agua de la bodega que no levanta más de cuatro codos, probablemente inconscientes por algún golpe. Así han muerto dos más de la tripulación. Al resto, como a Filipo, se los ha cobrado el mar. —Suspiró—. Lo positivo es que el barco no parece tener problemas para aguantar. —Se levantó y ayudó a hacer lo mismo a Cinegio y Syagrio—. De todos modos, preguntemos a quien sabe. —Y señaló a los hombres con la cabeza—. Ahí regresan de inspeccionar bodega y sentina. ¡Domicio! —dijo dirigiéndose al probable sustituto de Filipo—. ¿Qué tal?

—Bien, Flavio Teodosio. Todo en orden. No me preocupa la quilla. Aguantará. —Golpeando con fuerza parte de la borda, con cierto cariño, añadió—: Aunque esté herido, el *Amanecer* no está

muerto. —Calló un instante, incómodo, acordándose probablemente de sus compañeros, tras respirar hondamente, continuó—: No deberíamos estar lejos de tierra, aunque puede que la tormenta nos haya desplazado hacia el sur o el este. Alejándonos, en cualquier caso, de Tarraco. Veremos dónde. Aunque no contemos con vela alguna, tenemos más de la mitad de los remos utilizables. Nos desharemos de cuanto no sea útil y acabaremos arribando a puerto antes o después. —Tras un silencio, les preguntó—: ¿Vosotros habéis avistado tierra en este rato? Creo que ya hay bastante luz.

—Lo cierto es que no —respondió Syagrio mientras Cinegio y Teodosio negaban también con la cabeza. Nerviosos, comenzaron a buscarla sin suerte.

—El problema es que no tenemos perspectiva al haberse roto los mástiles —confesó Domicio, tratando de responder a las preguntas no formuladas de Teodosio, Syagrio y Cinegio. Al decirlo, Cinegio se percató de cómo tres marineros estaban sobre el techo de los camarotes de popa oteando el horizonte. Domicio continuaba hablando—: Esperaremos a que amanezca completamente, a ver si somos capaces de distinguir algo. De no ser así soltaremos los pájaros.

No consiguieron divisarla. Pasadas un par de horas decidieron soltar los pájaros. Afortunadamente, el día estaba claro y la idea, casi tan vieja como las aventuras del hombre en el mar, era tan simple como efectiva. Soltaban tres cuervos, los pájaros más inteligentes, y ellos, al coger altura les guiarían hacia la tierra más cercana. Si volvían al rato, deberían preocuparse.

Todos los hombres sanos tomaron su sitio en la bancada preparándose para seguir a sus negros guías. Teodosio, Syagrio y Cinegio lo hicieron juntos en la misma.

Abrieron las jaulas y, en cuanto tomaron buena altura, los tres cuervos giraron a la vez, apuntando claramente a una dirección. Un gritó de júbilo de la tripulación celebró el acompasado movimiento.

Cuando todavía no se había apagado el eco de la celebración, Teodosio, intuyendo la próxima resolución de sus problemas, cogió la mano de Cinegio. No tenía sentido mantener la pregunta. Apretándole, mientras cruzaba su mirada buscando leer en su interior aquello que encontrara su padre, con su misma sonrisa, le preguntó:

—¿Sabías que sobreviviríamos?
—Sí —respondió sincero Cinegio.
—¿Cómo?

14

I

Carranque, Hispania, San Juan de 376

Viéndolo con perspectiva, aquel San Juan sería probablemente el que más brilló en la vida de Cinegio. Un rescoldo entre la ceniza por agradable que fuera esta. Recordado en la vejez cuando uno hace balance de pérdidas y ganancias, entre lo que fue y lo que pudo haber sido. Eso, a pesar de que su estancia en Hispania no había podido comenzar de peor manera. Hasta en la veta más pura de oro se encuentra plomo.

El talón de Aquiles de nuestro amigo, en lo físico, se situaba un poco más arriba del pie que en el del héroe griego. Su maltrecho tobillo no había acabado de recuperarse del percance en el *Amanecer* y sufría al caminar provocándole una incómoda cojera que le agotaba rápidamente. El dolor le aguijoneaba los días de mucho frío y le limitaba cansándole en cuanto permanecía un rato en pie. Aun así, aquello era poco más que una broma comparado con su otra carga, la que le devastó la conciencia al poco de arribar a Hispania.

Teodosio el Viejo, el *magister equitum*, acababa de ser ejecutado en Cartago. Como ya sabemos, Cinegio barruntaba ese riesgo. Sospechaba que el general no estaba a salvo desde que a él le entregara el anillo y enviara a Moesia en busca de sus hijos. Tras su aventura marítima, en el trayecto hacia Cauca una vez desembarcados, a punto estuvo de confesárselo en varias ocasiones a Teodosio y Honorio para, cauto, finalmente optar por quedarse tan callado como en el barco. Permanecer dueño de su silencio en lugar de encadenarse con sus palabras. Ser parco para dejar que los hechos hablaran por él.

Ahora, demasiado tarde, se arrepentía de haber seguido el consejo de su tío al interpretar su pasada prudencia como cobardía.

En su remordimiento se acordaba incluso de la muerte de este y cómo él lo abandonó en Mauritania al ser rescatado por Kiria.

Atormentado, reprochándose de nuevo su debilidad, su indecisión en cada oportunidad que la vida le presentaba, dudaba de si su intervención hubiera alterado el cruel destino de su protector. Pero ¿cómo explicar lo inexplicable? ¿Cómo podía él conocer un final de algo todavía no escrito?

Ni siquiera había sido capaz de revelar a los hispanos la razón por la que sabía que sobrevivirían a la tormenta.

Por su naturaleza racional había tratado de ignorar su interna convicción de que algo malo le pasaría al *magister equitum*. De acallar esa voz que le agitaba al ignorar su procedencia y considerarla demencial. Como si el lobo pudiera silenciar su instinto y comer hierba como la vaca. Tratando de racionalizar aquella certeza, aquella fe, había terminado siendo esclavo de una fría y lejana idea en lugar de reconocerse dueño de un don.

La realidad, testaruda, había acabado imponiendo lo que él ya sabía y aquella premonición se había cumplido con la muerte de su amigo. Dolido por su apocamiento, en aquel momento juró a los dioses, si es que alguno se dignaba a escucharle, que no volvería a ignorar su llamada. Con inmenso dolor creyó aprender que más valía seguir una corazonada que mil argumentos.

El general Teodosio murió el 16 de enero. Al menos con el honor del soldado enaltecido, en la habitación que ejercía como calabozo, arrojándose sobre su propia espada la noche previa a su ejecución pública. Sin indignos verdugos, testigos ni reproches.

El juicio había sido tan injusto como extraño y expeditivo. En Cauca ni siquiera habían tenido noticia previa sobre su inculpación. Tampoco en Tréveris Euquerio había podido preverlo. Sus enemigos le acusaban interesadamente de extralimitarse en sus funciones. De traición. Tanto en Britania como en África. De reclutar leva, destituir y nombrar cargos y funcionarios, recaudar impuestos, expropiar tierras y bienes y juzgar y ejecutar crueles y arbitrarias sentencias. De atribuirse funciones de emperador o césar siendo solo un soldado. Por supuesto, era cierto. ¿A qué acudía el *magister equitum* a dos provincias rebeldes si no? ¿Cuál había sido el resultado de tan execrable conducta? Acusaban a los *vigiles* de derrochar agua para sofocar las llamas.

El Viejo, según atestiguaban algunos presentes, había caminado a su juicio y escuchado su sentencia con enorme dignidad. Cabeza y pecho erguidos, vestido de gala como general en jefe de las legiones romanas. Salpicado en su cuello, frente y pechera de las medallas que le atestiguaban como vivo héroe de Roma. Orgulloso, altivo, con la majestad y la elegancia innata que le regalaba su noble sangre.

Ni siquiera había osado defenderse al juzgar que al hacerlo aceptaría la legitimidad de aquel indigno tribunal. Aquel juicio era un ultraje y él, el *magister equitum*, el patriarca de la gloriosa dinastía Ulpio-Aelia, no se humillaría ante cuatro esclavos para suplicar por su vida como una plañidera. Con una sarcástica sonrisa y una mueca de desprecio y prepotencia, había escuchado cómo Magno Máximo, su lugarteniente, y algunos de sus más allegados secuaces, esquivándole la mirada, habían refrendado las acusaciones y declarado en su contra. El mando de Britania era el premio a su traición. El eterno escozor de su conciencia y el recuerdo de aquella despectiva mirada de Flavio Teodosio su castigo condenándole a sentirse siempre hiena al recordar a aquel león.

Cinegio había sufrido la pena de la noticia y el peso de la culpa con noches de insomnio y días pegado a la lumbre durante el frío invierno de Cauca. Casi comparable a Tréveris en determinadas semanas, también con nieve, aunque con una gran diferencia: el sol. Ese que, casi siempre de guardia en aquella tierra hispana, la bendecía con luminosos días acariciándola como el padre cariñoso a sus hijos o el novio reciente a su amada.

Según el señor del cielo ganaba la batalla al invierno, el corazón, el horizonte y la vida de Cinegio se fueron coloreando. Hispania respondía a la madurez del joven abriéndose en todo su esplendor. Mientras las margaritas, malvas y canolas teñían la agreste dehesa y el tomillo y el romero la perfumaban, nuestro joven africano volvía a peinarse y acariciar su medallón sin sentirse avergonzado. Poco a poco recuperaba su talante y cuantos le rodeaban descubrían su sagacidad y buen criterio.

Cada vez resultaba más habitual encontrarle discutiendo con Teodosio y Honorio, además de sobre el devenir del imperio, su indignación y su futura venganza, sobre los negocios familiares.

Bastante descuidados desde la marcha de Euquerio a la corte. Lo que en un principio solo perseguía entretener a su taciturno invitado se había convertido en un lucrativo acierto para el patrimonio familiar. Cinegio, desde la humildad y el sentido común, resolvía enrevesados problemas y, cuando no, los simplificaba aportando una perspectiva distinta. Con frecuencia encontraba caminos que otros finalizaban sintiéndose descubridores de la senda completa. Reservado, jamás se entrometía, salvo cuando reclamaban su presencia. De otra forma, él, con cierta nostalgia por su natural soledad, se escabullía tratando de robar momentos en los que leer el último tratado de Dámaso o Libanio o pasear por los alrededores pese a su cojera.

Cinegio no tomó conciencia del acontecimiento que se avecinaba hasta que directamente le invitó Teodosio a participar. Sucedió mientras conversaban sobre un asunto recurrente.

—¿Ves lo que te decía? Es aún más agraciada que la hija de Andrés, el de la herrería —le aseguraba Cinegio a Teodosio.

Pese a no ser habitual en él, durante semanas había alabado la belleza de la tabernera en colaboración con su hermano Honorio y su amigo Syagrio, que también había permanecido en Hispania, para sacar a Teodosio de casa, pues era poco amigo del ocio.

—Julia —respondió rápido Teodosio, siempre capaz de recordar nombres, lugares o fechas.

—Exacto, como se llame —contestó Syagrio.

—Pero mira esta. Buena emperatriz sería —terció Honorio, al que, como a Cinegio, atraía la morena Magdalena, la hija de Arsenio el tabernero.

—Sin duda —respondió con una sonrisa Teodosio. Tras unos instantes de reflexión continuó—: Pero esa no es de las buenas.

—Permíteme dudarlo —le interrumpió Cinegio mientras la perseguía con la mirada.

Magdalena, sabiéndose observada por sus ilustres clientes, mecía sus anchas caderas contoneándose al atender las diferentes mesas, les lanzaba indiscretas miradas con sus poderosos ojos negros y se inclinaba de forma despreocupada en sugerentes posiciones que permitían vislumbrar la rotundidad de su figura.

—No me refiero a eso —le respondió Teodosio, disimulando una carcajada—. Dentro de poco lo entenderás porque vas a

acompañarnos. Vendrás a San Juan. Al solsticio de Júpiter y Juno, como les gustaba seguir diciendo a nuestro padre y abuelo —añadió con una triste sonrisa dirigida a su hermano Honorio recordando a ambos.

—Me honra —reconoció Cinegio, tras un doloroso silencio y trago compartido—. Llevo oyendo hablar sobre este encuentro prácticamente desde nuestra llegada y admirado la preparación de Pluma y Valiente. —Ambos eran los caballos que Teodosio y Honorio llevarían a Carranque con motivo de San Juan. Cuidadosamente seleccionados y entrenados, meses llevaban demostrando su pericia tanto en la doma como en la caza.

Cinegio, tan perspicaz para unas cosas como ingenuo para otras, no se había percatado de que, junto a los caballos, también se preparaba el vestuario, las joyas, las armas, los presentes, el séquito de esclavos e incluso el corte de pelo y barba desde hacía meses.

Las reuniones de la aristocracia hispana, soterradamente, mostraban el estatus de cada asistente y nadie deseaba parecer menos, aunque Teodosio y Honorio, como último eslabón de su ilustre dinastía y representantes de los que más tenían, poca necesidad sentían por demostrarlo.

Aquella sencillez era uno de los rasgos que más apreciaba Cinegio de Teodosio. Su disposición para realizar cualquier trabajo que veía necesario, su naturalidad para mezclarse con sus clientes, siervos o esclavos, tratándolos con familiaridad, por su nombre, interesándose por sus problemas, de igual a igual. Aplicando a su comportamiento y relaciones en su casa de Cauca la dinámica que seguía en el ejército.

—Espero que se comporten —confirmó Teodosio—. Son dos buenos ejemplares, mezcla de sangre africana y lusitana, pero hay mucho nivel de todos modos, ya lo verás. Yo hace tiempo que no asisto y tengo ganas de ver a mis amigos y primos y salir a cazar con ellos. Seremos más de setenta. —A Cinegio le sorprendía la sociabilidad hispana. Desde su llegada observaba cómo forzaban cualquier ocasión para reunirse y gustaban de invitar a su mesa a vecinos y visitas—. De todos modos, todo esto venía a cuento por las mujeres —continuó Teodosio tras un silencio—. Es evidente la generosidad de Venus con vuestra tabernera —confesó mientras señalaba con la cabeza a la bella Magdalena que, en aquel

momento, de perfil, se inclinaba para recoger una mesa mostrando la esplendidez de su pecho—. Pero no tiene nada que ver con las que verás en San Juan. Lo más granado del solar hispano. Matronas romanas con la gracia hispana. Si antes te confesaba mi ánimo por reencontrarme con mis amigos, más aguardo reencontrarme con alguna vieja amiga.

—Siempre con tu Flaccilla —dijo Honorio, sonriendo y provocando que su hermano se encogiera de hombros.

—Aelia Flavia Flaccilla para cualquier otro. Un respeto, hermano —respondió irónicamente Teodosio—. La amapola del trigal. Años llevo imaginando cómo ha de ser ahora, soñando con su pelo trigueño y gruesos labios. Aunque no es su belleza lo que más me importa, sino esa bondad brutal para con cualquiera, la inocencia que le hace brillar como a Venus al principio de la noche. Esa tiene dueño desde que siendo niños le avisé de que algún día sería mi esposa. Ya siento que no tenga hermanas, pero no pierdas de vista a sus amigas, Cinegio, pues poco han de envidiarla en cuanto a belleza. Fácil es que caigas prendado de alguna en el primer vistazo.

Cinegio sonrió, relativizando lo que juzgaba exageración de Teodosio, admirando el cimbreo de la hermosa Magdalena, con cierta nostalgia, evocando otro poema de versos aún más bellos. Kiria. Su princesa bereber. Aquella sí era de verdad una amapola, o, ¡mucho más que eso!, un campo de lavanda o el más lozano rosal. Bien sabía qué imposible sería volver a sentir algo como aquello.

Poco tardaría en comprobar cuánto se equivocaba y que también su amigo era capaz de predecir el futuro.

II

Si en Cauca hallamos preparación, en Carranque descubriremos frenesí.

Pese a contar con todo un año, tres veces había rozado Floro la tentación de cancelar aquel San Juan. Con gusto lo hubiera hecho de no haber supuesto una deshonra para la familia.

No era la fortuna despilfarrada lo que le preocupaba pues él, como muchos de los que nacen ricos, lo valoraba en poco. El Dirrama le regaba trecientas *jugera* de cereal y unas pocas menos

de olivar y viñedo, obsequiándole con un extraordinario trigo y mejor vino que aceite. Además, su padre, Helpidio, aunque ya fallecido, desde que combatió en la Galia, había establecido buenos contactos para el comercio que él se había encargado de enriquecer y estrechar durante las suyas con Teodosio. El Viejo, claro. Su mejor amigo. Su auténtico hermano, aunque lo que compartieran fuera bisabuelos.

Tras regresar tres años antes, desde su villa de Carranque, casi en la médula geográfica de Hispania, Floro ejercía como intermediario de cuanta mercancía se cruzara. Por supuesto, sus propios trigo, aceite y vino, pero también plata y plomo del Mons Marianus, cobre de Gades, estaño de Gallaecia e incluso el oro del Mons Medullius. A muchos lugares de aquellos, sobre todo al último, enviaba esclavos bárbaros como moneda de pago.

El gran problema con que se había topado para aquel San Juan había sido el de la organización. Todo pendía de un hilo hasta la víspera, aunque llegada la hora, misteriosa y milagrosamente pareciera haberse resuelto. Imposible había sido ajustar los plazos tal y como hacía en el ejército, pues Julia, su esposa, no ahorraba esfuerzo en detalle alguno. Enloquecida, acometía cada tarea como si de una competición contra la excelencia se tratase: alimentación, bebida, música, vestuario, maquillaje, actores, decoración, servidumbre, vegetación, complementos, iluminación, aseo, religión… cada capítulo se convertía en tratado para exasperación y ruina de su marido y enajenación de sus siervos.

El *impluvium* parecía el mar, el *atrium* la selva y el *peristylum* el Olimpo. Imposible era seguir la pista de los animales exóticos que adornaban el menú o la villa.

Pese al gran tamaño de su casa, Floro había tenido que construir un edificio colindante al *ostium* con dieciséis *cubicula*, todos lo suficientemente amplios como para albergar, además de a las familias, a sus atrienses. En paralelo, además de agrandar las termas, también había edificado una pequeña iglesia junto a la casa e incluso un altar con gradas semicirculares excavadas sobre un prado, a modo de anfiteatro, en una explanada junto al río. Qué decir de encalar paredes, podar vegetación y reparar cada mínima imperfección en las teselas de los mosaicos, las estatuas del jardín o el mármol de suelo y paredes.

En el fondo, ya imaginaba que algo similar le sucedería al llegar su turno de celebración. Por eso había tratado de dilatarlo al máximo. De sobra intuía el comportamiento de su esposa Julia, tan bella como obsesiva, y también de su hija menor Faustina, tan histriónica como su madre. Menos mal que le quedaba Achantia, la que ejercía como el varón que los dioses le habían negado. La nota de cordura en casa, pese a que muchos la tuvieran por desequilibrada debido a su excéntrico carácter.

De todas formas, no era la celebración sino el momento lo que amargaba a Floro. Difícil hubiera sido encontrar otro más aciago para una fiesta. Aquello era una boda en un cementerio. Qué más le daba que la nieve para enfriar la bebida no llegara a tiempo desde la sierra, ni un esturión venido del este, ni tampoco si su cocinero griego era capaz de rellenar un venado con codornices y perdices o si al final no llegarían los enormes lagartos de Egipto para su *impluvium*. Todo aquello le parecía banal, insípido, fuera de lugar. Patético incluso.

No era nuestro amigo Cinegio el único que se culpaba por la muerte de Teodosio.

Floro sufría el remordimiento de no haber permanecido a su vera. De no haberle acompañado en su campaña africana. De haber cedido a la presión de su esposa por volver a casa. De no haberle defendido ante aquellas ridículas acusaciones.

Indignado, las preguntas martilleaban su cabeza: ¿cómo podía recriminársele el comportamiento al mejor general del imperio, al *magister equitum*? ¿A quién importaban aquellas anónimas manos y lenguas cortadas? ¿Acaso habían olvidado el estado en Britania y África antes de su llegada? ¿De dónde partían realmente las acusaciones? ¿Por qué?

Ojalá hubiera podido él asistir a aquel juicio para testificar como legado suyo.

Imaginaba a su amigo desdeñando cualquier tipo de ayuda. Solo. Estúpidamente orgulloso. Víctima de su arrogancia y mal entendida dignidad. Floro podría haberle hecho entrar en razón para defenderse debidamente y si no, a las malas, reunir a sus legiones a las puertas del tribunal. A aquellos hombres capaces de enfrentarse al mismo demonio y lanzarse a la conquista del infierno con solo un gesto de su general. Quizás a la vista de sus legiones, con esa

presión, esos perros no le habrían sentenciado a muerte tan a la ligera. De haber acompañado a su amigo habrían tenido que matarle junto a Teodosio para poder frenarle.

No alcanzaba a entender cómo todo había sucedido tan rápido e imposible era intuir un final parecido. Esos, al advertir su rotunda certeza, eran los dos grandes argumentos que reconocía su conciencia para perdonarse a sí mismo.

En el abrazo de despedida había rogado a los dioses que protegieran a su amigo de la enfermedad, que le guiaran en el fragor de la batalla y le previnieran de una mala emboscada o un afortunado enemigo. Ni siquiera había intuido la traición entre sus peligros. Menos aún aquella en cadena.

El último eslabón, el de la traición de sus lugartenientes, era el que le reconcomía, especialmente por ser el que conocía de primera mano y donde además él hubiera podido influir con su presencia. Apoyar incondicionalmente a su general sin necesidad de mentira alguna. Decantar el juicio hacia su provecho utilizando la verdad, ensalzando la brillante labor del *magister* en campaña, su nulo enriquecimiento personal y mostrando la sincera lealtad de sus legiones con su líder.

Con gusto se imaginaba encontrándose en el futuro con el bastardo de Máximo, aunque dudaba que fuera posible tras aquella felonía. Seguro que en Hispania no sucedería por la cantidad de enemigos que aquí se había labrado.

Siempre le había visto ambicioso y algo engreído, pero jamás imaginó que pudiera ser tan vil. Tan sumamente rastrero como para vender a Flavio Teodosio, el hombre que le había regalado la posición de la que disfrutaba. Familia suya incluso. Manchado para siempre estaría su nombre, su estirpe y, por supuesto, su mando sobre Britania.

Con alivio recapacitaba sobre su suerte al haberlo evitado como yerno o de que tal posibilidad no se hubiera presentado al menos. De nada haber sucedido en África, a su regreso, poco tiempo hubiera faltado para que le pidiera la mano de alguna de sus hijas. Achantia probablemente, según le había confesado alguna vez, aunque dudaba que la hubiera conseguido.

El derecho a aceptarlo como marido o no era algo que su primogénita se había ganado dos años antes, poco después de

cumplir diecisiete, cuando Floro, perdido en una conversación, había tenido que cedérselo. Ahora recordaba aquello con una sonrisa.

—Padre, he decidido seguir la llamada de Dios —le espetó Achantia a Floro una fría y nubosa mañana primaveral entrando a su *tablinum* mientras este trabajaba. Como si recibiera la visita de alguno de sus clientes, poco después de las once, sin previo aviso ni capacidad de maniobra.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? —se sorprendió un atónito Floro mientras dejaba los papeles en los que trabajaba, las cuentas de uno de los olivares, y se levantaba para acercarse a su hija.

—De Jesús, padre —acertó a responder Achantia tras cierto instante dubitativo. Recomponiéndose, aguantando firme la mirada de su padre—. Deseo marchar al cenobio y expiar nuestros pecados —continuó, muy seria, tras un ligero silencio, mirando fijamente a Floro, con aquellos ojos verdes capaces de atravesar cualquier objetivo. Digna, segura. Equilibrando inteligentemente su ánimo y ademanes, aunque algo más desafiante que medrosa. Recalcando enfáticamente la palabra nuestros.

—No me vengas otra vez con tus estupideces, Achantia —mugió el viejo legionario.

Ingenuo, en un mal entendido reflejo de lucidez, creyó intuir por dónde venía aquello. Pensaba que debía tratarse otra vez de los malditos esclavos. Tanto su mujer como su hija Achantia, sobre todo esta última, le recriminaban constantemente que comerciara con ellos, martilleándole la cabeza con el cuento de la justicia, la igualdad y la caridad. Como si supieran de lo que hablaban, tuvieran derecho a hacerlo y a ellas sus quehaceres les ocasionara perjuicio alguno. Cien veces les había explicado lo que aquellos bárbaros, esas almas que solo a su dios pertenecían, les harían a ellas dos de caer en sus manos.

—No tengo tiempo para tus niñerías, menos si estoy trabajando —bufó, tratando de zanjar la conversación a la primera. Sentándose de nuevo y volviendo su atención a las cuentas del olivar, espantando a su hija con el mismo gesto con la mano con el que lo hacía con las pesadas moscas de septiembre.

—De acuerdo, olvida eso. No era mi intención referirme a ello —dijo Achantia, acercándose a Floro, poniendo ambas manos sobre

su mesa de estudio para reclamar su atención, sonriendo tímidamente, con ese gesto de fingida inocencia que embelesaba al padre—, aunque me alegre ver que lo tienes en la cabeza… por algo será…

—Por la recalcitrante insistencia de mi primogénita, obviamente —interrumpió Floro, volviendo a mirarla y aguantando una media sonrisa.

—Quédate con lo primero que te he dicho entonces —siguió tras un silencio juguetón y otra sonrisa cómplice Achantia. Volviendo a ponerse seria, continuó—: Padre, siento de verdad una llamada. De verdad y de justicia. De libertad. Un grito que clama por mi generosidad y por mi valentía.

—Juro no poder entenderte, hija —le interrumpió de nuevo el padre, asustado ante el derrotero con el que continuaba la conversación.

No deseaba ver partir a su hija y menos a uno de aquellos estúpidos presidios voluntarios. Siempre curiosa y rebelde, pese a su buen criterio y sentido común, llevaba ya demasiado tiempo obsesionada con el maldito cristianismo. Con su adorado Prisciliano y, por supuesto, la tía Egeria, la hermana menor de Julia. Igual de testaruda que su mujer, pero con otras devociones. Soltera, enfocada por completo a la religión. Virgen por convencimiento, monja desde hacía años y posible futura abadesa en Armeá del cenobio de las Aguas Santas, el que se edificara en honor de la mártir María un par de siglos antes.

Floro, pese a no acabar de entenderlos e incomodarse por su extraño comportamiento, respetaba sinceramente a los galileos. Poco podía recriminar a su hija en su comportamiento más allá de propasarse en sus reclamaciones en temas como los esclavos, pues cierto era que siempre lo hacía con buena intención, preocupándose por los demás, y en un modo relativamente obediente, lo que provocaba su debilidad y que consintiera discutir sobre cualquier asunto.

Aunque desde que regresara de Arlés le había observado excesivo interés y compromiso con el cristianismo, hasta aquel momento jamás hubiera imaginado una resolución como aquella.

Conociendo la terquedad de Achantia y tras sopesar la situación, decidió que más valdría tratar de razonar que echarla acusándola

de hacerle perder el tiempo.

Armándose de valor, preparando su estrategia, tras un suspiro, le preguntó:

—¿A qué generosidad aludes si lo que pretendes es acudir a un monasterio? ¿Qué libertad persigues encerrándote?

—Tú no puedes entenderlo —le contestó mientras seguía observándole con sus ojos esmeralda.

—Intenta explicármelo —la desafió Floro.

—Generosidad en la renuncia de lo mundano, de lo superficial. Libertad al ser yo quien escoge mi camino —replicó Achantia tras breves segundos de reflexión.

—¿Acaso has de marchar al encierro para ello? ¿No haces aquí cuanto te agrada? —siguió preguntando Floro, que como el perro con el hueso no pensaba dejarla escapar fácilmente.

—No lo sé, padre. A veces siento que pierdo el tiempo aquí. Mírame, ya no soy una niña. O al menos no me siento como tal. —Algo desconcertado, Floro la observó frente a su mesa. Con cierto asombro distinguió por primera vez a la mujer en que su hija se había convertido, descubriendo, en lugar de intuyendo. Apenado al ver cómo su niña se difuminaba para siempre ante sus ojos. Asintiendo de modo sutil, con curiosidad, la invitó a que siguiera, cosa que hizo Achantia encantada, tras tomar aire y asiento frente a él—: Ansío salir, conocer, ver, hablar, discutir. Colorear con mis propios ojos lo que solo conozco en negro sobre blanco —exclamó con los ojos brillantes.

Achantia admiraba a su padre, cercano, respetuoso, alejado de aquellos hombres fríos que ignoraban a su familia. Desde su retorno de la guerra, hacía aproximadamente un año, acudía atento a saludarla cada vez que se cruzaban y gustaba de alargar la sobremesa de las comidas en su compañía. Siempre, con el pudor que exigía su autoridad, sentía libertad para discutir sobre cualquier tema y confiar en él. Así, sintiéndose afortunada por poder tener aquella conversación con su padre, continuó:

—Me niego a consentir el papel de matrona que la tradición y el destino me reservan. No sin mi consentimiento.

—Entiendo tu ambición, Achantia —respondió ya un conciliador Floro, reconociendo en su hija el hambre del corazón joven e inquieto. La rebeldía de la inteligencia que se despierta al aflorar

como persona. Levantándose, se acercó hasta Achantia y se sentó sobre su escritorio. Con cariño, acariciándole con suavidad mientras le levantaba la cara, reconoció en aquel mar verde a su niña, la de siempre, la misma que acunaba o enseñaba a montar a caballo tantos años atrás. Con cierto regocijo agradeció que hubiera acudido a él para tratar aquel tema directamente y no a través de su madre o hermana. Con mimo, trató de apaciguarla—: La admiro y envidio, incluso añorándola. Es positiva si se domina. Si se encauza al objetivo correcto. Pero aún no eres más que una niña. Tu momento llegará, tranquila, no te precipites.

—Lo sé, padre, pero ¿a qué momento te refieres? A aguardar que un buen partido reclame mi mano. El de alguien que ansíe tu capital o tu posición. Joven y guapo, como mínimo… —Tras un silencio, alargando irónicamente la última frase en un suspiro, pues bien sabía su padre lo poco que aquello le importaba a ella, Achantia continuó—: Eso, en el fondo, es lo que realmente temo, no ser yo quien lo escoja, ni siquiera cuándo. Por eso, en gran medida, creo que hay más libertad en elegir el encierro que en recibir la libertad. ¿No es acaso peor presidio convivir con un extraño que hacerlo en la casa de Dios, padre? ¿Entregarse por decreto a cualquiera antes que conservarse pura por elección?

—Nunca imaginé que hubiera de ser así —respondió Floro, reconociendo la verdad en las palabras que escuchaba, viendo la expectación en la cara de Achantia—. No lo será, de hecho. Puedes estar tranquila hasta que seas tú quien lo decidas —concluyó, entregando conscientemente su derecho como padre a elegir el esposo de su hija.

Dos años llevaba Achantia haciendo valer su independencia, ignorando a cuantos le rondaban como el mulo a las moscas, procurando pasar desapercibida, consciente de su atractivo, para reprimir cualquier mirada, gesto o palabra que pudiera confundirse con el flirteo de una joven en edad de desposarse.

Dos años, hasta aquel San Juan.

III

Treinta y cinco leguas separaban la villa de Teodosio en Cauca de la de Floro en Carranque. Cuatro jornadas al trote, dos con urgencia y

diez al sosegado paso de la comitiva de Teodosio y Honorio.

En tan breve lapso de espacio y tiempo mucho puede aprenderse. El tiempo escoge detenerse o acelerar a su conveniencia. Un arrebato convertido en sorpresa descolló frente al resto de sensaciones. Aunque la situación la preparara Julio Quinto, *paterfamilias* de uno de los más distinguidos linajes de la ciudad de Segovia y que también acudiría a la fiesta de Carranque, no sin antes hospedarles en su *domus* durante tres deliciosos días, fue Cinegio quien la dio.

La rotundidad de Hispania aturdía a un Cinegio siempre despierto y curioso. Por vez primera comía en la mesa principal por derecho propio, como uno más, sin complejos ni sensación de abuso. Su opinión se requería y sus palabras se escuchaban.

Segovia, flanqueada por un joven y brioso Eresma, ocupaba el escalón somontano de la sierra del Dirrama o del Dragón, como la apodaba Julio Quinto por los siete picos que adornaban su lomo. Vieja ciudad vaccea, una razón principal poseía para la envidia de sus vecinas desde dos siglos antes: su *aquaeductus*.

Majestuoso, colosal, desproporcionado, eterno. Un diamante digno de una emperatriz que descollaba aún más entre los dedos de una aldeana. Brillando como la belleza pura en la espontaneidad de una pastora sin la severidad de la princesa. Una joya que, en Roma, Constantinopla, Tréveris o Hispalis hubiera sido digna de admiración pero que allí, en aquel rincón bendecido por la poderosa naturaleza, perdido en su grandeza, deslumbraba.

—¡Es imponente! —exclamó Cinegio, palmeando la base de uno de sus tremendos sillares, comprobando que, efectivamente, tal y como parecía, difícil era que se venciera.

Se encontraban ya en la plaza del foro, pero el día había comenzado visitando el nacimiento del *aquaeductus* en un manatial en la sierra, a doce millas de la ciudad. En su comienzo, en un bosque de acebos, una inmensa cisterna, a la que llamaban el Caserón, recogía el agua tras una presa para conducirla por un canal de sillares de granito de grano gordo y color cárdeno, labrados de forma tosca, durante más de diez millas hasta la Torre de Aguas. Allí se decantaba y desarenaba, de forma mecánica, filtrándola de impurezas sin necesidad de participar en la tarea.

Ya desvirgada, el agua recorría sus seis estadios gloriosos

salvando la vaguada natural de la ciudad hasta morir en lo alto del Postigo.

Cinegio palmeaba ahora uno de los más de setecientos cincuenta arcos que se amoldaban al terreno para encauzar el curso del agua con mimo. En su cénit, allí donde conversaban nuestros conocidos, casi noventa de ellos formaban en doble arquería superpuesta. Arduo le resultaba al africano distinguir en su cumbre la estatua de Hércules que presidía la obra. A su lado, un cartel con letras de bronce nombraba a nuestros ya conocidos Trajano, Adriano y Apolodoro como sus creadores.

—Van sin argamasa alguna. Colocados a hueso —le dijo Julio Quinto, señalando la parte superior de la ciudad, la zona más noble y donde él vivía—. Allí muere, sobre la colina y junto a las termas y las principales *domus* de la ciudad. Nosotros fuimos quienes lo pagamos en gran medida. Cierto es que agua no falta.

—Y bien que sabe, además —aseguró Honorio.

—¡Hasta el agua te gusta! —bromeó con él su hermano Teodosio.

Tenían la burla mutua de exagerar sus diferencias, uno por licencioso y otro por cicatero. En aquel mismo almuerzo habían reñido también por la cantidad de cordero y vino que había degustado Honorio.

Teodosio se asemejaba a su padre, seco en palabras y caprichos, administrando ambos, aunque ni de lo uno ni de lo otro careciera. Honorio, por su parte, pese a ser sobrino, guardaba más parecido con su tío Euquerio y disfrutaba de una buena mesa y de descubrir sabores y sensaciones.

—Si está como esta, desde luego. Gélida, pese a ser ya prácticamente verano —replicó Honorio mientras el resto admiraba la obra.

Cinegio apenas escuchaba la conversación, aunque esbozara alguna sonrisa cómplice. Ensimismado, reflexionaba cómo en aquellas piedras, fijadas por las mismas manos que las del foro romano, el anfiteatro de su casa en Thysdrus, la puerta de Tréveris, el puente de Drobeta, o el puerto y muralla de Tipasa, era donde realmente se encontraba la grandeza del imperio. Desafiando a la historia, el ingenio, y la capacidad del ser humano. Mucho más que los papeles del emperador, el Senado o los palacios de Milán,

Tréveris o Sirmium, aquellos sillares representaban mejor la grandeza de Roma que la propia Roma con todo su esplendor. Otros habían embellecido sus propias ciudades, algunas colonias incluso, pero nadie antes había desplegado de aquella bestial forma su genio.

—¡Qué prodigio, desde luego! —terció Syagrio, refiriéndose en esta ocasión al continente y no al contenido.

—Otra huella del abuelo para la posteridad, hermano —le dijo Teodosio cariñoso a Honorio, apoyándole el brazo sobre el hombro.

Naturalmente se refería a Trajano, el principal orgullo de su casa y por el que sentían auténtica devoción.

Honorio estrechó con fuerza la mano de Teodosio, allí donde se encontraba el anillo de su padre y el corazón de ambos. El de los Ulpio-Aelios. Transcurridos casi seis meses desde la muerte del viejo Teodosio, seguían emocionándose al recordarle en cualquier detalle.

En realidad, a ninguno de los dos le apetecía celebrar aquel San Juan y marchaban completamente forzados. Obedeciendo órdenes. Recordando la disciplina castrense. Las superiores eran Thermantia y Aelia Pulcheria, su madre y su abuela.

Despreciando el luto, prácticas, como les exigía su condición de matronas romanas, no permitirían dejar pasar una oportunidad como aquella. Obsesionadas estaban con que los jóvenes se comprometieran, con asegurar su legado. Urgidas en cierta forma por la consciencia de la cercanía de la parca, de lo sencillo que se quebraba una vida.

El esposo y el hijo, Flavio Teodosio, había muerto sin advertencia alguna, aunque como madre y esposa lo temieran siempre. Lo mismo les sucedía ahora con sus hijos o nietos y por ello buscaban aprovechar su escaso tiempo en casa para emparejarles. Para asegurar su linaje. Siete años habían volado desde su anterior marcha. Uno tenía veintisiete y el otro veinticinco.

Lo único bueno de su llegada era que lo hubieran hecho con Flavio Syagrio, un gran partido para alguna de las hijas de sus amigas o familiares, las hermanas Achantia o Faustina por ejemplo que con su soltería traían loca a su amiga Julia. En cuanto a Honorio y Teodosio, dudaban sobre las futuras fechas de boda, pero no sobre las candidatas.

De eso llevaban ocupándose toda su vida.

—Hay que ser un genio para comenzar semejante desafío, aunque no seas tú quien lo sufrague —continuó Teodosio, guiñando el ojo a Julio Quinto—. Más aún en un remoto lugar como Segovia. Sopesar una obra de este calado, escuchar a los ingenieros y al cuestor, solo eso, lleva implícito ser grande. —Un silencio reflexivo coronó sus palabras.

—Trajano —suspiró su hermano Honorio.

—¡Qué lejos queda cuando, mientras admirábamos el puente de Drobeta, soñábamos con emularle! —exclamó Teodosio en una vacía carcajada—. Maldito ingenuo —escupió contra sí mismo despectivamente.

—No te avergüences, no tienes por qué serlo. Aún no has escrito la última página de tu libro —dijo repentinamente Cinegio, sorprendiendo a todos, especialmente a él.

El tono serio y el momento, algo inadecuado, dejaron tras de sí un silencio compartido en el que cada uno valoró las palabras de Cinegio de muy distinta manera.

Julio Quinto no acababa de entender a aquel cojo y enclenque africano. Le intrigaba la deferencia con la que le trataban Honorio y Teodosio, habitualmente reservados o cuando menos poco abiertos a extraños. Aún más lo hacía su mirada. Como la de una estatua. Vieja en un cuerpo y ojos jóvenes. Constantemente le sorprendía con insólitas preguntas o detalles de poca importancia para él. Aquel comentario no fue más que una nueva extravagancia rápidamente olvidada.

Honorio, Syagrio y Teodosio no compartían su visión, en expectante silencio aguardaban alguna posible explicación a aquel comentario. Ya conocían a Cinegio y sabían que no regalaba palabras al viento, también que de poco servía presionarle, pues, hermético, difícil era adivinar sus pensamientos. Seis meses después llevaban esperando que les explicara lo sucedido en el *Amanecer*. Jamás le habían vuelto a preguntar, intuyendo de forma inteligente que de poco valdría.

Cinegio no acababa de concebir lo sucedido. Dudaba incluso si había sido él quien había hablado. Había vomitado aquella frase. Desde sus tripas. Sin pasar por su cabeza. La certeza de que Teodosio escribiría su nombre en letras de oro para la posteridad le

había golpeado como el badajo a la campana. Estremeciéndole. Haciéndole resonar inconscientemente.

Sintiendo la expectación que le rodeaba y, de nuevo, traicionándose a sí mismo y a su juramento ante los dioses, escondió lo que sentía para defender lo que pensaba. Cobarde, disfrazó la intuición que le gritaba sobre la futura grandeza de Teodosio vistiendo su explicación con uno de aquellos lugares comunes que tanto aborrecía.

—La vida da muchas vueltas. Quizás en un año estés tan lejos de este acueducto como hoy lo estás del puente de Drobeta. Lo que no puedes permitirte es dejar de soñar.

IV

Los desvelos de Julia tuvieron su recompensa. Al menos para Cinegio.

El espectáculo había comenzado la tarde de su llegada, desde el camino privado que arrancaba en la calzada para recorrer cinco millas en una infinita hilera de cipreses y álamos hasta la villa de Carranque.

Cada palmo de terreno destilaba distinción, jugando con los colores con los que la naturaleza se entretenía al pintar los campos fértiles; junto al camino, tan cuidado como la propia calzada, los árboles y arbustos florecían podados de graciosas formas; en los llanos, los olivares, de al menos dos o tres variedades de aceituna, lucían desbrozados, limpios, formando perfectas hileras que bien podían servir de modelo para la más metódica legión. En las laderas ingeniosamente aterrazadas, los viñedos lucían verdes fruto del seguro riego del Dirrama y poblados por multitud de esclavos que trabajaban limpiando sus vides. También se divisaba cebada y trigo, bosques y, por supuesto, campo yermo, descansando, esperando futuras semillas de algodón y girasol o la plantación de cebollas, ajos y habas.

La belleza y el cuidado por el detalle lo inundaban todo, pues junto al terreno de labor fácil era advertir caminos de blancas piedras flanqueados por nuevas hileras de álamos, cipreses o fresnos que llevaban a rincones adornados con estatuas, fuentes y bancos de mármol que señoreaban colinas, ocupaban bosquecillos o vigilaban

recodos del río, invitando al paseo, al descanso o la contemplación.

Al estar ya la tarde cayendo, los cencerros de cabras y ovejas regresando a los establos, siguiendo a los pastores que regañaban y golpeaban a las díscolas para no perder el orden, ponían la música a la escena.

A la mañana siguiente, nada más salir de su *cubiculum* junto a Syagrio llamado por Honorio y Teodosio, la cosa no hizo más que mejorar para Cinegio al divisar tras una frondosa higuera a una espectacular joven al otro lado del *peristylum*. Una de las dos hijas de Floro, dedujo al encontrarse en la zona más noble de la casa, la que albergaba a su familia.

En el *atrium*, al aire libre, en uno de los laterales del *impluvium*, confiaban celebrar las cenas, pues el verano, recién nacido, caminaba pero aún no corría. Acechaba en cualquier caso y obligaba a nuestros amigos a caminar por la sombra de los pasillos que les regalaban los *velaria* verdes y azules camino del atardecer del 23 de junio.

Dos perdices alicortadas, con su distinguido trote y la cabeza erguida, precedieron la entrada de Cinegio al *peristylum*, en un quiebro esquivaron a un pavo real que paseaba tranquilamente sin ánimo de mostrar sus encantos. Desde jaulas de madera, pintadas de llamativos colores, los más variados pájaros trinaban compitiendo por un territorio que nunca disfrutarían e indirectamente con los dos flautistas que amenizaban la velada. Una que custodiaba un enorme pájaro atrajo su atención. Se trataba de un avestruz, según le aseguraron más tarde, traída de más allá del desierto de África.

De repente, Cinegio, todavía turbado por la suntuosidad y decoración de la mansión, se percató de que Floro, tras fundirse en un emotivo abrazo con Honorio y Teodosio, les estaba dando la bienvenida. Tratando de recomponerse, mientras hacía un esfuerzo por escucharle, recordó las lecciones de su juventud y a su tío Clivio y las enseñanzas de Horacio en Tréveris con una sonrisa. *Nil mirari*.

No resultaba sencillo entre tanto encanto.

A Floro se le percibió emocionado en su calurosa acogida. Tras sus saludos, llegaron los del resto de los invitados y numerosos fueron los abrazos repartidos. El africano fácilmente podía sentir el cariño y respeto hacia ambos hermanos mientras admiraba las

capas de lino, las ricas togas, los cinturones, las sandalias y las joyas en los hombres y la espectacular belleza en las mujeres. ¡Qué desfile!

Razón tenía Teodosio cuando ensalzaba la calidad de la asistencia.

De naturaleza tímida y poco mujeriego, con facilidad se vislumbraba Cinegio casándose con la mitad de las asistentes. Con razón tenían fama de bellas las hispanas. También en otros lugares encontrabas a Kirias o singulares bellezas, pero impensable resultaba aquella recurrencia en el hallazgo. Allí los colibríes vivían en grupo en lugar de en soledad. Además, la poco agraciada hallaba como parecerlo, si no para provocar un piropo, sí al menos una sonrisa. Cinegio conversó más en aquellos meses con mujeres que en los últimos diez años. Al menos desde que dejara su casa. A Clodia y a Gala. Apreciaba sentir aquella sensación de nuevo.

Observar a la concurrencia le ayudó a Cinegio a calmarse y equilibrarse, pues, pese a su envidiable porte, su primera impresión fue de cierta tristeza. No se debía al entorno ni a los invitados. Tampoco a que, tratándose de una fiesta selecta y distinguida, comenzara calmada.

La muerte del viejo Teodosio pesaba en el ambiente como la nube negra antes de una boda.

No tardaron mucho tiempo en sentarse. Cinegio, obligatoriamente separado de sus amigos que ocupaban un puesto principal a derecha e izquierda de los anfitriones, lo hizo hacia la mitad de la enorme mesa rectangular. Debían de ser unas sesenta personas. Él, con poca gente a la que saludar, se sentó de los primeros. Con gusto y sin sorpresa, escuchó cómo Floro y Julia, que compartían la presidencia, daban la bienvenida a sus invitados agradeciéndoles su visita con las palabras habituales. Tras brindar por los tres siguientes días con un espectacular *mulsum*, un vino en el que mosto y miel fermentaban a vez, comenzó el tránsito de viandas organizado con tanto mimo por Julia.

Se lavaron las manos y Cinegio cogió un trozo del pan blanco mientras les servían la *gustatio*, un plato con espárragos trigueros, lechuga, cebolla, aceitunas, uvas, caracoles, tres ostras y diferentes quesos.

A los escasos segundos reparó en que casi frente a él, en

diagonal a su derecha, se sentaba la joven alta y castaña que había visto al salir de su *cubiculum* y a la que ya le habían presentado, sin mucho acierto por su parte, sometido por el ímpetu de su arrolladora belleza. Achantia, recordaba. Quizás la rosa más roja.

Concentrada en sí misma, con las manos unidas y la cabeza gacha, oraba en silencio antes de comenzar a cenar. Con gusto, Cinegio decidió imitarla recordando a su madre Clodia. Con esa curiosa facilidad que poseía para aislarse de cuanto le rodeaba, agarrándose el medallón de su padre, rogó por que siguiera encontrándose bien. También por su hermana y sus amigos. Les había escrito desde Hispania, pero aún no había obtenido respuesta.

Al terminar su sentida oración descubrió cómo Achantia le miraba intrigada y cómo, al verse descubierta, un relámpago cruzaba su ausente mirada provocando que las sienes de Cinegio comenzaran a latir como jamás le había pasado antes, ni siquiera con Kiria.

Analizándola, con detalle y discreción, vencido ya el primer impacto de su rotunda belleza, algo notó que le contrariaba en ella en un primer momento pese a atraparle. De tan perfecta parecía una estatua, con sublimes facciones cinceladas en mármol blanco, pero sin alma. Le había llamado la atención al conocerla su sencilla elegancia, el que, aun siendo más alta que él, no llevara tacones. Tampoco joyas ni maquillaje alguno. No lo necesitaba en realidad. De imponente figura, quizás algo escasa de busto y caderas, se había movido de forma felina, con movimientos cortos, rápidos y controlados.

Ahora, al acecho, pudo admirar la frescura de su piel que, sin mácula alguna, como nieve no pisada, ni siquiera se sonrojaba en sus altos pómulos. También su pelo castaño, llamativamente grueso, que se adivinaba ondulado pese a vivir cautivo entre aquella graciosa corona de margaritas. Su nariz era larga y recta y su boca, opulenta, se cerraba infantilmente en deliciosas comisuras y mostraba unos labios encarnados que concentraban todo el color que le faltaba a la cara. Como fruta al pastel, adornaban aquel distinguido rostro dos esmeraldas. Tan verdes que parecían muertas en lugar de vivas. Con cierto recelo constató que, pese a su indudable belleza, aquello era lo que, en cierto modo, le incomodaba de la diosa.

Retiraron los platos vacíos, trajeron nuevas cestas de pan y les cambiaron la cuchara, el agua de la escudilla y la servilleta antes de comenzar a servir el plato principal. Carnes y pescados, guisados y a la plancha, acompañados fundamentalmente de verduras. Por no extendernos en demasía ante la variada lista, diré que el plato más celebrado fue el venado repleto de verdura, codornices y perdices que finalmente sí había sido capaz de realizar el cocinero griego de Floro.

Cinegio estaba a otra cosa, en cualquier caso. Obsesionado como jamás le había pasado, gozoso, se entretenía encontrando retazos de vida en la estatua. En toda la cena no habían coincidido en conversación alguna, evitándose por timidez o decoro, pese a observarse mutuamente. Así descubrió los veloces relámpagos en su mirada, como el que había avistado al sentarse o cuando se la presentó Honorio. Estrellas fugaces en la noche que iluminaban las esmeraldas esporádicamente. También advirtió que ligeras muecas de sonrisa o decepción, según de lo que se hablaba, traicionaban el aplomo de la diosa. Había fuego allí dentro pese a que su dueña lo escondiera.

Siempre lúcido, nuestro amigo intuyó su fría y estirada pose como un escudo, adivinando en Achantia el ánimo de la que, bien educada, trata de causar favorable impresión, pero, a su vez, huye del halago y el cortejo mostrándose inalcanzable. Etérea. Remota. Vecina del Olimpo y no de la tierra. Una defensa ante el depredador como las púas del erizo o el caparazón de la tortuga.

Llegó el postre: pasteles de trigo, melón, cerezas, granada, dátiles, almendras y nueces, y junto a él el vino que no servían desde la *gustatio*. Tinto esta vez.

Tras ser servidos y mientras brindaban, Cinegio y Achantia volvieron a cruzar sus miradas. Esta vez, a la diosa, además del relámpago, se le escapó una sonrisa que atrapó a nuestro amigo para siempre.

V

Aquel mismo día 23 había comenzado en la villa de Carranque antes del alba con nervios, maldiciones y carreras en los *cubicula* de las mujeres en casa de Floro.

Achantia madrugó, ansiosa por reencontrarse con sus amigas Aelia Flaccilla, María y Poemenia, sobre todo, con la primera. Años llevaban hablando sobre la vuelta de Teodosio hijo de la guerra. De memoria conocía la iglesia, el vestido, el menú y hasta el sensual conjunto que vestiría su amiga en la futura noche de bodas. Debía celebrarse aquel mismo año o como muy tarde en el próximo San Juan, si todo rodaba según lo previsto. Hija única, sus padres estaban deseando que pudiera darles nietos. Con la inesperada muerte de Teodosio padre se había tambaleado la posibilidad del encuentro, pero, afortunadamente, se había solucionado.

Tras disfrutar la mañana y un frugal almuerzo con ellas, ante el enojo de su madre por lo tarde que comenzaba a arreglarse, se dispuso a hacerlo. Tampoco necesitaba tanto tiempo como Julia y Faustina pues se ahorraría las joyas y los afeites. Eso no impediría que a la fiesta acudiese digna, más que eso, imponente, pues, pese a su falta de presunción y al exceso de austeridad que promulgaba su doctrina cristiana, era a la primera a la que atraía lucir elegante, sacarse partido, encontrar el peinado, calzado y vestido idóneos. Su principal motivación, más allá de su propia satisfacción y esa seguridad que otorga sentirse atractiva, era agradar a los que le rodeaban, fundamentalmente a sus padres. A él por ver brillar el orgullo en sus ojos al reconocerla, a ella por demostrarle que su prudencia no tenía por qué reñir con la distinción.

Dos esclavas le ayudaron a ceñirse el *strophium* y la túnica antes de colocarse una espectacular *palla* de seda cárdena y pedrería verdes a juego con sus ojos. Traída desde Oriente, más allá del limes. El regalo de su padre por su decimoctavo cumpleaños que había reservado para aquel día, más allá de probársela un millar de veces en su propia habitación. A los pies, arriesgándose por su informalidad y para sorpresa y disgusto de su madre, había decidido vestir unas simples sandalias sin tacón de corcho alguno, las popularmente conocidas como babilónicas por su procedencia y excelente piel, en este caso verde y con las tiras que se ataban al tobillo moradas siguiendo el ejemplo de la *palla*. Sentándose en una silla blanca comenzaron a peinarla, también de forma sencilla. Dos trenzas adornadas con margaritas moradas silvestres que morían en un moño bajo, por encima de la nuca, realzando sus hombros.

Como sospechaba antes de llegar, fue la primera en terminar de

arreglarse, pese a comenzar la última. Su hermana y su madre apuraban hasta la hora de la bienvenida para retocarse pelo y piel en el último minuto y de esa forma asegurar su triunfal entrada. Naturalmente, había de esperarlas aunque su padre ya se encontraba recibiendo a los invitados. Aburrida, abanicándose con el *flabellum*, se sentó en el amplio gabinete que comunicaba el *cubiculum* de ambas hermanas y que daba al *peristylum*.

Unas risas que precedían el paso de Teodosio y Honorio frente a Achantia camino del *atrium* rompieron el soporífero rumor de la fuente activándola de su letargo. Su padre los había acomodado junto a su familia, en la zona noble de la casa, en deferencia a su posición y el especial al cariño que les guardaba como hijos de su querido Teodosio.

Oculta por una espesa higuera que la protegía, Achantia, observándole sin ser vista, admiró su porte. También el de su hermano Honorio, con el que había de casarse María. Sus primos habían crecido y lejos quedaban ya los niños que conociera y les persiguieran a ella y sus amigas entre juegos. Se movían con agilidad y a la vez con la severidad de quien ostenta el mando. Seguro que Flaccilla no caería decepcionada al volver a verlo; tampoco él, esperaba, conociendo la belleza y cualidades de su amiga. Tan rara era Achantia que más que en su felicidad pensaba en la de sus amigas.

Los dos hermanos se detuvieron frente al *cubiculum* que tenían más cercano.

—¡Cinegio, Syagrio! —gritaron.

Al encuentro acudieron los así llamados. Uno de ellos cautivó a Achantia por su singularidad. De paso esquivo, algo menudo y con cuantioso pelo azabache y ligeramente rizado en sus puntas. Vestido correctamente, sobrio, pero algo desaliñado para el experto ojo de Achantia, que fácilmente distinguía el paño fino y el modelo reciente. Aquel corte no acababa de encajarle, como si poco le importara su apariencia, estuviera escasamente habituado a la etiqueta o vistiera de prestado, muy lejos de la castrense pulcritud de sus acompañantes. Para colmo, no había limpiado correctamente su calzado donde se advertían algunos restos de barro. Interesante, en cualquier caso. Y apuesto.

Azorada, se percató de que también él le había descubierto pese

a su escondite y le ocultó su verde mirada. Extrañada por su propio proceder, curiosa, la devolvió al segundo, pero la de él ya se había ido. Distinguió cómo recibía una palmada y un empujón de Honorio apremiándole entre bromas. Aquel Cinegio o Syagrio, siguiendo a los dos hermanos, caminaba pausado, al hipnótico ritmo que le permitía una ligera cojera, acariciando los mármoles, oliendo las flores y observando ensimismado cada detalle a su alrededor.

Con una sonrisa y una breve oración de reconocimiento, Achantia valoró su innata suerte por participar en aquellas reuniones y poder conocer a personajes tan variopintos.

Por fin, terminaron de acicalarse su madre y su hermana para acudir al *atrium*. Floro, nada más cruzar las *fauces*, les recibió con una pequeña mueca medio jocosa medio recriminatoria por su tardanza. Después sonrió complacido. Satisfecho, henchido, contemplando la exuberante traza de sus tres mujeres, se consideraba realmente afortunado. Aquel trío, su tesoro, su más preciada posesión, brillaba más que cualquiera de los exóticos objetos que figuraban por doquier. Pronto la mayoría de los invitados, como crías buscando amamantarse, se arremolinaron a su alrededor regalando a las anfitrionas merecidos cumplidos y halagos.

Honorio fue quien se lo presentó a ella.

—Cinegio, estas son mis queridas primas Achantia y Faustina. Por muchas vueltas que des no encontrarás otras más bellas, pero aléjate, que son familia. Si no, hace tiempo que me hubiera prometido a alguna —le dijo, acercándoles para que se saludaran.

—Ya será menos, Honorio —respondió Achantia, acompañando sus palabras con una ligera sonrisa—. Mucho más te valoro como primo que como futuro esposo conociéndote. Además, ya sé yo bien en quién te fijas.

—Jajaja —rio Honorio—. Siempre tan ingeniosa, mi querida prima, veo que no has perdido la rapidez en estos años. Menos aún tu singular belleza —dijo, besándole la mano y abrazándola—. De todos modos, Achantia, mucho cuidado con mi amigo, que estos africanos son los más peligrosos.

—Encantado —terció Cinegio, acompañando su temeroso apretón de manos con una tímida sonrisa tras tan triste presentación.

Antes de sentarse a cenar, Achantia pudo saludar a Prisciliano y a sus amigas de nuevo, fugazmente, prácticamente sin detenerse. Ansiaba pasar el trámite, acabar con la aburrida cena y comentar con ellas cada detalle y especialmente el reencuentro de Aelia Flaccilla con Flavio Teodosio. Su madre no le había permitido organizar el protocolo de la mesa y rodearse de quien realmente le apetecía, insistiendo en que sus hijas, como obligaba al buen anfitrión, dieran conversación a los más desatendidos.

Al dirigirse hacia su sitio, ebria de emociones, cuando ya prácticamente todos estaban sentados y sus padres habían comenzado con su discurso de bienvenida, con cierta sensación de culpabilidad por no haber podido detenerse con nadie tanto como hubiera deseado, se percató de que en diagonal frente a ella se sentaba Cinegio. El atractivo y misterioso africano. Él esta vez no reparó en ella, pues observaba absorto el discurso de sus padres. Agradeció que al menos para él pasase desapercibida su demora.

Sirvieron la *gustatio* y tras finalizar su oración de gracias, curiosa por ver qué haría Cinegio, le descubrió también en recogido rezo. Achantia, en un solo segundo, de esos que injustamente valen tanto como mil consejos o meses de convivencia al formar la primera impresión, le juzgó honesto y sincero. Alguien en quien se podía confiar. Serio, concentrado mientras rezaba, acariciaba una medalla que portaba al pecho.

Al finalizar su rezo, también a ella fue lo primero que él buscó con su mirada encontrándola. Achantia la desvió enseguida, reprimiéndose, condenándose por aquella estúpida curiosidad por aquel hombre. Tantos años tratando de esquivarlos a todos, creándose una reputación de inalcanzable y ahora le daba por observar a ese desconocido.

Respirando, tranquilizándose, decidió ignorarle, aunque resultara imposible y así transcurrió la cena. Esperando que en cualquier momento se atreviera él a hablarle para responderle secamente y cortar sus ilusiones de raíz. De demostrarle quién era Achantia, si no lo sabía. No sucedió, pese a que, atrevido e indiscreto, no parara de observarla en todo momento. Achantia hubiera matado por volver a escuchar su voz.

Por fin, sin poder resistirlo, ya en el postre, cuando todos levantaron la copa de vino para brindar por los días que se

avecinaban, atraída como el lobo por la luna, decidió mirarle para, sabiéndolo de antemano, volver a cruzar sus miradas.

Allí, tan cerca, en aquella atractiva profundidad, descubrió cuanto buscaba. Lo que nunca había visto y tanto esperaba.

En pago, no tuvo más remedio que regalarle una sonrisa.

15

Cauca, Hispania, mayo de 377

Tras el paso de sus hermanos verano y otoño, el irascible invierno había llegado y se había marchado sin dejar propina, indignado por el mal servicio que le prestaban en aquella prestigiosa taberna llamada Hispania, donde tan pocas veces le reconocían pese a su fama. La luz volvía a ganar terreno en su eterna batalla a las tinieblas y junto al agua primaveral le devolvía la vida a aquella tierra que florecía, agradecida por recuperar su libertad. La gente, sin reparar en ello, acostumbrada al paso de las estaciones, recuperaba la alegría y cada vez con más frecuencia se encontraba en las esquinas y se reía en los caminos.

Flavio Euquerio alcanzó la villa de Cauca ya casi entrada la noche de un día impropio de aquellas fechas; gris, encapotado, de lluvia suave pero incómoda por su constancia y el viento del norte que la acompañaba. Todavía no le esperaban, aunque hubiera anunciado su visita junto a Syagrio unos meses antes, en la misiva en que felicitaba a sus sobrinos Honorio y Teodosio por la boda. Obedientes, estos habían cumplido los planes de su madre y abuela. Tan disciplinadamente que ambas esposas, María y Aelia Flaccilla, ya estaban encinta.

El abrazo con ambos sobrinos, recibido a la carrera, tras descabalgar en la entrada de la casa, fue eterno. Los tres, en parte, se lo daban a quien no estaba. A Teodosio, su padre y hermano. Más de un año había pasado desde su ejecución, aunque siguiera tan presente.

—¡Qué alegría verte, tío! —corearon al unísono tras hacer las presentaciones.

—Os aseguro que yo me alegro aún más al veros a vosotros. Siento cómo os he puesto —dijo mientras se sacudía su empapada capa con su único brazo—. Interminable se me ha hecho el último tramo. ¡Por fin en casa! —Suspiró, sonriendo—. Llevadme junto a mi madre, un buen fuego y un vaso de vino.

Cruzaron la casa completa hasta llegar a la *exedra*, allí donde esperaban las mujeres. Un grito de entusiasmo adelantó a las lágrimas, los besos y los abrazos por el reencuentro.

Tras las felicitaciones por los futuros Ulpios-Aelios, al poco de sentarse en los divanes, ya cómodos, degustando el mejor vino que guardaban en casa sin aguarlo en absoluto, Aelia Pulcheria no tardó en querer entrar en materia.

—Bueno, hijo, cuéntanos, ¿cómo estás de verdad? —comenzó diciendo con voz trémula.

La *materfamilias* se sentaba recta, con las manos cruzadas sobre su regazo, en el lugar más próximo a una gran chimenea donde chisporroteaban juguetones un par de troncos de encina sobre una cama de sarmientos que embrujaban la estancia con un seductor aroma. Sin apenas luz exterior por lo cerrado de la noche, la luz de la lumbre y de las velas sujetas por candelabros de oro y plata se reflejaba en sus ojos celestes que brillaban emocionados sin hacerle perder su regia postura. Llevaba su canoso pelo recogido en un moño alto y dos espectaculares esmeraldas como pendientes. Por vestido una sencilla túnica de corte y escote recto color magenta.

Aelia Pulcheria no era mujer a la que entretuviera navegar sin rumbo y habitual era que participara en las decisiones de la familia y planteara las cuestiones a resolver. Sobre cualquier tema, lo mismo mundano que profundo, casi siempre con buen criterio y alternativas ya maduradas. Diligente, segura, apasionada, con la barbilla alta, cruzando la mirada con su hijo Euquerio, prosiguió:

—Como imaginarás, constantemente rezo por ti sin encontrar consuelo en las noticias que me envías. Por las noches, al apagar las velas de mi dormitorio, en soledad me pregunto: ¿será impostada esa aparente tranquilidad de mi niño? ¿No serán las noticias que nos llegan sobre su cómoda posición piadosas mentiras para calmar a su turbada madre? —Se detuvo un segundo, varió gesto y tono hacia un registro más frío, y, al cabo de un rato, retomó su discurso —: Aquí damos por segura la relación de Graciano con el asesinato de tu hermano. —Recalcó la palabra asesinato con desprecio, arrastrando las letras como haría con los culpables de estar en su mano. Luego, respiró profundamente tratando de calmarse—. No dejo de imaginarte junto a él, tan cercano a ese desgraciado. Dime, Flavio Euquerio, ¿qué ha pasado?

—Como casi siempre, algo de razón llevas, madre —contestó Euquerio tras degustar el vino. Tranquilo en notorio contraste con la pasión que devoraba a su madre, meditó su respuesta—: No puedo disculpar totalmente a Graciano, pues culpable es como mínimo de la muerte de Teodosio por omisión. Aunque justo sea reconocer también que en el momento de la muerte de Teodosio la tierra temblaba bajo sus pies y andaba tan perdido como el marinero entre la niebla. Era el nuevo emperador y eso pesa mucho y despista más. —Hablaba sin apartar la vista de su madre, aguantándole la mirada, aunque de alguna forma la traspasara. Tras un breve silencio y otro trago, continuó—: Más culpable le creo del accidente de su padre Valentiniano. Mucho más al relatármelo Syagrio como fortuito testigo junto a Cinegio en Brigetio de la embajada de los cuados.

Cinegio, viendo cómo Euquerio le miraba con su único ojo, asintió sin dudar de la veracidad de la historia que seguramente le relatara Syagrio. Todos los allí reunidos, como los que hasta esta página han llegado, la conocían.

Analizándole en detalle, era extraordinario cuánto le recordaba a su hermano Teodosio. No se trataba tanto del físico, que también, aunque tuviera menos pelo, este fuera prácticamente blanco y le faltaran el ojo y el brazo derechos, sino sobre todo su tono, su impronta, sus gestos y su ruda forma de ladrar ese latín elegante con ligero deje hispano. Su mirada y su clase. Cierto era que departía de forma menos cortante y más suave, conversando en lugar de ordenar, pero, si Cinegio cerraba los ojos, escuchaba de nuevo al *magister equitum* y con ellos abiertos le imaginaba sin problema.

—En cuanto a mi querido hermano —seguía diciendo Euquerio, bajando aún más el tono y con un evidente deje de tristeza—, más creo que su muerte se deba a un cúmulo de desgraciadas casualidades que a una premeditada ejecución. Todos son culpables. Todos, aunque si hubiera de señalar a alguien, lo haría con ese bastardo de Máximo. El verdugo, pese a que no ejerciera tal función.

—A ese perro como premio le han dado Britania —terció Thermantia—. Para enterarse de poco, bien que le ha premiado Graciano su traición.

—Cierto también —admitió asintiendo Euquerio a su cuñada. Advirtiendo cierto reproche en su comentario, cansado, serio pero amable, calmándole con un pausado y cariñoso gesto con el brazo, prosiguió—: Pero, bueno, dejadme que me explique. Os aseguró que no es dudosa mi posición con respecto a mi hermano y difícil es que alguien haya sufrido más que yo con su pérdida dado el amor que le guardaba y la situación en la que me encontraba.

—Perdón, Euquerio, no me malinterpretes —se disculpó Thermantia.

—Nada, te entiendo, pero no siempre juzgar resulta tan sencillo, al menos cuando cuentas con la otra perspectiva. Como trataba de explicaros, la decisión sobre la ejecución de Teodosio no se tomó ni se supo en Tréveris hasta que fue demasiado tarde. Al menos, eso me asegura el galo Ausonio, quien realmente teje los hilos en palacio. Yo le creo. De hecho, fue Justina la que, haciendo honor a su nombre, exigió en público, al poco de tomar posesión su hijo Valentiniano, el máximo castigo para cualquier general corrupto. Quería mostrar su poder, y ejemplarizar. Lo de que fuera corrupto era lo de menos, siempre que Cerealis, su cómplice, pudiera encontrar a alguien que sí lo fuera cerca de una víctima propicia. Cayó el más grande. A eso se prestó Máximo o Judas como debería conocérsele tras su traición. No ayudó Teodosio al no defenderse, aunque poco pueda sorprendernos conociéndole. Ojalá hubiera antepuesto su vida a su orgullo. Ese viejo testarudo siempre fiel a sus proverbios. Fácilmente me lo imagino renegando. «*Dum excusare credis, accusas*» («Cuando crees que te estás excusando, te estás acusando»). Sandeces. Condenado testarudo.

Hizo una nueva pausa para levantar su copa en memoria de su hermano. Una furtiva lágrima asomó en su solitario ojo sin llegar a liberarse. Apurando el vino, paladeándolo, levantó la copa para que un esclavo la rellenara de nuevo. Tras carraspear, recuperando la compostura, soltó:

—Es excelente, ya me diréis la procedencia. Quiero tres carros completos.

Todos sonrieron relajando de alguna forma el pesar que les invadía, aprovechando para disimular alguna lágrima ante el emotivo recuerdo de la singular personalidad de su querido Teodosio.

El silencio y la expectación ante la declamación de Euquerio eran absolutos. Este, aprovechándolo, manejándolo con la soltura del habituado a hablar en público, miró a sus sobrinos.

—Bien hicisteis vosotros en desaparecer, pues quién sabe qué consecuencias hubiera tenido encontraros a tiro en medio de esa locura. Inteligente, además, fue hacerlo aquí en Cauca en lugar de en la Vieja, en Itálica, donde seguro que os hubieran encontrado de tratar de buscaros. Eso mismo tenía que haber hecho mi hermano tal y como yo le aconsejaba, en lugar de ser tan orgulloso y desafiar al destino. En fin, la razón por la que os decía que confío en Ausonio es porque me consta de primera mano el arrepentimiento de Graciano. No por una decisión mal tomada, pues poco tuvo que ver con lo sucedido en África, sino por no haber ejercido antes mayor control dejando seis meses el imperio al albur de terceros.

»El emperador no es necio. Lejos queda aquel niñato malcriado que conocimos en Tréveris hace tantos años. Menos aún lo es el zorro Ausonio. Ambos saben que lo de Teodosio fue un grave error, aunque sea solo desde una perspectiva egoísta, pues el imperio, tal y como está, no puede permitirse semejante pérdida. La de su mejor general, su *magister equitum*. Más aún por una estúpida cuestión de celos, una baldía demostración de autoridad o una concatenación de intereses. Por eso mismo, el emperador ahora no cometerá otro error castigando a Máximo y le ha confiado Britania, territorio que bien conoce y donde difícil es que enrede por su lejanía a los centros de poder. Graciano, y también su tío Valente, saben que necesitan de cuantos activos puedan disponer para enfrentarse a los numerosos peligros que acechan.

»Por ello también buscan congraciarse con nosotros cuanto antes y resarcirnos de alguna forma por la injusta muerte de Teodosio, aunque eso resulte imposible. Premiar a nuestros amigos y aliados. La élite hispana y gala. Hombres de nuestro círculo y confianza, también impulsados por Dámaso desde Roma, ocupan los principales puestos de responsabilidad últimamente designados. Como sabéis nuestro primo Claudio Antonio acaba de ser nombrado prefecto del pretorio de la Galia y apunta a que pronto también lo será de Italia. Además, ante vosotros, recién nombrado, tenéis al nuevo *comes sacrarum largitionum*.

—¿Cómo? —intervino Aelia Pulcheria, levantándose para ir a

felicitarle. Aquel puesto, de alguna forma, restituía la posición de la familia al tratarse de uno de los de máxima confianza dentro de la corte del emperador, el encargado de las finanzas del imperio, el dueño de las llaves del tesoro. De pie, mientras los demás le imitaban, exclamó—: Pero ¡qué sorpresa hijo! Se trata de una excelente noticia por la tranquilidad que nos otorga a todos.

—Sin duda, madre, efectivamente estoy muy contento, aunque algo apabullado por la responsabilidad que conlleva y el trabajo que se avecina. Nuestro amigo Valentiniano fue tan hábil en la guerra como torpe en sus finanzas, así que poco voy a aburrirme. Pero, bueno, veremos. En cualquier caso, no queda ahí la cosa y no era para comunicaros esta grata noticia el motivo de mi visita. —Se detuvo en su sobrino, y le puso su brazo sano sobre el hombro, muy serio—. También para ti hay una oferta, Teodosio. El emperador te pide ayuda. Ruega que olvides el pasado por mucho dolor que te cause, que contemples el futuro junto a él, junto a Roma. La Iliria arde invadida por los bárbaros, amenazada por tribus jamás vistas.

»Graciano quiere que retomes tu puesto, que reúnas a los hombres de tu padre con la IV Flavia y la VII Claudia que permanecen en la provincia y allí le esperes a su llegada con las tropas de Galia pues cercana se encuentra una decisiva batalla contra los godos. El emperador quiere de vuelta a su *dux Moesiae*.

16

I

Drobeta Moesia, calendas de septiembre de 377

Casi dos años habían pasado desde la última vez que, en el mismo lugar, conocimos la historia del puente de Trajano o Apolodoro, poco más de uno desde que Cinegio y Achantia se enamoraran en Carranque y solo tres meses desde la visita de Euquerio a Cauca.

El viaje, tras desembarcar en la Iliria, había resultado sombrío pese al buen tiempo que les acompañó. La Dalmacia aparecía devastada y la Moesia desnuda. Ambas, como los nobles que dilapidan su fortuna buscando el fondo de la jarra de vino o la suerte en la mesa de juego, parecían haber olvidado su linaje y pertenencia a la aristocracia del mundo. El imperio. Roma.

Las *villae* aparecían abandonadas y las granjas no eran más que cabañas y cobertizos derruidos o calcinados, con las tierras y cultivos holgazaneando sin capataz que las ordeñara. Los olivos y los frutales languidecían talados, las viñas arrancadas y en ocasiones, durante el trayecto, putrefactos y roídos huesos recordaban la olvidada presencia de un animal salvo por el hediondo olor de la muerte. Difícil era distinguir alguno que no fuera carroñero con vida. Ni siquiera perros o gatos, amigos en tiempo de paz y alimento en tiempo de guerra. El cielo pertenecía a buitres y urracas y la tierra a ratas y cucarachas. Grandes y verdes moscas, de las que parecen morder cuando se te posan, campaban a sus anchas en ambos terrenos.

En las calzadas, flanqueadas por basura y desperdicios e invadidas por mala hierba y agujeros, difícil era cruzarse con alma alguna. Cuando sucedía se trataba de grupos bárbaros de famélicas figuras. Descalzos en su mayoría, con la ropa hecha jirones, olvidado su natural vigor y empaque. De rostro demacrado, profundas ojeras y pelo sucio, largo y graso. Siempre hambrientos.

Acercándose a los legionarios en busca de ayuda o comida en lugar de esconderse o huir para evitar los problemas con los que para ellos suelen cargar las águilas entre sus pertrechos.

En el *praetorium* del campamento de Drobeta donde se había acantonado la IV Flavia, la misma tarde en que llegaron, junto a Cinegio se sentaban Teodosio, Nebridio y Syagrio. También Flavio Bauto, el prefecto que había quedado al mando de la legión tras la marcha del *dux Moesiae*. Lo hacían como le gustaba a Teodosio; a salvo del calor exterior, en unas sillas en tijera de cuero verde, alrededor de su mesa de trabajo, picoteando unas nueces, unas aceitunas y un queso de cabra y bebiendo un vino excesivamente aguado. En un pebetero de oro labrado con la figura de soldados ardía algo de incienso tratando de mitigar el olor a cuero y al sudor de los hombres en campaña.

—¿Cómo no pudimos haberlo previsto? —se preguntaba apesadumbrado Teodosio mientras dejaba un hueso de aceituna en un pequeño cuenco plateado—. Perfectamente recuerdo los testimonios e informes que nos avisaban del peligro del este. Sobre esos extraños hunos, jinetes salidos del infierno, capitaneados por Balamir. Cómo se asentaban donde les placía y empujaban cada vez a más bárbaros hacia nuestras fronteras.

—Suficiente teníamos con sármatas y cuados —terció Nebridio —. Aquello solo eran guerras lejanas, de las que no nos enteramos salvo cuando concluyen o, como en este caso, resulta demasiado tarde.

—El gran problema fue abrirles la puerta. La majadería de nuestro amigo Valente —se permitió añadir Syagrio.

—No seré quien haya de defenderle —corroboró Flavio Bauto. El prefecto hablaba en libertad en aquella mesa—. Aunque no creo que eso haya sido lo peor —dijo tras dar un trago al vino.

—¿Y qué pudo ser entonces? —le preguntó Cinegio, que pese a su alicaído estado siempre se mostraba curioso.

Pese a su extraño comportamiento y abulia desde su encontronazo con Floro le interesaba la fresca opinión de Flavio Bauto, un legado franco que había alcanzado el puesto desde el barro, antiguo centurión de la I cohorte. Imponente físicamente por su altura y robustez. Directo, seguro y de mirada tan intensa y fiera que casi imposible resultaba aguantársela. Adorador de los viejos

dioses y respetuoso cumplidor de cada una de las tradiciones militares. Más querido aún por sus hombres que por sus jefes al ser siempre el primero en cruzar su acero con el enemigo y el eterno voluntario en las más arriesgadas misiones. Tan valiente en la batalla como en el *praetorium*, pues jamás se callaba una opinión por incómoda que resultara. Era habitual que le dijeran con sorna que había nacido cinco siglos tarde.

—Valente tiene cierta disculpa —respondió, tras pensárselo un rato, mientras seleccionaba algunas nueces de un cuenco de madera, sin importarle que Cinegio le preguntara, pues ya comenzaba a conocer a aquel misterioso africano que en tanta estima tenía el general Teodosio—. Al menos, desde el modesto punto de vista del prefecto de un campamento del limes, tan alejado de las decisiones de palacio como cercano a las batallas donde se sufren sus consecuencias. Con nuestra perspectiva actual su decisión es catastrófica. Fácil resulta culparle, pero nosotros mismos, al conocer que pasarían los visigodos justo tras vuestra partida, lo celebramos como el refuerzo que necesitábamos para asegurar el limes. En aquellos días, en nuestra ingenuidad, seguíamos preparándonos para el plan que tú trazaste. —Señaló con la cabeza a Teodosio mientras abría tres de las nueces a la vez, apretándolas tranquilamente en su puño y empezando a comerse el fruto al tiempo que apartaba la cáscara interna—. Cruzar el Danubio, invadir el territorio sármata y aniquilarlos.

»Tratemos de ser justos para juzgarle; su hermano Valentiniano había muerto solo unos meses antes. Esto no es menor. Recordemos el caos. Lo mismo sucedió al morir Juliano en Persia con el relevo del inútil de Joviano. La muerte de un emperador deja un vacío que suele rellenarse de malas decisiones, tomadas por el temor a un futuro incierto, la necesidad de marcar posición del recién llegado o el rencor de quien mucho tiempo lleva esperando el puesto.

Hizo una pausa y luego, parsimonioso, repitiendo el ejercicio de las tres nueces, aplastándolas en su mano como si fueran uvas, retomó el hilo de su discurso:

—Segundo, aunque ahora mucho se critique, nadie podía esperar que cruzaran tantos. «En virtud del permiso imperial, los godos, amontonados en barcas, almadías y troncos ahuecados, fueron transportados de noche y de día a esta orilla para tomar

posesión de un territorio en Tracia». Bien sabemos que Alavivo y Frigiterno, sus dos principales caudillos, fueron los primeros en cruzar el Danubio, pero imposible resulta calcular cuántos lo hicieron tras ellos pese a los cientos o miles que perecieron ahogados. Hay quien asegura que son más de cien mil, otros trescientos mil y algunos incluso medio millón, ¿quién sabe? ¿Acaso pueden contarse las estrellas una noche sin nubes o las flores del prado en mayo? Cualquier número es corto viendo la cantidad que hasta la Moesia ha llegado.

»Por último, y creo que este es el punto más relevante para que el juicio resulte apropiado, estoy convencido de que Valente solo perseguía el bien del Oriente y no el propio, lo mejor para el imperio. Vital resultaba el refuerzo godo ante el desafío en la Iliria, la amenaza persa y la guerra con los armenios. Asegurar tres o cuatro nuevas legiones y los tributos de un nuevo pueblo. Alterar el perturbador panorama.

Callándose, Bauto se levantó para coger la jarra de vino, servirse un nuevo vaso y hacer lo mismo con el resto, excepto Teodosio que tapó su copa con la mano al tener todavía más de medio lleno. Llevaba otro ritmo.

Habitual era que Cinegio fuese incluso por detrás de él hasta hacía poco. Percatándose de ello y de cómo ahora el vaso de su amigo estaba siendo nuevamente rellenado, Teodosio torció el gesto. Seguía hundiéndose. Debía hablar con él, su mujer constantemente se lo decía avisándole también del estado de una Achantia que desde su marcha no salía de su *cubiculum* y ni siquiera permitía visitas.

Tras dar un largo trago, Bauto continuó con su discurso ante el respetuoso silencio y el interés de sus compañeros:

—No todos han perseguido tan loable fin. Por eso, contestando a tu pregunta, Cinegio, no creo que Valente haya sido el principal culpable de nuestra situación. Aquí, en casa, en la Tracia, teníamos buitres en lugar de águilas. Lupicino, el conde, y Máximo, su lugarteniente, veían a los bárbaros como bolsas de sestercios en lugar de futuros aliados. ¡Los dioses les maldigan! A tanto llegaba su avidez que, una vez repartidos entre los bárbaros los víveres que les prometió Valente a cambio de sus armas, aprovechándose de su debilidad mientras vagaban sin rumbo por las orillas, se atrevieron

a venderles perros como alimento a cambio de sus mujeres o hijas como esclavas. Perseguidos, engañados y ultrajados, visigodos y ostrogodos, al llegar el invierno levantaron sus estandartes, golpearon espadas con escudos, se pintaron las caras y bramaron venganza a través de sus cuernos.

»Frigiterno, tras sobrevivir a una emboscada de Lupicino, comandaba la pesadilla. Tras arrollar al conde, nadie osó hacerle frente. Nuestras legiones se escondían tras las murallas mientras ellos campaban a sus anchas pintando de acero y fuego la Iliria al completo. Sin piedad, como las bestias heridas, castigando de igual forma a soldados, ancianos, mujeres y niños. A diario reciben refuerzos de otros bárbaros que, empujados por hunos y alanos cruzan el río, o de desheredados del imperio: esclavos, obreros o mineros, con ansia de botín y poco que perder en el caos.

»Valente, desde Oriente y mientras viajaba de Antioquía a Constantinopla, envió a Profuturo y Trajano, y Graciano, desde Occidente, también, como sabes, mientras preparaba su futura llegada, a Ricomeres y Frigérido. Nada puede argumentarse en contra de tan buenos generales, pues su tarea en los últimos meses ha sido como la de la solitaria nube que trata de tapar el sol en mitad de agosto. Algo consigue por un momento, pero poco tiene que hacer durante el verano completo. Victorias pírricas pues con gusto los bárbaros cambian cinco de sus hombres por uno de nuestros legionarios.

»Es verdad que se han rechazado sus ataques a las grandes ciudades y que ninguno de sus asedios ha tenido éxito, pero comenzamos este maldito otoño con la amenaza del resto de los pueblos de frontera que huelen nuestra debilidad. Ya no solo los cercanos, como aquí con sármatas y cuados que nos atacan y emboscan al menor despiste. El fuego se extiende al Rin y a Persia. Ansiamos que lleguen refuerzos. Nubes y nubes capaces de tapar ese sol godo abrasador, lluvia incluso si finalmente son los dos emperadores quienes se presentan aquí. No sabes cuánto me alegra ver que tú eres la avanzadilla, Teodosio.

Y con gesto cansado, concluyó, levantando la copa en dirección a su general, a su *dux*.

II

Decíamos que Cinegio estaba alicaído, y quizás pecáramos de suaves con tal adjetivo para describir su estado. No se debía su turbación a la Iliria, pues por funesto que resultara no era más que una anécdota para su alma, una nube en el entierro de un joven.

Perdidamente enamorado, imposible le resultaba olvidar a Achantia.

Nada tenía que ver aquella extraña locura con lo que sintiera por Kiria, su princesa iubalena. Lo de África era pura atracción física, deseo, instinto, juventud. Ahora se encontraba de nuevo en su vida ante una certeza sin explicación. La extraña convicción de que aquella era la mujer de su vida y que sin ella jamás alcanzaría la felicidad. Nítido. Diáfano. Innegociable. Seguro.

¿Cómo? ¿Por qué? Imposible era para Cinegio explicárselo tratando de atribuirlo más a su primer encuentro con la crudeza del amor que a aquel extraño don que le perseguía. Imaginándose que él, pobre ingenuo, debía su actual trastorno a sentir por primera vez con Achantia lo que otros alardeaban de sentir cada noche. Negándose de nuevo, escondía su premonición y la profunda marca que los tres días de Carranque habían causado en su corazón entre argumentos racionales, como si aquel inexplicable sentimiento fuera irreal o absurdo. Incapaz de verbalizarlo y aprobar el examen de su razón, perdido en la profundidad de su privilegiada inteligencia.

¿Sentía lo mismo que cualquiera al enamorarse u obedecía aquella certeza sobre su futura felicidad a su singular instinto para conocer el futuro?

A todas horas desde que abandonara Cauca, observando el infinito en el mar, derrochando melancolía en el trote de su caballo o persiguiendo a un inalcanzable y deseado sueño en su catre, se flagelaba con los mil posibles destinos de su amada lejos de él. Esbozaba a Achantia como hija, esposa, madre, abuela, monja, amante y hasta reina. Sonriente a veces, triste otras. Siempre noble, inteligente y bella.

Tanto la amaba que, paradójicamente, cuando más tranquilo se quedaba era al vislumbrarla olvidándole, con suerte quizás esbozando una sonrisa en su vejez fruto de un fugaz recuerdo. Peor era imaginarla en su mismo estado. Afligida por su ausencia. Profundamente enamorada aún, sin remedio y para siempre. Triste, irascible, desconsolada. Peleada con su familia, renegando de su

padre, encolerizada con aquel destino que le negaba unirse a su alma gemela. Soñando con que Cinegio se rebelara ante la fatalidad y lo solventara de alguna forma. Presta a despertarse en medio de la pesadilla. Asomada a su ventana, soñando con ver la figura de su amado romper el camino de entrada a su villa aunque fuera cojeando.

Floro, entendiendo el cortejo inicial como una singular amistad, acostumbrado a las excentricidades de su primogénita, al principio no había puesto objeción alguna a las visitas de Cinegio tras conocerlo en su fiesta de San Juan, a sus inofensivos paseos junto al río o las conversaciones en las que él también intervenía durante el almuerzo o la cena. Incluso, inocente pese a su habitual sagacidad, agradecía la visita de aquel curioso africano que tan cercano había estado a su amigo Flavio Teodosio durante su etapa en África y que tanto estimaban sus hijos Honorio y Teodosio.

Todo cambió cuando Cinegio, tras su cuarta visita en tres meses, le confesó la auténtica razón que hasta allí le llevaba. Y mucho más aún al enterarse, a gritos, que era correspondido por su hija en aquella locura. Orgulloso, profundamente herido, tras encerrar a Achantia, abrumó a Cinegio con palabras cargadas de desprecio mientras le echaba de casa. Floro era duro e inteligente, las dos características necesarias para sobresalir en el arte de herir el amor propio del contrario. Con aquel cojo africano, con nuestro amigo Cinegio, se despachó a gusto. Suerte para él que no tuviera su *gladius* a mano.

Entendiendo a Floro, infravalorándose, culpándose por su atrevimiento, confundiendo al amor con la fisonomía del delito, Cinegio sufrió. Seguía sufriendo, de hecho, más de un año después. Floro había estado tan certero en su ataque, con insultos tan bien calculados, que a Cinegio le parecían ciertos al recordarlos tanto tiempo después. En aquellas ocasiones, débil, solo preocupado por acallar esa angustiosa voz que le reconcomía la conciencia, olvidando el nefasto ejemplo de su padre y sus propios principios, sucumbía ante el embrujo de la cerveza o el vino. Aquel efímero consuelo se vengaba arrastrando su desazón a la sima de su alma. En sus momentos más bajos, desesperado, fantaseaba con lo sencillo que resultaría aniquilar aquel sufrimiento para siempre, soplar sobre el fuego que le consumía apagando su desdicha. Un salto, un

profundo corte en sus muñecas o una caída sobre la espada. ¿A quién le importaría, en el fondo, la desaparición de un advenedizo? ¿Quién se acordaría de aquel cojo africano?

Tras la visita de Honorio desde Tréveris, al planear el viaje a Moesia junto a Teodosio, esperanzado con el remedio del tiempo y la distancia como cura, ansiando solo perderse, Cinegio bosquejó el azul del mar de la travesía que les esperaba como el del cielo para el reo a través de las rejas.

Ahora, perdido en la Iliria, admirando de nuevo los restos del viejo puente de Trajano, mientras el resto se preocupaba por los hunos, los alanos, los visigodos o el futuro de Roma, a él eso le daba igual. Transcurrido ya un año desde su separación y el incidente con Floro, percibía su enfermedad como terminal. Lúcido en su debilidad, con la perspectiva de quien recorriendo el mundo no es capaz de alejarse un palmo, por fin entendía que solo Achantia podía sanarle. Ni siquiera la necesidad de estar junto a ella, pues ya solo pelear por volver a verla bastaría para librarle de un eterno reproche. De nada le serviría esconderse, salvo para arrepentirse en el futuro restregándose otra vez él mismo su cobardía. Dejarlo estar, olvidarla, resignarse al paso del tiempo, no podía ser una opción ante la encrucijada en que se encontraba.

Convencido, tan esperanzado como desesperado, decidió por una vez escuchar la voz de su interior y, abriéndose como jamás había hecho, contarle a Teodosio lo que sentía.

—Parte hacia Carranque, Cinegio. Fácil no resultará el viaje con el verano ya concluyendo y peor aún será cuanto más tiempo pase —le dijo el *dux Moesiae* tras, absorto, escucharle reconocer hallarse ante la certeza de que Achantia era el amor de su vida, encantado de por fin hablar con su amigo Cinegio y enfrentarse al problema que tanto tiempo llevaba retrasando. Intrigado por aquella convicción que sobre determinados temas mostraba siempre el africano.

Cinegio le contó cómo con catorce años en el anfiteatro de Thysdrus sintió que algún día sería como Olimpio, el Cónsul, cómo confiando en Kiria había salvado la vida, aunque entregara la de su tío Clivio, y que su padre, el viejo Teodosio, se enfrentaba a un gran peligro y que de alguna forma se había entregado por él. Por eso confiaba en que no morirían en el barco y confiaba en que le

quedaban brillantes páginas por escribir. No dudaba no solo de que podría con los bárbaros, sino que le esperaba un brillante porvenir.

También que Achantia era la mujer de su vida. Sus visitas. Su confesión y el desprecio de Floro omitiendo los insultos.

Herido al escucharlo. Orgulloso y agradecido por su confianza y fe. Rendido ante su singularidad, ante su capacidad para reponerse de una escena tan humillante y seguir completamente enamorado. Deseando recuperarle para su empresa y apoyar a la vez tan noble comportamiento, Teodosio lo alentó.

—Lo haces con mi bendición, escoltado como si fueras en misión y con una carta que escribiré a mi amigo Floro ensalzándote como el más brillante y uno de mis más leales consejeros. Entiendo a Floro, pero creo que no te juzga de forma ecuánime, trata de no pagarle con la misma moneda. ¿Quién sabe cómo actuaríamos nosotros en su situación? Además, también es cierta mi devoción por Achantia, y por Aelia Flaccilla conozco de primera mano en el estado en que se encuentra. Similar al tuyo, como si el mismo rayo os hubiera alcanzado a ambos. Dos imanes. Tan extraños que podrían no funcionar con cualquier otro elemento. Parte, amigo, pelea por Achantia, por ti mismo, y convence a Floro. No seré yo quien te detenga, pero regresa. —Teodosio hizo una pausa y apretó el brazo de Cinegio. Quería que entendiera que a continuación hablaría el general y no el amigo—. Pronto y entero. Para sumar y no para restar, como te sucede ahora que has dejado el corazón en Hispania. Últimamente sentía lástima al ver tu estado, cómo te consumías abandonándote. Me alegro de que despiertes.

»Te necesito centrado ante lo que se avecina. No olvido quién fue el que aquí te envió para entregarme mi anillo, lo que me has contado y lo que juntos hemos vivido. Tus premoniciones en el barco o mientras admirábamos el acueducto en Segovia. Más allá de eso, incluso valoro tus sabios consejos ante cualquier adversidad que se nos presenta. Parte y cumple con tu deseo, pero vuelve conmigo. Te quiero a mi lado.

17

I

Carranque, noviembre de 377

Achantia aguardaba enajenada en su *cubiculum*.

Cada segundo repicaba en su cabeza con la fuerza con la que la campana de la iglesia avisa del paso de las horas. Sin orden aparente, más allá del latido de su corazón, se sentaba y levantaba de su butaca. Acudía a la ventana para, sin realmente ver nada, observar cómo los cipreses que flanqueaban el camino de entrada escondían su tímida sombra en aquel nuboso día o como un águila perdicera jugueteaba con el fuerte viento que soplaba racheado y ululaba o silbaba según a lo que se enfrentara.

Rápidamente aburrida, frenética, ansiosa caminaba compulsivamente alrededor de su cama, tropezando con alfombras y muebles. Alterada se acariciaba la cara, las caderas, los muslos y las propias manos entre ellas con fuerza. Nerviosa se comía las uñas en un olvidado gesto de su infancia que no poco le había costado reprimir. Perturbada se detenía una y mil veces ante su pequeño espejo de plomo para peinarse algún revoltoso rizo, revisarse los dientes o hacer escorzos para alisarse la ropa de frente y de perfil.

A poco más de treinta pasos, en el *tablinum* de su padre, desde hacía más de media hora se encontraba Cinegio.

No había podido verlo, pero poco había tardado en enterarse de su llegada junto a Honorio desde Cauca. Fácil había sido por el desatado tumulto de los esclavos y la inmediata confesión de su hermana Faustina. Ahora, además, podía sentirlo del mismo modo que el labriego predice la llegada de la lluvia durante los meses de julio o agosto. Cercano, anhelado, redentor.

Hija de un hombre rico y distinguido, gentil, ingeniosa, profunda e instruida, Achantia se había visto siempre abocada a vivir entre el halago, a convivir con la adulación extrema. Obligada

a ser feliz desde la cuna. ¿Qué le faltaba? ¿Podía ser acaso tan caprichosa de no disfrutar de la suerte de haber nacido siendo el trébol de cuatro hojas entre la hierba?

De aquí, del mal del príncipe, provenía su hastío. Su excéntrica y constante búsqueda de Dios sin encontrar otra dirección ni objetivo claro hasta aquel pasado San Juan.

Achantia, como le pasara a Kiria, había captado la singularidad de Cinegio en todo su esplendor, leyendo en el fondo de su alma el poema más bello jamás escrito, descubriendo por fin a alguien distinto, distinguido, privilegiado en su soledad al parecer no necesitar apoyo externo alguno. Diferente del resto.

De algún modo, y pese a sus inmensas diferencias, le recordaba a su adorado Prisciliano, pues la grandeza del africano era tal que pese a su débil aspecto y siendo un extraño de escasa altura, cojera y cierto aire ensimismado, enseguida captaba la atención de cuantos le rodearan siendo el objetivo particular de las ideas ingeniosas y originales. Como con el prelado, no necesitaba de artificiosos recursos para gobernar al resto, solo con sus miradas, sus silencios o aquellas ideas que todos se preguntaban cómo no habían salido antes. El mismo Teodosio, naturalmente arrollador, buscaba inconscientemente su aprobación u opinión en las cuestiones complejas.

Su inmediata conexión con aquel desconocido africano, el misterio que le rodeaba, la energía que derrochaba sin preocuparse en mostrarla, su teórica inferior posición y pobreza, añadían la épica a la gran pasión que acababa de descubrir Achantia. Un amor digno de su condición. Un desafío de altura para una jugadora ansiosa de amar y que hasta ahora solo había encontrado rival digno en el Dios cristiano.

De naturaleza generosa, ebria de aquel sentimiento, enfermizamente orgullosa de su descubrimiento, cegada ante cualquier argumento que remara contra su corazón, estaba decidida a entregarse por completo. Sin término medio. Perderse o salvarse. Entendiendo al amor como cuna y tumba a la vez, conscientemente decidió jugarse al amor del africano lo más valioso que tenía; su reputación, su prestigio y su futuro. Apostarlo todo a aquel seguro regreso que le prometieran sus profundos ojos marrones mientras Floro le echaba de Carranque.

Desde hacía más de un año, tras una violenta discusión con su padre de la que ambos se arrepentían por sus excesos, no abandonaba para nada sus dependencias. Se negaba incluso a comer con el resto de la familia. No visitaba las termas, ni la iglesia, ni recibía visitas salvo las de Julia y Faustina, ni siquiera de sus más allegadas amigas o de su querido Prisciliano. Su única excepción, tan breve como extraordinaria, había sido una fugaz visita a María y Aelia Flaccilla durante dos semanas por el nacimiento de sus primogénitos. Sobrevivía peleada con el mundo y radicalmente enfrentada con su padre Floro, su peor enemigo, el que había traicionado la promesa de permitirle elegir esposo que le había arrancado tantos años antes.

Era obvio que estaba enamorada de Cinegio, ciegamente, sin medida, y ahora, durante esa nublada y desapacible tarde de noviembre, súbitamente por aquella inesperada visita, todo su sufrimiento cobraba sentido. Su instinto no le había engañado. Su lucha no solo había sido justa sino también necesaria para que su padre no dudara en recibir a su amado en casa.

Por fin encontraba la respuesta a tantas noches en vela, a aquella incertidumbre que le atenazaba en sus momentos de zozobra, a las terribles ideas y preguntas que en ocasiones cruzaban su mente insultando su ingenuidad. ¿Tan segura estaba de que él regresaría? ¿No se habría olvidado ya su adorado Cinegio de aquel capricho arrojándose en los brazos de cualquier otra?

Confirmadas la afirmativa y negativa respuesta a las anteriores preguntas, en su interior las nubes desaparecieron y el sol volvía a brillar poderoso. Dios había querido que aquel amor fuera de los que salvaba.

Los sonidos retumbaban en su cabeza, los colores que le rodeaban se multiplicaban aturdiéndole y de cualquier parte le llegaban mensajes que no era capaz de descifrar.

A treinta pasos se encontraba de nuevo su amado. La razón de su existencia.

Mientras volvía a observarse en su pequeño espejo de tocador desde diferentes perfiles, notando cómo sus manos temblaban por los nervios que la atenazaban, haciendo muecas de sorpresa, alegría o tristeza e imaginando como las juzgaría Cinegio, con el corazón al mismo galope que iniciara desde que se enterara de su llegada, la

misma pregunta se le repetía recurrentemente: ¿era acaso aquello la felicidad?

II

Atravesando su villa, Floro se imaginaba ser el lobo que persigue al conejo que no tiene defensa; sin arbusto, maleza ni boca de madriguera cercana. Este marchaba a su espalda, siguiéndole, aparentemente tan tranquilo como siempre, ajeno al que debía ser su fatal desenlace. Ese sereno talante del conejo, su aparente indiferencia ante el destino, al lobo lo irritaba aún más. Aquel maldito cojo parecía no ser consciente del infierno en el que había convertido su último año de vida.

La tristeza y el silencio habían invadido su casa. Su hogar, su refugio, se había convertido en una áspera trinchera. Peor que eso pues mil veces antes prefería enfrentarse a un bárbaro ansioso de sangre en el Rin que sentarse cada almuerzo escoltado a su derecha por la vacía silla de su Achantia. Enfrentado con su debilidad, con lo que más amaba, fingía ignorar el encierro de su hija como algo ajeno a él y propio de una niña malcriada. Sin poder engañar a nadie, ni siquiera a él mismo, estoicamente aguantaba las miradas de reproche de Julia y los silencios y mohines de Faustina. Pero ¿qué podía hacer?

No perdería aquella batalla. Junto a él, por su causa, sentía combatir su posición, su linaje, su educación, el papel del *paterfamilias*, su autoridad, el orden establecido, la misma esencia de Roma. Ya podía reconcomerle el remordimiento por el compromiso que con ella había adquirido y le recordó Achantia en su última discusión un año atrás, la última vez que la vio fuera de su *cubiculum*, pero ¿acaso existe el derecho de recriminar algo a un padre generoso? ¿Tan mal la había educado para que confundiera de aquella forma su libertad con su deber? ¿Podía ser tan estúpida como para encapricharse de ese desdichado?

Tras llegar a su *tablinum* y sentarse en su butaca, encaró al conejo. Allí, detrás de su gran mesa de roble, le observaba agazapado; toscamente vestido con una talla obviamente equivocada, luciendo una barba rala y ese pelo, negro azabache,

demasiado largo y de corte indefinido, menudo por la posición de altura de Floro, por su delgadez, su postura algo reclinada y la comparación con Honorio, sentado a su izquierda.

Bien podía pasar aquel maldito africano por conejo de esconder su mirada. Esa no albergaba duda sobre la categoría de su dueño: la de depredador y no víctima propicia. Ridículamente segura. Inteligente, profunda, resplandeciente y a la vez sin malicia alguna. Franca y transparente, pese a su extraño color marrón de fondo verdoso. Poderosa, aunque no buscara otra cosa que transmitir respeto.

De poco le serviría, pues aquello no variaría un ápice el profundo desprecio que Floro sentía por él.

—Te recibo en deferencia a quien te acompaña, Cinegio. Poco más me invita a hacerlo, pues con sumo placer obviaría las más elementales reglas de cortesía con quien sueña arrebatarme lo que más aprecio —le dijo como bienvenida, sin apartar en ningún momento los ojos de los suyos.

—Vamos, Floro, venimos en son de paz, deja que Cinegio… —trató de terciar Honorio.

—*Si vis pacem, para bellum* —le interrumpió Floro, categórico, subiendo el tono, dejando de mirar a Cinegio para dirigirse a él sin atisbo alguno de afecto, aún convertido en el lobo que atravesaba su villa con ganas de conejo. Levantando la mano con autoridad, exigiendo silencio a Honorio, prosiguió—: Un segundo, Flavio Honorio, no cambiemos todavía el turno de la palabra que el anfitrión no ha terminado. Recuerda tu educación, si es que todavía te queda algo de la que te dio mi amigo Flavio Teodosio.

Honorio, tragándose el sapo probablemente con la única persona aparte de su familia que podía mencionar así a su padre, se echó para atrás dejándole camino libre y tomando una determinación: a partir de ahí, tendría que ser Cinegio el que tendría que defenderse.

Suficiente había hecho él abriéndole la puerta del bueno de Floro arriesgando en cierto modo su amistad.

Floro continuaba hablando.

—Quiero que este advenedizo escuche cuanto tengo que decirle, pues un año llevo pensándolo. —Hizo una pausa y luego se volvió hacia Cinegio—. Comprendo tu jugada Cinegio, no eres el primero que conozco de tu calaña —comenzó en tono fingidamente amable

mientras se servía un vino solo para él en la única copa sobre su mesa, poco aguado por su color y densidad, y volvía a encarar a su presa—. Y pese a tu obvia inteligencia, me sorprende tu desmedida ambición. Me explicaré. Tu elección parece soberbia. Fácil es adivinar que todos se fijarían en ti de conseguir a Achantia por esposa para considerarte de forma muy distinta a como ahora lo hacen.

»Primero, y para tu orgullo y hombría, por la fama que te otorgará ser capaz de conquistarla, pues célebre es la dificultad de tal tarea y su extravagancia. Ese, la verdad, es el punto que más me extraña de toda esta situación y lo que me lleva a descubrirme ante tu talento. No me detendré en ello, en cualquier caso, pues ni conozco los pormenores, ni me atañe, ni me interesan las artes de las que te has servido para embaucar a mi ingenua hija. Por supuesto, la elección también descuella por la belleza de Achantia, rotunda y evidente, y por su juventud y más que probable fertilidad. Cómo no, por su dinero. El mío. Mucho. Inútil sería ponerme a enumerar la dote de cualquiera de mis hijas, la sangre de mi corazón, la inversión de mi futuro, mi legado. Más considero lo que tengo suyo y de su futura descendencia que mío y de ahí mi incesante actividad cuando más que de sobra tendría para vivir diez vidas instalado en el lujo.

Se paró y dio un trago, observando en esta ocasión la copa de oro de la que bebía, y jugando con la lágrima que dejaba el vino a su paso, continuó:

—Por si fuera poco, bien conoces nuestro parentesco con los Ulpio-Aelios y lo más ilustre de Hispania, nuestros lazos con Roma y la Galia, nuestra posición en el imperio y como de golpe conseguirías la *dignitas* de una augusta familia. Al aceptarte yo como el marido de una de mis hijas cambiarías inmediatamente de categoría. Dejarías de vivir en la sombra, entre las alimañas, las raíces, los arbustos y las hierbas para admirar las copas de los árboles y disfrutar del sol y el firmamento. Pero, y ahí está la clave y por lo que no entiendo tu desmedida ambición. —Se detuvo de nuevo en los ojos de Cinegio, y con una mirada glacial, despectiva, concluyó su ataque—: ¿Y enfrente? ¿Qué tienes tú que ofrecerle? ¿Acaso crees que su capricho te da licencia para aspirar a tanto?

Reclinándose en su silla dio un nuevo trago al vino sin perder de

vista a Cinegio esperando su respuesta.

—Poco, en realidad —comenzó Cinegio titubeante tras un demasiado prolongado silencio, con la mirada ahora más cándida que humilde, sorprendido por la crudeza de Floro. Recomponiéndose, comprendiendo que aquel era su momento, decidió apostar a la verdad la única oportunidad de ser feliz que tenía—. O mucho, no lo sé, dependiendo de la severidad y el ánimo de quien lo juzgue. Comprendo tu escepticismo, Floro, y profundamente respeto y entiendo tu posición, te lo aseguro, supongo incluso que yo haría lo mismo de estar en tu lugar, tal y como he discutido con Honorio y Teodosio. Discúlpales, en cualquier caso, por ayudarme. —Tras mirar a Honorio y agradecérselo con un movimiento de cabeza, volvió a encarar a Floro. Seguía tranquilo—. De sobra sé que Achantia es mucho más de a lo que tengo derecho a aspirar, probablemente demasiado a lo que pueda aspirar cualquiera. Seguro, desde tu perspectiva de padre. En nada puedo contrariar la mayoría de tus argumentos. Todos, de hecho, salvo uno. El más importante probablemente. La motivación que persigo.

»Difícil es que pueda explicarte quién soy, pues ni yo mismo lo sé muy bien. Hace tiempo dejé a mi madre y hermana en Thysdrus, poco antes de la primera vez en que te vi, en Tréveris en las *Saturnalia* que celebró Valentiniano. Apenas era un niño yo allí viajando con mi tío Clivio, un *agens in rebus*, para denunciar lo que años más tarde derivaría en la guerra de Firmo donde conocí a Teodosio.

Cinegio guardó un respetuoso silencio rememorando a la figura del Viejo, permitiendo que cada uno evocara su imagen y último recuerdo. Recomponiéndose, continuó:

—Lo que tengo muy claro es lo que siento. Lo que hasta aquí me trae, desde el otro confín del imperio, dispuesto a humillarme y ser insultado sin piedad tal y como estás haciendo. ¿Qué puede importarme tu desprecio cuando siento que mi corazón palpita a leguas de distancia de cualquier insolencia, asomado a un abismo de soledad que en broma deja cualquier desdén? —Un nuevo silencio provocó que Floro se removiera algo incómodo en su silla. Tras comprobar cómo había calado la idea, antes de que fuera excesivamente largo y hacerse pesado, Cinegio prosiguió—: Mi tío

Clivio, el *agens in rebus*, el hombre más sabio que he tenido la suerte de conocer, me dijo una vez que la auténtica motivación del hombre en la vida era huir de aquello que temía. Así, por ejemplo, quien persigue la riqueza, en realidad, huye de la pobreza o el que lo hace con la fama lo que quiere es esquivar la soledad o el anonimato. Se trata de un tema sobre el que reflexiono de forma recurrente. No es la ambición lo que a mí me guía, te lo aseguro.

Cinegio observaba fijamente a Floro que, todavía incómodo, trataba de esquivar aquella mirada que le atrapaba y debilitaba al convencerle de la claridad de los argumentos, la sinceridad de las palabras y la determinación de quien las proponía. El conejo, ya convertido en león, enseñaba al lobo cómo cazar en su terreno. Cinegio, en su sosegado ritmo y firme tono retomó su discurso:

—Poco me importa el poder y nada el dinero. Jamás lo hizo. Probablemente porque, pese a que creas que habitara entre las alimañas, royendo raíces, poco o nada extrañé en mi infancia y juventud en Thysdrus. También porque cuando me ha faltado, poco lo he añorado en comparación con otras cosas. En cualquier caso, no es ese mi problema, pues en mi casa me espera riqueza en abundancia, a resguardo junto a mi madre y hermana. En menos aún valoro la fama, pues, como dicen, para mí poco más significa que el respeto de los tontos, la envidia de los ricos y el desprecio del discreto. Desgraciadamente, bien conozco de primera mano su reverso, la efímera euforia que provoca y la honda resaca que conlleva para quien no acierta a digerirla. —Peinándose hacia la derecha su indomable flequillo, sacándose el medallón de su padre Ausonio que siempre llevaba en el bolsillo interior de su túnica, se lo enseñó a Floro, ofreciéndoselo, aunque este no se atreviera a cogérselo.

»Este disco es la *phalera* al valor que conquistó mi padre por su valor en Persia como tribuno de Juliano. El cénit de un soldado y máximo orgullo de quien, como yo, su hijo, le rodea. Mi más valiosa pertenencia, pues junto a él viajan mi padre, mi madre, mi hermana y mi tío. Mi infancia. Mi conciencia. Yo mismo. Con asiduidad lo acaricio buscando su guía y su consejo. Su recuerdo para mí no solo evoca la gloria que atesora, sino también el fracaso que conllevó, ya que mi padre, tras masticar el triunfo, sufrió el más drástico final. Herido en batalla, en Pirisabora, perdiendo para

siempre la posibilidad de andar, en su regreso a casa visitó el infierno. Siempre ebrio, perseguido por sus recuerdos, se arrastró en su última etapa muriendo en vida de forma tan insoportable para él como para quienes le rodeábamos, especialmente mi pobre madre siempre a su vera.

Guardando el medallón de nuevo en su bolsillo con mimo, emocionado al tocar un tema que jamás mencionaba, echando de menos poder dar un trago del agua que no le había sido ofrecida, tragando saliva, estremeciéndose, luchando por el control, continuó retomando de nuevo la mirada con Floro. Este le escuchaba ensimismado, olvidada en cierto modo su aversión por aquel hombre, perplejo y conquistado por su sencillez, su sinceridad, su historia y su talento.

—Hablas también de belleza —prosiguió Cinegio—. Ciego sería de ignorar lo sobrada que anda Achantia en este aspecto, tampoco negaré que quizás fuera lo que de ella primero me atrajera, pero ¿crees que algo me importa ahora? ¿De esta forma sería capaz de humillarme por un capricho de ese tipo? ¿Es la belleza la que causa el amor o al contrario? Nada conozco que sea solo amado por ser bello. Puede admirarse o desearse, pero jamás llegar a amarse y sin duda esto, enfermizamente, es lo que yo siento por tu hija.

»Desde que recuerdo, en realidad, casi desde que a los quince años abandoné mi hogar para acompañar a mi tío Clivio a la corte, poco más que el capricho del destino ha guiado mis pasos. Supongo que la vida ha sido caprichosa conmigo; he sido embajador, espía, prisionero, esclavo y maestro hasta que, desde hace años, como algo parecido a un consejero, podría denominarme. Analizándome en detalle, quizás hasta el año pasado, hasta conocer a Achantia, poco más que el aprendizaje y la curiosidad habían marcado mis pasos. Huir de la ignorancia, según la teoría del reverso de mi tío Clivio. Perseguir la virtud y sentir que caminaba por el camino correcto, aunque no fuera siempre el más atractivo o directo. Otras mujeres me habían atraído, pero no como para voltear de esta forma mi vida. Todo ha cambiado ahora.

»Me he convertido en un zángano que ha descubierto a su reina, en el *aquilifer* de la legión que recibe a Achantia por estandarte. Nada más que ella me importa. Todo carece de valor sin su presencia.

»¿Qué tengo que ofrecerle? Cuanto desee. Lo que me pida. Mi propio corazón en una bandeja de plata. Todo. Ridículos me parecen los trabajos que Euristeo encargó a Hércules si con ellos consiguiera su favor.

»Floro, aquí, en tu casa, donde volví a nacer, donde por fin encontré sentido a mi existencia, ante ti, me presento desnudo. Humilde, sincero, tal y como soy, sabiendo que eres el legítimo amo de mi felicidad. Te imploro perdón si en algo te he importunado y, arrodillado, solicito el favor de tu hija. Convencido estoy de que podrás encontrar alguien más conveniente entre sus pretendientes, pero jamás nadie que en tanto valore su felicidad y la ame como yo lo hago.

»Confesabas al principio de nuestra charla que no entendías los motivos de mi conquista, difícil es explicar salvo para el artesano que la diseña que solo una llave abra una cerradura. Te aseguro que lo que ha sucedido entre nosotros no ha sido una conquista, sino un encuentro. El más feliz de los posibles. Nada perseguía hasta ser atropellado salvajemente por el amor y que este me calara como el chaparrón veraniego al labriego despistado. Nada tengo que ofrecerle, salvo cuanto soy. Sin reservas. Por completo. Pídeme cuanto desees por volver a verla, pues solo con haberme recibido, por permitirte explicarte lo que siento y pelear por lo que amo, soy ya tu más humilde siervo.

III

La boda quedó fijada menos de tres semanas después, tan pronto confirmó Prisciliano su presencia para oficiar la bendición cristiana y encontraron en el sábado 5 de diciembre día propicio para celebrarla. Pese a las reticencias de su hija y familia política ante cualquier vestigio pagano, Floro no pensaba descuidar los detalles más elementales en la boda de su primogénita e hizo coincidir el día con las segundas *Faunalia*, la fiesta en honor a Fauno, el dios de los rebaños. Aunque no le acabara de convencer el padre, Floro sí se imaginaba felizmente rodeado por nietos.

Aquellas tres semanas rebosaron encanto para nuestro dúo protagonista. La boda, tan segura como cercana, relajó la estrecha vigilancia a la que debían ser sometidos convirtiendo en lícitos

paseos, gestos y arrumacos prohibidos habitualmente a parejas en ciernes pese a su compromiso.

Cinegio, hospedado en el *cubiculum* que en su momento ocupara Teodosio, el principal de los invitados, con gusto seguía a Achantia para enamorarse tanto de Carranque como de su prometida.

Pese al frío, el incómodo viento y los días lluviosos de aquel final de noviembre, entregados al mero placer de existir, descubrían en cada encina, roble o madroño el árbol más bello del mundo y junto a la vereda del río, celebrando los saltos de los barbos y truchas, esperando las idas y vueltas de los patos que allí descansaban, un rincón del mismo edén. Las estatuas del *atrium* con facilidad cobraban vida relatándoles su fastuoso pasado, los cerdos negros de la dehesa que se revolcaban en el lodazal en realidad se trataban de vellocinos de oro y un jabalí, una cierva o un corzo adivinado en la distancia poco menos que de un unicornio alado. Poco les importaba que el sol no los saludase pues la lluvia sabía dulce en sus labios y el viento, atento, les acariciaba la cara recordándoles su inmensa suerte. Con devoción esperaban alguna noche clara en las que Cinegio relataba a Achantia la historia de las estrellas y en cada rincón se imaginaban el día de mañana junto a una prolífica descendencia.

Nuestro amigo africano, alejado de amargos recuerdos, sin enemigos que ocuparan sus desvelos, confiado en la felicidad de su destino, por primera vez sentía compartir su libertad con alguien, disfrutando de la soledad sin estar solo y olvidando su natural contención.

Arrastrados por el sensual deseo siempre presente en las parejas jóvenes, saboreando enormemente ser capaces de frenarlo en aras de su compromiso y buscando el silencio de su cómplice soledad, disfrutaban del eterno y fresco juego de los recién enamorados persiguiéndose, perdiéndose y encontrándose.

Precisamente en su fuerza de voluntad para no caer en la emboscada de los ocultos rincones, los cómodos lechos o los seductores prados, que tentadores se ofrecían a santificar su unión antes de tiempo, sublimaban su amor con la espera y se preparaban a conciencia para el matrimonio que se avecinaba. Eso al menos pensaba Achantia, pues Cinegio, obediente como el perro del buen

cazador, accedía a cuanto ella decidía sin siquiera reparar en que otra opción fuera posible. Olvidándose de la constante tentación de abrazarla para saborear un presente que corría fugaz. Agradeciendo a Dios su fortuna cuando, en realidad, de poco más que de humo había gozado hasta ese momento.

Como postre para tan suculento banquete llegó el día de su boda.

Al amanecer de aquel 5 de diciembre singularmente frío, acompañado por Honorio y Cinegio entre otros testigos, alejados de la villa principal para evitar suspicacias, junto al río, un *auspex nuptiarum* por Floro contratado sacrificó a la antigua usanza un toro blanco y otro negro y leyó en sus entrañas los mejores augurios para la nueva pareja. La bandada de patos ya tan bien conocida por Cinegio en sus paseos graznó sobre sus cabezas certificando el sacrificio y a la vuelta hacia la villa todo el grupo celebró divisar una pareja de grullas que volaban hacia al oeste.

Podían estar tranquilos, no era amor lo que faltaría en la pareja.

Cinegio, con el fin de no dormir en la misma casa de la novia para no interferir en sus preparativos, había cambiado su *cubiculum* dos noches antes alojándose en uno de los del edificio colindante al *ostium* que Floro había construido con motivo del pasado San Juan celebrado en Carranque.

Antes de empezar a arreglarse, lo sumergieron tres veces en las gélidas aguas del Dirrama, en el *frigidarium* de las termas de la casa en la que horas antes habían hecho lo mismo con Achantia.

Ya de blanco, con una larga capa anaranjada y el medallón de su padre refulgiendo al cuello, se dirigió al *atrium* que habían techado y preparado para la ocasión caldeándolo con múltiples lumbres.

Durante el corto paseo, los árboles, estatuas y columnas aparecían decorados por guirnaldas de dragonarias, calas, crisantemos y hortensias, las únicas flores que, en aquella época del año, con dificultad, habían podido encontrar para decorar la villa. Tras el novio, los invitados, en procesión, seguían sus pasos con ramas de roble que simbolizaban la fecundidad que deseaban a la pareja. En el *atrium* Floro, también vestido con sus mejores galas, esperaba a la comitiva acompañado por unas despampanantes Julia y Faustina.

Sin ánimo de hacerse esperar, poco después de llegar el novio y

de que este se colocara junto a la que había de ser su nueva familia y delante de las seis damas de honor de la novia, al son que iniciaron los músicos, hizo su entrada Achantia. La misma Juno aquella mañana.

Como debía, vestía una blanca túnica recta, sin cenefas, sujeta por un cordón de lana también blanco anudado algo por encima de las caderas, según Hércules inventara, y que esperaba ansioso ser desatado por el afortunado Cinegio aquella mágica noche. Sobre los hombros, hasta las rodillas, desafiando al frío por su aparente ingravidez, tapando sin tapar la parte inferior de la cara, portaba el clásico *flammeum* color azafrán y en los pies unas blancas sandalias cerradas con imponente tacón de corcho que realzaba sus interminables piernas, la esbeltez de su figura y la hacían aventajar en media cabeza la altura de Cinegio. Como peinado, consiguiendo domar su ondulado pelo trigueño, simulando el tocado de las vestales y en clara referencia a Juno, llevaba el *hasta caelibaris*, el dibujo de una pequeña lanza cuya punta se abría formando seis trenzas que fijaba a la frente mediante verdes cintas que combinaban con el color de sus ojos y dos brutales esmeraldas que en esta ocasión sí había decidido portar como pendientes. A su lado, alisándole la túnica, asegurándole cada paso, le asistían como *pronubae* sus inseparables Aelia Flaccilla y María, ya recuperadas de sus respectivos partos.

Al llegar junto a su padre, saludando con un beso a su familia y su prometido, recibida por inmensas sonrisas, un contenido aplauso, suspiros de deseo, exclamaciones de admiración y alguna furtiva lágrima de emoción, este impuso a los novios sendas coronas de flores. Se leyó la generosa dote entregada, a la altura de la belleza de la novia y la riqueza de su padre, y por fin Aelia Flaccilla como *pronuba* principal unió las manos derechas de los novios en la *dextrarum iunctio*.

—¡*Feliciter*! —corearon los invitados al unísono.

Sin despegar sus manos, acariciándose con ternura, rozándose zalameros ante la menor oportunidad, excitados mientras recibían las felicitaciones en forma de besos y abrazos, embriagados por la alegría, levitando en lugar de andar, Achantia y Cinegio, guiados por Prisciliano, se dirigieron a la iglesia de fuera de la villa donde se bendijo la unión según el rito cristiano.

Siguió Prisciliano siendo protagonista al leer él mismo, ya sentados en el *atrium* que rápidamente había sido reconvertido en salón para degustar el banquete, el *carmen nuptiale* que había compuesto para la ocasión. Escueto, directo y de forma ingeniosa y sentida por la estrecha relación que le unía a la novia, alabó la suerte de Cinegio por la pareja encontrada, el cristianismo de Achantia, su ejemplar comportamiento, formación y carácter, antes de finalizar con una nueva bendición y el deseo de lo mejor a los novios.

La música, la risa y el vino, los indispensables invitados de toda fiesta que se precie, ocuparon su papel en la escena tras el discurso del prelado. Los actores, mimos, bailarinesy flautistas alababan la belleza de Achantia y la generosidad de Floro y, una vez Prisciliano y los más severos cristianos prudentemente se retiraron, comenzaron con las diversiones, los juegos y los obscenos chistes de rigor mientras obligaban a Cinegio a comer marisco para fomentar su virilidad. Nada, en cualquier caso, excesivamente subido de tono pues, por imposición de Julia y Achantia y pese a la queja de Floro al que hubiera gustado asegurar una boda memorable, siguiendo el decoro de las familias cristianas, se prescindió de la presencia de magos y meretrices.

Por fin, Achantia, no muy tarde, en el crepúsculo, tan pronto como la consideración del anfitrión exigía, acariciando de nuevo la mano de Cinegio, estremeciéndose, resplandeciente, tan fresca como a primera hora de la mañana, ansiosa por descubrir aquel secreto tanto tiempo esperado, por entregarse, se dirigió al que sería su lecho nupcial. Una cama cubierta por un dosel de seda traída de Sera Maior bordado en oro y plata y sostenido por seis columnas de ébano africano.

Allí, entre sábanas de lino teñidas de púrpura de Tiro y pétalos de rosas, rodeados de agua perfumada con la fragancia del membrillo y la cidra, consumaron por fin su amor mientras en la distancia seguían escuchando las canciones, bromas y risas de los invitados.

—Prométeme que ha de ser así para siempre —susurró Achantia al llegar el sol, insultantemente madrugador en aquella fugaz noche para ambos, acostada con su interminable pierna izquierda sobre Cinegio, entrelazando entre sus dedos el rizado vello de su pecho—.

Prométeme un millón de noches más como esta. No quiero que me suceda como a Thermantia con mi tío Teodosio y perderte para siempre, sin ni siquiera poder enterrarte o conocer tu sepultura. Me moriría. De hecho, creo que la próxima semana, tan pronto partas, comenzaré a morir en cierta forma.

Aquella era la primera vez que mencionaban cualquiera de ambos la marcha de Cinegio, ya que ambos fingían ignorarla, como si, al silenciarla, no existiera, pese a estar siempre presente.

El deber y su promesa a Teodosio una vez concluido con éxito su cometido le imponía su inmediato regreso a Moesia por mucho que le pesara. Ambos lo sabían.

Achantia, súbitamente consciente de la inminente partida de su amado, reclinándose, colocándose sobre él a horcajadas, sujetándole con fuerza entre sus infinitas piernas, besándole en la boca, en las orejas y en el cuello, mordiéndole juguetona los labios, ansiosa de él, separándose un poco para mirarle muy seria a los ojos, sin detenerse, continuó suplicándole:

—Prométeme que harás lo imposible por que nos reunamos donde fuere y que en cuanto puedas regresaremos a Carranque. Aquí. Los dos. Que lo nuestro será eterno. Que donde la felicidad nos mostró su semblante envejeceremos, juntos, para siempre. Prométemelo, mi amor.

—Te lo juro, Achantia —respondió él, entregado. Golpeado de nuevo por el rayo de la videncia. Convencido de que así sucedería. Sin necesidad de mentirle, aunque así lo hubiera hecho de haberle pedido el sol, la luna y las estrellas. Vencido ante una nueva certeza que de ninguna manera ignoraría. Tras un apasionado beso previo a un centenar, feliz, así se lo refrendó—: Te juro que aquí descansaremos juntos para siempre.

Inocentes, absortos el uno en el otro, entretenidos en otros menesteres, no imaginaban que ese sublime arreglo sellado por el amor en su lecho nupcial, esa premonición, sin necesidad de firma ni testigos, sería su pasaporte a la eternidad.

La razón de que, tantos años más tarde, en estas páginas, recordemos su historia.

Segunda parte

«La medida del amor es amar sin medida.
Ama y haz lo que quieras».

SAN AGUSTÍN

Parada de la procesión de Materno Cinegio
Milán, agosto de 389

I

Achantia aguardaba con impaciencia su próxima cita. A las seis, solo tres horas más tarde, había quedado con Ambrosio.

Nuestra protagonista tenía mucha afinidad con el viejo obispo de Milán al ser noble de cuna y rico de herencia y, además, le admiraba por su espléndida fama, naturaleza y convicción.

Siendo gobernador de Emilia-Liguria, al morir Auxencio, el anterior obispo de Milán, la capital de su provincia, medió en la disputa entre arrianos y nicenos para acabar siendo él su sucesor por aclamación. Había quien aseguraba que detrás de aquella sorpresa se encontraba la alargada mano de Petronio Probo, el prefecto del pretorio de Valentiniano en Italia aquellos días, una de las voces más reputadas del Senado, de los que tejían los hilos con los que se cosía el imperio. Probo representaba al dinero viejo, tanto como su sangre, de los que el más férreo principio es alinearse siempre en el bando correcto. Pagano, poco interesado en las peleas entre galileos, decidió colocar en Milán a un niceno después del arriano Auxencio y escogió a Ambrosio por su gran capacidad y lealtad como gobernador. Lo que no sospechaba era que aquel lobo cazaría solo y que junto a sus funciones también cambiaría de jefe, olvidando al imperio para consagrarse a Dios.

Ambrosio llegó con fuerza: estudió a fondo la doctrina eclesiástica para poder discutir de igual a igual con cualquier otro prelado, donó gran parte de su fortuna a los milaneses más necesitados y se embarcó en la construcción de iglesias, hospitales y escuelas. Recientemente había por fin terminado una basílica en honor a los mártires, la Ambrosiana la llamaban como

agradecimiento. Con su esfuerzo, inteligencia y generosidad logró el desconcierto de sus iguales, el cariño del pueblo milanés, el respeto de la cristiandad, y, primordialmente, dotar de autenticidad y coherencia a su doctrina.

Su discurso y entrega eran sinceros, pues tan singular era aquel obispo que, a diferencia de la mayoría, aspiraba a la virtud y no a la gloria, independientemente de que se disfrazara de fama, poder o dinero. Muchas eran, además, sus otras cualidades pues se trataba de un hombre inteligente, culto, independiente y osado. También célibe, enemigo de los excesos, el boato y la adulación. Siempre obsesionado por la justicia, en contra de la lógica del interesado, era estricto con el rico y caritativo con el pobre, de los que sospechan del éxito y lo aíslan del mérito al no confundir prosperidad con capacidad.

Durante los quince años que llevaba como obispo de Milán, ya asentado y seguro de su posición, sonadas habían sido sus discusiones con gran parte de la aristocracia senatorial romana afeándoles sus dispendios, acusándoles de egoísmo y denunciando sus abusos. Brutales y no siempre victoriosas resultaron sus peleas con Quinto Aurelio Símaco, quizás el más notable compañero de Petronio Probo y estandarte pagano, por supuesto también con Valentiniano hijo y Justina, siendo esta la chispa que había prendido la guerra contra Magno Máximo.

Bien sabía Achantia mientras planificaba su visita, que Ambrosio, desde la muerte del papa Dámaso cuatro años antes, era el principal baluarte del pensamiento niceno, la misma trinchera en la que ella había servido a Teodosio en Oriente junto a Cinegio. Con atención escuchaba los relatos de cuantos le conocían y que, fruto de su pasado, le definían como un hombre práctico, alejado de las grandes ideas y centrado en mejorar cuanto le rodeaba, de los afortunados que desarrollan una vida plena al llenar su rutina a base de trabajo infatigable: oración, caridad, estudio, limosna, justicia, consuelo, denuncia, enseñanza y ejemplo. Tal era la cantidad y variedad de sus buenas obras que merecía alojarse en el bando correcto independientemente de que lo juzgase un dios o una conciencia.

Mejor una obra que cien explicaciones, tal era su doctrina.

Sus escritos se replicaban y volaban entre las bibliotecas

cristianas, sus sermones dominicales resonaban en todo el imperio y la liturgia y los cantos que concebía para que su comunidad los recitase durante la eucaristía se imponían como práctica habitual en muchas otras iglesias. Su rigor desde el púlpito y la pluma fustigaba las conciencias impuras.

Fácil era que Achantia deseara volver a encontrarse a tan insigne personaje, aunque fuera tan amarga la última vez que se habían entrevistado.

Desde aquel aciago día no lo veía.

El obispo, por su parte, se debatía ante la visita hispana entre sentimientos encontrados. La carta de Achantia había despertado en su conciencia una extraña combinación de deber, justicia, pena y alegría.

Su posición y la relevancia de la embajada le obligaban a la máxima hospitalidad. Milán, su ciudad, territorio y feligreses aguardaban con entusiasmo e impaciencia la llegada de la procesión desde Constantinopla y la posterior eucaristía del domingo. De rendir honores a Materno Cinegio, el *de facto* cónsul de Oriente, el brazo derecho del emperador Teodosio para establecer su mando la última década. Uno de sus hombres de máxima confianza. Él, como obispo milanés, debía asegurar que recibiría un trato acorde al honor de la visita. Más aún con la ausencia de Teodosio aquellos días.

En segundo término, en el corazón de Ambrosio, al deber se le unía la justicia. La de tenerla con un hombre al que admiraba. Uno de los pocos. Medidas eran sus cartas y relevantes sus preguntas. No era habitual encontrarse con gente de su altura. Con tino había redactado edictos y leyes y hasta buen ojo tenía para el talento, como demostraba su descubrimiento de Agustín el de Hipona que cada vez contaba con más adeptos. Varias eran las cartas que habían cruzado y en él se advertía siempre una prosa limpia y culta. Materno Cinegio había recorrido Oriente para afianzar su mismo credo, crear comunidades cristianas, erigir iglesias, clausurar templos impíos, relevar a obispos díscolos por afines y levantar la voz cuando se requería. Famoso por perseguir el paganismo, el arrianismo y la herejía. Se trataba de un camarada, aunque no vistiera hábito. Un *alter ego* con un recorrido vital que bien hubiera podido ser el suyo de haber tenido éxito en la administración y no

haber sido nombrado obispo tantos años antes.

Llegaba, además, convenientemente representado, desde la insigne iglesia de los Santos Apóstoles, el mausoleo de Constantino, camino a su villa de Hispania, a hombros, en gran medida, pues muchas eran sus paradas ante la expectación y el respeto que levantaba en su camino. Tamaña locura, como muchas de sus acciones e iniciativas en Oriente según se rumoreaba, se debían a su esposa Achantia. Solo la terquedad de la hispana había doblegado el brazo del emperador para permitirle tal favor.

Ella era asimismo la gran protagonista de los dos sentimientos que permanecían en el corazón del obispo.

La pena, inmensa, se debía a cómo recordaba su último encuentro. En Tréveris, en la ejecución de Prisciliano. Sentados juntos mientras llovía sobre el toldo que les guardaba y que resonaba como un tambor. Observando cómo el mártir hispano les sonreía y bendecía desde el cadalso. Impotentes ante tamaña injusticia.

La curiosidad por encontrarse a Achantia, aquel cuarto sentimiento era el último que entraba en escena y el que se adueñaba sin rival de su corazón, aislándose de la infinita colección de habladurías y rumores que sobre ella corrían desde hacía años y guiándose por la crudeza que él tan bien conocía: ¿de qué materia estaba hecha aquella hispana? ¿Qué clase de mujer exhumaba a su esposo de sagrado para cruzar medio orbe y enterrarle en su villa? ¿Cómo había sido capaz de conseguir el permiso de Teodosio por muy primo suyo que fuera?

Cierto era que Achantia le había impresionado y había comprobado su tenacidad, inteligencia y generosidad en Tréveris en la semana que coincidieron, pero no imaginaba algo así. Debía rendirse ante la grandeza femenina. Él, que tan bien creía conocerla, al haberse criado con su madre Justina y vivir con su hermana Marcelina. Él, que tanto había escrito sobre la abnegación y entrega de la mujer, se seguía sorprendiendo por su capacidad para alcanzar lo imposible. Aquel derroche, en cualquier caso, ni siquiera era imaginable en una emperatriz. Por mucho que Teodosio le debiera una al no haber intervenido con Prisciliano. No podía ser simple extravagancia, pues exigía mucho más que eso. Coraje, obstinación, valor, inteligencia, influencia, poder, amor.

Encontrar esa respuesta, desnudar esa misteriosa alma, era lo que más anhelaba Ambrosio en la cita que se avecinaba.

II

La tarde era bochornosa, asfixiante. Un fuerte chaparrón al alba, propio del cielo norteño desatado en verano, había refrescado la mañana para convertirse en insoportable humedad tras el almuerzo. Sorprendida por aquel calor africano en la Galia Cisalpina, desagradada por cómo se le pegaba a la piel la blanca túnica de hilo egipcio que vestía, y amenazando romper a sudar por el intenso calor, Achantia decidió salir de palacio y tomar la litera para dar una vuelta y recorrer la ciudad antes de dirigirse a la basílica de los Mártires. Allí le esperaba Ambrosio y habría de celebrarse la eucaristía al día siguiente.

Cogieron el cardo máximo en dirección sur camino de la Ambrosiana. Tiempo les llevó recorrer el complejo palatino de Maximiano dejando atrás sus gigantescas termas de Hércules y el circo, el mayor de la Tetrarquía de principios de siglo, con casi tres estadios de largo por medio de alto. Achantia sonrió recordando cuánto le gustaba a Cinegio acudir a las carreras, también al anfiteatro a las peleas de gladiadores para su disgusto. Ojalá no se lo hubiera reprochado tanto, pensó con una sonrisa.

Una vez fuera de palacio, Achantia, curiosa, a través de las cortinas estratégicamente entreabiertas para ver sin ser vista, advertía cómo era ignorada por la plebe que caminaba junto a ella, pese a la obvia categoría de su litera y su escolta de diez lictores. Tampoco distinguía al enjambre de pordioseros con el que habitualmente se cruzaba en cada parada. Sin duda, Milán acostumbraba a ver literas de calidad y pocos de sus habitantes recurrían a la limosna como sustento.

La ciudad bullía, sencillo era reconocer en sus diversos rincones la generosidad de Teodosio, que había decidido reforzarla como centro cortesano y de negocios, como su capital de Occidente devolviendo a Valentiniano al trono, aunque vigilado por Merobaudes y Syagrio.

Un caos ordenado, donde todo el mundo sabía a dónde se dirigía, envolvía a Achantia que por todos lados se topaba con

carretas que descargaban sus materiales en las obras de cantidad de edificios. Especialmente le sobrecogió las de la futura basílica de San Lorenzo por la impresionante columnata de capiteles corintios que le servirían como atrio; se trataba del mayor monumento que emprendía Teodosio en su capital occidental y para ello se servía de los vestigios de los templos paganos de la ciudad. Poco importaría a las piedras el cambio de dioses.

Tras la fugacidad con la que transcurren las dos primeras horas en que uno descubre una ciudad por vez primera, Achantia divisó la basílica de los Mártires.

El obispo aguardaba a la litera ante el pórtico de su iglesia, sin guardia alguna, contemplando las columnas y oteando el horizonte de vez en cuando, algo encorvado sin parecer viejo. Al verle, Achantia desde su furtiva ventana, rápidamente comprendió que el sobrenombre que recibía la basílica como Ambrosiana no se debía solo a la gratitud del pueblo con su constructor, sino también a su ingenio por el curioso parecido entre ambos.

De talla no eran altos y sí anchos, algo desproporcionados, como el viejo olivo de cuatro patas que parece sujetar la tierra y no al revés. También compartían porte, que, siendo aseado y decente, asombraba por su sobriedad; en el caso de la iglesia se lo daba el ladrillo local con el que estaba construida, rojizo, el que Achantia había descubierto durante su recorrido en multitud de edificios anónimos, alejado de los materiales nobles llegados de Oriente o Hispania con los que se erigían los templos. Su intención era enviar un mensaje de humildad. De introspección. De contenido y no de continente. De corazón y no de hábito. El de Ambrosio, por su parte, era una túnica negra abrochada con un cíngulo plateado, poco más vestía, aparte de unas sandalias comunes y una sencilla, robusta y bella cruz de oro latina de considerable tamaño al cuello.

Contaba cincuenta años y aunque cualquiera le imaginará lúgubre tras haber leído en los anteriores párrafos que era bajo, gordo, austero y cheposo, de haberle visto como Achantia, no le hubiera echado más de cuarenta y, como a ella, le hubiera gustado.

No resulta sencillo explicar por qué, pero aquel hombre atraía a cuantos le rodeaban como la estrella del norte al marinero. Quizás fuera su tez lozana, joven y fresca, o su completa y blanca dentadura, o aquel canoso pelo que aún conservaba y llevaba quizás

demasiado largo para un sacerdote. Posiblemente ayudaba su mirada sincera, demasiado inquisitiva para el protocolo cortesano, pero amistosa y comprensiva para cualquiera poco preocupado por las etiquetas. Una mirada de las que se preocupan por ayudar y no por acusar. También atraía su característica voz, algo aguda, con cierto toque infantil que le hacía familiar, simpático y agradable de escuchar para cualquiera al resultar ingenua y tierna.

—Querida Achantia —le dijo, acercándose galante y con una sonrisa mientras ella descendía de su litera, ayudándole al sujetarle por el codo—. ¡Cuánto tiempo! Sé sinceramente bienvenida, mucho me alegró recibir tu carta y conocer tu llegada. —Adoptando un tono más grave y tras el amistoso saludo inicial, continuó—: En primer lugar, decirte que, naturalmente, lamento la razón de nuestro encuentro, parece que estemos gafados, aunque, como sabes, jamás llegué a conocer a Cinegio en persona, sabes cuánto le admiraba y la excelente relación postal que manteníamos. En su caso, bien vale el apelativo de extraordinario que se regala tan fácilmente en estas ocasiones. Celebro, aunque sea de forma póstuma, poder asegurar que así se le rendirá culto en Milán en la eucaristía de mañana.

—Muchas gracias por tu bienvenida y cariño, Ambrosio —contestó sinceramente Achantia—. Ojalá él hubiera podido disfrutar de esta visita, pues, como bien sabes, el respeto y la admiración eran mutuos. —Ella se detuvo justo antes de entrar en el atrio, y acercándose a Ambrosio, en un susurro de confidencia, le dijo—: Te contaré algo que no te dije en Tréveris, ya que allí estábamos a otro menester. Mi marido, en cada una de nuestras escalas, en cualquier rincón de Oriente al que nos guiaba su cometido, enseguida se preocupaba por encargar algún tratado, descubrir novedades literarias y encontrar algún nuevo escrito. —Tras un instante con la mirada perdida en el suelo y la cabeza quién sabe dónde, suspiró—. Con asiduidad y avidez solía preguntar por los tuyos, por los del insigne Ambrosio de Milán. Dudo que haya alguno con el que no contemos en nuestra biblioteca de Carranque. Incluso una de mis últimas adquisiciones es tu *De Officiis*, pues pienso continuar su legado y engrandecer nuestra colección, aunque haya quedado tan huérfana como el barco sin timón. —Recobrando de nuevo el paso para acceder al atrio, olvidando el momento de debilidad y

recuperando su aplomo, con una sonrisa juguetona, concluyó—: Que sepas que, pese a ser de tan reciente cuño, ya lo he leído, aunque no suela estar yo muy habituada a ello, pues deseando estaba poder discutirlo con el autor de primera mano.

Cruzaron la puerta principal para ingresar en el alargado atrio longitudinal que formaba el cuadripórtico de la basílica. Unos arcos sostenidos por pilares de piedra dejaban unos pórticos en cuya sombra grupos de fieles, prelados y catecúmenos cejaron en sus quehaceres para observar cómo la famosa pareja cruzaba tranquilamente. Esta, ignorándolos, contemplaba la fachada al frente. Como la del exterior, era larga y baja, formada por dos pisos, el inferior compuesto por tres arcos que se unían al atrio y el superior por cinco algo más altos que los inferiores. Sin adorno alguno, estaba realizada en el ladrillo rojizo de la zona, algo de piedra de sillería y un poco de yeso blanco en algún remate.

Ambrosio, pese a su habitual locuacidad, simplemente caminaba junto a Achantia sobre el empedrado suelo del atrio. Mudo, no le explicaba los detalles de construcción tal y como solía al haber participado activamente en la estructura, el diseño y los materiales. Tampoco le presentaba a ninguno de los presbíteros que enseñaban las Escrituras en el atrio a los jóvenes, o a los feligreses más habituales que por allí rondaban deseando tal distinción, muchos buenos y viejos conocidos suyos.

Sin esperarlo en absoluto, el obispo había quedado de nuevo apabullado por la hispana. Pese a su recuerdo y fama, no la evocaba tan hermosa. Ni siquiera había reparado previamente a su visita en la posibilidad de caer cautivado de tal manera, hechizado como el perro con el palo. En Tréveris no se comportaba de igual manera, sí recordaba sublimes facciones, cinceladas a la griega, su nariz recta, sus gruesos labios, sus dientes de marfil, sus ojos claros, su pelo castaño o su gentil figura propia de una mujer veinte años más joven. También su perfecto griego prácticamente sin deje hispano, señal de una educación con un maestro heleno de primer nivel. Lo que ahora le embobaba era su estilo, su compás, su manera de mirar y saberse mirada, de cimbrearse como el junco con la brisa. De sonreír, de caminar, de recogerse el pelo. De su elegancia. Tan cómoda, atractiva y educada a la vez. Su forma de manejar la conversación, de pararle, tocarle o hacer que se moviera a su son.

Bailando, jugando, divirtiéndose con él como el centurión con el recluta novato. Ambrosio no recordaba esa extraña sensación. Esa sobria embriaguez. Él no estaba acostumbrado a eso.

Obediente, seducido, desarmado, en cierto modo orgulloso por la referencia a su trabajo, cuando ya se acercaban al final del atrio y a la puerta de entrada a la iglesia, decidió asegurarse de si realmente le interesaba o se trataba solo de un cínico cumplido.

—¿Y qué es exactamente sobre lo que dudas o necesitas indicación de mi libro? —le preguntó Ambrosio, también sonriendo, dispuesto a entrar en aquel agradable juego.

—Bueno, es algo más allá de un tema puntual —contestó Achantia parándose y recuperando cierta seriedad, ordenando sus ideas, concentrándose en su discurso. A Ambrosio cada gesto le atrapaba, sorprendido al descubrir nuevos detalles o mohines que hacían a aquella mujer aún más irresistible. En aquel momento, fruncía ligeramente el ceño con sus doradas cejas hasta que retomó la conversación—: Reconozco que tu libro me llamó la atención según escuché el título. *De Officiis*. Evocar a Cicerón es cuando menos arriesgado y ciertamente roza la osadía hasta para la pluma más afortunada. —Ambrosio sonrió abiertamente. Súbitamente olvidó el físico de Achantia para centrarse en su cabeza, en su discurso, un terreno en el que se sentía mucho más cómodo. Ella continuó con su diatriba—: Es verdad que lo resuelves con maestría. Mantienes la estructura del genio y del mismo modo que él buscaba crear una guía de comportamiento para el foro y los senadores, tú lo haces ahora con la Iglesia y sus prelados. Tu prosa es directa, incluso tan certera como la del maestro y como la que perseguía mi marido. Curioso es pensar que han pasado casi tres siglos y medio entre vuestras obras. —Tras dejar una reflexiva pausa, continuó con energía renovada—: ¡Más allá del estilo, tus palabras me retorcieron! Me llegaron. Sentí cierto vértigo al recordar frases casi olvidadas. Cierto talante y ambición que ya me suenan lejanos. Cambios que se vislumbran y que espero que sean para bien.

—¡Seguro! —terció el obispo, tras otro deliberado silencio—. Te agradezco mucho tu amabilidad y el cumplido. —Retomaron el paso para ingresar en la iglesia.

La vacía basílica, dividida en tres naves, era de dimensiones muy similares al atrio sin contar con los ábsides laterales. La nave

central era aproximadamente el doble que las laterales y estaban separadas por robustos arcos transversales. En uno de los extremos, el oriental, un cimborrio octogonal estaba cubierto por una cúpula que no llegaron a admirar. Ambrosio, como pidiendo perdón, ya repuesto de la primera impresión se permitió un necesario inciso en la conversación.

—Aquí celebraremos la misa mañana, no imaginas lo que ha supuesto la organización y la curiosidad que despiertas. —Señaló a su izquierda, a los primeros bancos de la nave central—. Te he reservado para ti y tus invitados unos diez puestos en las tres primeras filas, lógicamente tendrás que compartirlas con Valentiniano y las principales autoridades. Podrían ser más si lo necesitaras.

—Me basta, muchas gracias —respondió Achantia, agradeciendo el gesto con una ligera reverencia.

—Perfecto, más sencillo. Ha sido una locura, como te decía. Hasta para oficiar la ceremonia he tenido enredo, pues no ha habido obispo en Italia, Hispania y la Galia que no quisiera acompañarme y mostrarte su respeto. Debes sentirte muy orgullosa por el cariño que despiertas. —Tras un agradable silencio compartido en el que ambos recorrieron y observaron las capillas laterales que albergaban las reliquias de los mártires Víctor, Nabor, Vital, Félix, Valeria, Gervasio, Protasio y la del propio hermano de Ambrosio, Sátiro, el obispo le indicó a Achantia el camino a una pequeña salita tras el altar. Tras entrar en ella y tomando asiento le dijo—: Bueno, no te aburriré con pequeñeces, convencido estoy de que estás más que acostumbrada a ceremonias como la que mañana celebraremos y sus pormenores. Solo espero estar a la altura.

—No tengo duda sobre ello —respondió Achantia mientras se sentaba mirando la sala.

Como hubiera apostado sin temor a perder, esta brillaba por su sencillez. El ladrillo visto de las paredes no se revestía en el interior y, dado su color, le daba un cierto tono rojizo a la poca luz que entraba desde sus cuadradas y pequeñas ventanas que se abrían en el interior tratando de repartirla. El sol aún estaba alto, lo que hacía inútiles las seis velas que sujetaban los dos candelabros que descansaban sobre la mesa del despacho. Esta era rectangular, de sencilla madera de pino, con una silla presidiendo y dos a su frente,

las tres sencillas, sin almohadón que las protegiera, algo toscas. Detrás de la de Ambrosio, de la que presidía, a su izquierda, un nicho de obra empotrado en la pared guardaba los hábitos, casullas, cíngulos y túnicas y a su derecha se distinguía una tímida y ligera estantería dorada con varios libros dispersos. Achantia intuyó con acierto que no debía de ser aquella su biblioteca personal.

—Tenemos un excelente zumo de cidra —le dijo solícito Ambrosio mientras le retiraba un poco la silla para que tomara asiento—. También hay agua o vino, poco más puedo ofrecerte como bebida. Estos dulces quizás para acompañarlo, roscas rellenas de la cidra con la que hacemos el zumo. Se cotizan, pues son muy buenas.

—Probaré el zumo y una de estas, gracias —dijo Achantia mientras alcanzaba una de las roscas que le ofrecía Ambrosio.

—Perfecto, te aseguro que valdrá la pena. —Tras servir dos copas de una jarra que le trajo uno de los prelados que les seguían, sentándose en su silla retomó la conversación que mantenían antes de acceder a la iglesia—: Volvamos donde nos encontrábamos, pues mucho me interesa tu juicio sobre mi obra. Te aseguro que no se trata de mera egolatría ni habrá de resultar un ejercicio en vano, pues en mucho valoro tu opinión y experiencia tras haber viajado por medio imperio. Yo, para bien y para mal, me he convertido en hombre de una sola ciudad. —Dio un sorbo para que le imitara. A ella, al probar aquel zumo helado con fuerte y dulce sabor a cidra, se le escapó un leve gemido de sorpresa y placer. Ambrosio lo celebró con una carcajada—: Está bueno, ¿verdad? Somos austeros, pero no tontos. Como en palacio, guardamos la nieve del invierno en un pozo y bebemos zumo helado de cidra durante todo el año. El dulzor lo aporta un toque de miel especial. Siento no poder decirte la cantidad y la fruta de la que la sacamos, pero eso es un secreto más sagrado que el de la confesión. Degustar esto durante el insoportable calor de nuestro verano es para mí un lujo. —Dando otro trago y tras una nueva sonrisa, prosiguió—: Pero, bueno, sigamos que me pierdo y no tengo ya edad para dislates.

»Aciertas de pleno con que buscaba emular a Cicerón, aunque sinceramente no soy tan osado de aspirar a superarle. Más en el fondo que en la forma. Es un tributo sincero y, por supuesto, una ayuda para mi objetivo. Marcar un código ético o de conducta.

Saber si lo conseguí es lo que me gustaría que tú enjuiciaras si fueras tan amable de hacerlo.

—Con gusto lo haré, por supuesto, ¡cualquier cosa por alargar la conversación y beberme una segunda copa de este maravilloso zumo! —contestó Achantia, dando otro trago y arrancando una nueva carcajada en Ambrosio—. Te ruego que en poco consideres mi parecer de todos modos, pues no he de ser yo referencia de nada. Con Cinegio sí habrías encontrado crítica de altura en estos ámbitos.

—Vamos, no seas humilde —le cortó Ambrosio—. Y tampoco amable, me interesa la crítica sincera, pues solo con halagos es imposible progresar y difícil es encontrar sinceridad hoy día.

—De acuerdo. Allá voy. Te reafirmo que me ha gustado tu obra. No se trataba de un cumplido vacío. La leí con fruición y poco es rebatible deteniéndote en el detalle. Cuando antes te hablaba del vértigo que sentía al leer frases ya olvidadas, no mentía. En tus palabras reconozco muchas de las de nuestro amigo Prisciliano y me recuerdan en cierta manera mis ideales de juventud. Cuando apenas conocía el mundo. Ahora, desgraciadamente, creo que todo es más difícil. Yendo al fondo, resumiendo, tu código para el sacerdocio es sencillo: pobreza y castidad. Evitar los tratos comerciales o de negocios para vivir o bien de la propia Iglesia o de rentas propias con alguna porción de tierra. Abogas también por el celibato e incluso en el supuesto caso de que el clérigo esté ya casado demandas la abstinencia sexual con su mujer. Dedicación absoluta.

»A partir de ahí, fuera de ese código de deber, apuestas por algo más profundo, por la cohesión social basada en la comunidad donde no deberían existir pobres. Un poco lo que también en alguna ocasión sabes que hemos discutido con Agustín al que tanto cariño guardaba Cinegio. Esto me encanta, pues vas mucho más allá que Cicerón con la ciudadanía, pues este luchaba por su clase y su familia, al fin y al cabo. Leyéndote encuentro más a Séneca y su idea de compartir la propiedad en vez de poseerla. Para la comunidad cristiana, obviamente.

»Instas a la misericordia ante cualquier hermano necesitado como si de tu auténtica familia se tratara. A mí esto me parece excesivo. Llámame egoísta. Esto le hubiera encantado a mi amiga

Aelia Flaccilla.

Tras coger aire, algo más suelta, retomó el discurso:

—Quizás, tras conocer Milán, pueda entenderte algo mejor. Por regresar a Occidente y observar de nuevo esta parte del mundo. Por eso, al leer tus palabras me recordaban a las de Prisciliano en busca de un mundo superior, más justo, mejor repartido. En Oriente o el limes todo es distinto. Esto parece un decorado, un teatro comparado con aquel caos. Desconozco si has tenido oportunidad de leer a Basilio de Cesarea o conocer a Juan Crisóstomo de Constantinopla. Te darían una interesante perspectiva de la realidad que allí se percibe. De lo que es la auténtica pobreza y la dificultad de combatirla. De las enormes diferencias sociales que aquí solo se atisban y allí son abismo insondable.

»Hoy, en mi camino hasta aquí desde palacio, ni siquiera se han acercado a mi litera en busca de limosna, cuando en cualquier ciudad de Oriente he de contratar a varios lictores para que abran paso y mantengan cierta distancia. Todo el mundo parece estar ocupado y bien provisto en Milán.

Ambrosio, al ver que Achantia terminaba su copa, le sirvió con gusto la siguiente. ¡Qué mujer!

Ella lo agradeció con una encantadora sonrisa y tras un nuevo largo trago y el segundo ligerísimo gemido, concluyó:

—Por desgracia, no siempre es así. El mundo es muy grande, y repartir por igual la riqueza es casi tan complicado como volver a encontrar un zumo como este en cualquier otro lugar.

18

I

Drobeta, Moesia, 15 de agosto de 378

—¿Cuántos han caído? —preguntó Teodosio.

—Los más prudentes hablan de quince mil, los menos de más de veinticinco. Como mínimo, siete legiones. Dos tercios del ejército oriental. No son solo dramáticos los números, también los nombres. Muchos ilustres, pues con Valente perecieron los generales Trajano y Sebastián, los *magistri* Valeriano y Equicio, el bueno de Potencio, el hijo de Ursicino, y al menos treinta tribunos con y sin mando. La debacle es absoluta. Sin parangón en la vetusta historia romana.

Quien hablaba en un penoso y gutural latín, difícil de seguir para Cinegio que a veces interpretaba más sus gestos que sus palabras, era Odoberto, jefe de un numeroso clan visigodo. Sin bando definido salvo el propio, aliado o enemigo de Roma según incentivo u objetivo, aunque de poder elegir habría preferido enfrentarse a hunos y alanos, sus encarnizados rivales, a quien culpaba de perder su feudo. Odoberto era el primer testigo directo que visitaba Drobeta y les relataba la historia que sacudía el imperio desde hacía una semana.

El ejército de Oriente había desaparecido. Valente, confundido en el halago, mal aconsejado desde su salida de Antioquía, escuchando a los que pintaban un arcoíris en medio de la borrasca y ansiando no compartir el triunfo, decidió no esperar al ejército de Occidente y marchar solo al campo de batalla. Envidiaba los éxitos de Graciano contra los lencienses en su camino hacia al este defendiendo el limes y los de Sebastián semanas antes contra distintas bandas godas. Él habría de superar a su sobrino y su súbdito.

Teodosio, mientras entrenaba y fortalecía a su ejército, defendiéndose en sus fortalezas de la Moesia sin grandes victorias ni

derrotas en el último año, tejía su red de aliados en la provincia mientras aguardaba la llegada de Graciano desde Sirmium para unirse a él en su socorro a Valente.

Ya sabía que la espera sería en balde. Adrianópolis destrozaba los planes y el mundo conocido, convirtiendo las amenazas en urgencias e hiriendo de gravedad al ya moribundo imperio romano.

Odoberto continuaba hablando:

—«Al amanecer del día 5 de los idus de agosto, se puso en movimiento el ejército, dejando el tesoro y los ornamentos imperiales bajo las murallas de Adrianópolis con suficiente guardia. A mediodía no habíamos adelantado más que ocho millas por caminos detestables y bajo un sol abrasador cuando los exploradores avisaron de la presencia de los carros enemigos». —El visigodo, curiosamente y pese a su enorme corpulencia, gesticulaba como un romano, algo más enérgico, aunque a esa sensación también contribuía su tosco aspecto. Era el único de los que allí concurrían que bebía cerveza en lugar de vino, sin parar, eructando de forma recurrente como en aquel momento antes de proseguir—: Poco tardaron en guiarnos hacia ellos sus rugidos y alaridos sin necesidad de divisarlos. Conocían y desafiaban nuestra presencia. Junto a mis hombres, unos seiscientos jinetes, formábamos en la caballería del ala derecha del ejército imperial, la comandada por Sebastián. Bastante desordenada, pese a su buen hacer pues marchábamos de forma exasperantemente lenta, por angostos caminos que nos obligaban a perder referencias. —Odoberto hizo una nueva pausa hasta que un esclavo le trajo otra cerveza. Con su tamaño podía beber cuanta quisiera sin inmutarse—. Recuerdo ahora detalles que en aquel momento ni siquiera valoraba, pues la acción me embargaba. La tensión y atención a cualquier orden, a cumplir con tu parte.

»Por primera vez escuché como propio el ensordecedor ruido metálico romano de armaduras, picas y escudos que retumbaba mientras formábamos la línea dejando en broma los rugidos bárbaros. En aquel momento, sin percatarnos, cometimos el error por el que el imperio hoy se tambalea. Quién sabe qué y cómo se contará después, pues ancha es la historia para quien la escribe, incluso para el que la vive según el perfil con que se observe. En los libros, al repasar las batallas, siempre se loa a los generales más

avezados, una afortunada carga o el soldado más heroico cuando quien mejor explica el resultado es quien controla los sucesos naturales: el hambre, la sed y el cansancio. En Adrianópolis no supimos prevenirla y la sed fue la protagonista y gran culpable de la ruina romana.

—¡Qué generoso eres, Odoberto! —exclamó Nebridio, interrumpiéndole, sin poder contenerse, pues si ya detestaba previamente a Valente, su incontestable derrota le había perturbado —. Alguien tendrá la culpa de que tal cosa suceda.

—Razón no te falta, Nebridio, pues quien saca partido o provoca estos males es quien busco que me comande —continuó Odoberto —. Valente, descontando la victoria, equivocado por sus exploradores, pues pensaba que se enfrentaba a una tropa sensiblemente inferior y peor preparada que la suya, ni se preocupó por los detalles olvidando que más puede rendir en una batalla una pendiente inclinada, un buen desayuno, una noche cómoda, un bosque o río cercano o combatir de espaldas al sol o el viento que la ventaja numérica. En este caso nos ganaron la partida. Sin atenuantes. Sobradamente. Tanto en cómo escondieron su jugada como a la hora de elegir tablero y dados. Nos marearon como al burro con la zanahoria.

»Aquel tórrido día en el que antes de formar el agua ya escaseaba, esperando que llegaran Alateo y Safrax, retrasaron el combate enviando falsas embajadas de paz sin siquiera representación simbólica. Valente, indignado, se negaba a recibirlos, pero no se decidía a atacar. Frigiterno, en la distancia, negociaba una posible alianza a cambio de garantías. Ganaban tiempo y descansaban junto a sus carros y pertrechos mientras las legiones romanas se derretían. Nuestra infantería formaba la mayoría sin casco, prefiriendo arriesgarse al dudoso ataque bárbaro que a la inequívoca insolación. El viento, una constante bofetada de aire caliente, nos golpeaba de cara y los malditos alanos, conscientes de ello, comenzaron a encender hogueras con paja para ahumarnos. El agua ya formaba parte del pasado, difícil era respirar sin toser, las lenguas se hinchaban y los caballos boqueaban.

»En ese momento cargaron. Como la tormenta que adviertes y a pesar de ello te acaba sorprendiendo. Los alanos, encabezados por el greutungo Safrax, nos destrozaron, a varios manípulos de la

distancia que yo ocupaba. Imposible resultaba avanzar a su encuentro, pues en su empuje nos avasallaron e hicieron retroceder bajo una constante lluvia de flechas y piedras. Eran el fuego en el hielo.

»Sin capacidad de movimiento al vernos encajonados, abrumados, Sebastián nos envió a la caballería a reforzar el ala izquierda donde cargamos con el alma. También hicimos daño, rompiendo sus líneas y alcanzando sus carros donde nos recibió una nube de flechas que por primera vez fue capaz de tapar a aquel maldito sol. Muchos de los nuestros cayeron antes de volver grupas al no contar con el apoyo de la infantería. Yo tuve que cambiar de caballo, mi querido Tunante, aunque, gracias a Dios, no fui herido.

Guardó un momento de silencio, levantó el vaso brindando en honor de su caballo, terminó la cerveza y pidió otra mientras continuaba con su historia:

—Cayó entonces una nube de polvo sobre el campo de batalla, aún no sé si predispuesta por nuestros enemigos o por los dioses que deseaban velar lo que allí habría de suceder. Comenzó a utilizarse más el *gladium* y el hacha que la pica, la lanza o el arco. Las filas se apretaban, pues no quedaba refresco para suplir las innumerables bajas. Gritos de dolor, sonidos metálicos y el olor a paja quemada te acompañaban donde fueras. También la sangre. Formando charcos, provocando caídas fatales. Pintando todo del rojo y negro de la guerra. Algunos de los nuestros trataban de beberla del suelo o refrescarse con ella, como animales temiendo morir de sed. He de reconocer que rápido intuí que todo estaba perdido. No fuimos muchos los que volvimos de nuestra carga en el ala izquierda y el ala derecha ya no existía.

»Comenzó el desorden. Imposible era distinguir los bandos, pues la línea de batalla era como la de la ola que ataca la orilla y rompe una zona para rezagarse en otras. Los bátavos eran ya un recuerdo, pero lancearios y maciarios aguantaban, defendiendo al emperador y sus estandartes, eran la roca de la playa que resistía el feroz ataque sin perder un palmo. Como muchos otros, y sin utilizar esto como excusa a mis actos, di la orden de retirada. Salvarnos de forma ordenada. Regresar a Adrianópolis para pelear otro día. Sin miedo admito que volvería a hacerlo de enfrentarme con un panorama similar.

»Hay quien dice que Valente murió allí mismo, otros aseguran que sorprendido y quemado en una *domus* en la que había conseguido guarecerse junto a algunos auxiliares. Desde luego, con vida no parece que esté ya transcurrida una semana. Nosotros, refugiándonos en Adrianópolis, afortunados por poder acceder a su interior, defendimos un salvaje asedio de tres días, seguros tras sus murallas y causando enormes bajas, pues los bárbaros, cegados y arriesgándose al extremo, trataban de hacerse con el tesoro del emperador. No son los asedios uno de sus fuertes. Ahora marchan hacia Constantinopla, poco apostaría que podrán hacer allí ante las murallas de Constantino.

Pidiendo otra cerveza, hizo un alto para dirigirse directamente a Teodosio:

—Las reglas han cambiado y de la velocidad con que sepáis reaccionar depende vuestra supervivencia. Numerosos son los errores de Valente y sus estúpidas prisas para entrar en combate en lugar de esperaros a ti y a Graciano, pero no solo por eso sucumbió el ejército romano. Difícil es que las legiones aterroricen a sus enemigos como en el pasado, puesto que la infantería ha dejado de ser el factor decisivo en el combate. Ridícula resulta vuestra formación en tortuga ante la caballería actual. —Ante sus palabras, Teodosio, militar siempre orgulloso, se irguió incómodo, viendo el gesto Odoberto trató de aclarar sus argumentos—: No me malinterpretes, vuestro ejército, vuestras legiones, siguen sin tener rival. En ninguna parte encuentras vuestra organización y disciplina, vuestra jerarquía y compromiso, pero los hunos han cambiado la partida. Bueno. —Sacándose un objeto del bolsillo, que a Cinegio en un primer momento le recordó su medallón, se lo lanzó a Teodosio. Este lo recogió y comenzó a observarlo identificándolo de inmediato.

—Un estribo —dijo, devolviéndoselo.

Se trataba de un tema recurrente en nuestras conversaciones, pues permitía al jinete cargar con una mano libre y de ser muy avezado las dos. Dirigir al caballo solamente con los tobillos, dominarlo completamente. Así lo hacían por supuesto los hunos, pero también muchas de las tribus godas tras pagar el aprendizaje en sangre.

—Este estribo es el que lleva una década arrasando el norte

desde las infinitas y remotas estepas hasta el Pontus Euxinus y puede hacer lo mismo al sur y al este, con todo el imperio, de no ser vosotros capaces de remediarlo —confirmó Odoberto—. Siempre lo porto conmigo para recordarme que no son los hunos invencibles por su talento, sino por su ventaja.

—¿Y cómo los combatirías tú? —preguntó algo ingenua pero inteligentemente Cinegio.

—¡Vaya con el africano! —contestó Odoberto divertido—. Veo que no pierdes el tiempo con rodeos. No resulta sencillo responderte y seguro que muchos son los datos de vuestras fuerzas que desconozco, disculpadme si digo alguna sandez, pues apenas sé de Roma. En mi ignorancia hace poco descubrí que no era en realidad de oro como aseguraban los fuegos de mi infancia. Lo que sí sé es que una feroz marea entra de norte, una marea incontenible de frenar por muy anchos que sean el Danubio y el Rin. Una marea a caballo que ya ha arrasado con cuantos pueblos se ha enfrentado y que se sirve de ese estribo para sobrepasar la playa y cabalgar hasta donde se proponga.

»Para frenarla de poco sirve utilizarnos a los pueblos del norte, antiguos diques ya inútiles por obsoletos, pues tanta es su fuerza que solo su propia potencia puede detenerla. Aprovechar que no es uniforme y que su interior está compuesto por variados impulsos que divergen entre sí. Bajo la visión romana, con vuestros principios, vuestro derecho, vuestro ideal, incluso vuestro ocio, etiqueta y decoro, tenéis la perspectiva de que todo es el mismo uno en el imperio, desde Britania hasta Egipto, solo la religión y con mínimas diferencias os separa. Sencillo os resulta aglutinar muchos pueblos bajo el mismo nombre, pues ese es vuestro caso. Ese es vuestro error. Pensar que el resto del mundo actúa de la misma forma en que vosotros lo hacéis. Catalogar un pueblo como alano, huno o visigodo por tener características similares cuando lo cierto es que estos grupos encierran tantas divisiones como si comparáramos una abeja con una hormiga por ser insectos.

»Nada tienen que ver solo entre los perros alanos de occidente los neuros de las altas montañas con los sodomitas budinos o los gelones que pintan su cuerpo de azul o los melandenos que comen carne humana. Ninguna lealtad se deben y en muchos casos más anhelan imponerse frente a sus vecinos que ante enemigos externos.

Esta para mí es la clave. Conocedlos, divididlos, enfrentadlos y aliaros con los pueblos necesarios, como hacéis conmigo desde la Tracia. Si pensáis detener la invasión, si pretendéis hacer la guerra, si queréis mantener Roma tal y como hoy la conocéis, ensanchadla, si no en territorio, sí en los pueblos que la sostienen.

II

Teodosio defendía desde Singidunum hasta Drobeta nueve fuertes en el Danubio. Además, y con el fin de guarnecer cuanto más al este posible, aseguraba la Dacia mediante el campamento de Aquae y la ciudad de Naissus al sur. No todas sus plazas contaban con capacidad para albergar una legión. De esas comandaba tres; la I Teodosiana, la IV Flavia y la VII Claudia. También seis cohortes auxiliares de infantería, ocho *cunei* de caballería y dos flotillas fluviales con una veintena de embarcaciones. Casi veinte mil hombres propios a los que sumaba aliados según le convenía a él y al clan de turno.

En la Iliria seguía viva la huella del caos que siempre acompaña a la guerra, pero ya más como recuerdo que como angustia. En el año largo transcurrido desde su llegada, Teodosio no había permanecido ocioso. Desbordado, encauzaba la reinante anarquía, centrándose en la Moesia y asumiendo la imposibilidad de defender los caminos, las aldeas o el río en su totalidad. Para evitarlo no permitía la indolencia y trabajaba incansablemente. Despachando durante horas y revisando tenazmente los caminos, sus defensas y el estado de sus legiones. Con gusto comía con ellos o participaba en las lecciones de esgrima y las marchas, animándolos, haciéndoles sentir orgullosos de pelear por él y por Roma. Ensalzando las más duras tareas como vitales para el perfecto funcionamiento de la legión romana, la más poderosa máquina militar de la historia, la dueña del mundo civilizado pues solo salvajes encontrabas más allá del limes que tenían que defender. De ellos dependía que siguiera siendo así.

Desde niño había oído relatar las tareas que ahora protagonizaba a generales en el salón de su casa.

Teodosio disfrutaba.

Cinegio era de sus más habituales compañeros. No en la arena

sino en el *tablinum*. Incontable era el papeleo y la burocracia que acompañaban al mando de las legiones, como ya le confesara el Viejo, y allí era donde el africano destacaba. Vigilando el gasto, redactando órdenes, interpretando leyes y encargándose de la intendencia. Argumentando inteligentemente. Exponiendo alternativas para encontrar soluciones en las tareas más arduas.

Aunque no olvidara aquellas obligaciones, Teodosio las detestaba y había encontrado a un hombre de su plena confianza perfecto para ello. Un regalo de su padre y el destino. Bien prefería pelearse contra un mapa o en campaña que las leyes y los números. Aburridas tareas de escriba.

En campaña, entre sus hombres, era donde le recordaba a su padre a Cinegio, con aquella camaradería, innata autoridad e inagotable energía. Había nacido para ser militar; ostentaba con naturalidad el mando, de forma espontánea, sabiendo qué hacer y cómo hacerlo, aunque siempre, inteligente, no tomara decisión alguna a la ligera y gustara de recurrir a los libros o el consejo de otros.

Para su propósito de pacificar la Iliria contaba además con la inmensa ayuda de poder ser generoso con el tesoro, pues su tío Euquerio como *comes sacrarum largitionum* bien se había encargado de que se cumpliera la orden de Graciano de defender el este a toda costa. De salvar Occidente. Eso permitía a Teodosio, además de asegurar el pago de sus legiones y negociar posibles futuros aliados, socorrer y no asfixiar a los pueblos y ciudades, que armados, mejor defendidos y agrupados, se enfrentaban a los numerosos merodeadores godos.

Conquistado el orden y bien defendido el este, el inminente peligro al que se enfrentaba era un gran ataque cuado o sármata desde el norte. Desde el otro lado del limes. Pese a los esfuerzos bárbaros por ocultarlo, Teodosio bien sabía que los sármatas se organizaban para cruzar en masa. Sus cálculos estimaban un ejército de veinticinco mil hombres, quizás treinta y cinco mil en la peor hipótesis.

Llegaron en noviembre, cuando ya amenazaban el frío y las largas noches. La de aquella ocasión era oscura, pues bastante nube baja ocultaba la luna y las estrellas. Poco después de las cuatro de la mañana se encendió un punto de luz al oeste. La alarma la daba

el fuerte de Pincum según reconoció el centinela inmediatamente. Aunque avisado, a Cinegio no dejó de sorprenderle un escalofrío que le recorrió la espalda. Había llegado la hora. El fuego de la torre de Viminacium ardió en respuesta y una trompeta rompió con su llamada la quietud de la noche para que cada soldado interpretara por fin su papel tantas veces ensayado. A su puesto. Formaban.

Un mensajero informó a Teodosio de que los sármatas, en gran número, cruzaban junto a Pincum, en un paso asequible que interesadamente se había dejado descuidado. Aprovechaban el estrechamiento del Danubio y un vado favorable justo antes de que se le uniera el Pincus. También le aseguró que, siguiendo su orden previa, ya habían liberado las presas construidas unas semanas antes para frenar el cauce del río. En pocas horas se anegaría parte de la zona que los sármatas cruzaban ahora para cortar su repliegue, estrechar el campo de combate limitando los movimientos de caballería y solo ofrecerles una ligera pendiente ascendente como salida.

En Viminacium, el principal campamento de la frontera y quizás de la provincia, aguardaban junto a Teodosio dos legiones y la mitad de todas las tropas auxiliares. En Cuppae, otro fuerte cercano a Pincum, al oeste, esperaban un *cuneus* de caballería bajo el mando de Syagrio y Odoberto junto a quinientos de sus hombres, agazapados para caer sobre la retaguardia sármata a la mínima orden.

Varias hogueras iluminaban tenuemente la cada vez menos oscura noche en la explanada, a las puertas del campamento en el que ordenadamente ya formaban los hombres recibiendo las bendiciones de los numerosos sacerdotes que les acompañaban. No había transcurrido una hora desde la alarma. Las nubes se habían levantado y raídas y empujadas por el viento descubrían el titilar de las estrellas y la luna a su paso. Las llamas refulgían en las relucientes armas y corazas más cercanas.

Flavio Teodosio, vestido de gala para la ocasión, al elegante paso de su caballo que alzaba graciosamente las patas como si bailara, rodeado por varias antorchas, los *candidati* completamente de blanco que actuaban como sus guardaespaldas y los *aquiliferi* que portaban los águilas y estandartes de la Teodosiana y la IV

Flavia allí presentes, ascendió junto a su plana mayor a una colina cercana.

Ningún ejército romano entraba en combate sin una arenga previa y Teodosio no pensaba romper con aquella tradición. Aquella era su oportunidad para transmitir sus últimas órdenes e insuflar el ánimo suficiente a los que en breve habrían de jugarse la vida por él y por Roma.

Las trompetas sonaron, Teodosio se bajó de su caballo y los hombres estrecharon las filas para rodear y escuchar a su líder. El silencio se hizo absoluto salvo por el canto de distantes rapaces lo suficientemente osadas para romperlo.

—¡Legionarios! ¡Romanos! ¡Compañeros! —rugió Teodosio desde su improvisada tribuna en su culto y grave latín de marcado acento hispano—. ¡Por fin ha llegado nuestro día! ¡Por fin una batalla de verdad y no las escaramuzas a las que llevamos meses abocados! —Cinegio, ensimismado, le observaba a unos pasos su derecha. Aunque no fuera habitual para él participar en las operaciones militares no había querido perderse aquella insigne ocasión que con tanto mimo había pergeñado junto a Teodosio y el resto de sus consejeros. Nervioso, inmerso en el torrente emocional que allí se respiraba, observaba orgulloso la innata capacidad de su amigo para conectar con sus hombres, para adueñarse de la escena. Teodosio seguía gritando—: ¡Hoy es el día que tanto tiempo llevamos esperando! Los sármatas, pobres ingenuos, están donde queríamos. Han cruzado sobre nuestra equis en el mapa como las ovejas rumbo al establo para ser esquiladas. A su espalda ya corre el río que liberamos y mi fiel Syagrio nos espera junto a Odoberto en Aquae para caer sobre ellos con la caballería a mi señal. No dejaremos que se nos escapen.

Respirando, hizo una pausa en la que trató de cruzar la mirada con cuantos le observaban, consiguiéndolo de algún modo con los más cercanos, recibiendo asentimientos por doquier. Bajando algo la intensidad, pero no el tono, prosiguió:

—Todo marcha según lo previsto, pero no por eso ha de resultar sencillo. Bien lo sabéis vosotros tan bien como yo. Nos esperan los sármatas, quizás con algunos cuados, godos y quién sabe si hunos. Muchos más que nosotros, el triple quizás, huyendo de las tribus del norte, soñando con robarnos nuestra tierra, a nuestras mujeres y

nuestros hijos. Calvos barbudos, corpulentos, pintados de colores. Con sus enormes lanzas que les han hecho famosos y que blanden con ambas manos y dicen pueden atravesar a más de tres hombres a la vez. Con su temible caballería que hace temblar el suelo y dirigen solo con las rodillas. Vestidos con sus corazas de lagarto y sus enormes cascos, queriendo parecerse a los dragones que llevan en sus banderas. —Parándose, deteniendo de nuevo la mirada en cada uno de sus hombres, cogiendo aire, gritó—: ¡Ja! ¿Acaso les tememos?

—¡No! —corearon ambas legiones al unísono.

—¡Con esas lanzas nos rascamos las pelotas! —bramó la voz cercana de un centurión desatando las risas a su alrededor.

—¡El culo les rascaremos a esos perros! —respondió Teodosio tras una carcajada. Los exaltados gritos, como el rumor de las olas del mar, continuaban hasta que Teodosio, haciendo gestos con ambas manos los acalló antes de continuar—: ¡Claro que no les tememos! ¿Quiénes son esos granjeros para una legión romana? ¿Quiénes son esos bufones pintados de furcia para los hombres de Teodosio? ¿Para vosotros? Huyen hacia nosotros creyendo que encontrarán debilidad, espoleados por nuestra vergonzosa derrota de hace unos meses en Adrianópolis.

»Salimos de Viminacium, en esta noche de inicio de los idus de noviembre, la que será recordada como aciaga en la historia sármata y una más en la de la gloriosa Roma, para acabar con ellos. Para no dejar ni uno vivo. Para enterrarles para siempre y hacerles pagar su insolencia. Si cargan en la distancia, les esperaremos a cubierto, hombro con hombro en nuestro infranqueable muro de escudos, con él en alto tanto tiempo como haga falta.

Levantó el brazo hasta el cielo con su propio escudo, sus hombres lo imitaron.

—El brazo del legionario romano no tiembla, el lanzamiento de su *pilum* es temible y la estocada de su *gladius* es certera. —Continuó moviéndose, teatralizando las escenas que describía como si ya se encontrara en combate—. No es paciencia lo que nos falta y oficio es lo que nos sobra. Recibiremos su ciego ataque tranquilos, respirando, recordando nuestras infinitas prácticas, intuyendo sus próximos movimientos, mirándolos a los ojos, matando cuantos podamos con nuestros lanceros y arqueros. Después llegará nuestro

momento; cuando se desordenen abrumados por nuestra fortaleza, cuando sus cadáveres cubran el campo de batalla y se resbalen con la sangre de sus hermanos, padres y amigos, cuando nuestra caballería comience a minarles y nuestra infantería se encuentre frente a frente con la suya. Nos reiremos de sus gritos de furcia y sus ojos desencajados de beodo de taberna. Esperaremos sus errores de labradores, sus ciegos golpes de matón de tugurio, el caos del civil.

Los aullidos de los hombres coreaban cada frase. Perturbados golpeaban los escudos con sus espadas hasta que Teodosio de nuevo les pidió calma para poder continuar su proclama y ser escuchado.

—Nobles romanos, amigos, hermanos, escuchadme, escuchadme bien porque todavía tengo cosas que deciros. —El silencio de nuevo se hizo absoluto hasta que el grito de Teodosio volvió a romperlo—: ¡Vamos a masacrarles, pisotearles y mear sobre sus cadáveres! Les recordaremos que no es a Valente a quien se enfrentan, que al este es a donde pertenecen, que los hombres de Teodosio jamás hemos perdido batalla alguna. —Volviéndose hacia las águilas de plata que sus *aquiliferi* sostenían en alto y refulgían con el fuego de las antorchas, alzando los brazos donde empuñaba su espada y escudo, bramó—: Que estas águilas, las de nuestras legiones, las de la I Teodosiana y la IV Flavia, son el orgullo de Roma. Su fuerza, su valor y su virtud. Las que siglos llevan sometiéndoles. Por ellas venceremos. ¡Por ellas y por Roma!

Los vítores y gritos resonaron junto al Danubio. Algunos legionarios lloraban y sin excepción aclamaban a Teodosio histéricos de orgullo, volviendo a golpear frenéticamente sus armas contra sus escudos, deseando ponerse en marcha de una vez como así hicieron inmediatamente. Cinegio, rugiendo como uno más, advirtió que Teodosio se limitaba a sonreír, con los ojos cerrados y los brazos todavía en alto, inspirando hondamente por cómo se movía su pecho, disfrutando el momento.

Marcharon a ritmo alto para llegar al lugar convenido en la sombría penumbra del crepúsculo, cuando la tierra aún era azabache y la maleza trémula. En el pálido cielo, ya por fin libre de las nubes que lo atenazaran durante la mayor parte de la noche, se distinguían algunas constelaciones esparcidas en su profundidad y una luna todavía alta, sin ánimo de acostarse, pese a la inminente

llegada de su enemigo sol.

Frente a ellos, sin claro detalle más allá de su brutal número, bosquejados en el horizonte, avisados de su inminente llegada, los sármatas les esperaban ya formados junto a la ribera de un río ya con el cauce crecido por la treta teodosiana. En primera fila, en el centro, algo adelantados y escoltados por sus banderas y estandartes de dragones, se destacaban seis hombres montados en carros, los jefes de los diferentes clanes. Tomándolos como referencia, dispuso Teodosio a la infantería en forma de hoz y a los laterales, protegiendo los flancos y aprovechando cierta pendiente ventajosa, la caballería. En el terreno que quedaba entre ambas tropas, más próximo a los romanos, se habían cavado semanas atrás una serie de trincheras que esperaban ocultas bajo verdes ramas la llegada de los arqueros según se iniciaran las hostilidades.

El día se prometía largo y él *dux Moesiae*, en su elemento, sin prisa, de nuevo cabalgando con el mismo garbo con el que lo hacía su padre, se detenía entre los diferentes manípulos, llamando a cada cual por su nombre para insuflar ánimos e intercambiar saludos, chanzas y palabras con gran parte de la formación. Rezando con algunos de ellos que encomendaban su alma a Dios. Relajado, sonreía, bromeaba y, sobre todo, ordenaba cualquier mínimo detalle que percibía necesitarlo, sin perder jamás la concentración.

Con las escasas nubes aún presentes ya tiñéndose de rosa, la aurora alentó los cuernos sármatas que bramaron su señal de ataque. El suelo comenzó a temblar, los pájaros, nerviosos, levantaron el vuelo, los conejos su carrera y un trueno constante y creciente preludió la temible carga. La tranquilidad de Teodosio se convirtió entonces en frenética actividad. Su ronca voz rasgó el aire y las trompetas ordenaron a los arqueros tomar las trincheras escondidas.

Ya iniciada la batalla, Teodosio, seguido siempre por la nube blanca que formaban sus *candidati*, cabalgaba vertiginoso entre sus tropas, arengándoles, recriminándoles un mal movimiento o amenazándoles en caso de retroceder. Ni siquiera en medio del infierno permitía el más ligero quiebro disciplinario.

Los sármatas no se cansaban de cargar, pero las experimentadas líneas de Teodosio no se rompían, estoicas soportaban las innumerables cargas apretando los dientes, tragando saliva,

reemplazando a los compañeros heridos o muertos, lanzando sus lanzas y con el escudo en alto, recordando su deber tal y como les mostrara Teodosio en su arenga.

Cinegio, casi más un amuleto que un soldado, seguía el desarrollo de la contienda desde retaguardia. Confundido sin entender cuanto le rodeaba, dudando constantemente sobre el desarrollo de la batalla y su futuro desenlace, pues esta estaba resultando larga y reñida, mucho más cruenta y cansada de lo que había imaginado.

Entonces llegó la duda sármata, la misma que el agua es capaz de vencer tras golpear a la piedra sin resultado aparente. Afortunadamente para la costa romana, los sármatas no eran el mar y se consumó su presagiado desorden.

Teodosio, el lobo que huele la sangre, no dudó y, en aquel instante, mandó ondear los *dracones* que ordenaban a Syagrio y Odoberto cargar frescos sobre su retaguardia para iniciar la carnicería. Los sármatas, desarbolados, al ver la inesperada carga de refresco, obedeciendo también de algún modo a la señal de Teodosio, comenzaron a huir hacia la nada. Descubriendo su espalda, desesperados, se lanzaban al río soñando en cruzarlo a nado para morir ahogados o corrían pendiente arriba para morir ensartados solo unos pies más lejos. La sangre tiñó el verde del prado y el azul del agua.

Al llegar la tarde ya no había sármatas. Diez mil soldados romanos, sin bajas significativas, dirigidos por un sublime general que había vencido en aquella batalla cien veces antes de que llegara, habían masacrado un pueblo completo. Treinta mil cadáveres sármatas certificaban la hazaña. Seis mil más desfilaban cautivos acompañados por infinidad de mujeres, niños, carros y ganado formando un esplendoroso botín que Teodosio, generoso, regaló a sus hombres por su extraordinario desempeño.

La categórica victoria, que encumbraba a Teodosio como genio militar e ídolo de sus legiones, apaciguaba la amenaza del este y afianzaba la Iliria asegurando la paz en la Moesia y blindando la Panonia y la Dalmacia.

Lo que aún desconocían aquel 5 de noviembre en la orilla en la que el Pincus se entregaba al Danubio era que también valdría un manto púrpura.

19

I

Sirmium, Iliria, 19 de enero de 379

Sirmium, la que ejercía de novia en el casamiento tratando de suplantar con su particular estilo a la inalcanzable Roma, vestía sus mejores galas para la ocasión.

Desde que poco antes de las *Saturnalia* corriera la noticia de que allí se coronaría inminentemente al hispano Flavio Teodosio, el héroe de Pincum, como sustituto de Valente y nuevo augusto de Oriente, aquel era el único tema que ocupaba a sus habitantes que, afanosos, un mes llevaban limpiando y decorando sus casas, calles, edificios y monumentos. No todos los días se protagonizaba una página de la historia del imperio.

Hacía una semana que la llegada de forasteros era constante, hasta tal punto que algunos aseguraban que la ciudad había doblado su población para alcanzar los ciento cincuenta mil ocupantes. Muchos de ellos eran de los de las togas bordadas en oro, esos que medían su poder por el tamaño de su cortejo, los que pasaban el día cazando o en las termas y las noches en las fiestas de los palacios notables, los que se paseaban por sus calles en litera, recuperando de los armarios y arcones los mantos, togas, sandalias, joyas y vestidos reservados para las grandes ocasiones.

Orfebres, aguadores, artistas, meleros, yeseros, pescadores del vecino río Sava, herreros, músicos, alfareros, carniceros, actores, panaderos, barberos, guardaespaldas, tintoreros, curtidores, carpinteros, sastres y comerciantes ganaban en horas lo que habitualmente en semanas. ¡Qué decir de rateros, embaucadores, putas y taberneros!

Necesitaba Sirmium aquella bocanada de aire fresco, pues desde Adrianópolis vivía asfixiada por la amenaza del este. Cubierta por el invisible y pesado manto de la incertidumbre, la tristeza y el miedo.

Aquella angustia era impropia de su riqueza e historia. De la ciudad cuna de seis emperadores y residencia de muchos más. La que albergó a los ejércitos de Trajano, Marco Aurelio y el segundo Claudio mientras organizaban sus expediciones al norte y el este. De una de las cuatro capitales del imperio durante la Tetrarquía menos de un siglo antes. Del bastión del Danubio, la que seguía siendo rica en oro al continuar su ceca acuñando moneda. La que ahora sería gloriosa testigo de un nuevo coronamiento.

El novio, nuestro bien conocido Teodosio, aguardaba el gran momento de su vida en el palacio imperial de la ciudad.

En el par de meses y medio transcurridos desde su brillante victoria en Pincum, su nombre, convertido en el apellido de augusto, había viajado de boca a oreja desde los fuegos de los legionarios hasta cada reunión, taberna o *tablinum* romano. Por supuesto, también alcanzando el palacio de Graciano en el que ahora él aguardaba.

Difícil era encontrar un mejor candidato para sustituir a Valente en Oriente, pues el hispano parecía aunar la voluntad de a cuantos el emperador consultaba. También en cierto modo la suya, tanto por su valía como por el remordimiento que le causaba la injusta muerte de su padre. Pese a ser plenamente consciente de poder estar creando un peligroso rival a futuro, el momento, crítico, le exigía responsabilidad y generosidad. Ser valiente y alto de miras. Pensar en Roma y el futuro. En que pudiera haberlo, al menos. Las heridas que su tío Valente había causado al imperio resultaban ser bastante más profundas que la simple pérdida de una batalla.

El ejército estaba diezmado y desmoralizado, hasta tal punto que era Albia Dominica, la viuda de Valente, famosa por su arrianismo, genio e impronta, quien había defendido Constantinopla del brutal ataque godo que vaticinara Odoberto tras Adrianópolis. Armando a los civiles y contratando mercenarios con el tesoro de la familia y la ciudad. Aún era ella quien, gracias a Dios, la preservaba con puño de hierro. Asumiendo toda la responsabilidad pues bien sabía que, de caer la capital, peligraba todo Oriente.

Las legiones necesitaban un líder fuerte que los guiara y, por eso, los generales a los que consultaba Graciano, repetían siempre el mismo nombre: Flavio Teodosio. Para ellos era un hijo predilecto. Un camarada. El vástago del viejo Teodosio, el *magister equitum*

arteramente eliminado, aunque nadie osara mencionarlo jamás al emperador. Un veterano en Britania, el Rin y el Danubio, pese a su juventud. Idolatrado por sus hombres con quien se mostraba tan exigente como generoso. Aclamado por sus legiones ya como augusto tras llevarlas a la reciente victoria en la Iliria sin prácticamente pérdidas. Allí, además, había demostrado su valía no solo por su habilidad en la guerra, sino también en la paz. Con criterio negociaba sin pudor con muchos de los clanes godos convirtiéndolos en aliados o al menos evitando enfrentamientos.

Nadie mejor que él para recomponer las legiones.

Casi más preocupante que el estado de las tropas era observar cómo las estructuras fundamentales del estado languidecían en buena parte de Oriente. La muerte de Valente había descubierto la ruina en que muchas de las provincias estaban sumidas. El tesoro se escapaba entre las manos que lo recaudaban como si de agua fresca de un manantial se tratara. Reinaban la avaricia y el desorden. La falta de autoridad se suplía con violencia y constantes eran los desórdenes públicos.

También la Iglesia de Cristo, cada vez más relevante en la estabilidad institucional, estaba enfermizamente dividida y habituales eran las persecuciones promovidas por los arrianos siempre defendidos por un Valente influenciado por Albia Dominica. Ya no solo cazaban paganos sino también nicenos u otros cristianos como nuestros ya conocidos donatistas o los populares maniqueos. Siete años antes habían ajusticiado a media escuela de filosofía de Antioquía y Alejandría por traición y paganismo y sonada había sido su disputa con el obispo Basilio de Cesarea, un niceno al que Albia acusaba de la muerte de su único hijo varón con Valente por no haberle bendecido.

Por ello también fácil se escuchaba entre las voces de la Iglesia las que suspiraban por Teodosio. Especialmente y de forma recurrente la del papa Dámaso, hispano como él y que con gran esperanza urgía al emperador a designarle para consumar la unión religiosa de todo el imperio bajo la ortodoxia nicena. Apelando a la providencia y a su deber cristiano como señor supremo, clamando por la oportunidad de recuperar un Oriente disoluto, entregado a los herejes arrianos y fragmentado en diferentes credos y obligaciones, bajo el cetro de Roma. Esos herejes que renegaban del

Hijo de Dios y el Espíritu Santo. Los que tanto habían crecido por el favoritismo de Valente y ser el credo de la mayor parte de los godos desde la conversión de Urfilas. Urgía para Dámaso colocar a alguien propio antes de que la disgregación aumentara y bien conocido era el compromiso de los Ulpio-Aelios con la verdadera fe.

Por último, como casi siempre, estaba el pueblo. A espaldas de las necesidades de obispos y generales, desmoralizado por la escasez y el constante peligro, sin horizonte de mejora, necesitaba una respuesta contundente. Un mensaje de esperanza. Un héroe al que agarrarse. Eso era también el hispano Flavio Teodosio.

II

Teodosio esperaba en el salón principal del palacio de Sirmium, vestido ya de gala, pero todavía solo con la túnica y en sandalias pues a pesar del frío invierno las estancias del palacio siempre se mantenían en agradable temperatura por el *hypocaustum* que corría a sus pies y que distribuía su calor hasta los *cubicula*.

Aparentaba tranquilidad, aunque el corazón cabalgara y en las manos se observara un ligerísimo temblor. De pie, dándoles la espalda a sus amigos, miraba por la ventana observando cómo los esclavos agitaban ya las guirnaldas y coronas de laurel en señal de victoria. En su honor. Esperando ansiosos aclamar su camino hacia el contiguo circo. Más se debía su furor a la esperanza de recibir alguna de las propinas que se repartían en aquellas ocasiones que en su conocimiento de Teodosio, pensó tratando de tranquilizarse. Lo mismo daba en el fondo.

—Lástima que Aelia Flaccilla y el pequeño Arcadio no puedan ver esto —suspiró Teodosio. Un incómodo silencio acompañó a sus palabras. Cinegio miró al suelo hasta que Euquerio, el tío, el *comes sacrarum largitionum* de Graciano, le dio una palmada a su sobrino en el hombro para posteriormente agarrárselo con cariño y abrazarle—. También mi hermano —exhaló el *dux Moesiae*, quebrado sobre el hombro de su tío. Reprimiendo una lágrima que anhelaba libertad.

Su hermano Honorio había muerto un mes antes, aunque solo lo supieran desde hacía una semana, cuando aún esperaban sus

noticias con la duda de si podría asistir a la coronación junto al resto de la familia y otros notables. Sin diagnóstico claro más allá de la fatalidad del destino, se había acostado en perfecto estado para no levantarse jamás.

Devastado por la noticia, Teodosio, necesitado de culpar a alguien, lo hizo consigo mismo por no encontrarse junto a él para poder socorrerle. Conociendo a Honorio, bien sabía que jamás se quejaba. Tozudo, evitaba el médico incluso cuando alguna vez había sido herido en batalla teniendo que ser su hermano quien le avisara. Pensaba que quizás aquello no hubiera sucedido de encontrarse juntos, que él se hubiera percatado de alguna posible debilidad y alertado sobre ella a quien fuera menester. Paradójico resultaba que el muerto fuera quien había quedado en lugar seguro.

—Se merecería esto tanto o más que yo. Como también lo haría mi padre —dijo, separándose y recomponiéndose, Teodosio.

Nadie osó romper el silencio hasta que las trompetas y los cuernos de los músicos llamaron al movimiento, provocándolo, pues, sin cruzar palabra, Syagrio y Bauto comenzaron a completar la vestimenta del futuro emperador. Con mimo le ajustaron una panoplia de oro en el pecho y un manto azul marino oscuro que en breve se convertiría en púrpura. Tras calzarse más apropiadamente y coger el casco de combate bajo el brazo izquierdo se abrazaron entre ellos antes de salir. Comandaban el grupo Teodosio y Euquerio, a los que seguían Nebridio, Syagrio, Bauto y nuestro amigo Cinegio.

Dejaron el salón por un pasillo que guiaba a otro gran salón rectangular. Cinegio, más por entretenimiento que por superstición, lo cruzó tratando de evitar pisar las coloridas flores del impresionante mosaico que lo alfombraba. Otros frescos, también con motivos vegetales mezclados con arquitectónicos, engalanaban las paredes que conducían a un gran pórtico que se abría al patio exterior. En este, los esclavos que antes había visto Teodosio desde la ventana, trabajadores de palacio y sus tierras aledañas, levantando las coronas de nuevo, comenzaron a corear su nuevo nombre.

—¡Augusto, augusto, augusto!

Teodosio se detuvo a saludarles desde la parte superior de la escalinata. Una fuerte ráfaga de viento le contestó despeinándole.

Pese a que las nubes eran incapaces de tapar el sol, hacía frío fuera. Varias golondrinas, con sus rápidos, rasantes y verticales vuelos, deleitaban a los que seguían sus dibujos en busca de un buen presagio. Generosos, optimistas, alegres por verlas en época tan fría, en su mayoría se felicitaban entendiéndolo como extraordinaria noticia para el futuro del nuevo emperador.

Flanqueados por la multitud, arropados por sus vítores, bajaron la escalinata y cruzaron el patio interior de palacio en el que reinaba una espectacular iglesia de planta cuadrada y final en cúpula. En su puerta, sobre otras escaleras, le esperaban Graciano, su mujer Flavia Máxima Constancia, su inseparable Ausonio y Dámaso como obispo de Roma.

Teodosio acudió a su encuentro acompañado por Euquerio mientras el resto de sus hombres esperaban abajo junto al resto de los notables del imperio. Dámaso, al recibirles, les persignó en la frente y les abrazó jubiloso. Cinegio no podía escuchar lo que se decían, pero todos se habían saludado amistosamente y sonreían mientras hablaban. Graciano era tan alto como Teodosio, con algo menos de presencia por su delgadez y carecía de la lozanía del hispano, que era bastante más ancho de espalda. No le restaba, en cualquier caso, prestancia, pues se mostraba elegante, moviéndose despacio, consciente de que todos los ojos le observaban y de su enorme poder.

Esta vez cornetas, bocinas y tambores acompañaron a trompetas y cuernos. Dejaron solos en la puerta de la iglesia a Teodosio y Graciano y el resto bajó para tomar su posición al frente de la comitiva.

Vale la pena pintar el cuadro para quien no tuviera la fortuna de admirarlo en vivo.

El circo de Sirmium se hallaba a unos quinientos pasos del palacio, en dirección a la ciudad, dejando la muralla y el río a la derecha y a su espalda, comunicado por una calzada empedrada jalonada por estatuas de los antiguos emperadores. Antes de arrancar, los caballos escarbaban impacientes en la tierra y algunos de los bueyes que guiaban los carros defecaban parsimoniosos, ignorantes de lo que les esperaba. Más allá de la ancha calzada, cada uno de aquellos pasos, hasta donde alcanzaba la vista, estaba tomado por gente enfebrecida que aclamaba al cortejo imperial.

Incluso las zonas arboladas, balcones y jardines.

Honesti, clarissimi e *illustres*: la corte, los funcionarios, obispos y notables encabezaban el desfile. Cinegio se encontraba en tercera fila, zona lateral, sin ánimo de buscar protagonismo alguno. Como siempre, perseguido por su naturaleza sureña, el frío le atería. Buscaba mitigarlo arrebujándose en su pesada capa.

Mientras seguía el paso parsimonioso de la comitiva y reconocía las estatuas de Constantino, Diocleciano, Marco Aurelio, Trajano, Adriano o Julio César, acariciaba la medalla de su padre y pensaba en Clodia, su madre, consciente de la imperiosa necesidad de visitarla y traerla junto a él. También, por supuesto, en Achantia, obsesivamente, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Preguntándose qué haría en Carranque o qué le diría de encontrarse junto a él en aquel o cualquier otro momento.

Tras el grupo de Cinegio marchaban los *aenatores*, la banda de música de las legiones, junto a actores y bailarines que deleitaban a la plebe y a los que seguían el botín arrebatado a sármatas y cuados y unos dos mil de estos, ya esclavos, bien subidos en carros antiguos o a pie y encadenados según su alcurnia. La plebe les insultaba y escupía según pasaban. Dos cohortes, naturalmente en uniforme de gala, antecedían por último a Teodosio y Graciano.

Su llegada al circo superó cualquier expectativa. Cincuenta mil personas estallaron en las gradas, mientras en la arena, que algunos exageradamente aseguraban que era tan grande como la del Circo Máximo en Roma, las legiones de Teodosio formaban en un escrupuloso orden y silencio. Al paso de los homenajeados, moviéndose como si de una danza se tratara, los legionarios abrieron un pasillo de acceso al palco principal que había sido alargado y ensanchado con una plataforma de madera y unas escaleras por encima de la *cavea*. En su tránsito resonaba el metálico estallido de *gladii* contra escudos que los sármatas aún escuchan en sus pesadillas.

Teodosio sonreía a cada paso, reconociendo a sus hombres, saludándolos asintiendo con la cabeza, devolviéndoles el cariño y agradeciéndoles la lealtad que derramaban.

En un paseo eterno, indeleble para siempre, llegaron al final del circo y accedieron al palco por unas espaciosas escaleras alfombradas en rojo que habían construido por encima de la *cavea*.

—¡Augusto, augusto, augusto! —clamaron las voces de los sesenta y cinco mil hombres que atestaban el circo entre gradas y arena al situarse de pie en el ensanchamiento de madera, delante del *solium* desde el que les observaba Cinegio.

Graciano, en gesto magnánimo, invitó a Teodosio a que se adelantara un paso en señal de reconocimiento.

—¡Ave augusto! ¡Ave Flavio Teodosio augusto! —resonó la respuesta en mil voces y tonos distintos.

Tras varios minutos de intensa aclamación, sin prisa, cuando la expectación decidió por fin imponerse al fervor, Dámaso recogió el codiciado manto púrpura, con mimo colocado sobre un almohadón del mismo color y ribeteado en oro, y se lo pasó a Graciano que, de forma teatral, estudiada e hipnótica, lo desdobló con soltura y delicadeza ofreciéndoselo a Teodosio a su vez. El silencio era absoluto y la atención total. Hacía minutos que el eco de los vítores había cesado y ya a nadie le preocupaba el viento que soplaba o los pájaros que volaban. Solo se preguntaban si resignaría tal y como solían hacer muchos emperadores para acceder ante un segundo o tercer ofrecimiento.

No fue así.

Teodosio asintió a Graciano con una reverencia y Nebridio y Euquerio se adelantaron. Euquerio le retiró las fíbulas y Nebridio el precioso manto azul marino de general que ya no volvería a lucir.

Tras otro estudiado silencio, Graciano se acercó a Teodosio rodeándolo con el manto púrpura y se lo abrochó con unas nuevas fíbulas también de oro y con forma de águila. Después le colocó la diadema de oro y piedras preciosas con forma de corona de laurel. Frente a él, con las manos en los hombros, mirándole a los ojos, antes de darle un abrazo, le dijo:

—*Imperator* Flavio Teodosio, suerte y valor. ¡Por Roma!

—¡Augusto, augusto, augusto! —tronó de nuevo el circo cuando se separaron y mientras Teodosio levantaba ambos brazos en señal de victoria.

20

I

Tesalónica, Macedonia, marzo de 380

Emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio augustos, edicto al pueblo de la ciudad de Constantinopla.

Queremos que todos los pueblos que gobierna la mesura de nuestra clemencia vivan en la religión que el divino apóstol Pedro transmitió a los romanos, religión que se muestra hasta el día de hoy tal y como fue introducida por el mismo y que es manifiesto que siguen el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría, hombre de santidad apostólica, es decir, que creemos, según la enseñanza apostólica y la doctrina evangélica, en una divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en una igual majestad y piadosa trinidad. A aquellos que siguen esta ley les ordenamos tomar el nombre de cristianos católicos. En cuanto a los demás, puesto que juzgamos que son dementes e insensatos y sostienen la infamia de un dogma herético, mandamos que sus conciliábulos no reciban el nombre de iglesias y que deban ser castigados, primero por la venganza divina, después por la nuestra, que asumiremos de acuerdo con la inspiración celeste.

Dada el tercer día antes de las calendas de marzo en Tesalónica, bajo el quinto consulado de Graciano y el primero de Teodosio augusto.

Tesalónica, la capital de Macedonia, se convirtió en la primera residencia imperial. Dos razones empujaron a Teodosio a tomar aquella decisión. La primera y principal que, la vieja ciudad fundada por Casandro de Macedonia ocho siglos antes, se trataba del principal bastión niceno de Oriente, fiel a este credo desde que fuera residencia de Pablo de Tarso que incluso había escrito allí dos de sus epístolas. Aun perteneciendo políticamente al imperio oriental, dependía eclesiásticamente de Roma. Su obispo Acolio, amigo de Ambrosio de Milan, se trataba de uno de los principales aliados de Dámaso en su política restrictiva con el resto de facciones cristianas. Teodosio, leal y generoso, plenamente consciente desde el principio de su mandato de la importancia del menor de sus gestos, buscaba asentarse y agradar a aquellos a los que en gran medida debía el color del manto que le arropaba.

La segunda razón para escoger como residencia a la que fue ochenta años antes el capricho y sede de Galerio, el lugar donde en el año 311 firmara su edicto de tolerancia para acabar con las persecuciones cristianas que perpetrara Diocleciano, era su envidiable posición estratégica como vecina a la vía Egnatia y en la confluencia de los ríos Aliákmonas, Galikós y Axio. Lo suficientemente cercana al avispero del limes del Danubio que Teodosio debía pacificar, de Constantinopla, la segunda Roma y capital de Oriente, y de la vieja Grecia.

Desde el majestuoso palacio de la ciudad, mientras avistaba el arco del triunfo con su curioso final en cúpula erigido por Galerio para celebrar su victoria sobre persas y armenios, Teodosio trataba de ordenar su nuevo feudo, el imperio de Oriente.

No resultaba sencillo.

Primero los godos.

Tras su fallido asalto a Constantinopla el grueso del ejército, acuciado por el hambre, se había dividido buscando sobrevivir. El grupo mayoritario lo formaban los visigodos que se dividieron a su vez en dos facciones; los dirigidos por Safrax y Alateo, que marcharon al noroeste hacia Panonia, y los que guiaba Frigiterno que viajaron hacia Tesalia, el Epiro y Acaya. Graciano se ocuparía de los primeros y Teodosio de los segundos.

El hispano, para detenerlos reclutó nuevas tropas, llamó a filas a veteranos del este, movilizó a las legiones de Persia y Siria,

intensificó el trabajo en las minas de hierro para dotarse de armas y nombró al respetado Flavio Eutropio prefecto del Ilírico y a su fiel Flavio Bauto *magister militum*. Siguiendo el consejo y la guía del visigodo Odoberto que junto a él escuchamos en el campamento de Drobeta, ambos debían encontrar aliados entre las tribus bárbaras. Sin detenerse en costumbres, raza ni credo. Al fin y al cabo, los dos eran famosos por su paganismo, su practicidad y respeto a las antiguas tradiciones y casi cualquiera que se les cruzara. No se detendrían en minucias si los hombres con los que daban sumaban.

Eutropio, con Bauto como ariete, gracias a su dilatada experiencia a órdenes de Juliano, Valente y Graciano, sabía ser generoso con el aliado y dónde golpear de tener que hacerlo. Castigando con crudeza a los grupos rebeldes poco numerosos y a los pueblos que se resistían. Agasajando a los líderes tribales con los más refinados regalos: distinciones, oro, caballos, mujeres, joyas, tierras, lo mismo daba si servía para establecer alianzas duraderas.

Pese a sufrir la dureza del indomable Frigiterno, poco a poco recuperaban terreno, sumaban hombres a sus maltrechas legiones, poder a Roma, tranquilidad y tiempo a su emperador. Poco valora el pueblo las victorias en el extranjero si no vive seguro en su propia casa. A Teodosio comenzaban a adorarlo.

Si la amenaza goda era como un tajo en la frente, por su espectacularidad y la cantidad de sangre que derrama, la falta de unidad religiosa a lo largo del imperio era la puñalada en el costado que encuentra órgano interno y que sin producir alarma entierra al desgraciado.

Cinegio, nombrado *agens vicariam praefecturam*, el responsable judicial de la diócesis, teóricamente a las órdenes directas del prefecto del pretorio Neoterio aunque solo ante el emperador respondiera, peleaba en ese gran frente de batalla. En el que sin cruzar acero con el enemigo podía herirse mucho más profundamente y donde, de no ser cauteloso, podían provocarse crisis capaces de levantar provincias en armas.

El objetivo de nuestro amigo de Thysdrus era apaciguar y controlar a la Iglesia de Oriente bajo el cristianismo ortodoxo. Legislar en clave nicena. Acertadamente intuía cómo los grandes hombres que dejan su poso en la historia no lo alcanzan solo en el campo de batalla por muchas que sean sus victorias. La clave es

guiar grandes masas. Aunar voluntades. Con un objetivo marcado y la suficiente tenacidad para perseguirlo, aunque no resulte sencillo. En ese camino había embarcado a Teodosio.

Con la pasión que le caracterizaba, dedicado por completo a su tarea en el año largo que había transcurrido desde la coronación de su amigo, obsesionado por hallar respuestas y alternativas donde solo problemas se divisaban, Cinegio había sido el principal autor del edicto con el que comenzó este capítulo. El que la historia bautizaría como *Cunctos Populos* al ser ese su inicio en el latín que fue redactado. En él se imponía definitivamente la rama nicena bautizándola oficialmente como católica. Tal como surgiera unos años antes en Antioquía. Denostando al resto de las facciones cristianas como heréticas y asegurando al catolicismo de sede en Roma y culto a la Santa Trinidad como el brote victorioso de entre todos los surgidos de la prolífica semilla que sembrara Cristo con sus palabras.

Lo necesitaba el paisaje, pues la situación de los cristianos en Oriente era completamente anárquica. Indudable resultaba el dominio arriano en números, pero en él no existía liderazgo ni unidad alguna. Poco intervenía en el resto del imperio el obispado de Constantinopla que en aquel momento regía Demófilo y que llevaba cuarenta años secuestrado por posiciones antinicenas. Cada pueblo, cada comunidad, cada iglesia, se regía independientemente, acarreando una dispersión cada vez mayor y que los fieles se adhirieran a determinados credos más en función de la brillantez o ejemplo del prelado que lo predicaba que a los principios que defendía. Arrianos, católicos, donatistas, maniqueos, eunomianos, encratitas, apoctáticos, o sacóforos predicaban desde los púlpitos de las iglesias cristianas mientras, por supuesto, en muchas capitales y aldeas, persistían las tradiciones y viejos cultos paganos alejados del cristianismo.

Incluso entre los ahora llamados católicos existían dos facciones claramente diferenciadas: una, la más cercana a los postulados romanos y que aglutinaba la posición egipcia, la encabezaba el anciano Pedro de Alejandría, recientemente restaurado en su sede por el propio Dámaso de Roma; la otra, la dirigida por Melecio de Antioquía, enemigo de la preponderancia romana y el seguidismo alejandrino. Melecio, a través de un concilio celebrado en su

diócesis aquel otoño, había logrado aglutinar en su entorno a la mayoría de los obispos católicos de Siria y Asia Menor.

Estudiado a fondo el panorama, urgido por el ansia de Teodosio en tomar posiciones, contentar a Dámaso y transmitir un inmediato y expeditivo plan de acción, Cinegio había diseñado el edicto lo suficientemente claro en cuanto a visión como laxo en cuanto a práctica.

No había palabra escogida al azar.

En primer lugar, eran los tres emperadores quienes firmaban sin fronteras ni disputas, desde Siria hasta Britania, mostrando la inequívoca alianza del imperio en cuanto a credo. El de la Santísima Trinidad, el aprobado en Nicea que entronca con la tradición apostólica y evangélica, el predicado por Pedro en Roma. Denigrando como dementes, insensatos y herejes a los que con el dogma no comulgaran, e incluso dentro de los que sí lo hicieran, señalando el camino que regía Dámaso desde Roma y Pedro desde Alejandría, que, a pesar de ver cómo al dirigirse directamente al pueblo de Constantinopla, esta le robaba el protagonismo a su sede, él era encumbrado incontestablemente por encima de su rival Melecio.

Destacar a Constantinopla por encima del resto de las ciudades y pueblos orientales, para dolor especialmente de los alejandrinos cercanos a Dámaso, se debía a cierta deuda con la perla del Bósforo por el protagonismo que Tesalónica les había robado como primera sede imperial de Oriente, pero principalmente a la voluntad de Teodosio de ensalzarla como su futura corte y capital política y religiosa. La segunda Roma, tal y como soñara al fundarla Constantino. Así se lo había asegurado un año antes a la embajada encabezada por Termistio enviada a la ciudad.

El principal reto para Cinegio había consistido en asentar las bases doctrinales a base de fuego y pergeñar que las consecuencias de saltárselas, como con las ascuas sucede, pudieran suponer tanto una marca indeleble en la piel como el humo de la lumbre que se diluye en la noche. Dar fuerza legal al juez para juzgar según el criterio y la situación lo requiriera. Así se había atrevido a enunciar poco más que el castigo divino y el juicio individual de la situación como la pena que esperaría a los futuros procesados.

Las reglas y el tablero estaban dispuestos. La partida podía

comenzar.

II

Decenas de embajadas, como la encabezada por Termistio de Constantinopla el año anterior y que mencionamos antes visitaban semanalmente Tesalónica interesadas por conocer, halagar y posicionarse ante el nuevo emperador. La que tanto anhelaban Cinegio y Teodosio, más un reencuentro que una embajada realmente, llegó por fin aquel mayo.

Cinegio se encontraba en el *peristylum*, trabajando al aire libre, como a él le gustaba especialmente en aquella época del año en que la temperatura acompañaba y el cielo bullía de vida.

Junto al palacio, a la vista desde su escritorio, una pareja de cigüeñas celebraba su encuentro elevando al cielo su ronco cantar tras el majestuoso aleteo y planeo circular de aproximación de una de ellas. Señoreaban orgullosas una solitaria torre cilíndrica que flanqueaba a la Rotonda, la iglesia circular construida y utilizada por Galerio como su mausoleo. Su redondo y tupido nido de gruesas ramas que sobresalían en los laterales llevaba allí desde aquella época. El mismo Galerio, creando insospechadamente una tradición viva desde hacía siete décadas, había celebrado su llegada un febrero con una gran fiesta coincidiendo con San Blas, el mítico obispo y médico de Sebaste, patrono de los enfermos de garganta tan querido en el Oriente del imperio.

Bandos de palomas cruzaban por debajo del nido, sorteando a los gorriones, aviones, lavanderas, urracas y estorninos que se posaban en cada tejadillo, saliente o hueco de las paredes de piedra caliza ya dentro de palacio.

Aún más abajo, donde volar solo era apto para habilidosos pilotos, con su vuelo rasante que a veces bebía en el *impluvium* y las fuentes del *atrium*, entrando y saliendo por *fauces* y *cubicula*, reinaban las golondrinas. El pájaro sagrado. Las preferidas de Teodosio por herencia de su madre Thermantia que las amparaba por ayudar a Cristo con su corona de espinas. Aquel majestuoso gesto, y su natural alianza con el hombre contra avispas, moscas y mosquitos, les otorgaba una total impunidad que inteligentemente

aprovechaban para construir sus artesanales nidos semicirculares de barro y hierbecillas entre las vigas de madera de la *exedra* o el *atrium* que rodeaba al *peristylum*. Bajo ellos dejaban su inequívoca huella para infierno de la legión de esclavos que les perseguían y limpiaban constantemente las zonas anidadas.

Súbitamente, vuelos y trinos de cigüeñas, palomas, gorriones, aviones, lavanderas, urracas, estorninos y golondrinas se detuvieron para ceder su trepidante actividad al corazón de Cinegio. También cesaron el rumor de las fuentes, el trabajo de los esclavos e incluso la intensidad del sol. El mundo entero se detuvo pendiente de lo que había de suceder. Por fin era real la imagen en tantos sueños por Cinegio vislumbrada. Por la puerta entraba Achantia.

Dejando en ridículas las acrobacias anteriormente descritas de las golondrinas, olvidando completamente su ya característica cojera, Cinegio voló hasta su amada colmándola de besos allá donde hiciera blanco, alzándola al cielo, apretándole las manos, abrazándola y acariciándola. Gritando, riendo, feliz. Ignorando ya no solo las más elementales reglas de decoro sino también las de cortesía ante cuantos la acompañaban. Fácil resultará entenderlo si imaginamos encontrar agua tras pasar dieciocho meses sedientos.

Ante el estruendo formado por el africano poco tardó en alcanzarle llegado desde su *tablinum* su amigo Flavio Teodosio, quien, abierta la veda, obró de similar forma con Aelia Flaccilla y su primogénito Arcadio, un desconocido hasta aquel momento. Él y la voluntad de protegerle ante los riesgos de un viaje tan largo, suponían la gran razón de tan tardía presentación.

Recobrándose, Cinegio se percató del séquito que acompañaba a esposas e hijo. No menos de un centenar de personas sin contar los esclavos. La corte hispana. Por supuesto, y entre otros, el resto de la familia incluida hasta la abuela Aelia Pulcheria. Entre el coro de abrazos que siguieron a los primeros, Teodosio lloró en uno interminable con su madre Thermantia al que allí faltaba. Su hermano Honorio.

—Nos tienen entretenidos allí los prelados —decía Floro mientras charlaban en la *exedra*, a media tarde, ya después de haber comido algo frugalmente y mientras degustaban un celebrado, suave y oloroso vino de Salerno antes de la cena—. En mi casa no escucho otra cosa que las historias de Prisciliano.

Deseando estaba de cambiar de aire e historias.

—Reconocerás la injusticia que con él acaba de cometerse, padre —terció Achantia, súbitamente indignada. Seria por primera vez desde que pisó Tesalónica.

—¡Me da lo mismo, hija! Como millares de veces he repetido, no pienso enredarme en cuestiones que no me atañen y ni siquiera acabo de entender —contestó Floro mostrándose cansado, inclinándose vistosamente hacia delante como si se dispusiera a dormirse.

Cinegio observó a su suegro divertido. Se había mostrado frío pero educado con él. Alegrándose en cierto modo por verle y observar la indudable posición de confianza que ocupaba en palacio.

En su fuero interno, aunque jamás a nadie se lo confesara, Floro sentía cierto orgullo al atribuirse el motivo de tal privilegio. Subestimando a su yerno como todo suegro que se precie.

Levantando de nuevo la cabeza continuó:

—Culpa mía recordar de nuevo el tema, pero imposible es olvidarlo cuando de esta forma me habéis sugestionado.

—Bueno, ¿y qué es lo que ha pasado? —preguntó Teodosio—. Sé del abierto enfrentamiento entre Prisciliano e Hidacio y que nuestro primo trae de cabeza a medio obispado hispano, pero ignoraba que estuviera tan candente el asunto.

—¿No sabéis lo recientemente acaecido en Caesaraugusta? —preguntó incrédula Achantia. Ante el encogimiento de hombros del emperador, que sonriendo enumeraba mentalmente la cantidad de temas que le ocupaban antes que aquel, nuestra protagonista prosiguió—: Hace apenas dos meses se reunió allí un concilio buscando condenarle. Encabezados por el imbécil de Hidacio, como bien señalabas.

—Un respeto, niña —le cortó inmediatamente su padre—. No olvides que es el *vicarius diocesis Hispaniarum*.

Achantia le miró iracunda, superada por los sentimientos que le embargaban, con su perfecta barbilla temblando y amenazando con humedecer las perlas verdes. El cisne poseía la fiereza del león.

—El concilio lo formaron una docena de obispos hispanos y aquitanos —intervino Aelia Flaccilla relevando a su amiga, buscando ayudarla, pues bien conocía su carácter y capacidad de

perderse una vez excitada. Regalándole un tiempo precioso para ordenar sus pensamientos y evitar decir algo de lo que luego fuera a arrepentirse.

También simpatizante de Prisciliano, aunque no tan cercana como Achantia, había seguido el tema con interés, pero a distancia. Cierto era también que el nacimiento de Arcadio había cambiado sus prioridades, escala de valores y temas de interés.

La emperatriz prosiguió:

—Se reunían para tratar el caso de Prisciliano por su heterodoxa conducta e independencia. No era la primera vez que lo hacían, aunque sí de modo oficial. Aun así, ni Prisciliano ni sus defensores Instancio y Salvanio acudieron, restándoles legitimidad para juzgarles.

—De forma algo ambigua han buscado condenarle, como dice Achantia —se unió también a la conversación María, la viuda de Honorio, formando frente con sus amigas—. No mentándole a él directamente, pero sí muchas de sus habituales prácticas.

—Sin sentido —terció Achantia, ya recobrado el control a pesar del exabrupto. Sus amigas le sonrieron para que fuera ella quien continuara, rogándole con su mirada que fuera inteligente y cauta. Ella lo hizo—: ¿Qué problema existe en ayunar en domingo para ofrecérselo a Cristo? ¿En retirarse a orar o cantar en fechas tan señaladas como Cuaresma o Navidad? ¿En evitar el vino o la carne en nuestra alimentación diaria? —Cogiendo aire, prosiguió—: ¿En que nosotras, las mujeres, participemos activamente en la vida espiritual, rezos y celebraciones? ¿En que podamos discutir las escrituras igual que los hombres hacen?

Un prolongado silencio cubrió la falta de objeciones a las preguntas formuladas por Achantia.

—Hidacio no es buen enemigo —rompió el silencio Cinegio—. Fue Graciano directamente el que lo nombró y de sobra conocidas son sus buenas relaciones en Roma con Dámaso, con Ambrosio en Milán e incluso con Símaco, pese a ser este pagano.

—No es buen rival, no —corroboró Floro—. Eso les digo yo a estas. Sobre todo, a tu esposa. Que no se señalen tanto. Cierto es que no veo que Prisciliano cause mal alguno, pero nadie puede negar su obstinada independencia y cierta rebeldía. No por otra razón carece aún de obispado como sí lo ostentan sus amigos

Instancio y Salvanio. La Iglesia, como el ejército, en gran medida requiere más disciplina que talento y Prisciliano es como el zorro que camina solo. Nadie duda de su valía, pero sí de su lealtad. Me hubiera gustado verle en Caesaraugusta defendiéndose. Que a la cara les hubiera leído su brillante *Liber apologeticus* a los allí reunidos en lugar de enviárselo. Es verdad que difícil resulta rebatir la contundencia de cualquiera de sus ideas y probablemente hubiera salido victorioso en el debate.

—Porque es coherente, Floro. Porque dice la verdad, lo que siente, y ante eso no hay trampa posible —apostilló María.

—Pues que hubiera acudido a debatirlas con sus rivales, eso mismo digo, María.

—No era la razón la que había de prevalecer allí —intervino Achantia—. ¿Sobre qué acusaciones se supone que había de defenderse? Acudir era, en cierta forma, admitir la falta, premiar la sospecha cuando nada malo hace. —Sabiendo que llevaba razón, observó cierto hastío y desconexión del resto del grupo, especialmente de Teodosio y Cinegio, consciente de cómo el tema no daba mucho más de sí, Achantia decidió cambiarlo—. Pero, bueno, tampoco quiero seguir torturándote con Prisciliano, padre, si no era esto lo que buscabas. ¡Ni al resto! Busquemos algo más interesante. —Volviéndose a Teodosio, con su pícara y seductora sonrisa, inquirió—: Dime, noble emperador, qué es lo que nos espera.

—Tan directa como siempre, prima. Te echaba de menos —respondió el emperador con una carcajada—. Ojalá lo supiera, aunque bien pueda imaginar los que habrán de ser nuestros siguientes pasos. —Paseando la mirada por toda su familia, reclamando silenciosamente su atención, continuó—: Frigiterno sigue asolando nuestras provincias. Batallones invisibles siempre al acecho, serpenteando por nuestras calzadas y escondiéndose entre la espesura. ¡Esos malditos bárbaros! Salen sin aviso previo de la tierra en incontable número y desaparecen sin el menor rastro. Primero el alud y después el polvo. Mutando de leones a zorros según su conveniencia. Corzos en el mes de junio. Invisibles. Imposible es combatir a los fantasmas. Tratamos de detenerlos reforzando los campamentos, las ciudades, las fortalezas y las *villae* pero es como echar la red para vaciar el mar con este contestando a

oleadas.

»Eutropio y Bauto están realizando un magnífico trabajo en la Iliria y parece que la llegada de Graciano, después de combatir a los vándalos en la Galia, y el relevo de Argobastes a Vitaliano también funcionan en la Panonia. Han conseguido engatusar a Alateo y Safrax después de que devastaran Mursa, Strido y Poetovio. En cualquier caso, son fuegos dispersos en un inmenso bosque. El limes es cada vez más seguro y el interior comienza a estabilizarse. Buscar la paz significa ser generoso y así lo he sido con muchos de los bárbaros a cambio de que sumen a nuestro lado. Desgraciadamente, imposible ha resultado con Frigiterno, pese a mis esfuerzos. El tío Euquerio y nuestros amigos de Hispania y Galia siguen ayudando.

Hizo una pausa para dar un trago a su zumo de cidra y luego sonrió hacia su madre y Floro que mucho habían hecho por esta recaudación directa e indirectamente.

—Espero que no haga falta eternamente —prosiguió—, pues si el limes aguanta, el granero produce. Esta está siendo la primera buena primavera de las últimas cinco. Espero que, en no muchos años, caminar por la Iliria sea como hacerlo por la Bética. No pienso de todos modos permanecer tanto tiempo en Tesalónica.

—¿Y qué haremos? —preguntó en esta ocasión Aelia Flaccilla a su marido, cogiéndole la mano.

—Constantinopla —contestó Teodosio pensativo, perdiendo su mirada en los ojos azules de su esposa. Quizás pensando en cuánto la quería, en cuánto se alegraba por tenerla a su lado junto a su hijo, en el futuro que les aguardaba y lo afortunado que se sentía por compartirlo con ella. Volviendo de su mujer al resto, explicó su respuesta—. Por supuesto, queda mucho por hacer desde aquí. La campaña está en marcha y tengo previsto viajar a Sirmium después del verano para encontrarme con Graciano y colegiar la estrategia del Ilírico, es mi primera tarea, pero otras muchas han aparecido. Cada vez percibo con mayor claridad la anchura de nuestro imperio. Quizás estemos demasiado centrados en lo ya conocido y en la situación que reclama nuestra urgencia, olvidando lo vasto de nuestro mando.

»La muerte de Sapor, Dios lo maldiga, nos ha regalado un tiempo precioso en la frontera persa y poder llevar las tropas hacia el oeste, pero no podemos despistarnos. Su hermano Ardacher

parece más preocupado por pacificar el interior que por nosotros, pero eso en cualquier momento cambiará. Ya avisan nuestros agentes de que el hijo de Sapor amenaza con expulsar a su tío del trono. Esperemos que la astilla no se parezca al palo.

»Tampoco me son ajenos los problemas en Egipto ni en la Mauritania, África y la Numidia. Hoy soy poco más que un hispano en Tesalónica para mis súbditos. No me preocupa ahora el pueblo, eso aspiro a conquistarlo con tiempo. Son las raíces del árbol y no sus hojas lo que hay que vigilar. Legados, prefectos, *comites*, jueces, obispos, funcionarios en general deben percibir nuestro control, saber quién los dirige. Vamos a encarar el sur y el este, a empezar a gobernar nuestra tierra, a tomar posesión de la ciudad de Constantino, de la que será nuestra capital. Bizancio, Flaccilla, ese será nuestro destino.

21

I

Constantinopla, 24 de noviembre de 380

Fácil resultaba acostumbrarse a aquellos desfiles triunfales. O eso al menos, pese al frío, pensaba Cinegio al paso suave de su caballo, con el placentero rumor del mar de Mármara a su derecha y un divertido bosque en que se cruzaban castaños, hayas, olmos, robles, fresnos, tilos, pistacheros, nogales, sauces e incluso olivos a su izquierda. Así los contó él mientras a la vez pensaba en su futuro. Feliz por la noticia del embarazo de Achantia, con la sensación de quien empieza una nueva fase o cruza un desconocido umbral.

En el horizonte, sin gran esfuerzo, distinguía la muralla de Constantino, poco más que una línea, antes de pasar por las criptas de San Carpo y San Papilo. Ya sobrepasados, podía adivinarse la ciudad asomada en las colinas que emulan a Roma, con las cúpulas de sus palacios y sus blancas fachadas saludando en cada alto del camino. Aunque Cinegio intuía el esplendor de la capital de Oriente y cómo iba abriéndose hacia su derecha con torres y puertos que se asomaban al mar, para nada intuía su término en la última colina que se asomaba al Bósforo.

Por no aburrir a nadie no repetiremos los muchos detalles similares del desfile del emperador, pues pudiendo ser algo más espectacular que el de Sirmium no dejaba de pasear las mismas caras.

Sí merece la pena detenerse en aquellas que cerraban la comitiva, pues esta vez, en lugar de esperar en el circo, desfilaban orgullosos tras Teodosio. Cantando sus marchas y haciendo sonar sus *gladii* y *pila* contra el escudo como si del trueno que anuncia la tormenta se tratara. Cinco legiones completas. Solo algunas de las que batallaban en la Iliria. Las que trataban de devolver el orden y la esperanza al imperio.

Lo hacían con el uniforme impoluto, el casco enhiesto, las medallas relucientes, el paso firme y la mirada engreída de los que reciben la adulación del conquistador. De los que han vuelto del infierno victoriosos. Vivos, por lo menos. Del que la cruza con los ojos brillantes del hombre agradecido, el niño hechizado y la mujer entregada.

También desfilaban muchas tropas auxiliares formadas por caballería romana y aliados bárbaros. Vencidos o comprados por el acero y el oro romanos. Estos, por la novedad, eran los más admirados entre el público que desde millas atrás se agolpaba a ambos lados de la vía Egnatia. Visigodos, ostrogodos, sármatas, cuados, alanos, gépidos, hérulos, rugios y hunos. Especialmente estos últimos, unos quinientos, a los que el pueblo consideraba poco menos que diablos. Muy distintos al resto de los bárbaros.

Advirtiendo el revuelo que causaban los hunos, a Cinegio le parecía escuchar entre los susurros del pueblo los rumores sobre su origen:

—«Filimero, hijo de Gunderico el Grande, quinto rey de los godos desde su salida de Scandia, entró en Scitia encontrando entre su gente a ciertas hechiceras a las que expulsó a un terreno solitario y recóndito. Allí se unieron a ellas y dieron origen a esta raza, la más agrete de todas. Permanecieron en los pantanos, encogidos, pareciéndose muy poco su lenguaje al de los hombres. En la ribera norte de la Palus Meotida mal viviendo de la caza hasta que cierto día, una corza, elevada a diosa por mérito propio, guio a una partida caminando por aquella ciénaga que consideraban tan poco vadeable como el mar». Aquella docena de diablos, asombrados al descubrir la riqueza de la Escitia, regresaron por el resto de su raza y cayeron sobre los godos como la termita sobre la madera.

Muchas eran las leyendas que sobre ellos corrían. En su infinito desprecio y temor por lo desconocido, el pueblo mezclaba entre sus costumbres mito y realidad. Era verdad que apenas bajaban de su montura, incluso para comer, dormir o comerciar. Que vagaban libremente por bosques y montañas, sin dioses a los que rezar ni hogar al que dirigirse. Sin siquiera choza que les cobijara, temerosos bajo otro techo distinto al del sol o las estrellas. Sin queja, soportando el hambre, el frío y la sed. Alimentándose de raíces y carne cruda de los animales que cazaban y que ablandaban

llevándola entre los muslos y la espalda mientras cabalgaban. Sin piedad con el débil, el enfermo o el anciano, que asume su suerte como parte del destino en cuanto no puede seguir el ritmo del clan.

Los niños, que, atónitos, les observaban mientras desfilaban, confirmaban sus temores al observar su temible y desagradable aspecto. De baja estatura, gran cabeza, robusto cuerpo, ancha espalda y mejillas surcadas por profundos cortes que les infligían en la infancia para hacerles imberbes y acostumbrarles al sufrimiento y el dolor. Centauros pegados a sus pequeños, fuertes y toscos caballos. Vestidos con túnicas de lana de oveja y abrigos de piel de gato salvaje, rata o marmota. Con pieles de cabra protegiendo sus peludas piernas, un gorro redondo su cabeza y unas botas informes y blandas de fieltro sus pies, apropiadas para el que siempre cabalga y nunca camina.

Hasta los más distinguidos, los que cabalgaban delante, entre los oficiales romanos, levantaban cierta animadversión por su singular armadura, una espacie de escama de dragón construida a base de finas láminas de las pezuñas de sus caballos desagradablemente unidas con los tendones de caballos y bueyes.

Al contemplar de forma tan cercana a tan temido enemigo no había romano presente en el desfile en Constantinopla que no les infravalorase. Poco importaba su fiera cara o múltiples cicatrices. Lejos quedaban en apresto en comparación con las legiones romanas. Ellos eran superiores a aquella pérfida raza. Más apuestos, altos y disciplinados. Civilizados. Antiguos. Mariposas entre las polillas o leones entre las hienas.

Cinegio no cometía ese error.

Les observaba con curiosidad e inquietud, pero no cabía en su ánimo viso de superioridad alguna. Tampoco de inferioridad.

Aquello hunos, según los informes que manejaban desde que se habían hecho fuertes tres años antes en la Panonia, parecían deber cierta lealtad a un gran Khan. Se llamaba Balamir, y a él se dirigían como el hijo del cielo. Vencedor sobre alanos, ostrogodos, sármatas y visigodos. Contaba con dos virreyes, que se situaban en las reuniones a su derecha y a su izquierda, siendo el de la izquierda su legítimo heredero. Lo mismo sucedía a estos con dos reyes inferiores y así sucesivamente hasta los comandantes que guiaban mil, cien o diez hombres. Era una lealtad relativa, a conveniencia

de la tribu, solo en tiempos de guerra o amenaza. A quien no traicionaban jamás era al oro. A nada más, pues en poco valoraban la tierra al no labrar, producir ni comerciar con ella.

Siempre ávido del detalle, Cinegio percibía en la profundidad de sus rasgados ojos, perdida en aquel insondable pozo, similar inteligencia que en la de cualquier otro. No dudaba de que, pese a resultar toscos, reservados, cerriles y quizás embrutecidos, ingeniosas razones tenían que les habían llevado a vencer a tantos pueblos poderosos y amenazar al que regía el mundo.

Su fea armadura de dragón, por ejemplo, aquella que levantaba asco o mofa entre el pueblo de Constantinopla, era tan eficaz como la metálica de los legionarios y mucho menos pesada, regalándoles una libertad de movimiento diferencial en la batalla. Sus arcos también resultaban muy superiores a los de las legiones, construidos con mimo, durante meses, por artesanos especialistas que reforzaban la madera con hueso. Sus arqueros, a base de pericia y entrenamiento, les hacían justicia sin errar blanco a sesenta pasos y acertar con asiduidad a más de ciento cincuenta. O el estribo que mostrara Odoberto a Teodosio.

En su anarquía, su forma de atacar era temible por inesperada, siempre en pequeños y móviles grupos, desde la lejanía, disparando certeramente sus saetas y llegando con valentía al acero y el cuerpo a cuerpo para replegarse en cuanto el enemigo se organizaba. Implacables. Despiadados. Imprudentes.

Observándoles, pensó que probablemente también a su vez ellos lo hicieran con aquellos ingenuos espectadores que ignoraban que todas las polillas se creen mariposas. Quizás los imaginaran cervatillos de oro. Ni siquiera carnívoros como ellos. Conejos, gazapos tal vez. Jóvenes, tiernos, inofensivos y sin escapatoria. Aún más débiles que cada uno de los pueblos godos que habían ido devastando a su paso desde el norte. Mucho más apetecibles por su inmensa riqueza. El postre ideal tras un gran banquete.

Por suerte, ahora cabalgaban junto a ellos.

Ya aquella inmensa muralla que había sujetado menos de dos años antes el ataque godo tras Adrianópolis lo ocupaba todo. Con sus altas torres coronadas por tejas que ondeaban banderas y dragones vigilando la llegada del ejército del nuevo emperador. Era una obra colosal. Un formidable bloque macizo, un cerro infinito

que se disipaba en la lejanía.

—¡Constantinopla! —oyó Cinegio cómo exclamaba Teodosio en voz alta—. ¡Por fin!

II

Frente a la Puerta Áurea formaba la Guardia de Escolares, la del Palacio Sagrado de Constantinopla. Así se llamaban por dormir en los barracones de la *schola*, el pórtico delantero. Por supuesto, lucían su reluciente uniforme de gala. Con una banda roja cruzada sobre la loriga y un casco puntiagudo con forma de oso.

Las enormes puertas de bronce verde aguardaban cerradas.

Flavio Teodosio, majestuoso tras el vuelo de su púrpura túnica, con la parsimonia del que domina el tiempo, descendió elegantemente de su carro para dirigirse hacia ellas. No solo estaba contento por el soberbio recibimiento que le rendía su nueva capital sino también por cómo habían ido mejorando las cosas en las últimas semanas. Graciano seguía aguantando a los visigodos al norte, llegando a tratos favorables y cosechando dos buenas victorias lideradas por Argobastes. Él se sentía mejor.

Se había recuperado, por fin. En broma decía que en los últimos meses había nacido dos veces, una tras el bautismo que recibiera en Tesalónica y otra tras sobrevivir a una grave infección en el riñón. La que le había hecho orinar sangre y piedras. La que le había tumbado casi tres meses a la vuelta de Sirmium. Frigiterno había aprovechado la tesitura, la debilidad del emperador y continuaba indomable. Golpeando con crudeza ante las indecisiones romanas. La última, en Tesalia, mes y medio antes, les había costado una legión completa por pocas bajas contrarias.

Aquella derrota le había hecho replantearse su posición e intensificar las relaciones con el resto de los líderes tribales. Los *optimates*, los reyes godos. Para cazar al gran jabalí, al macho de la piara, el de los colmillos como espadas, debía poder concentrarse en él completamente y no detenerse en los que le preceden. Así había llegado a acuerdos con muchos de ellos como Fravitta y Atanarico. Este último era el principal rival visigodo de Frigiterno si tal cosa era posible, el primer rey que había dirigido a los visigodos durante

casi diez años hasta ser derrotados por los hunos y verse abocados a cruzar el Danubio. Recientemente lo había atravesado con las huestes que aún le seguían. Inteligente, ya en el ocaso de su fuerza, había aprovechado la debilidad y generosidad del emperador. Recibiría tierras en Dacia y una completa independencia, salvo por su debido apoyo en la batalla y el deber de defender la frontera.

Los *scholares*, al unísono, como si del cuerpo de un animal se tratara, formaron un pasillo de cuatro pasos de distancia por el que cruzó Teodosio observándoles detenidamente. Esa debía ser su guardia personal y así se lo hacía saber al cruzar su mirada. Al final del pasillo le esperaba el comandante para entregarle un pesado martillo de plata.

Curiosamente, ya no se escuchaba el trino de los pájaros ni los susurros del mar. Tampoco los vítores del pueblo. Ni siquiera la respiración de los soldados. Solo el relincho de algún caballo distraído y el baile del racheado viento con los estandartes.

La atención era absoluta y no había ojo despistado que no acompañase los movimientos del emperador.

Teodosio, con seguridad, ya recuperado físicamente al completo, alzó sin problema el martillo por encima de su cintura y con un movimiento circular golpeó sólidamente la puerta una sola vez.

El sepulcral silencio permitió que el golpe se escuchara en Roma.

—¿Quién llama? —gritó Albia Dominica desde el otro lado de la puerta. La viuda de Valente que, desde que había visitado a Teodosio, había seguido rigiendo la ciudad en su ausencia y con su beneplácito. Bien se había ganado tal honor en los momentos más oscuros.

—Flavio Teodosio augusto —contestó con su ladrido de mastín hispano el emperador. Gritando para que le escucharan los mismos que lo hubieran hecho con su llamada a la puerta—. Un nuevo ciudadano para Constantinopla —añadió.

—¡Entrad, augusto! —respondió un coro de mil voces.

Las puertas se abrieron con facilidad, pese a su colosal tamaño, silenciando de nuevo a los hombres con su rugido metálico.

Junto a Albia Dominica aguardaba la multitud. Un mar infinito de cabezas. Más de un millón decían que habitaban en Constantinopla. El millar más cercano era la corte y las dos

primeras centenas el Senado y la Iglesia, aunque no necesariamente en ese orden.

Teodosio entró solo y al poner el primer paso en su ciudad comenzaron a retumbar el sonido de las trompetas, cornetas y bocinas. De fondo, el grito de sus súbditos.

—¡Augusto, augusto, augusto!

Dos legionarios, conduciendo el carro de oro de Constantino guiado por ocho espectaculares caballos blancos, se le acercaron invitándole a subir para continuar con el espectáculo. Antes de hacerlo, volviéndose, sonrió a su corte.

Con respecto al desfile de Sirmium, Cinegio había avanzado una fila que había perdido al entrar en la ciudad. En la primera se unieron Albia Dominica, el prefecto de la ciudad Restitutus y el obispo Demófilo.

El africano no pudo reprimir una sarcástica sonrisa al observar el arrogante talante de este último. Poco tiempo le quedaba en tal posición, según había convenido ya con el emperador. Ocuparía el puesto de Demófilo Gregorio de Nacianzo. Una elección suya, pues le admiraba y había leído varias de sus obras en las que asumía como propia la cultura clásica y explicaba con facilidad la Trinidad. Niceno reconocido, de enorme prestigio y querido por el pueblo habiendo sufrido más de un ataque arriano en sus iglesias. Aun así, no el candidato preferido por todos.

Como siempre le sucede al que gobierna, muchas voces le llegaban a Cinegio con otros nombres, repitiéndose con asiduidad el de Nectario, especialmente por parte de Pedro de Alejandría. Excesivamente, según su parecer. Extralimitándose e incluso resultando contraproducente por la molestia que le causaba después de cómo había sido tratado él.

En aquella ocasión le daría una lección demostrándole su independencia, enseñándole con el rechazo a sus consejos a que no se expusiera tanto la próxima vez. Quizás ayudara a su tozudez la certeza de tomar la decisión correcta y honrar a quien se curtiera por los católicos de la ciudad.

Gregorio de Nacianzo sería el elegido.

La Mese, aquella inmensa vía, la principal de la ciudad, era como la que dibujara Moisés para que el pueblo judío cruzara el mar rojo. Recta, ancha y limpia. Infinita. De cincuenta pies de

anchura. Flanqueada en su inicio por la muralla que escondía el mar a su derecha, a unos trescientos pasos que atestaba la muchedumbre.

Cinegio había perdido una fila, pero seguía conservando una posición central, junto a su suegro Floro que, desde su llegada, se había convertido en *magister officiorum*, y ya sabía que sucedería a Neoterio como futuro prefecto del pretorio de Oriente. A los lados estaban Sapores, el *magister militum*, y Gainas, el *comes rei militaris*.

—¡Augusto, augusto, augusto! —seguía clamando el pueblo enloquecido.

Cinegio nunca había visto tanta gente ni percibido tanto ruido.

En tristes arrabales comenzaron a aparecer las casas, poco más que chozas, pobres y hacinadas, antes de que cruzaran por el gran puente el arroyo Lycos que atraviesa y riega la ciudad. Según avanzaban, las viviendas ganaban en categoría, y gran parte de ellas se adivinaban de nueva construcción. También ascendía la calidad y elegancia de los abrigos, túnicas y sombreros de cuantos les observaban. Cinegio se sorprendió al reconocer la enorme variedad de colores. Amarillos, añiles, verdes, rosas, rojos, azules y violetas, entre otros, convertían el invierno en primavera. Demasiado acostumbrado estaba a ver prácticamente solo marrón y verde, además del rojo de los militares. Aunque se discutiera la madre geográfica de Constantinopla, percibió con claridad la ascendencia de Asia.

Pasaron *insulae* de varias plantas y alcanzaron el ombligo de la ciudad, donde la Mese se encontraba con su otro tramo que llegaba del oeste, la plaza del Capitolio que construyera Constantino en honor a Júpiter, Juno y Minerva y que otros habían engalanado, como Cinegio pudo observar, con unas columnas de pórfido que representaban las figuras de los tetrarcas abrazados en el fuste. Diocleciano, Maximiano, y sus respectivos césares, Galerio y Constancio Cloro. Los cuatro bien habrían podido tratarse de Apolo por su belleza.

—¡Augusto, augusto, augusto! —seguían vociferando los espectadores, vitoreando al emperador, porfiando entre ellos en el vigor como si de petirrojos se trataran. Bien se había encargado Teodosio, con Termistio como principal altavoz, de que funcionara

la propaganda favorable silenciando sus derrotas y agrandando sus victorias. Nada sabían, por supuesto, aquellos pájaros de su enfermedad.

Cada espectador, entregado, soñaba ser saludado. Extasiados, levantaban a sus hijos para que observaran el paso de la carroza de oro de aquel dios mortal. Confiados en que devolviera a la ciudad su posición y su alegría. Con el injusto cariño que solo se le brinda al nuevo emperador y no siempre al que muy bien se lo ha ganado.

Pese a que el día era frío y difícil era distinguir sus caras y formas entre los coloridos abrigos, Cinegio miraba al público, los inocentes cervatillos para los hunos, como una mezcla entre hispanos y africanos. En un color intermedio, algo más bajos quizás, enormemente diversos en cualquier caso en sus razas, atuendos y lenguas.

Un coro de innumerables campanas surgido de cada rincón de la ciudad tañó en alegre son al paso del cortejo. Eran las tres. Aún aguantaba el largo día.

Palomas y gaviotas bailaban sobre un brumoso cielo con sus vuelos acrobáticos.

Alcanzaron la antigua muralla de Septimio Severo. Asombrado, Cinegio calculó que al menos dos millas la separaban de la de Constantino. Cruzarla fue como abrir la caja del regalo. El corazón de la sandía aguardaba a su nuevo dueño. Lo de menos eran los palacios y mansiones al vislumbrar el Senado, el Hipódromo y la columna Serpentina. Qué lejos quedaban ya los pobres arrabales.

Cruzaron el foro oval de Constantino por uno de los dos arcos de triunfo que le daban acceso desde la Mese. En el centro se erigía su columna, en este caso realmente Apolo, pues su cuerpo lo había traído él mismo de Delfos colocándole su cabeza. De merecerlo alguien bien hubiera podido ser él, por ejercer como un dios sobre aquella ciudad.

Tras cruzar el segundo arco de triunfo del foro de Constantino, enfilaron el que llamaban camino imperial bajo un nuevo coro de trompetas y cornetas que les dieron la bienvenida junto a los vítores del público.

Las legiones entonaban una de sus marchas.

Legio aeterna, aeterna victrix!

Roma, o Roma!
Sit Italica sua vis,
nostrum munus patri Marti!
Legio aeterna, aterna victrix!
Roma, o Roma!

Cinegio distinguió en la distancia la colosal puerta verde de acceso al Palacio Sagrado, donde moría o nacía la Mese según la perspectiva, la vía Egnatia, desde Dyrrhachium, a más de setecientas millas, también en cierta forma.

El paraje era acorde a su importancia, a la altura del más bello estuario de los ríos que riegan el mundo: la derecha, el sur, lo seguía dominando el colosal Hipódromo desde hacía casi media milla. A la izquierda, al norte, se alzaba la colina donde se fundó la vieja Bizancio griega que albergaba las iglesias de Santa Sofía y Santa Irene. Al fondo, al este, al otro lado del ágora conocida como el Augustaeum y las singulares termas de Zeuxipo, entre la cada vez más espesa bruma y el intenso olor salino que le regalaba el Bósforo, con el mar y el puerto de Juliano a la espalda, el Palacio Sagrado.

Por fin Teodosio llegaba a casa.

III

—¡Ha de resultar memorable! Ridiculizar el soberbio recibimiento que nos brindó Constantinopla a nuestra llegada. Cubriremos el oro de los palacios, obeliscos y estatuas con negros mantos, cerraremos comercios y espacios públicos, cientos de plañideras llorarán el féretro del rey desde las puertas de bronce hasta Santa Irene. Banderas del lobo colgarán en cada torre y navío y escucharemos el aullido de un centenar de ellos la noche del entierro.

—Debe celebrarse en luna llena, en tal caso —apuntilló Cinegio.

Teodosio le sonrió, agradeciéndole el comentario, pese a que cada vez le molestaba más ser interrumpido. La edad y el puesto aceleraban el consumo de su innato depósito de tolerancia. Con Cinegio había reserva, pues rara vez se entrometía sin aportar nada.

—Ya tenemos fecha entonces —sentenció el emperador.

—Dentro de poco más de tres semanas —añadió Floro. El tercer integrante del cuarteto que se encontraba en el *apodyterium*, el vestuario privado de las termas del Gran Palacio. Este, además de por su lujo, era singular pues Teodosio había retirado los habituales espejos para colgar tres grandes mapas: el imperio completo, el de Oriente y Constantinopla. Como a su padre, le encantaban los mapas. También las termas, cuyo uso convirtió en diario desde la infección, quién sabe si aquella costumbre sería la culpable de la larga vida que le esperaba.

Un mensajero había traído dos horas antes la noticia de que Atanarico, el viejo rey visigodo que había portado el lobo como enseña, había muerto. Solo dos meses después de firmar el tratado de paz.

—No es mucho tiempo —terció Neoterio, el cuarto y más rezagado pues aún se encontraba en el banco de entrada, siendo descalzado por uno de los esclavos.

—Debe ser suficiente —intervino Teodosio, ya solo ataviado con una fresca sábana, leyendo en el mapa de Constantinopla los nombres de las callejas que salían desde la Mese mientras esperaba que le acompañaran sus consejeros. Volviéndose y encarándoles, continuó hablando—: No escatimemos presupuesto. Pensemos en la comparación con los costes de cualquier batalla. En vidas y en oro. Esta puede traernos más gloria y aliados y no reviste riesgo alguno. Quiero que ese maldito Frigiterno perciba lo que significa ser aliado de Roma. Que piense en su futuro funeral de pastor, una de esas ridículas piras con las que les despide su pueblo, y que lo compare con la grandeza de un funeral romano. Que al escuchar el relato del sepelio de Atanarico sueñe con el que podría él disfrutar.

Teodosio paró para dar un trago del zumo de cidra recién exprimido que le ofrecía un esclavo ya en la puerta de salida. La bebida que ya había hecho habitual, según le recomendaban sus médicos.

Se encendía al pensar en Frigiterno.

Ya los cuatro, envueltos solo por la sábana sobre la toalla, caminaron juntos hasta el *apodyterium*, la sala de encuentro y conversación que daba acceso a las termas. Allí había un par de bancos para sentarse que jamás utilizaba Teodosio, más inclinado a departir mientras caminaba por la galería de mármol decorada con

mosaicos y estatuas de anteriores emperadores. Desde ella, naturalmente caldeada por un *hypocaustum* que recorría su suelo para mantenerlo siempre a agradable temperatura, podía accederse a las piscinas de agua, fría y caliente, a los baños tibios, las salas de vapor, de ejercicio o de masajes.

Como en el emperador era habitual, primero marcharon al *frigidarium*.

Teodosio era el más apuesto de los cuatro, con diferencia, sus treinta y cuatro años no le habían restado ni dentadura, ni figura, ni pelo, pese a este ya blanquear. Alto, musculado siendo delgado, peludo, ancho de pecho y espalda, fácil se hubiera hecho con los otros tres de desencadenarse una pelea.

Neoterio hubiera sido el más sencillo de tumbar, aunque no precisamente por su peso. Pasaba por corto los cincuenta años y por largo el centenar de libras. Imponente con su túnica de prefecto ribeteada en oro y plata producía cierta repulsión sin ella por su obesidad. Sus senos eran los de una mujer bien dotada y los rollos de carne se le reproducían al sentarse. El buey castrado, caminando tras Teodosio, junto a Cinegio, parecía un inmenso barril.

Floro era quien caminaba junto al emperador, a su izquierda. Tenía la figura de legionario olvidada. Era casi tan alto como Teodosio y también delgado, pero desde hacía años sufría de la espalda lo que provocaba que caminase algo encorvado. Apenas se notaba en su rutina diaria, pero imposible era ocultarlo con solo una toalla como defensa. Tampoco ayudaba a encubrir la edad su mal disimulada calvicie y blanca barba.

Por último, paseaba nuestro amigo Cinegio, ya próximo a la treintena, cojeando, como ya sabemos, desde su accidente en el barco. Una cabeza al menos más bajo que los otros tres, poco más que un juguete comparado con Neoterio. Tremendamente delgado, pero fibroso, no enclenque. Con una barba algo rala y con su rizado pelo negro largo sin una cana que le daba su juvenil aspecto. Sin joyas ni brazaletes, salvo la medalla de su padre, que en lugar de dentro de la túnica ahora llevaba colgando de una cadena de oro de la que jamás se desprendía.

La palabra pasear no ha sido escrita al azar en el anterior párrafo pues, del mismo modo que el soldado siempre desfila, Cinegio siempre paseaba. Lo mismo al dirigirse a comer con su

amada Achantia, al Senado a defender una ley, en las termas junto al emperador, a la guerra o la letrina. Rebosante de esa insultante tranquilidad y seguridad en sí mismo que le elevaba dos pies del suelo, le alejaba de cuanto le rodeaba y le hacían atractivo para cualquier grupo al que se acercara. El hombre, por su insaciable e inconformista naturaleza, siempre desea lo que no tiene o le cuesta alcanzar o comprender. Ese halo de misterio, de insultante tranquilidad, era la atracción que sobre los demás ejercía Cinegio.

Tras una rápida inmersión en el agua fría, meteórica en el caso del siempre friolero africano, salieron y accedieron a una de las salas de vapor donde Teodosio, ya más sosegado, tumbándose bocarriba en uno de los bancos, como en él era habitual, retomó la conversación donde la había dejado.

—No entiendo cómo puede aspirar a más ese maldito pastor bárbaro. Le hemos ofrecido mucho más que a cualquier otro, incluso que a Atanarico, Alateo y Safrax juntos. Parte de la Moesia inferior y la Dacia oriental. Suficiente tierra para albergar a diez veces los suyos solo con el deber de apoyarnos en caso de guerra y asegurar la defensa del limes desde Durostorum hasta Oescus, el que debe ser suyo propio ante la amenaza de los hunos y cuados.

Un nuevo silencio se adueñó de la sala. Cinegio y Neoterio permanecían sentados mientras Floro prefería tumbarse como el emperador. El vapor hacía su efecto y Cinegio rompía a sudar mientras Neoterio ya chorreaba.

Todos pensaban en lo mismo pese a no repetirlo de nuevo en aquella ocasión. El escollo de aquella interminable negociación con Frigiterno que ya se alargaba durante más de un año.

El bárbaro, además de la tierra, solicitaba un indecente tributo anual en oro por defender la frontera y el imperio.

Graciano se negaba a pagar su parte aduciendo que era excesiva y que suficiente había hecho con lo que a él le tocaba. Aquello era aceptar el vasallaje en su propio reino. Algo inédito en la historia de Roma que Teodosio, en su practicidad, estaba dispuesto a explorar con tal de librarse de Frigiterno. Especialmente tratándose del Ilírico, cuya soberanía compartía con Graciano temporalmente y de donde él debía retirarse una vez pacificado.

La relación entre ambos emperadores se agrietaba, pues además de diferir en temas cruciales como este, Graciano, victorioso con los

visigodos, se quejaba públicamente de la falta de contundencia del hispano, deslizando que quizás hubiera resultado un error su nombramiento e incluso dudando de si la enfermedad que le aquejara el año anterior había sido fingida.

—Atanarico —continuó Teodosio, cambiando el tema o al menos el ángulo—. Pobre diablo. Recordándole comer y beber no puede extrañarme su muerte. Más que un lobo era un oso. —Una carcajada acompañó la agudeza del emperador. La gula de Atanarico había sorprendido a todos en la comida con la que sellaron su acuerdo. También su enorme tamaño—. Parecía un buen hombre y hablaba casi mejor latín que yo. Se merece un buen final. Hagamos que la historia le recuerde, pese a su apoyo a Procopio y su guerra con Valente.

—Así lo haremos —confirmó Neoterio.

—¿Qué más tenemos? —preguntó Teodosio al aire, aunque se dirigiera a Floro. Pese a que Neoterio seguía siendo el prefecto, Floro era quien ejercía el puesto de principal consejero del emperador.

Neoterio, inteligente, consumado Político intencionadamente escrito con mayúscula, no oponía resistencia alguna. Entendía el papel que debía jugar y lo hacía con maestría pendiente de recibir su futuro destino.

—Debemos decidir si finalmente ofrecemos a Melecio que presida el concilio —intervino Cinegio, adelantándose a Floro. No solía hacerlo, pero debía tratar aquel tema que llevaba semanas intentando mencionar sin éxito.

—Eso es lo que queríamos, ¿no es cierto? —respondió Teodosio, inconscientemente bostezando y cruzando los brazos tras la cabeza.

Le aburría aquella cuestión. Comprendía su importancia y su deber con el catolicismo que se había incrementado desde su bautismo en Tesalónica, pero no podía evitar el hastío que le producían los temas religiosos. Apegado a la tierra no se preocupaba por mirar al cielo. ¿Qué más le daba que presidiera aquello Melecio que Gregorio?

Ya podía vislumbrar aquel concilio que organizaba Cinegio desde hacía meses. Las etéreas eternas discusiones de aquellos prelados. Alejadas de lo que para él era importante. ¿Qué más daba que Cristo fuera engendrado y no creado?

Por supuesto, entendía las consecuencias que para la religión traía que fueran Padre e Hijo de la misma sustancia y la cuestión de ese Espíritu Santo también en liza, pero ¿y qué?

No era acaso para sus seguidores lo relevante la palabra de Cristo. Su enseñanza. Su ejemplo. Los derechos y deberes que contraían los que le seguían. Lo otro era hablar por hablar. Casi cuatro siglos habían transcurrido desde su nacimiento en la perdida provincia de Palestina. ¿Cómo iba a conocerse a ciencia cierta lo sucedido?

Se perdía y aburría en aquellas abstractas cuestiones y en los que defendían las divergentes posturas.

Gracias a Dios, para eso estaba Cinegio.

—Bueno, en parte —respondió el africano.

De sobra conocía lo que pensaba su amigo. La simpleza de su análisis y su supino aburrimiento ante la materia.

No se detendría en explicarle de nuevo las cruciales implicaciones que acarreaba cada matiz en las diferencias entre las distintas creencias y facciones. El riesgo que para la unidad del imperio suponía no atajarlas. Las ventajas de unificar el credo y la liturgia. Al tratar de explicárselo siempre había advertido el vacío en su mirada, ese popular recurso del que simula escuchar mientras piensa en cualquier otro tema. Cien veces podría repetírselo que ni siquiera en la primera trataría de entenderlo.

Evitando enfrentarse a aquella mirada más propia de vaca que de emperador, fue directamente al resumen.

—Si todo hubiera rodado según lo que preveíamos, debería haber sido Gregorio quien presidiera el concilio, pero la amenaza de Melecio en no acudir es sincera y no podemos permitírnoslo. Necesitamos asegurar su asistencia y junto a él la de la mayor parte de los prelados de África y Siria. Seguro que recibiremos las quejas de Pedro y probable también es que nos escriba Dámaso y quién sabe si hasta Graciano, pues fácil es adivinar que esta decisión desagrade en Roma, Sirmium y, por supuesto, Alejandría, pero nos resultará positivo mostrar esta flexibilidad y nuestra independencia con respecto a Roma de cara a los arrianos y los más disidentes.

»Gregorio no me preocupa. Ya le conocemos y de no estar profundamente comprometido con la causa nicena tiempo llevaría en su Nacianzo natal dedicado al estudio y la teología y alejado de

las intrigas políticas. Aceptará lo que le digamos, más conociendo nuestro incondicional apoyo y que uno de nuestros principales objetivos del concilio es afianzarle a él como obispo de Constantinopla. Convertirle en el prelado más importante de Oriente. La decisión no es fácil y traerá polémica, pero yo, sin duda, avanzaría con Melecio.

—Así sea, entonces —sentenció Teodosio, levantándose, zanjando la cuestión y dirigiéndose a la sala de masaje.

IV

El concilio se celebraba aquel mismo día 21 del mes de mayo, pero Cinegio no acudiría.

Había decidido quedarse en casa para seguir cuidando de Achantia. Cerca había estado ella de morir en el parto dos semanas antes. La niña, Julia, pues así se hubiera llamado en honor a su suegra, no había tenido esa suerte.

Cinegio, tan injusta como humanamente, se culpaba por lo acaecido como si su presencia hubiera podido solucionar algo. Lamentaba haber ocupado su tiempo en tanto preparativo para acoger a los casi doscientos obispos que acudirían a Constantinopla en lugar de estar junto a su esposa. Acompañarla en sus paseos, incluso almorzar cada día que pasaba en casa con ella en lugar de permanecer en su *tablinum* trabajando. Devastado, buscando fuerzas donde no existían, trataba de consolar a Achantia, que no había dejado de llorar y sollozar desde el parto. No precisamente por los desgarros y heridas que sufría. Eso era lo de menos.

Fría, distante, sin apenas mirarle a él o a cualquiera, del barro había mutado al mármol. Una esponja empapada de dolor flotando en el océano. Indiferente a cuanto le rodeaba. Ensimismada en su sufrimiento, ajena a razón o consuelo alguno.

Lo que los meses anteriores ocupaba casi por completo a Cinegio perdió toda su importancia. Ni siquiera alcanzaba la categoría de anécdota.

Apenas se enteró de la extraña muerte de Melecio dos días después y el posterior relevo de Gregorio, ni de cómo este renunció más tarde en favor de Nectario al verse acorralado por Timoteo de Alejandría por su excesiva bondad.

No celebró el rotundo éxito por la primacía nicena con la aprobación del credo compuesto por Cirilo en Jerusalén como fórmula teológica y credo bautismal. El que hoy se reza en toda la cristiandad. Tampoco la confirmación de Constantinopla como sede principal de Oriente y la condenación dogmática de todas las sombras de arrianismo, macedonianismo y del apolinarismo.

Desganado, apático, triste al enfrentarse a la crudeza y el dolor terrenal, por fin entendía lo que sentía Teodosio por aquellos abstractos temas. Linternas en la espesa niebla.

V

Achantia había disfrutado de su embarazo como cuando con diez años se preparaba para acudir a su primer San Juan en Itálica. Anhelante, esperanzada, ansiosa. Poco le habían molestado las náuseas del inicio, el incómodo viaje de Tesalónica a Constantinopla o el cansancio y los dolores de los últimos dos meses. Leves afortunadamente. Se mantenía delgada, atractiva y lozana a sus veinticinco años. Junto a su resplandeciente cara y el brillo de sus ojos esmeralda solo confesaba el embarazo la prominente barriga, una picuda colina en el valle.

Para nada reprochaba a Cinegio sus largas jornadas de trabajo y ese supuesto abandono con el que él se fustigaba. Feliz, orgullosa del tesón de su marido, celebraba su independencia disfrutando de las mañanas y tardes libres para descansar, verse con sus contactos o dedicarse a leer y a su correspondencia personal. Aún más saboreaba sus cenas en casa, su hora favorita, cuando junto a Cinegio departía parsimoniosamente sobre aquel día y el que habría de nacer. Ese que protagonizaba Julia y sus futuros hermanos. Bromeando por la curiosa mezcla que podrían tener, dada la enorme diferencia física entre ambos.

Si Cinegio trabajaba tanto como la laboriosa hormiga, Achantia bien hubiera podido ser la abeja que pasa el día completo de flor en flor. Encontrando el polen perfecto para la más dulce miel. Más trabajaba ella que él, aunque fuera de otra forma. Siempre pensando en alternativas. Barajando argumentos. Informando a Cinegio de lo que se movía en la calle y a lo largo del imperio. En Hispania, Galia e Italia, pues con gente de todas partes se escribía.

Por supuesto, también de Constantinopla. Voces que le susurraban los secretos de las iglesias y los palacios.

A todos caía bien Achantia, pues siempre fácil le resultaba encontrar algún lugar de encuentro en cualquier relación. Un amigo, un interés, una creencia, una afición. Como maestra de la diplomacia, variados eran los temas que trataba. Casi siempre los que no protagonizan la gran historia pese a ser quienes los escriben: las querencias de cada cual, sus motivaciones, sus vicios y sus pasiones. Juzgando audazmente y acertando en la mayoría de los casos.

Ahora todo eso daba igual.

Julia, su niña, el primer embarazo que había prendido tras dos frustrados intentos, había quedado en aborto pese a llegar a término.

Loca, poseída, nada más parir, intuyendo la tragedia por el dolor, la sangre, las lúgubres caras de las parteras y ese natural instinto que solo las madres conocen, había clamado por ver a su niño. Gritando y maldiciendo a Juno Lucina, la diosa de los partos, y a su mismo y amado Cristo ante la reticencia que percibía. Insultando y amenazando de muerte a cuantos le rodeaban e incluso con cortarse sus propias venas con el trozo de vidrio con el que la partera cercenó el cordón umbilical si no lo hacían.

Ante sus desesperadas amenazas, entendiendo que no existía alternativa a la testarudez de aquella loca hispana, sobre su vacío vientre, permitieron que Cinegio depositara a su hija. Inerte. Como un muñeco de trapo, salvo por el calor que aún desprendía. Pegajosa, sucia, llena de sangre por la batalla luchada y perdida.

Llorando como el que todo lo ha perdido, abrazada a ella, acariciándola, negándose a reconocer la cruda realidad, Achantia perdió la inocencia.

22

I

Thysdrus, África, octubre de 383

—¡La encina! —exclamó, ufano, Cinegio.

Achantia le observó mientras oteaba el horizonte entre las cortinas de la lujosa carruca en la que viajaban. Disfrutaba al verle entusiasmado, lejos de su serio registro habitual, bebiéndose ávido en lugar de parsimonioso cuanto le rodeaba.

Dos mulas guiadas por un *basternarius* les llevaban a agradable ritmo. A ellos y sus tres arcones de ropa y cuatro de libros y trabajos varios. Lo custodiaban doce legionarios a pie a los flancos. Difícil era tratar de mostrarse más discreto dada su posición.

El sol, el indiscutible rey de aquella tierra, frenado por la caída de la tarde y del año, iba perdiendo fuerza y los colores del otoño coloreaban ya el lánguido verano y aquel día transcurrido sin nube alguna.

Demasiado larga había hecho Cinegio la espera, sin motivo aparente más allá que el de dejarse llevar. Cientos de veces le había preguntado Achantia por la razón de no acudir en búsqueda de Clodia y Gala o de invitarles a vivir con ellos al palacio de Constantinopla. Cuidar de su madre y conocer a sus sobrinos. Sorprendida, observaba como él, que tanto trabajaba, demoraba tan relevante tema vencido por la pereza. Como los novios que retrasan la boda por no celebrarla.

En el fondo, pese a no querer confesarlo ni siquiera a su esposa, no era la pereza la culpable de su parálisis, sino una extraña mezcla de sentimientos encontrados. Por supuesto, la necesidad de volver a ver a su madre reinaba entre el resto, pero otras incómodas voces susurraban sus razones. ¿Realmente le seguirían hasta Constantinopla? ¿Era aquello lo más sensato? Sabía que Clodia, su madre, se encontraba bien, que continuaba viviendo en su villa de

siempre junto a su hermana, su yerno y los tres sobrinos que no conocía. Con rentas suficientes como para no necesitar ayuda alguna.

¿Podrían Clodia y Gala abandonar su sencilla vida para seguirle a la capital del imperio de Oriente? ¿Quién era él, por muy alto que hubiera escalado, para pedirles que abandonaran su vida? ¿Acaso podía atraerles la corte? ¿Sería justo hacerlo? ¿Vivirían mejor?

Vagos, e idealizados probablemente, eran los recuerdos de su infancia. De Gala, su hermana, pese a hacerlo con cariño, no recordaba mucho más que las constantes peleas que con ella protagonizaba, también que le gustaba cantar y cómo lo hacía imitando a los pájaros del jardín. De Clodia, su madre, qué decir, junto a la medalla de su padre ella era su faro y guía ante la incertidumbre. El paradigma de la humildad, honestidad y sencillez. La estampa del auténtico fervor religioso, el de la creencia sincera e interior, ese que te provoca ser mejor y compartirlo con los demás sin ánimo de aleccionar ni demostrar nada a nadie. Ese que habita en el corazón y la conciencia, en la soledad, y no en las palabras y el ejemplo fariseo.

Del recuerdo de su madre, de aquella consciente idealización que con los años había ido labrando, llegaba su principal temor. Que la realidad no respondiera a la memoria. Que donde creía que existía la perfección solo hubiera mediocridad. Rezaba por que el amor, como suele suceder, escondiera cualquier laguna, por no sentirse defraudado sintiéndose culpable solamente por pensar de aquella forma. ¿Acaso resultaría justo culpar a su madre si no alcanzaba hasta donde él la entronara?, es más, ¿no superaba siempre una realidad menor a la más perfecta fábula?

Aquel torrente de preguntas provocaba que hubiera ido aplazando lo que intuía inevitable hasta que sabiendo que en la distancia no hallaría respuesta alguna se había decidido a visitarlas.

—¿Sigue igual? —le preguntó Achantia, señalando con la cabeza el árbol, acertando por su majestuosa estampa que debía tratarse de un recuerdo de la infancia.

La encina, algo achaparrada al ser tan ancha como seis hombres, gobernaba una pequeña colina que parecía querer rendirle tributo levantándola. Enfrentarla al viento para que demostrara su fuerza. Ambiciosa, ella extendía sus brazos buscando abarcarlo todo, desde

la hierba del suelo hasta las nubes del cielo. Con ramas en las que fácil era imaginar en cada una de ellas un par de niños sentados en un balancín. Solitaria, soberbia, eterna, altiva les devolvía la mirada recordándoles su relativa juventud.

—Mucho más pequeña —contestó Cinegio sin apartar la mirada del árbol, con una sonrisa, admirándola tan profundamente que rozaba la veneración.

Aquella encina era la única en leguas a la redonda, llegada quién sabía cómo ni cuándo de las sierras del norte.

Recordaba perfectamente las bellotas en el suelo, sus recovecos, los nidos y el camino entre sus ramas, aquellas que imaginaba junto a sus amigos como barcos o fuertes.

A menos de media hora de su villa, entre los campos de trigo y cebada de su familia, innumerables habían sido las tardes que de niños les había resuelto.

Achantia rio la ocurrencia comprendiendo la respuesta de Cinegio como un juego entre recuerdo e incontestable realidad. Mirándole, enamorada, feliz por su compañía, sonrió reconociendo el sentido del humor suyo que tanto le gustaba. También su tranquilidad y los cómodos silencios en los que juntos se sumergían. Su compleja personalidad; siempre tan pensativo y serio y a la vez tan brutalmente ingenioso. Habitualmente sarcástico e irónico.

Cinegio le acarició la pierna. Cariñoso, alegre, sin mirarla, pues lo seguía haciendo ensimismado por la ventana. Quizás pensando en ella o todavía en la encina y sus juegos infantiles. O en ese seco queso, el que no contaba con rival alguno en el mundo, que se hacía con la leche del rebaño de cabras que pastaba a su lado en el barbecho en ese momento. El que debía seguir siendo parecido al que su abuelo dejaba curar todo el invierno y mezclaba con tomillo.

Achantia, recuperada hacía tiempo, aún conservaba el amargor en la boca del aborto, pese a saberse afortunada por sobrevivir a tan trágico parto. Julia, enredada en el cordón umbilical, colocada de nalgas, había perecido ahogada. Imposible había resultado sacarla pese a los esfuerzos y el peaje que pagara la madre. Desgraciadamente, habitual resultaba para los primogénitos, los exploradores que estrenan la salida, tan fatal desenlace.

El tiempo derritió el hielo y la rosa volvió a florecer. Con otros colores, más sobria quizás, pero conservando todo su atractivo y

elegancia. Como había hecho Cinegio, ella también regresó a sus tareas. A su correspondencia y sus encuentros. Últimamente, y como tema recurrente, Prisciliano. Obsesionada hasta cierto punto por su viejo amigo, su guía, su segundo padre que estaba siendo injustamente perseguido por la mayor parte de los obispos hispanos. Cada vez con más problemas y peores enemigos. Como quien se sabe inocente y con la verdad por compañera, algo ingenuo, se defendía temerariamente, acudiendo a las máximas autoridades, desafiando a la justicia con su coherencia. Tan culto él, olvidaba el ejemplo de Sócrates y tantos otros que habían pagado con la vida su severa conducta.

Eso lo contaremos más adelante, en cualquier caso, en su fatal desenlace. No perdamos ahora el hilo de nuestra historia.

Decíamos que ya poco quedaba del dolor por la pérdida de Julia en Achantia. Si acaso, ese lacerante aguijonazo al coincidir con alguna niña pequeña. El maldito y recurrente: «Así sería ahora». Era algo que le sucedía con los hijos de muchas de sus amigas. Lo iba superando, en cualquier caso.

En el caso de Cinegio, el duelo por Julia duró lo que el verano, aunque se quedara para siempre.

La vuelta a la normalidad no resultó sencilla. Lo que él deseaba era volverse a Carranque. Abandonar Constantinopla, la ciudad que con tal mal recuerdo le acompañaba. No deseaba volver a hacer lo mismo. Cansado, necesitaba un cambio. Achantia le preocupaba, seguía siendo mármol. Imposible era conectar con ella, pese a sus esfuerzos. El cambio le rehabilitaría. Marcharía a ver a su madre y de allí a Carranque.

Teodosio no pensaba lo mismo.

II

Cada vez más evidente resultaba para todos en la corte el talento de Cinegio, aunque muchos envidiaran su fulgurante carrera. Más aún debido a su oscuro pasado, siendo solo un funcionario, un advenedizo sin carrera militar alguna. Con sorpresa descubrían su completa libertad e independencia para hacer cuanto se le antojara y como a cualquiera de sus peticiones accedía solícito Teodosio. A todo, menos a dejarlo marchar. Lo único que en el fondo deseaba

por saber que aquella sería la parada final del camino tal y como descubrió en su lecho nupcial. Volver a Carranque como a Achantia le había jurado convencido.

Le necesitaba. Era el momento de consolidar su poder. Ya tenía pensado que en sus *quinquennalia* como emperador, el siguiente 19 de enero, elevaría al pequeño Arcadio y a su esposa Aelia Flaccilla como augustos. A punto estaban de firmar el *foedus* con los visigodos de Frigiterno tras tantos años, el primero que daba total autonomía a una nación goda dentro del imperio, poca cosa con tal de convertir en aliado a aquel rival. También las negociaciones con Sapor estaban encarriladas y dispuesto estaba a ceder una parte de Macedonia si con eso cambiaba las miras persas hacia el oeste y el norte.

Con pasión, Teodosio le argumentaba que ahora no podía abandonarle, que necesitaba de su juicio y aviso. Que, además, su marcha provocaría también la de Floro, que ya meditaba abandonar su puesto como prefecto del pretorio, y quién sabe la de cuántos más. No debía preocuparse, lo de Achantia resultaría pasajero, Flaccilla también había sufrido abortos y sabía lo que se sentía. Nada le faltaría. De ambos era el imperio, de cuantos les acompañaban y formaban su corte. Podía hacer cuanto se le antojara, pues con toda su confianza contaba. Abandonar los aburridos temas eclesiásticos para dedicarse a otros menesteres de mayor calado o impacto inmediato, al menos. Valente, como su hermano Valentiniano en otra parte del imperio, había expropiado propiedades de las curias de ciudades y provincias que ahora, años después, languidecían sin dueño ni provecho alguno. Ancho era el imperio y lejos estaban de poder controlarlo. ¿Quién mejor que él para intentarlo?

Así continuó el emperador durante horas.

Erigiendo el futuro como si tal cosa fuera posible. Involucrando en su diseño a Cinegio que, confundido, orgulloso en cierto modo por la confianza, abandonó el encuentro en el que debía comunicarle su marcha a Carranque siendo *comes sacrarum largitionum*. Pese a no poder rivalizar con el de Occidente, el tío Flavio Euquerio, ni en sus contactos, ni en su experiencia, ni en su capacidad de recaudación, sí contaba con otras grandes aptitudes: honestidad, libertad, visión, confianza y capacidad de trabajo. No

tardó en utilizarlas.

Envió legados a cada capital y ciudad relevante con el objetivo de presentarse ante prefectos y curias. Necesitaba información. Quería delimitar la jurisprudencia, el estado de las obras, conocer el número de súbditos, las cuentas públicas de los últimos tres años, las fuerzas militares, obispos y cuerpo de funcionarios.

El informe confirmó las peores expectativas y consciente del desorden y la desidia en las provincias, intuyendo que aún sería peor la realidad que la apariencia, Cinegio, expeditivo, actuó, dictando siete leyes en apenas seis meses. Tres le permitirían devolver el poder a las curias y sujetarlas con sus deberes fiscales. Las otras cuatro, coherente con su pasado, las dedicó a asegurar el control religioso. *De haereticis* tituló al conjunto por dirigirse contra cualquier no católico, prohibiendo los testamentos, reuniones en iglesias y permitiendo perseguirles sin acusación previa.

Tras asegurar las normas que necesitaba, con la voluntad de ejercerlas, abandonó su cargo como *comes sacrarum largitionum* para ascender a *quaestor sacri palatii*, una posición privilegiada. Enviado especial del emperador. Con máxima autoridad sobre cualquier otro salvo el emperador y el prefecto del pretorio. Floro, su suegro.

Su misión era ordenar el imperio y solo reconociendo directamente las provincias podía llevarlo a cabo. Visitar las principales capitales más allá de las embajadas que con lisonjeras palabras les agasajaban a él y a Teodosio. Citarse con prefectos y obispos. Castigar a los rebeldes y premiar a los fieles. Conocer a las curias, los senados, iglesias y templos. Los mercados, circos, calzadas, termas, centros de enseñanza y bibliotecas. Los usos y lealtades. Afinidades y rivalidades. Riquezas y creencias.

Obvias habían de ser las visitas a Alejandría y Antioquía. Egipto y Siria. También a Palestina y Libia. Antes por supuesto viajaría a Thysdrus, cruzaría al imperio de Occidente, a su casa, a cumplir con lo que tanto había aplazado.

Ya bastante olvidados los momentos más agrios, con Achantia plenamente recuperada salvo por su obsesión con Prisciliano, Cinegio aguardaba aquel viaje como el cambio que dos años llevaba necesitando.

No volvería a Carranque todavía, pero podía resolver muchos de los problemas que tanto perseguía desde que con Teodosio comenzara su gobierno. Los de Dios y los del oro. También los propios. Intentarlo.

Sumido en sus pensamientos y en el agradable traqueteo de la carruca, todavía observando entre las cortinas, ansioso al reconocer cada curva del camino en el suave inicio del atardecer, Cinegio avistó la colina sobre la que se recortaba la villa de su madre.

III

Gritos y lágrimas le acogieron. Abrazos sentidos e interminables, besos y caricias examinando lo conocido y lo nuevo. Su madre seguía igual pese a su pelo blanco y sonrojada cara, la clásica de las viudas eternas surcada de arrugas. ¿Qué más daba? No había mujer más bella en el mundo. Ni siquiera Achantia. En sus ojos, borrando de un plumazo cualquier estúpido recelo, Cinegio encontraba aquella añorada confianza y serenidad de cuando sabes que miran por ti. Derrochaban el amor que recordaba de niño. Tan bravo que capaz era de ganarle el pulso al poderoso tiempo.

También abrazó a su hermana, su cuñado y sus sobrinos, efusivamente, sintiendo una cercanía y familiaridad que jamás había pensado encontrarse. Vislumbrando con pesar a esos hijos que no llegaban. El mayor se llamaba Materno Cinegio, el mediano Flavio Aurelio, como su cuñado, y la niña Justina, como su abuela paterna.

Su madre, tan devota como antaño, al poco de pisar su casa, mandó avisar a un prelado amigo para celebrar una sencilla acción de gracias en la pequeña iglesia que había construido a la entrada de la villa. En ella, Cinegio tuvo la ocasión de reencontrarse con algunos hombres que todavía trabajaban en su casa y en el campo desde que era niño, esforzándose por recordarlos para devolverles el evidente cariño que le mostraban.

Al enterarse de la noticia de su llegada, también llegaron vecinos y algunos de los que eran sus amigos. A esos no le costó tanto reconocerlos, pues eran los mismos que antes jugaban con él en la vieja encina.

De vuelta a casa, en mayor número de los que habían salido,

encontraron la cena a punto. Además de devota, Clodia seguía siendo una espectacular anfitriona. En honor a Cinegio, como entrada, mandó preparar un caldo de perdiz y puerro, su plato preferido de niño, y lo que, según ella, le había curado de unas fiebres que a punto habían estado de llevárselo.

Achantia reía al hablar con su suegra, sorprendida por la clase y categoría que derrochaba, por su agradable conversación, su cultura, su sencillez y, sobre todo, su riqueza, por qué no decirlo. También por su belleza y su elegancia. Algo bajita, delgada, vestía una túnica de seda con el último corte que se estilaba en Roma y que poco hacía que había llegado a Constantinopla. Verde clara, ribeteada en azabache, sobria, sin brillo. En las orejas lucía unos pendientes de coral rosa tallado. La nariz, la misma que Cinegio, era importante, algo ancha y los ojos marrones claros. El pelo corto, completamente blanco, sin atisbo de vergüenza alguna. Sobre la cara ningún afeite ni polvo. Limpia, recién lavada. La viva imagen de la moderna matrona cristiana.

Achantia, gratamente descolocada, no se la esperaba así. Tampoco que ostentara una posición tan relevante. Jamás le había hablado Cinegio de sus viñedos, huertos, olivares, cereales, bosques y rebaños. De la legión de esclavos que en sus tierras trabajaba. De su maravillosa villa que tan poco, si algo, tenía que envidiar a Carranque.

Observándole entretenido, recapacitaba orgullosa sobre su compleja personalidad. Sobre su innata seguridad, su humildad y la superioridad moral que demostraba al no necesitar presumir como hacía la mayoría. Ni siquiera al adentrarse en un círculo como el hispano, que en tanto consideraba el éxito como lo que fueras capaz de poseer.

En ese momento, a la luz de los candelabros de plata que poblaban la mesa, agotadas las noticias personales y repasadas ya las vidas de cada cual, de lo que hablaban era del futuro del imperio.

Amargamente se quejaban de los impuestos y la avidez con la que les había tratado Graciano. Poco poder y menos riqueza tenía la curia, de la que su tío Clivio fue ilustre miembro. Escuchándolos, Cinegio era consciente de hasta qué punto se parecía a cuanto le había contado Teodosio sobre el desgobierno de las tierras públicas

en Oriente, en gran parte abandonadas a su suerte.

También hablaban sobre que Magno Máximo había llegado a las Galias. Autoproclamado emperador en Britania tras una aplastante victoria frente a los pictos nuestro viejo conocido desafiaba a Graciano por el imperio de Occidente. Achantia imaginó cómo debía estar su primo con el rencor que le guardaba a ese cerdo tras la traición a su padre.

Aburrida por la conversación, especialmente al escuchar aquel odioso nombre, paseando la mirada, Achantia se detuvo en la de Clodia que también miraba a su hijo ensimismada. Parecía feliz por verle. La cruzaba en muchas ocasiones con la de él para decirse cuánto se necesitaban sin necesidad de hablar. También lo hacía con el servicio, ordenando sin apenas gesticular y sucedió con Achantia por ese poderoso instinto del que se siente observado. Tras sonreírle, evitando parecer demasiado indiscreta, Achantia se topó con Gala.

Los invitados comenzaban a levantarse para sentarse en diferentes ambientes. La temperatura era agradable. La africana no evadió la mirada y ambas se observaron de forma amistosa. Reconociéndose de verdad y saludándose por primera vez. Gala, acercándose, apretándole cariñosamente el brazo, le guio hacia unos divanes junto al *peristylum*.

Achantia ya la había examinado anteriormente, como es natural, descubriéndola bastante menos agraciada que a Cinegio. También que a Clodia. Algo gruesa y aún más baja. De facciones exageradas para el tamaño de su cara. Además, intentaba esconderlo, lo que le restaba la elegancia de los otros dos. En la mirada, el culto latín y el agradable tono sí se pareció a su hermano.

—Achantia, ganas tenía desde vuestra llegada de poder hablar contigo más tranquila. De agradecerte que nos hayas traído a mi hermano y sobre todo de verlo así. —Mirándolo, ambas sonrieron y se quedaron tomadas de la mano, cómodas sin necesidad de forzar, pues realmente se alegraban de conocerse. Volvieron a mirarse y a sonreír y Gala continuó, con Achantia escuchándole interesada—: Cierto que difícil me resulta recordarle tras tantos años, pero nunca me hubiera esperado que al volver a hacerlo le encontrara tan bien. Feliz como lo veo. —Guardó un instante de silencio, que aprovechó para pedir con la mano que les sirvieran dos copas de vino. Una vez

hecho, siguió hablando—: Todo es muy raro. Sinceramente, no me extrañó cuando comenzaron a llegar las noticias de que Cinegio ostentaba un cargo relevante en la corte. ¡Consejero de Flavio Teodosio, nada menos! Eso a pesar de que nada más que vaguedades nos contaba en sus cartas. Modesto, tal y como siempre nos enseñaron en casa. —Las dos observaron a Clodia que se sentaba junto a su hijo en la conversación más concurrida y volvieron a sonreír—. Pero no, no me extrañó descubrir su éxito, porque de cualquier cosa he creído siempre capaz a Cinegio.

»Ninguna noticia podía ya sorprendernos sobre su destino después de haberlo llorado al desaparecer junto a mi tío Clivio y más tarde celebrado su resurrección al recibir su carta sirviendo entre las tropas de Teodosio el Viejo en busca de Firmo.

Sonriendo, bebió un trago de su copa de vino, de calidad, pero excesivamente aguado para el gusto de Achantia. Volvió a dirigir la mirada hacia Cinegio, tras hacer una pausa.

—Ya de niño era así, inescrutable, sorpresas constantes. Muy gracioso en el fondo, si no era tu hermano. —Sonriendo, evocando aquellos lejanos recuerdos que anidaban en su corazón reprimió una carcajada y meneó la cabeza.

—¡Cuéntamelo! —pidió una sagaz Achantia, intuyendo la anécdota.

—Sí, vale la pena, aunque me mataría si me escuchara —dijo, tras una carcajada—. Recuerdo que le dio por ser gladiador una época —comenzó a contar Gala, todavía sacudiendo la cabeza cerca de romper a reír—. ¡Dios mío, qué cargante llegó a resultar tu bendito marido! Recuerdo aquel día perfectamente. Fuimos al anfiteatro aquí en Thysdrus. Mi madre y yo con él. Desde las seis de la mañana ya andaba nervioso por casa dando voces. Era el regalo de su cumpleaños, diez u once debía tener. Doce quizás. A ver un gladiador que le obsesionaba y que juraba conocer de no sé qué. No recuerdo el nombre… Zeus, o Júpiter, un dios, algo así. Me vendrá.

»Espantoso aquello, una auténtica carnicería. Posiblemente la peor experiencia de mi vida. Empachada de tanta sangre, meses estuve sin poder probar la carne. Cinegio en cambio, estaba encantado, uno más, celebrando los golpes y las estocadas, gritando como un loco. Incluso salió de allí diciendo que sería gladiador. Convencido hasta el punto de que mi tío Clivio tuvo que hablar

seriamente con él para quitárselo de la cabeza.

Suspirando, se calló de nuevo, miró a su hermano con sus marrones ojos brillando, borró su sonrisa y con un halo de tristeza retomó la historia:

—Esa muerte sí debió sentirla. Clivio era más padre que tío. Mucho más para él que para mí. Él solo, pobre. ¡Olimpio! —exclamó de repente, tras el silencio que acompaña a la tristeza, con entusiasmo—. Así se llamaba el gladiador. Me sonaba a mí a algo mitológico. Egipcio, creo que era. Sobrecogedor, ciertamente, una especie de coloso. Imagínate a mi hermano Cinegio con coraza. —Ambas rieron la ocurrencia. Poca hechura tenía nuestro protagonista de gladiador—. Bueno, te decía que, en el fondo, de Cinegio me podía esperar casi cualquier destino. No todos —prosiguió Gala—. Seguro que no el de gladiador, pero menos aún el de verle feliz. Tan aparentemente satisfecho. Tranquilo. Disfrutando el momento.

»De niño era arrollador. Brillante, cosa que me enervaba. Hablaba mejor que yo siendo casi tres años más pequeño. Con facilidad aprendía cualquier materia y, además, insoportable, disfrutaba estudiándoselas, cogiéndome a mí las mías. Horas pasaba leyendo en el *tablinum* los libros de mi tío. Ese exceso de inteligencia le hacía incontenible, patológicamente insatisfecho. Por eso me alegra tanto verle feliz. Ahora observándote lo entiendo, la verdad. Pero, bueno, Achantia, cuéntame, más interesante sin duda es el presente que el pasado y aunque veo que poco te ha hablado Cinegio de nosotros, menos aún sabemos de ti y de cómo os va. Cómo vivís. Cómo ves aquello, tú que, afortunada, vives en medio de la corte. Ya no solo como la mujer de mi hermano. Tu padre ha sido hasta hace nada el prefecto del pretorio. ¿Qué opina él y el resto de la jerarquía de los problemas de su pueblo? ¿Qué dice o preocupa al noble emperador de Oriente?

Achantia meditó su respuesta. No le gustaba hablar a la ligera y fácilmente advertía que Gala no era tonta. La pregunta no estaba lanzada al vuelo. Seguramente intuía que Cinegio iba a invitarlas para que vivieran junto a ellos en Constantinopla. Apurando su copa de vino, mirándola, comenzó a hablar en su suave y refinado latín.

—Por supuesto, sabes que podrías perfectamente acompañarnos

—dijo, atajando el primer tema a resolver.

—Lo sé, Achantia, mil gracias. Me lo dijo Cinegio entre sus primeras frases. Tenemos que pensarlo. No estamos mal aquí —contestó Gala, apretándole la mano y agradeciéndoselo con el gesto. No parecía con mucho ánimo de hacerlo, en cualquier caso.

—Nada te faltaría, Gala. Tampoco a tus hijos —le dijo Achantia, intentando no resultar brusca, pues imaginaba que ese sería el flanco débil de Gala. De cualquiera. El suyo, si fuera madre. Bien estaban allí su marido y ella, tranquilos por muchos impuestos que pagaran. Arrinconados en la paz de Thysdrus y África, el granero del imperio de Occidente. Pero ¿y sus hijos? ¿Iba a dejar pasar la oportunidad de educarlos en la corte? ¿Qué podría estar negándoles de escoger la comodidad?

Su tío era el *quaestor sacri palatii*. Su tía, prima del emperador. Debía pensárselo bien. En cualquier caso, decidió continuar.

—Pero, bueno, no sé si soy yo la más adecuada para responderte a cómo están las cosas. La corte, como dices, es difícil de entender. Supongo que, donde caigas, las altas familias tejen desde hace siglos una red de experiencias afines, tratos, penas y alegrías. Un universo paralelo. Preocupados por cosas que en otras partes ni siquiera se conocen. Sujetos por una memoria colectiva de triunfos pasados, pactos y afrentas que condiciona el presente. Parentesco en gran medida. Un embudo, pues cuanto más asciendes socialmente más estrecho resulta y menos caras se cruzan. Yo, en parte, aún no he salido de Hispania y muchos son los temas que de allí me preocupan. Ahora estamos en Constantinopla, y nada mal situados, cierto es, pero más parece fruto del azar que de un plan trazado. —Dando un trago a su copa, largo, buscando el sabor del vino escondido en el agua, continuó—: Te contaré yo otro secreto. Es una tontería, pero no deja de ser curioso pues para mí el prefecto del pretorio no deja de ser mi padre.

»Fue mi madre quien le pidió que dejara el cargo. En mi casa está claro quién manda por mucho que sea otro el que ejerce fuera. Es verdad que se obceca con el trabajo, como también le pasa a tu hermano, y prácticamente ni se veían y ya va teniendo una edad. Ha estado casi tres años, y eso consume a cualquiera. Tampoco es que se haya calmado mucho tras dejarlo pues sigue siendo el principal consejero del emperador y nada relevante hace

Postumiano, el nuevo prefecto, sin consultarle.

»Ya ha avisado varias veces a Teodosio de que no era eso lo que esperaba, pero suficiente tiene mi primo encima. Asumiendo y ejerciendo su responsabilidad. Es emperador y ante todo militar. Lo que le preocupa es mañana. El limes. Los bárbaros. Los alamanes en el Rin. Los ostrogodos que amenazan con cruzar el Danubio en un invierno de hielo. Esa revuelta de Máximo en Britania. Todo está más tranquilo desde que por fin se firmó el *foedus* el año pasado y la paz con Sapor, pero no baja la guardia. Impuestos, Iglesia, justicia, le parece perder el tiempo. Le aburre soberanamente. Para preocuparse por los problemas que a vosotros os consumen tiene a tu hermano. Para eso le envía ahora a recorrer el imperio de Oriente.

23

I

Cartago, diciembre de 383

Cinegio salió de casa al comenzar la mañana, con el sol aún desemperezándose en el este, lejos de su trono en el centro de un cielo que pese a la hora y la estación ya era abrumadoramente azul.

Audaz, había decidido hacerlo solo, ocultando su propósito a los escoltas que como centinelas ejercían. Tras varios ajetreados días de visitas y contactos informándose sobre el estado del imperio en Occidente no les resultaría extraño que se quedara en casa a trabajar. Allí le esperaría Achantia hasta el atardecer. Nueva y alegremente embarazada, aunque con solo tres faltas celebradas, prudente prefería no acompañarle en su aventura con la condición de que se le relatara cada detalle a la vuelta.

Ya en la calle, tras asegurarse de que nadie le había visto, obligado por su cojera contrató un carro no sin antes regatear. No tanto por el dinero como por evitar levantar sospecha. Debía llevarle hasta el ágora, en el centro de la ciudad. Le hubiera gustado acercarse caminando, pues desde donde él se hospedaba, junto a las termas de Antonino, en circunstancias normales no le hubiera llevado más de un par de horas. Un agradable paseo para cualquiera. Un calvario en su caso. Cada vez se cansaba más rápido, propiciando que tuviera que desplazarse en litera hasta para el paseo más ridículo.

Afortunadamente para sus intenciones, ahora lo hacía en un medio más modesto. Agradable le parecía el incómodo traqueteo en la parte trasera del carro. Compartiendo espacio con unas ánforas, jarrones y teselas que quién sabía dónde acabarían. Disfrutaba al ser uno más. Sin levantar curiosidad alguna ni suspicacias por la suya propia.

Acorde con su discreción y voluntad de incógnito, vestía el

típico atuendo de los estudiantes. Uno de buena cuna por la calidad de sus ropas. Algo viejo, aunque su abundante pelo, todavía completamente negro, y rala barba pudieran hacerle pasar por la veintena a un primer vistazo.

Transitaban por vías secundarias del llamado barrio marítimo, entre las nuevas y fabulosas *villae* y las antiguas *insulae* que daban a la muralla de zócalos de sillares de piedra arenisca amarillenta que defendía a Cartago del mar. Hacia allí se habían dirigido para evitar el habitual bullicio y tráfico de la vieja colina de Birsa que además del odeón albergaba el teatro y la basílica cristiana, por la que tanto había peleado Tertuliano un par de siglos antes.

Una vez superada esta, el conductor se incorporó al adoquinado *Decumanus Maximus* para maldecir por su impericia a cuantos por él transitaban. Por supuesto lo hacía en púnico, la lengua heredada de los fenicios que mayoritariamente seguía hablando el pueblo cartaginés. Ellos lo habían extendido por todo el mediterráneo y a Cinegio le recordaba a los labriegos del campo en Thysdrus, a su estancia con Firmo y, cómo no, a su adorado poeta Alexis.

Reflexionando sobre ello se percató de que no eran muchos más los vestigios que la ciudad guardaba de tan gloriosa época. Sin duda, los legionarios de Escipión Emiliano se habían esmerado a fondo durante los diecisiete días en que demolieron por completo la ciudad. Algunos exagerados incluso aseguraban que la habían roturado con sal.

A los pocos minutos de trayecto por fin llegaron al ágora. Se trataba de una enorme superficie cuadrangular rodeada por amplios pórticos decorados con llamativos frescos de colores. En el centro, tras cruzar una majestuosa arboleda de fresnos, se alzaba la escuela de retórica.

El objetivo de Cinegio era escuchar allí al númida Fausto, uno de los más reputados sabios maniqueos. Famoso en toda África por su elocuencia y capacidad de persuasión. De su visita se había enterado mientras charlaba tres días antes con Genethlius, el obispo de Cartago, indignado por la presencia del maniqueo y que había acudido a las autoridades para que lo encarcelasen sin éxito alguno. Poco les preocupaba aquello con las noticias que llegaban desde la Galia y que tenían a todo el mundo revolucionado y expectante.

Ya era media mañana y había bastante gente por allí

deambulando. De todo tipo, desde estudiantes estrenando vida hasta otros ya ajados, algunos, del importante aspecto y el altivo aire de los políticos. Otra categoría, fácil de distinguir por su universalidad, era la que formaban los que atraídos por su lentitud, vestimenta y ensimismado aire se acercaban a Cinegio contándole las mil razones por las que debía contratar su servicio: mujeres, comida, bebida, regalos, viajes, sabiduría, paz. No existía deseo que Cartago no satisficiera a base de oro.

Educado, ignorándoles, con una sonrisa conocedora ya de aquella cantinela que se escuchaba en cualquier pueblo, Cinegio recorría los pórticos del ágora admirando los frescos.

Un maestro y un alumno, quizás padre e hijo por su innegable parecido, de unos treinta y diez años respectivamente, observaban uno clásico. El que representaba a Dédalo sobre Ícaro huyendo de Creta mientras Minos con su cabeza de toro mugía de agonía y un sonriente Teseo le amenazaba con su hacha de doble filo.

Curioso, Cinegio, al oírles hablar en griego probablemente como parte de la lección con la que el padre aleccionaba al hijo, decidió quedarse a merodear y escucharles.

—Mira, Adeodato, este es uno de los claros ejemplos de cómo el tiempo, la fantasía, la imaginación y el atrevimiento desvirtúan una bella historia real. ¿Sabes quiénes son esos de ahí? —preguntó el padre al niño, señalando al fresco que tenían en frente.

—Claro, padre. Son Dédalo e Ícaro huyendo de Minos y Teseo en Creta con las alas que Dédalo inventó para Ícaro.

—Bien, hijo —asintió el padre orgulloso, pues efectivamente así popularmente se creía que era—. En parte. Los protagonistas los conoces bien, pero no tanto la historia. Eso de las alas y la cera que se derriten al sol no es más que una fábula salida de una mala interpretación de este fresco mil veces representado en palacios, ágoras, bibliotecas, termas, arcas y copas. No es así la historia real, al menos la que los poetas cantaban y la que los libros nos han legado. Quizás con la real perdamos en espectacularidad, pero nuestro deber es siempre buscarla y anclarnos a ella. Nada hay que satisfaga en mayor medida al hombre justo.

Cinegio, buen conocedor tanto de la tradición escrita como de la fábula, escuchaba intrigado, embelesado por el griego del padre. Sencillo, puro, sin prácticamente acento. Pese a intuir que era

africano, era incapaz de adivinar su procedencia, algo que solía ejercitar como reto. El padre, indudablemente culto, seguía con su improvisada clase incorporando ya no solo a Cinegio, sino a otros siete u ocho curiosos que acudían a escucharle como el que lo hace con el canto del jilguero.

—Verás, hijo, hablamos de los tiempos en los que Creta dominaba el mar y por ende el mundo conocido. Dos mil años de supremacía incontestable. Justo antes de Grecia y mucho antes de Roma. Según las creencias cretenses, esa superioridad se la otorgaba el favoritismo de los dioses y el poder del minotauro al que alababan y consagraban al sol. Cada año, como pago por la fortuna que les regalaba, le sacrificaban veinte hombres que comenzaron siendo hombres-toro de Creta, pero que luego, ante la falta de voluntarios, reclutaban entre las ciudades tributarias. Dédalo, un arquitecto y artesano pelasgo de Atenas, famoso por su ingenio e inventos como el de fundir bronce con cera o unas alas artificiales con las que se asegura que trató de volar, era una de aquellas víctimas anuales. Sentenciado a muerte por el asesinato de un compañero por el rey Teseo, el que aquí aparece representado con el hacha y el búho sobre el hombro.

»El castigo del minotauro solía ser ineludible. Veinte hombres, maniatados, se enfrentaban en un círculo de arena con un toro bravo solo con la capacidad de correr o saltar. El animal, el macho dominante de la camada, picado a su salida con agujas, no solía tardar más que un par de horas en dar cuenta de todos ellos. En el improbable caso de que alguno extremadamente hábil sobreviviera a un tiempo, que se medía con un reloj de arena, las ninfas de la sacerdotisa le salvaban de entre los cuernos.

El hombre hizo una pausa para retomar su discurso con más fuerza:

—Dédalo, cojo y poco atlético, parecía una víctima propicia cuando entró en la arena. Pocos vislumbraban su talento y, ya sabes, Adeodato, que más vale una pizca de este que toda la fuerza bruta del mundo. —El niño asintió mientras el padre continuaba para delicia de su audiencia—. El griego, investigando durante su cautiverio, se había enterado de que en las dehesas en las que pastaban los toros había unas columnas blancas como símbolos de fertilidad. Su truco fue hacerse pasar por una de ellas. Convertirse

en paisaje para aquel bravo animal. Consiguió yeso blanco de una de las celdas y con él se blanqueó ropas, manos, piernas y cabello. Al saltar a la arena, antes de que soltaran el minotauro, se situó junto a un altar de piedra, se tapó la cara con un trozo de tela y permaneció inmóvil durante las dos horas hasta ser rescatado.

—¡Qué listo! —interrumpió Adeodato.

—Eso pensaron los cretenses, que, salvándole, le concedieron su respeto —continuó el padre—. Un año estuvo con ellos, protegido por la gran sacerdotisa Ariadna, mostrándoles su conocimiento y regalándoles sus ingenios hasta que, en el siguiente sacrificio, viendo próximos a la muerte a otros veinte compatriotas atenienses entre los que se hallaba su sobrino Ícaro, decidió libertarlos y escapar con ellos con otro de sus inventos, la polea que iza la verga a la que se sujeta la vela en lugar de tener que hacerlo manualmente. Perseguidos por los cretenses, los atenienses llegaron hasta Sicilia y desde ahí a Atenas donde Dédalo, secretamente en conjunción con Teseo, construiría una flota de guerra que invadiría Creta y acabaría con su dominio.

»Las alas de este fresco no representan sus inventos, sino simbolizan la velocidad de las naves de Dédalo gracias a su polea y la historia de la cera nada tiene que ver con que Ícaro se acercara al sol, sino que alude a su famoso artefacto para fundir el bronce. Hay incluso versiones que hablan de laberintos o que Ícaro era hijo de Dédalo. Mucho se da por sentado y se confunde hoy día, Adeodato, no caigas en los errores del resto y jamás des nada por verdadero que no hayas comprobado, razonado o aprendido tú mismo. Incluso en esto sé inteligente y ten capacidad de cambiarlo si se te presentan nuevos indicios o perspectivas. Como bien decía Séneca: «Errar es humano, perseverar conscientemente en el error, diabólico».

Un aplauso general coronó la historia de aquel hombre que, agradecido, asentía a cuantos habían terminado rodeándole. Cinegio participó en él, pues bien lo merecía su conocimiento y elocuencia. Con gusto, además, vio cómo, de la mano de su hijo, se dirigía al concurrido salón donde Fausto había de dar su charla.

II

Era un anfiteatro en el piso bajo, algo oscuro, pese a estar ya el sol en lo alto.

Fausto ya había comenzado. Era alto y apuesto. Algo más joven que Cinegio, aunque aparentaba haber vivido mucho más. Completamente calvo, de ojos negros y espesa barba. Más labriego que monje por su corpulencia.

Había bastante gente escuchándole. Cinegio, afortunado al ver un sitio sin tener que molestar prácticamente a nadie, se sentó en la penúltima fila, con un solo hombre, bastante gordo, entre él y el pasillo.

—«¿Existe un solo Dios o dos?» —le preguntaba a Fausto un joven de una de las primeras filas del lado opuesto a Cinegio.

Se trataba de una conferencia abierta, sin ponencia alguna. Cinegio lo celebró con una sonrisa pues la parte del coloquio, salvo muy honrosas excepciones, era su preferida. Aquella pregunta, aunque interesante, era sencilla, en cualquier caso.

—«Evidentemente uno solo» —respondió Fausto, seguro, con una ronca voz que sentaba como un guante a su varonil aspecto. Fácil resultaba que cayera bien al primer vistazo.

Cinegio observaba entre el cuantioso público asentimiento y más caras amigas de Fausto de las que esperaba. Muchos debían de ser maniqueos, aunque también la mayoría de los católicos africanos los veían como una facción propia con una interpretación singular de las Escrituras. Y sentían simpatía por gente como Fausto, ascetas entregados a una vida de oración y privación, muy similares a los sacerdotes católicos que predicaban con el ejemplo. Una rama más.

Cinegio no pensaba lo mismo. También Fausto le caía bien por lo que de él había investigado y hasta aceptaba que pudiera ser sincero en sus creencias, pero sabía que estaba equivocado. Que el maniqueísmo era indudablemente una herejía y no una rama más del cristianismo. Los maniqueos en su origen, más de un siglo antes entre los persas, adoraban a Zurván, la luz, y Ahrimán, las tinieblas. A Mani, el elegido entre los elegidos, el que en Occidente identificaban con Cristo, pero era otro distinto en la India.

—«¿Por qué afirmáis entonces que son dos?» —le preguntó de nuevo el joven, buscando ser inquisitivo.

—«Jamás se oyó en nuestras palabras el nombre de dos dioses» —le contestó afablemente Fausto antes de preguntarle—: «Dime,

amigo, ¿por qué sospechas tal cosa?».

—«De sobra es conocida vuestra enseñanza sobre los dos principios: el del bien y el del mal» —contestó de nuevo el joven. Observando a su alrededor, todavía seguro de sí mismo, aunque visiblemente más nervioso que Fausto—. «Muchos de entre nosotros lo hemos escuchado» —concluyó.

Cinegio, mirando al joven, dedujo satisfecho que no se trataba de una conversación preparada. Muchos eran los que en este tipo de charlas interpretaban obras de teatro más que discusiones libres. Pura charlatanería. Fausto seguía ganándose cierto respeto.

—«Cierto es que confesamos dos principios. Uno es Dios y el otro *hylé*, el demonio según la mayoría lo denomina. Lejos está eso de aceptar dos dioses». —Hablaba tranquilamente y ya, ante su insistencia, no solo miraba al joven de la segunda fila, sino que paseaba esta entre la audiencia. Afortunado, a Fausto, haciendo honor a su fama, tampoco le faltaba la elocuencia—. «Si eso piensas tampoco serás capaz de discernir entre el bien y el mal pensando que son dos bienes. Ni entre la blancura y la negrura, el frío y el calor, la dulzura y la amargura, o afirmarás que se tratan de dos blancuras, dos calores y dos dulzuras» —dijo esto de corrido y con cierta gracia, levantando una suave carcajada y el rubor del joven. Levantando la mano pidiendo clemencia como un padre bondadoso ante sus hijos, prosiguió, volviendo a dirigirse a él amistosamente, escondiendo en su agradable tono el fulgor de su mirada y la rotundidad de sus palabras—: «Hermano, ¿al decir tal cosa, no darías la impresión de no estar en tu sano juicio?».

Guardó un prolongado silencio, dando unos pasos sobre el estrado, parándose, con las manos a la espalda, como si de un soldado se tratara y al cabo de un rato, retomó su discurso:

—«Dice el apóstol: el dios de este mundo cegó las mentes de los infieles. Le llama dios porque sus adoradores ya le llamaban así, pero añadiendo que ciega las mentes, da a entender que no es el Dios verdadero. De idéntica manera cuando yo enseño que hay dos principios, Dios y la *hylé*, no por eso debe parecerte que enseño dos dioses. ¿O acaso, por el hecho de asignar todo efecto maléfico a la *hylé* y todo el benéfico a Dios, como es lógico, piensas que no se distinguen, o que llamamos a ambos dios?» —Abrió los brazos y elevó el tono de voz—. «¿Qué pasa con el veneno y su antídoto?

¿Incluso el médico y el que prepara venenos, son ambos médicos? ¿El justo y el injusto, ambos justos?».

—No supone solo el problema el nombre, tampoco ha de mentarse a Dios en vano, como vosotros hacéis —argumentó el joven, tratando de interrumpirle. Visiblemente superado. Teniendo de algún modo razón, aunque no capacidad para defenderla.

Cinegio sintió cierta lástima por él, como le sucede a la mayoría con el cervatillo ante el lobo o la mariposa ante el lagarto.

—¡Vamos! —dijo, cansado Fausto de una nueva injerencia, abandonando ya el tono afable—. «Esta argumentación no tiene pies ni cabeza y carece de todo vigor. Como no puedes responder a lo que se trata, discutes sobre nombres. Hermanos, si razonar de esa manera es un absurdo, ¡cuánto más absurdo es hablar de dos dioses con referencia a Dios y a *hylé*!»

Un silencio en forma de rotundo asentimiento acompañó a Fausto.

Complacido, buscando nuevos rivales, paseó de nuevo la mirada entre la audiencia. Más con ánimo docente que de reto.

En dirección a Cinegio encontró uno equivocado.

III

—Fausto —le interpeló otro hombre.

Estaba cuatro filas por debajo de Cinegio. En el mismo sitio, a uno de la escalera.

Al escuchar su voz, nuestro amigo, desde su posición, enseguida advirtió que se trataba del maestro que anteriormente había explicado el fresco de Dédalo e Ícaro a su hijo, pese a que solo podía verle su toga excesivamente usada de maestro y su buena melena.

Junto a él, en el lugar pegado a la escalera, se sentaba su hijo Adeodato. El pequeño, percibiendo la mirada de Cinegio, se volvió ligeramente y la cruzó con él. Ambos sonrieron reconociéndose mutuamente, y Cinegio tuvo entonces una de sus extrañas intuiciones. De nuevo un rayo rasgó sus tripas para desvelarle que se encontraba ante algo grande. No sabía el qué, ni por qué, pero sí que se encontraba ante una inmensa fuerza que marcaría un antes y un después como Teodosio en Segovia.

Cinegio ya no se perdió en ridículos debates internos sobre las razones para que le sucediera aquello. Sabía que pasaba y su innegable poder. Intrigado, seducido por aquella extraña pareja, alerta ante lo que había de suceder, decidió en aquel mismo instante que debía ayudarles en cuanto le fuera posible.

Afortunadamente, en aquel anfiteatro de Cartago no haría ninguna falta.

—Dime, hermano —contestó Fausto, sonriendo y señalándole, guiando las caras para que se volvieran hacia el hombre que le había hablado e indirectamente, al encontrarse en la misma dirección, hacia Cinegio que bajó la suya por una mezcla de vergüenza, discreción y miedo a ser reconocido.

Un expectante murmullo se extendió en la sala.

—Ese es Agustín, el maestro de retórica, el de Hipona —oyó decir Cinegio a alguien a su lado.

Seguía sin saber de quién se trataba, pero no le extrañó descubrir que fuera africano por su acento, ni maestro de retórica tras escuchar su explicación anterior. De lo que estaba seguro era de que Fausto podía haber encontrado un rival digno en el debate.

—No tengo el gusto de conoceros, pero sí a muchos de tus hermanos seguidores de Mani. Amigos míos, en su inmensa mayoría. Mi nombre es Aurelio Agustín —continuó el hombre, recibiendo el asentimiento de Fausto—. Un placer.

—El mismo que el mío, hermano —asintió, educado, Fausto.

—Verás, siento disentir, pero no estoy del todo de acuerdo contigo —comenzó hablando Agustín. Ya con sus veinte primeras palabras se adivinaba que el maestro de retórica de Cartago, haciendo honor a su profesión, empleaba con el latín un nivel similar al del griego, mucho más culto que el de Fausto, a la altura del de Cinegio—. Comparto con nuestro anterior hermano que en muchas de las discusiones con vosotros los maniqueos oímos hablar de dos dioses, y aunque comenzaste negándolo, lo confesaste poco después al explicar las palabras del apóstol Pablo. «El dios de este mundo cegó las mentes de los infieles». Yo me pregunto, ¿por qué no aceptas que es el verdadero Dios quien cegó las mentes de los infieles? ¿Por qué no ha de surgir tal acción de la justicia? El mismo Pablo dice: «¿Acaso es injusto Dios al descargar su cólera?». En texto alguno de Pablo o cualquier otro se ha entendido otro Dios

distinto del que envió a su Hijo a decir: «He venido a este mundo para un juicio: para que los que no ven, vean y los que ven se vuelvan ciegos». ¿No quiere decir lo mismo?

—¡Vamos, Agustín! —le interrumpió Fausto, todavía entero, pero ya no tan seguro de sí mismo, consciente de encontrarse con un rival de altura—. No niego que a veces llamemos dios a la naturaleza contraria a la divina, pero en ningún momento he mencionado la cólera o la justicia —continuó algo actuado el númida, subiendo mientras hablaba las filas que le separaban de Agustín. Aprovechando que este ocupaba una de las esquinas, le tocó el hombro, amistoso, pero algo intimidante por su tamaño—. Bien te conozco por esos amigos comunes que mencionabas anteriormente, y famoso es tu talento en la retórica. También que entre los nuestros has rezado muchos años.

»De sobra conoces nuestro afán de búsqueda de la verdad, de la luz, de la justicia. No me parece justo ensuciar tan noble ideal cuando sabes que para nosotros el nombre de las cosas es superfluo y si de alguna forma lo llamamos no lo hacemos conforme a nuestra fe, sino al uso que recibe de sus adoradores, quienes imprudentemente la consideran Dios. Los otros. La justicia es parte del espíritu, de la luz, una de las más sublimes, alejada está de la carne y el pecado. No así lo es su reverso, la iniquidad, la infamia. ¿Cómo pretendes que las conciba de igual forma? ¿No eres acaso tú, con tu dispersa existencia, ya incapaz de distinguirlas?

Un murmullo pareció extenderse por la sala. Cinegio intuyó que aquello debía de ser algún tipo de golpe bajo para Agustín. Curioso, entre aquel misterioso detalle, el placer con el que le había escuchado su historia sobre Dédalo y la decisión que había tomado al observar al chico, se anotó mentalmente conocer más a fondo la historia de aquel Aurelio Agustín de Hipona.

—Querido Fausto —contestó enseguida Agustín, sin perderle la mirada, sonriendo, tranquilo, con la suficiencia del que ante la adversidad se sacude el polvo y no del que se limpia el barro—, me enorgullece saber que hasta tus nobles oídos ha alcanzado el humilde nombre de este maestro. Aunque parezca que no del todo para bien. Dicen que mejor que hablen de uno, aunque sea mal, que caer en el olvido. De todos modos, tranquilo, pues yo no entraré en la descalificación personal ni en la implícita bajeza de tener que

defenderme. Ya dijo Diógenes de Sinope que: «El insulto deshonra a quien lo infiere, no a quien lo recibe». De lo que hablamos es algo mucho más grande como para entretenernos en minucias; con insultos o rumores de esclavos. En discusiones infértiles impropias de tu altura intelectual. Volvamos al asunto que discutíamos y a la pura lógica.

»En tu mismo último argumento está el error que para mí, humildemente, cometes. Obsesionado estás con las antítesis, los polos opuestos, los valores absolutos. La luz y la verdad. La justicia y la infamia. Aquello que te ofende de la debilidad humana, llámalo como quieras, pues tampoco a mí me interesa lo más mínimo el nombre, no puedes separarlo del arbitrio y justicia del verdadero Dios. Inventado por tu vanidad, dispones a tu antojo de un dios malo, no manifestado por la verdad, al que atribuyes no solo cuanto se obra contra la justicia, sino también cuanto se padece conforme a ella. Das a Dios la generosidad de sus dones y le quitas el poder de castigar, incluso el de amar al pecador pese a haber pecado.

Agustín le miraba firme. Fausto se había reclinado contra la cercana pared, guardando distancia un par de escalones más abajo. Construía cada frase con sencillez y su acento seguía siendo sorprendentemente neutro, como en griego. Encandilada la audiencia por el tono, a Cinegio le interesaba aún más el fondo, pues gratamente sorprendido estaba por la claridad y la contundencia de aquel provinciano de Hipona. Difícil era encontrar aquella rotundidad incluso entre los clásicos.

Agustín siguió hablando:

—¿Por qué separas la gran bondad de un lado y la gran severidad del otro? ¿No corresponden ambas a un único Dios? ¿Acaso no es el mismo quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos, el que desgaja las ramas naturales e injerta contra la naturaleza al olivo silvestre? —Fausto, intimidado, pese a su tamaño y aparente seguridad, bajó algunos escalones, dándole en cierto modo la espalda a Agustín, huyendo de aquel lobo con palabras por colmillos. El de Hipona prosiguió con su argumentación—: La salud y la enfermedad, la abundancia y la escasez, lo blanco y lo negro, el calor y el frío, lo dulce y lo amargo. —Subió de tono hasta detener a Fausto que, cinco escalones más abajo, se dio la vuelta para atravesarle con su mirada, clavado en

sus ojos, aguantando el chaparrón. El silencio en el oscuro anfiteatro de Cartago era absoluto, posible era incluso escuchar el susurro del viento que llegaba desde la entrada—. Si entiendo que el blanco pertenece a Dios y el negro a la *hylé*, ¿dónde se escondían los cuervos cuando a los cisnes se les recubrió de blancura? O buscando otro ejemplo, hablando de temperatura, ¿acaso el calor y el frío no son ambas con moderación sanas y sin moderación dañinas? Pregunta al bárbaro del norte o al bereber del desierto qué escogen. El bien y el mal. ¡Ja! —dijo, fingiendo una carcajada—. ¿No resulta todo esto demasiado simple? ¿Acaso no es mucho más profundo el mensaje de Cristo? Aprobar a los buenos, tolerar a los malos y amarlos a todos, sin medida. Ese es nuestro deber como cristianos y no el de despreciar la espiga al extraer el grano.

IV

Salve, Cynegi, parens carissime atque amantissime.

Espero que esta misiva te halle bien a ti y mi amada prima Achantia, también a tu familia; tu madre, hermana y sobrinos con los que felizmente te habrás reencontrado.

Supongo que te hallas en Cartago, si es que aún sigues el plan que estableciste de viaje, o quizás aún en casa de tu madre en Thysdrus, si allí te has alargado más de lo previsto. Lo mismo da.

Apenas hace un par de meses que marchaste y muchas son las novedades. Quién sabe cuántas más acaecerán en lo que viva este correo pese a la imperiosa orden de que vuele.

Empecemos por lo importante: Flaccilla, Arcadio y Honorio se encuentran perfectamente. Flaccilla encinta, ojalá tras sus problemas haya cogido carrerilla y venga el tercer varón. Arcadio ya es capaz de distinguir las letras sobre el papiro y constantemente me reta con su espada de madera,

ojalá combine ambas artes mientras crezca.

Sigamos por el terremoto que sacude el imperio. Como seguro ya sabrás, Magno Máximo ha acabado con Graciano. Ese cabrón, al que deberíamos haber ajusticiado cuando traicionó a mi padre tras la revuelta de Firmo en África, es ahora el emperador de Occidente. Poco le ha costado he de reconocer en su favor. Cruzó el estrecho sin oposición, cargado con la moral del ejército que solo porta la victoria entre sus pertrechos. Habían masacrado a los pictos. La isla estaba segura y ahora iban a por la pieza mayor.

Tras solo cinco días de escaramuzas en Lutetia, Máximo, tan ducho como siempre en tales artes, se atrajo a Merobaudes a su favor y, con el magister militum *de Graciano, al resto de sus hombres.*

Probablemente la extravagante conducta de Graciano y su favoritismo con los guerreros alanos, tanto como para vestir como ellos al salir de caza, tuvieran gran parte de culpa en la traición. Solo con ellos por defensa, unos trescientos, huyó hacia Italia siendo cazado en Lugdunum donde su gobernador, Andragatio, le cortó la cabeza para enviársela a Máximo.

Que la cabeza de Graciano nos sirva para aprender la lección. Cuidado hay que tener con nuestros hombres ante cualquier favoritismo con los bárbaros, al menos colectivamente y si osamos variar nuestros usos.

Máximo me ha escrito y enviado embajadores a visitarme, aquí a Constantinopla. Igual les he recibido ya cuando leas esto. Celebra la situación, su victoria y, para engatusarme, alude al destino, Hispania y un pasado compañerismo que olvidado quedó para siempre.

Realmente ese bastardo jamás fue especialmente de

mi agrado. Tiene el cuajo de lamentar lo que le sucedió a mi padre y argumenta apesadumbrado que nada pudo hacer. ¡Falso! Bien sabemos que solo le falto ser él quien le clavara la espada.

Por supuesto, me necesita como aliado al este para asentarse en Occidente. Dice respetar también a Valentiniano, aunque los dos, como con mi padre, sepamos que miente. Le conozco bien. Aunque sencillo le resulte embaucar a cualquiera, a mí no puede engañarme. Es un lobo solitario. He sufrido su ambición. Apuesto a que ahora mismo, mientras paladea uno de esos vinos de Falerno a los que tan aficionado era, se imagina en Roma y Milán en un par de años, cinco a lo sumo.

Poco puedo hacer, en cualquier caso, pues en nada me favorece un nuevo enemigo. Mi objetivo es consolidar la posición de Valentiniano; de hecho, estoy en conversaciones con Justina, su madre, para que se haga cargo efectivo de la Iliria una vez ya pacificada y dependiendo como depende eclesiásticamente de Roma. Quiero dejar tierra quemada entre ambos si es que de tal manera puedo referirme a la cuna del imperio. Cierto es que la indomable Tracia sigue revuelta, pero imposible es acabar a corto plazo con cada tribu de bárbaros que allí se esconden.

Supongo que Máximo aceptará ceder la parte que defendía Graciano a Valentiniano. No le conviene tentar a la suerte después de todo lo ganado. Si realmente tiene pacificada Britania sumará una joya a Galia e Hispania. Importante es que sujete el Rin desde Tréveris pues su primo, el Danubio, pese a todos nuestros esfuerzos y el foedus *bárbaro, sigue débil. Muchos ostrogodos pueblan el otro margen y de helarse podrían cruzarlo masivamente. Imposible es*

defenderlo por completo.

La imagen del río helado me persigue cada noche. Espero que acabe la pesadilla cuando lo haga el invierno. Hasta el año que viene al menos.

Al este, todo parece encauzado con Sapor. Dividiremos Armenia. Poco me importa si con eso aseguramos el limes persa siempre que sea capaz de mantener la parte norte y el contacto con el Pontus Euxinus.

El sur, mucho mejor lo conoces tú que yo mismo, tranquilo, aunque con sus problemas de siempre. La maldita religión. Siento el tono y expresarme de tal forma, pero pocos más recursos tengo. El otro día murieron un centenar de judíos y casi los mismos cristianos en Antioquía, también en Jerusalén ajusticiaron a unas decenas de católicos. Y en Cirene de paganos en el templo de Apolo. Noticias sobre refriegas de este tipo me alcanzan a diario. Peleas al realizar sacrificios, riñas en las celebraciones, asesinatos de matrimonios por confesar distintos credos.

Me sobrepasa.

No porque me importe mucho que se maten de esa forma, sino porque fomenta el desorden que provoca algaradas al menor contratiempo. No existe mando. No comprendo que la recaudación no aumente cuando me aseguran que las cosechas del año pasado fueron excelentes. La de Egipto especialmente. Brindo por Serapis.

Todo está encauzado, pero más está pendiente. De muchas cosas puedo pecar, pero no precisamente de iluso. Máximo es una amenaza permanente y ojalá Sapor no se asemeje al padre.

Tampoco aseguro que cuanto escucho sea cierto o si para cualquiera que me informa culpar a otro resulte

más cómodo que enjuiciarse a sí mismo.

Por eso debo rodearme de gente leal en quien pueda confiar. Muchos son los cambios que aquí acometo. Los nombramientos de Aelia Flaccilla y Arcadio como augustos, tal y como discutimos, son de largo alcance, pero otros lo son más a corto.

Como prefecto de Constantinopla pretendo nombrar a Teodoro, aquí dudo y en la carta en la que me respondas sobre la proposición que he de realizarte, me gustaría saber tu opinión sobre ello. Seguro que resultas atinado.

En el ejército, he nombrado a Ellebico magister militum *tras su brutal desempeño en la Tracia junto a Saturnino, que se retira. Gainas continuará como* comes rei militaris, *y ojalá duren, pues su valía es indudable.*

Como sabes, Syagrio sigue en Italia y allí debe ahora asegurar la posición de Valentiniano. En el Ilírico ascenderé a Eutropio para que sirva de apoyo en tan estratégica posición al emperador.

Comes sacrarum largitionum *será el sucesor que me mencionaste, Trifolio.*

Decía que tenía que hacerte una proposición y ahí va. Un puesto importante falta de los anteriormente mencionados. El más relevante además del mío, el de mi hijo Honorio como césar o el cónsul que no tengo.

Prefecto del pretorio.

Postumiano no me aporta lo que necesito y Floro cada vez me hace menos caso y más se dedica a su mujer que al imperio. Deseando está, como tú lo estabas, regresar a Carranque. En una de nuestras conversaciones fue él quien me dio la idea mencionando que, además de nombrarte a ti, nombraría a su hija. Dos prefectos por el precio de uno. Así, además me gustaría que se lo dijeras o que

ella misma lo leyera en esta carta.

Un beso, prima.

No os pido a ambos que regreséis a Constantinopla porque realmente vuestra visita es necesaria en las principales capitales de las provincias del sur como lo es mi presencia en el limes. Por ello quiero daros plenos poderes. El mando sobre cualquier otro.

No puedes declinar tan alta distinción. Confírmame pronto, prefecto.

Con el mayor de mis afectos,

Flavio Teodosio

24

I

Alejandría, Egipto, junio de 384

El embarazo de Achantia alteró el plan establecido.

Dado que a Cinegio difícil le resultaba olvidar su mala experiencia en barco con aquella cojera continuamente recordándoselo y a que tampoco la temporada de navegación era la más apropiada para darse a la aventura con una mujer embarazada, la pareja, cautelosa, decidió viajar por tierra, pese a suponer esto una zancadilla en su carrera.

Desde Cartago hasta Alejandría, la principal escala en su viaje junto a Antioquía, debían recorrer unas mil ochocientas millas. Fácil había resultado mientras permanecieron en Occidente promediando más de treinta y cinco diarias, con Achantia entre plumas de cisne y ganso en su carruca tirada por cuatro caballos continuamente frescos.

Al llegar a Oriente todo había cambiado. En Cirene, la capital de Libia y primera ciudad de relevancia a este lado del teatro romano, habían pasado casi un mes de intendencia y organización con el objetivo de reverdecer un pasado de la ciudad ya casi olvidado como puerto relevante en las rutas Oriente-Occidente.

Desde allí, siguiendo su camino a Egipto, ya convertida su secreta misión en conversación popular, dos centurias como escolta y una legión de curiosos les acompañaban a cada paso. Difícil les suponía recorrer diez millas en una jornada, pues cuando los habitantes conocían que el nuevo prefecto del pretorio y su misteriosa mujer hispana pasaban por su aldea, pueblo o ciudad, acudían en masa para saciar su curiosidad, buscar caridad o reclamar justicia. Estos últimos eran los que más entretenían a Cinegio, esperando encontrar tanto imparcialidad, en comparación con los magistrados locales, como condescendencia, ignorando bien

con quién trataban.

Cinegio aprovechaba cada juicio como cata de terreno. Curioso, cercano y atento, preguntaba a testigos, demandantes y demandados por su procedencia, profesión, religión o conocimiento de las autoridades que les regían. Inteligente, intuía que muchos buscaban regalarle los oídos, pero pronto se extendió entre el pueblo su fama de justo ante los hechos, más allá de preferencias personales o posición de los litigantes, alguien incorruptible ante regalos o prebendas e intolerante y severo ante la mentira.

Habitual resultaba que de los más inocentes juicios salieran nuevas averiguaciones provocando que algunos notables, temerosos de las férreas investigaciones de aquel cojo loco, resolvieran viejos problemas enquistados antes de enfrentarse a su severo juicio.

Su creciente popularidad abarrotaba sus procesos y le regalaba aplausos y ovaciones en sus deliberaciones y fallos. Humano, vanidoso, con orgullo presenciaba cómo su nombre iba vistiéndose de respeto y no solo del misterio que acompaña al desconocido. Difícil le resultaba luchar ante el halago, aun siendo consciente de cuán efímero resultaba y que más se debía a su posición que a su talento.

Tres meses les costó a Cinegio y Achantia llegar a Egipto y casi otros tres llevaban ya en Alejandría. Con nuestra perspectiva quizás, junto a los pasados con Clivio, fueran de los mejores en su vida, aunque él, de carácter afortunado, solo de ese tipo recordara. Tampoco Achantia tenía queja alguna, salvo las habituales de las embarazadas.

En aquel momento no se encontraba tan bien la hispana. Sufría las primeras contracciones tras haber roto aguas. Sentada ya en la silla de parir. Poco le importaba el lacerante dolor que comenzaba a gestarse. Tampoco el sofocante calor de aquel inicio de verano, pese a ser ya noche cerrada, la brisa que llegaba desde el mar y las tres esclavas que trataban de paliarlo con enormes abanicos sin conseguirlo. Sudando a pesar de encontrarse solo al inicio de aquella pesadilla llamada parto, lo que Achantia quería era acabar con aquello cuanto antes. Ver la cara a su hijo. Sentirle de nuevo caliente sobre su cuerpo, pero esta vez sonriendo o llorando. Poco le importaba cómo, mientras sintiera su respiración y el baile de su diminuto corazón.

Atemorizada ante el destino, obligándose a tener confianza tal y como le recomendaran los médicos, concentrándose en su respiración, recordaba lo bien que había marchado su embarazo, pese al ajetreo vivido y las patadas de su pequeño aquella misma mañana mientras desayunaba.

—¡Empuja! —le gritaba el médico que la atendía asomado a la media luna de su asiento, iluminado por cuatro candelabros en cada una de sus esquinas—. Tranquila ahora, respira, ya casi está aquí. Coge fuerzas. ¡Ahora, Achantia, empuja!

Se encontraba en el palacio de Adriano, en la colina de Rhakotis que albergaba la acrópolis de Alejandría, frente al Caesareum que ahora ejercía como catedral y gobernaba Timoteo como patriarca de la ciudad tras suceder a Pedro. En una habitación que un mes llevaba preparándose para aquel momento.

Sorano, el mejor médico de Alejandría, descendiente del Sorano de Éfeso, el que allí ejerció dos siglos antes y escribió el primer tratado sobre partos, tres parteras y seis esclavas atendían a Achantia mientras Cinegio esperaba en el salón contiguo. El que llamaban del Nilo por los coloridos mosaicos que sobre el río lo adornaban. Solo, pues prefería no ser molestado y nadie había lo suficientemente allegado en Alejandría como para compartir tan frágil momento con él. Mucho menos Timoteo, abierto enemigo suyo. Suficiente hacían ambos con tolerarse.

Cinegio bebía vino sin apenas rebajar, pese a no ser su costumbre. Más ensimismado de lo habitual, caminaba nervioso hasta dejar su irregular surco alrededor de una mesa redonda de tablero de marfil y patas de oro con forma de esfinge. Asomándose de vez en cuando a una ventana que daba al *peristylum* un piso más abajo. Sin ver nada, pese a la claridad que la luna le regalaba a la noche, ni tan siquiera el poderoso haz de luz del viejo y famoso faro que sobresalía en la lontananza, en la isla a la que daba nombre tras la gran bahía alejandrina, completamente concentrado en lo que sucedía en el cuarto contiguo.

De repente el llanto de un recién nacido, un glorioso poema para Cinegio, trajo la tan ansiada noticia.

Corriendo, atropellado, sin esperar permiso alguno, Cinegio entró en la habitación encontrándose a Achantia con el niño acurrucado entre sus brazos.

—Es un varón —le dijo con los ojos, derramando felicidad y cansancio—. Aquí tienes a tu Clivio.

II

Cinegio no solo disfrutaba de Alejandría por el feliz nacimiento de su primogénito Clivio. Rendido a su profunda incoherencia, como la ballena que nada hasta la playa para morir varada, le gustaba aquella lunática ciudad, pese a ser el paradigma de lo que él perseguía erradicar. Un crisol de religiones mezclado con la gracia con la que los grandes cocineros combinan en sus mejores platos los más extraños ingredientes.

Aquel día había quedado de nuevo con Teón. El reputado director del Museion alejandrino. Probablemente el mayor rival en la ciudad del obispo Timoteo por su férrea defensa de las viejas tradiciones. El que más tarde consideraría como el mejor amigo que allí encontró al marchar. Erudito en matemáticas y astrología, no rehusaba debate sobre tema alguno y vastos eran sus conocimientos sobre cualquiera. Historia, especialmente.

Su revisión del tratado sobre los *Elementos* de Euclides convirtiéndolo en accesible para cualquier aprendiz fue el primer libro que leyó Cinegio al llegar a Alejandría. Aquello era quizás una de las cosas que más valoraba de su privilegiado puesto nuestro protagonista. El acceso inmediato a la cultura donde se encontrara, a la información, realmente, capaz incluso de viajar más rápido que un hombre. Poder.

Ya conocidos, aquel día era una ocasión especial al tratarse de su despedida.

Cinegio y Achantia esperaban desde el cuarto piso de la principal torre de palacio la llegada del maestro Teón. Excéntricos, animando con su extraño y singular proceder los rumores y tertulias de toda la provincia, disfrutaban recurrentemente de aquel espacio abierto más propio de centinelas que del pretorio. Su rincón secreto, su escape, su verdadero hogar, donde se sentían dueños de la capital de Egipto.

Desde su privilegiada atalaya, flanqueando la vía Canópica trazada por el mismo Alejandro Magno para cruzar la ciudad desde la puerta de la Luna a la del Sol, se repartían templos, palacios y

museos como las joyas en una corona.

Al oeste distinguían la alta galería porticada del templo de Serapis del primer Ptolomeo, el general de Alejandro que fundó en la ciudad su linaje de faraones. Al sur se encontraba el erigido a Isis, a la izquierda del más joven de Saturno. Al este, tras la vieja muralla que la ciudad ya había rebasado hacía tiempo, veían los cementerios y el sinuoso barrio judío disfrazado con pobres fachadas pese a albergar ricos interiores. Al norte, justo en frente del palacio, se hallaban el Caesareum ahora convertido en catedral, el teatro y un espectacular anfiteatro, y tras ellos antes de la enorme bahía, para completar el cuadro que iniciara Ptolomeo, en ese juego que a veces trama la historia en las viejas ciudades, dos obeliscos colosales, las agujas de Cleopatra, la última reina de la dinastía, soñaban con alcanzar el cielo. A lo lejos, en días claros también podía divisarse el faro y la costa de su isla. No era aquel uno de ellos pues cierta bruma escondía el horizonte. No soplaba nada de viento y hacía calor tratándose de septiembre. Sí podían distinguirse fondeados cantidad de barcos bailando el son de Neptuno.

Cruzando la plaza que les separaba de la catedral y el teatro, a pie, Teón apareció junto a Hipatia. El orgullo de su padre, su hija pequeña, la única de su segunda esposa tras haber enviudado de la primera. Su más aventajada alumna y asociada. Su presencia la había requerido Cinegio, gratamente impresionado por su elocuencia y sagacidad tras haber coincidido varias veces con ella en la biblioteca y el Museion.

Guardaba interés en que la conociera Achantia antes de partir al recordarle a ella pese a su enorme diferencia física. Sin gracia alguna, paliaba su fealdad con su desbordante talento. Ingeniosa, creativa, con sus catorce años encontraba ángulos ocultos para la mayoría y perseguía las respuestas con tenacidad. Aquello le daba el atractivo que le había negado el físico.

Achantia no había podido prácticamente abandonar el palacio durante toda su estancia. Le había costado recuperarse del parto y el desértico clima del verano alejandrino le abrumaba. Prefería quedarse en el *frigidiarium* de las termas, el suntuoso jardín o la vieja torre, cuidando a Clivio, escribiendo sus cartas y preocupada por Prisciliano. Tampoco será el momento ahora de contar su

historia, aunque próximo estaba a su terrible fin.

El matrimonio recibió a padre e hija en el *peristylum*, a la sombra de un bosque de palmas sin un solo insecto gracias al minucioso y feroz trabajo de sus esclavos. A su alrededor, en uno de los pocos caprichos que había tenido Achantia durante su estancia, imitando a su casa de Carranque, variados pájaros competían en su trino desde unas jaulas de madera pintadas de llamativos colores.

Sobre una gran mesa de hierro con tablero de mármol rosado, entre jarrones cargados de flores de loto y cañas de papiro, esperaban dulces, dátiles, uvas, melón y sandía. Para beber ofrecieron a padre e hija, junto al clásico vino, una limonada dulcificada con miel de castaño y *seremet*, una cerveza muy celebrada que elaboraban a base de dátiles.

Tras las protocolarias presentaciones una hora antes, mientras discutían sobre la ciudad y sus costumbres, bebiendo su tercer vaso de *seremet*, hablaba, como si con viejos amigos lo hiciera, Teón.

—Ya nos definía el gran Adriano a los alejandrinos en su vieja *Historia Augusta*: «Allí, los que honran a Serapis son cristianos, y están consagrados a este dios los que se llaman obispos de Cristo; allí no hay ningún jefe de la sinagoga de los judíos, ningún samaritano, ningún presbítero de los cristianos que no sea astrólogo o arúspice o curandero».

También a él le había impresionado Cinegio.

Por supuesto, inteligente, en los numerosos encuentros que habían mantenido, el egipcio no perdía la perspectiva de quién se trataba, luchando al mismo tiempo por ocultar y mantener el profundo recelo que le causaba.

El prefecto del pretorio perseguía cuanto Teón defendía. Por si esto no fuera suficiente, se mostraba orgulloso y convencido de ello defendiéndolo coherentemente en sus conversaciones. Eso le convertía en su enemigo por muy amistoso que se mostrase. El egipcio comprendía tanto como despreciaba sus argumentos. El fin último. Esa necesidad de control romana. Esa revancha cristiana hacia afrentas pasadas.

—También Adriano dice que: «El único dios al que todo buen alejandrino adora es el dinero. Aquí coinciden los cristianos, los judíos y todos, incluso los gentiles» —le respondió, siempre rápido con cualquier cita, Cinegio.

—Esa debo ser yo —intervino, desatando las risas, Hipatia—. O eso al menos dice mi padre, que es el astrónomo o arúspice que antes él mismo mencionó, cada vez que le pido algo.

—No ha de faltarte con tu talento —dijo una atenta Achantia sonriéndole, siendo sincera, pues mucho le había gustado la alejandrina pese a sus temores. Algo insegura tras el parto, celosa por cómo hablaba Cinegio del talento de aquella Hipatia, por la juventud de la egipcia, esperaba encontrarse una rival donde solo encontró a una compañera. Extraordinaria cierto era, pese a su inmadurez. Por ello se permitió, sin malicia alguna, continuar con un consejo—: Guarda bien cómo mostrarlo, pues ya conocemos la natural envidia y brutalidad de algunos hombres. Muchos temen más la inteligencia femenina que la guerra.

—Eso le digo yo también ante su natural osadía —recalcó su padre.

—Lo tendré más en cuenta viniendo de tu parte —contestó humildemente Hipatia.

Aunque por diferentes motivos, la simpatía de la alejandrina hacia Achantia era recíproca. Cierta envidia por su belleza y el clásico recelo ante el poder habían sido rápidamente doblegados por la simpatía, clase y sencillez de la hispana. Enseguida había apreciado que orgullosa, familiar, ante su protocolaria pregunta por su hijo Clivio se lo hubiera mostrado, casi recién nacido, algo nada habitual en visitas sociales.

—Seguro que mal no te viene. De todos modos, pese a ser cauta, no olvides contar siempre con un plan —prosiguió Achantia con su consejo a Hipatia—. Muchas veces, desgraciadamente, no contamos con mucho más que eso. Después de todo, estos hombres jamás nos enseñan el arte de la guerra y con nosotras solo cuentan como víctimas o rehenes en sus batallas.

—Enorme error, sin duda, escuchándoos a vosotras dos —intervino divertido Cinegio—. ¡Qué dos grandes generales tendrían el imperio y Teodosio al frente de sus legiones!

—No lo dudes querido —replicó Achantia, sonriéndole. Mientras hablaba, con una mirada, pidió a los esclavos que escanciaran más bebida a sus invitados—. Pero no nos pongamos bélicos, que mal acaban siempre esas conversaciones. Dime, Teón, ¿qué te empujó a ti al camino de los libros y no de las armas? ¿Cuándo decidiste ser

ese astrónomo alejandrino que antes mencionaban Adriano y tu hija?

—Supongo que sencillo resulta saberlo observándome —contestó Teón tras una tímida y sincera carcajada. Palmeándose su prominente barriga con gracia. Más bajo que Cinegio y diez veces más pesado, difícil era imaginarle a caballo o esgrimiendo un *gladius*—. Me halaga que creas que podría haber sido de otra manera —dijo adulador y con gracia, guiñándole un ojo a la hispana—. Desde niño me gustaron los números y perfectamente recuerdo el día que comenzó a interesarme más la noche y el embrujo de las estrellas que el día. Fue poco antes de cumplir los treinta años, hace de eso ya veinte. Cuando vestían la púrpura Valentiniano en Occidente y Valente en Oriente tras la muerte y derrota de Juliano y Joviano en Persia. —Cinegio, recordando a su padre, instintivamente se llevó la mano al medallón que ahora siempre portaba al cuello. Esa costumbre no había desaparecido nunca. Sin percibirlo, Teón continuaba—: Pues bien, aquel año se produjo un eclipse de sol en verano y otro de luna en invierno. La gente enloqueció ante tan inquietantes acontecimientos inventando los más extraños augurios. Había incluso quien se negaba a salir a la calle o los que se suicidaban para escapar a posibles finales más terribles. Igual daba a que dios se rezara, pues inmediato se mascaba el castigo para cualquiera por nuestros pecados.

—Lo recuerdo, aunque solo fuera un niño, el de sol la verdad, que no el de luna. Tenía trece años —le interrumpió Cinegio—. También en Thysdrus se vio, causando la locura. Mi tío Clivio me explicó que se trataba de un eclipse, un fenómeno natural que cada ciertos años se repetía. La interposición de la luna en la línea que nos une al sol. La sombra de la luna proyectada sobre nosotros. Incluso les pidió a mis tutores que me ilustraran las siguientes semanas sobre el tema, recuerdo algo muy importante de Aristóteles. ¿Cómo se llamaba?

—*De caelo*. Exacto, Cinegio —respondió Teón, asintiendo como el maestro complacido, felicitando con un movimiento de cabeza a Cinegio por su conocimiento y memoria—. Aquello también aguijoneó mi innata curiosidad y además de a Aristóteles estudié a Plinio el Viejo enalteciendo a Tales de Mileto o a Hiparco. Poco después comencé con el *Almagesto* de Claudio Ptolomeo.

—Brillante, Teón. Trece libros nada menos —volvió a terciar Cinegio—. Muy superior a la original en mi humilde opinión.

—Muchas gracias, aunque no lo comparta y no precisamente por exceso de humildad. Siempre resulta más sencillo mejorar un camino que ser quien lo abre —contestó Teón. Agradecido por el cumplido y al mismo tiempo enervado por el africano, pues pese a ser su enemigo, no podía evitar disfrutar de su conversación y presencia. Haciéndole confundir en grises lo que solo podía ser blanco o negro.

Imposible era no admirar la inteligencia de aquel hombre que tan equilibradamente combinaba una mente civilizada y culta con una rapidez y lucidez extrema, irrebatible en muchas ocasiones por su privilegiada memoria sobre datos, leyes y casos.

Resignándose a su natural atracción por la inteligencia, a gusto con su enemigo, Teón reanudó su discurso:

—Yo lo que buscaba era una explicación racional a tan extraordinarios sucesos y descubrir su mecánica liberándome de la ignorancia que me rodeaba. De supersticiones y falsos augurios. Liberarme del temor de la mayoría ante lo que desconoce.

—¿Y lo conseguiste? —preguntó Achantia.

—Vaya… —contestó Teón, pestañeando visiblemente al no encontrarse preparado para una pregunta tan directa—. Desde luego sí en gran medida con los astros, pero no con muchas más cosas —dijo, recobrándose. Sintiéndose desafiado, decidió no permitir que fuera aquella mujer la única capaz de jugar fuerte—. Cuanto más profundizas, más consciente eres de la imposibilidad de controlarlo todo. Por no hablar del futuro. Eso es lo que realmente me aterra ahora. No por mí, por supuesto, pues poco ha de restarme para volver a convertirme en polvo, pero sí a mis hijos. —Girándose hacia su pequeña, continuó—: A mi Hipatia y los que haya de tener si con tal gracia es bendita.

—Supongo que eso es común a cualquier padre y cualquier época. Al menos más lo siento yo ahora que hace unos meses —replicó Achantia, pensando en su hijo Clivio—. Pero, bueno, este está abierto, de nosotros depende el color con el que lo pintemos, si se convierte en oportunidad o castigo.

—Difícil veo las oportunidades para ser sincera. Para mí y los míos, al menos —intervino con cierto tono de reproche Hipatia,

alejada de la diplomacia de Teón, recordando que se hallaba entre enemigos. Olvidando la simpatía que Achantia le causara y el gris que veía su padre, acertando de nuevo la diferencia entre el blanco y el negro—. Ya hasta a veces encontramos dificultades para acudir al Museion, ni que decir tiene de cumplir con las viejas costumbres. Oscuras nubes ocultan el faro de la cultura alejandrina.

—Vamos —terció un conciliador Cinegio, sabedor de por dónde iba la hija del maestro—. Hemos dicho que no hablaríamos de guerra.

—¿Timoteo se llama la tormenta, acaso? —volvió a preguntar siempre la directa Achantia, seguidora de la escuela de Julio César y no de Cicerón en las conversaciones, acertando en la diana con sus palabras, interesada en conocer la opinión de los alejandrinos, obviando a su diplomático marido.

—Por supuesto —siguió contestando envalentonada Hipatia, sin filtro alguno—. Temo al obispo de Alejandría, pues amenaza a cualquier disidente como hace el chacal en el desierto con el resto. Él es el auténtico rey de Egipto, aún más si es el mismo emperador quien le corona.

—¿Veis lo que os decía? —le interrumpió su padre, sonriendo conciliador, temeroso del camino que tomaban las palabras de la joven—. De poco sirven los consejos que le damos. No le falta cierta razón, en cualquier caso —matizó, ante la sorpresa de Hipatia. Espoleado por la osadía de su hija y también de alguna forma por la salvaje belleza de la hispana y las ganas de demostrarles a ambas su hombría, su rebelde audacia y cierto desdén ante el poder—. Aunque su fuerza no provenga solo de vuestro apoyo, sino que se base en su influjo cada vez mayor sobre los dos principales estamentos de la población egipcia.

»Unos son los monjes cristianos del interior y su obediente grey. Los hijos de los campesinos egipcios sometidos a los latifundistas helenos desde la fundación de la ciudad. La división entre alejandrinos y aborígenes es tan profunda que hasta el segundo siglo no pudo obtenerse la ciudadanía romana sin pasar por la alejandrina. El tiempo ha convertido a la gran mayoría de esos aldeanos en cristianos furibundos, odiándonos profundamente a los alejandrinos por paganos, helenos y latifundistas.

»Su otra fuerza proviene de los marineros. El gremio mayoritario

en la ciudad. Los que aseguran el trigo anual de Constantinopla desde tiempos de Constantino. Devotos de Marcos, el fundador de la cristiandad alejandrina. Tal es el control de Timoteo sobre ellos que fueron quienes le llevaron a vuestro concilio de hace un par de años.

Un relámpago de dolor llamado Julia atravesó a Cinegio y Achantia recordando aquellos aciagos días. Estremeciéndose, cruzando una amarga y cómplice mirada, siguieron escuchando al maestro egipcio que, en medio de su enloquecida carrera, en busca de la verdad no se detenía ante el paisaje que recorría.

—Enfrente, la resistencia cada vez es menor y encima estamos mal avenidos. Nosotros, pues orgullosamente entre ellos me cuento, los paganos, nos articulamos en dos frentes que no se hablan. Primero, los de Alejandría, fieles a las viejas tradiciones griegas y romanas, orgullosos de nuestra cultura helénica y con nuestra escuela de filosofía, pese a que cada vez cuenta con más cristianos, como caballería. Segundo, los egipcios del interior que no han caído en las redes del cristianismo, ni siquiera del helenismo, y que adoran a Horus, Ra o Isis y siguen momificando a sus muertos como hace milenios. Por último, estarían los judíos, aunque solo por ellos mismos se preocupen. Si acaso vale mencionar el odio que despiertan al resto, probablemente el único nexo existente entre cristianos y paganos. En poco más somos capaces de ponernos de acuerdo. —Cobrando resuello, mirando a los ojos al prefecto del pretorio y su esposa, hipnotizado por aquel brutal esmeralda, desatado por el excelente *seremet* que no había parado de beber, vendido, sin careta ni disfraz alguno, el viejo, bajo y gordo director del Museion, terminó su alocución—: Lo que temo, mi querida Achantia, lo que provoca que no concilie el sueño por la noche, es tratar de adivinar cuánto tiempo resistiremos los disidentes viendo cómo nuestros enemigos cada vez son más poderosos. Lo que temo es descubrir cómo nos persiguen vuestras nuevas y arbitrarias leyes, las de tu primo Teodosio, las que traéis aquí tú y tu marido. Lo que temo es no poder ser yo mismo. Lo que temo es a vosotros.

III

El alegre y competitivo trino de jilgueros, canarios, alondras, mirlos

y petirrojos desde sus coloridas jaulas camino del atardecer contrastaba violentamente con el incómodo silencio que acompañó a las duras palabras de Teón en el *peristylum*.

Achantia leía en los ojos del viejo la verdad que desprendían y su miedo por el cambio que se avecinaba. No dudaba, pues, de su sinceridad, ni siquiera de sus buenas intenciones, sí lo hacía de su criterio. Profunda y amargamente.

¿Realmente era cierto cuanto pensaba? ¿Podía ella estar tan equivocada en sus convicciones más íntimas? ¿Haberse convertido en acérrima enemiga de la libertad, de la tradición, de la propia esencia del imperio?

Rebelándose, recordando sus interminables charlas con Prisciliano en las estrelladas noches hispanas, buscando en su interior las palabras para iluminar a Teón con la llama que a ella misma le guiaba, la que simbolizaba la humilde cruz de madera que escondida sobre el pecho portaba, se dispuso a contestarle.

—Siento mucho tan aciaga visión sobre nosotros, amigo Teón —comenzó diciendo Achantia despacio, con su mirada esmeralda aún fija en el maestro alejandrino, mientras se servía ella misma un par de piezas de melón y cogía un trozo de pan blanco como muestra de que no iba a acabarse allí su charla—. Nada más lejos de nuestra intención asustarte. Menos aún perseguirte o castigarte en el futuro por tus ideas y costumbres. No es esa la esencia del cristianismo en el que creemos y defendemos, sino la contraria. Lo que traemos, su mensaje cuando por todos nosotros se sacrificó, su legado, fue mucho más que simple respeto al otro. Fue el amor. Absoluto. Sin medida. Universal. Por supuesto, a los que piensan distinto como tú haces, pero yendo mucho más allá. Amor a nuestros enemigos, a los que nos calumnian y nos desprecian de la misma forma que Él amó a los que le condenaron y le clavaron en el madero. Amarlos, amaros como él a todos nos ama. Ese es su mensaje y nuestro deber. Nada nos acerca más a la verdad, a nuestro Cristo, a los buenos cristianos que el amor a los demás.

—Bonito cuento, Achantia —la interrumpió Hipatia, probablemente embravecida por el discurso y la valentía de su padre, con ánimo de plantear pelea ante el discurso de la hispana. Fingiendo una voz solemne, la del prelado en el altar, con cierta sorna, continuó—: El amor universal por los enemigos y los

delincuentes. —Tras un teatral silencio, preguntó—: ¿No traslucen tan bonitas palabras un completo disparate? ¿No eliminan nuestra propia esencia y ambición? Si no somos capaces de distinguir lo bueno de lo malo, el amigo del enemigo, ¿dónde quedan la verdad y la virtud? ¿Y nuestros propios sentimientos? ¿La capacidad humana de elegir y discernir? Nada hay más injusto que esa doctrina igualitaria, porque, si distintos somos, se debe a la voluntad de dios, ya sea el vuestro o los auténticos.

—¿De qué dioses me hablas? —le preguntó una enérgica Achantia subiendo el tono. Molesta con la burla de la alejandrina. No pensaba permitir que una niña le desviase de donde quería llegar—: ¿Júpiter, Venus, Neptuno, Apolo? ¿A ellos son a los que adoras? —preguntó, indignada—. Esos mismos que se entretienen engañándose, vengándose y peleando entre ellos o jugando con el destino y la vida de los hombres como niños malcriados —se contestó ella misma, irritada por la interrupción—. ¿Es ese el ejemplo que nos muestran? ¿El que debemos transmitir al pueblo y la sociedad? Vamos, Hipatia —se calmó—, yo hablo de otro tipo de Dios. De uno bueno y todopoderoso. Déjame explicarme antes de volver a interrumpirme.

Asintiendo, sintiendo la reprobatoria mirada de su padre, levantando la mano en señal de perdón, firmando la tregua del respetuoso silencio ante los argumentos del adversario, Hipatia abandonó la trinchera para observar desde la colina el campo de batalla y Achantia se dispuso a seguir con su explicación:

—Entiendo, Teón, que temáis una nueva era, los cambios que se avecinan, pero para mí cerrarse a ellos, aferrarse a esas falsas y viejas creencias, dioses y augurios, comparte el mismo fondo que hace unos minutos denostabas en las falsas explicaciones ante lo desconocido que sucede en el cielo, ante los eclipses de sol o de luna. Negarse a ver la realidad. Tú te hiciste astrólogo persiguiendo la verdad de las estrellas, ojalá por la misma razón abraces la fe cristiana. Reflexiona. Rechazáis el mensaje del amor, la caridad y la justicia por simple aversión al cambio, por el miedo a complicaros vuestra simple y cómoda existencia. Por evitar los problemas que conlleva y de esa forma poder dedicaros en plenitud a una vida de contemplación y estudio, ¿es esto justo acaso? —Achantia hablaba ahora tranquila, alejada de la agresividad exhibida con Hipatia,

variando la mirada entre sus interlocutores, segura de su posición, con la confianza de la coherencia y la fuerza de creer en algo que es intrínsecamente bueno.

Mientras la hispana comía un trozo de melón y bebía un trago de limonada, Teón e Hipatia le escuchaban atentamente y Cinegio, enamorado, orgulloso, seguía cada uno de sus pasos y palabras como el galgo la carrera de la liebre. Achantia, sin reparar en sus interlocutores, centrada en su discurso, poco a poco subiendo el tono, continuó:

—Creéis que poco tenéis que ganar y mucho que perder cegados por el egoísmo, parapetados en vuestra privilegiada posición, pero bien podríais haber sido pobres, incluso esclavos si el misterioso azar del nacimiento os hubiera deparado una suerte adversa. ¿No preferiríais entonces encontraros entre cristianos? ¿Que se espoleara desde cualquier púlpito las enseñanzas del que despectivamente llamáis Galileo? ¿Acaso no predica el buen cristiano con el ejemplo?

—Claro que lo hace —la interrumpió, valiente, Teón, revolviéndose ante la incontestable rotundidad argumental de la hispana como el pez que da sus últimos coletazos atrapado en la red del pescador. Sin percatarse de cuán tupida era esta y por ello tranquilo, siguió adelante en su perdida pelea—: Como lo hace cualquier otra buena persona independientemente de su religión. Persiguiendo la virtud como ya predicaban mucho antes que Cristo, Sócrates o el estoico Séneca. Ni siquiera vuestro Dios es genuino, pues, pese a los esfuerzos de Pablo de Tarso por universalizarlo, no deja de ser el Dios de los judíos. ¿Cómo puede ser que solo se preocupara por una raza durante milenios declarando a Israel y los judíos su pueblo, su hijo predilecto, y de repente enviara a su hijo para unirnos a todos?

»No tiene sentido alguno. ¿El mismo Dios celoso de otros pueblos o que vengó el pecado de nuestros gobernantes egipcios en sus inocentes hijos primogénitos en tiempos de Moisés es ese Dios del amor del que me hablas? Nada es nuevo en vuestro mensaje de búsqueda de la verdad y el amor. Mucho mejor se adapta a ello el Creador que nos describen Homero o Platón. Achantia, puedes tener razón en que mucho más admirable sea este Dios Uno que los que pueblan el Olimpo, pero ¿no les acercan a estos sus debilidades más al ser humano? ¿No reflejan además mejor los dioses a los pueblos

que representan?

—Muchas son las cosas que mezclas y difícil es detenerse en cada una —le contestó sonriendo Achantia, ansiosa por destapar con sus palabras sus argumentos como hace el espectador atento el truco al mago sorprendido—. Iré a lo principal por no entretenernos en detalles. Como segura estoy de que bien poco tienen que ver, Teón, el Creador de Platón u Homero, con nuestro Dios. Aquellos recomendaban perseguir el bien como mera practicidad y forma de vida; Cristo, mientras tanto, nos ofrece ser inmortales. La necesidad de ser justo, humilde, puro y amar la virtud, independientemente de cuán caro nos resulte en esta mísera existencia para así alcanzar la gloria eterna. ¿Quién puede igualar esto?

»El viejo mundo romano estaba vacío hasta que el mensaje de Cristo llegó para salvarlo. Siglos lleva cocinándose, conquistando corazones, sacrificando a los mejores, hasta que, por fin, Teodosio puede servirlo a la humanidad entera. Bien vale la pena forzar su llegada, imponerlo incluso si es necesario, pues nadie estaba seguro antes. El imperio temblaba al observarse en el espejo de la historia. A nadie rendían cuentas los caudillos y los poderosos y hasta el más rico arbitrariamente podía ser despojado de sus riquezas. Los matrimonios lo eran solo en propiedades, pues compartían lecho según el capricho con el que se levantaban. Los padres compraban, abandonaban o vendían a sus hijos según sus propios intereses. Los más pobres, los esclavos, solo esperaban la oportunidad de vengar sus oprobios como demostraron en numerosas ocasiones. Hasta los más jóvenes temían a la muerte y todos, sin excepción, el ser traicionados.

»Grecia nos legó el arte y la belleza, Roma el orden y la ambición, Cristo es quien ha de dejarnos el amor, la justicia y la verdad. Prometiéndonos la vida incluso después de la muerte. La felicidad simplemente al perseguir su doctrina, pues quien ama el bien ama a Dios convirtiéndose en su hijo. Eso nos impulsa a ser mejores con los demás que con nosotros mismos. Crea riqueza entre la pobreza.

»¿Y tú, inteligente Teón, flamante maestro del Museion alejandrino ante este mensaje, ante la verdad, temes que tus hijos no puedan sacrificar en el futuro toros o pájaros? ¿O que los campesinos de Tebas no puedan continuar idolatrando a dioses

cocodrilo o chacales? ¿Te detienes en si este mensaje es auténticamente judío o gentil? ¿De verdad no eres capaz de ver, de palpar, lo que el triunfo del mensaje de Cristo, del Galileo, a la larga significa? Si tan ciego eres, bien haces en temernos.

25

I

Antioquía, Siria, diciembre de 384

Cinegio, descansado en la terraza de sus habitaciones, alojado ya en el palacio imperial de Antioquía, en el que residió Valente justo antes de marchar hacia su muerte en Adrianópolis, podía recordar prácticamente cada jornada desde que había abandonado Alejandría.

Disfrutaba viajar desde que con su tío Clivio comenzara a hacerlo tantos años antes. Saboreando el incómodo traqueteo sobre la calzada o el camino, viendo pasar los árboles, cruzar los arroyos o ríos, adivinar las especies de los pájaros que sobre su cabeza cruzaban, las formas que las nubes dibujaban, el tipo de cultivo de los campos, los inquilinos de las cabañas y poblados, o la perspectiva del paisaje y el horizonte que habría de hallar tras cada recodo del camino.

Viajar vaciaba su cabeza liberándole de pensar produciéndole la sensación contraria a las noches de insomnio. De viaje todo eran oportunidades y escasos los peligros. Le regalaba la paz de pensar en lo nuevo y olvidar lo viejo, de descubrirse a uno mismo diferente cada día.

Tras aprovisionarse y prepararse en la vieja Menfis, en cuyo encanto bien valdría detenerse si no quedaran tantas cosas por contar, cruzaron el mágico Nilo en su época de máximo esplendor, en la que todavía los egipcios llamaban estación de Akhet o Ajet, la de la inundación, la que atribuían a las lágrimas de Isis por la muerte de Osiris, aunque Diodoro Sículo, otro griego buscando explicaciones, lo refutara en su *Bibliotheca historica*, culpando del cíclico suceso a las lluvias que cayeran en las montañas de los pueblos nubios al sur.

Desde allí tomaron la vía Trajana Nova, otra indeleble huella de

Trajano, el Camino de los Reyes cruzando el desierto. La había comenzado al anexionar a los nabateos para ensanchar el imperio con una nueva provincia, la Arabia Petraea, terminándola seis años más tarde.

Allí sorprendieron a Cinegio por desconocidos los nómadas nabateos del sur. Aquellos que cruzaban como si de una pradera se tratase el crudo desierto árabe. Sus auténticos dueños, pese al esfuerzo de Trajano.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Cinegio al notar la parada de su carruca, cuando no tocaba, aún lejos del atardecer. Quince millas antes habían dejado una *mansio* en la que se habían detenido para almorzar tras haber salido al alba.

Asomado sobre la calzada empedrada que medía seis pasos de ancho permitiendo la doble dirección, no distinguió nada en la lontananza más que arena, tierra y algún lejano arbusto, ni siquiera alguna torre de las que se utilizaban para señales o los miliarios que la medían.

—Nabateos —contestó lacónico Pomponio Flato, el capitán del manípulo que lo escoltaba—. Lo mejor es dejar que se pierdan, pues indescifrable es su conducta —añadió.

—Pero no distingo más de cincuenta hombres desde aquí —calibró un sorprendido Cinegio—. No creo que se atrevieran a desafiarnos ni igualándonos —concluyó.

—Cosas peores han hecho, *illustris*. Mejor es no tentar a la suerte. —Ante la inquisitiva mirada del prefecto, sabedor de su curiosidad, mientras observaban cómo los árabes, o mejor dicho la nube de polvo que les perseguía se perdía en el horizonte, el *manipulario* Pomponio le relató cuanto sabía—: Las costumbres de estos nabateos convierten a los hunos en civilizados. A ningún lugar llaman su casa y en ninguno permanecen salvo para comerciar con lo que transportan o necesitan.

»Solo marchan varones y si en alguna de sus paradas triunfan con alguna mujer, de ellas se prenden para siempre, sin serles jamás infieles con otra, aunque las abandonen a su marcha. A ellas regresan en futuras paradas, cortejándolas y agasajándolas con regalos, por lo que siempre son bienvenidos, aunque ellas ya estén comprometidas. Si de su fugaz unión algún hijo naciera, lo sustentan con ellas hasta que a los siete años lo incorporan a la

caravana y si ven que el grupo mengua no dudan en robar algún otro que se crucen por el pueblo y como uno más es tratado. Si alguno enferma o envejece lo abandonan en algún oasis a su suerte con un puñado de dátiles.

—En eso se parecen a los hunos, entonces —terció Cinegio—. ¿Y dime Flato, a quién adoran?

—A Hubal, al que llaman Alá, también a un trío de diosas que creo que son sus hijas. —Pomponio Flato, fiel seguidor de Mitra como muchos de sus compañeros, parándose, decidió inteligentemente cortar aquel tema, pues temía que pudiera traerle algún problema conociendo las querencias del prefecto—. Aunque mucho caso no me hagas, pues yo me pierdo en estos temas religiosos.

—No te preocupes —le dijo un afable Cinegio, intuyendo su reparo—. Continúa, ¿qué más sabes de ellos?

—Sé que son extremadamente limpios, pese a que nunca se afeiten, y extraordinariamente alegres, pues fácil se escuchan sus risas, coros y música en la quietud de la noche e incluso sus historias, aunque nunca hablen ni del pasado ni del futuro. También sé que conocen el desierto como nadie, que si los ves subir a un alto es que se avecina una tormenta de arena y que de necesitar agua has de tratar de seguirles, pero tomando todas las precauciones posibles, pues jamás puedes de ellos fiarte. Lo mismo te reciben como a un hermano de encontrarte perdido como atacan a un manípulo como el nuestro siendo solo un tercio. Imposible es descifrar sus razones al depender del azar, los augurios o a quien tengas la suerte de parecerte. Hazme caso, *illustris*. Mejor es perder algo de tiempo y que capten nuestro respeto deteniéndonos.

Dejaron atrás la singular Petra, la ciudad que convertía la roca en arte y el desierto en jardín, algo tristes al comprobar cómo las heridas del terremoto que la había devastado dos décadas antes seguían supurando, pensando qué difícil resultaría que recobrase su esplendor.

Siguieron ascendiendo por Palestina, entrando en la vieja Idumea por la fortaleza de Masada, el último gran reducto judío en su rebelión contra Vespasiano y Tito tres siglos antes, y continuaron hacia Judea con destino Jerusalén dejando a su izquierda el gran lago Asphaltites donde muere el río Jordán. Un lago único, tan

enorme como el mar y mucho más salado que este, tanto que más parece mina que agua e imposible resulta ahogarse en él.

Según ascendían, la naturaleza cada vez se mostraba más amable, pintando el paisaje de colores, cultivos y hombres. Constantes resultaban las invitaciones al paso del prefecto de los colonos romanos y potentados fenicios, egipcios, árabes e incluso griegos. Casi imposible era encontrarlas de judíos y no solo por su escaso número desde que habían sido expulsados por Adriano.

¡Qué raza esta!

Si única es su historia, mucho más lo es su carácter. Ese que provoca que estorben en cualquier lugar del imperio. Al que acompañaba el desprecio y la envidia del resto, incluso el aborrecimiento. El que provocó la curiosidad de Cinegio buscando una explicación ahora que pisaba la tierra que propia consideraban. Reuniéndose con ellos, leyendo sus libros, mientras viajaba por Judea, Samaria y Galilea.

En sus lecturas y entrevistas alguna cosa aprendió.

Que nadie podía negar su antigüedad y cómo hasta Roma sobrevivieron a pesar de vivir rodeados de las más grandes civilizaciones. Siempre cerrados como las almejas que no ceden al vapor del agua. Odiando a todos. Peleando contra el mundo o entre ellos. Sin descanso. Astutos, fieros, desconfiados, arteros, crueles. Cerrados al progreso, a la civilización, a cualquier cosa que no fuera su palabra o sus escritos. Guiados, y esta es su peculiaridad, lo que les distingue del resto como hacen las púas con el puercoespín, no por un afán de independencia, control o riqueza como los hispanos o britanos, sino estrictamente por su fanatismo religioso. El que les hace estar convencidos de ser «el Pueblo». Los escogidos de Dios. De su Yahvé.

Tan arrogantes como los emperadores o faraones que como dioses nacieron, los judíos se distinguen de los demás pueblos como la raza elegida. Hijos de un dios superior al del resto por el que, ciegos, se lanzan al combate contra cualquiera, independientemente de su tamaño o recursos. Testarudos ante la historia y la constante derrota de la que nunca escapan, atribuyendo esta a sus pecados y no a la estadística. Mortificándose con leyes y más leyes que les dividen y encadenan perpetuando su tristeza y constante insatisfacción.

Ahora, aquellos con los que se entrevistaba Cinegio, altivos rabinos guardianes de la verdad, cultos, inteligentes, los que con alegría expulsaban de las sinagogas a cualquier no ortodoxo, no atravesaban su mejor momento. Encerrados en su realidad, con el Talmud como guía, desconfiaban de todos. Por supuesto, también de Cinegio, por romano y por cristiano. Más por lo segundo, pese a sus coincidencias, pues les acusaban de haber robado su viejo libro y dios para crear el suyo propio. Un sucedáneo. Un Mesías universal que solo a ellos debía pertenecerles. Nada extraño en cualquier caso pues hasta a sus correligionarios dispersos por el imperio criticaban considerándolos débiles, traidores e idólatras. Exigiéndoles su deber de vuelta a Palestina para recuperar su tierra.

No, tras conocerlos, Cinegio no envidiaba a los judíos, pues convencido estaba de que jamás encontrarían su lugar salvo que fueran capaces de someter al mundo entero.

II

Tanto como nabateos y judíos impactó a Cinegio la entrada a Antioquía.

Tras cruzar su puerta sur, esculpida en granito egipcio como si un templo del Nilo custodiara, dos millas entre pórticos daban acceso a la capital de Siria. Tiberio fue quien se lo inventó como la mayor parte de la ciudad, cuando albergó hasta medio millón de habitantes y rivalizaba con Alejandría e incluso la misma Roma. Antes y en honor a Dafne la había creado el primer Seleuco, otro general macedonio de Alejandro que, como Ptolomeo, fundaría su propia dinastía para gobernar media Asia, el apodado como Nicátor, el vencedor.

En dirección al mar, que se encontraba a unas veinte millas al oeste, emergía abruptamente sobre la llanura el monte Silpio. Allí se advertían las *villae* de los *clarissimi* con sus jardines en cascada desafiando a la naturaleza. En lo alto del monte también se distinguía al venerado Charonion, una cabeza de Caronte, el barquero del Hades, que Antríoco, un viejo rey seleúcida, ordenó esculpir sobre la roca para aplacar la salida de tantas almas para el inframundo tras una terrible epidemia de peste.

Cruzada la majestuosa y tumultuosa entrada, al llegar a la

ciudad, en medio de un enorme y concurrido mercado, refulgía elegante sobre una colina un viejo templo en honor a Zeus, frente a él estaba el ágora, la celebérrima escuela de retórica en la que descollaba Libanio y a pocos pasos los foros de Tiberio y Valente. Tras ellos se bebía de un manantial según una tradición tan vieja que se remontaba a Alejandro. Esta misma agua daba también para albergar termas y piscinas de curativas propiedades como todo noble manantial que se precie. Trajano y Domiciano eran los que habían hecho las más espectaculares. Cinegio pudo comprobar que el agua, si no mágica, al menos sí era fresca y estaba bastante buena.

Tras cumplir debidamente con la tradición, sobre un espectacular puente construido por Trajano, se cruzaba a una isla sobre el mismo río Orontes. La corona de Antioquía que albergaba el palacio fundado por Diocleciano y posteriormente utilizado por Valente. Sobrio, elegante y de estilo marcial. También engalanaba aquella isla un anfiteatro, el circo, cantidad de establos donde se criaban muchos de los caballos más valorados del imperio y, sobre todo, la Domus Áurea, una catedral octogonal de dorada cúpula comenzada por Constantino y terminada por Constancio.

En medio de aquel paraíso, desde sus habitaciones, en una terraza sobre el río y de cara a la ciudad, la que se había convertido en la nueva torre de Alejandría de la pareja, con el mar en la distancia, Cinegio se ordenaba a sí mismo y al imperio.

Suficiente había visto ya para comenzar a tomar decisiones. Allí iniciaría una frenética carrera en la que en sus tres años como prefecto de Oriente redactaría más de cincuenta edictos y derogaría muchos más. Inteligente, práctico, emulaba conscientemente al gran Cornelio Tácito y su *Corruptissima republica, plurimae leges*.

En los primeros edictos *de decurionibus*, una de sus principales obras como cuerpo de leyes, simplificaba procesos, asignaba poderes y responsabilidades a los funcionarios y reestablecía el consejo e intervención de los curiales en el gobierno civil. Completaba su obra como *comes sacrarum largitionum*. Eso era lo que más le preocupaba, por encima de la religión. Aquellos problemas que había descubierto en la visita a su madre en Occidente y que se repetían en cualquier ciudad o pueblo de Oriente. No era sostenible aquella dejación de funciones, aquella

corrupción de la norma y burocracia ingente. Villas y ciudades languidecían en un barbecho eterno. Debían ponerse a producir.

Padre además de prefecto, también disfrutaba en Antioquía de los seis meses que había cumplido ya Clivio y del buen momento de Achantia, encantada en la ciudad, un bastión niceno de vasta tradición cristiana, tanto como para ser allí donde se había acuñado ese nombre para los seguidores de Jesús.

Cinegio observaba a Clivio con devoción, agradeciendo que comenzara a interactuar de alguna forma, cogiéndole el dedo o riendo ante sus bromas. También agradecía el supuesto parecido con su madre, aunque él no lo viera del todo cierto. Por ejemplo, desafortunadamente, los ojos eran suyos; rasgados, profundos, enterrados en las mejillas, pareciendo siempre sonreír. De la madre era el resto: la altura, el pelo castaño rizado, las graciosas pecas en las mejillas, la nariz respingona y la boca redonda. Ensimismado, pasaba las horas el padre queriendo captar cómo crecía redondo y fuerte, envidiando la simplicidad de su vida, su bienestar con lo básico. Comer, defecar y dormir. A eso se restringía el mundo. Aquel mundo que reinaba en chozas, palacios, islas y desiertos. El auténtico y eterno.

Aquella maravillosa calma la rompió Achantia.

Una fatídica noticia llegó desde Burdeos.

—¡Te lo dije! —gritaba descompuesta recorriendo la terraza de esquina a esquina, tirando cuanto se cruzaba—. Sabía que sucedería. Todos están vendidos. ¡Cobardes, malnacidos! —aullaba, gemía, chillaba—. ¡Vergüenza me dan la mayoría!

—¿Qué? —se atrevió a preguntar Cinegio, que había avistado la llegada de un torbellino mientras trabajaba en un escritorio que hasta la terraza había hecho llevar.

Era una pregunta estúpida, o sin necesidad de respuesta al menos, pues con tino intuía que había de tratarse de algo concerniente a Prisciliano. Ninguna otra cosa alteraba a Achantia de aquel modo y pendiente estaba de conocer el veredicto de aquel tribunal.

Supongo que esta es la ocasión idónea para contar lo que con él acontecía, pues, aunque siempre estuviera presente en las vidas de nuestros protagonistas, en sus conversaciones y discusiones, entre los pensamientos que ocupaban sus noches de insomnio, entre sus

esperanzas y temores, poco más de él se ha relatado desde lo que hiciera Aelia Flaccilla en Tesalónica sobre su juicio en Caesaraugusta, en el que había sido declarado culpable sin ni siquiera presentarse.

A corto plazo, poco le había afectado aquel revés. Sus amigos Instancio y Salvanio le consagraron obispo de Abula un par de años más tarde. Aun así, desde aquel día, constantemente había tenido que defenderse del lusitano Itacio de Ossonoba y de Hidacio, la cabeza de la diócesis hispana que ya le había llevado al juicio previo y no le reconocía como obispo, aborreciéndole por sus poderosos contactos, indisciplina y prácticas poco ortodoxas. Por desafiar el orden establecido. Por su predicamento entre las capas sociales más altas y la admiración de las más bajas.

Las quejas de Prisciliano por esta injusta persecución habían llevado a Graciano, empujado por Teodosio, a ordenar a Macedonio, su *magister officiorum*, que le confirmara en Abula y expulsara a Itacio de Ossonoba de Hispania. En ese punto, victoriosa, creyó Achantia que su amigo Prisciliano había ganado la guerra cuando solo se trataba de una batalla.

Itacio no se amilanó, y con el apoyo de gran parte de la jerarquía eclesiástica hispana y gala, y el cambio de poder en Occidente y la llegada de Magno Máximo siguió en su persecución hasta que logró en Roma, por parte de Dámaso, la admisión de un nuevo juicio contra Prisciliano.

Prisciliano viajó a Roma sin ser recibido por Dámaso, tampoco en Milán por Ambrosio. A ambos había escrito Achantia sin más recompensa que buenas palabras. Cobardes.

Del papa Dámaso, pese a supuestamente ignorarle al no recibirle, Prisciliano al menos consiguió que su juicio no fuera en la Hispania que regía Hidacio. Por eso se había celebrado en la Aquitania. En Burdeos.

—¡Hereje, así le declaran! ¡Así les declaran a todos! —seguía gritando Achantia. Roja, despeinada, estirándose las mangas de su túnica, tirando al suelo cuanto se encontraba a su paso, frenética.

Junto a Prisciliano habían juzgado a los que le acompañaban en Burdeos. Muchos conocidos, amigos y algunos familiares de Achantia. Fieles que no habían querido abandonar a su maestro para compartir la suerte de su destino. La pena asociada al

veredicto eran la muerte o el destierro. Achantia seguía gritando:

—Les acusan de prácticas maniqueístas y *maleficium*, nada menos. ¡Como si la abstinencia, el ascetismo o la privación fueran magia negra! ¡Malditos perros envidiosos! Nada pueden reprocharle.

—Tranquila —le dijo Cinegio, comenzando a comprender su histerismo, la gravedad de aquello. Aquel juicio no era el de Caesaraugusta cuatro años antes. Aquí Prisciliano se había implicado al máximo y su derrota era incontestable. Sobreponiéndose, cumpliendo con su papel conciliador, consciente de las consecuencias de tal sentencia, trató de terciar para calmar a su esposa—. Jamás ha muerto obispo cristiano alguno y mucho menos siendo católico y juzgado por nosotros mismos. Aún podrá apelar a Dámaso en Roma e incluso a Máximo en Tréveris.

—¡Claro! —le gritó Achantia, dirigiendo hacia él su ira contenida—. ¿De esos bastardos son de los que ahora debemos fiarnos? Dime, Cinegio. —Le miró fijamente a los ojos, despechada, escupiendo mientras hablaba, poseída—: ¿Hubieras dejado que me hubieran condenado a mí de estar con ellos? ¿Tú, *illustris*, noble prefecto del pretorio de Oriente? Mejor aún, ¿lo hubiera permitido mi primo el emperador? Con su púrpura y su coraza de oro refulgiendo al sol. Con su corona y su cetro. ¡Mentira! ¡Todo es mentira! Tenía que haber acudido a Burdeos con Aelia Flaccilla, tal y como le dije. Insistirle cuando ella se disculpó excusándose siempre con sus labores como esposa, madre y el trabajo que hace con enfermos y hospitales en Constantinopla. Incluso haberme ido sola de ser necesario. Dejarte a Clivio con la nodriza y marchar.

»Demasiado he confiado en que Martín de Tours, con su elocuencia, contactos y capacidad, defendiera noblemente nuestra causa, pero está claro que aún más poderosos son nuestros enemigos. Tenía que haber ido. Esa era la forma de involucraros, pues ciegos y sordos os habéis mostrado con la injusticia llamando a vuestra puerta. Solo os preocupáis por vuestros intereses. Prisciliano es un hombre bueno, bueno… Es todo basura. Para nada sirve vuestro poder. Para nada.

Empezó a sollozar, haciendo pucheros mientras miraba al suelo, súbitamente derrotada, sentándose derrengada en uno de los divanes de espaldas a Cinegio, negando con la cabeza la realidad,

apoyándola sobre sus brazos desesperada.

—Vamos, Achantia, sabes que yo nada puedo hacer —se excusó Cinegio de forma tan suave como irrefutable, acercándosele, sentándose a su lado y pasándole la mano sobre el hombro para atraerla hacia él consolándola—. Es algo que le he repetido en cada encuentro o carta que con Teodosio me he cruzado. También sobre esto he escrito a Hidacio, Dámaso, Martín y Ambrosio. Incluso a Agustín, ahora que está entre Roma y Milán.

—¡Harta estoy de escuchar eso! —replicó, levantándose de nuevo airada—. Lo mismo por parte de todo el mundo. —Volviendo a sentarse, meditando, recomponiéndose, continuó—: Palabras, palabras, palabras. Veremos si ahora seguirá siendo así. Prisciliano, como tú señalabas, me dice que utilizará el *ius provocationis*, apelará al emperador, a Máximo en este caso. Eso, por lo pronto, paralizará el juicio y las penas de Burdeos. No acatará las acusaciones sobre él vomitadas y más confía en el trono que en la cruz, aunque Martín, el panonio de Tours, le advierta del riesgo. Convencido está de que su petición será aceptada, pues la mayoría se lavará las manos como Pilato temiendo salir represaliado por cualquiera de los bandos. —Levantando la vista, observando fríamente a Cinegio, midiéndole, continuó—: Ha llegado el momento de demostrar las querencias. Harta estoy de solucionar los problemas del resto.

»De la falsa de la emperatriz Justina y sus peleas con el soberbio de Ambrosio o de la fragilidad del maldito limes del Danubio. De si aquel merece una provincia y ese otro perderla. De si esta curia o aquella. De leyes e impuestos. Ahora es cuando debemos probar nuestro poder e influencia. Mi primo el primero con Flaccilla como gran aliada. Espero que no sea débil e insista. Siempre ha sido demasiado buena. Necesitará ayuda. Recoge cuanto necesites, Cinegio, me da lo mismo en qué andes, partimos inmediatamente hacia Constantinopla.

Y levantándose, urgida como si hubiera oído el desgarrado llanto de Clivio, le dio la espalda y abandonó la terraza.

26

Constantinopla, diciembre de 384

Tenían prisa y la comitiva prácticamente no se detuvo hasta la capital. Viajando incluso con caballos de refresco algunas jornadas para evitar en la medida de lo posible detenerse en las postas. Dos semanas tardaron en recorrer las aproximadamente novecientas millas de distancia. Un suspiro comparado con el ritmo al que estaban acostumbrados.

Tras cruzar la puerta de Bronce, recibidos por amigos y familiares en el patio del Augustaeum entre gritos, abrazos y lágrimas celebrando efusivamente el reencuentro, y conocer al pequeño Clivio, Achantia atacó:

—Tenemos que hablar, Teodosio —le dijo mientras abrazaba al emperador.

Teodosio, intuyendo con acierto la razón y desazón de su prima, se encaminó directamente hacia el palacio de Dafne, su residencia, situada en la parte occidental del palacio, la que conectaba con el Hipódromo por un pasillo privado.

Ascendieron a la planta noble por la escalera situada frente a la entrada. Tan espaciosa como para permitir que ocho personas lo hicieran al unísono. Directamente, y para sorpresa de Cinegio, que a duras penas seguía el ritmo del resto, el hispano se dirigió al salón imperial, una espectacular sala octogonal de redonda cúpula. Antes que él, entraron junto a Teodosio, Aelia Flaccilla, Achantia, Floro y María.

La elección del salón, aunque extraña, pues normalmente las reuniones familiares se daban en la alcoba junto a su dormitorio, no desagradaba al africano, porque, paradójicamente, aquella sala le resultaba tan magnífica como íntima. También poderosa. Cargada de autoridad como la nube oscura.

Haces de luz estratégicamente situados se reflejaban sobre el bastón de Baco, la dorada armadura del emperador, banderas, hornacinas, jarrones, tapices, mosaicos, mesas y estatuas. Destacaba

por su belleza e historia una escultura de Dafne, que le daba nombre al palacio, traída de Roma por Constantino.

El emperador, una vez todos acomodados, con los esclavos fuera de la sala, no se amilanó.

—Todo es bastante caótico. Una locura desde la muerte de Dámaso.

Discúlpese la interrupción al discurso de Teodosio, pero es que un papa había muerto dos días antes. El del más largo pontificado tras Silvestre y Pedro hasta aquel momento. Dieciocho años y setenta y un días exactamente. Exitoso, pues innegablemente dejaba una Iglesia católica más poderosa e influyente, quizás ayudado por las circunstancias, como casi siempre se dice de los que triunfan.

Sin duda el mayor logro del hispano Dámaso, observándolo con cierta perspectiva de la que nuestros protagonistas allí no disfrutaban, sería el de unificar los libros que hasta ese momento se consultaban en uno solo. Una nueva traducción de la Biblia al latín, la primera propiamente dicha, que sustituía a la Vetus Latina cada vez más extravagantemente interpretada y traducida. La lista, de cuarenta y seis libros del Antiguo Testamento y veinticinco del Nuevo, la escogió un concurrido sínodo celebrado en Roma. Aquel libro pasaría a la posteridad como la Vulgata.

Mérito tan egregio no puede solo atribuirse a Dámaso. Ni siquiera la mayor parte. Este, como en todas las obras legendarias, debe por justicia corresponder al autor pues bien cierto es que, sin una mano maestra que lo plasme negro sobre blanco, muchos son los encargos como ese que languidecen o ni siquiera se culminan. La mano de la Vulgata fue la del erudito y talentoso historiador Eusebio Hieronimo, Jerónimo de Estridón.

Volvamos ahora con Teodosio.

—Ambrosio se inclina por Siricio como nuevo sumo pontífice, pese a que su secretario particular, Jerónimo, parte con la ventaja de ser más popular —seguía diciendo el emperador ajeno a nuestra disertación, aunque mencionara al mismo protagonista.

—¿Y Valentiniano qué opina? o tal vez sea mejor preguntar, ¿y Justina? —indagó Cinegio, consciente de que la madre del emperador era quien tomaba las decisiones en la corte de Milán.

—Poco importa —le contestó tranquilo Teodosio—. Como bien sabes, suficiente tiene en su pelea con Ambrosio. Ni siquiera

consigue que le reconozcan a ese obispo arriano suyo, Auxencio, como para decidir el papa.

La contestación había sido algo seca. Cinegio, observándole sentado, reclinado en su diván, reparó en cuánto había envejecido su amigo en el algo más que el año que había transcurrido desde su marcha. Poco en su porte, pues seguía siendo apuesto y vestía elegante una túnica banca de lino floreada de oro sobre su púrpura capa. Algo en su pelo y barba cada vez más plateados. Enormemente en su cara, especialmente en sus cansados ojos, menos brillantes, con los párpados algo caídos, asemejándose cada vez más a los de su padre al arrugarse en su contorno lo que antes era terso. Mostrando el alto tributo a pagar por dirigir un imperio.

—Ambrosio es quien manda ahí —prosiguió Teodosio—. Estima enormemente la valía de Jerónimo y por eso mismo no cree que sea el más adecuado. Demasiado inteligente y terco. Demasiado bravo. Como él. Más difícil de manejar que cualquier otro candidato.

—Quizás no sea tan malo para nosotros. A Jerónimo me refiero —dijo, pensando en lo que aquello implicaba, Cinegio. Al contrapeso que frente al poderoso Ambrosio representaba la presencia de un Jerónimo.

También en el mérito de uno y otro para ocupar el cargo, pues de Siricio apenas tenía referencias más que como un funcionario más, mientras Jerónimo era un hombre de intachable reputación y sabiduría. Famoso por recitar de carrera a latinos y griegos y por sus tratados sobre religión, filosofía e historia. Admirado hondamente por Cinegio como autor, pensador y amigo.

—Claro que no —cortó aquellos pensamientos de raíz Achantia —. Creía que su entronización se daba por hecha —continuó, alzando el tono súbitamente encolerizada—. Claramente se ha posicionado él a favor de Prisciliano. En mucho se asemejan ambos, pues también él daba clases y se rodeaba de mujeres en su estancia en Antioquía y muchos años vivió el retiro como cenobita en Aquileia. Jerónimo es inteligente, culto, justo, congruente. Imposible sería encontrar un candidato mejor. ¿Acaso puede no serlo? ¿Prefiere ahora la Iglesia católica, el gran Ambrosio, que la lidere un monigote antes que un maestro? —Achantia hablaba sin detenerse. Como el volcán en erupción. También ella conocía a Jerónimo perfectamente y de nada a Siricio. No podía reprimir

cierto histerismo. Perdiendo de algún modo aquellas formas habitualmente exquisitas, mirando fríamente a su primo e ignorando a su marido. También a su amiga Flaccilla, que hasta aquel momento no había intervenido.

—No está tan claro, Achantia. No solo Ambrosio prefiere a Siricio —intervino la emperatriz, respondiendo a la inquisitiva mirada de su amiga—. Muchos se oponen a Jerónimo conociendo sus extravagancias. —Observando a Achantia con sus profundos ojos azules, inocente, disculpándose por la crudeza de la vida, resignada, continuó—: Bien conoces lo que hay, Achantia, y en innumerables ocasiones hemos hablado de ello. No difiere mucho de lo de Prisciliano, aunque el maltrato y la injusticia de la jerarquía en un caso niegue un premio y en el otro ejerza un castigo.

—¡No me lo recuerdes! —exclamó Achantia—. Cada vez que pienso en ello me ahogó —dijo dramáticamente.

—¡Vamos! —terció Teodosio, levantando las manos pidiendo calma—. Tranquila, Achantia, ninguna cosa es tan obvia. Jerónimo seguro que habría resultado un aliado de enorme valor, como bien apunta Cinegio, pero no subestimes lo que puede suponer la presencia de Siricio para nuestros intereses en el juicio a Prisciliano.

—¿Cómo? —preguntó despectiva Achantia—. Espero que no sea como su amigo Ambrosio, quien ni siquiera se digna a contestar mis cartas —añadió en sarcástico tono.

—Vamos, prima, no seas ciega —continuó, serio, el emperador. Todos conocían los arrebatos de Achantia, pero debía aprender a callarse. En cierto modo y pese a su belleza, Teodosio compadecía y admiraba el aguante de su amigo Cinegio con aquella incontrolable mujer. Ella, perspicaz, entendió la petición de su primo, aunque, terca y algo infantil, no pudo evitar continuar observándole inquisitivamente. Haciéndole cierta gracia su actitud, recordando aquella arrogante expresión tan suya desde niña, con una sonrisa, Teodosio trató de apaciguarla—: Tranquila, te aseguro que Flaccilla, pese a no ser tan ruidosa como tú, no te anda a la zaga en cuanto a insistencia, la misma que emplea para dilapidar mi fortuna con asilos y hospitales. Debes contemplar correctamente las alternativas —cambió a un tono seductor, arrancándole su cariño y confianza. Ya reconciliados, continuó con su explicación—: Jerónimo hubiera

sido un gran aliado, pero quizás uno solo. Brillante, pero de influencia limitada y en gran medida sobre los círculos ya amigos, muchos de los nuestros, priscilianistas. Cierto que como papa ganaría autoridad, pero difícil tendría ejecutarla.

»Siricio es de otra especie. Quizás asno en lugar de caballo. O conejo en vez de liebre, para ser más justo. Un desconocido, en gran medida, por lo que los más buscarán agradarle en sus inicios. Además, y, sobre todo, ha de obligar a Ambrosio a intervenir al ser su gran valedor. Ese es el lobo que caza en más cotos. Máximo estará deseando satisfacerle, pues él, con su guerra en Milán con Justina, bien puede ser quien le acabe concediendo la excusa que necesita para atentar contra Italia. Encantado, observa cómo la rebelde actitud de Ambrosio carcome el poder de Valentiniano como la peor de las termitas. En muchas ocasiones le he advertido de las posibles consecuencias de tal actitud, defendiéndose él con vehemencia sin autocrítica alguna. Sí creo que sobre este tema me escucha y que muy clara tiene su posición y la defensa de nuestros intereses. Escribirá a Evodio, el prefecto del pretorio y de ser factible incluso encabezará una embajada a Tréveris.

—¿Y allí qué se dice? ¿Cuál es la posición de Máximo? —preguntó Cinegio.

—Eso es más complicado de saber —dijo Floro, sumándose a la conversación—. Desde que se marchó Euquerio a Hispania, escasas son nuestras noticias de la corte gala. Ninguna completamente fiable.

—Escuchará a Ambrosio —intervino de nuevo Teodosio, seguro de sí mismo, transmitiendo la confianza de quien sabe que sus órdenes serán cumplidas—. Estoy convencido. Él, que tanto alardea de su cristianismo, de ser el bastión niceno de Occidente, no puede ignorar a los más altos prelados, los que resultan, además, aliados clave para sus presentes y futuras aspiraciones. Ese perro escuchará —añadió.

—¿Y a ti? —le preguntó directamente Achantia, sabiendo que aquella era una de las claves del asunto, por lo que ella había viajado prácticamente sin descanso desde Antioquía, convencida de que una carta, un emisario o un gesto suyo solicitando su favor era lo que también esperaba y forzaba Máximo por mucho que Ambrosio tuviera su importancia. Él era el otro emperador, con

quien se repartía el mundo más allá del fatuo de Valentiniano. Él era quien debía salvar a Prisciliano. Aunque luego le debiera ese favor, ¿por qué no revisar el acuerdo al que habían llegado en Verona para repartirse el imperio si hacía falta?

Aquella pregunta era también la que temía Teodosio y por eso callaba. Aelia Flaccilla, pese a compartir lecho, no había sido capaz de preguntárselo tan directamente, pues bien intuía su respuesta. El emperador no perdería allí pluma alguna. Sabía con quién se enfrentaba y a lo que se exponía en caso de no ser escuchado.

En el fondo, aquellos conflictos, los de religión, siempre le habían parecido ridículos y así se lo transmitía a Cinegio siempre que salía la conversación. Conocía la desmedida ambición de Máximo y que esta habría de llevarlos en el futuro a la guerra, pero no se expondría directamente por Prisciliano y menos sin tener perfectamente asegurado el Danubio y el este. No se movería hasta que sus nuevas legiones godas estuvieran perfectamente integradas entre las romanas.

Achantia le observaba, en medio del incómodo silencio creado, de nuevo de forma despectiva. Con mucha más razón ahora que antes. Viéndole más viejo incluso de lo que lo hiciera Cinegio. Encerrado en sí mismo. Lejos de esa seguridad que quería transmitir. Extrañando el encanto con el que siempre la conquistaba de joven. Calculador, cobarde, egoísta. Incapaz de doblar su brazo ni mostrar debilidad ni siquiera por su mujer. ¿Para qué le había entronizado como augusta? ¿Era realmente por ella o lo había hecho por él? ¿Si tanto le importaba, no tenía ahora el mejor momento para demostrarlo?

También en cierto modo culpaba a Flaccilla por no forzarle. Amaba profundamente a su amiga y admiraba su infinita bondad, la generosidad que le llevaba a gastar su fortuna fundando hospitales donde ella misma visitaba a los enfermos, pero le enervaba aquella profunda sumisión con su primo.

Él era quien debía evitarlo.

No moverse era precipitar los acontecimientos, pues bien podía Máximo dejar que acabasen con Prisciliano solo por demostrar su poder. Su independencia. Más aún teniendo en cuenta que engrosaría sus arcas con el nada desdeñable patrimonio que atesoraban los enjuiciados al ser un juicio civil el que los condenaba

por *maleficium*.

Consciente de que no obtendría respuesta, rebelándose contra lo que aquel amargo silencio implicaba al no poder hacerlo contra la voluntad del emperador, apostando su único triunfo para salvar a su amigo, su maestro, su honra y su posición, alzando la barbilla con orgullo, siguió ella misma:

—Pues a mí sí habrá de hacerlo.

27

I

Tréveris, Galia, calendas de abril de 385

La ejecución se celebraba aquella mañana en la principal plaza del foro, en el centro de Tréveris, a las mismas puertas del palacio imperial, junto a las termas de Constantino y la iglesia de San Pedro que ya conocemos.

Pese al lluvioso y frío día, la ciudad mostraba un aspecto extraordinario. El de los grandes convites, aunque se sirviera un plato amargo en lugar de dulce, con similar ambiente al que aguarda a una boda real, la llegada de un emperador victorioso o incluso la entronización de este. Imposible era encontrar hospedaje ni en los alrededores desde que se había celebrado el *iudicium publicum* dos días antes. Toda la Galia parecía haber acudido a tan insigne evento. También, por supuesto, gentes de Hispania, e incluso de Britania, África, Iliria e Italia, pues en las imbricadas calles de Tréveris se escuchaban tantos acentos como en las concurridas tabernas de los puertos insignes.

Evodio, el prefecto del pretorio, el mismo que había presidido el perverso y condenatorio tribunal, estaba abrumado por la delirante expectación levantada. También por la cantidad de peticiones para asistir al castigo entre los lugares reservados, pues, como en cualquier gran acontecimiento, gozar de una posición privilegiada evidenciaba jerarquía.

Achantia, en una lujosa litera, acompañada por Ambrosio y Martín de Tours, escoltada por dos decurias de la centuria que lo había hecho en su viaje desde Constantinopla, tardó más de una hora en la media legua entre su alojamiento y su puesto. Se situaba en segunda fila de uno de los palcos laterales, perpendicular al cadalso, a escasos veinte pasos, cubierta por un ancho toldo verde que prácticamente le resguardaba por completo de la fina y

constante lluvia de abril. Junto a ella, además de Ambrosio y Martín, se encontraban los más allegados al obispo hispano, muchos viejos amigos, algunos familiares como Egeria, su tía, que hasta allí se había desplazado, pese a sus sesenta años de edad, con su hija María, y junto a ellas bastantes más mujeres de las que se solían ver en acontecimientos como este.

Solo murmullos, como el zumbido de una colmena, se escuchaban en el foro. No provenían del clan hispano, tan silencioso como el zorro que se acerca al gallinero. Poco tenía que ver el cansancio en su ánimo, aunque muchos apenas hubieran dormido en la última semana y menos aún en los dos últimos días. Los transcurridos desde la fatal sentencia. En tan corto espacio de tiempo, la ira, la frustración y la tristeza prácticamente habían devorado a la esperanza. No del todo, claro, pues de todos es sabido que esta es casi inmortal, capaz de sobrevivir incluso entre los que todo lo demás han perdido. Esa era la principal razón de que allí estuvieran. Agarrarse a un milagro, a la fe, a que el mundo fuera justo y no malvado. Pocos más recursos les quedaban y no precisamente por dejar de intentarlo.

Achantia, llegada una semana antes a Tréveris, había sido de los más activos. Cinegio y Floro, perfectamente conscientes de esa testarudez que la recluyó más de un año en su cuarto de Carranque por amor, ni siquiera habían tratado de detenerla mientras planeaba su viaje. La hispana, ya en Tréveris, sin detenerse ni un segundo al temor de comprometerse, se había reunido con cuantos creía que gozaban de la más mínima influencia en el caso de Prisciliano. Quemando favores, oro e influencia. Llegando incluso a la súplica si con ese camino abría alguna puerta. Solo un temor aparecía en su horizonte, el de no triunfar. Destacable era tal cosa en un alma tan apasionada y altiva.

De poco le había servido.

Imposible le había resultado reunirse con Máximo, escondido arteramente en campaña más allá del Rin. Sí lo había conseguido con el prefecto Evodio, del que no había recibido más que vaguedades. Lo mismo que de Patricio, el sustituto de Euquerio como *comes sacrarum largitionum* en la corte de Tréveris. Quien había ejercido de *advocatus fisci* en el endemoniado juicio una vez que se había retirado Itacio al convertirse el proceso en civil, con el

que incluso el día anterior había llegado a negociar la entrega de una descomunal suma, equiparable a la que recaudarían al expropiar los bienes de los condenados en caso de que estos fueran liberados.

Ese débil pabilo encendía la llama de su esperanza mientras, sobrecogida, arrebujada en la capa picta con la que trataba de engañar al frío viento, esperaba la funesta hora de la ejecución.

Algunos, como Martín o Ambrosio, confiaban también en las promesas que realizara Magno Máximo antes de su marcha. Ambrosio había encabezado una expedición desde Milán, en la que, junto a la liberación de Prisciliano, le pedía recuperar el cadáver de Graciano para devolvérselo a su madre Justina y a su hermano Valentiniano. Con la negativa por respuesta a su embajada oficial, esperaba alcanzar la gracia en la segunda. No pensaba así Achantia, que también le conocía y que interpretaba su ausencia como el peor de los presagios. Solo en el oro que estaba dispuesta a repartir confiaba nuestra amiga para obrar el milagro.

De repente, como si las abejas se hubieran mudado, el murmullo cesó en el foro. Solo las gotas sobre el toldo verde rompían el desgarrador silencio. También un cadente y lejano sonido metálico, el retumbar de unos cascos sobre la calzada, y algún esporádico relincho de los caballos de la guardia que abrían el paso de la comitiva desde las mazmorras próximas.

Tras ellos, a pie, encadenado, marchaba Prisciliano. El único condenado a muerte, pues el resto de encausados, seis, habían sido castigados al destierro. Iba cubierto por una túnica parda, completamente rapado, caminando con grilletes en manos y pies que producían el sonido metálico que antes se había escuchado.

El alto y espigado obispo hispano aparecía algo encorvado hacia adelante por el peso del hierro. Orgulloso, luchaba por aguantar firme y erguido, digno, por mantener la cabeza alta para cruzar su cansada mirada con el pueblo. Probablemente contento pues allí donde esperaba encontrar el odio, los insultos y el desprecio con los que normalmente la turba acompaña al acusado hacia el cadalso solo descubría una tierna compasión. Admiración incluso. Ni siquiera escuchó un comentario desagradable en su lúgubre procesión. Algo probablemente ayudaría su lento caminar y tranquila mirada.

A Achantia, ya derramando lágrimas, se le hizo un nudo en la garganta al contemplar a su maestro. Pese a haberlo descubierto en el juicio dos días antes, imposible era acostumbrarse a aquello. Vislumbrar tan de cerca la crueldad humana. La profundidad de la injusticia.

Torturado antes del juicio para lograr su confesión por *maleficium* y poder condenarle con una prueba concluyente, Prisciliano no tenía espacio del cuerpo sin castigo, con golpes, heridas y sangre seca por todas partes, pese a que la fina lluvia que no descansaba procuraba limpiársela. Su boca aparecía escurrida, como una llaga completa que delataba por las boqueras la falta de agua. Los ojos, apagados, parecían haber muerto ya.

Aguantando la respiración al ver cómo hacia ellas se acercaba, en medio del lacerante y respetuoso silencio que allí seguía reinando, Achantia, sobrecogida, no pudo reprimir llamarlo.

—¡Prisciliano! —gritó agónicamente, imaginando el sufrimiento de su maestro como el de Cristo camino del Gólgota y a ella misma como a María Magdalena.

Al oír una voz amiga, el obispo se detuvo, como el resto del público, expectante, y se giró enseguida en aquella dirección. Llevaba el ojo más cercano, el izquierdo, hinchado como una granada de gran tamaño, completamente cerrado, más negro que morado, atacado por algunas moscas como la legaña del caballo en verano. Aquello le obligó a girarse en un escorzo extraño, algo más de lo que podría resultar natural para tratar de descubrir acertadamente dónde estaba aquella voz familiar.

La tía Egeria, situada junto a Achantia, fue quien repitió el grito:

—¡Prisciliano! ¡Te queremos, maestro!

Contestando a Egeria, las campanas de la iglesia de San Pedro repicaron las doce. La funesta hora fijada para la ejecución. A nadie le importó, ni siquiera a los guardias, pues todos observaban expectantes al reo y a las mujeres que hacia él se dirigían.

Prisciliano por fin las vio. Y junto a ellas al resto de sus amigos, sus fieles, su grey. Oro entre el barro. Una brutal estrella fugaz iluminando la más cerrada de las noches. Observándole conmovidos, arrebatados, por supuesto en pie, entregados entre lágrimas que secaban con sus pañuelos con los que algunos tapaban su vista.

Deteniéndose un instante eterno, liberando una lágrima por su ojo sano, Prisciliano les regaló una sincera y amplia sonrisa y, realizando un soberbio esfuerzo por sus menguadas fuerzas y el peso de las argollas sobre sus antebrazos, les bendijo con la señal de la cruz, la que figuradamente él, en aquel momento, portaba con salvaje dignidad.

Aquel majestuoso gesto, como la gota que colma el vaso, desató la pasión de cuantos allí se concentraban.

—¡Justicia! —pedían algunos.

—¡Clemencia! —solicitaban otros.

—¡Libertad! —clamaba la mayoría.

Por un sutil gesto de Evodio, súbitamente conscientes de su activo papel en la función de Prisciliano y la peligrosidad de la situación, los dos guardias más próximos al obispo hispano le urgieron para que retomara su aciago camino. Así lo hizo obediente el hispano, no sin antes despedirse de los suyos con un gesto con la cabeza, aguantando la sonrisa, pidiendo en su interior por ellos en un alarde de su infinita generosidad.

Entero, seguro, egregio, comenzó a ascender las escaleras del cadalso con la parsimonia del que cada mañana celebraba tal rutina, la misma que hasta allí le había acompañado.

Ya no se oían gritos, ni los relinchos de los caballos. La lluvia había cesado, pues desde el cielo bien pendientes estaban de lo que allí acaecía. También prácticamente la esperanza de los priscilianistas —Achantia, Egeria, Ambrosio, Martín, María y cuantos les acompañaban— había muerto.

Solo Prisciliano, precisamente él, parecía manejar con soltura la dramática situación. Sobrio cuando la debilidad más le amenazaba. Paradójicamente, por fin liberado de la incertidumbre y la pesadilla que había vivido en los últimos meses y especialmente en la última semana. Ya apenas sentía dolor, ni mucho menos miedo, rencor o ira. Tranquilo con su conciencia, observaba su destino como una liberación, percibiendo con alegría hasta los más ínfimos detalles.

Él sí oía las gotas sobre los charcos formados en el suelo o repicando sobre las losas o toldos, e incluso el relincho de los caballos de la guardia y algún lejano llanto de un niño. Aspirando, olió la tierra mojada que acompaña a la tormenta, también el sudor del verdugo, rancio, del que rara vez visita termas o baños y a algo

un tanto pestilente, más lejano e impregnado en aquella ciudad de río siempre que llovía. También saboreaba la salada sangre que, junto al agua de la lluvia, le llegaba hasta su boca desde una gran herida en la sien.

Generoso, agradecía a Dios, a Cristo, aquellos últimos momentos y esa extraña iluminación que le permitía vivirlos como si ya no fueran propios, con la distancia del observador y el convencimiento y la voluntad de ser ejemplo hasta el último instante, de emular la figura de Cristo de forma tan literal, por la que había entregado la vida.

Valiente, decidido, glorificado por una robusta fe que le aseguraba que aquello era solo un paso más en su existencia, el más triste previo a la alegría de descansar eternamente junto al Padre, pisó el cadalso con la firmeza y la alegría con la que el navegante que mucho tiempo lleva embarcado lo hace con la tierra.

Allí, solemne, al llegar a la altura del verdugo, volviéndose despacio, mirando a cuantos por él se congregaban absortos en su figura, agradecido por el sincero cariño y la admiración que le transmitían, reprodujo para todos la misma sonrisa y bendición que dedicara minutos antes a sus amigos. Después, encaró de nuevo a Evodio y tras tocar a su verdugo en la frente, perdonándolo sinceramente también, sin necesidad de que este le acuciase en forma alguna, se arrodilló, juntó sus manos, miró al cielo dirigiéndole una última plegaria y mostró su augusto cuello.

Pocas cabezas se mostraron alguna vez tan poéticas antes de caer.

II

Si sombrío fue el regreso a casa, en lúgubre se convirtió el recibimiento.

Aelia Flaccilla, en cama, agonizaba.

Qué lejos y qué cerca se encontraba la pérdida de su adorado Prisciliano. La que Achantia leyó al tropezar con los ojos de su amiga, aunque tan poco le importara en aquel momento. Era fácil fijarse en ellos; desorbitados y amarillentos.

Flaccilla llevaba postrada en cama dos semanas, prácticamente desde que a Constantinopla llegara la fatal noticia desde Tréveris.

La augusta sufría náuseas y vomitaba recurrentemente con un terrible dolor en el vientre. Sudaba impropiamente y respiraba de forma entrecortada con un agudo pitido constante.

Achantia, en su viaje, no había percibido la gravedad de la situación hasta que allí la descubrió. Sin más fuerza que una tímida sonrisa para recibirla, Flaccilla apenas logró incorporarse para pagar tal exceso con una tos mojada.

Achacaba el mal estado de su amiga, del que le habían avisado durante su trayecto, a la rumorología que siempre corre sobre quien gobierna. Exageraciones de los aldeanos, del pueblo que siempre ávido susurra sobre lo que sucede en la corte raramente acertando. Convencida estaba ella de que si algo le pasaba a Flaccilla debía ser el peso de la culpa. Quién sabe si saldría de su cuarto. A eso debían atribuir su enfermedad.

Achantia entendía que no le hubiera acompañado al juicio. Tampoco hubiera sido bueno para sus intereses por el revuelo que hubiera organizado y no pasaba de quimera, pues jamás lo hubiera permitido Teodosio. Su decepción se debía a que no le hubiera forzado a tomar partido, hacer gala de su posición. Aquello hubiera sido legítimo, justo, sobre todo. Aunque simplemente hubiera sido por ella, por la augusta. Haber demostrado de forma palpable esa devoción por su esposa de la que siempre presumía.

Aquel rencor entre amigas, comprensible en cierto modo, se había desvanecido por completo al descubrirla moribunda. Solo miedo encontraba ahora. Una intensa punzada en un corazón que había crecido junto a su amiga Flaccilla. Como María, prácticamente hermanas. Quizás incluso más que Faustina.

En su pecosa cara, su respingona nariz, su pelo castaño y sus azules ojos leía mil y una anécdotas cruzadas. Esa bondad tan suya por la que bromeaban entre ellas, pues siempre se detenía con el débil y soportaba a los que nadie hacía en fiestas y reuniones. A los que el resto evitaba. Esa bondad y generosidad por la que era famosa en Tesalónica y Constantinopla, pues en ambas había dejado su sello.

La culpa había mudado de arrendatario y Achantia se reprochaba ahora no haber acelerado al máximo su vuelta. Quizás no haber hablado más con ella entre su llegada de Antioquía y su partida hacia el juicio de Prisciliano en Tréveris. Haberle contestado

durante el viaje a la carta recibida, también durante los meses de preparación y negociaciones. Aquello las había separado. Achantia apenas se había cruzado con ella, evitándola, variando la costumbre de acudir a su casa escudándose en su pequeño Clivio. Esperando a que fuera ella quien la visitara para decirle que había conseguido que Teodosio interviniera. Que ella no tendría que viajar a Tréveris sola. Conseguir con su presión que convenciera a su marido. A su primo. Al emperador.

Aquella apuesta era la más segura de Achantia para salvar a Prisciliano y tan mal había salido como el resto.

Poco, más bien nada, importaba aquello ahora.

Achantia visitaba a Flaccilla mañana y tarde. La mayor parte del tiempo junto a Teodosio y sus hijos Arcadio, Honorio e incluso la recién nacida Pulcheria. También con sus padres, con Cinegio, con su amiga María, o a solas. Recordando historias mil veces repetidas para reírse en los mismos momentos de siempre.

Una tarde la encontró tranquila. En paz. Con la mandíbula relajada, cansada de luchar. Llevaba ya varios días sin poco más que sangre y bilis que vomitar.

Dormía, o eso parecía. Teodosio, agradeciéndole con una sonrisa una nueva visita, salió al pasar ella. Probablemente para descansar un rato, pues apenas se separaba de su compañía. También él parecía estar enfermo; pálido, ojeroso, encorvado por el peso de la tragedia que tan próxima intuía.

La paz en la habitación era absoluta. La luz que antecede al crepúsculo, la dorada, se colaba entre las cortinas de los ventanales de su cuarto. Estos estaban siempre abiertos, como era costumbre en Roma en las habitaciones de los enfermos. Pese a ser ya primavera, varios gruesos leños de encina ardían en la chimenea para evitar que el dormitorio se enfriara con la corriente. Poco más que el crepitar de estos al jugar con el fuego se escuchaba, pues ni siquiera lo hacía el pitido de la respiración de Flaccilla, como si hasta para aquello le faltara fuerza.

Achantia se sentó junto a su cama y le cogió la mano como solía. Estaba algo fría, aunque eso ya era habitual. Flaccilla abrió parsimoniosamente los ojos y al verla, sonrió. Recostándose, mirándola, dijo:

—Mi querida Achantia —apretó la mano, cerrando los ojos de

forma plácida, cariñosa—, ayer me estuve acordando de tu boda. ¡Cómo ibas! Recordaba perfectamente tu larga túnica blanca, cada gracioso pliegue que le daba el cinturón. Tu sencilla corona de flores silvestres tan bellamente engarzadas. El camino hasta Cinegio flanqueado de sonrisas, plantas y flores y cómo él te esperaba, observándote embelesado. Adorándote en silencio. —Una tos húmeda cortó su discurso. Achantia se acercó y sujetándole la cabeza, mientras le acariciaba el pelo, le dio un brebaje a base de sandía, zanahoria, clavo y tomillo que tenía preparado sobre una mesa cercana. Una vez finalizado, agradeciendo la ayuda de Achantia con una mirada cómplice y un nuevo apretón en la mano, continuó—: ¡Qué gran hombre Cinegio! Viste algo que el resto ni intuíamos. Cuántas veces habré pensado eso… y no por Cinegio solo —Aelia Flaccilla hizo una pausa antes de seguir hablando, cogía fuerzas para la conversación en la que iba a embarcarse—. Siento mucho lo de Prisciliano, Achantia. ¡No te imaginas cuánto!

Levantó la mano para reprimir la interrupción que se avecinaba de su amiga.

—Sé que lo imaginas, tranquila, pero ni siquiera te acercas. A veces pienso que esto —dijo mientras se señalaba— es un castigo por mi comportamiento. Por mi dejadez. Por mi cobardía, mejor dicho. Quizás hasta tú misma lo pienses, pues bien te conozco y sé cuánto confiabas en mí para doblegar la testarudez de tu primo Teodosio.

»Otras veces me río de mí misma por pensar estas cosas, culpándome por creerme tan importante como para suscitar el trabajo divino, incluso de ser esto posible por si quisiera pensar que Cristo o Prisciliano pudieran ser tan vengativos conmigo cuando el amor y el perdón es lo que representan. Todo son enigmas e incertidumbres. ¿Por qué a mí? Bueno, no todo, de lo que no dudo en absoluto es de mi dolor. No este físico, completamente menor por muy incómodo o agudo que resulte. Nada es comparado con el peso de la conciencia. El vacío de haber abandonado un justo propósito. De ese es imposible escapar por mucho que lo intentes.

—Vamos, Flaccilla —la interrumpió, ahora sí, Achantia—. No seas tan injusta contigo misma. No existe balanza comparable con la tuya en la suma de la vida. Imposible es reprocharte nada. No imaginas cómo reza la ciudad por tu recuperación. Imposible es

acceder a las iglesias, atestadas por aquellos desfavorecidos que tanto te deben. Tu conducta siempre ha sido irreprochable. —Le acarició la mano y la cara—. ¡Eres mi *pronuba*, por Dios Santo! Yo también te recuerdo a mi vera, alisándome la túnica en mi camino al altar. Encontrando tu sonrisa, compartiendo mi felicidad cada vez que te miraba. Limpia, sincera, entregada. Nadie podía haber escogido mejor que tú. —Guardó un silencio, algo forzado, y luego continuó sin poder reprimir la lágrima que rodaba por la mejilla—: Imposible era hacer nada por nuestro maestro por mucho que lo deseáramos. Bien conozco a Teodosio y no dudo de que, aunque solo por ti fuera, habrá llegado hasta el límite. También yo he fracasado y tan culpable puedo considerarme por su muerte como tú misma.

—¡Vamos, Achantia! —le gritó Aelia Flaccilla, soltando una sarcástica carcajada seguida de una nueva tos. Larga esta. Incómoda. Tras un nuevo trago del brebaje, prosiguió—: Te prefiero como siempre: genuina, enérgica, visceral y no una plañidera. Muy mal me debes de ver si con tanta indulgencia me tratas. Nos conocemos. Tan de sobra sé cuánto me aprecias como que tú hubieras luchado hasta el final de estar en mi posición y quién sabe si incluso hubieras abandonado a tu marido por muy augusto que fuera solo por seguir tus convicciones. —Poniéndose seria de nuevo, incorporándose para ponerse a la altura de Achantia, trató de proseguir—: Yo no soy así. Como tú. Me encantaría, enormemente te admiro, pero me resulta imposible. No puedes pedirle a la paloma que sea halcón. Tanto que se me toma por generosa y no soy más que una egoísta. O una cobarde, al menos. Fácil es para mí dilapidar oro en caridad, pero, por mucho que me pese, huyo del conflicto, no soy capaz de cruzar determinados límites. Esos de los que tú te ríes.

»No te pido que me comprendas. Tan solo que me quieras, que nunca dejes de hacerlo. También que me respetes. Que me recuerdes con el cariño, con el amor que yo te tengo y siempre he hallado en tu mirada. Ese que me lleva a pedirte un favor.

Achantia agarraba ahora las dos manos de su amiga, también ella sonreía mientras lloraba, agradeciendo la sinceridad de Flaccilla. Entregada. Cómplice. Imposible era engañarla y más aún negarle algo. Las lágrimas, silenciosas, anegaban su cara.

—Lo que quieras. Dime.

—Bien sabes que soy hija única y que tanto tú como María sois las hermanas que la naturaleza me negó. Que no en mucha gente puedo confiar viviendo en un palacio. Teodosio es aún joven. Y ambicioso. No me malinterpretes, no dudo de que me ama, pues siempre lo ha hecho. Te lo aseguro. A su manera. Desde niños. Convencida estoy de que daría cuanto tiene por recuperarme. Jamás le había visto como le veo ahora. Sufrirá. Mucho. Pero, con el tiempo como aliado, se repondrá. ¿Qué hombre no lo hace?

»Seguramente otra vendrá a calentarle el lecho. Quién sabe si una nueva augusta, aunque me haya jurado lo contrario. Quizás dueña de un carácter parecido al tuyo, aunque lo dude ahora. Una que pueda perturbarle, que altere sus prioridades confundiéndole como yo no he sabido hacerlo. No temo por mí, ni por mi memoria. Eso me da igual. Poco más que polvo seré en breve y te aseguro que no siento ningún vértigo ante ello. Mi fe me fortalece y permite dar este paso convencida de que no es el último. De que en breve se acabará el dolor y podré mantener esta conversación con el maestro. Pedirle perdón como acabo de hacer contigo.

»Lo que temo es por mis hijos, porque Arcadio y Honorio ocupen el lugar que les corresponde y no sean desplazados por advenedizos. Porque su padre les trate con justicia frente a los demás y también entre ellos, igualitariamente, pues claramente se inclina por Arcadio sin hacer prácticamente ni caso a Honorio, aunque ya tenga edad para ello. Lo que te pido mi querida Achantia, como también le he pedido a María, es que estés ahí, que les protejas, que no te alejes de Teodosio, al menos hasta verle que es dueño de la situación y todo está en orden.

III

El sufrimiento de los siguientes meses secó a Achantia como le sucede al odre al cruzar el desierto. También a Teodosio, que además enterraría a Pulcheria, la pequeña, apenas tres semanas después que a su esposa. Su único amor, como bien sabemos, desde su juventud.

Junto al dolor y el vacío, también la culpa, tantas veces invitada a los funerales, pesaba en el corazón del emperador. La angustia de

no haber satisfecho su último deseo. A quien más amaba. Su augusta. Aun así, tan duro era Teodosio, que a diferencia de lo que pasaba antes con Achantia y Flaccilla, la pena no conllevaba arrepentimiento ni doblegaba a su íntimo convencimiento de haber obrado correctamente. De ser fiel a sí mismo pese al fatal desenlace.

Ese puede que sea el secreto de los que esculpen su nombre en los libros de historia.

Entablar abiertamente conversaciones con Máximo, para pedir un favor, además, resultaba demencial a la vista del hispano. El propio Ambrosio había viajado a Tréveris para hacerle cambiar de opinión sin resultado alguno. No podía él exponerse por muy justa que resultara la causa de Prisciliano y que su mujer y su prima enloquecieran con aquello. Ya no solo por el rencor que le guardaba desde la muerte de su padre. Eso era lo de menos sin ser insustancial.

Lo que estaba en juego era mucho más que la vida de un sacerdote, de un obispo o del mismo papa. Máximo ansiaba Italia. Soñaba con Milán y Roma. Con eliminar a Valentiniano y a Justina. Aunque ellos, en su ingenuidad, pensaran que seguía siendo aliado suyo; bien olvidados tenía él los tratos que habían mantenido al traicionar a Teodosio padre. Siempre ambicionó su trono. Desde el primer día que vistió la púrpura. Desde que firmaron el tratado de Verona en el que se repartieron el imperio. Ahora, bien podría ofrecerle medio mundo.

Él no deseaba aquello. Al menos, no todavía. Teodosio era de mirada larga y paso corto. Desconfiado, vigilaba la frontera como amenaza en lugar de oportunidad. Más temeroso del este que atraído por el oeste.

Cinegio, que tan bien conocía a su amigo, le entendía perfectamente, aunque jamás lo disculpara delante de Achantia. Tampoco hacía falta, pues raro era que ella aludiese al tema. Hundida como cuando perdieron a Julia. Muda salvo cuando Clivio hacía alguna de sus gracias o corría algún peligro.

Apenas había celebrado que Prisciliano fuera recibido en su Gallaecia natal como un santo y que su tumba se hubiese convertido en lugar de peregrinación en el último año, tampoco la ley que promulgó Cinegio para que no se volviera a atormentar antes de un juicio a prelado alguno o incluso las visitas que recurrentemente le

hacían su amiga María, sus padres y su hermana. De nuevo la perla del Bósforo para ella era cadena y ni siquiera ahora contaba con la fuerza de vislumbrar la salida hacia Carranque como plausible por la promesa que le realizara a Flaccilla.

Cinegio, tan enamorado como siempre, sufría. Nada ansiaba más que la sonrisa de su esposa, recuperar su complicidad, la alegría que había olvidado en Antioquía al enterarse del juicio de Burdeos.

Fácil era para Teodosio captarlo en su amigo en cualquiera de sus habituales encuentros, pues el africano, siempre tan diligente, se mostraba desnortado, irascible, extrañamente sensible e incluso más taciturno y callado de lo que ya de por sí era habitual en él. Parecido a cuando regresaron de Hispania a la Moesia dejando atrás a Achantia.

Teodosio le necesitaba. No podía seguir así, tras tanto tiempo transcurrido desde las muertes de Prisciliano y Flaccilla. Como la araña tejió su trampa y como el pescador lanzó el anzuelo.

—¿Sabes de quién me estuvieron hablando el otro día? —le preguntó el emperador a Cinegio, rompiendo uno de los cómodos silencios que se establecían de forma recurrente entre ambos.

Trabajaban en una terraza abierta del palacio de Dafne, en el piso superior, orientada al este sobre los inmensos jardines y el estrecho del Bósforo.

Como casi siempre, lo hacían mientras la tarde agonizaba, pues difícil era disfrutar al aire libre antes de esa hora en la capital del imperio, aunque estuvieran ya al final del estío. Este era más suave que en Hispania o África, pero tan bochornoso que se pegaba a la túnica, aunque esta fuera del más fino lino egipcio.

Se sentaban frente a una gran mesa de roble perfectamente pulido en su cara, en unas sillas doradas altas y anchas, con rojos y mullidos cojines adamascados. Discutían sobre la marcha del imperio, revisando embajadas, candidatos, cuentas y leyes mientras bebían zumo de cidra y perejil helado con la nieve que conservaban en pozos de las montañas del invierno.

—Como no me acotes, un poco difícil, Teodosio —le respondió Cinegio sin levantar la vista de su pergamino.

Leía una carta de Libanio, desde Antioquía, aunque se refiriera a Alejandría donde Timoteo no se andaba con remilgos.

Le interesaba el tema, pues, aparte de su cariño hacia

Alejandría, se sentía culpable al partir el problema de una ley. En ella prohibía los sacrificios en cualquier templo sabiendo que eso solo sucedía en los paganos.

Libanio, encabezando el equipo de Teón, y Cinegio imaginaba que también de Hipatia con acierto, denunciaba tal arbitrariedad. Amenazaba con revueltas de no permitir ritos como el de Isis ante la crecida del Nilo.

Sin dejar de leer, Cinegio prosiguió:

—Tengo tantos nombres en la cabeza que bien podría acabar antes citándote a toda la población de Constantinopla que acertar.

—Esa es la gracia de la pregunta, supongo. No te marearé, en cualquier caso. Me refería a tu protegido de Hipona.

—¿El maestro Agustín? —le preguntó Cinegio, ahora sí levantando la vista para encararle.

—¡Premio! —exclamó el emperador.

—¿Y con qué motivo? —se interesó Cinegio, reclinándose ahora, viendo que a Teodosio le apetecía más conversar que seguir trabajando.

—Me lo contó Syagrio desde Milán —comenzó a relatar el emperador tras dar un largo sorbo a su zumo. Observaba a su amigo y a la vez al infinito. Al cielo coloreándose de naranja y rosa, limpio de nubes, que teñía de oro el mar roto por humildes barcas de pescadores que faenaban a aquella hora habitualmente generosa—. Como sabes, en sus informes, le gusta no ceñirse solo a la política para describir cuanto acontece en la corte de Valentiniano con la demencial situación entre Justina y Ambrosio. Lo agradezco, la verdad, pues solo a través de sus costumbres y querencias puede pintarse a la persona. En fin, que allí Syagrio, consciente de tu interés por él, me hablaba de Agustín.

—¿Y qué cuenta? —le interrumpió Cinegio—. Algo sé, pues con él me escribo recurrentemente. No desde antes del juicio de Prisciliano, la verdad. —Se detuvo un instante para beber él también y para permitirse unos segundos de reflexión para recordar su historia, luego reanudó su discurso—: Recuerdo que buscaba esposa tras haber enviado a la suya de vuelta a Hipona. Bueno, realmente nunca estuvieron casados y por ello Mónica, su madre, que debe de ser todo un carácter, le urgía a quitársela de encima. También que le iba bastante mejor en Milán que en Roma, en gran

parte gracias a Ambrosio, pese a los problemas de este con la corte. —Deteniéndose de nuevo, olvidándose de los detalles para no perderse e irse al fondo de la cuestión, concluyó—: Es un hombre extraordinario. Certero en sus pensamientos y con las ideas claras.

—Bueno, pues han cambiado —le contestó con una sonrisa Teodosio—. Ya no se casa, al menos. Tiene aspecto de ser todo un caso el amigo Agustín. Afirma que va a hacerse célibe y se marcha a una villa, Casiciaco, junto a los Alpes, a unas siete leguas de Milán. No va mal acompañado, pues muchos le siguen. Su hijo Adeodato, el primero, por supuesto, también dos primos suyos y Verecundo, el dueño de la villa, con sus amigos: Romaniano, Alipio y Simpliciano, entre otros. Viejos amigos de Agustín de nobles familias. Una mezcla extraña: ricos y pobres, sabios e iletrados. Hay quien lleva a sus hijos, consciente de la enorme oportunidad que supone el retiro con Agustín. Marchan a pensar, a aprender, reflexionar y filosofar. A interpretar la enseñanza de Jesús junto a la de los grandes clásicos. Al viejo *otium* romano bautizado ahora como meditación, comunidad o de cualquier otra manera.

Parando, levantó la mano en señal de que les sirvieran algo de comida. Fruta fresca, queso y pan blanco según su costumbre a aquella hora. También algo de vino, al que había vuelto a acostumbrarse algo olvidada su infección. Falerno excesivamente rebajado bebía ahora.

Esperó hasta que se lo trajeron, también a que encendieran las lámparas y candiles. En cómodo silencio, ya con la noche despidiendo a los últimos rojos del atardecer.

No fue mucho tiempo, pues los esclavos lo tenían todo preparado, alertas a aquella rutina. Realizado su trabajo, prosiguió:

—Bien sabes cuán extraño me resulta actuar de esa forma y cómo se me escapan discurrimientos tan lejanos, tan poco terrenales, tan vacíos desde mi corta perspectiva. Aun así, cada vez lo valoro más, pues percibo en este tipo de pensadores la claridad para resolver problemas cotidianos. Perspectiva. Necesaria y complementaria. Siempre es bueno rodearse de gente diversa —dijo antes de coger un trozo de melón, en su punto óptimo, solo la parte central. Tras comérselo, soltó lo que se guardaba—: Tú y yo, sin ir más lejos.

—¿Cómo? —se sorprendió Cinegio, poco acostumbrado a tocar

con Teodosio este tipo de cuestiones.

—Pues eso, que tú y yo somos muy distintos —repitió el emperador, bebiendo un trago de vino—. Yo antes me veo comiendo gachas en el barro helado de una trinchera que paseando mientras discuto sobre el sentido de la vida. Pero ¿y tú, Cinegio? ¿No te gustaría seguir a Agustín? ¿No os vendría bien a ti y a Achantia? Una temporada, lo justo para cobrar fuerza.

—¿De verdad, Teodosio?

—Pues, claro. Sé que ella no está bien. Tu suegra me lo dice y María y Floro también. Y yo lo notó. Es mi prima del alma. Ni se cruza conmigo, ni siquiera en las eucaristías, incluso ahora ha empezado a ir a Santa Sofía en lugar de a San Esteban para evitarme. Viene a ver a Honorio y Arcadio cuando estamos juntos y sabe que no bajaré. Me duele. Seguro que le viene bien irse unos meses. El otoño, volver para Navidad o alargar hasta la primavera. Puedo esperarte. Mantenerte informado y pedirte opinión en lo principal. Piénsalo.

—La verdad es que no esperaba tal ofrecimiento, Teodosio —respondió Cinegio, atónito—. Gracias. —Un silencio y dos tragos de vino acompañaron a los pensamientos. Teodosio sabía que su amigo lo sopesaría rápido, pese a la sorpresa y no osó romperlo. Se imaginaba, acertando, que no le encajaría. Tras varios segundos, Cinegio prosiguió—: Te lo agradezco, de verdad, pero dudo que esa sea la solución. De irnos, sería a Carranque. A descansar, leer y pasear. A retirarme, por fin, como tanto tiempo sabes que llevo deseando. Seguimos construyendo la casa en la distancia, enviando muebles, estatuas, mosaicos. No tengo necesidad alguna de ir a casa de otro. No imagino eso de la comunidad, pues solitario me siento. Admiro y respeto a Agustín profundamente, como sabes, pero no tanto como para seguirle a quién sabe qué retiro en los Alpes. Pocas ganas tengo de pisar aquello, aún recuerdo la nevada cuando los crucé de niño con mi tío rumbo a Tréveris. Tampoco sé si a Achantia le gustaría. No creo.

—¿Y qué le vendría bien? —preguntó Teodosio.

—Otro tipo de movimiento quizás. Uno que no nos arrincone. Algo que nos ocupe y en el que ella se involucre, que la active —contestó Cinegio, algo inseguro de los pasos que daba.

Cierto era que había pensado en irse de Constantinopla, pero sin

idea clara de destino, o con demasiados difusos, cada día distintos acabando siempre en Carranque, tal y como vislumbrara en su lecho nupcial.

—Cualquiera vale, Cinegio —le cortó Teodosio algo seco. El halcón ahora atacaría con la idea que tiempo llevaba pergeñando. La alternativa, si tal y como había previsto, a Cinegio no le convencía el señuelo de Agustín. Lo que para ambos podía valer—. Muchos se me ocurren a mí más fructíferos que el de Agustín.

—Dime, pues —contestó, ingenuo, Cinegio.

—Razón tienes con que Carranque queda muy lejos y que una vez que por fin comiences su camino será solo de ida. Grandes servicios podríais prestar a Roma de viajar al este en lugar del oeste. El mejor, sin duda, Persia. Visitar a Sapor como prefecto del pretorio. Sabes que necesitamos una embajada de este calibre. Firmar una paz duradera. Generosa. Segura. Irrevocable. Asegurar la retaguardia con lo que se avecina. —Prendido el fuego, soltado el derechazo, Teodosio dio un tragó de vino antes de continuar—: Tómate el tiempo que haga falta, un año si quieres. Continúa luego al sur. Visita tu querida Alejandría, donde tan felices fuisteis, y, de paso, resuelve el lío ese con Libanio o tu amigo Teón, que tan preocupado te tiene. Planéalo como más te cuadre, pero hazlo, Cinegio. Fírmame esa paz. Necesito cerrar esa puerta antes de abrir la de Milán y Roma.

28

I

Karin, Acilisene, Armenia, diciembre de 386

El encuentro entre romanos y persas se celebraría en terreno neutral, el disputado. En un destino concienzudamente escogido por los persas pese a que Cinegio no lo percibiera en su momento. Tanto le habían mareado que con gusto hubiera viajado hasta el mismo infierno con tal de cumplir con su tarea.

Acilisene era una provincia armenia al norte del Éufrates, recorrida por los imponentes montes Tauro que jugaban con el río dibujando espectaculares cañones, tajos, barrancos y cascadas. Karin era su capital desde que así lo decidió el rey Artaxias, cinco siglos antes. El destino de caza preferido por casi todos los Aqueménidas. Célebre, además de por su estratégica posición, por su cantidad de trofeos y, especialmente, una nutrida población de osos persas, tan fieros como leones.

Tan querida era la plaza que más de un rey la había elegido como la definitiva al enterrarse en la cercana necrópolis de los arsácidas.

El palacio era humilde, probablemente indigno de portar tal nombre, más una villa o un pabellón de caza realmente. Aquello no le restaba hermosura, pues cuidado estaba al detalle. Elegante y cómodo a la vez, cualidades siempre ambicionadas y difíciles de combinar. Con agradables rincones que aprovechaban las vistas, la querencia del viento y el recorrido del sol. Vivido y aprovechado al máximo.

Aquellos días en Karin, con el invierno en ciernes, les recordaron a Carranque pues eran fríos, pero en su mayoría claros, limpios de cielo y agradables en el patio cerrado al viento y abierto al sol del mediodía.

Nuestra querida pareja se restablecía. Conversando de nuevo.

Con Achantia recuperando la sonrisa, aunque extraña le siguiera siendo la carcajada. El pequeño Clivio era el que provocaba la mayoría. Indomable y alocado bien cumplidos ya los terribles dos años.

—¿Con qué estás? No se te ve mal —le preguntó un día Achantia a Cinegio al verle en el *peristylum* al sol revisando un enorme legajo de papeles.

Achantia se acercaba parsimoniosa, para sentarse con él en uno de sus momentos preferidos, cuando dejaba a Clivio durmiendo su siesta de media mañana.

—Estaba leyendo a Plutarco —le respondió, encantado de verla aparecer, dejando los papeles en una mesa baja cercana de tablero de madera y patas de marfil para atenderla solícitamente. Sonriendo y recostándose en su diván, continuó—: Pedí que me preparan un compendio de sus escritos sobre los persas. Lo cierto es que me estoy sorprendiendo con Zoroastro al que no conocía en profundidad.

—Imposible, incluso para ti, es abarcarlo todo —replicó Achantia con una sonrisa, dándole un cariñoso beso en la frente antes de sentarse junto a él, pese a la estrechez de su asiento. Cinegio, moviéndose, encantado le cedió la mitad de su reino, teniendo que balancearse con el pie bueno en el suelo para no caerse, apartando del asiento el sago verde de doradas listas y escudos que, friolero, jamás abandonaba—. Precisamente de Zaratustra, Zoroastro para los griegos, me estuvo hablando en la cena de ayer Arsaces —añadió la hispana una vez sentada y arrebujándose bajo su hombro.

Arsaces era el rey de Armenia, aún más humilde que su palacio de Karin, pues en escasos momentos históricos tal rey había tenido tan escasa autoridad. Hasta la muerte de su hermano Vologases había reinado junto a él a las órdenes de su consejero Manuel Mamikonian, el comandante en jefe del ejército que, con tino, había conseguido defender su reino ante sus poderosos vecinos. También este había muerto el año anterior provocando el caos absoluto en el país que habían aprovechado los sasánidas para ganarles terreno.

Arsaces, más inclinado a la tinta que al acero, de corazón y formación romana como su difunto hermano, ejercía de anfitrión ante los embajadores romano y persa deseando que se alcanzara un

acuerdo. Sin importarle demasiado en qué términos finales siempre que a él le permitiera vivir tranquilo. Difícil es sobrevivir en tales posiciones con tan escasa ambición como más tarde se demostraría.

—¿Y qué te decía el bueno del rey? —le preguntó el siempre curioso Cinegio a su mujer. Gozoso por la conversación que vislumbraba y la melosa iniciativa de su esposa al sentarse junto a él. Disfrutando cada palabra de Achantia como el campo sediento cada gota de agua. Su tacto, su cómplice mirada, el roce de su pelo sobre la barbilla y su olor a jazmín.

—Agradable, con criterio, claramente pagano, aunque no me lo confesara, Arsaces defendía que no pocas son las similitudes que guarda Zoroastro con nuestro Cristo —comenzó a responder Achantia, cómoda bajo el abrazo de su marido, cerrando los ojos como si se dispusiera allí a dormir las horas que gustosamente le regalaba a su hijo, dejando que el tímido sol de diciembre le acariciara la cara—. Sabrás que fue un profeta de hace más de cinco mil años.

—Seis mil, según Plutarco —apuntilló Cinegio, llevándose una mirada recriminatoria de su mujer, a lo que inmediatamente pidió perdón con la cabeza.

—Muy antiguo, vamos, mucho más que las pirámides de Egipto —siguió Achantia algo enfadada por el hábito de su marido en rectificarla. Ablandándose al ver su bondadosa cara y gesto de arrepentimiento, tras acomodarse de nuevo, continuó—: Poco importa, en cualquier caso. Lo relevante es que predicaba la existencia de un solo Dios creador, Ahura Mazda, despreciando al resto como demonios, condenando el politeísmo, los sacrificios y los presagios.

»También afirmaba que todo hombre sabe lo que es bueno y lo que es malo y que solo los que siguen el buen pensamiento, la "sabiduría sagrada", su propia conciencia, luchando contra tentaciones y pecados, las *daevas*, entran al paraíso sin visitar previamente el purgatorio. Zoroastro, sabio, justo, modélico, elocuente, se ganó la confianza y el corazón del rey persa Gashtaseb, que lo acogió como guía espiritual y consejero. De su legado bebieron los judíos para cimentar su propia religión durante su destierro en Babilonia.

—Cierto es. Allí nació la religión de estado según Plutarco pues

Gashtaseb trató de unificar Persia bajo una misma idea como ahora hacemos nosotros en el imperio con el credo niceno —intervino Cinegio, pensando en alto. Siempre buscando ángulos diferentes sobre los temas, aplicando aprendizajes del pasado a las situaciones presentes, frío en el análisis religioso y político como el médico con la enfermedad ajena.

—Puede que el fin fuera el mismo, pero nada tiene que ver el fondo, pues aquello no dejó de ser más que un mero instrumento —contestó Achantia, siempre abierta a la discusión, enlazando con brillantez aquellas complejas ideas—. Un señuelo elitista con el que la monarquía se sigue parapetando hoy día. Que no cambiaba nada pese a revolverlo todo, pues respetaba el sistema de castas de sacerdotes, militares, artesanos y campesinos con el que siglos lleva la sociedad persa organizada, manteniendo que cambiar entre ellas, ascender para el pobre, se trataba prácticamente de un milagro.

»No solo en esa crucial diferencia está la antítesis del cristianismo, pues peor aún era con nosotras, las mujeres. Peor consideradas y tratadas que animales o esclavos. Meros objetos en manos de su padre, su marido o su tutor. Malditas de tal forma durante la menstruación que ni siquiera se les permitía estar junto a un hombre o incluso mirar al cielo. Por esa razón, por su crudeza, su injusticia y su crueldad, les resultó imposible a los Aqueménidas imponerlo y que el pueblo llano olvidara a Mitra.

—También de este tenemos algo —volvió a interrumpirla Cinegio. Incómodo, con un pie ya definitivamente fuera del diván que se le cargaba, la levantó de la cintura acomodándola sobre él, excitándose inmediatamente. Tratando de restar importancia a su instinto y la huella que este provocaba, continuó—: La fiesta de Navidad que se avecina, nada menos, pues en la misma época se celebra, en el día del año que el sol comenzaba a ganarle tiempo a la noche, cuando se conmemoraba el renacimiento de Mitra.

—Seguro que sí —contestó Achantia, captando la animal reacción de Cinegio como el vigía de la torre la vecina señal de humo—. Poco importa eso, en cualquier caso. Ya lo heredaron antes nuestros abuelos paganos con las *Saturnalia*. Lo que importa no es el rito, sino el fondo —siguió rodeándole con el brazo, por debajo de la cintura, cariñosa, dejándose querer, halagada, colocando estratégicamente su pierna sobre el regazo de su marido y su propio

pecho sobre el suyo—. Zoroastro fue paulatinamente olvidado en Persia hasta que los sasánidas lo trajeron de vuelta buscando reverdecer viejos laureles. Consolidar su autoridad. Erigirse en los herederos de glorias pasadas. Así siguen hoy día, aunque el actual Sapor no promete ser precisamente eso, o tal cosa asegura Arsaces, quien no le soporta.

—El que no soporta más soy yo —le respondió su marido con una sonrisa. Atrayendo su boca para darle un apasionado beso.

Tras terminar, mirándola arrebatado, Cinegio levantándose cogió a Achantia para dirigirse a su dormitorio. La apretaba a la altura de la cintura, deseando quitarle aquella capa de lana merina que la arropaba. Caminando sobre las nubes pese a su cojera. Enamorado. Encendido.

Quizás fue aquella mañana cuando concibieron a Materna Cinegia.

II

Tres semanas para recuperar su idilio les regalaron a nuestra pareja los persas antes de aparecer. Demasiado cortas, aunque otro fuera el objetivo sasánida. Obsesionados por alargar cualquier trámite. Jugando con los tiempos y la paciencia del adversario. Estirando la buena voluntad. Sembrando en la vecina negociación la urgencia de aprovechar el tiempo ya invertido.

Desde Ctesifonte había llegado todo un ejército. Desproporcionado. Una muestra de poder y de la exageración oriental que convertía la explanada entre la ciudad y el Éufrates en una noche estrellada cuando empezaban a encenderse los fuegos persas. Confiados de sus fuerzas, celebraban como victoria aquella embajada con banquetes interminables, tambores y guitarras en la noche. En nada habían dejado a las dos legiones que acompañaban a Cinegio.

Naturalmente, a la cita con el prefecto no acudía Sapor sino Bahram, uno de sus hijos, importante, pues, además de ser uno de los principales consejeros del rey, gobernaba la provincia de Kerman en el suroeste. También él, como sus hombres, acampaba fuera al no querer alojarse en el palacio. Poco tenía que envidiarle su inmensa y roja tienda de campaña que dominaba una colina a

media legua de distancia.

Las interminables reuniones se celebraban en el salón principal de palacio. El que lucía adornado por un espectacular mosaico representando una inmensa partida de caza y colosales trofeos entre el que destacaba un oso de la altura de dos hombres en posición de ataque. Grandes troncos de encina chisporroteaban y caldeaban siempre la estancia en sus dos grandes chimeneas, pues a ninguno de los interlocutores parecía agradarle el frío. Sobre ellos se quemaban sándalo, romero, tomillo e incluso pieles de naranja dulce que estaban de temporada y regalaban un agradable olor a la estancia.

Cinegio simpatizaba con los persas.

Poco importaba al prefecto su áspero carácter con ese amargo desdén del que se concibe superior, tan orgullosos de ello que ni siquiera trataban de esconderlo. Tampoco su engolamiento o su recalcitrante parsimonia. Ni siquiera el profundo odio que por ellos sentía Achantia al resultar palmariamente menospreciada en cada encuentro.

Los veía educados. Apuestos y enjutos. Inteligentes. Cautivadores. Atractivos. De expresivos y profundos ojos negros. Elegantes con sus largas barbas rematadas en punta, como sus gorros y zapatos, y su colorida ropa de fino acabado y excelentes tejidos. Comedidos en los vicios, salvo en su pasión por las mujeres, pues solo comían si tenían hambre, apenas probaban el vino o la cerveza y difícil era encontrar a un sodomita entre ellos. Jamás tenían prisa y durante horas podían hablar de la nada sin ser ellos quienes entraran en las materias claves, utilizando constantes hipérboles para cualquier nimiedad o bien aguantando un silencio eterno.

En cualquier caso, las cartas estaban claras por mucho que las barajaran.

Tras tantas vueltas, Cinegio por fin comprendía la estrategia persa y, con gusto, se disponía a aceptarla. Casi lo hubiera hecho con cualquier cosa.

Sabía que Prómoto, el *magister militum* de Tracia, había cosechado un par de semanas antes una rotunda victoria frente a los ostrogodos a orillas del Danubio, incluso que había reforzado sus fuerzas con más de diez mil cautivos que se unían a las ya nutridas

tropas de godos, hunos y alanos que combatían bajo sus águilas.

El momento era el propicio para sellar también en aquel frente un pacto generoso que asegurase una paz duradera.

Sapor buscaba recuperar la Gran Armenia. Prefería territorio a posiciones. Cantidad a calidad. Campo a ciudades. Se quedaría con cuatro quintos de la Armenia actual, lo esencial, la tan codiciada Iberia, entre otras joyas. También nombraría él a un nuevo rey en el país en sustitución de Arcades, al que acusaba de débil y negligente, aunque su filiación romana fuese su principal pecado. El elegido sería Cosroes, el cuarto con tal nombre.

La nueva frontera entre ambos imperios quedaba dibujada casi por sus accidentes geográficos. Al sur, en Siria, desde Palmira, se restituía para los romanos un territorio dividido desde Aureliano. Al oeste, en Mesopotamia alcanzaría donde vuelven a unirse Tigris y Éufrates, en la línea de Khabur, lo que ganara Severiano. Por último, al norte, Roma avanzaría por primera vez en Armenia al norte del Tigris, sobre los montes Tauro. Allí donde estratégicamente le habían dejado tres semanas para que valorase aquella posición más que cualquier otra. Así lo habían conseguido de hecho, enamorando para siempre a Cinegio de esa tierra.

Era más de lo que hubiera estado dispuesto a aceptar, pues mantenía las defensas previas a la frontera siria y, los persas, pese a ganar mucho más terreno, quedaban más expuestos a hunos, alanos, ostrogodos y quién sabía qué otras tribus del norte en el futuro. Especialmente tras la reciente victoria de Prómoto y Teodosio en el Danubio. Roma conservaría importantes ciudades y, sobre todo, una frontera geográficamente sencilla de defender por su enclave.

Karin, aquella ciudad en la que habían permanecido las últimas semanas, donde Cinegio había reencontrado el amor con Achantia, el que sería nuevo baluarte romano en la frontera persa, se rebautizaría como Teodosiópolis en honor de su amigo y la feliz idea que alumbró para que emprendiera aquel viaje.

La paz entre ambos imperios, la que la historia bautizaría como de Acilisene por la provincia en la que Cinegio la firmó, permitiría por fin a Teodosio centrarse en Magno Máximo y movilizar alguna de las quince legiones repartidas entre Arabia, Mesopotamia, Siria, Palestina y el resto del Pontus Euxinus que defendían el limes.

Con aquella paz por fin podía el emperador girarse a Occidente.

Aquella paz propiciaría la guerra.

III

Salve, Cynegi, parens carissime atque amantissime.

Espero que esta misiva os halle bien a ti y a Achantia, también, por supuesto, a mi sobrino Clivio al que espero ver pronto, tan despierto como siempre. Celebro, aún más que tu satisfactoriamente cumplida misión, la paulatina recuperación que me anuncias de mi amada prima. Sigue cuidándola como hasta ahora y no escatimes en recursos para asegurar su comodidad. Vale tanto como el imperio.

Nosotros en casa también avanzamos; Arcadio y Honorio recobran la sonrisa y a mí lo cierto es que, si la nostalgia y el recuerdo de mi Flaccilla no me acecharan, motivos no me faltarían para exhibirla en el presente.

Supongo que por muy recóndito que sea el lugar en el que te halles hasta ti habrá llegado el eco de la celebración con la que pregoné tu carta. Dímelo si no para castigar a los culpables de tan espantosa omisión.

Toda Constantinopla acudió a palacio a disfrutar del banquete tras la eucaristía en los Santos Apóstoles para agradecer la paz con Persia. Sin escatimar en cantidad ni calidad de viandas. Tampoco en el desfile con el que aproveché para ensalzar a Prómoto tras nuestra esplendorosa victoria en el Danubio. Sabes que en poco valoro yo este tipo de ceremonias, pero aquello no pudo dejar insatisfecho a nadie. Ni siquiera a los godos, pues, salvo a los escasos jefes que sobrevivieron a la masacre, los hice desfilar ya entre mis legiones y no como derrotados. Interminable se me hizo y eso que acabé observando el convite y posterior

bacanal desde la terraza de casa.

Te confesaré que, junto a honraros a ti y a Prómoto, mi magnanimidad respondía a su rédito político. Por supuesto, para gritárselo a Máximo en Tréveris, pues enterado seguro que estaba, pero aún más para ocupar la conversación en las tabernas de Constantinopla, Tesalónica, Alejandría, Sirmium, Roma y Milán.

Levantar la moral y el orgullo de los nuestros. Hacer que mi nombre retumbe en el imperio. Sobre todo, en la corte de Valentiniano, pues, aunque en nuestros dominios se acumulen las buenas noticias, allí es donde más escasean.

Justina y su obsesión con el arrianismo y su perdida causa es, sin duda, la principal culpable de la situación. Sigue obsesionada con su obispo y enfrentándose constantemente a Ambrosio, el auténtico emperador de Milán, amenazándose con la excomunión y la expulsión mutuamente. Nada pinta su hijo Valentiniano según Syagrio. Un fatuo en manos de su madre. No niego que Máximo capaz sería de encontrar cualquier otra excusa para forzar la confrontación, pero, inconscientemente, ella se lo está sirviendo en bandeja de plata. A él, que se ha erigido como príncipe del catolicismo ortodoxo después de lo de Prisciliano.

Por supuesto, le pido mesura en cada ocasión que tengo oportunidad, pero esa mujer es tan incontrolable y testaruda como bella, inteligente y ambiciosa. No atiende a razones, ni intuye el peligro ni escucha consejo alguno que le contradiga. Ni mío ni de Ambrosio, que repetidamente le advierte sobre Máximo. Nada es más peligroso que una mujer de carácter, pues suelen cumplir sus objetivos. Si no, al menos, perseguirlos hasta la extenuación, muriendo en

el intento antes que torcer el brazo. Con una persistencia que no hay hombre que resista. La vieja emperatriz tiene ese carácter a raudales.

En la última de sus cartas, aparte de clamarme con la injusticia de no poseer su propia basílica arriana, como si a mí me importase, insinuó la posibilidad de casarme con Gala, su segunda hija, la hermana de Valentiniano.

Lo que en un primer momento tomé casi como una ofensa, o como mínimo una extravagancia, cuanto más lo pienso me resulta menos descabellado. Escaso ha sido mi luto y como tal lo siente mi corazón, pero soy joven, no tiene sentido permanecer viudo y se trata de un buen partido. Hija y hermana de augustos, además de tan bella como su madre. Por si le faltara atractivo, también traería como dote la legitimidad para intervenir en Italia como familia del emperador, ¿por qué no vestir la púrpura en Milán, aunque tal ambición no trascienda esta carta?

Por lo menos tengo el deber de valorarlo más allá de lo que los sentimientos me dicten. En nada cambiaría mi pasado amor y respeto eterno por Flaccilla, la que te aseguro que será mi única augusta, ni la posición de mis hijos Arcadio y Honorio como legítimos herederos.

Me interesará conocer tu opinión y la de Achantia al respecto en tu próxima carta, pues seguro estoy de que podréis aportarme vuestra valiosa perspectiva de tan delicado asunto.

Sí tengo claro que, por muchos tratos de favor que me proponga Justina, no podemos confiar en ella. Ni en su temperamento, ni en su prudencia, ni en su lealtad. Menos aún lo hago en Magno Máximo y su desmedida ambición. No cumple nada de lo que promete. No ha terminado de abandonar el Ilírico,

pese a haber transcurrido todo un año, y fácilmente podría presentar en Italia treinta legiones entre limitanei *y* comitatenses *en semanas. Tengo hombres en el terreno informándome de cada movimiento y cada vez es mayor la concentración de tropas junto a los Alpes.*

Por eso es tan importante tu paz de Acilisene. Olvidarnos de Sapor y sus intrigas. También, sin duda, suma la contundente victoria anterior sobre los ostrogodos. No creo que se atrevan a cruzar de nuevo después de la paliza que se han llevado. Muchos murieron, caudillos como el rey Alateo que tanto sufrimiento nos ha causado con sus incursiones en toda la Iliria y sobre todo en Tracia. De ley es reconocer la pericia de Prómoto en la campaña.

Infiltró varios supuestos desertores entre sus filas criticando el ambiente de nuestros campamentos y deslizando que bien podríamos huir de producirse una invasión bárbara. Colaboró a crear un clima de desconcierto: escondiendo la flotilla fluvial, ordenando movimientos sin sentido o cruzando órdenes entre las legiones para confundirles aún más. Los bárbaros debían de pensar que era el momento propicio para cruzar, pues pintaba que aquel invierno no se helaría el Danubio y corrían el peligro de perder otro año.

Lo hicieron en largas canoas donde se metían quince o veinte hombres. Un blanco ideal para nuestros barcos que se lanzaron al río tan pronto recibieron el aviso.

Más de diez mil me aseguran que se ahogaron y otros tantos hemos sumado con los prisioneros que en breve serán nuevos reclutas sin apenas bajas propias.

Espero que estas noticias, al menos a corto plazo, detendrán a Máximo en su ansia de conquista, lo suficiente para recalcular posiciones si no se le presenta una ocasión oportuna o un argumento de

invasión irrefutable.

A nosotros nos falta al menos un año para prepararnos debidamente.

Creo que escogeré a Prómoto como magister equitum *y a Timasio como* militum *apoyado por Elébico. Ambos cuentan con experiencia sobrada, mi confianza, la lealtad de los hombres y la capacidad para integrar a las nuevas legiones. Suman ya casi un cuarto del total entre godos, sármatas, hunos y alanos principalmente. Un tercio de la caballería. Por eso, a los últimos aprehendidos en el Danubio les hice desfilar directamente como soldados y no como prisioneros.*

Debo asegurar su lealtad, pues no dudo que Máximo ve como uno de mis puntos débiles la diversidad de mis tropas. También yo lo haría. De ahí buscará sacar partido como el zorro que es. Si ya consiguió volver contra Graciano a Merobaudes, qué no hará con este atajo de reyezuelos con ínfulas de emperador.

En eso espero ocuparme en breve. Sellar alianzas y castigar las traiciones. De forma expeditiva. Mostrando una total resolución y ningún atisbo de debilidad. Ojalá no se precipiten los acontecimientos y pueda prepararme debidamente.

Confío en poder contar contigo para ello, y que tras finalizar tu visita a Alejandría regreses a Constantinopla. Mucho tenemos por hacer si queremos enfrentarnos a Magno Máximo y quién sabe con cuánto tiempo contamos para ello. Menos del que me gustaría, me temo.

Mientras tanto, junto al resto del imperio y a asegurarme una bolsa repleta para la futura campaña, cuídame por favor a mi amada prima y a mi querido sobrino.

Y, por cierto, gracias por bautizar esa nueva ciudad

en Armenia con mi humilde nombre, solo por lo que allí firmaste merece ser recordado.

Escríbeme pronto de vuelta.

Con el mayor de mis afectos,

Flavio Teodosio

IV

Cinegio abandonó Armenia con la satisfacción del deber cumplido y el gozo de hacerlo con la persona amada.

Aunque se sintiera en cierta forma apremiado por la carta del emperador, tal y como había acordado con él, continuó hacia el sur, destino a su querida Alejandría antes de regresar a Constantinopla. Ilusionado con su regreso, vislumbraba ya las vistas al atardecer desde su torre, nuevas visitas a la escuela retórica de Teón y el agradable paseo por la vía Canópica desde la puerta del Sol hasta la de la Luna. En su ensoñación, entornando los ojos, creía advertir entre el monótono paisaje sirio las columnas de los templos de Serapis o Isis, la majestuosidad del Caesareum y el bullicio del puerto. De todos modos, no pensaba despreocuparse de sus funciones y, tan atareado como siempre, seguía despachando por donde pasaba a la vez que se aseguraba del correcto funcionamiento de la administración *in situ*.

Solo una cosa, y no menor, enturbiaba su grato viaje: la creciente radicalidad de Achantia.

Pese a la mejora en su relación con Cinegio, imposible era apagar por completo los ardientes rescoldos que habían quedado en su corazón tras el juicio de Prisciliano. Inquieta, atormentada, con el recelo del traicionado o castigado injustamente, había encontrado en cualquier referencia persa al enemigo propicio con el que saciar su furia. Visceral, iracunda, cegada por el odio, sintiéndose maltratada y subestimada en lo personal, interpretaba el pacto alcanzado por su marido como debilidad ante la arrogancia sasánida y cualquier vestigio suyo en suelo romano como la semilla del mal.

Escuchaba las explicaciones del prefecto y su cabal defensa del mal menor como las excusas de mal perdedor. Charla de viejas.

Pretextos de infantes. Excesiva bondad de su marido, siempre tan inteligente y lúcido como apocado.

Deseaba comenzar a ganar partidas. Devolver la crueldad con la que el mundo le trataba. Demostrar su poder. Imponer su criterio. El que con tanta facilidad se ignoraba o resultaba ninguneado. El único justo. La luz en el caos.

La oportunidad de revancha se presentó por primera vez en su escala en Apamea. Marcelo, su obispo, la misma tarde de su llegada, fue quien le retiró a Achantia la venda, el que pareció liberar las sombras que atenazaban su corazón al invitarle a asimilar lo persa con lo pagano. El enemigo siempre había estado ahí.

—Es muy grave. Inadmisible —les dijo a Cinegio y Achantia poco después de intercambiarse los correspondientes saludos. Respondiendo a la pregunta no formulada de por qué les hacía aquella visita. Los tres habían coincidido previamente en Constantinopla, pero no lo suficiente como para que el obispo se presentara en palacio sin cita previa—. Mucho más con vuestra presencia aquí. Es una provocación, un insulto —continuaba diciendo un agraviado Marcelo de pie en el *tablinum*, sin siquiera sentarse como solía ser preceptivo en aquellas ocasiones.

—Lo siento, Marcelo, pero me pierdo, ¿a qué te refieres exactamente? —acertó a interrumpirle Cinegio, él sí tomando asiento en uno de los divanes de la antesala, pues poco tiempo aguantaba en pie con su cojera, inquieto por el nerviosismo del prelado, pero familiarizado con ese alarmismo provinciano que regalaba excesiva importancia a sucesos cotidianos. El obispo, además, resultaba algo histriónico por su agudo tono de voz y una delgadez extrema. Movía las manos incesantemente e incapaz era de fijar la mirada en ninguna parte, lo que enervaba enormemente a Cinegio que era amigo de sujetarla.

No le gustaba.

—¿Cómo? ¿No lo sabéis? —preguntó atónito Marcelo sin tomar asiento, colocando ambos brazos en jarra mientras observaba a sus dos interlocutores ya sentados—. ¿No lo habéis visto a vuestra llegada? —siguió preguntando para, ante la vacía mirada de la pareja, consciente ya de su total ignorancia sobre lo que hasta allí le acercaba, decidirse a empezar por el principio. Mirando al suelo por evitarles a ellos, aun paseando nerviosamente por el *tablinum*,

comenzó la explicación—: Hoy, como cada segundo día de febrero, los paganos celebran la *Amburbia*. La noche en que teas y antorchas antiguamente alumbraban la ciudad en honor a los difuntos. Gracias a Dios, eso ya no sucede a gran escala desde hace siglos, pero el mal pervive entre nosotros. Continúa morando en el viejo templo consagrado a Júpiter, aunque las antorchas que allí hoy arden no sean en su honor sino en el de Febrio, el viejo Plutón. ¡La misma basura es uno que otro, en cualquier caso! —remató exaltado, quedándose quieto y con la mirada fija en Achantia y Cinegio por primera vez.

—Cierto es lo que dices —asintió Achantia—. Me he fijado a nuestra llegada con sorpresa y cierto disgusto en la iluminación del templo, aunque ignoraba qué se celebraba.

—Pero, dime, Marcelo, ¿qué es eso que te parece tan grave? ¿Acaso no siguen celebrándose las fiestas paganas en Apamea? —quiso saber Cinegio.

—*Illustris*, aunque la comunidad pagana mengua, como en todo el imperio, desgraciadamente claro que continúan celebrando sus ritos —contestó Marcelo, ahora sí, tomando asiento, tratando de alguna forma de tranquilizarse antes de proseguir, cambiando incluso el tono para conservarlo menos estridente—: Sin ir más lejos el mes pasado realizaron las ofrendas a Jano y en el anterior las *Saturnalia* en todo su esplendor. Pero, aunque cualquiera de estas celebraciones sea reprobable por adorar a falsos dioses, ni se acercan a la *Amburbia*. —Guardó un pequeño silencio, levantando cierta expectación de forma algo teatral, luego explicó—: En esta fiesta, durante esta misma noche, entre las antorchas del templo de Júpiter, se sacrificarán tres grandes toros blancos. Ahora mismo, desde que despuntó el alba en realidad, está paseándolos Anano, su sumo sacerdote, en procesión por la toda la ciudad para regocijo de herejes y sacrílegos.

—Vaya —acertó a decir Cinegio, valorando tan mala noticia.

Aquello sí suponía un contratiempo real, pues no tenía ningún interés en generar enfrentamiento alguno ni tampoco en detenerse en aquella plaza siria más tiempo del necesario, pero no podía consentirlo.

Cierta razón tenía Marcelo con su alarmismo, ya que era el mismo Cinegio quien había publicado el edicto contra los sacrificios

con sangre en templos paganos, prohibiéndolos tajantemente, amenazando con la clausura del templo y expulsión y castigo de los sacerdotes oficiantes, en caso de suceder. ¿Cómo afectaría a su autoridad, a la del mismo imperio, permitir realizar aquel sacrificio a ese tal Anano en su misma cara? ¿En la misma noche de su llegada a una ciudad menor como Apamea?

Sin capacidad para mirar hacia otro lado tal y como le hubiera gustado, urgido por ese incómodo Marcelo, sopesando internamente en segundos todas estas cuestiones, encontró una solución aceptable:

—Bien has hecho en acudir a nosotros, Marcelo, porque no lo permitiremos. Clara es la posición del imperio y más aún la mía en tales cuestiones. ¡Flato! —gritó Cinegio, avisando al capitán de su guardia, levantándose del diván para esperarle junto a la entrada.

Allí apareció el mismo legionario que los acompañó en el viaje de Alejandría a Antioquía y que, tras su buen servicio, se había ganado la confianza del prefecto del pretorio entrando a su servicio personal.

Sin darle oportunidad si quiera a saludar, le ordenó:

—Pomponio Flato, escoge a unos cuantos hombres de tu plena confianza y sigue a Marcelo. Debes detener una procesión pagana, requisar tres toros blancos y guardarlos en los establos de palacio hasta pasado mañana que se le devolverán a su legítimo dueño. —Poniéndole un brazo sobre el hombro, algo cómico, pues Pomponio Flato le sacaba casi dos cabezas, le atrajo hacia él para bajar el tono y de forma familiar advertirle—: Flato, escucha atentamente, no quiero que se derrame sangre ni tampoco que se produzca detención alguna. Trata de ser discreto y cumplir mis órdenes en una zona poco concurrida, algún callejón o bocacalle. Sé expeditivo, pero evita caer en la violencia. Si algún problema surgiera con ese sacerdote…

—Anano —interrumpió Marcelo, rozando la impertinencia, al ver que el prefecto no recordaba el nombre.

—Eso, Anano —continuó Cynegio, hablándole de nuevo a Pomponio Flato tras asentir en dirección al obispo en señal de agradecimiento y no reprobación—. Si algún problema te causara Anano, le traes directamente hasta aquí. Yo me ocuparé de hacerle entrar en razón. Si todo marcha como debe, ni me molestes, quiero

descansar, que falta me hace tras el ajetreo de los últimos días.

Pomponio Flato y Marcelo se retiraron y nadie osó importunar a Cinegio hasta la mañana siguiente, cuando nuestra pareja, ya levantada y almorzada, jugaba con Clivio en el patio mientras los esclavos preparaban los enseres para continuar con su periplo.

Se trataba de Marcelo y no lo hacía solo. Una multitud lo acompañaba.

—¡Lo hizo! ¡Anano lo hizo! ¡Tan pronto pudo continuó con sus diabólicos ritos! —entró bramando en el *tablinum* nada más ser recibido por Cinegio y Achantia, naturalmente en solitario, pues fuera había quedado la plebe que venía con él, con las manos en una cabeza que se movía como la de los árboles expuestos a la tempestad—. En nada valoró la reprimenda de Pomponio Flato ni vuestra advertencia, *illustris* —añadió con ese tono extremadamente agudo que incapaz era de controlar—. Ya me extrañaba a mí que de forma tan dócil hubiera obedecido ese presuntuoso.

—¿Estás seguro, Marcelo? —inquirió Achantia, intuyendo con tino lo que efectivamente había acontecido.

—Tanto como que ese perro arderá en el infierno —replicó categórico el obispo, señalando con ambos brazos al suelo, enrojecido por la ira—. Tres corderos lechales suplieron a los toros que ahora descansan en vuestros establos. Lo hizo con apenas unas docenas testigos, los suficientes para que se corriera la voz. Allí continúa ese hereje, según me aseguran, haciendo vigilia.

—Veremos —contestó Cinegio, dirigiéndose hacia la puerta, visiblemente enfadado, sin mirar atrás ni mediar otra palabra.

El prefecto, en una litera acompañado por Achantia, encabezaba la nutrida marcha en dirección al templo de Júpiter por la vía principal de la ciudad. En un arrebato de autoridad le seguía una de sus dos legiones al completo. La que acampaba junto a palacio.

Tras ella, guiados por un Marcelo a pie, lo hacía el pueblo. Más numeroso cada minuto, en cada cruce de calles y con cada voz levantada. Creciendo como la avalancha que se arroja por la montaña, compuesto, en su mayoría, por sus más bajos estratos —mendigos, obreros y campesinos, esclavos incluso—, enardecidos, como suelen los desfavorecidos al sentirse amparados por la autoridad y oler la sangre de la minoría. La de cualquier otro que pueda acabar resultando más desgraciado que ellos. Ingenuos,

egoístas, como si el sufrimiento fuera finito y divisible en lugar de contagioso.

El templo era colosal, tremendamente hermoso y tan bien proporcionado como conservado. Muy por encima en importancia de lo que merecía una ciudad como Apamea. Situado sobre una colina, se accedía a su patio central a través de una gran escalinata de enormes bloques macizos de granito. Allí, mirando al oeste, un peristilo con diez columnas corintias por frente y doce por lado, custodiaban una segunda fila de columnas menores que guardaban la nave principal. En el frente destacaba un friso decorado con cabezas de toros y leones adornados con guirnaldas. Tras este descansaba el tejado de madera de cedro.

Cinegio, deteniéndose, tomando resuello tras subir las interminables escaleras con aquella maldita cojera, observó cómo en uno de los altares del patio, el menor, el que estaba justo frente al templo, aún se distinguían manchas de sangre fresca.

—¡Limpiad eso! —gritó encolerizado.

Inmediatamente, como respuesta, percatándose por primera vez de lo que sucedía a su espalda, comenzó a escuchar la exasperación de algunas desgarradas voces:

—¡Quemémoslo!

—¡Prendamos a Anano!

—¡Acabemos con ese hereje!

La muchedumbre había logrado sobrepasar a la legión quién sabe de qué forma, ocupando parte del gran patio. Chillaban poseídos, deseando no haberse dado el paseo en balde. Atrevidos, imprudentes, atroces, con anónimos rumores circulando a gritos entre ellos para avivar agravios olvidados y crear expectativas de una falsa venganza disfrazada de justicia, con rugidos que convertían en monstruosos a corazones de naturaleza sumisa.

Cinegio, siempre reflexivo, comenzó a dudar.

Olvidando en cierto modo su enfado por el engaño de Anano al ensimismarse con la grandeza y belleza del templo. Contemplando la sangre en él derramada como anécdota y no delito. Asustado al percatarse de que era él quien conducía aquella informe marea humana, advirtiendo con hondo pesar la angustia y demencia que le rodeaba. La ignorante protesta del pueblo ante lo distinto. La suicida condición en la que nada importaba al que nada ha de

perder.

Achantia, percibiendo la debilidad de su marido, conociéndole, tomó el mando.

—¡Derribadlo! —gritó enérgica. Sin atisbo de duda. Imperativa. Borracha del odio que a su espalda se destilaba. Harta, como bien sabemos, de encontrarse siempre en el flanco débil, en la posición perdida—. ¡Derríbalo, Pomponio Flato! —gritó de nuevo al ver que no se movían los legionarios—. Con quien haya dentro, si es que aún ahí están y no consienten en abandonarlo —volvió a chillar.

El tribuno, desconcertado, encontró la confirmación de la orden en un tímido asentimiento del prefecto.

Incapaz era de negarle nada a su esposa. Más si con aquella determinación se exponía. Ni rastro había de Anano ni del resto de oficiantes o feligreses paganos, así que solo las piedras podían pagar el tan deseado castigo. ¿Qué representaban para él, por mucho que le embriagaran y comprendiera su inocencia y legado, comparadas con la felicidad de su esposa?

El rugido del pueblo acompañó el despliegue de la legión que, sin experiencia en tales lides, desconocía cómo actuar y, perdida, causaba tan poco daño al templo como las hormigas al monte. Poco les costó derribar las estatuas, un mundo cualquier otra herida.

Así transcurría la mañana hasta que un albañil salido de la canalla, un hombre andrajoso, encontró la solución. Apoyado por un solo manípulo, hicieron un agujero alrededor de tres de las columnas, que rellenaron con madera de olivo y le prendieron fuego. Tras poco más de media hora, ante el asombro y éxtasis de cuantos lo observaban, el templo se derrumbó con un estrépito ensordecedor y ante el delirio general.

Al darse cuenta de la situación, reconociéndose culpable ante la actitud de la turba, Cinegio sin poder contener una lágrima, buscando consuelo en su vasta cultura, recordó la frase de su amigo Jerónimo de Estridón, el que tan cerca había estado de suceder a Dámaso: «*Fex urbis, lex orbis*».

V

Un tornado, de nombre Achantia, asolaba Siria.

Certero en su castigo solo azotaba a los paganos. Triturando los

huesos que los vertebraban. Tan devastador que no solo atentaba contra su presente, sino que se cebaba especialmente en sus futuros sueños destrozando su pasada memoria.

Tras el templo de Júpiter en Apamea cayeron seis más en su demoledor camino hacia Alejandría. El principal el de Heliópolis, en el que los legionarios emplearon casi una semana de intenso trabajo por su colosal tamaño. Un foro más que un templo. Juzgado culpable, como sus hermanos y primos, sin juicio previo ni abogado que defendiera su causa. Condenados con la ligereza con la que sin pudor alguno castigan los sátrapas más sanguinarios.

El azote de Achantia no solo se sentía en su recorrido, pues como el eco resonaba en la distancia, en aldeas, *villae* y pueblos menores, en ese inmenso mundo rural que vive alejado de las capitales, los mercados y las calzadas principales, el de verdad, aunque no ocupe las conversaciones de palacio.

El huracán no solo castigaba sus templos, pues, por su ímpetu, provocaba ajustes de viejas cuentas que en muchas ocasiones pagaban inocentes por el mero pecado de orar frente al altar equivocado. Excitando la ira y la venganza. La delación, la sospecha y la mentira, el egoísmo, el desgobierno y el caos.

Aquellas noticias sí alarmaban más a Cinegio, pues ya no eran solo las piedras las que sufrían la ira de su esposa, por mucho que a él le perturbara tal afrenta, sino que afectaba a impuestos, cosechas y posibles reclutas.

Con una guerra en ciernes no podía permitir que se anegaran las fuentes que debían surtir a las legiones de Teodosio. Ya vislumbraba las cartas de los curiales denunciando daños y falta de recaudación, pues a todo se agarraban en su astucia.

Hastiado, pero sin ánimo de enfrentarse a su mujer, como suele suceder a los casados con mujeres de carácter, apremió el resto del viaje sin realizar apenas paradas. Evitando ciudades y templos en la medida de lo posible, acampando cuando resultaba necesario y poniéndose en marcha según despuntaba el alba.

Una noticia ayudó a calmar la tempestad.

El pan de debajo del brazo que aseguran que siempre traen.

29

I

Alejandría, Egipto, marzo de 387

El embarazo aplacó a Achantia por completo.

Clivio tendría un hermano. Hermana según veremos más tarde, aunque en aquel momento se temiera lo peor pues Achantia había confirmado la buena nueva comenzado a sangrar. No de forma estrepitosa, ni con demasiada importancia, según los médicos, pero sí lo suficiente como para tomar precauciones y aconsejar reposo.

La noticia que debía valer oro no alcanzó si quiera al cobre, pues la pena por el recuerdo de Julia seguía acechando en las gargantas de la pareja. La consciencia de que ese don que se nos regala bien fácil se nos puede arrebatar. Que la crueldad, la agonía, la más profunda desesperación nos espera a la vuelta de la esquina, preparadas para asaltarnos como un bandido en plena noche. Nuestros protagonistas, recelosos por el dolor pasado, ya no daban por hecho la bondad de la naturaleza, sino que la temían como al peor de los presagios. No olvidaban que aquella realidad que crecía en el vientre de Achantia podía ser borrada de un plumazo como las huellas en el desierto con un soplo de viento.

Plenamente conscientes de la fragilidad de la vida que podía ser pero que todavía no era, la pareja no dudó en obedecer los consejos de los médicos. Cierto es que ayudó a hacerlo que el diagnóstico se realizara en Alejandría. Justo a su llegada, pues había sido en la noche previa cuando había comenzado el sangrado de Achantia.

Cinegio la observaba despierto en mitad de la noche, incapaz de dormir mientras ella plácidamente lo hacía. Profunda y totalmente. Ensimismado, seguía cómo inhalaba y exhalaba el aire de forma regular y suave, como las olas que besan la playa escondida en una costa resguardada. Transmitiendo una paz tranquilizadora.

Lo necesitaba, pues a él, en cierto modo preocupado por las

noticias en las últimas cartas de Teodosio, le pesaba la culpa de las prisas en el tramo final de su viaje, desoyendo las quejas de Achantia ya que más las atribuía a su afán de destrucción que al cansancio de la embarazada, desconocedor de este determinante factor que ahora había llegado de forma agridulce.

Contemplándola, absorto, se preguntaba cómo podía dormir de aquel modo entre tanta incertidumbre. Tras reflexionar, la respuesta que intuyó le tranquilizó. Tenía que encontrarse bien. Mucho mejor incluso que durante las anteriores semanas en las que regularmente soñaba y apenas conseguía dormir. Quizás alterada por el cansancio y no por el ansia de castigo a cualquier delito pagano como él pensaba.

Daba gusto verla así, aunque yaciera de espaldas. Intuir su bendito perfil, vigilar el subir y bajar de su pecho y su cuello.

Suavemente Cinegio le puso una mano en el hombro y otra sobre la cintura. Buscando acariciar su incipiente vientre se acercó más a ella, con cuidado de no despertarla, pero lo suficiente como para aspirar las fragancias de su pelo y su hombro. Le gustaba más así, sin perfume alguno. Jugó con sus rizos y pegó su carne contra la suya sorprendiéndose de lo caliente que estaba, despacio, sigiloso como el zorro, la besó en la base del cuello. Ella se acurrucó complacida, sabiéndose querida, soñando que se encontraba en su añorado Carranque junto a su esposo. Sus músculos estaban relajados y su piel tan tersa como siempre.

Cinegio disfrutaba de su insomnio, acostumbrado a él, no se le ocurría sufrirlo en mejor sitio que en su palacio de Alejandría. Frente a él se abría una terraza en la que, pese a la distancia a la que se encontraba, sentía el recurrente y puntual haz de luz de su maravilloso faro. La tenía abierta, pues a ambos les gustaba arroparse con una enorme manta de oso, recuerdo de Armenia. Su cama era enorme, con el colchón y los cojines de pluma de ganso de distinto espesor. Uno lo sujetaba Achantia entre sus piernas y allí metió Cinegio una de las suyas. Sin afán nada más que de cuidarla, sentirla, amarla.

Silenciosamente, Cinegio rezó por su sueño, por su fuerza y la de su futuro hijo. Sabía que el descanso era vida y por eso reprimió su natural instinto y la inmensa atracción que en aquel momento sentía por su esposa. Concentrado, consciente de sus visiones, de

aquel extraño don que a veces le atacaba, buscó la certeza de saber si su hijo y su mujer vivirían, pero desgraciadamente no la encontró.

Poco podía hacer más que cuidarla.

II

La ciudad les esperaba tan revuelta como había transcurrido el camino.

Las numerosas embajadas que solicitaban la audiencia del prefecto esperaban paciente e insistentemente tras la puerta del *tablinum* de palacio. Allí mismo, como si de la arena del anfiteatro se tratase, se cruzaban feroces rivales. Una facción la encabezaba un ansioso Timoteo, la otra, la de los filósofos, un Teón temeroso. Ambos, como casi todo el resto, salvo contadas excepciones como Eusebio o Romano, prefecto y *comes* de Egipto respectivamente, portadores de los temas de mayor urgencia, habían tenido que aguardar cerca de diez días. Hasta que las prioridades del prefecto del pretorio prevaleciesen sobre las del padre y marido.

Un gran tema les preocupaba. El mismo por el que le había escrito Libanio mientras estaba en Constantinopla y que él ahora había agravado aún más con su destructor periplo por Siria.

El obispo Timoteo, en honor a su posición y a su insistencia en la visita, fue el primero en exponérselo.

—Es un honor tenerte de vuelta, *illustris*. Espero que tu esposa se encuentre perfectamente —le dijo tras apretarle ambas manos a Cinegio después de acudir este a recibirle al ser anunciado.

Naturalmente, ella no se encontraba junto a él y no por un tema de salud, o al menos, no en su mayor medida. Simple y llanamente había dejado de importarle repentinamente la política.

Consciente de su fragilidad, olvidada su repentina furia destructora, preocupada por lo importante, descansaba en sus cómodos aposentos junto a Clivio esperando a su futuro hijo y ni siquiera se molestaba en preguntar a Cinegio por sus quehaceres diarios.

Timoteo, ignorándolo, preocupado al no verla en la audiencia como siempre había sido habitual en su anterior visita y por los

rumores que corrían sobre su estado, continuó:

—En cada iglesia y basílica de Alejandría se ruega expresamente por su pronto restablecimiento en cada celebración.

—Me consta, querido Timoteo —le respondió afable Cinegio, pese a la animadversión que sentía por él, invitándole a sentarse en los divanes de la entrada del *tablinum* para acompañarle. Sin ánimo de dar muchas explicaciones, dijo—: Y también a ella, te aseguro que mucho lo agradece, aunque no debe preocuparte su salud, pues, a Dios gracias, se encuentra perfectamente. Tan solo descansa después de nuestro ajetreado viaje.

—Lo celebro entonces. Ojalá tenga la oportunidad de verla pronto, trasmítele mi saludo y afecto, en cualquier caso —contestó el Obispo, visiblemente afectado por su falta, demasiado para extrañeza de Cinegio, hasta que siguió explicándole lo que con tanto interés le traía como para haber repetido visita cada día—: *Illustris*, haciendo honor a mi fama, seré directo, yo venía para hablarte del Serapeum, confiado, como toda vuestra fiel capital alejandrina, en que por fin le haya llegado la hora del juicio a tan funesto lugar.

—¿Y cuál es su pecado, Timoteo? —le cortó Cinegio.

—¿Cuál no lo es, noble Cinegio? —espetó nervioso Timoteo—. Tan largo es su historial como el del más peligroso forajido. De sobra has de conocerlo con lo bien informado que sueles encontrarte.

—Ilústrame, amigo —siguió invitándole a la disertación Cinegio sin ánimo de adelantarse, dispuesto a ser quien liderara la conversación desde la sombra, mientras hacía un gesto para que a ambos les sirviesen la limonada con miel de castaño a la que era tan aficionado.

—Será un placer —decidió continuar resuelto el alejandrino, agradeciéndole a regañadientes el refresco con un gesto y dando un largo trago para tranquilizarse y ordenar su discurso—. Como sabes, *illustris*, el Serapeum es el principal templo pagano de la ciudad desde que Diocleciano lo erigió siguiendo la tradición egipcia en la privilegiada colina de Rhakotis, probablemente el mejor emplazamiento de la ciudad. ¡Ya es un oprobio para nosotros, los católicos, ceder tan significativo lugar a vestigios herejes!

—Supongo que no será ese el problema —le cortó de nuevo el

prefecto, evidenciando que no buscaba un sermón vacío ni alargar con él la conversación, haciendo también honor a su fama de juez severo, de los que se asientan en los datos y no en las opiniones o querencias para emitir su veredicto.

—No, tienes razón —se disculpó el obispo—. Eso no es lo que nos atañe ahora. —Tras una tímida sonrisa y un gesto de Cinegio con la cabeza para que continuara, así lo hizo—: Bien, procuraré no enredarme. En tan insigne espacio llevan acumulándose el oprobio y la indignidad desde tiempos de Constancio, cuando mientras se construía una iglesia sobre un templo ya abandonado apareció un Mitreo repleto de cráneos humanos y otros objetos rituales. Su denuncia y las revueltas posteriores contra los paganos acabaron con la muerte del obispo cristiano del momento.

—A Jorge te refieres, ¿verdad, Timoteo? —le cortó de nuevo Cinegio. Ante el desconcierto creado por su conocimiento y un silencio incómodo, el prefecto siguió preguntando con algo de mala fe—: ¿El arriano? ¿El que se refería al Serapeum como el «sepulcro»?

Cierto era cuanto contaba Teófilo, pero asimismo que Jorge era un arriano odiado por todos, no solo por los paganos, sino también y muy especialmente entre los nicenos y que su muerte, a los pocos días de la del emperador Constancio, más se debía a una venganza general por su despótico comportamiento que a un hecho concreto relacionado con templo alguno.

—Exactamente —respondió Teófilo, ignorando la doble intención de Cinegio y cambiando rápidamente de tema al ver tan versado en aquel a su interlocutor—. Desde aquel día muchas son las causas pendientes entre cristianos y paganos y aún más las tropelías acaecidas en ese maldito templo. Siguen sin devolver a los recaudadores ciertos privilegios que recuperaron en la funesta época de Juliano con su edicto de tolerancia, ignorando posteriores leyes, y sus rentas y patrimonio ya deberían pertenecer a la Iglesia. Habituales son también sus celebraciones y, por supuesto, con asiduidad realizan sacrificios a cualquier deidad, aunque nos lo oculten. El Serapeum, *illustris* Cinegio, es, sin duda, la raíz del mal en Alejandría. Cortarlo sin ambages, destruirlo siguiendo el ejemplo de los templos sirios, sería liberar a todo Egipto y, pese a sonar exagerado, también a gran parte de Oriente de su pasado más

oscuro.

—Muy grave es cuanto denunciáis, Timoteo —comenzó diciendo pausadamente Cinegio tras el silencio que acompañó a la petición del obispo.

Ahora entendía su interés por la presencia de Achantia en la visita, pues, como el resto de la sociedad bien informada, Timoteo de sobra conocía que ella era la principal causante de la devastación de los templos durante su periplo desde Armenia. Desgraciadamente para sus intereses, todo había cambiado en las dos últimas semanas y ni por la cabeza se le pasaba a Cinegio continuar su obra. Menos aún para acabar con el Serapeum, uno de sus lugares predilectos de Alejandría, del mundo por qué no decirlo, de los que más había añorado y deseaba reencontrarse a su vuelta, ya que, además de por su imponente arquitectura y belleza, interminables horas había pasado en su biblioteca durante su anterior estancia.

Allí, desde que más de un siglo antes un gran incendio se cebase con el Museion, se guardaba la colección salvada por Augusto tanto de la mítica biblioteca de Pérgamo como de la alejandrina que no se quemó durante los combates liderados por César. El Serapeum era una joya sin par. Un faro de luz tan intensa como la que despedía el del puerto. No, no sería él quien mancillase para siempre su nombre con semejante atrocidad.

Respirando, sonriendo, ocultando como el zorro sus intenciones para evitar el conflicto con el obispo, concluyó:

—Enseguida ordenaré una completa investigación a Eusebio para que ni uno solo de los delitos que denunciáis permanezca sin castigo.

III

Salve, Cynegi, parens carissime atque amantissime.

¡*Todavía estoy celebrando tus últimas noticias que en tan poco han dejado las que me traían la paz de Acilisene*!

Encinta, nada menos. Confiaba en que el viaje os ayudaría *a reavivar vuestro mutuo aprecio, pero jamás que de forma tan inmediata nos regalara fruto tan dulce*.

Por favor, no oses preocuparte por alargar tu estancia donde fuera menester, pues bien sabes en qué medida me preocupa mi querida prima. Ella debe ser quien ocupe tus desvelos y, si los galenos recomiendan su reposo en Alejandría, así debe cumplirse de forma tan tajante como la orden de un tribuno a un recluta.

Tampoco, amigo mío, debe alarmarte en demasía lo acaecido con esos templos sirios. No te negaré que me han alcanzado voces críticas sobre ello, pero no suman ni la décima parte que los elogios. Muchos de ellos insignes como los proferidos por tu amigo Agustín, Ambrosio o Siricio.

Bien conoces mi escaso interés sobre ese tipo de problemas y menos aún alcanzo a vislumbrar por qué tanto te turban tales actos. Por eso, más allá de esas diatribas filosóficas a las que tan aficionado eres, te insto a ceñirte en tu análisis solo a las consecuencias concretas que de ellos se desprenden. Sopesándolas en su justa medida, convencido estoy de que te mostrarás en tus futuras decisiones tan cauto y acertado como siempre.

La motivación de Ambrosio para escribirme que te comentaba antes no respondía solo a su inquietud por los templos, ni mucho menos. A él lo que le preocupa es lo sucedido en Milán. Su Milán.

Posiblemente sea yo quien te anuncie las últimas noticias acontecidas allí esta misma semana de Pasión, pues apenas corren dos horas desde que han alcanzado Constantinopla y envío este mensaje para que vuele.

¿Será posible que la velocidad de mi correo venza a la de la voz con la noticia que segura viaja ya saltando entre salones, tabernas y hogueras? Ya me confirmarás en tu respuesta que espero que no le vaya a la zaga.

De todos modos, no es esa la pregunta más importante que deseo realizarte.

Te resumo primero la cuestión, pues tantos son los sucesos acaecidos entre Ambrosio y la corte de Milán que relatártelos nos servirá para ordenarnos:

Hace un par de años, Ambrosio fue «invitado» por Valentiniano a entregar una basílica católica para el culto arriano. Fiel a sí mismo se negó, enardeciendo al pueblo desde su púlpito para congregarlo ante palacio hasta que Valentiniano abandonó tal pretensión. Aquel agravio no lo olvidaría Justina que, rencorosa, a principios del año siguiente, encargó al magister memoriae *Benévolo redactar una ley que otorgara la libertad de culto a los arrianos, la pena de muerte a quien se opusiera y la obligada entrega de la basílica cristiana.*

Aquí, y aunque nos salgamos estrictamente del tema, vale la pena recordar la extraña actitud que tomó Benévolo, un cristiano convencido, valiente también, pues, en un alarde de conciencia jamás visto antes en un funcionario, renunció a tal tarea alegando que prefería perder una promoción que vivir toda su vida en la impiedad.

Yo, como mínimo, lo hubiera desterrado por desobedecerme y desafiarme de tal modo.

Ante estas dificultades, el tribuno Dalmacio, un legado imperial tutelado por Justina, sugirió un arbitraje esperando un pronunciamiento favorable a los arrianos, pero Ambrosio, viendo lo que sufría Prisciliano en ese momento pendiente del juicio en Tréveris, se negó a asistir ante un tribunal civil. Hubiera implicado discutir con un obispo arriano ante árbitros laicos. Categóricamente, seguro de su fuerza, le dijo al emperador que los obispos solo podían ser juzgados por obispos.

Vino después la visita de Ambrosio a Tréveris junto a Achantia para interceder por Prisciliano con la excusa de recuperar el cadáver de Graciano y, afortunadamente, su posterior enfrentamiento con Máximo por no recibirle como merecía.

Desde su regreso a Milán ha criticado vehementemente a ese perro tratando de poner en guardia a Valentiniano, pero este, tan torpe como siempre, lleno de desconfianza, no le cree pensando que su deseo es enemistarle con ese usurpador, el asesino de su hermanastro. Como si en algo le valorase.

Llegamos al presente, a la carta de Ambrosio, la noticia y sus miedos.

Este mismo Domingo de Ramos, hace diez días, al muy imbécil de Valentiniano no se le ha ocurrido otra cosa que ocupar la basílica Porciana. Poco tardó el pueblo en retomarla, ocuparla y hacer allí vigilia. Lo mismo sucedió en cada una de las iglesias de la ciudad. Valentiniano desplegó a los comitatenses, *y Ambrosio respondió pidiendo, por un lado, sosiego al pueblo y, por el otro, amenazando con excomulgar a cualquier soldado que obedeciera las órdenes imperiales en caso de violencia. Así aguantaron hasta el jueves, con basílicas sitiadas repletas de cristianos rezando, hasta que, presionado por la rebeldía de sus soldados, el emperador desistió y el Viernes de Pasión retiró las tropas.*

El problema viene ahora. La incertidumbre por el destino próximo.

Ambrosio me escribe indignado por la ceguera del imberbe emperador. Humilde, poco dice importarle su aplastante victoria. Por efímera, esperada y producirse ante un rival amortizado. También clama contra Justina, a la que considera auténtica culpable de lo

acaecido. Convencido está de que esta es la excusa que esperaba Máximo: legiones arrianas en la calle amenazando en plena Semana de Pascua a católicos que rezan en la capital del imperio. ¿Qué más puede necesitar para intervenir el rey de la ortodoxia que ni se dignó a sentarse con él para hablar de Prisciliano?

Justifica sus decisiones como la única forma de evitar la sangre, pues de haber muertos de por medio ya hubiera supuesto una invitación definitiva a la invasión.

Lo cierto es que puede que esté fundamentada la alarma del obispo. Tiempo llevamos advirtiendo movimiento en el limes y, efectivamente, puede que sea esta la ocasión que esperaba ese viejo zorro.

Es pronto. Demasiado reciente está la paz que firmaste. Imposible ha sido reorganizar las legiones e integrar en ellas a los nuevos reclutas bárbaros, aunque tal mandato tengan Prómoto y Timasio desde que llegó tu carta y se produjo nuestra incontestable victoria en el Danubio. Rezo porque no se cumplan los peores presagios. Adelantaría todo… incluso mi boda.

Celebré mucho tu consejo y todavía más el de mi prima al respecto. Confieso que la temía. Mucho más que a ti. Bien puedes asegurarle que no ha de temer por mis hijos, pues nada mejor que ellos tengo.

En fin, definitivamente alentado por vuestro beneplácito, convencido de la idoneidad del trato, he arreglado todo con Justina. Pese a que no era lo planeado, puede que haya que ponerle fecha inmediata al enlace con Gala, pues en caso de que Máximo se decida a intervenir de forma inmediata en Italia, como Ambrosio, Syagrio y nuestros espías en la frontera barruntan, la corte de Valentiniano huirá presta a Tesalónica bajo mi protección para evitar caer prisionera.

Veremos.

Esperemos que no sea así y llegando tú a principios del próximo año, pues seguro que todo marchará bien y el niño en esas fechas ya estará en edad de viajar, quizás puedas asistir a mi boda. Me guardaré de celebrarla mientras Máximo no invada Italia para no provocarle, aunque preparado me halle ante cualquier aprieto.

Lo importante ahora es que atiendas a mi prima como merece para que pronto podamos celebrar la llegada de un nuevo miembro a la familia.

No será solo esto lo que festejemos a tu regreso, pues cuando lo hagáis no pisarás Constantinopla como prefecto del pretorio.

Querido Cinegio, voy a nombrarte cónsul.

La guerra está en ciernes, quizás no sea el detonante lo sucedido estos días en Milán, pero si no es así no tardará en serlo cualquier otro. Yo no pienso movilizar a las tropas hasta que el ejército esté listo. Necesito un año al menos. Un invierno. Te esperaré. Te necesitaré.

Mi lugar no se encuentra en palacio sino en el campamento. Vigilando a mis tropas; entrenándolas, seleccionándolas, arengándolas. Precisaré de alguien que guarde mi casa mejor que si de mí dependiera.

Supongo que ese ansiado regreso a Carranque que tan recurrentemente me mencionas podrás retrasarlo ante tamaña distinción, responsabilidad y premio.

Escríbeme pronto de vuelta tal y como te mencionaba.

¡Felicidades, cónsul Materno Cinegio!

Con el mayor de mis afectos,

Flavio Teodosio

30

I

Calcedonia, estrecho del Bósforo, 5 de marzo de 388, día del Navío de Isis

Los hombres, entretenidos, debatían sobre lo de siempre.

Dogmáticos algunos, escépticos otros, trataban de vislumbrar en augurios o creencias la idoneidad de la siguiente decisión a tomar. En aquella ocasión, se trataba del último paso antes de alcanzar Constantinopla. De cruzar aquel legendario estrecho que abría el Pontus Euxinus y defendía el Cuerno de Oro. Sabían que no podían navegar en línea recta la traicionera corriente sino remontar hasta la Vaca para en Crisópolis abandonarse a ella y recorrer toda la costa de la ciudad para llegar hasta el puerto Juliano en el sur.

Los supersticiosos, mayoritariamente veteranos y de superior rango militar, opinaban que era propicio hacerlo aquel mismo día al tratarse del quinto de marzo. El día del Navío de Isis en el mes que los romanos dedicaban a Marte, el dios de la guerra. En el que se abría tradicionalmente el periodo de navegación aprovechando el letargo en el que se sumía el mar durante la primavera y el verano. Los provenientes de la costa, de cualquiera de las ciudades del imperio que alumbraban los faros, con cierta nostalgia se imaginaban junto a sus familias peregrinando hacia el puerto para embarcar la imagen de Isis, la protectora del mar, con vasijas, ánforas y jarras repletas de agua de río, del Nilo, en los casos más pudientes. Algunos ahora, como ya hemos visto que sucedía con las más arraigadas tradiciones, cristianizaban a Isis con una imagen de María, la Virgen madre de Cristo.

Otros, en cambio, mostrándose más pragmáticos, preocupados con lo que observaban, maldecían el tiempo. Desconfiaban del cielo y el horizonte. Aquel 5 de marzo diluviaba tras haber amanecido gris oscuro. Imposible era distinguir el recogido puerto de la capital

de Oriente en la orilla contraria pese a su cercanía. Qué decir de Santa Sofía, el Hipódromo o los Santos Apóstoles en la lejanía. No podía existir peor presagio, por mucho que Isis o María celebraran su día.

Ella, Achantia, se debatía entre su ansia por llegar a palacio y el temor a aquel salvaje aguacero. Ignoraba las discusiones de los hombres y lo de la fecha ni lo consideraba.

Llevaba entre sus brazos a su hija, Materna Cinegia. Perfectamente sana. Demasiado, según su padre, por su glotonería y furioso llanto pese a su tierna edad. Materna había nacido a término y sin apenas dolor. Mucho mejor que Clivio y qué decir que Julia. Con sus tres meses ya cumplidos peleaba contra el sueño sobre el hombro de su madre que paseaba por uno de los salones del palacio en el que se hospedaban en Calcedonia.

Achantia, que acaba de llegar desde su dormitorio, miró por la ventana alertada por el estallido eterno de un vigoroso trueno. Gruesas gotas golpeaban las mesas, sillas y toldos convirtiéndolos en tambores. Por los canales de desagüe del tejado corrían torrentes que inundaban el suelo de la terraza. Un joven esclavo, empapándose, se aseguró de que el agua no se abolsase en los toldos ni se estancase en las salidas limpiando los conductos de hierbas y piedras arrastradas y barriendo el agua hacia afuera con un escobón.

No hacía día de salir. Menos al mar.

—Habrá que esperar —le dijo a su marido otorgándole, sin saberlo, la victoria en el debate anteriormente mencionado a los pragmáticos sobre los supersticiosos.

—Habrá —respondió un lacónico Cinegio, sentado en un diván, como siempre enfermizamente pegado a una de las chimeneas de la sala en la que ardían varios troncos de encina recién puestos.

Observándolas, tranquilamente les dedicó una sonrisa.

«¿En qué pensara?», se preguntó Achantia, devolviéndole fijamente la mirada. Percibiendo aquella vidriosa costumbre suya de mirar sin ver. De trascender la escena vecina para ensimismarse en cualquier detalle perdido en el infinito espacio exterior e interior.

Observándole, consciente de su singularidad, incapaz era de descifrarlo. Infinitos eran los campos que cubrían aquella

privilegiada cabeza. Ni siquiera sabía cuánto tiempo podía llevar ahí al haberse despertado sola en el lecho sin rastro suyo de haberlo visitado. Lo que sí percibía con aturdidora claridad era que no existía horizonte tan profundo y misterioso como el alma humana. Insondable incluso para, como eran ellos, dos almas gemelas.

Cinegio. Su amado marido. Cónsul, nada menos, reflexionó para sí misma.

Cómo había disfrutado al escribírselo a su padre, perfectamente consciente de que ya lo sabría. También del orgullo con que lo leería pese a lo que le había costado reconocer su valía.

Ella lo vivía con naturalidad. Le conocía. Nadie más podía aseverarlo de forma tan categórica. Era ella la que solía traducir sus órdenes para muchos de sus colaboradores hasta el punto de que algunos incluso le rogaban que los acompañara en sus reuniones. La que en repetidas ocasiones le bajaba al terreno y demandaba respuestas sencillas para problemas complejos. La que, según la situación, entendía sus miradas de hastío, su actitud contemplativa o su enfermiza curiosidad.

Cinegio pensaba más rápido de lo que hablaba, provocando en sus interlocutores perseguir su discurso en lugar de digerirlo. Entre sus palabras daba por hecho lo que para él eran obviedades, incluso comiéndoselas, totalmente enfocado en alcanzar la idea y sus conclusiones.

Cinegio era el oráculo y Achantia su sacerdotisa.

El vicario de Delfos se manejaba mejor por escrito que oralmente, pues negro sobre blanco lucía certero y taxativo. Midiendo las palabras cuando era necesario. Jamás regalándolas. Adelantándose en sus argumentos a posibles objeciones o reparos. Tomando decisiones, arriesgando de ser necesario.

Excéntrico, celoso de su intimidad, rodeándose de un misterio que lo ensalzaba como *rara avis* entre los *illustres* del imperio, prefería permanecer en casa a asistir a fiestas o recepciones. Leer, trabajar, discutir. Esos eran sus pasatiempos preferidos, además de la familia. Viajar también, forzando durante sus periplos dormir acampados o en villas de segunda para evitar embajadas.

El anfiteatro, como descubrimos al comenzar esta historia hace ya tanto tiempo, era de las pocas grandes pasiones que compartía con el pueblo, pues no le agradaban ni la caza, ni las termas, ni el

teatro. Ni tan siquiera la íntima compañía de mujeres y hombres de costumbres relajadas. La locura, como también sabemos, la alcanzaba con las peleas de gladiadores. Eso, a pesar de cuánto su esposa, como coherente cristiana, aborrecía aquel mundo. Una de las únicas cosas en que se atrevía a ignorarla.

Aun así, hasta en la discrepancia se entendían. Respetándose pese a los reproches. Disculpándose con una sola mirada. Identificándose con las necesidades del otro. Sonriendo íntimamente ante sus mutuas debilidades. Perteneciendo a lo mismo. Sin secretos ni mentiras.

Observándole, Achantia recordaba con cariño cuando, al barajar nombres con su primer embarazo, la que no llegaría a ser Julia, le había contado la historia de Clivio, su tío, llorando sobre su regazo como un niño. Explicándole que, de alguna forma, al despedirse de él, sabía lo que iba a suceder, culpándose por no haber actuado pese a ello. Le contó en cada ocasión que había sentido aquello y, por supuesto, cómo le había pasado con ella misma al verla en Carranque. Durante esa mágica cena. Al recibir su sonrisa. Sabiendo que había encontrado algo cuya existencia desconocía. Tan profundamente enamorado como para perdonarle cualquier locura.

Cónsul.

No podía evitar albergar también cierto rechazo ante el nombramiento. Recelosa de la esclavitud que conllevaba tan distinguido privilegio.

No envidiaba el poder, en absoluto. De hecho, desde la dolorosa muerte de Prisciliano, lo aborrecía y compadecía al que con él se acostaba, pues imposible para ella era imaginar veneno mayor por la espiral en la que se sumergían los que lo ostentaban. La mayoría sin perspectiva, adictos a él, regalándole la vida en lugar de disfrutarla.

En Siria había tocado fondo. Desatando descontroladamente su ira. Allí él era quien la había cuidado. Con una paciencia absoluta y un amor inquebrantable, permitiendo sus desmanes como el que suelta hilo al salmón río arriba.

Por suerte y con su ayuda, Dios le había devuelto a la realidad a tiempo, aplacándola con la mejor de las noticias.

El sangrado se había quedado solo en un susto que pronto reparó el reposo en su palacio de Alejandría, la única ciudad en la

que podría vivir de no existir su querido Carranque. Su casa, esa que le negaba Teodosio a Cinegio, pese a haberle jurado volver en su lecho nupcial, era lo que ella realmente añoraba ahora mientras veía llover sobre el Bósforo en aquel salón de Calcedonia.

Su adorada Hispania.

El atardecer estival, sentada en su banco junto al río, casi sin distinguir el vuelo de las bandadas de patos. Las frías y largas noches de invierno sin luna en las que Cinegio le dibujaba la pelea entre Orión y Tauro mientras los gemelos Cástor y Pólux les contemplaban. Su cama. El pan y el vino. El olor a tomillo, lavanda y romero en primavera y el berreo y ronqueo de venados y gamos con las lluvias del final del verano. La lechuga, cebollas y ajos. El amargor del *Oleum omphacium* que hacían en el molino de aceite de su padre con las aceitunas aún verdes de septiembre y el intenso olor que desprendían. El sol en su *impluvium*. El grosor de los olivos de cuatro pies y el cambiante color de las viñas. Los cerdos hozando en el barro, con el posterior e inconfundible sabor de su carne que solo allí se encontraba. El acento y atractivo de la gente. Sus cantos y bailes. La amabilidad y alegría de sus esclavos. La devoción y sentimiento de los fieles.

Recordaba algunas cosas ridículas también, como el crujido del tercer escalón en la escalera que subía a su dormitorio, sentarse en el banco junto su puerta viendo los cipreses que custodiaban el camino de entrada o incluso a los perros jugar con los gatos al conocerlos por su nombre e incluso genealogía.

Extrañaba todo.

Harta de Constantinopla, recelaba de las artimañas de Teodosio para retenerles, pues bien sabía él que ellos ansiaban regresar. Olvidarse de ese poder que tantos perseguían y que te consumía para nada devolverte, salvo un orgullo malentendido. Necesitaba volver a Carranque. Ella misma se lo había confesado confiando en que él cuidaría de Arcadio y Honorio al ser famosa su devoción por ellos. No fallaría en su promesa realizada a Aelia Flaccilla y, de dudarlo, dispuesta se cruzaría el mundo para reprender a su primo.

Cinegio seguía callado. Observándolas. Tranquilo.

Ahora cónsul.

Difícil era que regresaran. No al menos hasta que terminara la guerra. Un año, con suerte; dos, a lo sumo, pues ya era inminente.

Teodosio marcharía hacia Occidente al inicio de verano. Ya estaba preparado. Por eso habría de nombrarlo cónsul y así asegurar su completa autoridad. La idea era una guerra rápida. «¿Cuándo no lo es?», pensaba resignada Achantia.

El ejército se preparaba para viajar hacia la Iliria. Entrenaban a sus contingentes godos, sármatas, marcomanos, cuados y hunos. Teodosio no sumaría menos de treinta legiones. Alguna más probablemente mientras avanzara hacia el oeste, pues no pocos afines a él o Valentiniano sumaría en el camino. También entre las tropas de Máximo, aunque, por otro lado, temiera que a él le pudiera suceder lo mismo.

Achantia volvió a preguntarse en qué pensaría su marido. Raro era que no leyese el legajo de papeles en el que debía de haber estado trabajando por la noche y que ahora, desparramado, descansaba en el suelo junto a su diván.

Lo que le costaría dejarlo en la mesa, pensó.

Por muy desordenado que fuera con ese tipo de cosas entendía a Teodosio, pues imposible era encontrar otro como él. Con el imperio en la cabeza, como tantas otras cosas, pues su memoria parecía no terminar jamás. Lo mismo en la conversación con los jardineros que con obispos o gobernadores, qué decir con bibliotecarios o filósofos.

Por eso a Achantia le intrigaba tanto en qué pensaba, aunque casi siempre al preguntárselo respondiera que en nada. Quizás pensara en lo mismo que ella.

Carranque.

Un año, con suerte; dos, a lo sumo.

II

Ha estado lloviendo toda la noche, diluviando.

Cinegio, insomne, sin haberse siquiera acercado al dormitorio, ha ido arrimando paulatinamente el diván y una pequeña mesa en la que trabaja a la chimenea del salón de la casa. Ignorándola, sobre el suelo descansa el enorme legajo de papeles que revisaba hasta hartarse por una de las muchas quejas que le llegan desde Siria donde aún resuena el combate que él propiciara entre cristianos y paganos.

Es desagradable la pegajosa sensación de humedad y por eso, y no por frío pese a lo que lo sufre, disfruta de la cercanía del fuego que alimenta él mismo cada suspiro.

Cansado, incapaz de conciliar el sueño, observa ensimismado el horizonte más allá de la terraza, pues, pese a la cantidad de asuntos que tiene por despachar antes de llegar a casa y celebrar su nombramiento, solo la lluvia parece ser capaz de atraer su atención.

En la distancia, la superficie del Bósforo parece hervir por el constante y violento impacto de las gotas. Imposible es distinguir entre la gris bruma veleros que lo crucen, ¡qué decir la vecina costa de Constantinopla!

Achantia entra en el salón. Lleva a su hija Materna Cinegia en brazos. Aún no ha recuperado su figura tras el parto, aunque es algo que Cinegio, tan enamorado como siempre, ignora e incluso es incapaz de percibir. Él solo ve a Juno caminando hacia la terraza, sin tocar el suelo, arropada por una *palla* verde ribeteada con perlas blancas al cuello y sujeta a la túnica púrpura con una fíbula de oro que asemeja la cabeza de un dragón. Tan bella como siempre y, a Dios gracias, desde que fuera bendecida con su segunda maternidad, ahora tranquila y entregada a su familia.

—Habrá que esperar —le dice pensativa, volviéndose hacia él, sin dejar de moverse rítmicamente sobre sus graciosos zapatos de cuero dorado para que su hija encuentre el sueño sobre su hombro.

—Habrá —le concede él, pese a que ha tenido dudas hasta ese mismo momento, ya que retrasar la salida supone esperar diez días hasta el siguiente día propicio.

Sonriéndoles se reconoce afortunado, incluso feliz. Sabe que su esposa está deseando llegar a palacio, pero coincide con ella en que no tiene sentido alguno viajar en esas condiciones por muy próximos que se hallen. Allí piensan recibirlos a lo grande, y Teodosio le ha insistido en que de no ser hoy esperasen a los idus. Pese a lo molesto de la espera, no tenía sentido llegar así.

Detrás del tímido e hipnótico baile de su mujer y su hija distingue por la ventana el gris horizonte y repentinamente, olvidándose de ellas, su fortuna y su inmediato futuro, regresa adonde estaba antes de que aparecieran.

De alguna forma aquellas lluvias avisan a Cinegio de que el invierno llega a su fin. Los días se harán más largos y las noches

más cortas. Esa es la idea que le persigue y le roba el sueño. La inminencia del cambio.

El invierno moría y con él también lo hacía el tiempo de reflexión y preparación. El de los oscuros meses donde los bárbaros hibernaban como osos en sus salones para cebarse y emborracharse en interminables banquetes.

El invierno. Uno más. Eso era por lo que había suspirado Teodosio en su carta a Alejandría y lo que se terminaba ahora. Eso era lo que se había ganado el emperador a base de templanza, personalidad y determinación, pese a la presión a la que se había visto sometido, demostrando que resistir la tentación del combate no tiene por qué ser síntoma de cobardía.

Cinegio había apoyado sin fisuras tal decisión. También lo habían hecho Floro, Nebridio, Neoterio, Sapores y Gainas. Casi todos los que le aconsejaban.

La voz en contra, junto, por supuesto, la de su nueva familia política encabezada por Justina, la había mantenido Estilicón, el joven *comes domesticorum* que llegaría a ser el *magister militum* de Teodosio y consejero del futuro emperador Honorio. Un vándalo de enorme talento por quien Cinegio, siempre con buen ojo, aunque luego él no lo comprobara, tenía admiración y aprecio.

Tal y como previeran Teodosio y Ambrosio, Magno Máximo había invadido Italia. A los enfrentamientos religiosos en Milán se había sumado la crítica situación del Danubio central donde miles de greutungos tras su rey Odoteo habían huido del cerco huno y amenazaban la Panonia. La excusa perfecta para que el emperador de Tréveris cruzara los Alpes.

Teodosio había acogido a Valentiniano y a su familia en Tesalónica para casarse con Flavia Gala poco después.

El emperador, abandonando Constantinopla, desde allí organizaba a sus huestes. Obsesionado con mantener alta la moral de su tropa. Pasando revista durante horas. Interrogando en detalle a sus soldados, preguntando por la comida, los entrenamientos, los uniformes, el calzado, las tiendas, las armas, los caballos, la regularidad de la paga. Premiando la verdad y castigando la mentira. Movilizando más de treinta legiones entre las propias, ilíricas, persas y africanas. Integrando grupos bárbaros entre ellas sin permitir que perdieran su sentimiento de identidad.

Caballería huna, alana y sármata. Infantería visigoda y alamana. *Hastati*, arqueros y honderos. Exploradores. Tropas auxiliares. Sus legionarios, por supuesto. Con todos se paraba, a todos conocía. Escuchando sus peticiones, sus quejas, sus deseos, sus historias. Bromeando y entrenando con ellos. Concediendo medallas, promociones, favores y permisos y castigando la desobediencia y el egoísmo. Permitiendo a los veteranos y a aquellos que destacaban por su entrega o desempeño que se sentaran a su mesa. Cuidando las cosas pequeñas pero muy apreciadas, los detalles que pudieran ayudarle en su futuro plan.

Este ya estaba claro y en su relativa simpleza residía su genialidad.

Utilizarían de señuelo el factor en el que indudablemente gozaban de superioridad.

El dominio del mar.

Máximo apenas contaba con flota mientras a ellos les sobraba. Podían botar tres centenares de *corbitae*, habitualmente mercantes, capaces de albergar cada una dos cohortes. Provistas de remos la mayoría además de la gran vela central y la vela de proa al frente. Muchas salidas de Alejandría ordenadas por Cinegio, pues de él había sido la idea, construyéndolas en cada astillero, reparando muchas de ellas, preparadas ya en los puertos vecinos para zarpar a la orden.

En constante movimiento, capaces de alcanzar más de seis nudos de velocidad, amenazarían desde la Narbonense hasta Dalmacia; Corsica, Sardinia, Liguria, Tuscia, Campania, Lucania, Calabria, Flaminia, Histria y Venetia… no quedaría puerto sin el miedo a que allí atacaran sus barcos en un margen de menos de cinco días.

Máximo no era un rival cualquiera. Menos aún para Teodosio. Ninguno conocía la derrota salvo en batallas esporádicas. También él debía ser consciente de su debilidad. No le habría extrañado la osadía de Teodosio a la hora de buscar una estrategia diferente a la obvia de encontrarse en la Iliria. De sobra estaba al tanto de la actividad vecina y bien se había cuidado él de reforzar sus puertos y repartir sus legiones.

«El mar, el agua —pensó mientras continuaba observando el aguacero que no descansaba—. Esperemos que resulte».

III

Pese a que su don hacía tanto tiempo que le advirtiera, Cinegio en ningún momento vislumbró que aquel día en que se celebraban los idus de marzo sería el último de su existencia.

Amaneció claro, ventoso tan pronto se hicieron a la mar, aunque con el paso del día Eolo se calmara, con alguna solitaria nube dibujando formas en el cielo según la imaginación de cada cual.

Navegaban rumbo suroeste en la galera imperial, la *Santa María*, a golpe de remo, flanqueados por otras dos naves menores y gran cantidad de esquifes y barcas que habían salido a su encuentro, ayudados por la corriente tras cruzar Crisópolis, con sus tres cuadradas velas arriadas para evitar cualquier contratiempo en los raros remolinos que allí se concentraban.

Asomaban los coloridos escudos de los legionarios por la borda de estribor con el objetivo de impresionar y saludar a la multitud que abarrotaba la muralla que custodiaba la costa. El pueblo jaleaba el señorial paso del futuro cónsul, con cientos, quizás miles, de banderas flameando sobre las almenas.

Cinegio, desde la cubierta de proa, estrenando la clásica *toga praetexta* curial ribeteada en púrpura para la ocasión, saludando al respetable, con su pequeño hijo Clivio encantado a su derecha, disfrutaba del sol de marzo y del aliento del pueblo. Achantia se ausentaba en aquel momento al haber marchado a despertar a Cinegia al camarote para traérsela con ellos ahora que tan próximos se hallaban del desembarco.

Henchido en su habitualmente comedido orgullo, describía a Clivio los edificios de Constantinopla que se asomaban al mar como el terrateniente que muestra sus dominios.

—Santa Sofía y Santa Irene son muy altísimas, padre —le espetó Clivio inocente, camino de los cuatro años, curioso para placer de Cinegio aunque este no ignorase que aquel fuera rasgo común de cualquier chiquillo.

Doblaba en aquel momento la *Santa María* el gran cabo, el Cuerno de Oro, más allá de la vieja muralla griega, la torre y la puerta de Eugenio abierta como las del resto de la ciudad en señal de bienvenida y paz. Frente a ellos, sobre la acrópolis, sobresalían

las torres y cruces de ambas iglesias.

—Lo son hijo —concedió cariñoso y entre risas Cinegio—. Sobre todo, Santa Sofía, la *magna ecclesia*, aunque desde aquí lo parecen más porque dominan una colina, la primera de las siete que tiene la ciudad, pues con ese fin, emulando a Roma, Constantino la trazó —continuó diciendo didáctico, con la paciencia del buen maestro—. En realidad, el Hipódromo que allí, algo más lejos, se adivina, lo es más, también foros, columnas y otras iglesias que desde aquí no vemos. El propio palacio no lo es mucho menos, aunque no lo parezca —le señaló a este, pues justo comenzaban a alcanzarlo. Al llegar a la zona de Dafne, le explicó—: Mira, ahí viviremos nosotros.

—¿Y podré jugar ahí, padre? —preguntó el niño, impresionado por los inmensos jardines que lo rodeaban, con los animales, los árboles y la multitud que les saludaba.

—Claro, mañana mismo, si así lo deseas —le contestó, acariciándole su pajizo pelo.

Alcanzaban ya el puerto de Juliano y fácilmente se distinguía el edificio de media luna que tras él había construido el mismo emperador.

Las banderas y los *dracones* ondeaban al viento y la brisa les acercaba desde la costa el rugido del pueblo que acompañaba el son de la banda cívica compuesta por más de tres centenares de instrumentos entre bronces, tambores, pífanos, trompetas y timbales. Formaban alrededor del puerto las cohortes de la ciudad, ataviadas con lustrosas armaduras de plata y una descomunal alfombra roja ascendía desde el muelle hasta el gran pódium donde Cinegio trataba de buscar a su amigo Teodosio.

Incómodo, se giró hacia el camarote buscando a Achantia, inquieto por su tardanza y esa manía suya de ausentarse siempre cuando no debía, apenado por no vivir con ella tan majestuosa vista.

Así, sin previo aviso, comenzó el dolor.

Intenso. Un violento golpe en el pecho que a los breves segundos comenzó a extenderse hacia los brazos para luego conquistar el cuello y la mandíbula. Sorprendido, mareado, con un intenso dolor de estómago, buscando aire, Cinegio se dio la vuelta olvidando a su mujer para apoyar en la banda de la borda la cabeza.

Cualquiera hubiera presupuesto que oraba agradeciendo su regreso, pero no así su hijo que rápidamente percibió el peligro.

—¿Padre, padre, estás bien? —Cinegio oyó a Clivio… A leguas de distancia. Como si no fuera con él y observara desde una habitación contigua la escena—. ¡Padre, padre, padre! —seguía escuchando a su hijo nervioso, asustado, comenzando a impacientarse, cogiéndole del brazo y la mano.

Cinegio, pese a su íntimo deseo por tranquilizarle, incapaz era de responderle o siquiera mirarle.

Su hijo era algo etéreo, lejano como el rumor del mar, la música del puerto o el graznido de las gaviotas.

Sin saber exactamente qué le ocurría, pero plenamente consciente de la gravedad del asunto, sin aire aún, profundamente mareado, Cinegio se arrodilló brevemente para acabar tumbándose de espaldas.

—¡Padre, padre! —seguía gritando Clivio, ya desesperado, aunque Cinegio ni siquiera le oyera.

La tripulación, alarmada por los gritos del crío y la caída de Cinegio, comenzó a acercarse para comprobar qué le sucedía al prefecto y, Achantia, advertida en el camarote quién sabe por qué extraño presentimiento, salió corriendo olvidando a su hija para ver a qué se debía tal alarma.

Cinegio, aturdido, en ese recóndito limbo siempre visitado de ida y casi nunca de vuelta, paradójicamente se encontraba consigo mismo. Repentinamente entendía lo que sucedía. Que moriría y de esa forma su vida cobraba sentido desde su infancia.

Nunca llegaría a ser cónsul.

Siempre lo había sabido, aunque por tanto tiempo lo hubiera olvidado.

Desde ese lejano día en el anfiteatro de Thysdrus en el que celebraba su duodécimo cumpleaños, junto a su madre y hermana, mientras aclamaba fanáticamente al egipcio Olimpio por su victoria sobre el galo Vinicio.

Por poco no llegaría a cónsul.

Así que a esto se refería su premonición.

Capaz hubiera sido de reírse pese a lo que tal presentimiento significaba.

Sorprendido por la fuerza y longevidad de su don, como quien

trata de buscar las brasas entre la ceniza de la chimenea para avivar el fuego, comenzó a escarbar en su memoria cada momento en el que Dios, el destino, su talento o quién sabe qué extraña fuerza le había prevenido sobre el futuro.

Observándose desde fuera, como nosotros hacemos ahora al leerlo.

La primera ascua, ya extinguiéndose en la sucesión que comenzaba, era la que estaba a punto de matarle, pues de sobra intuía que no tenía escapatoria. Jamás llegaría a desembarcar ni por supuesto a ser cónsul, pese a rozarlo. Difícil hubiera imaginado haberse acercado de tal modo a su destino, como prefecto del pretorio, aclamado por el pueblo, escoltado por sus legiones, buscando con la vista a su amigo el emperador en la tribuna en la que sería nombrado.

Pensó en cuánto perdía al irse y, extrañamente, incluso con cargo de conciencia por lo mucho que adoraba a su familia y le debía a su amigo Teodosio, sintió que poco le importaba. Que cumplía con su destino y que, en el fondo, curioso como siempre, anhelaba cruzar el insondable umbral. No esperar más y resolver de una vez el eterno enigma.

Del anfiteatro de Thysdrus voló hasta las escaleras de casa de Nubel en Icosium, para cruzarse con la mirada de la bella Kiria y despedirse de su querido tío Clivio para siempre en aquella aciaga noche. Más tarde a la habitación en la que Flavio Teodosio le había entregado el anillo para su hijo, para acabar en el *Amanecer* en el que quedara cojo, pero que bien sabía que no acabaría con él.

Como en el barco, el agua salada volvió a golpearle salvajemente, aunque, cada vez más lejos en su viaje, no percibiera que se trataba de los cubos que su fiel Pomponio Flato le arrojaba buscando desesperadamente reanimarle.

Secándose el agua salada con el viento al cabalgar se descubrió junto a Honorio y Teodosio hijo vaticinando junto al acueducto de Segovia que este emularía a Trajano. Tan seguro estaba de ello y de su futura victoria sobre Máximo como de su muerte.

Sin mirar atrás, por fin, Cinegio llegó a la gran hilera de cipreses y álamos que flanqueaban la entrada de Carranque y, por primera vez, deseó detenerse en ese extraño remolino de recuerdos que protagonizaba para, sin entender muy bien cómo, conseguirlo.

Carranque era la brasa que prendía la hoguera. La que le permitió dejar de ser espectador para ser protagonista.

Abrió la puerta del que fue su dormitorio en su primera visita y allí, leyendo, se encontró de nuevo con Achantia. Iluminada como un ángel. Aunando de forma mágica la frescura de la juventud y la complicidad de una vida juntos.

Ella que al verle le sonrió, de repente, enfadándose, torció el gesto.

—¡Cinegio! —le gritó—. ¡Cinegio, despierta, Cinegio! No me hagas esto, no me hagas esto, Cinegio —le suplicaba llorando, abalanzándose sobre él, abrazándole, rozando la demencia.

Milagrosamente, impulsado por una extraña fuerza, sumiso siempre con su diosa, Cinegio despertó.

Sin saber cómo, abrió los ojos, consciente de que si cedía al sueño que le atenazaba sería como comerse un generoso trozo de tarta antes de un copioso banquete.

—Achantia —le susurró al encontrarse a su amada. Con un delgado y tenue hilo de voz. Feliz al descubrir su compañía. Profundamente enamorado, como siempre. Viéndola tan bella a pesar de su desesperación y crispación. Mezclando la imagen de su idealizada niña de Carranque con la de la desesperada esposa que acompañaba a su agonizante marido en la cubierta de la *Santa María*—. ¡Mi Achantia! —le repitió, tranquilo, pese al sufrimiento. Estrechándole la mano al sentirla entre las suyas con infinito esfuerzo y escaso resultado. Sin pulso ya prácticamente, frío. Tratando de controlar las muecas producidas por el dolor que formaban parte de su gesto, pues recorría esa última y agónica posta donde el sufrimiento es lo único que perdura.

—¡Cinegio, Cinegio, Cinegio! —repetía ella sin dejar de llorar, sollozando, abrazándole desesperada, incrédula aún por lo que sucedía, atropellada por la crudeza del dolor y el destino. Perpleja por cómo, en un instante, su amado y sano marido vestía la máscara de la muerte. Con el rostro coloreado por el macilento color del pergamino antiguo que tanto le acompañaba, con los pómulos, mejillas, boca y nariz cincelados en rectas líneas y agudos ángulos.

—Mi amor —consiguió vocalizar él.

Observándola, en los verdes ojos de su niña, leía la cantidad de recuerdos que atesoraban juntos, el amor que por él sentía y, sobre

todo, su brutal premonición y posterior juramento en su lecho nupcial sabiendo con total certeza que se cumpliría como el resto de las ascuas.

Por eso, sin siquiera entenderlo, deseando volver a la paz de Carranque en lugar de agonizar en la fría cubierta de ese barco, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, exprimiéndolas para lograr acariciar la barbilla y secar las lágrimas que anegaban los ojos de su amada, antes de cerrar para siempre los suyos, se lo recordó:

—Tranquila. Lo juré. Lo sé. Descansaremos juntos en casa.

Epílogo

«En el cielo dicen aleluya, porque en la tierra han dicho amén».

SAN AGUSTÍN

Llegada de la procesión de Materno Cinegio
Carranque, diciembre de 389

Por fin vislumbró Achantia el anhelado camino a la villa flanqueado por cipreses y álamos que arrancaba en la calzada para recorrer las últimas cinco millas hasta Carranque.

De cada árbol, situado a no más de cinco pasos de distancia del siguiente, pendía una bandera negra en señal de duelo. Estas, indómitas, flameaban relativamente secas, pues se habían colocado esa misma mañana al alba para salvarlas del chaparrón del día anterior, el que provocaba que el camino de tierra estuviera embarrado e incluso todavía con algún charco. De todos modos, apenas dificultaba la marcha, pues, según abandonaron la calzada principal, varios voluntarios tomaron el féretro a hombros, sobre las parihuelas con forma de cruz griega que habían partido de Constantinopla. Al menos, el día, aunque frío, ventoso y ligeramente nublado, aguantaba, incluso permitiendo que un tímido sol fuera testigo de la llegada de la procesión a su destino.

Carranque. ¡Por fin!

Achantia, a pie, al somnoliento paso del féretro de su marido, acompañándolo en soledad —pues varios días antes había enviado a sus hijos con sus padres a la villa—, con gusto reconocía con cada paso cada palmo de terreno. Embriagada por los incontables recuerdos de cada rincón y la solemne belleza de su casa, pese al barro, el incómodo aire y a ser uno de los meses más tristes para el campo.

Carranque, a pesar de su efímera relación, lloraba desconsolado la muerte de Cinegio. Solo los cargados olivos alegraban el lúgubre cuadro en el que las viñas aparecían desnudas, los pastos grises y predominaba el yermo marrón de los campos de cultivo que el trigo pintaría más tarde de verde y dorado. Tampoco ayudaban las fuentes apagadas, los caminos pintados de negro y los árboles y arbustos, que normalmente lucían graciosas podas y aquel frío día

de diciembre simulaban cruces o cipreses. Sin ánimo de estropear la pintura, el gentío que les escoltaba y atestaba ambos lados del camino, mayoritariamente vestía de negro y les contemplaba recogido en un respetuoso silencio.

Conmovida, sin apreciar en su totalidad el verdadero motivo, a Achantia también la invadía la pena. Equivocada, lo achacaba al momento y al entorno y no reparaba en que aquel devastador sentimiento llevaba carcomiéndole el corazón, quizás desde su partida, hacía nueve meses, de la parroquia de los Santos Apóstoles o incluso desde que rompió a correr para socorrer a su marido en la cubierta de la *Santa María*.

Tan profundo era su abatimiento como el vacío existencial del que pierde su cometido. El del escriba que advierte que comienza a temblarle el pulso o confunde las letras del pergamino.

Cumpliendo el deseo de Cinegio, más que eso, su juramento, su sino, Achantia lo estaba enterrando sin capacidad de ofrecerle otra salida más allá de aquella legendaria despedida.

Ojalá no fuera la definitiva, recapacitaba sin mucha esperanza, pues con cada paso que daba acercándose al último, más dudas, a ella que siempre confió, le acuciaban.

La última milla tuvieron que hacerla prácticamente al trote, sin paradas, salvo las de refresco para relevar a los porteadores del féretro de fino vidrio, pues la noche ya amenazaba. El viento había amainado y el atardecer coloreaba las nubes de naranja a rosa según avanzaba. A la entrada de la villa, en la gran explanada donde Floro había excavado las gradas semicirculares a modo de anfiteatro en el ya lejano San Juan, junto al Dirrama, aguardaban sus padres, hijos, suegra Clodia y cuñada Gala, llegados de Thysdrus; su tía Egeria, otros familiares y los más allegados que no habían procesionado con ella en los últimos días. Muchos de ellos los habituales de las fiestas hispanas.

Al acercarse Achantia, mientras sonreía y saludaba respetuosa y sutilmente a muchas de las caras conocidas, una, situada junto a sus padres, Floro y Julia, le llamó poderosamente la atención. Realmente no fue la cara lo primero que advirtió, pues en la distancia lo que le atrapó fue el intenso color púrpura de su largo manto. El que solo era capaz de obtenerse en Tiro empleando millones de moluscos. Inconfundible como el oro entre la plata.

—Augusto —dijo socarrona, sonriendo y haciendo una graciosa reverencia antes de abrazarle—. Primo, no sabes cuánto me honra y alegra tu presencia hoy aquí —le susurró al oído mientras le abrazaba y besaba en la mejilla.

Achantia era sincera. Muchas noches se había acostado recapacitando sobre la reiterada ausencia de Teodosio en la despedida a Cinegio, su amigo y mano derecha, recriminándole silenciosamente su frialdad en cierto modo. Su pasividad ante quien lo habría dado todo por su emperador. No tanto que no estuviera en Constantinopla, al comienzo del viaje sabiendo la polémica que había suscitado la exhumación del cadáver de su marido y con la campaña contra Máximo tan reciente, pero sí en Milán, donde residía desde su definitiva victoria, sospechando maliciosamente sobre la coincidencia de su paso a final de verano con una visita del emperador a las tropas del limes y Tréveris.

Pese a comprender y respetar las obligaciones de la posición de Teodosio también de sobra adivinaba sus posibles privilegios. El que permitía a su marido cumplir su juramento y a él aparecer aquel frío día de diciembre en Carranque sin ir más lejos.

—Querida prima, no podía perdérmelo por nada del mundo, ya me pesó no poder hacerlo en Milán. Sabes en cuánto estimaba a Cinegio y, sobre todo, cuánto te quiero a ti —le dijo Teodosio con su grave voz, devolviéndole el beso. Sonriendo, cariñoso, como siempre. Sencillo, pues solo su impresionante manto revelaba su posición y vestía de negro sin adorno, diadema o corona alguna.

—Gracias de verdad, Teodosio, y no te olvides de nuestro pacto, que no quiero tener que regresar a Constantinopla para recordártelo: ¡Cuídamelos! —le dijo Achantia, abrazándole de nuevo para dejarle, retomar su posición y continuar junto al féretro camino de la iglesia.

—¡Les regalaré un imperio! ¡Bueno, dos, para que no se peleen! —Se rio Teodosio a modo de despedida tras su último beso, situándose él respetuosamente en la segunda fila, tras la familia directa de Achantia y Cinegio, sabiendo perfectamente que su prima se refería con aquella petición a sus hijos Arcadio y Honorio. El legado de su querida Aelia Flaccilla por el que ella, junto a María, debía velar.

Con la noche ya encima, escondiéndose del viento, miles de

cirios comenzaron a arder para alumbrar el camino. También antorchas repartidas entre la muchedumbre que continuaba con su respetuoso mutismo. Para disgusto de Floro, Achantia había rechazado la presencia de músicos y actores, incluso la de plañideras. El resultado, un estruendoso silencio, era sobrecogedor.

La noche no tenía luna y llegaron a la iglesia con las constelaciones de las que tanto disfrutaba Cinegio ya gobernando el cielo. Allí esperaban diez prelados escogidos entre la cantidad de voluntarios por los obispos Instancio y Salvanio, los mejores amigos de Prisciliano, quienes oficiarían el entierro de Cinegio al amanecer siguiente. Rezaron una oración de agradecimiento por su llegada y los porteadores entraron en la iglesia para dejar el féretro en el lugar convenido, frente al altar, sobre una especie de alargada base de madera.

Soltándole la mano a sus hijos, acercándose hasta allí, antes de que comenzara el duelo y la visita de la multitud congregada a las puertas, Achantia se arrodilló.

Al otro lado del fino vidrio le esperaba su amado Cinegio, vestido con la *toga praetexta* curial ribeteada en púrpura que ella le encargó al conocer la noticia en Alejandría, bocarriba, perfectamente reconocible, aunque algo raro, como hinchado, pese al extraordinario trabajo de los maquilladores y la constante revisión de Achantia. Tenía las manos entrelazadas en el pecho sujetando su más preciada posesión, el medallón al valor de su padre que tanto disfrutaba acariciando en vida y, como siempre, peinaba su rizado pelo azabache hacia la derecha.

Por esos extraños juegos con los que nos entretiene la memoria, perdiendo un par de lágrimas por el camino, Achantia lo vio en otro lecho, el de su boda, aquel cubierto por un dosel de seda traído de China bordado en oro y plata y sostenido por seis columnas de ébano africano. Cinegio, doce años más joven, entre las sábanas de lino teñidas de púrpura de Tiro y pétalos de rosas, rodeado de agua perfumada con la fragancia del membrillo y la cidra se volvió para mirarla y sonreírle. Sin necesidad alguna de hablar, tan enamorado como siempre, le agradeció con su profunda y sincera mirada su compromiso, entrega y amor. Orgullosa, limpiándose aquellas dos furtivas lágrimas con la túnica, dando un sentido y eterno beso al frío vidrio, antes de levantarse, le susurró:

—Descansa mi amor, y espérame.

Notas históricas

PRIMERA PARTE

La primera elección controvertida a la que hube de enfrentarme fue la procedencia tanto de Materno Cinegio como de Flavio Teodosio.

En el caso de Cinegio hasta hace relativamente poco no se dudaba de su hispanidad y de hecho en la crítica moderna, tan inclinada a los prejuicios cuando a españoles se refiere, se asociaba su nacionalidad al celo religioso del que para muchos fue el primer inquisidor de la Historia. Actualmente, cada vez más estudios (a destacar: *Materno Cinegio, cristianísimo colaborador del hispano Teodosio el Grande*, de Luis A. García Moreno de la Universidad de Alcalá) siguiendo estudios prosopográficos apuestan por su posible procedencia oriental y más concretamente de la ciudad de Caesarea en Capadocia.

En *Volver a Carranque*, siguiendo la línea de estas últimas teorías, me he ido a un punto intermedio colocándolo en Thysdrus, para posteriormente poder situarlo en Cartago y que coincidiera con san Agustín, algo que para mí guardaba especial interés. En cualquier caso, lo realmente reseñable de la elección para el desarrollo argumental de la obra es la apuesta por sacarlo del círculo hispano. Al no contar con información hasta su posible vicaría en el 381 y seguro nombramiento como *comes sacrarum largitium* en 384, casado ya con Achantia, esta elección me obligaba a construir un pasado que pudiera llevarlo a ser uno de los principales colaboradores de Teodosio como emperador más allá de una posible relación familiar. Por lo tanto, toda su vida anterior, incluida su familia, es ficticia aunque no lo sean así los acontecimientos en los que participa salvo la reunión de clanes de Volubilis.

En segundo lugar, más polémica por su importancia histórica,

aparece la procedencia de Teodosio. Aquí hay un enorme debate entre historiadores y arqueólogos que bien lo sitúan en Cauca (Coca, Segovia) siguiendo las referencias de Hidacio y Zósimo o en Itálica (cerca de Santiponce, Sevilla).

En mi caso, saliéndome de las tesis más manidas y siguiendo la opinión de estos segundos, lo he entroncado con la dinastía Ulpia-Aelia de los emperadores Trajano y Adriano pero he dejado intencionadamente abierta su procedencia concreta al darle posesiones tanto en Itálica (la casa de su abuelo Flavio Honorio) como en Cauca (donde se refugia al morir el emperador Valentiniano).

La participación de la nobleza y alta sociedad hispana en reuniones semestrales coincidiendo con los solsticios de verano e invierno y sus respectivas fiestas paganas o cristianas no tiene fundamento histórico aunque sí la sociabilidad y el gusto romano por este tipo de reuniones o fiestas, así como las casas donde las sitúo, todas más que famosos yacimientos actuales.

De Teodosio el Viejo es segura su destacada participación en las guerras de Britania y África contra Firmo así como la inmensa mayoría de detalles sobre ellas que se describen en el libro. No me consta que participara en las campañas de Juliano en Persia o Argentoratum, pese a que no sería extraña dada su edad y mérito contraído para convertirse en *magister equitum* con Valentiniano. Su muerte está rodeada de incógnitas, no que su hijo se refugiara en Hispania, aunque sí el incidente del barco en su tránsito desde la Moesia. Extraña aún más la ejecución de Teodosio el Viejo al ver el posterior nombramiento de su hermano Euquerio como *comes sacrarum largitium* de Occidente por parte de Graciano y de su hijo como *dux Moesiae*.

La pelea entre Graciano y el joven Teodosio en Tréveris es ficción utilizada para explicar que este segundo se refugiara en Hispania mientras el padre permanecía en África.

En la muerte de Valentiniano también hay cierta licencia histórica, está comúnmente aceptado, como narra Amiano Marcelino, su fallecimiento por un acceso de cólera recibiendo una embajada cuada en Sirmium, pero no así la participación de su hijo o que existiera algún tipo de intriga para asesinarle. Tampoco esa correspondencia entre Símaco y Euquerio, aunque sí que el primero

mantuvo una fluida relación epistolar con muchos de los potentados del imperio. Por supuesto no consta que recibiera, previamente a la cuada, ninguna embajada enviada por Teodosio hijo.

Se desconoce cómo se conocieron Achantia y Cinegio, así como el lugar de su boda.

SEGUNDA PARTE

No consta recorrido de la procesión de Cinegio desde Constantinopla, ni siquiera que su destino fuera Carranque —sí Hispania—, tampoco por lo tanto la parada en Milán ni la entrevista entre Achantia y Ambrosio.

No hay constancia de que Cinegio fuera el autor material del famoso edicto *Cunctos Populus* o de que fuera quien organizara el célebre Concilio de Constantinopla del 381, sí del resto de las leyes que se mencionan en la obra y que invitan a pensar en su posible participación en los acontecimientos anteriores.

Se desconocen detalles de la descendencia de Cinegio y Achantia aunque existen ciertos datos sobre una Materna Cinegia que se ha relacionado con él.

También se desconoce el itinerario exacto de sus viajes, aunque seguramente se produjeran en las fechas mencionadas.

Del primero, es seguro que visitó Alejandría y Antioquía y difícil que lo hiciera con Thysdrus y Cartago, licencia tomada para introducir a san Agustín que allí se encontraba en esa época como maestro de retórica. La relación entre ambos es ficción. También es ficción la relación de Cinegio con Teón e Hipatia, no la presencia de los tres en Alejandría en aquellas fechas. Sobre Hipatia se discute el año de su nacimiento entre el 355 y el 370, yo me he inclinado por esta segunda fecha.

Del segundo viaje no consta que participara en la paz de Acilisene con Persia, sí en la destrucción de los templos paganos influido por su esposa y utilizando soldados junto al obispo Marcelo por Apamea. De hecho, esta es la principal razón de la notoriedad histórica de Cinegio por la crítica pagana que levantó en su momento Libanio con su *Pro Templis*. Consta luego su presencia en Alejandría y que allí se erigió una estatua en su honor.

Es inventada la relación entre Achantia y Prisciliano y su presencia junto a Ambrosio en su juicio en Tréveris. Sí he tratado con el máximo rigor la historia que se narra del prelado hispano,

sus enseñanzas, su ejemplo, la complejidad de su juicio, su ejecución y su inmensa influencia en la alta sociedad hispana y especialmente entre las mujeres. No es nada descabellado pensar que Achantia pudiera haber sido seguidora suya.

También es inventada la relación epistolar entre Teodosio y Cinegio y cómo sucedió la muerte de este, aunque sí que se produjo en ese momento y cuando regresaba a Constantinopla para ser nombrado cónsul de Oriente desde Alejandría.

Por último, que Teodosio estuviera presente al llegar la procesión a Carranque de Materno Cinegio es pura ficción y algo prácticamente imposible… o no.

Dramatis personae

ACHANTIA: mujer de Materno Cinegio, de origen hispano y probablemente familiar de Teodosio.

AGUSTÍN, AURELIO, SAN AGUSTÍN: nace en 354 en Tagaste, muere en 430. Máxima referencia intelectual del cristianismo del primer milenio. Referencia nicena tras convertirse desde el maniqueísmo. Obispo de Hipona, padre y doctor de la Iglesia. Junto con san Jerónimo de Estridón y san Ambrosio de Milán, conforma el grupo de padres de la Iglesia que constituyen la «edad de oro» de la patrística.

AMBROSIO, SAN AMBROSIO: Nace en Tréveris, hacia 340 y muere en Milán en 397. Padre y doctor de la Iglesia católica. Arzobispo de Milán. Recibió el bautismo, la ordenación y la consagración en 374. Creó nuevas formas litúrgicas, promovió el culto a las reliquias en Occidente y convirtió y bautizó a san Agustín.

ARCADIO, FLAVIO: hijo mayor de Teodosio y su primera esposa Aelia Flaccilla. Nace en Hispania en 377, proclamado augusto en 383, emperador de Oriente desde 395 hasta su muerte en 408.

AUSONIO, DÉCIMO MÁXIMO: nace en Burdeos en 310. Fue un poeta y maestro latino convocado por Valentiniano para educar a su hijo Graciano. Gran referencia intelectual de la época; al alcanzar Graciano el imperio rigió las prefecturas de África, Italia y Galia, y más tarde el consulado. Al morir este se retiró a sus posesiones desde las que mantuvo amplia correspondencia con personajes en todo el imperio.

BALAMIR: jefe o rey huno de dudosa historicidad bajo cuyo liderazgo atacaron a varios pueblos limítrofes al este y el sur (sármatas, ostrogodos, cuados…).

BAUTO, FLAVIO: militar romano que dirigió las tropas de Teodosio contra Máximo y que posteriormente fue cónsul con Arcadio.

CHONODOMARIO: rey de los alamanes anterior a 352 y hasta 357,

cuando cayó derrotado por Juliano en Argentoratum siendo superior en número. Fue capturado al final de la batalla, pero Juliano respetó su vida y le envió a Constancio. Probablemente murió exiliado en Roma.

CINEGIO, MATERNO: alto funcionario y directo colaborador de Teodosio en la corte de Oriente.

CLODIO OCTAVIANO: procónsul de África en 363.

DÁMASO: hispano nacido en el año 304, papa del 364 al 384 cuando murió. Defendió la primacía eclesiástica de Roma sobre Constantinopla. Fue el primer papa que aplicó el término sede apostólica a Roma. Reprimió duramente herejías como el arrianismo. Encargó a san Jerónimo, su secretario y consejero, la revisión del texto latino existente de la Biblia creando la *Vulgata*.

EUQUERIO, FLAVIO: tío del emperador Teodosio, hermano de su padre Flavio Teodosio. Militar y posteriormente funcionario en el Imperio de Occidente. Puede que sobreviviera a su sobrino en el año 395.

EUSEBIO HIERONIMO, JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, SAN JERÓNIMO: nace en Estridón, Croacia, hacia 374, y muere en Belén en 420. Padre y doctor de la Iglesia especialmente recordado como autor de la *Vulgata*, una célebre traducción al latín de las Sagradas Escrituras, destinada a tener una amplísima difusión más allá incluso de la Edad Media.

FIRMO: príncipe iubaleno, principal cabecilla de la guerra áfrico-romana de 372-375. Su muerte significó el final de la revuelta.

FLACCILLA, AELIA: primera mujer del emperador Teodosio, probablemente el enlace se produjera en 376. De origen hispano. Madre de Arcadio, Honorio y Pulqueria. Augusta en 383. Muerta en 386.

FLAVIA GALA: segunda mujer de Teodosio. Hija del emperador Valentiniano y su segunda esposa Justina. Madre de Gala Placidia, última hija de Teodosio.

FLORO: prefecto de pretorio de Oriente, del círculo teodosiano entre los años 381 y 383. En la obra, padre de Achantia y militar compañero de Flavio Teodosio padre.

FRIGITERNO: líder de los visigodos-tervingios junto a Alavivo al cruzar el Danubio y posteriormente en la batalla de Adrianópolis. Tras esta creó inmensos problemas a los romanos saqueando los Balcanes hasta el

establecimiento del Foedus.

GILDO: príncipe iubaleno que en la guerra africana fue el principal aliado de Teodosio el Viejo contra su hermano Firmo. Esto le sirvió para ser nombrado más tarde *comes Africae*. A la muerte de Teodosio se rebeló contra el imperio.

GRACIANO, FLAVIO, EL JOVEN: augusto bajo su padre Valentiniano desde 367 y emperador de Occidente del 375 hasta el 383 cuando muere derrotado por Magno Máximo. Nacido en 359, fruto del primer matrimonio de Valentiniano con Marina Severa.

GRACIANO, FLAVIO, EL VIEJO: militar panonio nacido hacia 280. Patriarca de la dinastía valentiniana. Padre de Valentiniano y Valente.

GREGORIO DE NACIANZO: nace en Nacianzo en 329, muere en su mismo pueblo en 389. Doctor de la Iglesia, arzobispo de Constantinopla y de enorme peso en la formación del cristianismo niceno ya que influyó significativamente en la teología trinitaria. Gran parte de su obra teológica sigue influyendo en los tratados modernos, especialmente en relación con las tres personas de la Trinidad.

HIPATIA: matemática y filósofa griega. Hija de Teón y colaboradora suya en muchos de sus tratados. Ilustre por su racionalidad y tolerancia y, muy especialmente, por la polémica de su muerte que históricamente se achacó a seguidores cristianos aunque cada vez esta tesis tenga menos seguidores.

HONORIO, FLAVIO: abuelo del emperador Teodosio, padre de Flavio Teodosio. De origen hispano.

HONORIO, FLAVIO: hermano del emperador Teodosio. Casado con María y padre de Serena y Thermantia, reclamadas a su muerte por su tío en Constantinopla.

JULIANO, FLAVIO CLAUDIO, EL APÓSTATA: emperador desde el 3 de noviembre de 361 hasta su muerte en 363. Hijo de un hermanastro de Constantino, su primo Constancio II lo nombró césar en 355 para rechazar la invasión germánica de la Galia. Exitoso, en 361 usurpó la dignidad de augusto. Renegó públicamente del cristianismo, declarándose pagano y neoplatónico. En su último año de reinado emprendió una infructuosa campaña contra el imperio sasánida.

JUSTINA: segunda esposa de Valentiniano, madre de Valentiniano y Gala, segunda suegra de Teodosio. Con mucha relevancia por su destacado arrianismo y peleas con Ambrosio.

KIRIA: princesa iubalena posicionada con su hermano Firmo contra el imperio cuya reseñable entrega destacaron las fuentes primarias que describen la guerra.

LIBANIO: nace en Antioquía en 314 y muere en la misma ciudad en 393. Uno de los últimos grandes intelectuales paganos, amigo personal del emperador Juliano. Profesor de Juan Crisóstomo, de Basilio, obispo de Cesarea, o Amiano Marcelino. De gran relevancia en esta obra por su *Pro Templis* donde directamente alude a la destrucción de templos de Cinegio y Achantia.

MARÍA: esposa de Honorio, cuñada de Teodosio, madre de Serena y Thermantia. Marchó a Constantinopla a la muerte de su esposo.

MÁXIMO, MAGNO: de origen hispano, nacido aproximadamente en 340. Participó junto a Flavio Teodosio en las guerras de Bretaña y África. Emperador de Occidente tras derrotar a Graciano. Derrotado por Teodosio en Aquileia.

NEBRIDIO, FLAVIO: existe cierta confusión con varios personajes históricos así llamados aunque algunos, seguramente dos, pertenecen al círculo teodosiano. Uno de ellos fue prefecto de Constantinopla.

NUBEL: rey iubaleno inmediatamente anterior a la rebelión de Firmo. Aliado del imperio. Su muerte y el designio de su hijo Zamac como sucesor en lugar de Firmo provocaron la guerra.

POEMENIA: mujer hispana de la corte teodosiana. Famosa por un viaje a Constantinopla y la crítica que conllevó su dispendio.

PRISCILIANO: nace en Hispania, probablemente en Galaecia, en 340, muere ejecutado en Tréveris en 385. Obispo de Ávila en el año 380 cuya prédica alcanzó notable éxito, en especial entre las mujeres. Condenado por hereje, brujo y explotador de mujeres. Considerado mártir por un importante sector de la Iglesia (el papa, Ambrosio de Milán y Martín de Tours condenaron la sentencia y la ejecución), sus restos fueron trasladados a Galaecia.

PULCHERIA: en el libro, abuela de Teodosio. Este nombre es inventado ya que no existen referencias a su nombre. La bautizo así por ser el nombre posterior de la hija de Teodosio.

PULCHERIA: tercera hija de Teodosio y Flaccilla. Muere en la misma época que su madre.

ROMANO: *comes Africae* desde 363, pariente del *magister* Remigio, principal causante de la revuelta africana por su ineptitud y avidez. Tras ser detenido por Teodosio padre, pese a encontrarse pruebas concluyentes de corrupción en su contra, se libró de castigos por sus grandes relaciones en la corte.

SAPOR (III): hijo de Sapor (II) y hermano de Bahram, su sucesor. Reinó en Persia de 383 a 388 cuando murió.

SÍMACO, QUINTO AURELIO: nace en Roma en 340, muere en 402. De noble familia romana, fue un escritor y estadista relacionado con gran parte de la aristocracia de la época y furibundo defensor del pasado pagano y los ritos tradicionales del imperio, lo que le llevó a importantes polémicas con Ambrosio de Milán. Desempeñó relevantes posiciones tanto con Valentiniano como con Teodosio llegando incluso a cónsul con este pese a que había apoyado a Máximo tras su invasión de Italia.

SYAGRIO, FLAVIO: importante militar y funcionario galo del círculo teodosiano, probablemente cuñado por parte de Flaccilla (en la obra casado con la hermana de Achantia).

TEODOSIO, FLAVIO: apodado el Grande por la posteridad. Nace en Cauca o Itálica em el 354. Emperador del 379 al 395. A su muerte dividió el imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio. De enorme relevancia por devolver la paz al imperio, encajar a los godos dentro de este e imponer el cristianismo niceno como religión oficial declarando herejes al resto de las facciones cristianas.

TEODOSIO, FLAVIO: padre del emperador homónimo y Flavio Honorio. General de origen hispano, *magister equitum* con Valentiniano. Pacificador de Bretaña y África. Ejecutado en Cartago a principios del 376 bajo extrañas circunstancia.

TEÓN: matemático y astrónomo griego. Establecido en Alejandría, Teón fue profesor y el último director del célebre Museo de Alejandría, verdadera universidad de la época. Padre de Hipatia. Escribió un extenso comentario del *Almagesto* de Claudio Ptolomeo y de una Catóptrica, basada en obras de Arquímedes y de Herón de Alejandría. También se le debe una refundición de los *Elementos* y de la *Óptica* de Euclides.

THERMANTIA: madre del emperador Teodosio. Le acompañó a la corte junto a su esposa e hijos. Probablemente muerta en 391.

VALENTE: emperador romano de 364 a 378, después de que su hermano Valentiniano le cediera la parte oriental del imperio. Principal responsable

de la gran derrota de Adrianópolis.

VALENTINIANO, FLAVIO: emperador del Imperio de Occidente desde 364 hasta 375, fecha de su muerte. Nacido en Panonia, hijo de Graciano el Viejo. Militar con Juliano y Joviano. Padre de Graciano y Valentiniano, ambos emperadores.

VALENTINIANO, FLAVIO: emperador de Occidente con cuatro años desde 375 hasta 392, fecha de su muerte. Hijo de Valentiniano y Justina, hermanastro de Graciano, hermano de Gala.

Índice de topónimos

ABULA: Ávila (España).

ADDENSA / AUZIA: Sour El Ghozlane (Argelia).

AMIDA: Diyarbakır (Turquía).

ANTIKARIA: Antequera (España).

ANTIOQUÍA: Antakya (Turquía).

AQUILEIA: Aquilea (Italia).

ARBEIA: South Shields (Inglaterra).

ARGENTORATUM: Estrasburgo (Francia).

ASPHALTITES (LAGO): mar Muerto.

AUGUSTA TREVERORUM: Tréveris (Alemania).

BETIS (RÍO): Guadalquivir (España).

BONONIA: Boulogne (Francia).

BRUTTIUM (REGIÓN): Calabria (Italia).

CAESARAUGUSTA: Zaragoza (España).

CAESAREA DE MAURITANIA: Cherchel (Argelia).

CASTELLUM TINGITANUM: Chlef (Argelia).

CAUCA: Coca, Segovia (España).

CORSICA: Córcega (Francia).

CRISÓPOLIS: Üsküdar, hoy un distrito de Estambul (Turquía).

DIRRAMA (RÍO): Guadarrama (España).

DROBETA: Drobeta-Turnu Severin (Rumanía).

DUBRIS: Dover (Inglaterra).

DUROSTORUM: Silistra (Bulgaria).

DYRRHACHIUM: Durrës (Albania).

EBORACUM: York (Inglaterra).

FERRATO (MONTE): Djurdjura (Argelia).

GADES: Cádiz (España).

HADRUMETUM: Susa (Túnez).

HELIÓPOLIS: Baalbek (Líbano).

HISPALIS: Sevilla (España).

HORREUM MARGI: Uprija (Serbia).

IBERIA (CÁUCASO): nombre dado por griegos y romanos al antiguo reino georgiano de Kartli.

ICOSIUM: actualmente está bajo la casba de Argel.

IDUMEA: Edom (Israel).

IGILGILI: Jijel (Argelia).

INSULAE BALEARUM: Islas Baleares (España).

IPAGRUM: Aguilar de la Frontera, Córdoba (España).

ITÁLICA: Santiponce, Sevilla (España).

KARIN: Erzurum (Turquía).

LAMBAESIS: Tazoult-Lambèse (Argelia).

LAMFOCTENSE: identificado posiblemente con Bouathmane (Argelia).

LEPTIS MAGNA: ubicada hoy cerca de Trípoli (Libia).

LONDINIUM: Londres (Inglaterra).

LUCANIA (REGIÓN): Basilicata (Italia).

LUGDUNUM: Lyon (Francia).

LUTETIA: París (Francia).

MARE NOSTRUM: mar Mediterráneo.

MARIANUS (MONS): Sierra Morena (España).

MEDULLIUS (MONS): Las Médulas (España).

MILEVUM: Mila (Argelia).

MOGONTIACUM: Maguncia (Alemania).

MURSA: Osijek (Croacia).

NACIANZO: Nenizi (Turquía).

NAISSUS: Niš (Serbia).

OEA: Trípoli (Libia).

OESCUS: cerca de Guiguén (Bulgaria).

OSSONOBA: Faro (Portugal).

OSTIPPO: Estepa, Sevilla (España).

PINCUM: Veliko Gradište (Serbia).

PIRISABORA: Al-Anbar (Irak).

POETOVIO: Ptuj (Eslovenia).

PONTUS EUXINUS: mar Negro.

PORTUS LEMANIS: Lympne (Inglaterra).

PUTEOLI: Pozzuoli (Italia).

RUTUPIAE: Richborough (Inglaterra).

SARDINIA: Cerdeña (Italia).

SAVARIA: Szombathely (Hungría).

SENONA: Sens (Francia).

SERA MAIOR: China.

SINGIDUNUM: Belgrado (Serbia).

SINGILIS (RÍO): Genil (España).

SIRMIUM: Sremska Mitrovica (Serbia).

SITIFIS: Sétif (Argelia).

SUGABARRI / ZUCHABAR: Miliana (Argelia).

TARRACO: Tarragona (España).

THYSDRUS: El Djem (Túnez).

TIPASA: Tipasa o Tipaza (Argelia).

TUBUSUPTO: cerca del El Kseur (Argelia).

VIENNA: Vienne (Francia).

VIMINACIUM: Kostolac (Serbia).

Bibliografía

AGUSTÍN DE HIPONA, *La ciudad de Dios*, ed. J. Morán, BAC, Madrid, 1964.

AJA SÁNCHEZ, José Ramón, «El linchamiento del obispo Jorge y la violencia religiosa tardorromana», *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía* 8, 1991, pp. 111-136.

ARCE, Javier, «La villa romana de Carranque (Toledo, España): identificación y propietario», *Gerión* 21 (2), 2003, pp. 15-28.

BALIL, Alberto, *La ley gladiatoria de Itálica*, Imprenta Bermejo, Madrid, 1961.

BLANCO ROBLES, Fernando, *Donatistas y circumcelliones en el África romana. ¿Un problema teológico, político o social?*, Ediciones Universidad de Valladolid, Valladolid, 2019.

BRAVO, Gonzalo, *Teodosio. Último emperador de Roma, primer emperador católico*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.

BRICEÑO JÁUREGUI, Manuel, *Los gladiadores de Roma: estudio histórico, legal y social*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1986.

BROWN, Peter, *El culto a los santos*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2018.

BUENACASA PÉREZ, Carles «La decadencia y cristianización de los templos paganos a lo largo de la Antigüedad tardía (313-423)», *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad* 9, 1997, pp. 25-50.

DURUY, Víctor, *Historia romana hasta la invasión de los bárbaros*, Librería Española, Madrid, 1858.

ESCRIBANO PAÑO, María Victoria, «El Edicto de Tesalónica y Teodosio: norma antiarriana y declaración programática», *Cassiodorus. Rivista di Studi sulla Tarda Antichità* 5, 1999, pp. 35-65.

—, «Graciano, Teodosio y el Ilírico: la *Constitutio Nullus (locus) haereticis», Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 51, 2004, pp. 133-166.

GARCÍA MAC GAW, Carlos G., «Las revueltas de Firmo y Gildo: emergencia de las culturas locales norafricanas», *Anales de Historia Antigua y Medieval* 29, 1996, pp. 25-44.

GARRIDO GONZÁLEZ, Elisa, «Siria y el enfrentamiento romano-sasánida en el siglo IV d.C.», *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad clásica* 2, 1990, pp. 142-158.

GÓMEZ-VILLEGAS, Nicanor, «Respuestas a la crisis de Adrianópolis. La subida al poder de Teodosio I», *Iberia. Revista de la Antigüedad* 2, 1999, pp. 111-122.

HUBEÑÁK, Florencio, «Religión y política en Ambrosio de Milán», *Revista Española de Derecho Canónico* 57, 2000, pp. 441-487.

JUNKELMANN, Marcus, «Familia Gladiatoria: The Heroes of the Amphitheatre», en E. Köhne *et al., Gladiators and Caesars. The Power of Spectacle in Ancient Rome*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 2000, pp. 31-74.

MALAM, John, *Gladiadores. Vida y muerte en la antigua Roma*, Alhambra, Madrid, 2001.

MAÑAS, Alfonso, *Gladiadores. El gran espectáculo de Roma*, Ariel, Barcelona, 2013.

MARTÍNEZ MAZA, Clelia, «La destrucción del Serapeo de Alejandría como paradigma de la intervención cristiana», *Arys. Antigüedad: religiones y sociedades* 5, 2002, pp. 133-152.

PATIÑO FRANCO, José Uriel, *Historia de la Iglesia*, Editorial San Pablo, Bogotá, 2009.

PÉREZ SÁNCHEZ, Dionisio, «El ejército y el pueblo visigodo desde su instalación en el Imperio hasta el reino visigodo de Tolosa», *Studia Historica.*

Historia Antigua 2, 1984, pp. 249-269.

RAKOB, Friedrich, «Cartago. La topografía de la ciudad púnica. Nuevas investigaciones», *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 4, 1998, pp. 14-16.

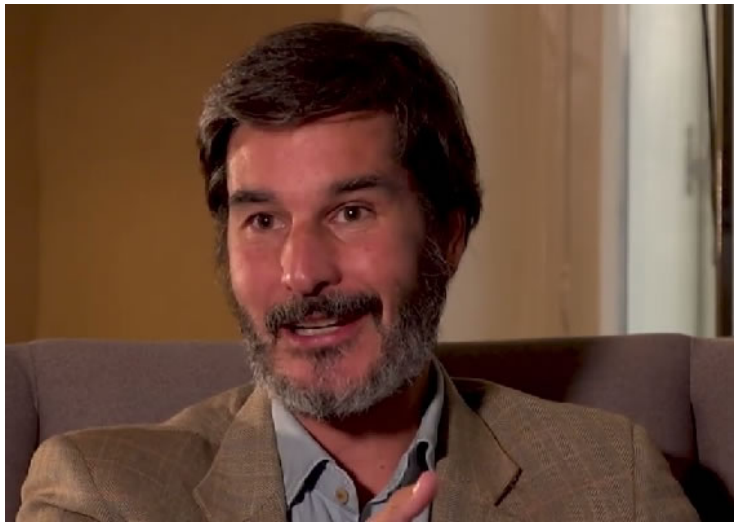
SARANTIS, Alexander, «Eastern Roman Management of Barbarian States in the Lower-Middle Danube Frontier Zones, AD 332-610», en Ivan Bugarski *et al.* (eds.), *Grenz/übergänge: Spätrömisch, frühchristlich, frühbyzantinisch als Kategorien der historisch-archäologischen Forschung an der mittleren Donau*, Bernhard Albert Greiner, Remshalden 2016, pp. 41-66.

TORRES, Juana María, «La tradición nupcial pagana en el matrimonio cristiano, según Gregorio de Nacianzo», *Studia Historica. Historia Antigua* 8, 1990, pp. 55-60.

VALVERDE, María R., «De Atanarico a Valia. Aproximación a los orígenes de la monarquía visigoda», *Studia Historica. Historia Antigua* 12, 1994, pp. 143-158.

VINGO, Paolo de, «Shifting Populations in Late Antiquity. Germanic Populations, Nomads and the Transformation of the Pannonian Limes», *Acta Archaeologica Academiae Scientarum Hungaricae* 61, 2010, pp. 261-282.

ZURUTUZA, HUGO A. y BOTALLA, HORACIO L. (comp.), *Paganismo y cristianismo. Pervivencias y mutaciones culturales (siglos III-IX)*, Ediciones Homo Sapiens, Rosario, Santa Fe, 1995.



BERNABÉ MOHEDANO CUADRADO (Madrid, 1979) ha desarrollado su carrera profesional vinculado al mundo de la comunicación en distintos ámbitos empresariales. Desde hace más de diez años trabaja como directivo internacional en el Banco Santander.

Su pasión por la Historia le ha llevado a escribir *El señor de Bobastro*, su primera novela, para la que ha empleado más de cinco años realizando una exhaustiva investigación entre las escasas fuentes documentales sobre el personaje y su entorno en los siglos IX y X.

Volver a Carranque, es su segunda novela, para lo que ha empleado tres años realizando una exhaustiva investigación sobre el personaje y su entorno en el Bajo Imperio romano.